

Wiseman

Fabiola



41
DAD A...OMA DE NUEVA
CCIÓN C...AL DE B...OTE

PR5841

.W7

F3

C. 1

101892

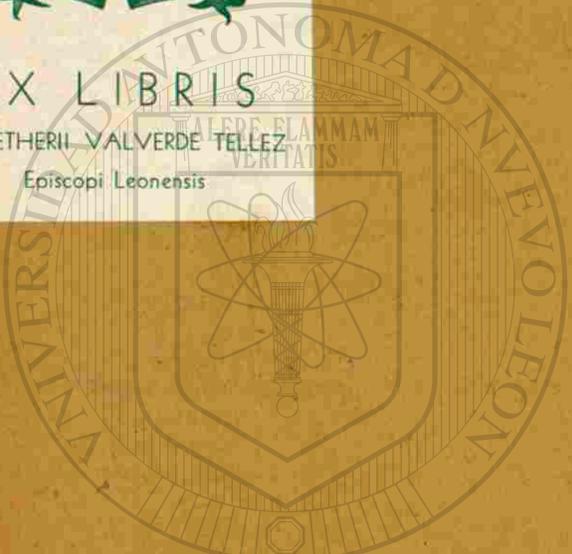


1080024393

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



LA

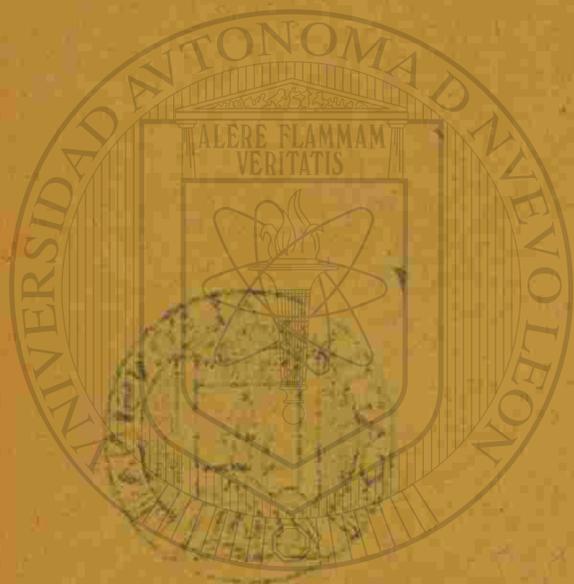


FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Núm. Clas. W 8147
Núm. Autor W 8147
Núm. Adg. 10773
Procedencia -6-
Precio _____
Fecha _____
Clasificac. 63
Catálogo _____

FABIOLA

LA IGLESIA DE LAS CATACUMBAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

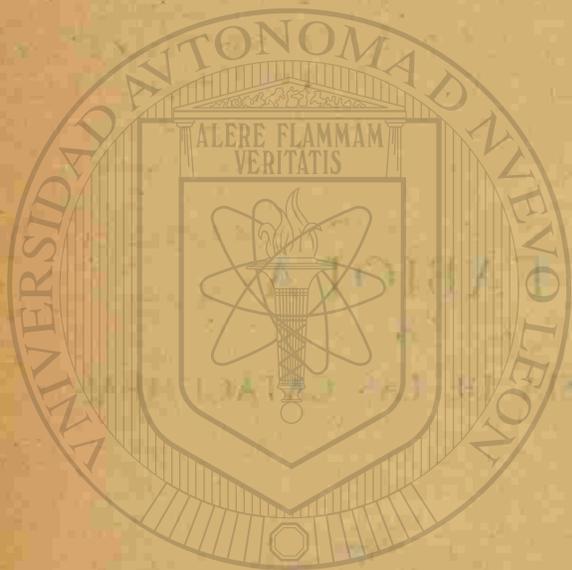
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez

BARCELONA

LIBRERÍA DE «LA HORMIGA DE ORO»

Plaza de Santa Ana, 26

1905



FABIOLA

LA IGLESIA DE LAS CATACUMBAS

EL CARDENAL WISEMAN

arzobispo de Westminster

VERSIÓN CASTELLANA

J. R. E.

CON APROBACIÓN ECLESIASTICA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

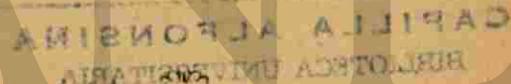
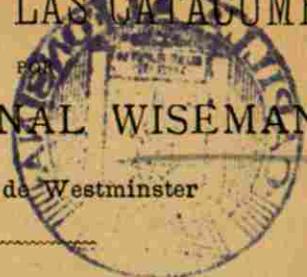
BARCELONA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «LA HORMIGA DE ORO»

Calle Nueva de San Francisco, 17

1905

10773



PR 5841
W 7
F 7



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

VICARIATO GENERAL
DE LA
DIÓCESIS DE BARCELONA

*Por lo que á Nós toca, concedemos Nues-
tro permiso para publicarse el libro titu-
lado **Fabiola**, traducido al castellano por
don José M. Riqué Estivill, mediante que
de Nuestra orden ha sido examinado y no
contiene, según la censura, cosa alguna
contraria al dogma católico y á la sana
moral. Imprimase esta licencia al principio
ó final del libro y entréguense dos ejemplares
del mismo rubricados por el Censor, en la
Curia de Nuestro Vicariato.*

Barcelona 27 de Junio de 1905.

El Vicario general,

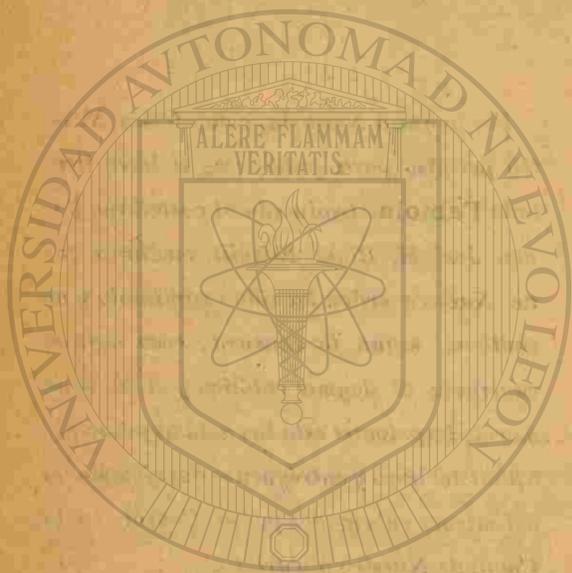
† Ricardo, Obispo de Eudoxia

Por mandato de Su Señoría,

Lic. José M.^a de Ros, Pbro.,

SCRIBO. CANC.

010773



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

AL LECTOR

Nunca tal vez como en nuestros tiempos llegó a ser la lectura como una necesidad, entregándose a ella apasionadamente personas de toda edad y condición. Esto sería ciertamente no pequeña ventaja si se emplease el tiempo en buenas lecturas, útiles y provechosas a la par que recreativas. Pero ¡qué libros circulan hoy en su gran mayoría! Novelas corruptoras de las buenas costumbres, folletines execrables en los que aparecen desatadas todas las malas pasiones, fantásticas descripciones de viajes, aventuras fingidas é inverosímiles, escritos volcánicos y producciones tan románticas como monstruosas, en que el valor se confunde con la desesperación, la constancia con el cinismo, y el heroísmo con la tenacidad.

En medio de tanta podredumbre ¡cuánto consuela el ánimo la aparición de obras, pocas por desgracia, en las que se encuentra hermanado lo útil con lo agradable, la verdad histórica con los atractivos de la poesía, interesando sobremañera el entendimiento con sus múltiples bellezas y conmoviendo con dulcísimas vibraciones las fibras más delicadas del corazón!

A este género pertenece la *Fabiola* del cardenal Wiseman. La viveza de las descripciones, los caracteres de los personajes siempre bellos y constantes desde el principio hasta el fin, la narración que va deslizándose con atractivos siempre crecientes,

hacen de este libro una de las mejores leyendas históricas que pueda poseer, no solamente la literatura inglesa, sino toda moderna literatura.

Y en verdad, como dice un ilustrado crítico, tiene la Iglesia de las Catacumbas un encanto tan vivo para el cristiano; respiran tanta poesía las variadas escenas de que fueron actores, protagonistas y espectadores los primeros fieles; habla tan alto á nuestra tibieza aquella devoción, á nuestra indiferencia aquel entusiasmo, á nuestra apatía aquel heroísmo, y á nuestra veleidad aquella constancia, que instintivamente recogemos con santa avidez todo lo que tiene relación con la vida subterránea de los que en día determinado habían de salir de aquellas profundidades para brillar con los resplandores del Cristianismo vencedor sobre las ruinas del mundo pagano.

Como en el decurso de esta obra es el ilustre Wiseman, no tanto el poeta que describe, como el filósofo que discurre y el historiador que dilucida, por esto arroja nueva luz sobre la vida de los primitivos fieles en aquellos tiempos, sobre las atenciones que merecían del Derecho político y civil de los romanos, sobre la consideración que les dispensaba la sociedad de aquellos siglos, sobre el carácter de las persecuciones de que eran objeto, sobre la conducta de los emperadores y sus subalternos ejecutores de los edictos.

Tarea difícil y atrevida sería enumerar las bellezas y los cuadros que más se destacan en esta obra, como lo sería entresacar de un gran jardín las flores más olorosas y galanas: y aunque bien quisiéramos, aun á riesgo de que perdiesen algo de su atractivo, formar de tantas flores un ramillete que siquiera permitiese al lector aspirar de una vez su fragancia, mejor será contemplarlas en su propio sitio con más vida y propiedad.

Destinada la presente edición á popularizar más y más un libro tan útil como agradable, es en verdad mucho de desear que sea leído como un descanso de más serias ocupaciones, pero que al mismo tiempo pueda el lector sacar de su lectura el sentimiento de que su tiempo no ha sido enteramente perdido, ni su mente ocupada con frívolas ideas. Ojalá, en suma, merezca un sitio preferente en toda biblioteca y en todo hogar.

PRIMERA PARTE

PAZ

I

La casa cristiana

Invitamos al lector á acompañarnos por las calles de Roma una tarde de Setiembre del año 302. El cielo está sereno, y el sol tardará todavía dos horas en llegar á su ocaso; pero el calor ha disminuido y la gente sale de sus casas en dirección de los jardines de César ó de los de Salustio para disfrutar del paseo vespertino y recoger las noticias del día.

Nosotros, como punto menos concurrido, dirigiremos los pasos hácia la parte de ciudad conocida con el nombre de Campo de Marte, que comprendía la llanura de aluvion situada entre las siete colinas de Roma y el Tiber. Destinado dicho campo desde antiguo á los ejercicios atléticos y militares del pueblo, antes de terminar el período republicano había comenzado á cubrirse de edificios públicos. Allí erigió Pompeyo su teatro, Agripa el Panteon y los baños contiguos, y poco á poco fueron levantándose casas particulares, en tanto que las siete colinas eran destinadas á los más suntuosos edificios, formando ya en la primera época del Imperio los barrios más aristocráticos de la ciudad. Así el Palatino, despues del incendio de Neron, llegó á ser demasiado pequeño para la residencia imperial y para el Circo Máximo que con ella lindaba: el Esquilino fué invadido por los baños de Tito, construidos sobre las ruinas de la *Casa Dorada*: el Aventino por los de Caracalla; y ahora el emperador Diocleciano cubría con sus Termas en el Quirinal, no lejos de los jardines de Salustio, un espacio suficiente para contener muchos palacios.

En tiempo de la República había en el Campo de Marte un

hacen de este libro una de las mejores leyendas históricas que pueda poseer, no solamente la literatura inglesa, sino toda moderna literatura.

Y en verdad, como dice un ilustrado crítico, tiene la Iglesia de las Catacumbas un encanto tan vivo para el cristiano; respiran tanta poesía las variadas escenas de que fueron actores, protagonistas y espectadores los primeros fieles; habla tan alto á nuestra tibieza aquella devoción, á nuestra indiferencia aquel entusiasmo, á nuestra apatía aquel heroísmo, y á nuestra veleidad aquella constancia, que instintivamente recogemos con santa avidez todo lo que tiene relación con la vida subterránea de los que en día determinado habían de salir de aquellas profundidades para brillar con los resplandores del Cristianismo vencedor sobre las ruinas del mundo pagano.

Como en el decurso de esta obra es el ilustre Wiseman, no tanto el poeta que describe, como el filósofo que discurre y el historiador que dilucida, por esto arroja nueva luz sobre la vida de los primitivos fieles en aquellos tiempos, sobre las atenciones que merecían del Derecho político y civil de los romanos, sobre la consideración que les dispensaba la sociedad de aquellos siglos, sobre el carácter de las persecuciones de que eran objeto, sobre la conducta de los emperadores y sus subalternos ejecutores de los edictos.

Tarea difícil y atrevida sería enumerar las bellezas y los cuadros que más se destacan en esta obra, como lo sería entresacar de un gran jardín las flores más olorosas y galanas; y aunque bien quisiéramos, aun á riesgo de que perdiesen algo de su atractivo, formar de tantas flores un ramillete que siquiera permitiese al lector aspirar de una vez su fragancia, mejor será contemplarlas en su propio sitio con más vida y propiedad.

Destinada la presente edición á popularizar más y más un libro tan útil como agradable, es en verdad mucho de desear que sea leído como un descanso de más serias ocupaciones, pero que al mismo tiempo pueda el lector sacar de su lectura el sentimiento de que su tiempo no ha sido enteramente perdido, ni su mente ocupada con frívolas ideas. Ojalá, en suma, merezca un sitio preferente en toda biblioteca y en todo hogar.

PRIMERA PARTE

PAZ

I

La casa cristiana

Invitamos al lector á acompañarnos por las calles de Roma una tarde de Setiembre del año 302. El cielo está sereno, y el sol tardará todavía dos horas en llegar á su ocaso; pero el calor ha disminuido y la gente sale de sus casas en dirección de los jardines de César ó de los de Salustio para disfrutar del paseo vespertino y recoger las noticias del día.

Nosotros, como punto menos concurrido, dirigiremos los pasos hácia la parte de ciudad conocida con el nombre de Campo de Marte, que comprendía la llanura de aluvion situada entre las siete colinas de Roma y el Tiber. Destinado dicho campo desde antiguo á los ejercicios atléticos y militares del pueblo, antes de terminar el período republicano había comenzado á cubrirse de edificios públicos. Allí erigió Pompeyo su teatro, Agripa el Panteon y los baños contiguos, y poco á poco fueron levantándose casas particulares, en tanto que las siete colinas eran destinadas á los más suntuosos edificios, formando ya en la primera época del Imperio los barrios más aristocráticos de la ciudad. Así el Palatino, despues del incendio de Neron, llegó á ser demasiado pequeño para la residencia imperial y para el Circo Máximo que con ella lindaba: el Esquilino fué invadido por los baños de Tito, construidos sobre las ruinas de la *Casa Dorada*: el Aventino por los de Caracalla; y ahora el emperador Diocleciano cubría con sus Termas en el Quirinal, no lejos de los jardines de Salustio, un espacio suficiente para contener muchos palacios.

En tiempo de la República había en el Campo de Marte un

grande espacio rectangular cercado de una estacada y dividido en compartimientos, en el cual tenían sus comicios ó reuniones las clases plebeyas para emitir sus votos. Dicho sitio era conocido con el nombre de *Septa* ú *Ovile*, por su semejanza con los recintos en donde los pastores encerraban de noche sus rebaños. César transformó aquella tosca armazón en un magnífico y sólido monumento. El *Septa Julia*, como se llamó desde entonces, era un suuntuoso pórtico de mil piés de longitud por quinientos de anchura, sostenido por columnas y adornado con pinturas.

La casa en donde vamos á penetrar se halla en frente de dicho edificio en su lado oriental, incluyendo en su área la iglesia de San Marcelo, y extendiéndose hasta la falda del Quirinal: rica y vasta posesion, propia de un patricio romano. No obstante, su aspecto exterior es serio y triste, desnudas las paredes de todo adorno arquitectónico y con escasas ventanas. En el centro de uno de los lados del edificio hay una puerta *in antis*, esto es, simplemente realzada por un timpano ó cornisa triangular que descansa sobre dos medias columnas. Atravesando el pórtico, en cuyo pavimento leemos con placer escrito en mosaico el afectuoso *Salve*, nos hallaremos en el *atrium* ó primer patio de la casa, rodeado de un pórtico ó columnata.

En mitad del mármoleo pavimento brota con suave murmullo un chorro de agua cristalina, traída de los collados Tusculanos por el acueducto de Claudio, yendo á caer en una ancha taza de mármol rojizo, de cuyos bordes rebosa en vívida tela argentina que antes de llegar al ancho pilon salpica con menuda lluvia una gentil guirnalda de raras y matizadas flores que en elegantes macetas crecen á su alrededor. Debajo del pórtico vemos muebles de rico y peregrino aspecto; asientos incrustados de marfil y plata; mesas de maderas orientales, y encima candelabros, lámparas y otros semejantes utensilios de bronce ó plata; bustos primorosamente cincelados; jarrones, tripodes y otros objetos de arte. Adornan las paredes pinturas antiguas, pero que conservan todavía la frescura de colorido, separadas unas de otras por nichos con estatuas que, como las pinturas, representan asuntos históricos, siendo de notar que nada descubre allí la vista que pueda ofender la delicadeza más susceptible.

Sobre las columnas exteriores de la galería y en el centro del espacio cubierto hay un tragaluz, llamado el *impluvium*, sobre el cual se extiende una cortina ó toldo que preserva de los rayos solares y de la lluvia, y mientras templá con suave luz los objetos descritos, presta realce mayor á los que aparecen más distantes. Más allá de un arco opuesto al que atravesamos al entrar, se divisa un patio interior y más rico todavía, enlosado con diversidad de mármoles y embellecidas sus paredes con adornos de oro. El velo de la abertura superior está entreabier-

to, y á pesar del grueso cristal ó talco (*lapis specularis*) un tibio rayo de sol poniente nos permite cerciorarnos que no es aquel sitio un palacio encantado, sino morada de mortales como nosotros.

Junto á una mesa, colocada fuera de las columnas de mármol frigio, aparece sentada una matrona de mediana edad, cuyas nobles cuanto bondadosas facciones muestran las huellas de pasados sufrimientos; pero una poderosa influencia parece haber amortiguado el recuerdo de ellos ó haberlos identificado con un pensamiento más placentero, de suerte que ambos moran inseparablemente unidos en su corazón. La sencillez de su vestido contrasta con la magnificencia de cuanto la rodea: hecho de tela común, no tiene otro bordado ni guarnición que un ribete de púrpura cosido en él y denominado *segmentum*, que indica su estado de viudez. Lleva el cabello descubierto, sin artificio alguno; y ni una joya, ni un dije costoso, que tan profusamente gastaban las damas romanas, se ostenta en su persona. Únicamente le rodea el cuello una cadenilla de oro, de la cual pende un objeto escondido cuidadosamente dentro del pliegue superior de su vestido.

Vémosla entretenida en una labor que evidentemente no destina á su propio uso: está bordando una larga y rica tira de brocado con hilo de oro, y de cuando en cuando escoge de entre varios cofrecitos esparcidos sobre la mesa, ora una perla, ora una piedra preciosa engastada en oro para prenderla en el dibujo. Diríase que emplea en un objeto más noble y elevado los preciosos adornos que lucía en la primavera de su vida.

Pero, á medida que transcurre el tiempo, cierta inquietud se apodera de su mente, al parecer absorta hasta entonces en su labor. Ora dirige los ojos hacia la entrada; ora aplica atentamente el oído como si oyera rumor de pasos, y se entristece al notar su engaño; ora, en fin, consulta una *clepsydra* ó reloj de agua colocado en una repisa inmediata. Mas, cuando el desasosiego deja traslucirse con mayor viveza en su semblante, un grato golpe resuena en la puerta de la casa, y su mirada rápida y amorosa va al encuentro del que es objeto de todas sus ansias. ®

II

El hijo del Mártir

Un jovencito lleno de gracia, viveza y candor, cruza con paso ligero el atrio dirigiéndose al interior. Sólo contará unos catorce años, pero admira su desarrollo físico, su gallardía y gentileza: sus facciones revelan un corazón franco y sensible, mientras su espaciosa frente, orlada por naturales y abundantes rizos de cabello castaño, deja entrever una inteligencia precoz. Viste el traje propio de la adolescencia, la corta *prateata*, que apenas le cubre la rodilla, y cuelga de su desnudo cuello la *bullá* ó esfera hueca de oro. Un legajo de papeles y un rollo de pergamino, que trae un viejo criado que le sigue, nos indican que vuelve de la escuela.

Apenas llegado, recibe un abrazo de su madre, á cuyos piés luego se sienta. Ella le contempla silenciosa unos momentos como para descubrir en su rostro la causa de su insólito retardo, pues ha vuelto una hora más tarde de lo acostumbrado. Pero él le corresponde con mirada tan franca y con tal sonrisa de inocencia, que desvanece toda sombra de duda en el ánimo de su madre.

—¿Cómo has tardado hoy tanto, hijo mío?—le pregunta.— Espero que nada extraordinario te habrá acontecido.

—¡Oh no! os lo aseguro, madre mía, por el contrario, todo ha ido á maravilla; y tanto, que apenas me atrevo á explicároslo.

Una mirada curiosa y suplicante de su madre arrancó al corazón del niño una deliciosa carcajada.

—¡Bien!—prosiguió diciendo;—veo que deberé contároslo todo. Ya sabeis que no soy feliz ni puedo dormir tranquilo si dejo de referiros todo lo que me atañe, bueno ó malo.

Sonrióse otra vez la madre, sin acertar á discurrir lo que sería.

—Lei, há pocos días, que los escitas echaban todas las noches en una urna una chinita blanca ó negra, según fuese el día venturoso ó desgraciado. Pues bien, si yo hubiese de seguir esta costumbre, sería para señalar en blanco ó negro los días en que tengo ó dejo de tener motivo de referiros cuanto he hecho. Pero hoy por primera vez tengo una duda, un escrúpulo de conciencia en si debo contároslo todo.

Sea que el corazón de la madre latiendo con más fuerza imprimiese en su rostro una ansiedad inusitada, ó que revelasen sus ojos más tierna solicitud, ello es que el doncel tomó entre sus manos las de su madre, y llevándolas con ternura á los labios, continuó:

—No temáis, madre mía; nada ha hecho vuestro hijo que pueda apesadumbraros. Decidme solamente si queréis saber *todo* lo que hoy me ha sucedido, ó no más el motivo de mi tardanza.

—Cuéntamelo todo, querido Pancracio, pues nada de cuanto te atañe puede serme indiferente.

—Pues bien. Por ser hoy el último día de mi asistencia á la escuela, paréceme que ha sido singularmente favorecido, y más aún considerando sus extraordinarios incidentes. En primer lugar, he sido coronado como vencedor en el certámen de declamación, que nuestro bondadoso maestro Casiano ha tenido á bien señalarnos por primera tarea; siendo esto causa de extraños descubrimientos. El tema era: *El verdadero filósofo debe estar pronto siempre á morir por la verdad*. ¡Nunca he oído cosa más fría é insípida que las composiciones de mis compañeros! Pero, en verdad, no era suya la culpa: ¿qué verdad pueden ellos poseer, ni qué incentivo pueden tener para dar la vida por sus vanas opiniones? En cambio, ¡cuán embelesadoras ideas sugiere á un cristiano el expresado tema! Así he podido experimentarlo. Mi corazón ardía y todos mis pensamientos parecían brotar fuego mientras escribía mi ensayo, llena la mente, oh madre mía, de vuestras lecciones é instruido sobre todo por vuestro ejemplo. Nó; el hijo de un mártir no podía sentir de otra manera. Así es que cuando me llegó el turno de leer mi composición, por poco me descubren mis sentimientos y afectos. En el calor de mi declamación, la palabra *cristiano* brotó espontáneamente de mis labios en lugar de la de *filósofo*, y pronuncié *fe* en lugar de *verdad*. A la primera equivocación advertí en Casiano un movimiento de sorpresa: á la segunda vi desprenderse de sus ojos una lágrima, é inclinándose afectuosamente hácia mí, díjome muy quedito: «Cautela, hijo mío; que te escuchan oídos muy listos.»

—¿Tu maestro, pues, también es cristiano?—interrumpió la madre.— Yo escogí su escuela por la buena reputación que goza de sabiduría y virtud... ¡Gracias, Dios mío, porque tal me inspirasteis! En estos tiempos de peligro y zozobra nos vemos obligados á vivir como gentes extrañas en nuestra propia tierra, y apenas podemos conocer los rostros de nuestros hermanos. Verdad es que si Casiano hubiese hecho la menor manifestación de sus creencias, pronto su escuela habría quedado desierta. Pero continúa, hijo mío; ¿eran fundados los celos de Casiano?

—Así lo creo, porque mientras la mayor parte de mis con-

discípulos, sin parar mientes en estas equivocaciones, aplaudían con entusiasmo mi sentida declamación, reparé que Corvino fijaba ceñudamente en mí sus negros ojos y se mordía los labios con despecho.

—Y ¿quién es ese Corvino?

—Es el muchacho mayor y más robusto, pero por desgracia el más estúpido de la escuela: bien que en eso no tiene la culpa. Ignoro el motivo, pero ello es que siempre me ha mostrado ojeriza y mala voluntad, cuya causa no puedo adivinar.

—¿Te ha dicho ó hecho algo?

—Sí por cierto, y este ha sido el motivo de mi tardanza. Cuando salimos de la escuela se me encaró con ademán provocador en presencia de nuestros compañeros, diciendo: «Vén acá, Pancracio. Tengo entendido que es la última vez que nos encontraremos aquí (y acentuó con énfasis particular esta palabra), y antes de separarnos tengo que ajustar contigo una larga cuenta. En la escuela te has complacido en hacer alarde de tu superioridad sobre mí y sobre otros más antiguos y mejores que tú. No se me han pasado por alto las altaneras miradas que me dirigías durante tu ampulosa declamación, ni ciertas expresiones que muy pronto pagarás bien caras. Ya sabes que mi padre es prefecto de la ciudad y algo se prepara que podrá tocarte muy de cerca. Pero antes que nos dejes, Pancracio, quiero tomar mi revancha. Si eres digno del nombre que llevas y no es una palabra vana (1), trabemos un combate más varonil que el del punzón y las tablillas (2). Lucha conmigo á brazo partido ó con el cesto (3). ¡Quiero humillarte como mereces ante los compañeros testigos de tus insolentes triunfos!»

Ansiosamente inclinada sobre su hijo para no perder ni una sílaba, la noble matrona le interrumpió preguntándole:

—¿Y tú qué le has contestado?

—Enteramente dueño de mí, le he dicho que se equivocaba, pues nunca hice á sabiendas cosa alguna que pudiese mortificarle á él ni á mis condiscípulos, ni mucho menos imaginé arrogarme superioridad alguna sobre ellos. «Y en cuanto á lo que me propones,—añadí,—no ignoras, Corvino, que siempre he rehusado esa clase de juegos, que comenzando por una mera prueba de destreza y agilidad terminan por acalorada contienda, odio y sed de venganza. ¿Cuánto más los rehusaré ahora,

(1) El *pancratium* era un ejercicio que los comprendía todos: la lucha á brazo partido, el pugilato, etc.

(2) Objetos que se usaban en las escuelas para escribir. Las tablillas estaban cubiertas con una capa de cera, sobre la cual se trazaban las letras con el punzón ó estilo, y se borraban con la cabeza achatada de dicho instrumento.

(3) Guantes ó vendajes de mano que se empleaban en el pugilato.

cuando tú mismo te muestras ansioso de empezarlos con esos mal intencionados sentimientos?» En esto los demás compañeros habían formado corro á nuestro alrededor, y claramente conocí que todos me eran contrarios y contaban divertirse presenciando uno de sus inhumanos pasatiempos: así es que les dije con jovialidad: «Con Dios quedad, camaradas, y sed felices: me separo de vosotros como he vivido siempre, en paz.»—«¡No tan pronto!—aulló Corvino, ardiendo su rostro en cólera;—mas...»

Interrumpióse Pancracio, inundó su semblante el carmín de la vergüenza, un estremecimiento recorrió su cuerpo, y con voz alterada por los sollozos exclamó:

—¡No puedo, madre mía; no puedo proseguir!

—¡Por el amor de Dios y por el que profesas á la memoria de tu padre, no me ocultes nada!—dijo la madre colocando una mano sobre la cabeza de su hijo.—Jamás volvería á gozar un momento de sosiego si no me lo contaras todo.

Serenóse Pancracio después de una breve pausa, y continuó diciendo:

—«¡No tall!—gritó Corvino;—no te irás así, cobarde adorador de una cabeza de asno (1)! Nos has ocultado siempre tu morada, pero yo te encontraré; y entre tanto guarda esta memoria de mi inquebrantable propósito de vengarme.» Y me ha dado un tremendo bofetón que me ha hecho vacilar, acompañándolo con gritos de salvaje alegría los muchachos que nos rodeaban.

Pancracio rompió en copioso llanto, hasta que un poco aliviado su corazón del peso que le oprimía, prosiguió.

—¡Cómo sentí hervirme la sangre en aquel momento! Parecíame que el corazón iba á estallar al mismo tiempo que una voz, acaso de un espíritu maligno, me estaba repitiendo al oído: «¡Cobarde! ¡cobarde!» Y sin embargo me sentía con bastantes fuerzas, que la ira aumentaba, para asir de la garganta á mi agresor y derribarle en tierra. Figurábame oír los aplausos que saludaban mi victoria... ¡No permita Dios que vuelva á verme expuesto á tan rudo combate!

—Y ¿qué has hecho, hijo mío?

—Mi Ángel de la guarda me ha librado del demonio tentador. He pensado en nuestro divino Jesús cuando en casa de Caifás oponía su paciencia y mansedumbre á los que le injuriaban y abofeteaban; y tendiendo la mano á Corvino le he dicho: «¡Dios te perdone como sinceramente yo te perdono, y El te colme de bendiciones!» En aquel momento ha comparecido Casiano, que de lejos había presenciado el lance, y al verle se ha dispersado toda la caterva. He suplicado á mi maestro, invo-

(1) Esta era una de las muchas calumnias que los paganos prodigaban á los cristianos.

cando nuestra común fe por ambos reconocida, que no castigase á Corvino, y así me lo ha prometido. Y ahora,—añadió Pan-
cracio con blando y cariñoso acento y reclinada la cabeza en el seno maternal,—¿no os parece que puedo llamar venturoso este día?

Por toda respuesta la noble Lucina estampó un tierno beso en la enardecida frente de su hijo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO REYES MAM
CALLE REYES MAM
No. 1625 MONTERREY, MEXICO
III

La consagración

Había comenzado á anoecer. Una anciana sirvienta entró con cautela y encendió las lámparas colocadas en candelabros de mármol y bronce, retirándose después. Una brillante claridad iluminó el enajenado grupo de la madre y del hijo, que permanecían silenciosos en la misma actitud.

No era solamente la emoción maternal la que agitaba el pecho de Lucina, ni el supremo gozo que siente una madre cuando, después de inculcar en su hijo principios sublimes de difícil observancia, le ve expuesto á dura prueba, de la cual, sin embargo, sale incólme; tampoco la satisfacción de tener un hijo que tales muestras de acrisolada virtud daba en edad aún tierna; á pesar de que, con mucho mayor razón que la madre de los Gracos al presentar sus hijos á las maravilladas matronas de la República romana diciéndoles: «Hé aquí mis únicas joyas,» podía esta madre cristiana gloriarse del hijo que había educado para la Iglesia. Otro sentimiento más íntimo, por no decir más sublime, la embargaba en aquellos momentos. Había llegado el día, la hora suprema que tanto anhelaba hacia muchos años.

Madres piadosas han consagrado á sus hijos, ya desde la cuna, al más santo y noble estado que existe en la tierra, el sacerdocio: han observado con incansable vigilancia sus nacientes inclinaciones y procurado dirigir suavemente sus pensamientos hácia el Santuario del Señor. Y si este hijo era único, la consagración de cuanto más tiernamente se ama debe ser considerada con justicia como un acto de heroísmo maternal. Y ¿qué diremos de aquellas matronas de la antigüedad que, como Felicitas, Sinforosa, ó la madre de los Macabeos, ofrecieron y con-

sagraron á sus hijos para que fuesen, más que sacerdotes de Dios, víctimas consumidas por la hoguera?

Un pensamiento análogo embargaba el corazón de Lucina, que en extático recogimiento elevaba la mente á Dios pidiéndole valor y fortaleza; y aunque se creyese llamada á hacer generosamente tal sacrificio, y lo tuviera previsto y deseado, no podía afrontarlo sin experimentar las mayores angustias.

Y en tanto ¿qué pasaba por la mente del absorto mancebo? Nada sabía de sus futuros destinos; ni podía soñar con la venerable basilica que después de diez y seis siglos debía ser tan frecuentemente visitada por el infatigable anticuario y el devoto peregrino, y que hasta hoy daría nombre á una de las puertas de Roma (1); ni tener el presentimiento de la iglesia que en las márgenes del apartado Tamesis se levantaría en honra suya y en los siglos de fe, y hasta después de su profanación debía ser elegida como último lugar de su reposo por sus devotos, fieles aún á su querida Roma (2): ni presagiaba que el Papa Honorio I colocaría un *cibarium* ó dosel de plata maciza y peso de 287 libras sobre la urna de pórfido que contendría sus cenizas; ni tenía la más remota idea de que su nombre se incluiría en todos los Martirologios y que su imagen, coronada de radiante aureola, sería venerada en muchos altares en conmemoración del niño mártir de la primitiva Iglesia. Era únicamente el candoroso muchacho que consideraba como la cosa más natural cumplir siempre la Ley de Dios y su Evangelio; feliz y satisfecho por haber cumplido aquel día su deber en tan terrible prueba, bien ajeno á todo sentimiento de orgullo y de vanagloria.

Alzando al fin los ojos, reparó en la claridad que iluminaba el aposento y se encontró con el rostro de su madre, radiante de majestad y ternura, cuya mirada y cuyo semblante eran como de una aparición celestial. Extasiado y sin advertirlo varió de postura y arrodillóse á sus piés: veneración muy merecida tratándose de una madre que lo había escudado de todo mal como otro ángel custodio y le había dado con sus virtudes un modelo que imitar desde la más tierna infancia.

Rompió Lucina el silencio, diciendo con grave y conmovido acento:

—Por fin ha llegado el día, querido hijo mío, por mí tan suspirado. Con solícita vigilancia he ido siempre observando en tí el desarrollo de cada virtud cristiana, dando gracias á Dios al notar tu docilidad, tu mansedumbre, tu piedad, tu amor á Dios y á los hombres. Con la mayor satisfacción he visto tu fe

(1) Iglesia y puerta de San Pancracio.

(2) La antigua iglesia de San Pancracio en Londres, cementerio predilecto de los católicos hasta que lo tuvieron propio.

viva, tu desprendimiento de las cosas terrenas, tu tierna compasión con los pobres y los afligidos. Pero con ansiedad esperaba la hora que me patentizase si te contentabas con el pobre legado de la débil virtud de tu madre, ó si eras digno heredero de las nobles prendas de tu padre mártir. Esta hora, loado sea Dios, ha sonado ya. Si; hoy, último día de tu asistencia á la escuela, creo que el Señor se ha dignado darte una lección de grandísimo valor, revelando que al despojarte de las cosas de niño debes en lo sucesivo ser tratado como hombre porque sabes no solo pensar y hablar, sino, lo que es más todavía, conducirte como tal.

—¿Qué tratas de significarme con eso, madre mía?

—Lo que me has referido de tu declamación de la mañana revela cuán lleno ha estado tu corazón de nobles y generosos sentimientos. Eres demasiado sincero y recto para escribir y expresar con tal vehemencia la idea de que es un deber glorioso el morir por la fe, si no lo hubieras creído y sentido así.

—Y así lo creo y siento. ¿Qué mayor dicha puede un cristiano apetecer en la tierra?

—Bien dices, hijo mío: pero yo deseaba que los hechos confirmasen tus palabras, y lo que ha sucedido después me ha demostrado que puedes sobrellevar con intrepidez y resignación, no solamente los trabajos, sino lo que todavía debe ser más duro para un patricio en cuyas venas hierva la sangre de la mocedad: la irritante ignominia de un bofetón y las insultantes miradas y rechiflas de una turba desapiadada. Has hecho más: has demostrado que posees bastante fortaleza para perdonar á tu enemigo y rogar á Dios por él. Hoy has subido el más empinado y áspero sendero del monte con la cruz á cuestas: un paso más, y alcanzarás la cumbre. Te has portado como verdadero hijo del mártir Quintino. Dime: ¿quieres ser como él?

—¡Madre mía! ¡La más querida y tierna de las madres!— exclamó Pancracio conmovido.—¿Podría ser yo hijo suyo y no ansiar parecérmelo? Y aunque no me ha cabido la dicha de conocerle, ¿no he tenido siempre su imagen presente en mi alma? ¿No ha sido su recuerdo la gloria de mis pensamientos? Cuando todos los años celebramos su conmemoración como uno de los que componen el ejército que rodea al inmaculado Cordero, en cuya sangre bañó sus blancas vestiduras, ¿con qué alegría ha celebrado mi corazón su gloria inmarcesible, y cuánto le he rogado con toda la efusión del amor filial que me alcance, no fama, no distinciones, no riquezas ni goces mundanos, sino lo que él tenía en mayor precio que todas esas cosas: que lo único que dejó en la tierra pueda consagrarse, del modo que él debe considerarlo, á lo más útil y más noble!

—Y ¿qué es, hijo mío?

—Su sangre, que todavía corre por mis venas. Estoy persuadido de que deseará que la mía, como la suya propia, se derrame también por amor á su Redentor y en testimonio de su fe.

—¡Basta, basta, hijo mío!—exclamó la madre con santa conmoción.—Quitate del cuello ese símbolo de la niñez, pues guardo para tí otra insignia de mayor significación.

Obedeció Pancracio y se quitó la *bull*a de oro.

—Has heredado de tu padre,—prosiguió diciendo Lucina en tono todavía más solemne,—un nombre ilustre, alta posición, grandes riquezas y cuantas ventajas ofrece el mundo. Pero entre tu patrimonio hay un inestimable tesoro que he guardado cuidadosamente hasta que te juzgara digno de poseerlo.

Y quitándose con trémula mano la cadena que rodeaba su cuello, vió Pancracio por vez primera que pendía de ella una bolsita ricamente bordada y recamada de piedras preciosas. Abrióla su madre, y sacó de ella un pedazo de esponja seca, pero manchada de un color oscuro, diciendo con voz conmovida:

—Esta es también sangre de tu padre, Pancracio. Yo misma la recogí de su mortal herida cuando á favor de mi disfraz presencié su martirio y le vi morir por Cristo.

Después de contemplar enternecida la preciosa reliquia besóla fervorosamente, y humedecida por sus lágrimas recobró la frescura y el color brillante de la sangre, como si ésta acabase de brotar de las venas del mártir. Acercóla despues á los trémulos labios de su hijo, que se enrojecieron con su santificante contacto.

Profundamente conmovido por los afectos de hijo y de cristiano, veneró Pancracio la sagrada reliquia, y sintió como si el espíritu de su padre hubiese descendido sobre él y penetrado hasta en lo más recóndito de su corazón.

Lucina volvió á encerrar el tesoro en su relicario y lo colgó del cuello de Pancracio, diciendo:

—Hijo mío, cuando vuelva á humedecerse, que sea en un manantial más puro y noble que las lágrimas de una débil mujer.

Estas palabras debieron sin duda llegar al trono del Altísimo, y el combatiente fue ungido, y el futuro mártir consagrado con la sangre de su santo padre mezclada con las lágrimas de su piadosa madre.

La familia pagana

Mientras tan conmovedora escena se desarrollaba en la morada de Lucina, otra de muy diversa indole ocurría en un palacio situado entre el Quirinal y el Esquilino, y propiedad de Fabio, patricio del orden ecuestre, cuya familia había atesorado toda una fortuna con el arriendo de los tributos de las provincias del Asia.

Más grande y suntuoso que la casa que acabamos de visitar, el palacio de Fabio contenía un tercer peristilo ó patio, con numerosos aposentos al rededor; y además de varias obras maestras del arte europeo, abundaba en las más raras producciones del Oriente: alfombras de Persia; muebles forrados, unos de seda de la China, otros de telas de brillantes colores tejidas en Babilonia, y otros de brocados de la India y Frigia; primorosas obras de marfil y varios metales, que se suponían labradas por los habitantes de las islas situadas allende los mares de la India.

Dueño, además, de dilatadas haciendas, era Fabio el verdadero tipo de los opulentos romanos, buen vividor, ansioso de gozar á sus anchuras de la vida, pues nunca había soñado siquiera que pudiese existir otra. Y aunque en nada creía, no por eso dejaba de venerar como cosa corriente, y siempre que se ofrecía ocasión, á la deidad que estaba de turno, pasando por varon tan bueno como el que más, sin que nadie tuviese derecho de exigirle otra cosa. Pasaba la mayor parte del día en los baños públicos, que además del uso que indica su nombre, encerraban en su recinto muchas dependencias equivalentes á nuestros casinos; gabinetes de lectura, juegos de pelota, gimnasios, etcétera. Allí mataba el tiempo, bañándose, conversando ó leyendo: á veces iba al Foro para oír las arengas de algun tribuno ó argüir algun abogado célebre, y otras entraba en cualquiera de los muchos jardines frecuentados por la gente de viso. Regresaba despues á su casa para disfrutar de una cena opípara, á la cual concurrían algunos huéspedes invitados de antemano, y otros que recogía por el camino entre la caterva de parásitos siempre dispuestos á disfrutar de una buena mesa.

En su casa era bondadoso é indulgente. Su custodia, gobierno y aseo los tenía encomendados á un enjambre de esclavos; y

como por nada quería incomodarse, con tal de que le sirvieran bien y halagasen su vista, dejaba el cuidado de lo demás á los libertos.

Pero mejor que á Fabio deseamos que el lector conozca á otra persona de su casa, coparticipe de sus magnificencias y única heredera de sus riquezas: su hija, llamada Fabiola, diminutivo del nombre de su padre segun costumbre romana.

Contaría á la sazón unos veinte años, no cedía en belleza á las otras damas de su clase, edad y riqueza, y su carácter formaba un verdadero contraste con el de su padre. Arrogante, altanera, imperiosa é irascible, sojuzgaba como una reina á todos los que la rodeaban, con una ó dos excepciones. Huérfana de madre ya al nacer, fué criada con excesivo mimo por su indolente padre. Instruida por los mejores maestros, se hallaba adornada de ciertas prendas; pero acostumbrada á satisfacer todos sus deseos y caprichos, no sufría la menor contradicción.

Abandonada de esta suerte á sí misma, había leído mucho, especialmente libros sérios y profundos, y habíase declarado partidaria acérrima de un refinado epicureísmo intelectual que por largo tiempo estuvo en boga entre los romanos. Del Cristianismo nada conocía, teniéndole por tan bajo, material y vulgar, que le consideraba indigno de su estudio. En cuanto al paganismo con sus dioses, vicios, fábulas é idolatría, interiormente se mofaba de él, aunque por de fuera observaba sus ritos. En realidad sólo creía en la vida presente, y no se acordaba más que de sus refinados placeres, si bien por fortuna el orgullo escudaba su virtud. Aborrecía la perversidad de la sociedad pagana, y despreciaba á los frívolos mancebos que le prodigaban los lisonjeros obsequios que les exigía, para divertirse con su necedad. Teníala por fría y egoísta; pero moralmente nadie la podía tildar.

Subamos ahora á su habitación, á donde conduce una escalera de mármol que arranca del segundo patio, á cuyos lados se extiende una serie de aposentos que dan á una azotea adornada por una graciosa fuente y cubierta de delicadas y exóticas plantas. En dicha habitación se ve reunido lo más exquisito y primoroso del arte romano y de otros países, distribuido todo con gusto y esmero.

Como se aproxima la hora de la cena, veremos á Fabiola atareada en adornarse á fin de aparecer con el esplendor que le corresponde. Está reclinada en un lecho labrado en Atenas é incrustado de plata, en un gabinete con cristales desde el techo al suelo y á través de los cuales la vista se goza en la florida azotea ya mencionada. De la opuesta pared cuelga un grande espejo de plata bruñida; y sobre una mesa de pórfido hay una colección de cosméticos y perfumes raros y costosos, de que tan pródigas

se mostraban las damas romanas (1). Sobre otra mesa de sándalo de la India se ostentan en primorosas cajitas ricos aderezos y preciadas joyas.

La joven y altiva romana tiene asido por el mango con la mano izquierda un espejo de plata, y con la derecha un instrumento impropio de mano tan delicada. Es un puntiagudo puñal ó verduguillo con mango de marfil primorosamente tallado y un anillo de oro para sostenerlo: arma favorita con que las damas de Roma castigaban á sus esclavas, desahogando en ellas su enojo y la menor contradicción.

Tres son las que rodean á Fabiola, pertenecientes á distintas razas y compradas á muy altos precios, no sólo por su agradable presencia, sino también por los conocimientos ó habilidades que se les atribuían. Una era negra, y no de raza degradada, sino de las de Abisimia y Numidia, cuyas facciones son tan regulares como las de los pueblos asiáticos: llamábase Afra y pasaba por muy perita en el conocimiento de las plantas, sus usos medicinales y cosméticos, y otros tal vez más nocivos, como filtros, sortilegios y hasta venenos. Otra era griega, escogida por su gracia en el vestir y por la elegancia y pureza de su acento; por lo cual se la llamaba Graia. La tercera, cuyo nombre de Syra indica su procedencia del Asia, se distinguía por su laboriosidad y el primor de sus bordados; además, era tan apacible, silenciosa y exacta en el cumplimiento de sus deberes, como las otras dos loenaces, petulantes y jactanciosas, que dirigían á su ama las más extravagantes lisonjas, ó bien abogaban por aquel de los pretendientes á su mano que las hubiese sobornado con más largueza.

—¡Cuánto me deleitaría, mi noble ama,—dijo la esclava negra,—si me hallara en el *triclinium* (2) cuando entreis, para presenciar la impresión de asombro que producirá en los convidados este nuevo *stibium*! (3). Muchos experimentos me ha costado para obtenerlo tan perfecto; mas tengo la seguridad de que no se conoce otro igual en Roma.

—Pues yo —dijo la astuta griega—no me atrevería á codiciar tan encumbrada honra. Contentariame con ver desde fuera el efecto de esta admirable túnica de seda que vino del Asia con la última remesa de oro. Nada existe que pueda compararse con su belleza y con ese corte gracioso que tanto me ha costado darle y que no desmerece de la tela.

—¿Y tú, Syra?—preguntó Fabiola con sonrisa desdeñosa,

(1) Poppea, esposa de Nerón, usaba un cosmético en cuya preparación se invertía diariamente la leche de trescientas burras.

(2) El comedor.

(3) Antimonio negro que se aplicaba á los párpados.

—¿cuál sería tu deseo y qué tienes que alabar de tu trabajo?

—Todo mi deseo, noble señora,—respondió modesta y sinceramente Syra,—es veros muy dichosa; y en cuanto á mis labores no tengo de qué alabarme, persuadida de que no hago más que cumplir mi deber.

No agradó esta respuesta á la altiva dama, y así dijo:

—Se me figura, esclava, que no eres dada á los elogios: nunca se oye de tus labios la menor lisonja.

—Y ¿qué precio tendría en boca de una pobre criada cualquier adulación al dirigirse á tan ilustre dama, acostumbrada á oirlas todos los días de labios cultos y elocuentes? ¿No las despreciáis cuando os las dirigimos nosotras?

Las otras dos esclavas lanzaron á su compañera una mirada de despecho, é irritóse también Fabiola imaginando traslucir una reconvención en la digna respuesta de Syra. ¡Cómo! ¡Un sentimiento de dignidad en una esclava!

—Con que ¿todavía ignoras que eres mía y que si te compré á muy subido precio fué para que me sirvieras según se me antojase? Tanto derecho tengo al servicio de tu lengua como al de tus manos, y si quiero tus lisonjas y alabanzas tendrás que tributármelas, quieras que no. ¡Bueno fuera que una esclava tuviese otra voluntad que la de su ama, cuando ni siquiera su vida le pertenece!

—Es verdad,—dijo Syra con digna mansedumbre;—os pertenece mi vida y cuanto con ella acaba: tiempo, salud, fuerzas, cuerpo y aliento. Todo eso lo habéis comprado con vuestro oro, y por consiguiente propiedad vuestra es. Pero todavía poseo lo que no puede comprar un emperador con todas sus riquezas y su poder, ni puede ser encadenado por los hierros de la servidumbre, ni encerrado en los límites de la vida.

—¿Podré yo saber qué es ello?

—Un alma.

—¡Un alma! —exclamó atónita Fabiola, que por vez primera oía reclamar á una esclava semejante propiedad.—¿Qué entiendes tú por un alma?

—No sabré expresarme en términos filosóficos, pero por esa palabra entiendo un sentimiento íntimo que mora en mí, que tiene existencia propia y es muy superior á las cosas mejores que me rodean, que está libre de destrucción é instintivamente se horroriza de cuanto á la destrucción está asociado, como la enfermedad lo está á la muerte, y por lo tanto aborrece la adulación y detesta la mentira. Por esto, mientras yo posea este invisible don, ¿cómo puedo adular ni mentir?

Las otras dos esclavas, que nada entendieron de estas razones, mostraban en sus gestos el estúpido asombro que les causaba lo que imaginaban presunción de su compañera. También

Fabiola estaba admirada, pero recobrando luego su orgullo exclamó con visible enojo:

—¿Dónde aprendiste tales locuras? ¿Quién te ha enseñado á charlar de esa manera? A mí el estudio de muchos años me ha convencido de que todas esas ideas de existencias espirituales no son otra cosa que sueños de poetas ó de sofistas, y como tales las desprecio. ¿Y tú, esclava ignorante y sin educación, sabrás más que tu ama? ¿O te figurarás realmente que cuando arrojen tu cadáver en el montón de esclavos muertos por la embriaguez ó de resultas de los azotes para ser quemados en ignominiosa pira, y cuando sus cenizas revueltas sean sepultadas en una hoya común, sobrevivirás tú como un sér consciente y volverás á gozar de una vida venturosa y libre?

—*Non omnis moriar* (1), como dice uno de vuestros poetas, —replicó Syra modestamente, pero con una mirada de dulce transporte que llenó de asombro á Fabiola. —Sí, espero y estoy segura de sobrevivir á todo eso. Más aún: creo y sé positivamente que de esa fosa, que tan al vivo habeis pintado, una mano recogerá y juntará cada fragmento de mi carbonizado cuerpo: que existe un poder que llamará á los cuatro vientos y les obligará á restituir hasta el más imperceptible átomo de mi polvo, y reconstruirá este cuerpo mio, no para ser esclavo vuestro ni de nadie, sino para ser rejuvenecido, libre, dichoso, resplandeciente de gloria, amando eternamente y eternamente amado. Esta firme é indestructible esperanza está grabada en el fondo de mi pecho.

—¡Delirios de tu fantasía oriental, que te impiden cumplir tu deber y de los cuales preciso es curarte! Pero ¿en qué escuela aprendiste esos dislates que nunca he encontrado en autor alguno griego ni latino?

—En una escuela de mi tierra, donde no se conoce ni admite diferencia alguna entre griegos y bárbaros, libres y esclavos.

—¿Qué es lo que oigo?—exclamó con exaltación la altiva romana.—Sin aguardar siquiera esa soñada existencia futura ¿te atreves á imaginarte igual á mí, si no superior? Dimelo de una vez, con claridad y sin rodeos.

Y se incorporó en actitud de aguardar ansiosa una contestación.

—Nobilísima señora, —dijo Syra, —me superais de mucho en jerarquía, poder, instrucción, ingenio y en todo lo que enriquece y hermosea la vida; y en belleza, elegancia, gracia y lenguaje, nadie os puede disputar la palma, y mucho menos un sér tan pobre y humilde como yo. Pero si debo hablaros con la franqueza que deseais...

(1) No todo mi sér morirá.

Interrumpióse Syra como perpleja; pero, obedeciendo á un ademán de su imperiosa ama, continuó diciendo:

—Someto á vuestro claro discernimiento decidir si una pobre esclava, íntimamente convencida de que en sí misma posee un espíritu inteligente y activo, sin más límites que la inmortalidad, cuya morada está más allá del firmamento, y cuyo solo y verdadero prototipo es la Divinidad misma, puede considerarse inferior en dignidad moral y elevación de pensamientos á quien, si bien adornada y favorecida por todos los dones de la naturaleza y de la fortuna, confiesa que no aspira á más altos destinos ni reconoce en sí más noble fin que el que aguarda al ave irracional que bate con sus alas, sin esperanza de libertad, los dorados alambres de su jaula.

Por primera vez en su vida, Fabiola acababa de sentirse humillada y vencida por una esclava. Con los ojos centelleantes de furor empuñó la daga y asestó tan fiero golpe á Syra en el brazo que extendiera instintivamente para resguardar el pecho, que le causó la más tremenda herida que hasta entonces recibiera, ya por su violencia, ya porque la punta le desgarró las carnes. Lo agudo del dolor arrancó lágrimas á la esclava, de cuya herida velase brotar un arroyo de sangre. Avergonzóse al momento Fabiola de su propio arrebató, y sintióse todavía más humillada que antes por haberse dejado llevar de él en presencia de las otras dos esclavas.

—Anda, apresúrate, —dijo á Syra, que estaba restañando la sangre con un pañuelo, —y dí á Enfrosina que te cure la herida. No era mi ánimo causarte tanto daño... Pero aguarda un momento, pues debo de algun modo compensarlo.

Y revolviendo las alhajas que tenía en la mesa, tomó una sortija y se la regaló, añadiendo:

—Retírate, y no vuelvas: esta noche no necesito de tí.

Y Fabiola quedó con la conciencia tranquila, creyendo haber compensado ampliamente el daño causado á su esclava.

El domingo inmediato, en la iglesia del Santo Pastor, situada cerca de su palacio, encontróse en el cepillo de limosnas para los pobres una preciosa sortija de esmeraldas que el buen sacerdote Policarpo creyó sería dádiva de alguna opulenta dama; pero Aquel que observaba con penetrantes ojos el cepillo de las limosnas de Jerusalén y tomaba en cuenta hasta el óbolo de la viuda, vió que la había depositado el brazo vendado de una pobre esclava.

La visita

Momentos antes de la trágica escena que acabamos de referir, apareció en el aposento una persona cuya presencia, á ser antes notada por Fabiola, hubiera bastado para que ésta abreviara el diálogo con Syra y se abstuviera de su arrebato.

Los aposentos de las casas romanas estaban separados por cortinas, más bien que por puertas; y así era fácil, especialmente en momentos de agitación, penetrar en ellos sin ser notado. Tal sucedió en el caso presente, pues cuando Syra salía de la estancia casi retrocedió sorprendida al ver destacarse ante una cortina carmesí oscuro una figura que reconoció enseguida.

Era una dama, casi una niña, vestida de blanco y sin adorno alguno en su persona. Su semblante retrataba el candor de la niñez juntamente con la inteligencia de una edad madura. En sus ojos aparecía no sólo la inocencia de la paloma que describe el Cantar de los cantares, sino que á menudo los iluminaba un afecto intenso y puro como si los clavara, más allá de los objetos que la rodeaban, en algún ser invisible para los demás, y para ella sola presente y con gran ternura amado. En sus labios retozaba una infantil sonrisa; sus frescas y juveniles facciones reflejaban sensible y sinceramente las impresiones que recibía su tierno corazón. Creían cuantos la trataban que nunca se ocupaba de sí misma, dividiendo su pensamiento entre la benevolencia hacia los que la rodeaban y el afecto por el invisible objeto de su predilección.

Cuando Syra notó esa hermosa aparición, tan parecida á un ángel, detúvose ante ella un momento, pero la niña le tomó la mano y besóla respetuosamente, diciendo con sigilo:

—Todo lo he visto: aguardame en el aposento contigo á la entrada.

Adelantóse, y apenas la vió Fabiola se sonrojó, temiendo que hubiese presenciado su arrebato de cólera. Con un movimiento de mano despidió secamente á las esclavas y saludó luego á su parienta con cordial afecto y aparente serenidad.

Ya hemos dicho que pocas eran las personas que dejasen de sentir los efectos de la altanería de Fabiola. Una de estas era su nodriza, la liberta Eufrosina, á quien estaba encomendado el

gobierno de la casa y cuya exclusiva creencia consistía en que Fabiola era el más perfecto de los seres, la más discreta, la más cumplida y la más admirable dama de Roma. La otra era la jovencita que acababa de entrar, á quien amaba y trataba con afecto entrañable, y cuya compañía la deleitaba siempre.

—Eres en extremo complaciente, querida Inés,—dijo la ya apaciguada Fabiola:—apenas acabas de recibir mi aviso cuando sin vacilar acudes para acompañarnos á la mesa. Es el caso que mi padre ha invitado á otras personas, y era mi deseo tener alguien con quien conversar para excusarme de hacerlo con los demás. Sin embargo, tengo curiosidad por conocer á uno de los convidados, un tal Fulvio, cuya gentileza, opulencia y dotes me han encomiado, á pesar de que nadie sabe quién es, cuál su profesión y su procedencia.

—Bien sabes, querida Fabiola,—contestó Inés,—cuánto me complazco en visitarte, y que mis padres me lo permiten gustosos. Con que déjate de apologías.

—Y así te presentas como acostumbras,—dijo alegre Fabiola,—sin más joyas ni aderezos que tu vestido blanco, como si todos los días te fueras á desposar... Mas ¡dioses inmortales!... ¿qué es eso? ¿estás herida? ¿ó ignoras que tienes ahí en el pecho de la túnica una gran mancha como de sangre? Vén; te mudarás el vestido.

—No; por todo lo del mundo no lo consentiría Fabiola; esta es la joya que he de llevar esta noche... Es sangre, sí; sangre de una esclava, pero más noble y generosa que la que circula por tus venas y las mías.

Revelóse entonces á Fabiola toda la verdad. Inés lo había presenciado todo. Humillada y confundida, dijo con aspereza:

—¿Deseas, pues, que se enteren todos de mi arrebato carácter en castigar la audacia de una esclava?

—Lejos de eso, querida prima. Sólo deseo conservar para mí una lección de fortaleza y magnanimidad que he recibido de una esclava, tal como pocos filósofos patricios nos podrían proporcionar.

—¡Qué idea tan rara! En verdad, Inés, varias veces he pensado que dabas demasiada importancia á esa clase de gente. Al cabo, ¿qué son?

—Criaturas humanas como nosotras, dotadas de la misma razón, los mismos afectos y la misma organización. Hasta aquí no podrás decir que exagero. Forman, pues, parte de la misma familia; y si Dios es nuestro padre, porque de El procede nuestra vida, lo es también suyo, y ellas son, por consiguiente, hermanas nuestras.

—¡Hermana mía una esclava! No lo permitan los dioses. Los esclavos son una propiedad como cualquier otra, y no con-

cibo que puedan moverse, pensar ni sentir sino como y cuando acomode á sus amos.

—¡Vamos, vamos!— dijo Inés con suave agrado —No nos engolfemos en discusiones. Eres demasiado sincera y noble para no sentir y conocer que una esclava te ha excedido hoy en lo que más admiras: en elevación de ideas, discernimiento, lealtad y fortaleza heróica. No me contestes, querida prima, que bien conozco lo que vas á decirme con esa lágrima furtiva; pero en adelante puedo evitarte otro motivo igual de disgusto si me concedes un favor.

—Si está en mi mano, desde luego.

—Pues bien; cédeme Syra, esa esclava que en adelante me parece no has de ver con gusto á tu lado.

—Te equivocas, Inés. Desde ahora trataré de refrenar mi orgullo, y te confieso que siempre más, no sólo tendré á Syra en mayor estima, sino que hasta la llegaré á admirar. Es la primera vez que me inspira este sentimiento una persona de su condición.

—Se me figura, Fabiola, que yo podría hacerla más feliz.

—Lo creo, querida Inés porque tú tienes el don de hacer dichosos á cuantos te rodean. Nunca he conocido una familia como la tuya. No parece sino que te has propuesto poner en práctica esa extraña filosofía de que me hablaba Syra y que no hace distinción entre libres y esclavos. Todos en tu casa están satisfechos y risueños, anhelosos de cumplir sus deberes. Parece que nadie allí se acuerda de mandar. ¿Te sonries? ¡Ah, hechicera mía! Sospecho que en aquella estancia misteriosa, donde nunca me has permitido entrar, ocultas los filtros y sortilegios que empleas para hacerte amar de todos. Si fueses cristiana y te llevasen á la arena del Circo, creo que las mismas fieras irían cual mansas ovejas á echarse á tus pies... ¡Vamos, no te pongas tan seria! ¿No comprendes que me chanceo?

Inés, como extática, miraba fijamente y con ternura delante de ella, como si estuviese contemplando ó escuchando algún sér entrañablemente amado. Pero pronto salió de su abstracción, exclamando alborozada:

—¡Bien pudiera ser lo que dices, Fabiola! Cosas todavía más extraordinarias han sucedido. Pero, en fin, si yo tuviera que pasar por tan terrible trance, Syra sería precisamente la persona que desearía tener á mi lado. Consiente, pues, con que sea mía.

—¡Por los dioses, Inés, no tomes en serio mis palabras! ¿Tan pobre concepto había de tener formado de tí, que llegase á figurarme tal desventura? En cuanto al cariño de Syra, tienes razón. Cuando en el último verano, durante tu ausencia, me ví acometida de una calentura contagiosa, sólo á latigazos podía

conseguir que las demás esclavas se acercasen á mi lecho, mientras que la pobre Syra no quería separarse un momento de mi lado, velándome y asistiéndome á todas horas, tanto que á ella creo deber mi salud y acaso mi vida.

—¿Y no te la hizo amar esa conducta suya?

—¡Amarla! ¡Amar á una esclava! Lo que hice fué recompensarla generosamente. Por cierto que ignoro el uso que hace de mis regalos, pues las otras esclavas me dicen que nada ahorra y nada gasta en su persona. Y aún ha llegado á mis oídos que todos los días parte su comida con una muchacha ciega y mendiga. ¿Habrás más extraño capricho?

—Querida Fabiola, —dijo Inés enternecida;—es preciso que Syra sea mía. Me has prometido acceder á lo que te pidiese: pues bien, dime el precio, y deja que me la lleve á casa esta misma noche.

—¡Bien! como nada te puedo negar, te la cedo; pero dejemos para otro día el ajuste, y ahora bajemos á ver á los convidados.

—¿Olvidas ponerte las joyas?

—No importa que baje siquiera una vez sin ellas: no estoy ahora para componerme.

VI

El convite

En una sala baja estaban ya reunidos con Fabio sus convidados, no precisamente á un banquete, sino á la cena ordinaria de una casa opulenta, donde había siempre mesa puesta para los amigos.

Al presentarse Fabiola é Inés salióles al encuentro Fabio.

—¿Cómo así tan desaliñada, —preguntó á su hija, — después de hacernos esperar tanto?

Fabiola, confusa, no acertaba á responder, avergonzándose de haberse dejado llevar de los impetus de su cólera, y más aún del castigo que neciamente á su parecer se había impuesto: pero á sacarla del apuro acudió solícita Inés, que encendida como una amapola dijo á Fabio:

—Mía es la culpa de su retardo y de que vaya tan sencilla-

mente vestida, pues yo la he entretenido con mis habladerías, y sin duda me las quiere atajar con la sencillez del traje.

—Tú, querida Inés, gozas del privilegio de venir como mejor te plazca. Pero, hablando formalmente, debo manifestarte que si esto se te podía disimular cuando eras una niña, ahora que eres ya casadera (1) es menester que te compongas algo más para granjearte el cariño de algun mozo bien parecido y que te convenga. Uno cualquiera de los ricos collares que tienes acrecentaría tus naturales encantos. Pero observo que estás distraída, y casi apostaría algo á que tienes ya puestos los ojos en alguno.

Mientras Fabio así hablaba con benévola aunque mundana intención, Inés parecía enajenada, absorta en risueño éxtasis; pero sin perder el hilo del discurso y sin la menor incoherencia contestó:

—¡Oh! sí, ciertamente; en uno que ya me ha dado en arras el anillo y me ha adornado con innumerables joyas (2).

—¿De veras?—preguntó Fabio.—Con que...

—Sí,—respondió Inés con fúlgida mirada y candorosa sencillez;—ha ceñido mi diestra y mi cuello con alhajas preciosas, y ha prendido en mis orejas zarcillos de inestimables perlas (3).

—¿Quién es el afortunado mancebo? ¿Cuán calladito te lo tenias! Será sin duda tu primer amor, y ¡ojalá sea duradero y la bre tu felicidad!

—¡Eternamente!—contestó Inés, yendo enseguida á juntarse con Fabiola.

Esta, afortunadamente, no había oído el diálogo, pues hubiérase ofendido al ver que Inés le ocultaba el suceso más importante de su vida, siendo así que la consideraba como su predilecta amiga. Pero mientras Inés la estaba disculpando había dejado á su padre para atender á los otros convidados. Era uno de éstos un sofista romano, hombre muy obeso, mercader de ciencia universal, llamado Calpurnio. Otro era un tal Próculo, muy amigo de buenos bocados, y concurrente asiduo de la casa. Había otros dos en los cuales debemos fijarnos más detenidamente.

El primero, amigo particular de Inés y de Fabiola, era un tribuno de la Guardia pretoriana, y aunque no contaba todavía treinta años, se había distinguido ya por su valor y bizarría, lo cual hablale granjeado la privanza de Diocleciano en el Orien-

(1) Según la legislación romana, podía la mujer casarse á los doce años de edad.

(2) «Annulo fidei suæ subarrhavit me, et immensis monilibus ornavit me.» (Oficio de santa Inés).

(3) «Dexteram meam et collum meum cinxit lapidibus pretiosis, tradidit auribus meis inestimabiles margaritas.» (Ibid.)

te y la de Maximiano Hercúleo en Roma. Apuesto, de ameno trato, sin afectación alguna en su porte y modales, despreciaba los necios asuntos que divertían á la generalidad. Era, en suma, el tipo perfecto del joven pundonoroso y de nobles sentimientos, robusto y valiente, enemigo del orgullo y de toda vanidad.

Con él contrastaba notablemente el otro convidado, Fulvio, nuevo astro de la sociedad romana, de continente afeminado, vestido con prolijo esmero, ataviado con preseas costosas, cubiertos sus dedos de ricas sortijas, afectado en el lenguaje, extremado en sus maneras, mostrando aparente bondad; todo lo cual, unido á haberle visto en la Corte imperial, franqueóle en poco tiempo los salones de la más encumbrada sociedad de Roma.

Fulvio había llegado á la ciudad de los Césares sin otra compañía que la de un anciano muy adicto á su persona, pero del cual nadie sabía si era su esclavo, liberto ó amigo. A solas hablaban un idioma extraño; y el atezado rostro, la mirada penetrante del viejo y la desagradable impresión de sus facciones inspiraban aversión á los sirvientes; pues habiendo alquilado Fulvio una habitación de las llamadas entonces *insula*, ó casa arrendada por partes, después de amueblarla lujosamente tomó un número de esclavos superior al que requería el servicio de un soltero por rico que fuese. Más que por la abundancia se distinguían por su profusión los gastos de la casa; y pronto el corrompido y degradado círculo de Roma pagana olvidó la oscuridad de su historia y repentina aparición, deslumbrado por sus riquezas y por el embeleso de su conversación. Sin embargo, un observador experto hubiera notado cierta inquieta expresión en sus ojos y la reconcentrada atención con que acechaba cuanto pasaba ó veía en torno suyo, lo cual revelaba su insaciable curiosidad; y en ciertos momentos de descuido el ceño siniestro, el brillo sombrío de su mirada y la contracción de su labio superior, sobre inspirar cierto sentimiento de desconfianza, infundía la sospecha de que su afabilidad exterior fuese una máscara para encubrir su feroz malignidad.

No tardaron los convidados en ponerse á la mesa, y como las damas comían sentadas y los hombres reclinados en sus lechos, Fabiola é Inés ocupaban un lado; los dos jóvenes indicados el lado de enfrente, y Fabio con sus dos antiguos amigos el centro; si es que así pueda describirse la posición que cada cual guardaba al rededor de las tres partes de una mesa circular, pues la otra quedaba desocupada para el *sigma* ó lecho semicircular destinado á facilitar el servicio.

Satisfechas las primeras exigencias del apetito y de la gula, animóse la conversación.

—¿Qué noticias corren hoy en los baños?—preguntó Calpur-

nio.—Yo no tengo tiempo para ocuparme en tales fruslerías.

—Interesantes—respondió Próculo.—Parece que el divino Diocleciano ha mandado que se terminen sus Termas en tres años.

—¡Imposible!—exclamó Fabio.—El otro día, yendo á los jardines de Salustio, me detuve á examinar las obras, y las ví muy atrasadas. Queda aún mucho que hacer, muchos mármoles por labrar, y no pocas columnas por modelar.

—Es verdad—dijo Fulvio,—pero me consta que se han expedido órdenes á todas partes para que envíen á Roma y sean ocupados en las Termas muchos de los prisioneros y condenados á las minas de España, de Cerdeña y hasta del Quersoneso. Algunos miles de cristianos que se destinan á las obras pronto las concluirán.

—Y ¿por qué cristianos más bien que otros criminales?—preguntó Fabiola con curiosidad.

—Difícilmente acertaría á explicarlo,—respondió Fulvio con atractiva sonrisa,—pero así es. Entre cincuenta de esos condenados atreveríame á distinguir un cristiano.

—¿De veras?—interrogaron á la vez casi todos los comensales,—y ¿cómo?

—Los forzados—contestó Fulvio—aborrecen, como es natural, el trabajo á que se les destina, siendo preciso recurrir al látigo para obligarles; y además de esto son rudos, torpes, descontentadizo; y pendencieros. Pero los cristianos condenados á obras públicas parecen, al contrario, estar siempre alegres, son obedientes y sumisos. He visto destinados á esta clase de trabajos en el Asia jóvenes patricios, cuyas manos nunca habían manejado herramienta alguna, ni sus débiles hombros sustentado la más leve carga, trabajando con afán y tan placenteros como cuando estaban en sus casas, y eso que los sobrestantes les apaleaban á menudo cumpliendo la voluntad de los divinos emperadores, de que su condición sea de las más duras. Y sin embargo nunca se les oía la menor queja.

—No puedo decir que admiró esa justicia,—replicó Fabiola;—pero ¡qué casta de hombres tan singular! Quisiera que alguien me explicase el motivo de esa estupidez ó insensibilidad de los cristianos, tan contraria á la naturaleza.

—Precisamente—dijo Próculo con tono zumbón—aquí tenemos á Calpurnio que nos lo aclarará como buen filósofo, y que, según tengo entendido, es capaz de disertar una hora seguida sobre cualquier tema, ya sean los Alpes, ya un hormiguero.

Aludido así Calpurnio, y considerándose altamente favorecido, abrió la boca y con grave entonación dijo así:

—Los cristianos constituyen una secta extranjera cuyo fundador floreció en Caldea siglos há, y sus doctrinas fueron traí-

das á Roma en tiempo de Vespasiano por dos hermanos llamados Pedro y Pablo. Algunos pretenden que éstos son los mismos gemelos que los judíos llaman Moisés y Aarón, el segundo de los cuales vendió al primero su primogenitura por un cabrito para hacer con su pellejo *chiroteca* (1); mas yo no admito esa identidad, porque según consta en los libros místicos de los judíos el menor de estos dos hermanos, despechado y envidioso de que las víctimas del otro daban mejores presagios que las suyas, le mató, como nuestro Rómulo á Remo, aunque con la quijada de un burro; por cuyo motivo Mardoqueo, rey de Macedonia, le mandó colgar en una horca de cien codos de altura, á instancias de su hermana Judit. De todos modos, habiendo venido á Roma Pedro y Pablo, descubriose que el primero era un esclavo fugitivo de Poncio Pilatos, quien le mandó crucificar en el Janículo. Sus secuaces, que eran muy numerosos, adoptaron entonces la cruz por símbolo, y la adoran, teniendo á grande honra sufrir, no solo azotes, sino hasta la muerte más ignominiosa como el mejor medio de asemejarse á sus maestros, pues se imaginan que irán á reunirse con ellos en un lugar situado más allá de las nubes.

Esta lucida explicación del origen del Cristianismo fue escuchada con admiración por todos los circunstantes, excepto dos. El oficial dirigió una mirada de conmiseración á Inés, como si quisiera decirle: ¿Contestaré á este necio, ó me echaré á reír? Pero ella se puso el dedo en los labios y se sonrió implorando su silencio.

—Pues bien,—añadió Próculo,—la conclusion de todo esto es que las Termas no tardarán en terminarse y que tendremos grandes diversiones, pues se anuncia que el divino Diocleciano asistirá en persona á su inauguración. ¿No es así, Fulvio?

—Así es; y con este motivo habrá fiestas espléndidas y magníficos espectáculos. Pero no tendremos que esperar tanto, pues se ha mandado ya que se remitan de Numidia cuantos leones y leopardos puedan reunirse.

Y volviéndose bruscamente á su vecino prosiguió:

—Un bizarro soldado como vos, Sebastian, no podrá menos de deleitarse con los nobles espectáculos del anfiteatro, especialmente cuando se dirigen contra los enemigos de los augustos emperadores.

Incorporose el oficial, miró á su interlocutor tranquila y majestuosamente, y contestó diciendo:

—Fulvio, no correspondería al título que me habeis dado si fuese capaz de contemplar con placer y á sangre fría la lucha, si este nombre merece, entre una fiera y un niño ó una mujer

(1) Guantes.

débiles é indefensos: que no son otra cosa los espectáculos que calificais de nobles. Si estoy pronto á desenvainar la espada contra los enemigos del Imperio, lo estoy igualmente á esgrimir la contra la fiera que se arroja, aunque fuera por mandato imperial, sobre el débil y el inocente.

Fulvio, desconcertado, hizo ademán de levantarse; pero Sebastián, asiéndole el brazo con pesada mano, prosiguió:

—Oídme hasta el fin. No soy el primero ni el más ilustre de los romanos que ha opinado así antes que yo, y sabidas tendréis las palabras de Cicerón: «Magníficos son estos espectáculos; pero ¿cómo puede recrearse una persona culta viendo á un hombre débil despedazado por una fiera, ó á un noble animal atravesado por un venablo (1)?» No tengo á mengua pensar como el más grande de los oradores romanos.

—¿De modo que no os veremos en el Circo, Sebastián?— preguntó Fulvio con voz meliflua y tono burlón.

—Si me veis allí, contad que será para ponerme al lado del indefenso, no al de las bestias feroces destinadas á despedazarle.

—Sebastián tiene razón,—dijo Fabiola palmoteando;—y pongo fin á la discusión con este aplauso. Nunca he oído á Sebastián defender más que sentimientos nobles y generosos.

Mordiése Fulvio los labios, y levantándose todos de la mesa se dispusieron á salir.

VII

Pobres y ricos

Durante la última parte de la anterior conversación Fabio se había quedado completamente abstraído, discurriendo sobre la revelación que le había hecho Inés y maravillándose de lo bien guardado que tenía su secreto. Preguntábase quién sería el afortunado mortal que había conquistado el corazón de la niña, é iba recordando muchos jóvenes, pero ninguno le satisfacía. Lo que

(1) «Magnificæ nemo negat; sed quæ potest esse homini polito delectatio, quum aut homo imbecillus á valentissima bestia laniatur, aut præclara bestia venabulo transverberatur?» (Ep. ad Fam., lib. VII, ep. 1).

más le confundía era el regalo de las ricas joyas, pues no conocía á un solo joven de la nobleza romana que pudiera poseerlas, y en las grandes tiendas que recorría con frecuencia no había oído decir que se hubieran encargado. De pronto acudióle una idea luminosa: ¿sería Fulvio el favorecido? Porque siempre se le veía lucir nuevas y magníficas sortijas traídas de extrañas tierras; y como varias veces había sorprendido las expresivas miradas que dirigía á Inés, no le quedó ya la menor duda de que estaba perdidamente enamorado de ella. Verdad es que Inés no parecía siquiera advertirlo; pero esto, decíase Fabio, entrará por de contado en el plan. Afirmándose cada vez más en su pensamiento, y convencido de la exactitud de su presunción, resolvió favorecer la supuesta inclinación de ambos, y gozábese en su imaginación por la sorpresa que á Fabiola causaría su sagacidad cuando se la participase.

Pero dejemos ahora á nuestros nobles huéspedes, y sigamos á Syra desde que abandonó el aposento de su ama. Al presentarse á Eufrosina, estremeciése la buena anciana al ver la profunda herida y no pudo contener una compasiva exclamación; pero comprendiendo que había sido obra de Fabiola, se vió presa de encontrados sentimientos.

—¡Pobre Syra!—decía mientras le lavaba la herida y la vendaba.—¿Cómo ha sido esto? ¡Cuánto te habrá dolido! El golpe es cruel, y no obstante lo ha asestado la criatura más bondadosa del mundo. Toma este cordial para reanimarte, no sea que desfallecieses por la mucha sangre que habrás perdido. ¡Algún motivo le habrás dado para herirte!

—Verdaderamente,—dijo Syra sonriéndose;—yo me tengo la culpa: ¿quién me metía á discutir con mi señora?

—¡Discutir con ella! ¡Dioses del Olimpo! ¿quién oyó decir jamás que una esclava se atreviese á contradecir á una señora tan noble como entendida? El mismo Calpurnio se arredraría de disputar con ella. Así no extraño que la irrites y que en su arrebató te haya herido sin darse cuenta del daño que te hacía. Pero es preciso que esto no se divulgue y que nadie sepa la falta que has cometido. ¿No tienes alguna tela ó lienzo fino para envolverte el brazo á manera de adorno? Aguarda un poco.

Y penetrando en el dormitorio de las esclavas, que comunicaba con su habitación, abrió la *capsa* ó arca de Syra, y después de haber revuelto inútilmente los pocos trapos que encerraba, sacó del fondo un pañuelo cuadrado, de la más preciosa tela, magníficamente bordado y aun adornado de perlas. Encendiése de rubor el rostro de Syra, y suplicó á Eufrosina que no la obligara á ponerse aquel adorno que tanto desdecía de su condición, especialmente por ser un recuerdo de mejores días, preservado con tanto cuidado. Pero Eufrosina, que anhelaba en-

cubrir la falta de su ama, permaneció inexorable, y no paró hasta que lo hubo envuelto al rededor del brazo herido.

Terminada esta operación, pasó Syra al pequeño loentorio, situado en frente de la habitación del portero, donde los esclavos de más distinción podían recibir á sus amigos. Llevaba en la mano un canastillo tapado con una servilleta, y apenas había entrado cuando con ligeros pasos atravesó saltando la habitación una muchacha de unos diez y seis años, vestida pobremente aunque aseada y limpia, y le echó los brazos al cuello con tan risueño semblante, que nadie hubiera podido adivinar que sus ojos, privados de vista, habían tenido comunicación con el mundo exterior.

—Siéntate, querida Cecilia,—le dijo Syra cariñosamente y conduciéndola de la mano á una silla.—Hoy vas á cenar opíparamente, pues te traigo unos manjares muy exquisitos.

—Pues ¿no sucede así todos los días?

—Sí, pero hoy mi ama me ha enviado de la mesa un plato muy delicado.

—¡Cuán buena es tu ama, y cuánto más lo eres tú, hermana mía! Pero ¿por qué no te lo has comido? Para tí estaba destinado, nó para mí.

—Hablandote con sinceridad, te diré que me complazco más en verte disfrutar una cosa que en disfrutarla yo misma.

—Nó, querida Syra, eso no debe ser así. Dios me ha querido pobre, y debo cumplir su voluntad. Gozosa estoy de compartir contigo tu *pulmentum* (1), pues me lo da la caridad de una que es tan pobre como yo. Así te proporcione el mérito de la limosna, y tú me das el consuelo de pensar que no soy ante Dios más que una pobre ciega. Creo que he de merecer más su amor así que comiendo suculentos manjares. Prefiero quedarme con Lázaro á la puerta más bien que sentarme con el rico Epulon á la mesa.

—¡Cuán to mejor y más discreta eres que yo! Quiero complacerte. Llevaré el plato á mis compañeras, y aquí te dejó tu ordinaria comida.

—Gracias, querida hermana: esperaré tu vuelta.

Syra subió al aposento de las esclavas y puso delante de sus envidiosas y glotonas compañeras la fuente de plata, sin que su vista les sorprendiese mucho, pues de vez en cuando solia su señora darles semejante muestra de bondad. Pero avergonzada Syra de que la viesen con el rico pañuelo en que traía envuelto el brazo herido, se lo quitó antes de entrar; si bien, no queriendo disgustar á Eufrosina, volvió á ponérselo al salir con la mano que le quedaba libre. Cuando iba á cruzar el patio para reunirse con la ciegucecita, divisó á uno de los nobles convidados que se

(1) Especie de sopa ó potaje.

dirigia cabizbajo hácia la puerta, y para evitar un desmán, cosa posible y no desusada, se ocultó detrás de una columna.

Era Fulvio, y no bien ella le hubo reconocido, quedóse como clavada en el suelo, latióle el corazón de un modo extraño, estremeciése de piés á cabeza, un frio sudor bañó sus sienes, y sus abiertos ojos quedaron fascinados como los de un pájaro ante una serpiente. Llevó la mano al pecho, hizo la señal de la cruz, y desvaneciéndose el encanto, huyó precipitadamente sin ser vista.

Apenas Syra había desaparecido detrás de una cortina que cerraba las escaleras, cuando llegó Fulvio al sitio donde aquella había estado escondida. De repente pareció como si tropezase con algun objeto, retrocedió espantado é inmutósele el semblante; mas haciendo un esfuerzo miró á su alrededor y se cercioró de que se hallaba solo; volvió á contemplar el objeto, y al inclinarse para recogerlo retiró la mano. Era el pañuelo que llevaba Syra en el brazo y que se le había caído. Por fin, como oyese ruido de pasos y reconociese en ellos el andar marcial de Sebastian, recogió apresuradamente el pañuelo, estremeciése al doblarlo, y al verlo manchado con sangre todavía fresca que había filtrado por el vendaje, salió tambaleándose como un ebrio y fué presuroso á su morada.

Pálido, calenturiento, manteniéndose á duras penas en pié, penetró en su dormitorio, rechazando con aspereza los servicios de sus esclavos, y sólo consintió que le siguiese su fiel acompañante, á quien indicó que cerrase la puerta.

Luego, sin despegar los labios, arrojó sobre la mesa, en la que ardía una lámpara, el pañuelo bordado, señalando con el dedo las manchas de sangre.

Nada dijo el anciano, pero inmutóse su atezado rostro.

—¡No hay duda! —exclamó al fin;—es el mismo... ¡pero ella murió!

—¿Estás bien seguro, Eurotas? —preguntó Fulvio clavando en él su penetrante vista de halcón.

—Tanto como puede uno estarlo de una cosa que ha visto. Pero ¿dónde has encontrado esto?... ¿y esta sangre?...

—Mañana te lo referiré todo; ahora no me siento bien. En cuanto á estas manchas de sangre, estaban frescas cuando hallé el pañuelo é ignoro de dónde procedan, á menos que sean presagios de venganza, y de una venganza tan tremenda como son capaces de meditar las Furias. Esta sangre no ha sido vertida ahora.

—¡Ta, ta, ta! No es ocasion esta de sueños ni de fantasmas-gorías. ¿Te vió álguien recogerlo?

—¡Nadie!

—Siendo así, ningún peligro corremos: vale más que haya

caído en nuestras manos que en las de otro. Una noche de descanso nos proporcionará algún saludable consejo.

—Dices bien, Eurotas; pero esta noche quédate á dormir aquí.

Acostáronse los dos: Fulvio en un suntuoso lecho, y Eurotas en una camilla baja, desde la cual, apoyado en el codo, estuvo largo rato observando con mirada fija y sombría, á la luz de la lámpara, el desapacible sueño del jóven, como si á la vez que su guardia fuera su genio malo. Atormentaba á Fulvio una agitación extraña y parecía presa de angustiosa pesadilla. Primero vió una hermosa ciudad allá en regiones apartadas, atravesada por un río en cuyas aguas estaba levando el ancla una galera, destacándose en su cubierta una figura que agitaba en señal de despedida un pañuelo bordado. La escena cambia de repente; el buque está en medio de los mares, bregando con una furiosa borrasca, y en el tope del mástil ondea el mismo pañuelo bordado, como un gallardete á impulsos del viento. Choca la galera en una roca; un lamento desgarrador resuena en los espacios, y nave y pasajeros se sumergen en lo profundo del proceloso mar. El mástil, sin embargo, flota sobre las olas con su brillante flámula, y por entre las gaviotas que revolotean graznando á su derredor discurre una figura que con una antorcha en la mano y agitando sus negras alas arranca el pañuelo del mástil, y clavando en Fulvio una mirada aterradora, lo despliega ante sus ojos deteniendo el vuelo, y en letras de fuego lee escrita en él la palabra ¡Nemesis! (1)

Pero ya es tiempo de que volvamos á nuestros convidados de la casa de Fabio.

Luego que Syra oyó cerrar la puerta por donde Fulvio salió, se detuvo un instante para serenarse, y elevando á Dios una plegaria fué á reunirse con la ciegucecita, la cual, habiendo acabado la frugal comida, aguardaba con paciencia su vuelta. Syra principió entonces sus tareas cotidianas de cariño y hospitalidad: trajo agua, lavóle las manos y los piés, según costumbre de los cristianos; peinó y arregló su cabello como si la pobre criatura fuese su propia hija: pues aunque no la excedía en muchos años, era tan tierna su mirada cuando la fijaba en su amiguita, tan suave su voz, todas sus acciones tan cariñosas, que más parecía una solícita madre cuidando á su hija, que una esclava sirviendo á una mendiga.

En este momento disponíase Inés á acudir á la cita convenida, y Fabiola se empeñó en acompañarla hasta la puerta. Cuando al levantar la cortina sorprendió Inés una escena tan interesante, hizo una señal á Fabiola para que la contemplara,

(1) Venganza.

pero en silencio. Tenían en frente á la ciegucecita y á un lado á su voluntaria sirvienta, muy ajena de que la observaran.

El corazón de Fabiola no pudo menos que enternecerse, pues nunca hubiera imaginado que pudiese existir en la tierra un amor tan desinteresado entre seres extraños: verdad es que la caridad era una palabra desconocida en la Roma pagana. Retiróse lentamente sin poder contener una lágrima, y despidiéndose de Inés le dijo:

—Debo retirarme: esa muchacha me ha probado esta tarde que una esclava puede tener entendimiento, y ahora me revela que también puede tener corazón. Há pocas horas me quedé pasmada cuando me preguntaste si yo no amaba á una esclava. Pues bien, casi llego á creer que podría amar á Syra, y me pesa de habértela cedido.

Mientras Fabiola iba retrocediendo hácia el patio, entró Inés en la referida estancia, y sonriéndose dijo:

—Muy bien, Cecilia, al fin he descubierto tu secreto. Esta es la amiga cuyo alimento dices que es mejor que el mío, y por eso no querías nunca comer en mi casa. Vamos; si mis manjares no son más sabrosos, convengo al menos en que la generosa amiga que te los ofrece vale más que yo.

—¡Oh! no digais eso, señora,—contestó la ciegucecita.—La comida es en verdad mejor; pero vos tenéis mil ocasiones de ejercer la caridad, mientras que una pobre esclava sólo la tiene cuando encuentra á una que, como yo, es más pobre y necesitada que ella, y esta idea contribuye á hacer que me parezca más exquisito el alimento que divide conmigo.

—Tienes razón,—dijo Inés,—y me alegro que estés aquí para que oigas las buenas noticias que traigo á Syra. De ellas te alegrarás también tú. Fabiola ha consentido en que pases á mi servicio, Syra: por consiguiente, mañana serás libre y una hermana querida para mí.

Al oír esto Cecilia palmoteó de contento, y enlazando sus brazos al cuello de Syra, exclamó enajenada de gozo:

—¡Oh, cuánta bondad! ¡Qué dichosa vas á ser, querida Syra! Pero Syra, perturbada, replicó con voz balbuciente:

—¡Oh buena y amable señora! excesiva bondad es la vuestra con mi humilde persona, pero perdonadme si os suplico que me dejéis como estoy. Te aseguro, querida Cecilia, que vivo aquí muy dichosa.

—Pero ¿por qué quieres quedarte?—preguntó Inés.

—Porque es más perfecto acomodarnos al estado en que Dios nos pone,—respondió Syra.—Confieso que no nací en el que ahora me encuentro, pues otros me han reducido á él...

Un raudal de lágrimas le embargó la voz, pero luego continuó:

—Pero esto mismo me prueba que la voluntad de Dios ha dispuesto que le sirva en mi actual estado, y ¿cómo he de desear abandonarlo?

—Pues bien,—dijo Inés con más insistencia;—todo podemos conciliarlo fácilmente. No te daré la libertad y serás mi esclava, que viene á ser lo mismo.

—¡No, no!—replicó Syra sonriéndose;—no es lo mismo. Las instrucciones del grande Apóstol son éstas: «Esclavos, estad sumisos con todo temor á vuestros amos, no sólo á los apacibles y cariñosos, sino también á los de dura condición (1).» Estoy muy lejos de contar entre éstos á mi ama; pero vos, noble señora, sois demasiado bondadosa conmigo. ¿Dónde estaría mi cruz si viviera á vuestro lado? No sabéis acaso qué indole tan soberbia y obstinada es la mía, y temería por mí misma si no sufriera algunas penas y humillaciones.

Inés estaba ya casi pronta á ceder; pero más ansiosa que nunca de adquirir tal tesoro de virtud, dijo:

—Veo, Syra, que ningún motivo dirigido á tu propio interés te convencerá, y por lo tanto debo hacer uso de razones más egoístas. Necesito tenerte á mi lado para que tus consejos y ejemplos me sirvan de guía... Vamos, esta petición no me la negarás.

—Nunca seréis egoísta, señora; y por eso apelo de vuestra petición á vos misma. Conocéis á Fabiola y la amais. ¡Qué noble alma la suya! ¡Cuán raras prendas posee y cuán elevados serían sus conocimientos si los iluminase la luz de la verdad! ¡Con qué cuidadoso esmero guarda esa perla de las virtudes, cuyo valor nosotras solas podemos apreciar! ¡Qué buena cristiana podría ser!...

—Prosigue, por amor de Dios, querida Syra,—exclamó Inés con viveza.—¿Tienes acaso esperanza de que Fabiola llegue á ser cristiana?

—Esa es mi oración mañana y noche: es mi único pensamiento y la ocupación de mi vida. Procuraré atraerla con mi paciencia, por la constancia, y hasta con esas raras disensiones como la que hemos tenido hoy. Y en último extremo emplearé otro recurso.

—¿Cuál?—preguntaron Inés y Cecilia.

—Dar mi vida por su conversión. Bien sé que una pobre esclava como yo tiene pocas oportunidades de alcanzar la palma del martirio; sin embargo, dícese que nos amenaza una persecución más terrible que las pasadas, y acaso no desdenará víctimas tan humildes. Pero, sea lo que Dios quiera, he puesto mi vida en sus manos por la conversión de mi ama. ¡No os inter-

(1) I Petr. II, 14

pongais, pues, amable señora mía, entre mi humilde persona y el premio á que aspiro!

Esto diciendo, Syra se postró á los piés de Inés, bañándole una mano con sus lágrimas.

—Has vencido, hermana mía,—dijo la joven patricia,—y no vuelvas á llamarme señora. Permanece en tu puesto: corazón tan sencillo y virtud tan acrisolada deben necesariamente triunfar. Eres demasiado sublime para esfera tan humilde como la de mi casa.

—Yo por mi parte—añadió Cecilia con aire de cómica gravedad—digo que esta tarde ha dicho Syra una cosa muy mala y otra que no es cierta.

—Y ¿cuáles son, mi buena amiguita?—preguntó Syra sonriéndose.

—Dijiste que yo era más cuerda y mejor que tú porque no quise comer unas chucherías que hubieran regalado mi paladar por unos pocos minutos á costa de un acto de gula, mientras que tú has sacrificado tu libertad, tu dicha, el libre ejercicio de tu religión, y hasta has ofrecido tu vida por la salvación de quien te atormenta y tiraniza.

En esto vinieron á avisar que la litera de Inés esperaba á la puerta.

Cualquiera que hubiese presenciado la afectuosa despedida de las tres, la noble dama, la esclava y la mendiga, habría exclamado con razón, como lo había hecho tantas veces el pueblo: «¡Ved cómo se aman unos á otros estos cristianos!»

Si nos entretenemos un poco á la puerta para ver partir á Inés, oiremos su plácida conversación con Cecilia y su empeño en que consienta que uno de sus criados la acompañe porque ha empezado á oscurecer: olvidando que el día y la noche son iguales para la ciegucecita, que por esta razón es la guía conocida en las catacumbas, cuyos intrincados laberintos recorre á todas horas con la misma seguridad que las calles de Roma. Y si

—Pero esto mismo me prueba que la voluntad de Dios ha dispuesto que le sirva en mi actual estado, y ¿cómo he de desear abandonarlo?

—Pues bien,—dijo Inés con más insistencia;—todo podemos conciliarlo fácilmente. No te daré la libertad y serás mi esclava, que viene á ser lo mismo.

—¡No, no!—replicó Syra sonriéndose;—no es lo mismo. Las instrucciones del grande Apóstol son éstas: «Esclavos, estad sumisos con todo temor á vuestros amos, no sólo á los apacibles y cariñosos, sino también á los de dura condición (1).» Estoy muy lejos de contar entre éstos á mi ama; pero vos, noble señora, sois demasiado bondadosa conmigo. ¿Dónde estaría mi cruz si viviera á vuestro lado? No sabéis acaso qué indole tan soberbia y obstinada es la mía, y temería por mí misma si no sufriera algunas penas y humillaciones.

Inés estaba ya casi pronta á ceder; pero más ansiosa que nunca de adquirir tal tesoro de virtud, dijo:

—Veo, Syra, que ningún motivo dirigido á tu propio interés te convencerá, y por lo tanto debo hacer uso de razones más egoístas. Necesito tenerte á mi lado para que tus consejos y ejemplos me sirvan de guía... Vamos, esta petición no me la negarás.

—Nunca seréis egoísta, señora; y por eso apelo de vuestra petición á vos misma. Conocéis á Fabiola y la amais. ¡Qué noble alma la suya! ¡Cuán raras prendas posee y cuán elevados serían sus conocimientos si los iluminase la luz de la verdad! ¡Con qué cuidadoso esmero guarda esa perla de las virtudes, cuyo valor nosotras solas podemos apreciar! ¡Qué buena cristiana podría ser!...

—Prosigue, por amor de Dios, querida Syra,—exclamó Inés con viveza.—¿Tienes acaso esperanza de que Fabiola llegue á ser cristiana?

—Esa es mi oración mañana y noche: es mi único pensamiento y la ocupación de mi vida. Procuraré atraerla con mi paciencia, por la constancia, y hasta con esas raras disensiones como la que hemos tenido hoy. Y en último extremo emplearé otro recurso.

—¿Cuál?—preguntaron Inés y Cecilia.

—Dar mi vida por su conversión. Bien sé que una pobre esclava como yo tiene pocas oportunidades de alcanzar la palma del martirio; sin embargo, dícese que nos amenaza una persecución más terrible que las pasadas, y acaso no desdenará víctimas tan humildes. Pero, sea lo que Dios quiera, he puesto mi vida en sus manos por la conversión de mi ama. ¡No os inter-

(1) I Petr. II, 14

pongais, pues, amable señora mía, entre mi humilde persona y el premio á que aspiro!

Esto diciendo, Syra se postró á los piés de Inés, bañándole una mano con sus lágrimas.

—Has vencido, hermana mía,—dijo la joven patricia,—y no vuelvas á llamarme señora. Permanece en tu puesto: corazón tan sencillo y virtud tan acrisolada deben necesariamente triunfar. Eres demasiado sublime para esfera tan humilde como la de mi casa.

—Yo por mi parte—añadió Cecilia con aire de cómica gravedad—digo que esta tarde ha dicho Syra una cosa muy mala y otra que no es cierta.

—Y ¿cuáles son, mi buena amiguita?—preguntó Syra sonriéndose.

—Dijiste que yo era más cuerda y mejor que tú porque no quise comer unas chucherías que hubieran regalado mi paladar por unos pocos minutos á costa de un acto de gula, mientras que tú has sacrificado tu libertad, tu dicha, el libre ejercicio de tu religión, y hasta has ofrecido tu vida por la salvación de quien te atormenta y tiraniza.

En esto vinieron á avisar que la litera de Inés esperaba á la puerta.

Cualquiera que hubiese presenciado la afectuosa despedida de las tres, la noble dama, la esclava y la mendiga, habría exclamado con razón, como lo había hecho tantas veces el pueblo: «¡Ved cómo se aman unos á otros estos cristianos!»

Si nos entretenemos un poco á la puerta para ver partir á Inés, oiremos su plácida conversación con Cecilia y su empeño en que consienta que uno de sus criados la acompañe porque ha empezado á oscurecer: olvidando que el día y la noche son iguales para la ciegucecita, que por esta razón es la guía conocida en las catacumbas, cuyos intrincados laberintos recorre á todas horas con la misma seguridad que las calles de Roma. Y si

luego penetramos otra vez en la casa, la hallaremos revuelta de arriba abajo. Esclavos con lámparas encendidas discurren en diversas direcciones registrando todos los sitios en busca de algún objeto que se ha perdido. Eufrosina insiste en que ha de encontrarse, hasta que al fin, frustrada toda esperanza, se abandonan las investigaciones.

El lector habrá fácilmente acertado la solución del enigma. Tal como se le había mandado, Syra volvió á presentarse para que le curasen la herida, pero ¿dónde estaba el pañuelo que había llevado envuelto en el brazo? No sabía explicar su desaparición sino refiriendo que se lo había quitado y vuelto á poner, aunque no tan bien como lo hiciera Eufrosina, manifestando claramente las razones que había tenido, porque detestaba la mentira. Hasta entonces no lo había echado de menos. La buena Eufrosina deploraba la pérdida, considerándola de mucha importancia para la pobre esclava, la cual probablemente lo guardaba para alcanzar su rescate. También Syra se apenó, pero por razones que no hubiera podido hacer comprender á la bondadosa anciana.

Esta interrogó á todos los esclavos, y hasta hizo registrar á algunos con grande sentimiento y compasión de Syra, y ordenó que se escudriñasen todos los sitios en que había estado. ¿Quién había de sospechar que un noble convidado á la mesa de Fabio fuese capaz de hurtar un objeto cualquiera? Eufrosina quedó, por lo tanto, convencida de que el pañuelo había sido escamoteado por algún procedimiento mágico, y comenzó á sospechar que la negra Afra se habría valido de algún sortilegio para atormentar á la pobre Syra. Creía que la mora era otra Canidia (1), porque á menudo se veía obligada á dejarla salir de noche so pretexto de ir á buscar yerbas para sus cosméticos, durante la luna llena, como si cogidas en otra ocasión no poseyesen las mismas virtudes; y sospechaba que era para componer venenos, cuando en realidad era para asistir con otras de su raza á las repugnantes bacanales del fetiquismo (2), ó para avistarse con algunos que consultaban su imaginaria ciencia.

Dábase ya el pañuelo por perdido, mas al hallarse sola la prudente Syra, reflexionando más tranquila sobre lo que le había acontecido, recordó la detención de Fulvio, al atravesar el patio, en el mismo sitio en que ella había estado oculta, y después su salida precipitada. Asáltóle entonces la idea de que había perdido allí el pañuelo, y que él podría haberlo recogido, porque le parecía imposible que hubiera pasado con indiferencia cerca de aquella prenda. Dió, pues, por sentado que estaba en

(1) Hechicera famosa en tiempo de Augusto.

(2) Idolatría del interior de Africa.

su poder, y después de formar diversas conjeturas para calcular las consecuencias posibles de esta desgracia, sin haber logrado hallar solución satisfactoria, resolvió poner en manos de Dios el resultado, y se entregó al reposo que una conciencia pura no podía menos de asegurarle apacible y consolador.

Al despedirse de Inés retiróse Fabiola á su aposento, y después de los servicios acostumbrados que le prestaron las otras dos esclavas y Eufrosina, las despidió con más suavidad y agrado que otras veces. Luego fué á recostarse en el lecho donde la encontramos la primera vez, y con singular disgusto descubrió sobre él la daga con que había herido á Syra. Abrió un cofrecito, metiéndola en él con horror, y no volvió á usarla.

Cogió de nuevo el libro que había estado leyendo y que tanto la había entretenido; pero ahora le pareció sobremanera frívolo é insípido. Volviólo á dejar, y dió libre rienda á sus pensamientos sobre los sucesos del día. Lo primero que la ocupó fué el recuerdo de su encantadora prima Inés. ¡Cuán desinteresada era, cuán pura, sencilla, sensible y prudente! Resolvió ser su protectora, su hermana mayor en todo y para todo. Como su padre, había advertido también las frecuentes miradas que le dirigía Fulvio, no ciertamente esas miradas libertinas de que ella misma había sido objeto y había recibido con desprecio, sino astutas, pérfidas, reveladoras, al parecer, de algún designio ó premeditado artificio, del cual Inés podía llegar á ser víctima. Resolvió Fabiola frustrarlos cualesquiera que fuesen, opinando de un modo diametralmente opuesto al de su padre respecto al forastero; y evitar que éste se aproximase á Inés, al menos en su casa. Esto meditaba Fabiola casi en los momentos que Fulvio, revolcándose en su lecho, determinaba no volver á pisar la casa de Fabio y eludir sus convites.

Fabiola había penetrado el carácter de Fulvio, había discernido la afectación de sus modales y la perfidia de sus miradas, resultando vivamente su contraste al compararle con el franco y generoso Sebastián. «¡Qué noble es el joven tribuno! se decía. ¡Cuán diferente de todos los que concurren aquí! Nunca sale de sus labios una palabra indiscreta, ni sus serenos y brillantes ojos miran con malignidad á nadie. Es parco en la comida como debe serlo un soldado; modesto como lo es el héroe respecto de su valor y hazañas que otros enaltecen. ¡Oh, si me tuviera la inclinación que otros me muestran!»

En estas reflexiones, una profunda melancolía pareció apoderarse de su alma. Ofrecióse de nuevo á su mente la conversación con Syra y sus consecuencias, y aunque este recuerdo le era penoso, no podía desecharlo, y sentía como si aquel día se realizara una crisis en su vida. Su orgullo había sido humillado por una esclava, y suavizado su corazón sin saber cómo ni por

qué. Si en aquel instante sus ojos hubieran podido abrirse á la luz de la verdad y mirar más arriba de este mundo, habría visto una vaporosa nube semejante al humo del incienso, pero teñida de carmín, que elevándose del lecho de una esclava, subían juntos como la oración y el sacrificio voluntario de la vida, hasta tocar en el cielo las diamantinas gradas del solio de la misericordia, volviendo á caer como un rocío de purísima gracia sobre su árido corazón.

Fabiola no podía verlo, y sin embargo no era menos cierto. Cansada al fin, buscó el reposo; pero su sueño fué desahucado, intranquilo. Vió un lugar resplandeciente en medio de un delicioso jardín iluminado por una claridad semejante á la del medio día, pero infinitamente más suave, mientras que todo al rededor era densa oscuridad. Hermosas flores alfombraban el suelo; plantas cubiertas de ellas mecíanse de árbol en árbol formando festones, de los cuales colgaban frutas doradas. En medio de este vergel divisó á la pobre ciegucecita sentada sobre el césped con su expresión de felicidad y su risueño semblante, recibiendo las caricias que le prodigaban á un lado Inés con su candorosa mirada y al otro lado Syra con su apacible sonrisa. Fabiola experimentaba un deseo irresistible de juntarse con ellas; parecía que estaban gozando de una dicha que ella no había conocido aún, y hasta se le figuró que le hacían señas para que se les reuniese. Corría para hacerlo, cuando descubrió aterrada un ancho y oscuro abismo en cuyo fondo mugía un torrente, cuyas aguas fueron creciendo hasta tocar la margen superior; y no obstante su profundidad corrían allí claras, refulgentes y difundiendo grata frescura. ¡Oh cómo anhelaba tener valor para arrojarse á la corriente, y aunque fuera con agua hasta el cuello ganar la opuesta orilla! Pero no podía, y en tanto sus compañeras no dejaban de hacerle señas, animándola á pasar; mas cuando estaba en el borde y se retorció las manos con desesperación, vió salir á Calpurnio de la oscuridad, trayendo desplegada una gruesa y pesada cortina en la cual aparecían pintados toda clase de monstruos y repugnantes quimeras, unidas y enlazadas de una manera extraña. Aquel oscuro velo fué poco á poco dilatándose hasta que ocultó á sus ojos la hermosa aparición. Desconsolose sobremanera, pero luego se le apareció un genio resplandeciente, como ella le llamaba, en cuyas facciones reconoció un trasunto espiritual de Sebastián, quien había primero aparecido triste y apartado, mas luego fué acercándose y con faz sonriente batió sus alas de oro y púrpura sobre su abrasada frente.

Entonces se desvaneció la visión, y Fabiola quedó sumergida en sosegado y refrigerante sueño.

Una noche en el Palatino

De las siete colinas de Roma la más accesible por todos lados es sin duda el monte Palatino. El emperador Augusto lo eligió para residencia suya, y lo mismo hicieron sus sucesores; pero lo que era al principio modesta mansión fué con el tiempo transformándose en magnífico palacio que llegó á ocupar toda la colina. Neron, no satisfecho con sus dimensiones, mandó incendiar los edificios que le rodeaban y dilató la residencia imperial hasta el contiguo monte Esquilino, ocupado hoy por el Coliseo, invadiendo todo el espacio que media entre las dos colinas. Vespasiano derribó aquella *Casa dorada*, cuyas suntuosas bóvedas, cubiertas de hermosas pinturas, subsisten todavía, y edificó con sus materiales el anfiteatro ya mencionado y otros edificios. La entrada del palacio se construyó poco después de este periodo desde la *Via Sacra*, cerca del arco de Tito. Atravesando el atrio hallábase un magnífico patio, cuyos restos se distinguen todavía, y volviendo á la izquierda se entraba en un inmenso espacio cuadrado, consagrado por Domiciano á Adónis y poblado de árboles, arbustos y flores.

Siguiendo siempre á la izquierda se iba á parar á una serie de aposentos construidos por Alejandro Severo en honor de su madre Mammæa, situados enfrente de la colina Celia, precisamente en el ángulo que termina en el último arco triunfal de Constantino y la fuente llamada *Meta sudans* (1). Allí tenía su morada Sebastián, en calidad de tribuno ú oficial superior de la guardia imperial. Componíase aquella de algunos cuartos modestamente amueblados, como convenía á un soldado y á un cristiano, reduciéndose su servidumbre á dos libertos y una matrona que había sido su nodriza y le amaba como á hijo. Eran cristianos, como todos los soldados de su cohorte; algunos por haberse convertido, y los más por el cuidado que había tenido en elegirlos al admitir nuevos reclutas.

(1) Obelisco de ladrillo que aún existe, embutido en mármol y de cuyo extremo salía una corriente de agua que se derramaba en una gran taza.

Pocos días después de las escenas referidas anteriormente, á las dos horas de haber anochecido, subía Sebastián las gradas del vestíbulo mencionado en compañía de un joven, á quien ya también conocemos, Pancracio, quien admiraba y amaba á Sebastián con el cariño que experimenta un oficial joven y entusiasta por un militar bizarro y de más edad que le distingue con su amistad y le trata con franqueza.

El adolescente patricio consideraba en Sebastián, no tanto al soldado del César como al campeón de Cristo, pues á su generosidad, valor y nobleza de alma unía tanta sencillez y dulzura, tanta circunspección y prudencia, que inspiraba confianza é infundía aliento á cuantos le trataban. Sebastián no amaba menos á Pancracio por su sincero y ardiente entusiasmo, la inocencia y el candor de su alma; pero previendo los peligros á que podían conducirle su impetuosidad y juvenil ardor, permanecía siempre á su lado para dirigirle y en caso necesario contenerle.

Llegados á la parte del palacio en que daba la guardia la cohorte de Sebastián, dijo éste á su compañero:

—Cada vez que entro aquí alabo la bondad de la Providencia divina por haber inspirado la idea de levantar casi á las mismas puertas del palacio del César el arco que recuerda á la vez la caída del primer sistema importante que estuvo en oposición con el Cristianismo, y el cumplimiento de la más solemne profecía del Evangelio: la destrucción de Jerusalén por los romanos (1). Creo que algún día se levantará otro en conmemoración de una victoria no menos decisiva sobre el segundo enemigo de nuestra religión, el idólatra Imperio romano.

—Pues ¡qué! ¿consideras el desmoronamiento de este dilatado Imperio como el medio de establecer el Cristianismo?

—No lo permita Dios. Derramaría para conservarlo hasta la última gota de sangre, como he vertido la primera. Pero tén por cierto que cuando el Imperio se convierta, no será lentamente como ahora, sino por medios tan sobrenaturales, tan divinos, que ni siquiera llegarían á imaginarlo nunca nuestros más vehementes deseos, y no habrá quien no exclame: Este cambio es obra de la diestra del Altísimo.

—Sin duda; pero tu idea del arco triunfal cristiano supone en la tierra un instrumento. ¿Dónde encontrarlo?

—Hablándote con franqueza, Pancracio, te diré que cifro mis esperanzas en uno del linaje de los Augustos, en quien se vislumbra el germen de una inclinación más favorable: en Constantino Cloro.

—Pero, Sebastián, ¡cuántos varones virtuosos y sabios te

(1) El arco triunfal de Tito, en que están representados los despojos del templo de Jerusalén.

responderían tal vez á esto que las mismas esperanzas se concibieron en los reinados de Alejandro, Gordiano y Aureliano, y quedaron frustradas!

—Bien lo sé, querido Pancracio, y con frecuencia he deplorado amargamente esas oscuras miras que enervan nuestra energía; esa penosa idea de que la venganza es perpétua y la misericordia es transitoria; que la sangre de los Mártires y las oraciones de las vírgenes son ineficaces para acortar el tiempo de prueba y apresurar los días de la gracia.

En esto llegaron á las habitaciones de Sebastián, cuyo aposento principal estaba iluminado y dispuesto sin duda para alguna reunión. En frente de la puerta de entrada había otra que daba acceso á una azotea, y á ella se dirigieron como por instinto, ofreciéndose á sus ojos una vista esplendente y bella. Como reina de la noche aparecía la luna en lo alto de los cielos, nadando en ellos como suele en Italia; no como una superficie plana, sino como un globo de plata bañándose en la resplandeciente atmósfera que le rodea. El brillo de las estrellas más cercanas se veía empañado, y parecía como que se hubiesen replegado en compactos y resplandecientes grupos en las apartadas extremidades del azulado firmamento. Era, en fin, una noche parecida á la que contemplaron años después Mónica y Agustín desde una ventana de Ostia, mientras discurrían acerca de las cosas celestiales.

Mirando abajo y en derredor, todo era asimismo bello y grandioso. A un lado descollaba el Coliseo ó Anfiteatro de Flavio, y hería gratamente los oídos el suave murmurio de la fuente, cuyas cristalinas aguas brillaban como una columna de plata, á manera de las olas del mar cuando retroceden resbalando sobre escarpadas rocas. Al otro lado el soberbio edificio llamado *Septizonium* de Severo, y enfrente, descollando sobre la colina *Cœlia*, los suntuosos baños de Caracalla, que reflejaban en sus muros de mármol y soberbios pilares el brillo de la luna de otoño. Empero Sebastián y Pancracio no paraban la atención en estos colosales monumentos de las glorias terrenales, y permanecían callados, enlazando el primero con su brazo derecho el cuello del joven patricio y descansando en sus hombros.

Después de una larga pausa reanudó Sebastián el hilo de la conversación anterior, y dijo en tono más suave:

—Cuando hemos entrado, iba á señalarte el sitio, precisamente á nuestros pies, donde siempre me he figurado que podía levantarse el arco de triunfo á que me refería (1). Pero ¿quién

(1) El arco de Constantino se halla exactamente debajo del lugar en que se describe esta escena.

puede pensar en cosas tan mezquinas al contemplar sobre nuestras cabezas esa espléndida bóveda tan brillantemente iluminada, como atrayendo al cielo nuestros ojos y nuestros corazones?

— Dices bien, Sebastian, y muchas veces me he preguntado: si tan hermosa y brillante es la parte inferior de ese firmamento que puede contemplar el hombre más perverso y pecador, ¿que será la parte superior, desde la que se digna bajar sus miradas Aquel cuya gloria es infinita? Yo me la imagino como un velo ricamente bordado, por entre cuyo tejido asoman algunas puntas del hilo de oro, lo único que nos es dado divisar.

— ¡Bello pensamiento, Pancracio, y tan verdadero como bello! Conviertes en un velo muy sutil y fácil de penetrar ese que se interpone entre nosotros, que militamos en este mundo, y la Iglesia triunfante que está en los cielos.

Pancracio, fijando en su amigo una mirada como la que pocas noches antes había dirigido á su madre, dijo:

— Perdona, Sebastian, si mientras tú te complaces en figurarte la existencia futura de un arco que recuerde el triunfo del Cristianismo, considero yo á mi vez construido ya y abierto el arco por el cual nosotros, débiles como somos, podemos conducir rápidamente la Iglesia á su glorioso triunfo, encaminándonos á la eterna bienaventuranza.

— ¿Dónde, querido amigo, dónde está ese arco de que me hablas?

Pancracio señaló con la mano hacia la izquierda, y sin moverla respondió:

— Allí, noble Sebastian. Cualquiera de esos arcos del anfiteatro de Flavio que conducen á su arena. Sobre ella, sobre esa arena está el velo de que hablabas, no por cierto más denso que la extendida lona que dá sombra á los espectadores. Pero... ¿oyes?...

— Es el rugido de un leon que sale de debajo del monte Coelio, — dijo Sebastian. — Deben haber llegado recientemente algunas fieras al *vivarium* (1) del anfiteatro, porque ayer no las había.

— Escucha, — prosiguió Pancracio sin advertir la interrupción: son los clarines que nos llaman al combate... ¡la música que celebrará nuestro triunfo!

Callaron ambos por algun tiempo, hasta que Pancracio, rompiendo de nuevo el silencio, dijo:

— Esto me recuerda que debo consultarte sobre un asunto,

(1) Sitio donde estaban encerradas las fieras que se destinaban á los espectáculos.

mi fiel consejero, y deseaba hacerlo antes que llegasen tus amigos.

— No vendrán tan pronto; además que irán entrando uno á uno. Hasta que estén todos, pasemos á mi cuarto, donde nadie nos interrumpirá.

Siguiendo por la azotea adelante, entraron en el último aposento que daba al ángulo de la colina, en frente de la fuente, y que sólo alumbraban los rayos de la luna que entraban por la abierta ventana. Sebastián permaneció en pie junto á esta, y Pancracio tomó asiento sobre la estrecha cama de campaña.

— Y ¿cuál es— preguntó aquel sonriendo— el importante asunto acerca del que deseas te dé mi sabio parecer?

Pancracio respondió tímidamente:

— Acaso una bagatela para un hombre intrépido y generoso como tú; pero asunto de grande importancia para un muchacho débil é inexperto como yo.

— Muy bueno y virtuoso sin duda. Comunicámelo, que prometo ayudarte en lo que pueda.

— Pues bien, Sebastián... pero no me vayas á tener por necio, — prosiguió Pancracio sonrojándose á cada palabra — ya sabes que tengo en casa gran cantidad de plata labrada, enteramente inútil para nuestro sencillo modo de vivir; y que mi querida madre no quiere ponerse sus antiguos dijes, que conserva arrinconados. Nadie hay que pueda heredarlos, porque soy y seré el último de mi linaje. Varias veces te he oido decir que en tales circunstancias los naturales herederos del cristiano son la viuda y el huérfano, el desamparado y el menesteroso. Y ¿por qué han de aguardar éstos á que yo muera para entrar en posesión de lo que por derecho les pertenece? Y si sobreviniera una persecución, ¿no sería imprudente exponer ese tesoro á la confiscación ó la rapacidad de los lictores, cuando necesiten nuestras vidas, y que se perdiese para nuestros legítimos herederos?

— Pancracio, — dijo Sebastián, — he estado escuchando tu noble proposición sin hacerte observación alguna. Quería que fuese exclusivamente tuyo el mérito de manifestarla. Pero dime ahora: ¿de dónde proviene esa duda en cumplir tu anhelo?

— A decir verdad, temía que fuese altamente presuntuoso é impropio de mi poca edad ofrecerme á hacer lo que en concepto público pudiese calificarse de grande y generoso; pero te aseguro, querido Sebastián, que no es así, porque nada pierdo con desprenderme de cosas que si ningun valor tienen para mí, pueden tenerlo para los pobres, especialmente en los dias calamitosos que nos amenazan.

— ¿Consiente tu madre?

— ¡No lo dudes, mi buen amigo! No me atreviera yo á tocar un diminuto grano de oro sin su consentimiento. Te diré para

10773

qué necesito principalmente tu apoyo. Me apenaría que alguien pudiera sospechar en mí, un niño, la menor presunción de hacer algo considerado como extraordinario. ¿Me entiendes? Por esto te ruego que ordenes la distribución de las alhajas en cualquiera otra casa, como la de una persona que necesita de las oraciones de los fieles, y más particularmente de los pobres, y que desea permanecer desconocida.

—Te serviré con gusto, mi bueno y noble Pancracio... Pero ¡silencio!

Prestó Sebastián oído al exterior unos momentos, y dijo:

—¿No has oído pronunciar el nombre de Fabiola, seguido de un epíteto que no expresa por cierto buena voluntad?

Acercóse Pancracio á la ventana, y pronto advirtió que debajo de ella estaban conversando dos personas cuyo timbre de voz acusaba la diversidad de sexo. Como la cornisa impedía ver quiénes eran, salieron los dos nobles amigos á la azotea, iluminada aún por el astro de la noche.

—Conozco á aquella mujer,—dijo Sebastián;—es Afra, la esclava negra de Fabiola.

—Y el hombre—añadió Pancracio—es mi discípulo Corvino.

Proponíanse ambos, considerándolo como un deber, coger el hilo de lo que tenía visos de intriga; pero como los dos interlocutores sospechosos se paseaban arriba y abajo, Pancracio y su amigo sólo podían percibir algunas frases.

Nosotros, sin embargo, no nos concretaremos á ellas, y referiremos todo el diálogo; pero antes diremos algo que sirva de aclaración.

El cargo de primer prefecto del Pretorio, cargo desconocido en los tiempos de la República y creado por los Emperadores, había ido absorbiendo desde Tiberio casi todo el poder civil y militar, llegando el que lo ejercía á desempeñar muchas veces las funciones de juez supremo criminal de Roma. Para desempeñarlo á satisfacción de sus despóticos é inexorables amos, requeriase una energía á toda prueba. Estar todo el día sentado en un tribunal, rodeado de los instrumentos del suplicio, impasible á los ayes y lamentos de ancianos, mozos y mujeres puestos en el tormento; dirigir un frío interrogatorio á un desgraciado extendido sobre el potro y en convulsiva agonía por un lado, mientras en otro se ejecutaba la sentencia de muerte con plumadas sobre otras víctimas; y después de presenciar estas espantosas escenas irse á dormir tranquilo para levantarse con nuevo afán de repetirlo, era á buen seguro tarea á que no se podían mostrar muy aficionados los individuos del Foro. Tértulo, el padre de Corvino, había sido llamado de Sicilia para ocupar este puesto, no porque fuese cruel, sino por la frialdad de su corazón, cerrado

á la compasión y á la parcialidad. Su tribunal había sido la primera escuela de Corvino, quien, siendo todavía niño, sentado á los piés de su padre, pasaba horas enteras presenciando con deleite tan crueles espectáculos. Así fué creciendo, torpe, brutal y grosero, y no bien hubo llegado á la pubertad, cuando ya su rostro abogotado y pecoso, y sus enfermizos ojos, de los cuales uno tenía á medio cerrar, daban clara muestra de su temprana disolución. Sin gusto por el estudio, sin aptitud para instruirse, reunía á la astucia más refinada cierta dosis no pequeña de valor y fuerza animal. Nunca había experimentado sentimiento alguno generoso, ni sojuzgado ninguna de sus malas inclinaciones; y el que le ofendía debía tener por cierta su aversión, su ódio á muerte. A dos, sobre todo, había jurado no perdonar en vida: al maestro de escuela que lo había castigado con frecuencia por su terquedad y holgazanería, y al discípulo que le había bendecido en pago de su brutal é inmotivado ultraje. La justicia y la misericordia, el bien y el mal que recibía, le eran igualmente odiosos.

Su padre no tenía bienes que dejarle, y según muestras, él carecía de disposición para adquirirlos. Pero las riquezas, como medio de satisfacer sus deseos, le parecían la felicidad suprema, y eran el objeto predilecto de todos sus afanes. Parecióle el medio más sencillo para adquirir las alcanzar la mano de una heredera rica; pero demasiado rudo, necio y estúpido para hacerse lugar entre la sociedad culta, excogitó otros caminos más en armonía con su carácter para realizar sus planes de ambición ó avaricia. Cuáles eran estos nos lo explicará mejor su conversación con la esclava negra.

—Es ya la cuarta vez que vengo á buscarte á la *Meta sudans* á hora tan incómoda. Veamos qué noticias me traes.

—Ninguna: sólo sé que pasado mañana sale mi ama para su quinta de *Cajeta* (1), y, como es de suponer tendré que acompañarla. Por lo tanto, necesito más dinero para concluir mis operaciones en provecho vuestro.

—¿Más dinero todavía? Te he dado ya todo el que he recibido de mi padre durante muchos meses.

—¡Toma! ¿no sabéis quién es Fabiola?

—Sé que es el partido más rico de Roma.

—Pues bien; la altiva y desdenosa Fabiola no se alcanza tan fácilmente.

—Sin embargo, tú me prometiste que con tus filtros y sortilegios me alcanzarías su consentimiento, ó al menos su fortuna. ¿Qué pueden costarte las pócimas que empleas?

—Mucho por cierto. Se necesitan ingredientes que es preciso

(1) Gaeta.

pagar muy caro. Y ¿creéis acaso que yo saldria á estas horas á buscar las yerbas que necesito entre los sepulcros de la via Apia si no es pagándome con largueza? ¿De qué manera quereis auxiliar mis esfuerzos? Ya os tengo dicho que ese es el único medio de apresurar el resultado.

—Y ¿qué más puedo hacer? Bien conoces que la naturaleza no me ha favorecido, ni poseo las dotes necesarias para granjearme el cariño de nadie. Por esto he preferido fiarlo al poder de tu magia.

—Pues me permitiréis daros un consejo. Ya que no teneis las prendas necesarias para granjearos el corazón de Fabiola...

—Su fortuna, habrás querido decir.

—Son inseparables. Una sola cosa puede hacerlos irresistible.

—¿Cuál es?

—Oro.

—Pero ¿dónde se encuentra? Eso es cabalmente lo que me hace cavilar.

La negra se sonrió maliciosamente y dijo:

—¿Por qué no haceis como Fulvio?

—Y ¿cómo se las arregla él?

—Con sangre.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Tengo trato con un viejo que le sirve, y que si no es tan negro como yo, la negrura de su alma suple con ventaja á la de su rostro. Además, su idioma se parece al mio para que nos sea fácil entendernos. Me ha hecho varias preguntas sobre venenos, y me asegura que comprará mi libertad y me llevará á su tierra tomándome por mujer; pero como aspiro á mejor colocación, le he ido sacando cuanto me hace al caso.

—¿Veamos qué?

—Que Fulvio había descubierto una grande conspiración contra Diocleciano, que una significativa mirada del viejo me dió á entender que el mismo Fulvio la había fraguado; y que ha venido comisionado á Roma, provisto de eficaces recomendaciones con objeto de continuar sus pesquisas.

—Pero yo no tengo habilidad para fraguar ó descubrir conspiraciones, por más que la tuviera para castigarlas.

—Hay, sin embargo, un medio fácil.

—¿Cuál?

—En mi tierra hay unas grandes aves á la que el caballo más veloz intentaría en vano alcanzar, pero que si se buscan sin ruido y sosegadamente se entregan al momento, pues sólo esconden la cabeza.

—Y ¿á qué propósito recuerdas esto?

—Me refiero á los cristianos. ¿No va á principiar otra persecución?

—Si tal, y la más tremenda de cuantas han sufrido.

—Pues seguid mi consejo. No os canseis dándoles caza para no obtener á la postre más que presas miserables. Tened los ojos despiertos y seguid las huellas de una ó dos bien importantes, de esas que tratan de ocultarse á medias. Abalanzaos luego sobre ellas, apropiaos la mejor porción de los bienes que se les confisquen, y venid á buscarme con una buena parte, que yo en cambio os la doblaré.

—¡Bravísimo! Te entiendo, y veo que no quieres bien á esos cristianos.

—¡Aborrezco á toda su raza! Los espíritus á quienes doy culto son enemigos mortales hasta del nombre de cristiano.

Y haciendo una mueca horrible prosiguió:

—Sospecho que una de mis compañeras es cristiana. ¡Si supierais cuánto la aborrezco!

—¿En qué fundas tu sospecha?

—En primer lugar, nada del mundo la induciria á mentir, y con su estúpida veracidad nos pone á todos en mil conflictos.

—¿Qué más?

—No hace caso de los regalos ni del dinero, é impide así que nos los ofrezcan.

—Tanto mejor.

—Y estoy persuadida que es...

—La última palabra espiró en los oídos de Corvino, quien dijo al oírlo:

—¡Bien, por vida mia! He salido hoy de Roma al encuentro de una caravana de compatriotas tuyos que ha llegado; pero en verdad tú los aventajas á todos.

—¿De veras? Y ¿quiénes son?

—Africanos puros, —respondió Corvino soltando una carcajada:— leones, panteras, leopardos...

—¿Os atreveis á insultarme?

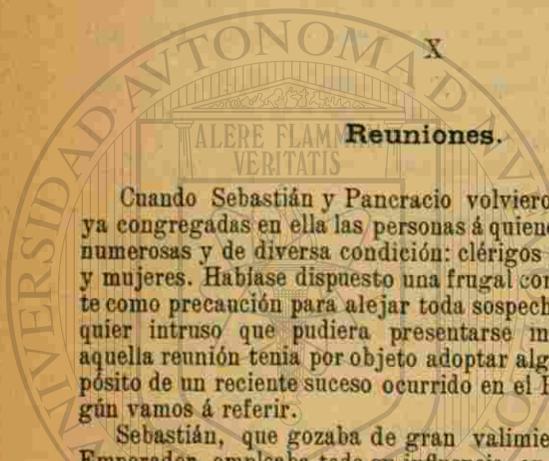
—Vamos, tranquilízate. Los han traído expresamente para libertarte de los aborrecidos cristianos. Así, pues, separémonos amigos. Toma dinero, pero sea el último, y avísame cuando comiencen á obrar tus filtros. No olvidaré tu consejo respecto del oro cristiano, pues me agrada infinito.

Corvino se alejó por la via *Sacra*, y ella fingió seguir la via *Carina*, situada entre el Palatino y el Celio; pero súbitamente miró atrás, y viendo ya lejos á Corvino murmuró con gesto desdenoso:

—¡Necio! ¡Imaginarse que por él haya de hacer experimentos en una persona del carácter de Fabiola!

Y tomó la misma dirección de Corvino; pero después de un corto trecho, con asombro de Sebastián, dió media vuelta y penetró en el vestibulo del palacio.

El tribuno resolvió desde luego prevenir á Fabiola contra la trama de que acababa de enterarse; pero al punto advirtió que no podía verificarlo hasta que regresase del campo.



Reuniones.

Cuando Sebastián y Pancracio volvieron á la sala hallaron ya congregadas en ella las personas á quienes aguardaban, muy numerosas y de diversa condición: clérigos y seglares, hombres y mujeres. Habíase dispuesto una frugal comida, principalmente como precaución para alejar toda sospecha por parte de cualquier intruso que pudiera presentarse mopinadamente; pues aquella reunión tenía por objeto adoptar algunas medidas á propósito de un reciente suceso ocurrido en el Palacio imperial, según vamos á referir.

Sebastián, que gozaba de gran valimiento en el ánimo del Emperador, empleaba toda su influencia en propagar dentro de Palacio la fe cristiana. Obra suya eran multitud de conversiones realizadas poco á poco; mas ahora se trataba de un buen número de ellas á la vez, cuyos pormenores vienen consignados en las *Actas* de este esforzado y glorioso paladin de Cristo.

El caso fué que, habiendo sido muchos cristianos arrestados y sometidos á un juicio que las más veces terminaba en sentencia de muerte, dos hermanos, Marco y Marceliano, estaban aguardando el momento del suplicio; pero algunos amigos, á quienes se había permitido visitarlos, les suplicaban con lágrimas en los ojos que apostatasen para conservar la vida. Comenzaron á vacilar y ofrecieron que lo pensarían, cuando sabedor de esto Sebastián corrió á salvarlos. Demasiado conocido para que le negasen la entrada, penetró en el encierro como un ángel de luz. Servía de calabozo un antiguo comedero de la casa del magistrado bajo cuya vigilancia se hallaban, pues por lo regular se dejaba á los jueces la elección del lugar de encarcelamiento; y habiendo obtenido Tranquilino, padre de los dos jóvenes, un plazo de treinta días para ver si podía vencer su obstinada constancia, á fin de secundar sus esfuerzos se había ofrecido el magistrado Nicostrato á guardarlos en su propia casa. Peligrosa y arriesgada era la empresa de Sebastián, pues

además de los dos cautivos cristianos habla en el mismo encierro diez prisioneros gentiles y los padres de los infortunados mozos, persuadiéndoles con lágrimas y halagos á que se sustrajesen al destino que les amenazaba; y estaban tambien presentes el carcelero Claudio y el mencionado Nicostrato con su esposa Zoe, atraídos por el compasivo deseo de arrancar á los dos mancebos de manos del verdugo. ¿No era, pues, de temer por parte de Sebastián que entre tantos hubiese alguno que, ya en cumplimiento de sus deberes oficiales, ya para obtener su perdón, ó ya por odio al cristianismo, lo delatase si se confesaba cristiano? Y en este caso ¿podía Sebastián desconocer que su muerte era segura?

Bien lo sabia, pero ¿qué le importaba? Si en vez de dos se ofrecían á Dios tres víctimas, salía ganancioso: lo que temía era que no hubiese ninguna.

Como aquella prisión se abría raras veces y necesitaba poca luz, entraba esta por una abertura practicada en el techo. Ansioso de que todos le vieran, Sebastián se colocó debajo de un rayo de sol que penetraba por ella, claro y brillante donde iluminaba, pero dejando en semi-oscuridad el resto de la estancia. Aquel rayo de luz, al dar de lleno en el oro y pedrería que adornaban la armadura del tribuno y á cada movimiento suyo esparcían destellos de brillantes colores, realizaba sus nobles facciones, suavizadas por la expresión del tierno dolor con que contemplaba á los dos vacilantes confesores de la fe.

Trancurrieron algunos momentos antes que pudiese desahogar en palabras la aflicción que le oprimía; mas, vencida algun tanto la emoción, rompió el silencio con estas sentidas frases:

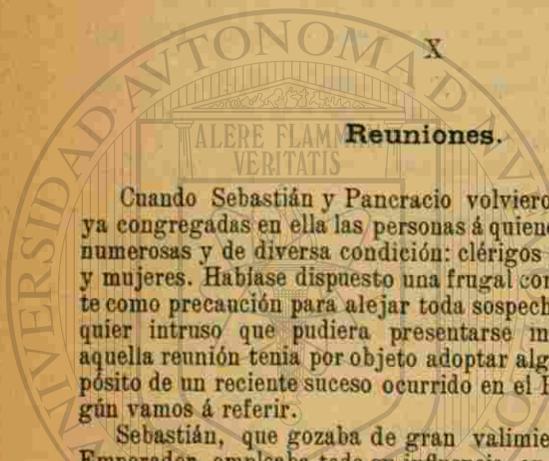
— Venerables hermanos, vosotros que habeis dado testimonio de Cristo y que por su amor habeis sido encarcelados, y vuestros miembros surcados por duras cadenas, y sufrido crueles tormentos, yo debería caer á vuestros piés, ofreceros mi obsequio y pedir os vuestras oraciones en vez de presentarme á vosotros para exhortaros y mucho menos para reconveniros. Pero ¿será cierto lo que he oído, que cuando los ángeles iban á poner las últimas flores á la corona que para vosotros tejían, les habeis invitado á desistir, y hasta habeis intentado recomendarles que la deshagan y arrojen sus flores al viento? ¿Puedo creer que vosotros, que ya pisábais los umbrales del paraíso, penseis retroceder al valle de destierro y de amargas lágrimas?

Al oír esas palabras los dos mancebos inclinaron la cabeza y confesaron llorando su fragilidad.

Sebastián prosiguió:

— Si no podeis soportar la mirada de un pobre soldado como yo, el último de los siervos de Cristo, ¿cómo resistiréis la mira-

El tribuno resolvió desde luego prevenir á Fabiola contra la trama de que acababa de enterarse; pero al punto advirtió que no podía verificarlo hasta que regresase del campo.



Reuniones.

Cuando Sebastián y Pancracio volvieron á la sala hallaron ya congregadas en ella las personas á quienes aguardaban, muy numerosas y de diversa condición: clérigos y seglares, hombres y mujeres. Habíase dispuesto una frugal comida, principalmente como precaución para alejar toda sospecha por parte de cualquier intruso que pudiera presentarse mopinadamente; pues aquella reunión tenía por objeto adoptar algunas medidas á propósito de un reciente suceso ocurrido en el Palacio imperial, según vamos á referir.

Sebastián, que gozaba de gran valimiento en el ánimo del Emperador, empleaba toda su influencia en propagar dentro de Palacio la fe cristiana. Obra suya eran multitud de conversiones realizadas poco á poco; mas ahora se trataba de un buen número de ellas á la vez, cuyos pormenores vienen consignados en las *Actas* de este esforzado y glorioso paladin de Cristo.

El caso fué que, habiendo sido muchos cristianos arrestados y sometidos á un juicio que las más veces terminaba en sentencia de muerte, dos hermanos, Marco y Marceliano, estaban aguardando el momento del suplicio; pero algunos amigos, á quienes se había permitido visitarlos, les suplicaban con lágrimas en los ojos que apostatasen para conservar la vida. Comenzaron á vacilar y ofrecieron que lo pensarían, cuando sabedor de esto Sebastián corrió á salvarlos. Demasiado conocido para que le negasen la entrada, penetró en el encierro como un ángel de luz. Servía de calabozo un antiguo comedero de la casa del magistrado bajo cuya vigilancia se hallaban, pues por lo regular se dejaba á los jueces la elección del lugar de encarcelamiento; y habiendo obtenido Tranquilino, padre de los dos jóvenes, un plazo de treinta días para ver si podía vencer su obstinada constancia, á fin de secundar sus esfuerzos se había ofrecido el magistrado Nicostrato á guardarlos en su propia casa. Peligrosa y arriesgada era la empresa de Sebastián, pues

además de los dos cautivos cristianos habla en el mismo encierro diez prisioneros gentiles y los padres de los infortunados mozos, persuadiéndoles con lágrimas y halagos á que se sustrajesen al destino que les amenazaba; y estaban tambien presentes el carcelero Claudio y el mencionado Nicostrato con su esposa Zoe, atraídos por el compasivo deseo de arrancar á los dos mancebos de manos del verdugo. ¿No era, pues, de temer por parte de Sebastián que entre tantos hubiese alguno que, ya en cumplimiento de sus deberes oficiales, ya para obtener su perdón, ó ya por odio al cristianismo, lo delatase si se confesaba cristiano? Y en este caso ¿podía Sebastián desconocer que su muerte era segura?

Bien lo sabia, pero ¿qué le importaba? Si en vez de dos se ofrecían á Dios tres víctimas, salía ganancioso: lo que temía era que no hubiese ninguna.

Como aquella prisión se abría raras veces y necesitaba poca luz, entraba esta por una abertura practicada en el techo. Ansioso de que todos le vieran, Sebastián se colocó debajo de un rayo de sol que penetraba por ella, claro y brillante donde iluminaba, pero dejando en semi-oscuridad el resto de la estancia. Aquel rayo de luz, al dar de lleno en el oro y pedrería que adornaban la armadura del tribuno y á cada movimiento suyo esparcían destellos de brillantes colores, realizaba sus nobles facciones, suavizadas por la expresión del tierno dolor con que contemplaba á los dos vacilantes confesores de la fe.

Trancurrieron algunos momentos antes que pudiese desahogar en palabras la aflicción que le oprimía; mas, vencida algun tanto la emoción, rompió el silencio con estas sentidas frases:

— Venerables hermanos, vosotros que habeis dado testimonio de Cristo y que por su amor habeis sido encarcelados, y vuestros miembros surcados por duras cadenas, y sufrido crueles tormentos, yo debería caer á vuestros piés, ofreceros mi obsequio y pedir os vuestras oraciones en vez de presentarme á vosotros para exhortaros y mucho menos para reconveniros. Pero ¿será cierto lo que he oído, que cuando los ángeles iban á poner las últimas flores á la corona que para vosotros tejían, les habeis invitado á desistir, y hasta habeis intentado recomendarles que la deshagan y arrojen sus flores al viento? ¿Puedo creer que vosotros, que ya pisábais los umbrales del paraíso, penseis retroceder al valle de destierro y de amargas lágrimas?

Al oír esas palabras los dos mancebos inclinaron la cabeza y confesaron llorando su fragilidad.

Sebastián prosiguió:

— Si no podeis soportar la mirada de un pobre soldado como yo, el último de los siervos de Cristo, ¿cómo resistiréis la mira-

da majestuosa y erojada del Señor, á quien habeis estado á punto de negar ante los hombres sin que podais hacerlo en vuestros corazones, en aquel día terrible en que El á su vez os niegue en presencia de los ángeles, y cuando en vez de ofreceros ante sus ojos como siervos buenos y leales, como hubiérais podido hacerlo mañana, tengais que comparecer á su presencia después de haber arrastrado pocos años más una vida de infamia, expulsados de la Iglesia, despreciados por sus enemigos, y, lo que es peor, devorados por un gusano interior que nunca muere, y víctimas de un perpétuo remordimiento?

—¡Cesa, cesa por piedad, quien quiera que seas!—exclamó Tranquilino:—no hables con tanta severidad á mis hijos. Si principiaron á ceder fué por las lágrimas de su madre y mis ruegos, no por horror de los tormentos que con tanta fortaleza han resistido. ¿Por qué han de abandonar á sus infelices padres en la miseria y el dolor? ¿Exige esto tu religión? Y si lo exige, ¿cómo puedes llamarla santa?

—Espera con paciencia, buen anciano—respondió Sebastián con benévola expresión,—y permíteme que acabe de hablar á tus hijos. Ellos me entienden, y tú no, aunque con la gracia de Dios pronto me entenderás. Vuestro padre dice la verdad cuando asegura que sólo por su amor y por el de vuestra madre habeis estado deliberando si debíais preferirlos á Aquel que nos dijo: «El que ama á su padre ó á su madre más que á Mí, no es digno de Mí.» Pues bien, ¿podréis lisonjearos de comprar la vida eterna para vuestros ancianos padres, perdiéndola vosotros mismos? ¿Los convertiréis al Cristianismo, abandonándolo vosotros? ¿Los haréis soldados de la Cruz, desertando vosotros de sus banderas? ¿Les persuadiréis de que las doctrinas de nuestra religión son de más precio que la vida, prefiriendo vosotros la vida á ellas? O más bien, ¿queréis alcanzar, no la vida transitoria y perecedera del cuerpo, sino la vida eterna del alma? Pues apresuraos á adquirirla, y deponed á los pies de nuestro Redentor las coronas que recibiréis, impetrando la salvación de vuestros padres.

—¡Basta, Sebastián!—exclamaron los dos hermanos;—estamos resueltos.

—Claudio,—dijo uno de ellos;—vuélveme á poner las cadenas que me quitaste.

—Nicostrato,—añadió el otro;—dad las órdenes para que se ejecute la sentencia.

Claudio y Nicostrato permanecieron inmóviles.

—Quedad con Dios, querido padre; á Dios, querida madre,—añadieron abrazando á sus padres.

—¡Nó,—dijo el padre;—ya no nos separaremos! Nicostrato, participad á Cromacio que desde este momento soy cristiano

como mis hijos. Quiero morir con ellos por una religión que basta á los niños convierte en héroes.

—Y yo—añadió la madre—tampoco me separaré de mi esposo ni de mis hijos.

La escena que siguió es indescriptible. Todos estaban conmovidos, todos lloraban: los encarcelados se sentían arrastrados por el tropel de esos nuevos sentimientos, y el mismo Sebastián se vió rodeado de un grupo de hombres y mujeres tocados de la gracia, rendidos por su influencia y subyugados por su poderío; pero todo estaba perdido si uno solo resistía á su impulso. Sebastián vió el peligro de un descubrimiento repentino, no por él, sino por la Iglesia y por aquellas almas que estaban aún fluctuando en los confines de la vida. Unos se colgaban de sus brazos, otros abrazaban sus rodillas, otros besaban sus pies, cual si fuera el ángel de paz que se apareció á Pedro en su prisión de Jerusalén.

Únicamente dos habían estado silenciosos. Nicostrato se había conmovido, pero no estaba subyugado. Tenía el corazón agitado, pero no habían variado sus convicciones. Su esposa Zoe se arrodilló delante de Sebastián, con los brazos extendidos y la mirada suplicante, pero sin articular una palabra.

—Vamos, Sebastián,—dijo Nicostrato, archivero de las actas;—ya es hora de que te vayas. No puedo menos de admirar la sinceridad y nobleza de corazón que te han impulsado y que impelen á esos dos mancebos á preferir la muerte; pero mi deber es imperioso y debo acallar mis afectos.

—Pero ¿no crees tú como los demás?

—No, Sebastián; no cedo tan facilmente. Necesito pruebas más evidentes que tu virtud.

—Pues háblale tú,—dijo Sebastián á Zoe;—habla tú, esposa fiel, al corazón de tu marido; porque, ó mucho me engaño, ó tus ojos me están diciendo que tú al menos crees.

Zoe se tapó el rostro con las manos y prorrumpió en llanto.

—La has agitado en demasía, Sebastián,—dijo Nicostrato: ¿no sabes que es muda?

—Lo ignoraba, Nicostrato. Recuerdo que la última vez que la ví en Asia hablaba.

—¡Seis años há que su lengua está paralizada, sin que haya vuelto á proferir una palabra!

Calló Sebastián unos momentos: de improviso extendió los brazos como acostumbraban los cristianos al orar, y alzando los ojos al cielo prorrumpió en estas palabras:

—¡Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo! Vos habeis principiado esta obra; acabadla también. Mostrad vuestro poder, ya que es necesario: confiadlo, una vez siquiera, al más débil y pobre de vuestros instrumentos, y permitid que yo, aunque

indigno, empuñe la espada de vuestra cruz victoriosa para ahuyentar los espíritus de las tinieblas y para que todos podamos unirnos en tu redención!... ¡Zoe, mirame otra vez!

En medio del más profundo silencio y después de una corta y silenciosa plegaria hizo Sebastián la señal de la Cruz sobre la boca de la muda, y dijo:

—Habla, Zoe. ¿Crees?

—¡Creo en Jesucristo!—respondió ella con voz clara y firme, cayendo á los pies de Sebastián.

Exhaló Nicostrato un grito del alma é hincó las rodillas batiendo con sus lágrimas la veste del tribuno.

Completo fué el triunfo; todos estaban convertidos, é inmediatamente adoptaron medidas para no ser descubiertos. Como la persona que respondía de los presos podía llevarlos á donde quisiese, Nicostrato concedió á todos, incluso Tranquilino y su mujer, que dispusiesen libremente de su propia casa. Sebastián se apresuró á confiarlos á la dirección del sacerdote Policarpo, de la iglesia del Santo Pastor. El caso era extraordinario y requería tanto sigilo en atención á lo peligroso de las circunstancias, que la instrucción de los catecúmenos se aceleró para que pronto estuvieran en disposición de recibir el Bautismo.

Un segundo prodigio vino á consolar y alentar á los nuevos cristianos. Tranquilino, que sufría cruelmente de la gota, recobró instantáneamente la salud con el Bautismo. Nicostrato, que debía dar cuenta de los presos á Cromacio, prefecto de la ciudad, no pudo ocultarle por mucho tiempo lo que había sucedido. Cuestión era esta de vida ó muerte para todos; pero, fortalecidos ahora por la fe, se hallaban dispuestos á morir por ella. Afortunadamente Cromacio era de noble carácter y adversario de las persecuciones, y escuchó con vivo interés la relación del suceso; pero al enterarse de la curación de Tranquilino quedó grandemente sorprendido, pues él también era víctima de la misma dolencia, que le hacía sufrir agudísimos dolores.

—Si lo que acabais de referir es cierto,—dijo,—y puedo yo experimentar en mi propia persona ese poder, no resistiré á la evidencia.

Llamaron á Sebastián; pero juzgando éste superstición sacrilega administrar el Bautismo á un idólatra sin que antes hiciese confesión de fé cristiana y solo para hacer un ensayo de su virtud curativa, recurrió á otro medio, de que daremos cuenta más adelante. Cromacio curó perfectamente, y luego después recibió el Bautismo con su hijo Tiburcio.

No pudiendo ya desempeñar más tiempo su cargo, resignólo en manos del Emperador, y entonces fué llamado para sucederle Tértulo, padre de Corvino y prefecto del Pretorio. El lector habrá ya venido en conocimiento de que los sucesos que referi-

mos habian ocurrido poco antes del principio de nuestra historia, pues en uno de los precedentes capítulos hemos dicho que el padre de Corvino era ya prefecto de Roma.

Volvamos ahora á la noche en que Sebastián y Pancracio encontraron reunidas en casa del primero casi todas las personas mencionadas. La mayor parte de éstas vivía en Palacio ó cerca, y entre ellas Cástulo, que ocupaba un puesto importante en la Corte, y su esposa Irene.

Otras reuniones parecidas habíanse ya tenido á fin de tomar las medidas más oportunas para asegurar la completa instrucción de los convertidos y sustraer de la atención pública á tantos cuyo cambio de vida y súbita renuncia de destinos podían causar extrañeza y provocar mil indagaciones. Obtenida por Sebastián licencia del Emperador para que Cromacio se retirase á una quinta suya cerca de Capua, habíase acordado que buen número de neófitos fuesen á reunirse allí con objeto de que, formando una sola familia, continuaran instruyéndose en la Religión y practicasen en comun los ejercicios de piedad. Por otra parte, había llegado la estación en que todos se trasladaban al campo, y hasta el Emperador se encaminaba á las costas de Nápoles. Propicio era, pues, el momento para llevar á cabo el plan preconcebido; y el mismo Papa celebró los divinos Misterios en casa de Nicostrato y aconsejó que marchasen de Roma lo más presto posible.

Tomáronse todas las disposiciones para la partida. Distribuidos en varios grupos, pondríanse en camino desde el día siguiente y en los sucesivos, unos por la vía Apia, otros por la vía Latina, otros por el camino montañoso que gira en torno de Tivoli, á través del Arpino, para encontrarse todos en la quinta, cerca de Capua.

Durante la discusión que precedió á esas disposiciones, Torcuato, uno de los presos convertidos por la visita de Sebastián, se había hecho notar por su impaciencia, precipitación y temeridad. Criticaba cuanto proponían otros; manifestaba descontento por las instrucciones que se le daban; hablaba desdeñosamente de lo que él llamaba huir del peligro, y se jactaba de estar pronto á presentarse en el Foro para derribar un altar y declararse cristiano en presencia del juez. En vano se esforzaron por moderar y sosegar su ánimo, juzgando todos de suma importancia que marchase juntamente con los demás á la quinta, pues él se obstinó en seguir su propia inclinación.

Un solo punto faltaba resolver: ¿quién se pondría á la cabeza de la pequeña colonia? Sobre esto promovióse una competencia afectuosa entre el santo sacerdote Policarpo y Sebastián, empeñados uno y otro en quedarse en Roma para ser el primero en correr la suerte del martirio. Pero puso fin á la piadosa con-

tienda una carta del Papa dirigida á su «amado hijo Policarpo,» ordenándole que acompañase á los convertidos y encomendase á Sebastián la ardua misión de alentar á los confesores y proteger á los cristianos de Roma. Enterarse de ella y obedecerla, todo fué uno; y con esto disolvióse la reunión después de las preces de costumbre.

Sebastián, habiéndose despedido afectuosamente de sus amigos, se empeñó en acompañar á Pancracio hasta su casa; y cuando salieron dijo el último:

—Sebastián, no me gusta ese Torcuato, y temo que nos dará que sentir.

—A decir verdad,—contestó Sebastián,—me alegraría que fuese otro su carácter; pero acordémonos de que es neófito, y esperemos que con el tiempo y la gracia de Dios se enmendará.

Al atravesar el patio de entrada oyeron grande algarabía de voces confusas y discordantes, mezcladas con grandes risotadas, que venían del patio contiguo, donde tenían su cuartel los arqueros mauritanos. En medio de él ardía sin duda una hoguera, pues el humo y las chispas subían por encima de los pórticos inmediatos.

Acercándose al centinela del patio, preguntóle Sebastián:

—¿Qué pasa entre nuestros vecinos?

—La esclava negra, que es su sacerdotisa y está prometida á su capitán como esposa si puede comprar su libertad, ha venido á celebrar algunos ritos á media noche, y de ahí esa horrible barahunda, que se repite siempre que viene.

—¿De veras?—dijo Pancracio.—Y ¿podrías decirme qué religión profesan esos africanos?

—Lo ignoro,—respondió el legionario;—á menos que sean esos que llaman cristianos.

—¿En qué te fundas?

—He oído decir que los cristianos tienen reuniones nocturnas, en las que entonan canciones abominables y cometen toda suerte de crímenes, como asar y comerse un niño que matan para su festín (1), y esto precisamente es lo que parece están haciendo ahí.

—Buenas noches, camarada,—dijo Sebastián.

Y al salir del vestibulo exclamó:

—¿No es de maravillar, Pancracio, que á pesar de todos nuestros esfuerzos, nosotros que adoramos á un solo Dios en espíritu y en verdad y que tratamos de conservarnos limpios de pecado, al cabo de trescientos años seamos todavía confundidos por la plebe con los secuaces de las más degradantes supersti-

(1) ¡Tales ideas se habían propalado entre el pueblo acerca de la religión cristiana!

ciones, y considerada nuestra religión como esa idolatría que tanto aborrecemos? ¡Hasta cuándo, Señor, hasta cuándo!

—Hasta que dejemos de caminar en esta opaca luz y el sol de justicia se levante sobre nuestra patria con toda su belleza y la enriquezca con su eterno esplendor.

Así contestó Pancracio á su amigo, deteniéndose en las gradas superiores del vestibulo y contemplando la luna, que comenzaba á ocultarse.

—Dime, Sebastián,—continuó diciendo;—¿desde dónde te gusta más ver salir el sol?

—¡Ah! la salida más hermosa del sol que he visto en mi vida,—dijo el noble militar como respondiendo por mera complacencia á la caprichosa pregunta de su compañero,—fué desde la cumbre del monte Lacial (1). Asomaba el sol detrás de él, proyectando sobre el mar lejano su vasta y piramidal sombra, que iba disminuyendo á medida que aquel subía. A cada momento bañaba la luz nuevos objetos: primero las galeras que surcaban las aguas, luego el puerto con sus juguetonas olas, y uno tras otro iban resplandeciendo, ya este, ya el otro edificio blanco, hasta que por último la majestuosa Roma quedó bañada con la claridad refulgente del día. Perspectiva magnífica y encantadora, que ni siquiera alcanzarían á imaginar los que entonces se hallaban al pie de la montaña.

—Precisamente,—añadió Pancracio,—y así sucederá cuando un sol aún más esplendoroso se levante sobre esta tierra sumida en tinieblas. ¡Qué encanto causará entonces presenciar cómo se van retirando las sombras y cómo se dibujan á cada instante en la luz una tras otra las bellezas, ahora recatadas, de nuestra religión santa, hasta que la eterna ciudad resplandezca como tipo sagrado de la ciudad de Dios! Los que vivan en esos tiempos ¿verán esas bellezas y las apreciarán dignamente, ó mirarán sólo el estrecho espacio que los rodee, y se cubrirán los ojos con las manos para no quedar deslumbrados por el súbito resplandor? Duda es esta, querido Sebastián, que no acierto á resolver; pero abrigo la esperanza de que tú y yo contemplaremos tan sublime espectáculo desde el único lugar donde puede ser debidamente apreciado; desde un monte más elevado que el de Júpiter Albano ó el de Júpiter Olímpico; desde aquel monte santo donde está el Cordero de cuyos pies brota el manantial de la vida (2).

Y en tanto que así departían, Sebastián y Pancracio seguían

(1) Hoy monte Cavo, sobre Albano.

(2) *Vidi supra montem Agnum stantem, de sub cujus pede fons vivus emanat.* (Oficio de san Clemente).

andando por las calles brillantemente iluminadas (1), hasta que llegaron á la casa de la noble Lucina.

Antes de despedirse los dos amigos, dijo aún Pancracio, como si vacilara:

—Esta noche, Sebastián, has dicho una cosa que me alegraría en extremo me explicases.

—¿Cuál?

—Cuando discutías con el sacerdote Policarpo sobre cuál de los dos iría á Campania ó permanecería en Roma, prometiste que si te quedabas serías más cauto para no exponerte sin necesidad, y añadiste que tenías un proyecto capaz de moderar tus impulsos; pero que una vez logrado te sería dificultoso calmar tu encendido anhelo de dar tu vida por Jesucristo.

—Y ¿por qué deseas tanto conocer este pobre pensamiento mio?

—Porque yo quisiera conocer ese objeto tan poderoso que comprime tu aspiración de alcanzar lo que se considera como el destino más encumbrado á que puede aspirar un cristiano.

—Siento, querido amigo, no podértelo revelar ahora; pero llegará el día en que lo sepas.

—¿Me lo prometes?

—Muy solemnemente. ¡Dios te bendiga!

XI

Un paréntesis

Aprovechando las vacaciones que han empezado en Roma, y mientras muchos de sus moradores se trasladan á los montes ó á las playas que se extienden desde Génova á *Pestum* para gozar de los atractivos del campo y del mar, comunicaremos al lector algunos datos que sirvan de aclaración á los hechos anteriormente referidos y preparen el ánimo para la mejor inteligencia de lo que debe seguir.

El método compendioso con que generalmente suele estu-

(1) Refiere Amiano Marcelino (lib. XIV, cap. 1) que en la decadencia del Imperio las calles de Roma estaban alumbradas de noche tan brillantemente que rivalizaban con la luz del día.

diarse la historia primitiva de la Iglesia, y la falta de orden cronológico por parte de los modernos agiógrafos, nos expone á formar una idea equivocada de los antiguos cristianos; y en este error podemos incurrir de dos maneras: bien imaginándonos que durante los primeros siglos sufrió sin tregua la Iglesia una persecución activa y que los fieles celebraban el culto en continuo temor, encerrados en las catacumbas, sin que pudiera la Iglesia desenvolverse exteriormente ni atender á su organización interior, como un período, en fin, de lucha y de tribulaciones sin el menor intervalo de paz ni de consuelo: ó bien considerando acaso esos tres siglos divididos por diez persecuciones distintas, unas más largas, otras más cortas, aunque separadas por breves intervalos de reposo y de completa tranquilidad.

Pero como ambos criterios son erróneos, vamos á presentar con más exactitud la condición en que realmente se encontró la Iglesia en las diversas circunstancias de ese período tan fecundo de su historia.

Al desatarse la primera persecución no puede en verdad decirse que cesase por completo hasta la paz general dada por el gran Constantino. Todo edicto de persecución promulgado por un emperador raras veces era revocado: solía suavizarse el rigor de su ejecución, y aun suspenderse, cuando subía al trono un soberano más benigno, pero nunca se llegaba á considerar letra muerta el edicto, y á veces era un arma peligrosa en manos de cualquier gobernador cruel ó fanático de una ciudad ó provincia. De aquí, en los intervalos de las persecuciones generales ordenadas por nuevos decretos, la multitud de Mártires que debieron su corona al furor popular ó al odio de las autoridades contra el Cristianismo. Por eso también leemos la relación de enconadas persecuciones en unas provincias mientras que otras gozaban de completa paz.

Sin embargo, algunos ejemplos de las diversas fases de la persecución determinarán las relaciones de la primitiva Iglesia con el Estado, mejor que una mera descripción.

Bajo ningún concepto perteneció Trajano al número de los emperadores crueles; por el contrario, fué uno de los más justos y clementes; y sin embargo, á pesar de no haber promulgado nuevos edictos contra los cristianos, muchos de ellos glorificaron al Señor durante aquel reinado. Además, cuando Plinio el Joven, nombrado gobernador de la Bitinia, le consultó sobre el modo con que debería tratar á los cristianos que le presentasen á su tribunal, el Emperador dispuso que no los persiguiese, pero que si eran acusados los castigase: decisión que demuestra cuán falsas eran las nociones de justicia por las que se regía Trajano.

Adriano, que no promulgó edicto alguno de persecución, dió la misma respuesta á una consulta semejante de Serenio Gra-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA 010773
"ALFONSO REYES"

niano, procónsul de Asia. En su mismo reinado, y quizá en virtud de sus propias órdenes, sufrieron crueles martirios en Tibur, hoy Tivoli, la intrépida Sinfrosa y sus siete hijos. Y san Justino, mártir, el grande apologista del Cristianismo, refiere que debió su conversión á la constancia de los Mártires en tiempo del mismo Adriano.

De igual manera, antes que el emperador Séptimo Severo publicase sus edictos de persecución, muchos cristianos habían sufrido el tormento y la muerte. Tales fueron, entre ellos, los célebres Mártires Scillitas en Africa, y las santas Perpétua y Felicitas con sus compañeras.

De estos hechos históricos resulta evidentemente que, si bien de tiempo en tiempo se recrudecía y generalizaba en el Imperio la persecución contra el nombre cristiano, había también épocas en que cesaba en algunas localidades, y hasta se suspendía en parte su rigor. A uno de estos intervalos debemos noticias interesantes, relacionadas con nuestra narración.

La persecución de Severo habíase aplacado en algunas provincias, pero Scápula, procónsul de Africa, la prolongó en la suya con inexorable crueldad. Había condenado entre otros á Mavilo de Adrumeto á ser devorado por las fieras, cuando le acometió una grave enfermedad. Tertuliano, el escritor cristiano más antiguo entre los latinos, le dirigió una carta amonestándole á que se arrepintiese de sus crímenes y recordándole los castigos que el cielo había enviado á algunos crueles jueces de los cristianos en diferentes partes del mundo; y añadía que la caridad de estos santos varones era tanta, que no cesaban de dirigir al cielo fervorosas oraciones para que restituyese la salud á su perseguidor. Manifestábale además que podía muy bien cumplir con sus deberes sin necesidad de ser cruel, citando al efecto varios ejemplos que demuestran cuánto dependía de la indole y tendencias de los jueces y gobernadores el modo de ejecutar los edictos imperiales de persecución. Y san Ambrosio refiere que hubo gobernadores que al regresar de las provincias se vanagloriaban de no haber ensangrentado sus espadas (*incruentos enses*).

Por eso puede facilmente comprenderse que mientras la persecución se encarnizaba contra los cristianos de las Galias, del Asia ó del Africa, la Iglesia gozaba de paz en el resto del Imperio. Pero Roma era sin duda el lugar más expuesto á las frecuentes explosiones del espíritu hostil, tanto que podía considerarse como privilegio de los Pontífices, durante los tres primeros siglos, sellar con su sangre la fe que predicaban. Ser elegido Papa equivalía á ser promovido al martirio.

En la época que precede á nuestra narración atravesaba la Iglesia uno de esos largos intervalos de paz relativa que favo-

recían su desenvolvimiento. Desde la muerte de Valeriano, acaecida el año 268, no se había registrado persecución alguna formal, aunque glorificaron aquel período muchos Mártires. Durante él pudieron los cristianos observar plenamente y hasta con esplendor la Religión. Roma estaba dividida en distritos ó parroquias, cada una con su iglesia, servida por presbíteros, diáconos y ministros inferiores; los pobres eran socorridos, los enfermos visitados, los catecúmenos instruidos: se administraban los Sacramentos, el culto se celebraba diariamente, y los cánones penitenciales eran cumplidos con toda exactitud por el clero de cada iglesia; y para subvenir á estas atenciones, así como á otras que se referían á la caridad, hacíanse colectas entre los fieles.

En el año 250, durante el pontificado de Cornelio, existían en Roma 46 sacerdotes y 154 ministros inferiores que junto con 1,500 pobres se sostenían con las limosnas de la caridad cristiana.

Aunque los sepulcros de los Mártires en las catacumbas continuaron siendo objeto de devoción en aquellos tiempos más bonancibles, y estos asilos de los perseguidos se conservaban con esmero, no eran aún los lugares destinados al culto divino. Las iglesias que entonces había en Roma eran por lo regular públicas, espaciosas y hasta espléndidas; y los mismos paganos solían asistir á los sermones que se predicaban en ellas y á las partes de la liturgia que los catecúmenos podían presenciar. Por lo general las iglesias radicaban en casas particulares, probablemente en los vastos salones ó *triclinia* que había en los palacios de las familias nobles. Tertuliano, al hablar de los cementerios cristianos, los designa con un nombre y con circunstancias que prueban que estaban en alto, porque los compara á las eras, que naturalmente debían estar en campo raso.

Una costumbre establecida en las relaciones sociales de la antigua Roma desvanecerá la objeción que pudiera hacerse de cómo podía congregarse tanta multitud de fieles sin llamar la atención y atraer por consiguiente la persecución de los paganos. Acostumbraban los ricos tener todas las mañanas una especie de recepción, á la que acudían sus dependientes ó clientes, los mensajeros de sus amigos (esclavos ó libertos), los cuales eran admitidos por el dueño en el patio interior, mientras que otros no hacían más que presentarse, y eran despedidos sin pasar adelante. Centenares de personas podían así entrar y salir de los palacios como si formasen parte de la turba de esclavos de la casa, artesanos y otros sujetos que tenían entrada en ellos, ya fuese por la puerta principal ó por la posterior, sin que esto atrajese la pública atención.

Otro hecho importante en la vida social de los primitivos

cristianos, corroborado en las actas más auténticas de los Mártires y en la historia eclesiástica, era el secreto con que sabían guardar su fe. Personas que figuraban entre la sociedad más distinguida ó ocupaban destinos importantes y hasta puestos de confianza cerca de los emperadores, eran cristianos sin que lo sospechasen sus más íntimos amigos paganos, y hubo casos en que los más próximos parientes ignoraban esta circunstancia. Sin embargo, para mantener el secreto, nunca se valían de la mentira, de la hipocresía, de acción alguna contraria á la moral ó á la verdad cristiana; pero tomaban todas las precauciones conciliables con la verdad á fin de ocultar á los ojos del público la profesión de cristiano.

Bien que esta prudente conducta fuese necesaria para prevenir las persecuciones, no bastaba á evitarlas. La sociedad pagana, el mundo del poder, de la influencia, del valimiento, los que legislaban ó administraban justicia á su capricho, los adoradores de los goces mundanos y aborrecedores de la fe cristiana, sentíanse rodeados y penetrados por un sistema misterioso que se difundía sin saber cómo y ejercía un ascendiente cuyo origen nadie sabía. Las familias se quedaban atónitas al descubrir que un hijo ó una hija había abrazado la nueva doctrina, pues ni sospechaban siquiera hallarse en contacto con los que la enseñaban, teniéndola en su loca fantasía y vulgar juicio por estúpida, degradante y antisocial. De aquí que el aborrecimiento al cristianismo participase del carácter político á la vez que del religioso y se le considerase anti-romano, opuesto á la dilatación y prosperidad del Imperio, y subordinado á un poder espiritual invisible. Los cristianos eran declarados *irreligiosi in Caesares*, desleales á los emperadores, y eso bastaba. Por lo tanto su seguridad y sosiego dependían en parte del estado de la opinión pública, y cuando un demagogo ó fanático llegaba á excitarla, aunque los cristianos negasen los cargos que se les dirigían, ni su irreprochable conducta ni consideración alguna de civilización y humanidad eran suficientes para esquivarles contra las medidas de persecución que tan fieramente se solían provocar contra ellos.

Reanudemos ahora el hilo de nuestra narración.

XII

El lobo y la zorra

Bien se avenían con la sórdida avaricia de Corvino las malignas insinuaciones de la esclava africana, cuyo odio á los cristianos provenía de que una antigua ama suya, convertida al Cristianismo, había manumitido á todas sus esclavas menos á ella, porque temiendo dejar suelta en el mundo á una criatura de las perversas inclinaciones de Afra, ó Jubala, que era su verdadero nombre, habíale procurado otro señor.

Corvino había visto muchas veces á Fulvio en los baños y en otros sitios públicos, y no podía menos de admirarle y envidiarle por su gallardía, su gusto en el vestir y su atildada conversación. Mas como él, Corvino, era tan rudo y huraño, nunca se hubiera atrevido á dirigirle la palabra á no haber descubierto que, si bien más pulcro y elegante que él, no era por eso menos villano. El ingenio y la habilidad de Fulvio podían muy bien suplir la carencia de estas cualidades por parte de Corvino: en cambio ¿no tenía éste la fuerza brutal y una osadía calculada y sin límites? Juntos, pues, tan poderosos auxiliares para la ejecución de sus designios, y juzgando Corvino ya suyo al joven extranjero, cuyo verdadero carácter é intenciones conocía, determinó hacer un esfuerzo para asociarse á quien de otra manera podía ser un peligroso rival.

Diez días despues de la referida entrevista con la esclava africana, recorría Corvino los jardines de Pompeyo, junto al teatro de este nombre (1). Un incendio ocurrido bajo el reinado de Carino había destruido el escenario del edificio que Diocleciano acababa de reparar con gran magnificencia. Estos jardines se distinguían especialmente por sus alamedas de plátanos, que esparcían deliciosa sombra, y por las estatuas de animales salvajes, fuentes y arroyos artificiales que los adornaban profusamente. Vagando por ellos divisó Corvino á Fulvio y fué á su encuentro.

(1) En las inmediaciones de la actual plaza Farnese.

—¿Qué quieres?—preguntó Fulvio mirando con sorpresa y desprecio el desaliñado traje de Corvino.

—Hablar contigo unos momentos en provecho tuyo... y mío también.

—Y ¿qué puedes proponerme que redunde en provecho mío? En el tuyo, no dudo que sí.

—Fulvio, yo soy hombre franco y llano, y no tengo pretensiones de elegante, ni de ser entendido y discreto como tú; pero, como ambos seguimos la misma profesión, sospecho que aspiramos á un mismo fin.

Sobrecogióse Fulvio, y con el rostro encendido replicó en tono de desprecio:

—¿Qué quieres decir, truhán?

—Si cierras el puño para mostrarme las sortijas de tus delicados dedos, bien está; pero, si es amenaza, mejor será que metas otra vez la mano entre los pliegues de tu toga, que así estás más airoso.

—Abreviemos. Por segunda vez te pregunto ¿qué pretendes de mí?

—Sé que eres un espía y un delator,—respondió Corvino acercándosele al oído.

Turbóse Fulvio; pero, reponiéndose luego, dijo:

—¿Con qué derecho me diriges tú tan odiosa acusación?

—Tú descubriste una conspiración en Oriente,—respondió Corvino acentuando enfáticamente estas palabras;—y Diocleciano...

—¿Quién eres?—interrumpió Fulvio,—¿cómo te llamas?

—Soy Corvino, hijo de Tértulo, prefecto de Roma.

Esta respuesta se lo reveló todo á Fulvio, y suavizando la voz dijo:

—No hablemos más ahora, pues veo acercarse algunos amigos. Mañana al amanecer acude disfrazado al *vicus Patricius* (1): te aguardaré bajo el pórtico de los baños de Novato, y allí hablaremos con más libertad.

Regresó Corvino á su casa muy satisfecho de su primer ensayo de diplomacia; y á los primeros albos del siguiente día, poniéndose el vestido de uno de los esclavos de su padre, dirigióse al sitio indicado. Después de esperar largo rato, y cuando ya comenzaba á perder la paciencia, vió llegar á su nuevo amigo.

Fulvio iba envuelto en ancho manto, cuya capucha le ocultaba parte del rostro, y saludó á Corvino diciendo:

—Buenos días, camarada. Siento haberte hecho esperar, pues la mañana es fresca y vas muy desabrigado.

(1) Calle Patricia.

—Confieso que me hubiera aburrido á no distraerme lo que he estado observando.

—Y ¿qué es?

—Desde muy temprano, supongo que mucho antes que yo llegase, ha acudido de todos lados y entrado en aquella casa, por la puerta que da á esa callejuela, la colección más rara de ciegos, cojos, mancos, lisiados, tullidos y contrahechos de toda especie, mientras que por la puerta principal han penetrado personas de muy diferente clase.

—Y ¿quién habita esa casa? Parece antigua y espaciosa, aunque muy deteriorada.

—Segun he oído decir, pertenece á un viejo patricio, tan avaro como rico. Pero, mira, todavía vienen más.

En aquel momento se acercaba un anciano, encorvado por el peso de los años, apoyándose en una muchacha risueña que le hablaba cariñosamente.

—Ya hemos llegado,—dijo ella;—unos pasos más, y podéis sentaros á descansar.

—Gracias, hija mía,—replicó el pobre anciano.—¡Qué bondad la tuya viniendo á buscarme tan temprano!

—Sabia que necesitábais ayuda, y como soy la persona menos útil de la vecindad, se me ocurrió ir á buscaros.

—Siempre he oído decir que los ciegos son egoístas, y me parece muy natural; pero tú, Cecilia, eres ciertamente una excepción de la regla.

—No tal; es mi única manera de mostrarme egoísta.

—¿Qué quieres decir?

—Sí, porque como vos teneis vista y yo no, me servís de guía; y además me ofrecéis la satisfacción de sosteneros. De modo que vos sois el ojo del ciego, y yo el pié del cojo.

En esto llegaron á la puerta.

—Esa muchacha es ciega,—dijo Fulvio á Corvino.—Pero ¿no ves con qué soltura anda, sin mirar á derecha ni á izquierda?

—Así es,—respondió Corvino.—Seguramente será este el lugar tan famoso en Roma donde se juntan los pordioseros, y los ciegos ven, y los cojos andan, y todos se sientan en la mesa del festín. Aunque, si he de decirte la verdad, he notado que estos mendigos son muy diferentes de los del puente Aricio (1), pues se presentan con cierta dignidad y alegría, y ninguno me ha pedido limosna al pasar.

—¡Es raro! Mucho celebraría averiguar ese misterio. ¿Quién sabe si nos reportaría un buen negocio! ¿No dijiste que el viejo patricio es muy rico?

(1) Lugar muy conocido en Roma, donde se reunían los mendigos plañideros é importunos.

—Inmensamente.

—¡Bravo! Y ¿no podríamos atinar un medio para introducirnos en la casa?

—¡Ya se me ocurre uno! me quito los zapatos, encojo una pierna como si estuviera tullido me incorporo al primer grupo de lisiados que se aproxime, y me cuelo dentro imitándoles.

—¡Ardua empresa! es muy probable que los conozcan á todos en la casa.

—Estoy persuadido de que nó, pues varios me han preguntado si era esta la casa de la señora Inés.

—¿Cómo?—preguntó Fulvio haciendo un movimiento de sorpresa.

—¿Qué te admira?—dijo Corvino.—Es la casa de sus padres; pero ella es más conocida que ellos por ser una heredera muy rica, poco menos que su prima Fabiola.

Calló Fulvio unos momentos: habíale asaltado una fuerte sospecha, demasiado sutil é importante para comunicarla á su rudo compañero. Pero, impulsado por ella, dijo:

—Si estás seguro de que toda esa gente no es conocida en la casa, ensaya tu plan. Yo conozco á la señora y me aventuraré á entrar por la puerta principal. Así tendremos doble probabilidad.

—¿Sabes en qué estoy pensando, Fulvio?

—En algo muy extraordinario sin duda.

—Que cuando los dos nos unamos para alguna empresa tendremos siempre dos ventajas.

—¿Cuáles?

—Las del lobo y la zorra cuando se confabulan para asaltar un redil.

Fulvio lanzó sobre Corvino una mirada de desdén, á la que correspondió éste con una mueca horrible, y ambos se encaminaron á sus puestos respectivos.

XIII

La casa de Inés

Los padres de Inés descendían de un noble linaje de antepasados, y su familia no era de las recién convertidas, sino que hacía algunas generaciones que profesaba el cristianismo. Y así

como en las familias paganas se honraba la memoria de abuelos ilustres ó por algún triunfo ó por haber desempeñado algún alto cargo en el Estado, de la misma manera en esta como en otras casas cristianas se guardaba con piadoso respeto y afectuoso orgullo el recuerdo de los que en los ciento cincuenta ó más años precedentes habían alcanzado la palma del martirio ú ocupado elevadas dignidades en la Iglesia. Pero aunque ennoblecida así, á pesar de la sangre derramada sin cesar por Jesucristo, el tronco de la familia nunca había sido derribado como muchas de las ramas desgajadas de él; antes había resistido al embate de frecuentes tempestades.

Todas las glorias y esperanzas de esta familia estaban á la sazón concentradas en Inés, único vástago de esta antigua casa. Concedida á sus padres cuando habían casi perdido la esperanza de ver continuada su descendencia, había mostrado desde la infancia un natural tan apacible, tal docilidad, tan esclarecido entendimiento, tanta candidez é inocencia, que era el objeto del amor y casi de la veneración de todos, desde sus padres hasta el último de los sirvientes, sin que tan merecida estimación alterase sus bellas prendas; y excelentes cualidades, antes bien se hallaban estas tan armónicamente ordenadas, que en la edad todavía temprana en que la encontramos era ya un cumplido dechado de gracia y discreción. No abrigaban sus padres un pensamiento virtuoso de que ella no participase, y teniendo tan poco apego como ellos al mundo, vivía en su compañía en una parte reducida del edificio, amueblada con elegancia, pero sin lujo, y adecuada á sus necesidades. Allí recibían á los pocos amigos con quienes conservaban relaciones íntimas. Visitábalos con frecuencia Fabiola, aunque Inés prefería visitarla á ella; y muchas veces expresaba aquella á su jóven amiga el anhelo de que llegase el día en que, gracias á un matrimonio ventajoso, abriera su espléndido palacio á una elegante y distinguida reunión. Porque á pesar de la ley Voconia, que prohibía heredar las hembras, ley á la sazón completamente en desuso, Inés había heredado de sus parientes colaterales varias propiedades que acrecentaron su patrimonio.

En general, los amigos paganos que la visitaban atribuían su modesto género de vida á la avaricia, y calculaban las inmensas riquezas que suponían acumuladas por sus tacaños padres, concluyendo por decir que, excepto el muro macizo que cerraba el segundo patio, todo el resto del edificio se vendría abajo.

Y sin embargo no era así. El interior de la casa consistía en un extenso patio, un jardín y un comedor separado ó *triclínium* convertido en capilla; y el piso superior que por esta parte se comunicaba, estaba destinado á las diversas obras de caridad que constituían el objeto principal de la vida de la Iglesia. Esta-

—Inmensamente.

—¡Bravo! Y ¿no podríamos atinar un medio para introducirnos en la casa?

—¡Ya se me ocurre uno! me quito los zapatos, encojo una pierna como si estuviera tullido me incorporo al primer grupo de lisiados que se aproxime, y me cuelo dentro imitándoles.

—¡Ardua empresa! es muy probable que los conozcan á todos en la casa.

—Estoy persuadido de que nó, pues varios me han preguntado si era esta la casa de la señora Inés.

—¿Cómo?—preguntó Fulvio haciendo un movimiento de sorpresa.

—¿Qué te admira?—dijo Corvino.—Es la casa de sus padres; pero ella es más conocida que ellos por ser una heredera muy rica, poco menos que su prima Fabiola.

Calló Fulvio unos momentos: habiale asaltado una fuerte sospecha, demasiado sutil é importante para comunicarla á su rudo compañero. Pero, impulsado por ella, dijo:

—Si estás seguro de que toda esa gente no es conocida en la casa, ensaya tu plan. Yo conozco á la señora y me aventuraré á entrar por la puerta principal. Así tendremos doble probabilidad.

—¿Sabes en qué estoy pensando, Fulvio?

—En algo muy extraordinario sin duda.

—Que cuando los dos nos unamos para alguna empresa tendremos siempre dos ventajas.

—¿Cuáles?

—Las del lobo y la zorra cuando se confabulan para asaltar un redil.

Fulvio lanzó sobre Corvino una mirada de desdén, á la que correspondió éste con una mueca horrible, y ambos se encaminaron á sus puestos respectivos.

XIII

La casa de Inés

Los padres de Inés descendían de un noble linaje de antepasados, y su familia no era de las recién convertidas, sino que hacía algunas generaciones que profesaba el cristianismo. Y así

como en las familias paganas se honraba la memoria de abuelos ilustres ó por algún triunfo ó por haber desempeñado algún alto cargo en el Estado, de la misma manera en esta como en otras casas cristianas se guardaba con piadoso respeto y afectuoso orgullo el recuerdo de los que en los ciento cincuenta ó más años precedentes habían alcanzado la palma del martirio ú ocupado elevadas dignidades en la Iglesia. Pero aunque ennoblecida así, á pesar de la sangre derramada sin cesar por Jesucristo, el tronco de la familia nunca habia sido derribado como muchas de las ramas desgajadas de él; ántes habia resistido al embate de frecuentes tempestades.

Todas las glorias y esperanzas de esta familia estaban á la sazón concentradas en Inés, único vástago de esta antigua casa. Concedida á sus padres cuando habían casi perdido la esperanza de ver continuada su descendencia, habia mostrado desde la infancia un natural tan apacible, tal docilidad, tan esclarecido entendimiento, tanta candidez é inocencia, que era el objeto del amor y casi de la veneración de todos, desde sus padres hasta el último de los sirvientes, sin que tan merecida estimación alterase sus bellas prendas; y excelentes cualidades, antes bien se hallaban estas tan armónicamente ordenadas, que en la edad todavía temprana en que la encontramos era ya un cumplido dechado de gracia y discreción. No abrigaban sus padres un pensamiento virtuoso de que ella no participase, y teniendo tan poco apego como ellos al mundo, vivía en su compañía en una parte reducida del edificio, amueblada con elegancia, pero sin lujo, y adecuada á sus necesidades. Allí recibían á los pocos amigos con quienes conservaban relaciones íntimas. Visitábalos con frecuencia Fabiola, aunque Inés prefería visitarla á ella; y muchas veces expresaba aquella á su jóven amiga el anhelo de que llegase el día en que, gracias á un matrimonio ventajoso, abriera su espléndido palacio á una elegante y distinguida reunión. Porque á pesar de la ley Voconia, que prohibía heredar las hembras, ley á la sazón completamente en desuso, Inés habia heredado de sus parientes colaterales varias propiedades que acrecentaron su patrimonio.

En general, los amigos paganos que la visitaban atribuían su modesto género de vida á la avaricia, y calculaban las inmensas riquezas que suponían acumuladas por sus tacaños padres, concluyendo por decir que, excepto el muro macizo que cerraba el segundo patio, todo el resto del edificio se vendría abajo.

Y sin embargo no era así. El interior de la casa consistía en un extenso patio, un jardín y un comedor separado ó *triclínium* convertido en capilla; y el piso superior que por esta parte se comunicaba, estaba destinado á las diversas obras de caridad que constituían el objeto principal de la vida de la Iglesia. Esta-

ban estas confiadas al celo y discreción del diácono Reparado y su exorcista Segundo, nombrados por el Sumo Pontífice para cuidar de los enfermos pobres y forasteros en uno de los siete distritos en que dividiera la ciudad unos cinco años antes el Papa Cayo, encomendando cada distrito á uno de los siete diáconos de la Iglesia romana.

Se habían destinado salas para hospedar á los extranjeros que venían de lejos, recomendados por otras iglesias, y se les asistía con una frugal comida. En el piso superior otras habitaciones servían de hospital para los inválidos, los decrepitos y los enfermos, encomendados al cuidado de las diaconisas y de los fieles consagrados á esta obra de caridad.

El *tablinum* ó archivo, por lo general situado entre los patios interiores, servía como de oficina para despachar los negocios del establecimiento caritativo y guardar todos los documentos de la localidad, tales como las actas de los Mártires, recogidas ó compiladas por uno de los siete notarios instituidos con este objeto en cada distrito por el Papa san Clemente I.

Una puerta de comunicación permitía á la familia tomar parte en estas obras de caridad, y desde niña se había acostumbrado Inés á entrar y salir allí muchas veces al día y permanecer horas enteras difundiendo, como un ángel de luz, el consuelo y la alegría sobre los dolientes y afligidos. Esta mansión podía muy bien llamarse el arca de la hospitalidad y de la caridad, y en ella se entraba para tales fines por el *porticum* ó puerta falsa que daba á una callejuela poco frecuentada. Con esto queda explicado en qué se invertían las riquezas de los dueños de la casa.

Recordaremos que Paneracio tomó consejo de Sebastian sobre el modo más oportuno de distribuir su plata y joyas entre los pobres sin que se llegase á vislumbrar á quién pertenecían; y Sebastián, atento al encargo, había escogido la casa de Inés como la más á propósito. Aquella mañana era la designada para el reparto, á cuyo efecto los otros distritos habían enviado sus pobres acompañados de sus diáconos. Sebastian, Paneracio y otras personas de alta categoría habían entrado por la puerta principal para asistir á la distribución; y algunas de ellas eran las que Corvino había visto.

XIV

Los extremos se tocan

Un grupo de pobres que se dirigían hacia la puerta ofreció á Corvino ocasión para confundirse con ellos, remedándolos admirablemente en todo, menos en su modesto porte y compostura. Advirtió que cada uno de ellos al entrar decía *Deo gratias*; y merced á esta piadosa expresión, que era como una contraseña y el saludo adoptado por los cristianos, Corvino pudo fácilmente entrar con los demás, siguiéndoles de cerca y remedando sus gestos y modales.

El patio interior de la casa estaba ya lleno de pobres y lisiados, á un lado los hombres y al otro las mujeres. Debajo del pórtico había mesas cubiertas de rica plata, y junto á ellas otra con relucientes joyas que dos artifices iban pesando y evaluando escrupulosamente para depositar después en un montón la cantidad que por ellas ofrecían con el fin de que fuese distribuida en justa proporción entre los pobres.

Corvino, cuyo corazón ardía en codicia á la vista de tanta riqueza, tuvo tentaciones de arrebatarse lo que pudiese y huir, pero reprimióse comprendiendo la locura é insensatez de semejante acción, y aguardó á que le dieran su parte, tomando entre tanto nota de cuanto veía para referirlo después á Fulvio. Pero no tardó en darse cuenta de cuán embarazosa se hacía su situación, porque si al principio nadie se fijó en él, no había de suceder lo mismo luego que aparecieron varios jóvenes muy afables y de modales distinguidos, pero activos y evidentemente constituidos en autoridad. Vestían *dalmática*, traje llamado así por traer su origen de la Dalmacia, y consistía en una pequeña túnica sobrepuesta, en vez de la toga, á la túnica común, pero más corta y ajustada al cuerpo, con mangas anchas, aunque no largas ni holgadas con exceso: prenda que usaban los diáconos, no sólo en las ceremonias solemnes de la Iglesia, sino también cuando cumplían los deberes secundarios de su ministerio con los pobres y los enfermos.

Iban, pues, aquellos jóvenes poniendo en orden á los asistentes, de entre los cuales cada uno conocía á los de su distrito, y

los acompañaban al sitio que tenían señalado debajo del pórtico: pero como ninguno conocía ni reclamaba á Corvino como uno de sus pobres, quedóse al fin solo en medio del patio. Entonces comprendió, á pesar de su estupidez, el atolladero en que él mismo se había metido; pues siendo hijo del prefecto de Roma, cuya obligación era castigar á los violadores de todo hogar doméstico, se encontraba como un intruso en el interior de la casa de un patricio, donde había entrado fraudulentamente, mezclado entre mendigos y disfrazado de tal, como si se propusiera algún fin ilícito ó siniestro. Conociendo lo arduo de su posición, todo se le volvía buscar el modo de escurrirse; pero la única puerta que había la vió guardada por un anciano llamado Diógenes y dos robustos hijos suyos, que apenas podían contener la irritación que tamaña insolencia les causaba, bien que no dejaban de manifestarla en la expresión del rostro. Vióse además objeto de la conversación de los jóvenes diáconos y de sus escudriñadoras miradas: figuróse que hasta los ciegos le observaban, y se imaginaba ya ver levantadas contra él las muletas de los lisiados. Quedábale sólo el consuelo de creer que de nadie sería reconocido y que podría salir del mal paso inventando cualquier excusa.

Al fin se le acercó el diácono Reparado y le dijo cortesmente:

—Amigo, según veo no pertenecéis á ninguno de los distritos citados á esta reunión. ¿En dónde vivís?

—En la *Alta Semita* (1).

Esta respuesta indicaba la división civil de Roma, nó la eclesiástica. Reparado continuó:

—La *Alta Semita* pertenece á mi distrito, y no recuerdo haberos visto allí nunca.

Mientras decía estas palabras sorprendióse de ver al desconocido palidecer y tambalearse, como si fuera á caer, mientras clavaba sus azorados ojos en la puerta de comunicación con la parte habitada de la casa. Miró Reparado en la misma dirección, y vió á Pancracio que acababa de entrar y conversaba con Segundo. Perdió Corvino toda esperanza, y su terror se acrecentó al hallarse frente á frente con Pancracio (que había suplicado á Reparado que se retirase), casi en la misma posición en que se habían encontrado últimamente; sólo que, en vez de la caterva de muchachos que entonces le aplandian, se hallaba ahora rodeado de personas que daban ciertamente la preferencia á su rival. Y no fué menor la sorpresa de Corvino al notar el desarrollo que en su porte varonil y apuesto continente había adquirido su antiguo condiscípulo en el transcurso de algunas

(1) La parte superior del Quirinal que conducía á la puerta Nomentana (*Porta Pia*).

semanas. Como era natural, aguardaba una nube de repreciones, cuando no el duro castigo que en igualdad de circunstancias le hubiera él aplicado; pero júzguese cuál sería su estupor cuando Pancracio le dijo con la mayor suavidad:

—¿Cómo es eso, Corvino? ¿Qué te pasa, que tan mal traído te veo? ¿Te ha dejado cojo alguna desgracia? ¿O has abandonado la casa paterna?

—No tal, todavía no he llegado á ese extremo, aunque fuera muy de tu agrado,—replicó fanfarronamente Corvino, envaletonado por la blandura de Pancracio.

—¡Oh! te equivocas,—dijo éste,—porque no te guardo rencor. Si necesitas socorro, dímelo; pues, aunque no debieras encontrarte en este sitio, yo te conduciré á un aposento apartado donde recibas lo que hayas menester sin ser conocido.

—Te diré la verdad. He penetrado aquí por broma, por un simple capricho, y desearía de veras que me sacases de aquí sin escándalo.

—Corvino, esto ya es grave,—dijo Pancracio con severidad.—¿Qué diría tu padre si yo ordenase á estos mozos, dispuestos á obedecerme, que te llevasen al Foro ante su propio tribunal del modo que te encuentras, descalzo, disfrazado de esclavo y con tu falsa cojera, para acusarte públicamente de un delito que ningún romano dejaría impune, como es introducir dolosamente en el interior de la casa de un patricio?

—¡Por todos los dioses, Pancracio, no me impongas castigo tan terrible!

—Bien comprendes que tu propio padre se vería obligado á obrar contigo como Junio Bruto, ó á faltar á su deber.

—Por lo que más amas, por todo lo más sagrado, te suplico que no nos deshonres tan cruelmente. Mi padre y mi familia, no solo yo, serían las víctimas de tal ignominia. Me postraré á tus pies, si es preciso, y te pediré perdón por mis pasadas injurias.

—Basta, basta, Corvino; ya te he dicho que las injurias las tengo olvidadas tiempo há. Pero escucha: cuantos aquí se hallan, excepto los ciegos, han presenciado tu desmán, y todos se presentarían como testigos para probarlo. Así es que si alguna vez llegas á hablar de esta reunión, ó intentarás molestar á uno solo de los que á ella han acudido, te conduciremos ante el tribunal de tu padre para que te juzgue. ¿Me entiendes, Corvino?

—Sí, sí,—respondió con acento lastimero:—mientras viva nadie sabrá que haya penetrado en este sitio. Lo juro por...

—¡Basta, repito! No necesitamos juramentos. Toma mi brazo y vén conmigo.

Y volviéndose á los demás, añadió:

—Conozco á este sujeto: su venida ha sido por equivocación.

Los circunstantes, que habían interpretado los ademanes suplicatorios del villano como una relación de su miserable estado, pidieron á Pancracio que no le despidiese sin darle algun socorro.

—Dejadme hacer,—contestó él.

Así que puso en la calle á Corvino, que le había seguido sin descuidar su fingida cojera, despidióle diciendo:

—Corvino, estamos en paz. No olvidéis tu promesa.

Y en tanto ¿qué había sido de Fulvio?

Dirigiéndose derechamente á la puerta principal de la casa, hallóla abierta, según costumbre romana; y ciertamente nadie hubiera sospechado que por ella entrase en tal hora una persona extraña. En vez de portero encontró guardando la puerta una niña de ingenno aspecto, de unos doce ó trece años, en traje de labriega; y al verla sola creyó la ocasión oportunísima para averiguar lo que pudiesen tener de cierto las graves sospechas que le habían ocurrido. Así, pues, preguntó á la jovencita portera:

—Niña, ¿cómo te llamas y quién eres?

—Me llamo Emerenciana, y soy hermana de leche de la señorita Inés.

—¿Eres cristiana?—le preguntó Fulvio con pérfida blandura.

Abrió ella los ojos desmesuradamente pintándose en ellos el estupor de la ignorancia, y respondió:

—No, señor.

No era posible resistir á la evidencia de su ingenuidad, y Fulvio quedó persuadido de que se había equivocado. En efecto, la niña era hija de una aldeana que había sido nodriza de Inés, y que acababa de fallecer; por lo que la bondadosa patricia había mandado por la huérfana para instruir la y bautizarla; y como sólo hacía dos días que había llegado, no tenía aún la menor idea del Cristianismo.

Fulvio no sabía qué partido tomar. La soledad en que se encontraba le tenía en situación no menos embarazosa que la de Corvino en medio de la concurrencia. Pensó en retirarse, pero eso hubiera dado al traste con todas sus esperanzas: iba á pasar adelante, pero reflexionó que podía comprometerse desagradablemente. En medio de su perplejidad vió venir ligera, atravesando el patio, á Inés radiante de alegría, de belleza y de juventud. Al reconocer á Fulvio detúvose como para saber el objeto que allí le conducía, y él, yendo á su encuentro sonriente y con ademán gentil, díjole:

—He anticipado la hora en que se acostumbra á recibir visitas, y temo pareceros importuno; pero estaba impaciente por inscribirme como humilde cliente de vuestra noble casa.

—Nuestra casa —replicó Inés sonriéndose— no se vanagloria

de tener clientes, ni los busca, porque no ambicionamos influencia ni poder.

—Perdonadme; pero, gobernada por su dueño y señor, vuestra casa ejerce la mayor de las influencias y un poder incontrastable; aquel, quiero decir, que subyuga sin esfuerzo los corazones y los rinde y avasalla.

Lejos de imaginar que estas palabras aludiesen á ella, respondió Inés ingenuamente:

—¡Oh cuán ciertas son vuestras palabras! El Señor de esta casa domina todos los afectos de cuantos en ella moran.

—Pero á lo que yo aludo—contestó Fulvio— es al suave y benigno dominio que sólo ejercen los encantos de la hermosura sobre los que la admiran de cerca.

Inés parecía como arrobada: sus ojos contemplaban una imagen muy diversa de la de su miserable adulator; y mirando al cielo con expresion de intenso afecto, exclamó:

—Si; Aquel cuya belleza admiran el sol y la luna en el azulado firmamento, á El solo he consagrado mi amor y mi fe (1).

Quedó Fulvio confundido y perplejo. La inspirada mirada, la actitud extática, la melodía del trémulo acento con que las anteriores palabras fueron pronunciadas, su misteriosa significación, lo extraordinario de la escena, le sellaron los labios, y quedó como clavado en el suelo; hasta que, conociendo que desperdiciaba la ocasión más propicia que podía desear para declarar sus intenciones (no se podía llamar afecto), dijo con desenfado:

—De vos estoy hablando, hermosa Inés, y vos sois á quien he consagrado mi sincera admiración é ilimitado afecto.

Y doblando una rodilla trató de asir la mano de Inés; pero ésta retrocedió trémula, volviendo al otro lado el encendido rostro.

Fulvio se levantó con presteza al divisar á Sebastian que, yendo en busca de Inés, cuya ausencia extrañaban los pobres, avanzaba en derechura hácia él en actitud indignada.

—Sebastian,— dijo Inés al verle,— no te enojés. Este caballero ha entrado aquí por equivocación, y se retirará en seguida.

Y diciendo esto se alejó.

Sebastian encarándose con el intruso, que se sintió anonadado por su mirada, le dijo con severo acento:

—¿Qué haceis aquí, Fulvio, y á qué habeis venido?

—Supongo—respondió éste cobrando aliento— que habiendo conocido á la dueña de esta casa en el mismo lugar que vos, en la mesa de su noble prima, tengo igual derecho á visitarla que cualquiera de sus obsequiosos clientes.

(1) *Oujus pulchritudinen sol et luna mirantur, ipsi soli servo fidem.*
(Oficio de santa Inés)

—Pero me parece que no á hora tan intempestiva como esta.

—La hora que no es intempestiva para un joven oficial,—replió Fulvio con insolencia,—tampoco debe serlo para un simple ciudadano.

Sebastian tuvo que hacer un grande esfuerzo para reprimir su indignación, y contestóle:

—¡Fulvio! medita vuestras palabras y tened presente que dos personas pueden ser recibidas en una misma casa por conceptos muy distintos. Ni el trato familiar más estrecho, mucho menos un conocimiento formado durante una comida, pueden justificar la osadía de vuestra conducta de hace pocos momentos con la dueña de esta casa.

—¡Parece que estais celoso, bravo capitán!—dijo Fulvio con refinado sarcasmo.—Dicen que sois el pretendiente, aceptable si ya no aceptado, á la mano de Fabiola; y como ésta se encuentra ahora en el campo, trataréis de matar el fastidio viendo cómo podéis aseguraros la fortuna de una de las dos herederas principales de Roma... ¡Bueno es tener dos cuerdas para un arco!

Este grosero sarcasmo hirió en lo más vivo los delicados sentimientos del noble tribuno, que á no estar acostumbrado á dominar el propio carácter segun la mansedumbre cristiana, hubiera sentido ofuscada su razón por el acaloramiento de su sangre.

—¡Fulvio! á ninguno de los dos conviene que permanezcáis más tiempo aquí; y pues no os basta la cortés despedida de la noble doncella á quien habéis insultado, tendré yo que ser el rígido ejecutor de sus mandatos.

Y asiendo fuertemente el brazo del intruso, lo condujo á la puerta de la calle, añadiendo sin soltarle aún:

—Idos en paz, y no olvidéis que con vuestro indigno proceder os habéis hecho acreedor al castigo que señalan las leyes del Estado. Lo olvidaré á condición de que os mostréis más discreto y no os mezcléis en lo que no os atañe. Pero bueno es que sepais que estoy al corriente de vuestra ocupación en Roma, y tendré suspendida sobre vuestra cabeza la insolencia de este día como prenda de vuestra discreción.

No bien acababa Sebastian de decir estas palabras y de soltar á Fulvio, cuando se sintió agarrado por un invisible y vigoroso adversario. Era Enotas, quien avisado por Fulvio de su entrevista con Corvino, le había seguido y guardado los pasos; y apenas vió en la puerta de la casa lo que le pareció lucha, se escurrió cautelosamente por detrás de Sebastián, y se abalanzó sobre él con la ruda acometida de un oso. Pero en vano forcejeaba ayudado por Fulvio en derribar al soldado; y para acabar más presto, sacó de su cinturón una daga de acero forjada en

Siria, cuando en aquel mismo instante sintió que se la arrancaban de la mano, á la vez que un brazo de hierro le hacia dar una voltereta en el aire y le dejaba tendido como un costal en medio de la calle.

Tan oportuno como inesperado auxilio debiólo Sebastián al centurión Cuadrado, de robusta complexión y fuerza hercúlea, y que en aquel momento acudía á la reunión de sus hermanos cristianos.

—¡Cuadrado! —dijole Sebastián,—me temo que habrás roto los huesos á ese desgraciado.

—Bien lo merece, mi tribuno, por su cobarde acometida.

Y entraron juntos en casa de Inés.

Confusos y escarmentados, los dos extranjeros se alejaron de aquel sitio, testigo de su vergüenza; y al doblar la esquina vieron á Corvino que, no ya cojeando, sino ligero como un gamo, salía por la parte posterior del lugar de su derrota.

Aunque en lo sucesivo se encontraron muchas veces, ni Fulvio ni Corvino hicieron la menor alusión á su aventura de aquel día, conociendo uno y otro que habían salido burlados y malparados de ella, y convencidos de que había en Roma un redil que el lobo y la zorra intentaban en vano asaltar.

XV

Caridad

Restablecida en casa de Inés la tranquilidad, perturbada unos momentos por los dos incidentes sobrevenidos, continuó sosegadamente la buena obra de aquel día. Además de la distribución de abundantes limosnas que hacia la Iglesia, no era raro en aquellos tiempos el que hiciesen lo propio con sus bienes los que deseaban retirarse del mundo; y naturalmente era de esperar que no fuese estéril para Roma el ejemplo que ofrecía la noble caridad de la apostólica Iglesia de Jerusalén. Pero tales actos de extraordinaria caridad debían renovarse mucho más facilmente en las épocas en que amenazaba á la Iglesia alguna grande persecución. Entonces aquellos cristianos que por su propia condición social ó por otras circunstancias

presentían el martirio, querían, según frase generalmente usada, tener libre para la lucha su casa y su corazón, alejando de sí cuanto pudiera aún apegarlos á la tierra, y evitando de este modo que fuese despojo de impíos soldados y verdugos lo que debía ser herencia de los pobres. Ni se perdía de vista la máxima divina de que la luz de las buenas obras debe brillar á los ojos de los hombres sin que se advierta la mano que la alimenta, penetrándolo sólo Aquel que lee en lo más recóndito de los corazones. La tasación y venta pública de las alhajas de una noble familia y la distribución de su justo precio á los pobres debía ser un magnífico ejemplo de caridad que consolaba á la Iglesia, animaba á los generosos, avergonzaba á los avaros, movía el corazón de los catecúmenos y atraía las bendiciones y plegarias de los menesterosos. Y sin embargo la mano derecha del que ofrecía estas limosnas se ocultaba cuidadosamente de la izquierda, y la humildad y modestia del noble bienhechor quedaba sepultada en el seno de Aquel á quien eran ofrecidos tales sacrificios y que los devolvía con ilimitada usura en la eterna bienaventuranza.

De tal naturaleza era el ejemplo que tenemos á la vista. Cuando todo estuvo dispuesto, presentóse el sacerdote Dionisio, quien era también el médico encargado de la curación de los enfermos y había sucedido á Policarpo en la iglesia del Santo Pastor; y sentándose en una silla colocada en una extremidad del patio, habló así á los circunstantes:

— Amados hermanos míos: nuestro Dios misericordioso ha movido el corazón de un caritativo hermano nuestro, quien compadecido de sus hermanos pobres se desprende de gran cantidad de sus bienes por amor á Jesucristo. Ignoro quién sea, ni trataré de averiguarlo. Sé únicamente que es uno de aquellos que no se complacen escondiendo sus tesoros donde el moho los consume ó los ladrones los arrebatan, sino que imitando al bienaventurado Lorenzo prefiere que, llevados por los pobres, se depositen en las arcas celestiales. Recibidos, pues, como una dádiva de Dios, que ha inspirado á la caridad este donativo que vamos á repartir para que pueda servir de auxilio en los días de tribulación que se nos preparan. Y ahora, como la única paga que se desea de vosotros, uníos todos en la plegaria que repetimos cotidianamente por aquéllos que nos hacen algún bien.

Durante esta breve exhortación el pobre Pancracio no se atrevía á levantar los ojos. Habíase colocado en un rincón detrás de la multitud; y Sebastián, viendo el embarazo en que se hallaba su noble amigo, se colocó delante de él, procurando ocultarle con su cuerpo todo lo posible. Pero la emoción estuvo á punto de descubrirle, cuando toda la asamblea se arrodilló, y

con los brazos extendidos y los ojos levantados al cielo, exclamó fervidamente y á una voz:

— *Retribuere dignare, Domine, omnibus nobis bona factis, propter Noxam tuam, vitam æternam. Amen* (1).

Luego se hizo el reparto de las limosnas, que resultaron más cuantiosas de lo que se creía. Sirvióse también á todos una abundante comida como coronamiento de tan edificante acto. Muchos, sin embargo, no participaron de ella, pues una más espiritual y deliciosa fiesta iba á prepararse para ellos en la vecina iglesia titular.

Cuando todo hubo terminado empeñóse Cecilia en acompañar á su pobre viejo lisiado hasta su casa y en llevar además su pesado bolsón de cañamazo; y por el camino conversó tan alegremente con su compañero, que éste quedó sorprendido al verse ya, cuando menos lo pensaba, en la puerta de su pobre pero aseada vivienda. Cecilia puso entonces en sus manos el bolsón, y dándole los buenos días alejóse con la mayor presteza.

Parecióle al pobre viejo que el bolsón estaba más repleto de lo regular, y contando cuidadosamente su contenido, halló con asombro que tenía doble porción de la limosna recibida. Volvió á contarle, y vió que no se había equivocado. Así es que, á la primera ocasión que se le ofreció, hizo sobre el particular algunas preguntas al diácono Reparado, pero no pudo obtener aclaración alguna.

Si hubiese visto á Cecilia cuando dobló la esquina riendo con el mayor gusto, como si acabase de jugarle alguna treta, y caminando ligera como quien no lleva peso alguno, hubiera encontrado sin dificultad la solución del problema.

UNIVERSIDAD
TOMA DE NUEVO LEÓN

XVI

El mes de Octubre

Soberanamente delicioso se presenta sin duda en Italia el mes de Octubre. El sol templá sus ardores, pero no su espléndidez. Al asomar por el Oriente derrama sobre la soñolienta

(1) Dignaos, Señor, conceder la vida eterna á todos los que nos hacen bien por amor de vuestro Nombre. Así sea.

presentían el martirio, querían, según frase generalmente usada, tener libre para la lucha su casa y su corazón, alejando de sí cuanto pudiera aún apegarlos á la tierra, y evitando de este modo que fuese despojo de impíos soldados y verdugos lo que debía ser herencia de los pobres. Ni se perdía de vista la máxima divina de que la luz de las buenas obras debe brillar á los ojos de los hombres sin que se advierta la mano que la alimenta, penetrándolo sólo Aquel que lee en lo más recóndito de los corazones. La tasación y venta pública de las alhajas de una noble familia y la distribución de su justo precio á los pobres debía ser un magnífico ejemplo de caridad que consolaba á la Iglesia, animaba á los generosos, avergonzaba á los avaros, movía el corazón de los catecúmenos y atraía las bendiciones y plegarias de los menesterosos. Y sin embargo la mano derecha del que ofrecía estas limosnas se ocultaba cuidadosamente de la izquierda, y la humildad y modestia del noble bienhechor quedaba sepultada en el seno de Aquel á quien eran ofrecidos tales sacrificios y que los devolvía con ilimitada usura en la eterna bienaventuranza.

De tal naturaleza era el ejemplo que tenemos á la vista. Cuando todo estuvo dispuesto, presentóse el sacerdote Dionisio, quien era también el médico encargado de la curación de los enfermos y había sucedido á Policarpo en la iglesia del Santo Pastor; y sentándose en una silla colocada en una extremidad del patio, habló así á los circunstantes:

— Amados hermanos míos: nuestro Dios misericordioso ha movido el corazón de un caritativo hermano nuestro, quien compadecido de sus hermanos pobres se desprende de gran cantidad de sus bienes por amor á Jesucristo. Ignoro quién sea, ni trataré de averiguarlo. Sé únicamente que es uno de aquellos que no se complacen escondiendo sus tesoros donde el moho los consume ó los ladrones los arrebatan, sino que imitando al bienaventurado Lorenzo prefiere que, llevados por los pobres, se depositen en las arcas celestiales. Recibidos, pues, como una dádiva de Dios, que ha inspirado á la caridad este donativo que vamos á repartir para que pueda servir de auxilio en los días de tribulación que se nos preparan. Y ahora, como la única paga que se desea de vosotros, uníos todos en la plegaria que repetimos cotidianamente por aquéllos que nos hacen algún bien.

Durante esta breve exhortación el pobre Pancracio no se atrevía á levantar los ojos. Habíase colocado en un rincón detrás de la multitud; y Sebastián, viendo el embarazo en que se hallaba su noble amigo, se colocó delante de él, procurando ocultarle con su cuerpo todo lo posible. Pero la emoción estuvo á punto de descubrirle, cuando toda la asamblea se arrodilló, y

con los brazos extendidos y los ojos levantados al cielo, exclamó fervidamente y á una voz:

— *Retribuere dignare, Domine, omnibus nobis bona factis, propter Noxam tuam, vitam eternam. Amen* (1).

Luego se hizo el reparto de las limosnas, que resultaron más cuantiosas de lo que se creía. Sirvióse también á todos una abundante comida como coronamiento de tan edificante acto. Muchos, sin embargo, no participaron de ella, pues una más espiritual y deliciosa fiesta iba á prepararse para ellos en la vecina iglesia titular.

Cuando todo hubo terminado empenóse Cecilia en acompañar á su pobre viejo lisiado hasta su casa y en llevar además su pesado bolsón de cañamazo; y por el camino conversó tan alegremente con su compañero, que éste quedó sorprendido al verse ya, cuando menos lo pensaba, en la puerta de su pobre pero aseada vivienda. Cecilia puso entonces en sus manos el bolsón, y dándole los buenos días alejóse con la mayor presteza.

Parecióle al pobre viejo que el bolsón estaba más repleto de lo regular, y contando cuidadosamente su contenido, halló con asombro que tenía doble porción de la limosna recibida. Volvió á contarle, y vió que no se había equivocado. Así es que, á la primera ocasión que se le ofreció, hizo sobre el particular algunas preguntas al diácono Reparado, pero no pudo obtener aclaración alguna.

Si hubiese visto á Cecilia cuando dobló la esquina riendo con el mayor gusto, como si acabase de jugarle alguna treta, y caminando ligera como quien no lleva peso alguno, hubiera encontrado sin dificultad la solución del problema.

UNIVERSIDAD
TOMA DE NUEVO LEÓN

XVI

AL DE BIBLIOTECAS
El mes de Octubre

Soberanamente delicioso se presenta sin duda en Italia el mes de Octubre. El sol templá sus ardores, pero no su espléndidez. Al asomar por el Oriente derrama sobre la soñolienta

(1) Dignaos, Señor, conceder la vida eterna á todos los que nos hacen bien por amor de vuestro Nombre. Así sea.

naturaleza destellos sembrados de chispas de luz, á la manera que un príncipe indio al entrar en el salón regio esparce puñados de oro y de piedras preciosas á sus cortesanos: las montañas parecen levantar sus erguidas frentes de granito, y los bosques alargar sus enramados brazos, como para recibir las anheladas dádivas del astro rey. Este atraviesa después majestuoso un cielo sin nubes, y en llegando á su lecho de oro fundido en el Occidente, coronado con un dosel de purpúreas nubes ribeteadas de franjas bruñidas y transparentes, dilata su disco y esparce suaves resplandores como para despedirse de su terminado curso; pero luego desde el opuesto hemisferio que va á visitar envía resplandecientes mensajeros para recordarnos que no tardará en volver á regocijarnos con nuevos esplendores. Si en tal estación sus rayos son menos intensos, en cambio tienen mayor brillo y fecundidad. Algunos meses han bastado para que de la rugosa cepa broten primero verdes hojas, luego tiernos renuevos, y por último pequeños racimos de menudos y duros granos; mas ahora las hojas son anchas y extendidas, y los granitos menudos ya hinchados se han transformado en grandes racimos de uvas, de las cuales unas principian á amarillear como el ámbar, y otras van convirtiéndose en púrpura la tinta opalina que poco antes las cubría.

Grato es al ánimo permanecer sentado á la sombra de una ladera leyendo, y levantar de vez en cuando los ojos del libro para dirigirlos á la rica y variada perspectiva. Al atravesar las brisas otoñales los olivares de la colina, vuelven sus hojas levantando oleadas de luz y sombra, producidas por la diversidad del color de sus dos lados; y según que el sol ilumina ó las nubes oscurecen las vides en las vegas intermedias, la hermosa alfombra de los inmóviles pámpanos va presentando su delicioso verdor con matices amarillos ó pardos: á estos se mezclan los innumerables colores que brillantan el paisaje, desde el oscuro ciprés y adusta encina al brillante castaño, á los dorados árboles frutales, á los agostados rastrojos y melancólicos pinos, irguiendo sus anchas copas sobre el boj, los fresales y los laureles de las quintas. Imagináos todo esto sembrado en las montañas, los collados, la llanura, con fuentes que elevan sus cristalinos chorros, y con espumosas cascadas que se precipitan, y pórticos de pulido mármol, y estatuas de bronce y piedra; y trepando por las fachadas de los rústicos albergues infinitas flores de todo género, fajas de verde césped; y tendréis, aunque imperfecta, una idea de los atractivos que en tal mes convidaban, entonces como en nuestros días, al patricio y al caballero romano á alejarse de lo que Horacio llama el bullicio y el humo de Roma, para recrear sus ojos en las tranquilas bellezas del campo.

Por esto al acercarse Octubre se abrían las quintas para su

ventilación, y multitud de esclavos se ocupaban en quitar el polvo, cortar en caprichosas figuras los vallados, limpiar los cauces para que corriesen libremente los arroyos artificiales, arrancar las yerbas parásitas, enarenar los jardines y alamedas: todos aguijados por las ásperas voces ó los latigazos del *villicus* ó capataz, que hacía padecer á muchos, tal vez para que gozase uno solo.

Al fin veíanse los polvorientos caminos atestados de toda clase de vehículos, desde la pesada carreta cargada de muebles y arrastrada por bueyes hasta el ligero carruaje tirado por fogosos caballos berberiscos. Y como los mejores caminos eran angostos y los aurigas de aquellos tiempos eran tan sueltos de lengua como los de nuestros días, fácil es imaginar la algarabía, confusión y pendencias que se armarían.

Las colinas Sabina, Tusculana y Albana estaban cubiertas de espléndidas quintas que descollaban sobre humildes alquerías ó cortijos: todavía al mirar en la vasta campiña de Roma tantas ruinas de inmensas casas de campo, bien se puede afirmar que desde la embocadura del Tíber á lo largo de la costa, camino de Laurento, de Lanuvio, de Ancio, hasta Gaeta y Bayas y otros aristocráticos sitios en torno del Vesubio, existía una calle de magníficos palacios.

A una de esas *pupilas de Italia* (1), como llamaba Plinio á tan encantadores sitios porque constituían su verdadera belleza, se había trasladado Fabiola el día después de la entrevista de su esclava negra con Corvino.

Su *villa* estaba situada en la vertiente de la colina que descende á la bahía de Gaeta; y, como su palacio de la ciudad, era notable por el exquisito gusto que reinaba en la disposición de sus lujosos y ricos muebles. Desde la azotea que dominaba el frente de tan espléndido edificio se divisaban las azuladas aguas de la tranquila bahía, encerradas en soberbia playa como un espejo en un marco esmaltado, surcada por las blancas velas de innumerables galeras, esquifes, botes de recreo y barcas de pescadores. Por aquí se oía la estrepitosa algazara de los paseantes, y por allí los alegres cantos mezclados con los sonidos del arpa, ó los cantos chillones é incultos de los marineros. Una galería de celosías, tapizada con enredaderas, conducía á los baños de la playa, y á medio camino una abertura daba paso á un bosquecillo alfombrado con verde y menuda yerba, manteniendo su frescura un cristalino manantial que brotaba de las rocas artificiales, y caía en una cavidad natural, donde se agitaba, rebosando por algún trecho en ondas rizadas, y con suave murmurio corría á mezclarse con el mar. Dos corpulentos plá-

(1) *Ocelli Italiae*:

tanos prestaban su sombra á este clásico sitio, que Platón y Cicerón hubiesen deseado como teatro de sus filosóficas discusiones. Flores y plantas las más bellas, transportadas de lejanos países, habíanse aclimatado allí á despecho del cierzo helado y del sol abrasador.

Fabio, por motivos que más adelante expondremos, visitaba raras veces su *villa*, deteniéndose en ella uno ó dos días solamente, como de paso para algun paraje más frecuentado y divertido, según la moda romana, en el que tenía ó fingía tener algun negocio. Su hija, pues, hallábase casi siempre sola gozando de tan delicioso retiro; y aunque había en la quinta una bien provista librería, casi toda de obras de agricultura ó de interés local, solía llevar consigo buen número de libros de autores favoritos y otras producciones nuevas de amena y frívola lectura, de las cuales procurábase á subido precio una de las primeras copias. Todas las mañanas pasaba largas horas en el delicioso sitio que acabamos de describir, con un cesto de libros á su lado, de los cuales iba escogiendo, ya éste, ya otro. Pero cualquiera de sus conocidos que la hubiese visitado este año, se habría sorprendido al encontrarla de continuo con una compañera... ¡una esclava!

Es de imaginar el asombro que le causó Inés cuando oyó de labios de ésta que Syra había rehusado abandonar su servicio á pesar de la seductora promesa de libertarla de su condición de esclava; y más pasmada quedó todavía Fabiola cuando supo que la razón de su negativa era el afecto que la profesaba. No recordaba Fabiola haber merecido un cariño tan acendrado con ningún acto de benevolencia, ni siquiera con una leve muestra de gratitud por el cuidado con que Syra la había asistido en su enfermedad: así es que de momento sintióse inclinada á creer que Syra era una estúpida. Pero esta suposición no podía satisfacer á su claro discernimiento; pues aunque había leído ó oído muchos ejemplos de fidelidad y abnegación de esclavos para con amos que los habían maltratado cruelmente, juzgábalos como excepciones de la regla general. Y además, ¿qué eran algunos casos de tal naturaleza ocurridos en el espacio de varios siglos en comparación con los infinitos de odio y de venganza que á diario se presenciaban? Sin embargo, Fabiola tenía delante uno claro y palpable que la impresionaba hondamente. Tomóse tiempo y observó á Syra con solicitud para ver si descubría en su conducta algun indicio que manifestase estar persuadida de haber hecho una grande acción á que no podía su ama mostrarse indiferente. Pero Syra continuaba desempeñando sus obligaciones con la misma sencillez y diligencia que siempre y sin dar la menor señal de imaginarse menos esclava que antes. Así que el corazón de Fabiola fué ablandándose más y más, y empezó á

persuadirse de que no era tan difícil lo que en su conversación con Inés había considerado imposible: amar á una esclava. Y acabó por adquirir la evidencia de que podía existir en el mundo un amor desinteresado, un afecto sin la más remota mira de ser correspondido.

Las conversaciones que sucesivamente tuvo con su esclava después de la memorable que ya hemos referido, convencieron á Fabiola de que Syra había recibido una educación nada común; pero como rehuía siempre el hablar de sí propia, no era fácil averiguar la historia de sus primeros años; además de que no ignoraba Fabiola que algunos amos proporcionaban á sus esclavas una educación completa con el fin de obtener después más lucro con su venta. Y continuando sus observaciones advirtió que Syra estaba familiarizada con los autores griegos y latinos, leyendo con facilidad y escribiendo correctamente ambas lenguas.

De ahí que, no obstante la envidia de sus otras dos esclavas, Fabiola fué mejorando la posición de Syra; ordenó á Enfrosina que le señalase un aposento separado, favor para ella el más grato; y acabó por emplearla como lectora y amanuense. A pesar de tales distinciones no vió Fabiola en su conducta la más leve alteración ni la menor muestra de orgullo: al contrario, siempre que se le presentaba como antes cualquiera ocupación servil, en vez de aprovecharse de su nueva condición para dejar aquella al cuidado de las otras esclavas, desempeñábala con la naturalidad y el buen deseo de siempre, como si hubiese sido su natural obligación.

Como la lectura predilecta de Fabiola era de carácter abstracto y sutil, especialmente escritos filosóficos y de literatura, sorprendiale no pocas veces que su esclava refutase con sencillos razonamientos ciertas máximas aparentemente inconcusas, ó rebajase el vuelo de hinchadas declamaciones de virtud pagana, exponiendo teorías de moral, de justicia y de sabiduría más sublimes y más verdaderas que todos los sofismas de los autores que Fabiola se había acostumbrado á admirar. Ni era esto en Syra el resultado de un juicio singularmente perspicaz ó de notable sagacidad de ingenio, ni era fruto de una lectura asidua, ó de profundas meditaciones, ó de una exquisita educación: pues si bien sus ideas, palabras y acciones revelaban algo de esto, los escritos que ahora leía y sobre cuyas doctrinas discutía éranle desconocidos. En la mente de Syra parecía existir una norma oculta, pero infalible, de lo que debe entenderse por verdad; una llave maestra que le abría los más recónditos problemas de la ciencia moral; una bien templada cuerda que vibraba en armonía con todo lo justo y lo bueno, y discordaba con todo lo malo, vicioso ó falto de delicadeza. Fabiola hubiera querido conocer

cuál era este secreto, y parecía verdaderamente que Syra hablaba más bien por intuición que por memoria de cosas vistas.

En una deliciosa mañana de Octubre, ama y esclava estaban entregadas á la lectura cerca de un manantial. Fabiola, dando muestras de fastidio por lo insulso del libro, cuyo contenido había deseado mucho conocer, buscaba en la cesta otro más moderno y entretenido; y tomando un manuscrito, dijo:

—Syra, suelta ese librote y léeme estotro que me asegura-ron era muy divertido. Cuando menos, tendrá el mérito de la novedad.

Cumplió Syra la voluntad de su ama, y apenas hubo fijado la vista en la portada del libro, encendiósele el rostro. Recorrió algunas líneas, y vió confirmados sus temores. Era una de aquellas despreciables producciones groseramente inmorales, donde toda virtud era arrastrada por el fango, sin que se impidiera su libre circulación, como de ello se lamentaba san Justino, mientras que los escritos de los cristianos eran recogidos ó desacreditados. Soltó Syra el manuscrito con calma, y dijo:

—Mi buena señora, no me mandeis leer este libro; porque ni está bien que yo lo lea, ni que vos lo escuchéis.

Fabiola quedó atónita, pues nunca había soñado siquiera que á nadie se le ocurriesen tales escrúpulos, ni mucho menos había pensado ni oído decir que hubiese para ella un límite en sus estudios ó aficiones literarias. Lo que en nuestros días se consideraría peligroso ó nocivo para la lectura vulgar, constituía entonces la literatura corriente, como lo demuestran todos los escritores clásicos de aquel tiempo desde Horacio hasta Anonio. Así, pues, ¿por qué regla de moral podía declararse lectura indecente la que sólo describía con la pluma lo que el pincel ó el buril representaban constantemente sin velo alguno, haciéndolo familiar á todas las miradas? Para discernir el bien del mal no conocía Fabiola norma ó criterio mejor que el sistema según el cual había sido educada.

—No sé qué daño puede encerrar este libro para nosotras,—dijo sonriendo.—Sin duda referirá historias vergonzosas, delitos odiosos y acciones perversas; pero eso no ha de inducirnos á cometerlas, y en cambio nos entretendrá oír las contar de otros.

—Por nada del mundo quisierais vos, noble señora, haceros culpable de ellas; pero leyendo tales cosas llenan sus imágenes vuestra mente, y pues la divierten, hacen que el pensamiento se detenga en ellas con placer.

—Sin duda, pero al fin ¿qué?

—Entiendo que esas imágenes son impuras, y ese pensamiento perversidad.

—¿Cómo puede ser esto? Para que exista el delito ¿no requiere antes un acto culpable?

—Cierto, pero ¿qué es la acción de la mente, ó del alma, como yo la llamo, sino el pensamiento? Una pasión que engendra el homicidio es el acto de ese poder invisible, que es el espíritu: el golpe que mata no es sino la acción mecánica del cuerpo, bien diversa del acto que la produce. Mas ¿cuál es el poder que impulsa. cuál el que obedece? ¿En cuál de ellos reside la responsabilidad del efecto final?

—Ya te entiendo,—dijo Fabiola algun tanto confusa después de una breve pausa.—Pero se me ocurre una dificultad. Dices que somos responsables del acto interno lo mismo que del externo, mas ¿á quién? Cuando al pensamiento sigue la obra, comprendo que debemos dar cuenta de ella á la sociedad, á las leyes, á los principios de justicia. Pero si sólo existe el acto interno, ¿á quién seremos responsables de él? ¿Quién lo ve? ¿Quién puede tener el derecho de juzgarlo, de refrenarlo?

—¡Dios!

Fabiola quedó sorprendida ante una respuesta tan sencilla como solemne, cuando esperaba la exposición de alguna nueva teoría, algun principio abstracto ó extraña paradoja; y todo esto quedaba reducido á lo que todavía juzgaba mera superstición, aunque no tanto, á decir verdad, como lo había creído un tiempo.

—¿Cómo. Syra! ¿Crees, pues, realmente en Júpiter, en Juno, tal vez en Minerva, que son al menos las más respetables divinidades del Olimpo? ¿Piensas que se preocupan por lo que hacemos?

—¡Oh! muy lejos de eso! Aborrezco hasta su nombre y detesto la maldad que sus historias ó fábulas simbolizan en la tierra. ¡No! yo no hablo de dioses ni de diosas, sino de un solo y verdadero Dios.

—Y ¿qué nombre le das en tu sistema religioso?

—No tiene más nombre que el de Dios, y aun este se lo dan los hombres para poder hablar de El; pero no expresa su naturaleza, ni su origen, ni sus atributos.

—Y ¿cuáles son esos?—preguntó Fabiola con creciente curiosidad.

—Su naturaleza es simple como la luz; es uno y siempre el mismo en todas partes, indivisible, indefinible, que penetra por todo, está en todas partes presente en su inmensidad. Existía antes de todo principio, existirá después de todo fin. Poder, sabiduría, bondad, amor, justicia, infalibilidad, forman parte de su naturaleza misma, y son estos atributos ilimitados é infinitos como El. El solo puede crear; El solo conservar; El solo destruir.

un sentimiento que, aun cuando nos redujéramos á perpétua soledad, permanecería siempre con nosotros, ejerciendo una influencia infinitamente superior á toda norma de la sabiduría humana y que incesantemente nos vigila y nos guía. Tal es la elevación moral en que tu teoría, si es que la he comprendido, colocaría á cada individuo. Descender de ella, aun observando una vida exteriormente virtuosa é irreprensible, sería mera ilusión y culpa manifiesta. ¿Es ó nó así?

—¡Oh querida señora mia!—exclamó Syra,—¡cuánto mejor que yo sabeis vos expresarlo!

—Syra,—dijo Fabiola sonriendo,—nunca en lo pasado me adulaste: no comiences, pues, ahora. Mas ya que has difundido nueva luz sobre puntos que hasta ahora habian sido para mí enteramente oscuros, dime: ¿era eso lo que en otra ocasión quisiste indicar al replicarme que para ti no habia diferencia entre ama y esclava? ¿ó mejor, que esa diferencia, puramente exterior, física y social, no admitía comparación con la igualdad que existe ante el Ser supremo tuyo, ni con aquella superioridad moral de una sobre la otra, que á El solo le es dado discernir, sin que obste nuestra aparente diversidad?

—Esa era en gran parte mi idea, noble señora, aunque en ella iban envueltas otras consideraciones que actualmente apenas podrían interesaros.

—Sin embargo, cuando sentaste esa proposición, me pareció tan absurda é insolente, que me dejé arrebatado del orgullo y de la cólera... ¿Te acuerdas, Syra?

—¡Oh! no, no! Señora mia, os ruego que no volvais á recordarlo.

—¿Me has perdonado, pues, aquel arrebato mio?—preguntó Fabiola con voz entrecortada por una emoción enteramente nueva en ella.

Cayó Syra de hinojos á los piés de su dueña y quiso besar sus manos, pero se lo impidió Fabiola, y abrazándose por primera vez en su vida al cuello de una esclava rompió en llanto.

Aquel desahogo fué largo y tiernísimo; el corazón de Fabiola triunfaba de su entendimiento. Recobróse al fin, y desprendiéndose de Syra dijo:

—Quiero hacerte otra pregunta: ¿podemos dirigirnos al Sér que me has descrito para tributarle culto, ó es que no le consiente aceptar nuestros obsequios su misma grandeza y sublimidad y la demasiada distancia que de El nos separa?

—¡Oh, no! muy al contrario, noble señora. No está El distante de nosotros, porque así como en la luz del sol vivimos todos, también nos movemos y existimos en el esplendor de su omnipotencia, bondad y sabiduría; y á El podemos dirigirnos, como que está, nó lejos de nosotros, sino al rededor nuestro y

dentro de nosotros mismos, pues nosotros estamos en El, y El nos escucha, no con oídos materiales, sino que nuestras palabras llegan á su seno, y los deseos de nuestro corazón van directamente á los divinos abismos de su Esencia.

—Pero ¿no hay—continuó Fabiola con cierta timidez—un acto bastante grande, cual por ejemplo pudiera ser el sacrificio, por medio del cual podamos en algun modo reconocerle y honrarle?

Syra titubeó en responder, pues la conversación parecía entrar en un terreno místico y sagrado, en donde la Iglesia no ha consentido nunca poner el pié á los profanos; y concretóse á dar una respuesta afirmativa y de un modo general.

—¿Y no podría yo—preguntó Fabiola aún con mayor humildad—instruirme en tu escuela para que me fuera dado ofrecer ese sublime homenaje?

—Indudablemente, noble señora; pero es indispensable que la víctima que se ofrezca á Dios sea digna de su divinidad.

—¡Cierito!—respondió Fabiola.—Un toro puede ser una víctima adecuada para Júpiter, ó un cabrito para Baco; pero ¿dónde podré yo encontrar un sacrificio digno de Aquel cuya existencia y atributos me has hecho conocer?

—Ha de ser una víctima digna de El, incontaminada y pura; infinita en la grandeza, ilimitada en mérito, en gracia y en bondad.

—¿Y cuál puede ser, Syra?

—Únicamente El mismo.

Fabiola se cubrió el rostro con las manos, y después de breves instantes, clavando en Syra sus ojos, díjole con grave acento:

—Después de haberme demostrado tan claramente la responsabilidad moral de todos nuestros pensamientos y acciones, estoy ciertísima que en las palabras que acabas de decirme se encierra también un significado terrible, pero verdadero, por más que mi entendimiento nó lo pueda abarcar.

—Y es tan cierto, señora, lo que os he dicho como lo es que hay quien oye cada una de mis palabras, y penetra y juzga cada uno de mis pensamientos.

—Syra, suspendamos esta discusión, pues me faltan fuerzas para proseguirla, y mi mente necesita descansar.

La comunidad cristiana.

Retirada en su aposento, Fabiola pasó el resto del día con alternativas de agitación y de apacible calma en su espíritu. Al contemplar la extensa perspectiva de vida moral que en su mente se desenvolvía, experimentaba inusitada tranquilidad, como si hubiese descubierto un maravilloso fenómeno cuyo conocimiento la elevase á regiones nuevas y altísimas, desde las cuales podía contemplar con desdén los extravíos y las locuras de los hombres. Mas cuando consideraba la responsabilidad de tal situación, la vigilancia que reclamaba, la desolación, casi diría, de una virtud que no granjeaba aplausos ni aun simpatías, entonces desviaba su pensamiento de una vida que se le presentaba destituida de toda consolación y de toda esperanza. Siéndole desconocida la causa primera, se figuraba que habían de faltarle los medios para poner en práctica tan admirable doctrina, y en su imaginación la comparaba á una lámpara resplandeciente con mil luces, suspendida en el centro de una sala inmensa, pero desmantelada y solitaria. «¿Para qué sirve—se decía—tan inútil resplandor?»

Había pensado destinar la mañana siguiente á una de las visitas anuales que en el campo solían hacerse los romanos. El lector recordará sin duda á Cromacio, ex-prefecto de Roma, que después de su conversión y de la renuncia de su cargo se había retirado á su quinta de Campania, llevándose consigo buen número de los convertidos por Sebastián, y juntamente con ellos al santo presbítero Policarpo para que acabase de instruirlos. Naturalmente Fabiola nada de esto sabía, pero habían llegado á sus oídos mil extraños rumores referentes á la quinta de Cromacio. Decíase que el antiguo magistrado tenía hospedadas allí multitud de personas que antes no frecuentaban su casa; que en ella no se celebraban ya las fiestas ni convites de otro tiempo; que además había dado la libertad á todos sus esclavos, con la particularidad de que muchos de ellos habían preferido permanecer á su lado; y que á pesar de no consentirse ni bulliciosas

reuniones ni frívolos placeres, los numerosos huéspedes daban muestras de contento y satisfacción.

Movida de la curiosidad, y deseosa al mismo tiempo de cumplir un deber de cortesía con el antiguo prefecto, una de las personas que más afecto le habían demostrado desde niña, determinó Fabiola visitarle y ver por sí misma lo que hubiese de cierto en lo que se contaba y que ella creía un caso práctico de platonismo, ó, como diríamos hoy nosotros, una utopía.

Partió, pues, Fabiola muy de mañana en un ligero carruaje tirado por excelentes caballos, y atravesó la hermosa llanura de la Campania Feliz. Una copiosa lluvia había desvanecido el polvo del camino, y cristalinas y lucientes gotas de agua salpicaban las hojas de las vides, que enlazándose de árbol en árbol en forma de festones suplían los vallados. No tardó Fabiola en subir el repecho (pues no merecía el nombre de colina) cubierto de diversos arbustos y laureles, de entre los cuales se destacaban, rodeadas de altos cipreses, las blancas paredes de la espaciosa morada de Cromacio. Una extraña novedad hirió súbitamente sus ojos, si bien de momento no supo atinar en qué consistía; pero no bien hubo traspasado la verja, notó la causa. Infinidad de estatuas artísticamente colocadas entre el perpetuo verdor de los vallados, habían desaparecido de sus pedestales y hornacinas, desposeyendo á la quinta de su más bello adorno y del distintivo particular á que debía el nombre, ya desde entonces sin significación, de *Ad Statuas*.

Cromacio, á quien había visto la última vez cojeando de la gota, salió á recibirla con el aspecto de un hombre anciano ya, pero robusto y ágil. Saludóla afectuosamente y pidióle con interés noticias de Fabio su padre y del viaje que según rumores tenía proyectado hacer al Asia.

Esta era la primera noticia que Fabiola tenía de aquel viaje, y la idea de que su padre se lo hubiese ocultado fué para ella motivo de pesadumbre; así es que Cromacio procuró persuadirla que tal noticia estaría destituida de fundamento, y la invitó á dar un paseo por los jardines. Árboles, plantas y flores encontrólos Fabiola tan hermosos y bien cuidados como siempre; pero no podía acostumbrar su vista á la falta de las estatuas. Llegaron al fin á una gruta en cuyo interior había una fuente embellecida antes por juguetonas ninfas y otras deidades anfibias, mientras ahora presentaban sus aguas una oscura y tersa superficie; y no pudiendo Fabiola reprimir por más tiempo su curiosidad, volvióse al anciano y le preguntó:

—¿Quereis decirme, Cromacio, por qué extraño capricho habeis arrancado de estos jardines las estatuas, que eran su más bello adorno y daban á vuestra deliciosa quinta una fisonomía especial?

—No tomes la cosa tan por lo serio, hija mía,—contestó sonriendo el anciano.—¿Eran acaso de alguna utilidad tales figuras?

—Podréis vos dudarle, Cromacio, pero con seguridad pensarán otros de diverso modo. Decidme, ¿qué habeis hecho de tantas maravillas escultóricas?

—A decir verdad, hija, han ido á parar todas al martillo.

—¿Es posible? ¡y sin decirme una palabra, cuando bien sabeis con qué gusto hubiera adquirido algunas!

Echóse á reir Cromacio, y con la franqueza que le permitia su trato antiguo y familiar con Fabiola, dijo:

—¡No corras tanto, niña mía, que no podrá un pobre viejo como yo seguirte los alcances! No es el martillo de la almoneda al que yo me refería, sino al martillo del herrero, á cuyos golpes quedaron hechos añicos todos aquellos dioses y diosas. Podría ser, si lo deseas, que todavía encontrásemos por ahí algun fragmento de pierna ó brazo, ó alguna mano sin dedos: lo que no puedo ofrecerte es una cabeza sin fractura ó una cara con nariz.

Fabiola, cada vez más asombrada, exclamó:

—¡Habeis sido capaz de semejante barbaridad, vos, mi viejo magistrado, hombre sabio y discreto si los hay! Pero ¿qué razón, siquiera aparente, podríais alegar que justificase tan violenta determinación?

—¡Cómo ha de ser, hija mía! La experiencia y los años van enseñándome cosas nuevas; y así he podido convencerme de que Júpiter es tan dios como yo, y Juno tan diosa como tú. Así es que sin contemplación alguna los eché á todos de mi casa.

—Todo eso está bien,—replicó Fabiola;—yo misma, sin tener vuestra edad ni vuestra ciencia, opino como vos. Mas ¿por qué no habíais de conservar tan bellas estatuas, siquiera como obras de arte?

—Porque no fueron colocadas aquí como tales, sino como verdaderas divinidades. Estaban aquí como impostores que habian invadido engañosamente mi casa; y así como tú echarías de la tuya por intruso cualquier busto ó retrato que, no teniendo nada que ver con tu familia, se hallase ocupando un lugar entre los de tus antecesores, así también yo, al darme cuenta del engaño, expulsé á esos farsantes que pretendían tener conmigo un parentesco más elevado. Y no he querido venderlos por no exponerme á que, pasando á otras manos, continuasen la misma superchería.

—Pero, decidme, mi viejo y austero amigo, ¿no es también una impostura que vuestra quinta siga llamándose *de las Estatuas*, cuando ni una sola ha quedado aquí?

—Precisamente por eso,—respondió Cromacio, á quien habia agradado tal agudeza,—habrás notado que hice plantar palme-

ras por todas partes; y cuando sus copas empiecen á asomar por encima de los demás árboles, cambiaremos el nombre de la quinta, y en vez de *Ad Statuas*, la llamaremos *Ad Palmas*.

—Y será muy lindo nombre,—dijo Fabiola, que no podia comprender el místico sentido y apropiada significación que cerraba el nuevo título.

Naturalmente, ignoraba ella que la quinta de Cromacio se hallase convertida en escuela donde numerosos atletas se preparaban para el gran combate de la fe cristiana, el martirio y la muerte. Los que entraban en aquella casa y los que de ella salian considerábanse con razón en camino de conquistar la palma del martirio para comparecer con ella ante el trono de la divina Justicia en testimonio de su victoria sobre el mundo. Y muchas eran las palmas que en breve quedarían desgajadas del plantel fundado en aquel primitivo asilo cristiano.

Pero, suspendiendo por un momento nuestra narración, vamos á referir cómo fueron demolidas las estatuas de Cromacio, suceso que constituye uno de los más notables episodios en las *Actas de San Sebastián*.

Cuando Cromacio, en su calidad de prefecto de Roma, tuvo noticia por Nicostrato de la libertad concedida á sus presos, y de que Tranquilino habia sanado por medio del Bautismo, seguro de la verdad del hecho mandó llamar á Sebastián y le manifestó su propósito de hacerse cristiano para obtener la misma curación que Tranquilino. Como, naturalmente, no era posible acceder en esta forma á su pretensión, discurióse otra manera de probarle la verdad de la religión cristiana, sin exponer á temerario riesgo la virtud de un bautismo falto de sinceridad. A Cromacio le daba renombre el extraordinario número de estatuas gentílicas que poseía; y Sebastián le aseguró que sanaría de su dolencia si mandaba hacerlas todas pedazos, sin dejar una. Aunque le pareciese dura la condición, el prefecto consintió; pero su hijo Tiburcio enfurecióse de tal suerte que juró, si su padre no sanaba, echar en un horno encendido á Sebastián y á Policarpo: amenaza no difícil de cumplir para el hijo del prefecto.

Doscientas estatuas fueron destruidas en un solo día entre las de la quinta y las de su palacio de Roma: pero Cromacio no sanó. Llamado de nuevo Sebastián y reconvenido severamente, dijo éste con la mayor convicción y firmeza de ánimo:

—Estoy seguro de que no todas las estatuas han sido demolidas; alguna habrá escapado á la destrucción.

Y así era, en efecto. Algunos objetos de poco bulto, más bien tenidos como primores de arte que como objetos religiosos, habian sido escondidos. Destruyéronlos, y Cromacio curó instantáneamente, siguiendo á esto, no solo su conversión, sino también la de Tiburcio, que desde entonces fué uno de los más

fervientes cristianos y acabó su vida con un glorioso martirio, legando su nombre á una de las catacumbas.

Después de esta breve digresión, anudemos el hilo de la conversación entre Cromacio y Fabiola, y oigamos á ésta decir al ex-prefecto:

—¿Sabeis, Cromacio...? Pero sentémonos aquí en este delicioso sitio, donde recuerdo que habia antes un precioso Baco... ¿Sabeis, decia, que circulan los más extraños rumores acerca de lo que sucede aquí en vuestra quinta?

—¿De veras? Si no me explicas de qué se trata, yo nada sé.

—Pues dícese que teneis aquí, viviendo en vuestra compañía, multitud de personas á quienes nadie conoce; que no dais ya vuestras acostumbradas reuniones; que no salís de casa; que lleváis la vida de un filósofo, y os proponéis establecer aquí una pequeña república con arreglo á las doctrinas de Platon.

—¡Es curioso! —interrumpió Cromacio, echando á reir.

—Y no es esto todo, —prosiguió Fabiola, —pues dicen que os recogéis muy temprano, que os absteneis de toda diversión, y que es tan exagerada vuestra frugalidad que casi os estais matando de hambre.

—¡Bien! —dijo Cromacio; —pero supongo nos harán la justicia de confesar que pagamos nuestros gastos... ¡Si no es que nos crean cargados de dendas con el panadero!

—¡Oh nó! —exclamó Fabiola riendo.

—¡Es mucha bondad la de esas gentes! —continuó Cromacio siempre festivo y jovial. —A la verdad se toman demasiado interés por mis asuntos. Pero, ¿no es bien extraño que mientras en mi casa, como en tantas otras, ha reinado libertad omnimoda para banquetear y charlar y divertirse de todas maneras, moviendo toda la bulla posible; en una palabra, cuando ni mis amigos ni yo éramos sobrios, irreprensibles, á nadie se le ocurría meterse en nuestras acciones; y ahora que llevamos una vida sosegada, frugal, laboriosa, alejados de la política y de los negocios públicos, una turba de curiosos indiscretos trate de escudriñar lo que hacemos, y se apodere de los políticos desocupados el prurito de ingerirse en nuestras cosas, divulgando las más absurdas imputaciones y las más calumniosas sospechas sobre los motivos que hayan determinado el nuevo sistema de vida que llevamos? Díme si no te parece esto un caso tan curioso como extraño.

—Si, ciertamente; pero ¿cómo lo explicaríais, Cromacio?

—No de otro modo que atribuyéndolo á la tendencia de esos espíritus mezquinos, buenos únicamente para envidiar toda otra aspiración de la cual no se sienten capaces, y que sin saber por qué denigran todo cuanto consideran superior á sus ruines aspiraciones.

—Pero ¿me diréis, mi respetable amigo, cuál es el género de vida que habeis adoptado y cuál su objeto?

—¿Por qué no? Sabe ante todo que invertimos el tiempo en cultivar nuestras más nobles facultades. Madrugamos, y lo primero que hacemos es dedicar algunas horas á prácticas religiosas; después cada cual ocupa el tiempo de distinto modo, ya leyendo, ya escribiendo, ya en las labores del campo, y por cierto que no hay labrador de oficio que trabaje con más empeño ni mejor que nuestros voluntarios é improvisados agricultores. En horas determinadas nos reunimos para cantar en coro himnos que sólo respiran virtud y pureza; ó bien leemos libros instructivos, y también recibimos lecciones de elocuentes oradores y doctos maestros. Nuestras comidas son muy frugales, y todos nuestros alimentos se reducen á legumbres; pero á mis años he podido comprobar que las lentejas no ahuyentan la alegría y que el buen humor no depende de una regalada mesa.

—¡Acabaré por creer que os habeis hecho decididamente pitagórico y que alienta todavía esa escuela que por lo rancia parecía haber pasado á la historia!... Será preciso confesar siquiera que es un sistema de vida muy económico, —añadió Fabiola con tono zambon y ojos maliciosillos.

—¡Ah picarilla! —exclamó afablemente el anciano. —¿Tú crees que obramos así por economía? Pues te equivocas, porque lejos de ser este nuestro móvil hemos adoptado una resolución desesperada.

—¿Cuál?

—Impedir, nada menos, que haya un solo pobre en toda la comarca, para lo cual este invierno vestiremos á todos los desnudos, daremos de comer á todos los hambrientos, asistiremos á todos los enfermos... ¿Qué te parece de nuestras economías?

—Ciertamente que la idea es tan generosa como inusitada en nuestros tiempos; mas tened por seguro que en pago de vuestra generosidad se levantarán contra vosotros risas burlonas y crueles censuras. Dirán entonces de vosotros cosas peores, si cabe, de las que ahora dicen.

—¿Cómo?

—No os ofendais, pero los maldicientes se han adelantado ya á suponer que sois cristianos. Por supuesto que yo he salido á vuestra defensa, rechazando con la mayor indignación esa calumnia.

Cromacio dijo sonriéndose:

—Y ¿por qué, hija mía, con indignación?

—Porque os conozco demasiado á vos, á Tiburcio, á Nicostrato, á esa pobre muda Zoe, para que ni por un momento pueda suponeros capaces de abrazar esa religión entre estúpida y malvada, que llaman cristianismo.

—Permiteme, hija mía, una pregunta: ¿te has tomado alguna vez la molestia de leer un libro cristiano, por el cual comprendas lo que realmente cree y practica esa tan despreciada comunión?

—¡Oh! no, en verdad. Ni estoy dispuesta á emplear tan mal mi tiempo, ni tendría, aunque quisiera, paciencia para ello. Como enemigos de todo progreso intelectual, como ciudadanos sospechosos, como crédulos de toda superstición, y como entregados á los más abominables delitos, me inspiran los cristianos tal desprecio, que ni quiero ocuparme en conocerlos.

—Está bien; pero te diré que antes pensaba yo en esto exactamente como tú, y sin embargo he tenido que reformar completamente mi opinión.

—Lo extraño á fe, pues como prefecto de Roma habréis tenido que castigar á muchos de esos miserables como infractores de nuestras leyes.

Al oír esas palabras nublóse la frente de Cromacio y asomó en sus ojos una lágrima: también él, como otro Saulo, había perseguido á la Iglesia de Jesucristo.

Fabiola notó con pesar aquella mutación en el anciano, y con cariñoso acento se apresuró á decirle:

—Querido Cromacio, habré cometido la imprudencia de renovaros memorias penosas á vuestro bondadoso corazón, cuando tenéis el triste deber de castigar... Perdonadme, os ruego, y hablemos de otra cosa. No habeis sido vos el único que me haya hablado del viaje que tiene proyectado emprender mi padre, y quisiera escribirle al momento, no sea que, como ya hizo otra vez, se ausente sin avisarme antes para evitarme el dolor de la despedida. Pero ¿sabéis de alguien que vaya prontamente á Roma y se encargue de llevar la carta y entregarla en manos de mi padre (1)?

—Precisamente,—respondió Cromacio,—tenemos aquí un joven que debe salir mañana muy temprano para la ciudad. Ven á la biblioteca, donde podrás escribir, y allí probablemente encontraremos al portador.

Encaminándose á la casa entraron en una habitación del piso bajo, llena de estantes con libros y en medio de la cual un joven sentado á una mesa copiaba un voluminoso libro, que cerró y puso á un lado al ver entrar una persona extraña.

—Torcuato,—dijo Cromacio dirigiéndose al joven,—esta señora desea mandar una carta á su padre en Roma.

—Tendré mucho gusto, ahora y siempre, en poder servir á la noble Fabiola y á su ilustre padre.

(1) En aquel tiempo no había otro medio, para mandar cartas, que despachar un propio ó aguardar alguna oportunidad.

—¡Cómo!—exclamó Cromacio sorprendido.—¿es decir que les conoces?

—Siendo todavía muy joven, tuve el honor, como antes mi padre, de ser empleado del noble Fabio en el Asia, hasta que por falta de salud tuve, con gran sentimiento mío, que dejar su servicio.

Sobre la mesa había varias hojas de finísima vitela cortadas á igual tamaño y destinadas evidentemente á copiar algún libro. Cromacio tomó una de ellas y la puso delante de Fabiola, acercándole tinta y una caña. Escribió la joven matrona unas cuantas líneas cariñosas á su padre; dobló la vitela, y después de atarla con un cordoncillo, púsole un poco de cera é imprimió en ella un lindo sello que sacó de una bolsa bordada. Reservándose recompensar oportunamente al mensajero, escribió en otra hoja el nombre y las señas de Torcuato, y la guardó cuidadosamente en su seno. Después aceptó un refresco que le fue ofrecido, y por último subió á su carruaje, despidiéndose afectuosamente de Cromacio.

En el semblante de éste y al través de sus miradas distinguió Fabiola cierta expresión de ternura y de melancolía, atribuyéndola á la emoción que sienten los ancianos al despedirse de una persona querida como si presintiesen que ya no la verán más. Pero bien otros eran los sentimientos que conmovían el corazón de Cromacio. ¿Había de continuar siempre Fabiola de igual manera? ¿Podía él, indiferente, dejarla morir en su ciega ignorancia? Un corazón tan generoso, tan noble entendimiento, ¿habían de permanecer siempre en el lodo del paganismo, cuando uno y otro, por sus afectos y por sus pensamientos, parecían estar dotados de fibras extremadamente delicadas, aunque fuertes, con las cuales podía la verdad hacer el más rico tejido?... No; no debía ser así. Sin embargo, los labios de Cromacio no se atrevieron, por varios y poderosos motivos, á pronunciar una declaración que, á su juicio, lejos de aproximar á la fe cristiana á Fabiola, había de producir un efecto contrario.

—¡Adios, hija mía!—exclamó estrechando la mano de la joven matrona.—¡Seas mil veces dichosa y pueda yo realizar mis deseos de conducir tus pasos por caminos que no conoces!

Partió Fabiola, conmovida por la ternura y el misterio que encerraban estas palabras, y empezaba á reflexionar sobre ellas cuando oyó á Torcuato que daba voces para que se detuviese el carruaje.

Al reparar en él, ocurrióle nuevamente á Fabiola lo que había notado ya poco antes en la biblioteca de Cromacio: el contraste que formaban el tono y desenfado del joven con el suave acento y maneras reposadas del anciano.

—Perdonad que os detenga, señora,—dijo Torcuato acercán-

dose,—pero necesito saber si es urgente la entrega de esta carta.

—Si, por cierto; me interesa muchísimo que llegue cuanto antes á manos de mi padre.

—Siendo así, difícilmente podré serviros, porque no tengo otro remedio que viajar á pié, á no ser que encuentre un caruaje de poco precio, y esto prolongará el viaje algunos días.

Después de titubear un instante, dijo Fabiola:

—Si no fuera demasiada libertad, me ofrecería á pagaros un viaje más rápido.

—¿Libertad decís? Ninguna, señora, si así puedo servir mejor á vuestra noble casa.

Fabiola le alargó entonces un bolsillo de dinero, suficiente no solo para los gastos del viaje, sino para recompensarle largamente su servicio. Torcuato recibió la suma con inequívocas muestras de contento, y se alejó por una de las alamedas laterales. Había en sus maneras algo que había impresionado desagradablemente el ánimo de Fabiola, y preguntábase á sí misma si podía ser nunca el tal Torcuato un digno compañero del respetable Cromacio. Y si éste, por su parte, hubiera presenciado el hecho, de seguro habría recordado á Judas viendo la avidez con que el joven alargó la mano para coger aquel bolsillo.

No obstante, alegróse Fabiola de haberse librado, una vez para siempre, con aquella suma de cualquier deuda de gratitud que hubiese podido contraer con su mensajero; y sacando el apunte que había guardado en su seno, al ir á rasgarlo como innecesario, advirtió que la hoja tenía escritas en el dorso algunas líneas que probablemente habrían sido copiadas del libro que Torcuato tenía á la vista en la biblioteca de Cromacio. La hoja, apenas comenzada, contenía las siguientes frases, que Fabiola leyó por mera curiosidad y que pertenecían á un libro que ella desconocía por completo:

«Mas yo os digo: Amad á vuestros enemigos: haced bien á los que os aborrecen, y rogad por los que os persiguen y calumnian:

«Para que seais hijos de vuestro Padre, que está en los cielos: el cual hace nacer su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos y pecadores (1).»

Imaginémonos la perplejidad de un indio selvático que ha recogido del lecho de un torrente una blanca y transparente guija, resquebrajada é informe en su exterior, pero que al ver los destellos que despiden por sus grietas se halla confuso y no sabe si tiene en sus manos un rico diamante ó una piedra sin valor; una alhaja digna de ser engastada en la corona de un rey, ó un

(1) Matth. v, 44, 45.

objeto merecedor solamente de ser hollado por los piés de un mendigo. ¿Saldrá de su incertidumbre arrojando lejos de sí la guija, ó irá á mostrarla á un joyero para que aprecie su valor y acaso se le ría en su propia cara? Tales eran los sentimientos encontrados que se disputaban el ánimo de Fabiola mientras se dirigía á su quinta.

—¿De quién—preguntábase—podrían ser estas sentencias? De seguro no pertenecen á un filósofo griego ó romano; y, ó son muy verdaderas, ó del todo falsas; ó la moral más sublime, ó la más baja degradación... ¿Habrá quien practique semejante doctrina, ó será sólo una deslumbrante paradoja? Mas ¿á qué engolfarme en tales conjeturas pudiendo preguntar á Syra, ya que tanta semejanza tienen estas máximas á sus bellas cuanto irrealizables teorías?... Pero nó; vale más que nada le diga. Syra me confunde y subyuga con sus admirables pensamientos, tan imposibles para mí como fáciles para ella: por otra parte, mi espíritu necesita reposo, y así... ¡llévese el viento ese papiro y vaya á confundir, como á mí, á quien lo recoja del camino!

Y esto diciendo arrojó la hoja al aire. Pero apenas acababa de soltarla, cuando gritó á su auriga:

—¡Alto! Formio, vé á recoger ese pergamino que se me ha caído.

Obedeció Formio, sin desconocer que el pliego había sido arrojado adrede por Fabiola, y ésta lo guardó de nuevo en su seno para que le sirviese de escudo, pues su corazón empezó desde entonces á sosegar, y cuando llegó á su casa sentíase ya completamente tranquila.

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA DE NUEVO LEÓN XVIII DE BIBLIOTECAS

La tentación

A los primeros destellos del día siguiente veíase parado á la puerta de la quinta de Cromacio un guia con una mula de la cual colgaban dos ligeras alforjas que contenían todo el hatillo de Torcuato. Muchos amigos habían acudido á despedirlo y recibir de él antes de su partida el ósculo de paz, que plegue á Dios no se parezca al del huerto de Getsemani. Algunos le ha-

dose,—pero necesito saber si es urgente la entrega de esta carta.

—Si, por cierto; me interesa muchísimo que llegue cuanto antes á manos de mi padre.

—Siendo así, difícilmente podré serviros, porque no tengo otro remedio que viajar á pié, á no ser que encuentre un caruaje de poco precio, y esto prolongará el viaje algunos días.

Después de titubear un instante, dijo Fabiola:

—Si no fuera demasiada libertad, me ofrecería á pagaros un viaje más rápido.

—¿Libertad decís? Ninguna, señora, si así puedo servir mejor á vuestra noble casa.

Fabiola le alargó entonces un bolsillo de dinero, suficiente no solo para los gastos del viaje, sino para recompensarle largamente su servicio. Torcuato recibió la suma con inequívocas muestras de contento, y se alejó por una de las alamedas laterales. Había en sus maneras algo que había impresionado desagradablemente el ánimo de Fabiola, y preguntábase á sí misma si podía ser nunca el tal Torcuato un digno compañero del respetable Cromacio. Y si éste, por su parte, hubiera presenciado el hecho, de seguro habría recordado á Judas viendo la avidez con que el joven alargó la mano para coger aquel bolsillo.

No obstante, alegróse Fabiola de haberse librado, una vez para siempre, con aquella suma de cualquier deuda de gratitud que hubiese podido contraer con su mensajero; y sacando el apunte que había guardado en su seno, al ir á rasgarlo como innecesario, advirtió que la hoja tenía escritas en el dorso algunas líneas que probablemente habrían sido copiadas del libro que Torcuato tenía á la vista en la biblioteca de Cromacio. La hoja, apenas comenzada, contenía las siguientes frases, que Fabiola leyó por mera curiosidad y que pertenecían á un libro que ella desconocía por completo:

«Mas yo os digo: Amad á vuestros enemigos: haced bien á los que os aborrecen, y rogad por los que os persiguen y calumnian:

«Para que seais hijos de vuestro Padre, que está en los cielos: el cual hace nacer su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos y pecadores (1).»

Imaginémonos la perplejidad de un indio selvático que ha recogido del lecho de un torrente una blanca y transparente guija, resquebrajada é informe en su exterior, pero que al ver los destellos que despiden por sus grietas se halla confuso y no sabe si tiene en sus manos un rico diamante ó una piedra sin valor; una alhaja digna de ser engastada en la corona de un rey, ó un

(1) Matth. v, 44, 45.

objeto merecedor solamente de ser hollado por los piés de un mendigo. ¿Saldrá de su incertidumbre arrojando lejos de sí la guija, ó irá á mostrarla á un joyero para que aprecie su valor y acaso se le ría en su propia cara? Tales eran los sentimientos encontrados que se disputaban el ánimo de Fabiola mientras se dirigía á su quinta.

—¿De quién—preguntábase—podrían ser estas sentencias? De seguro no pertenecen á un filósofo griego ó romano; y, ó son muy verdaderas, ó del todo falsas; ó la moral más sublime, ó la más baja degradación... ¿Habrá quien practique semejante doctrina, ó será sólo una deslumbrante paradoja? Mas ¿á qué engolfarme en tales conjeturas pudiendo preguntar á Syra, ya que tanta semejanza tienen estas máximas á sus bellas cuanto irrealizables teorías?... Pero nó; vale más que nada le diga. Syra me confunde y subyuga con sus admirables pensamientos, tan imposibles para mí como fáciles para ella: por otra parte, mi espíritu necesita reposo, y así... ¡llévese el viento ese papiro y vaya á confundir, como á mí, á quien lo recoja del camino!

Y esto diciendo arrojó la hoja al aire. Pero apenas acababa de soltarla, cuando gritó á su auriga:

—¡Alto! Formio, vé á recoger ese pergamino que se me ha caído.

Obedeció Formio, sin desconocer que el pliego había sido arrojado adrede por Fabiola, y ésta lo guardó de nuevo en su seno para que le sirviese de escudo, pues su corazón empezó desde entonces á sosegar, y cuando llegó á su casa sentíase ya completamente tranquila.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

XVIII

La tentación

A los primeros destellos del día siguiente veíase parado á la puerta de la quinta de Cromacio un guia con una mula de la cual colgaban dos ligeras alforjas que contenían todo el hatillo de Torcuato. Muchos amigos habían acudido á despedirlo y recibir de él antes de su partida el ósculo de paz, que plegue á Dios no se parezca al del huerto de Getsemani. Algunos le ha-

blaban al oído con tiernas y amorosas palabras, exhortándole á permanecer fiel á la gracia recibida; y él se lo prometía solemnemente y acaso con sinceridad. Otros, conociendo su pobreza, le ponían recatadamente en la mano algún regalito, amonestándole á evitar sus antiguas amistades y guaridas. Policarpo, el director espiritual de la comunidad, le llamó aparte, y entre súplicas y lágrimas le conjuró á enmendarse de ciertos defectos, peligrosos aunque leves; que procurase reprimir su natural ligero y voluble, y cultivase las virtudes cristianas. Torcuato, enternecido, prometiéndole obediencia, arrodillóse y besó la mano del sacerdote, recibió su bendición, y tras ella cartas de recomendación para el viaje y una corta cantidad que pudiera convenirle para los gastos.

Listo ya todo y cambiados los últimos saludos y cariñosas demostraciones, montó al fin Torcuato en la mula, y llevada del diestro por el guía tomó el sendero que conducía á la puerta de salida. Todos habían vuelto á entrar en la casa, cuando aún permanecía Cromacio inmóvil en el umbral, viéndole alejarse con aquella tierna inquietud que experimentaría el padre del hijo pródigo al abandonar éste el hogar paterno.

Torcuato debía ir en su cabalgadura hasta Fundi, que era el punto más cercano á la quinta de Cromacio de los situados en la carretera; y en dicha ciudad tendría que arreglárselas de otro modo para continuar su viaje, bastándole para toda necesidad la repleta bolsa de Fabiola.

El camino le ofrecía variadas y bellas perspectivas: ora se deslizaba á lo largo de las orillas del Liri, embellecidas por innumerables quintas y cabañas; ora se perdía en las gargantas de los Apeninos, que le abrían estrechos valles por entre rocas alfombradas de mirto, aloes y vides silvestres, entre los cuales se distinguían las cabras, semeando por su blancura montones de nieve; mientras que á un lado se despeñaba, con aires de torrente, un bullicioso arroyuelo que, al saltar dos piedras á un tiempo, arrojaba alborozado su rizada espuma, é iba á sepultarse en un abismo oculto bajo una ancha hoja de acanto. Después el camino subía, permitiendo que la vista volviese á espaciarse y á gozar del hermoso aspecto que ofrecían los pensiles de la Campania y la azulada bahía de Gaeta, sembrada de las blancas velas de los pescadores, que parecían bandadas de gaviotas flotando sobre un lago.

Torcuato nada de esto veía. En alas de su fantasía, figurábase tener ya delante los sombreados pórticos y las rumorosas calles de Roma. Los polvorientos jardines y las fuentes artificiales, los baños de mármol y las artesonadas bóvedas ofrecían á sus ojos más atractivo que los frescos pámpanos de la vid, el cristalino arroyo, el purpurino mar y el azulado firmamento.

Por supuesto que para nada recordaba Torcuato las depravaciones á que se abandonaba la multitud, sus impías prácticas, sus liviandades, sus calumnias, sus perfidias, sus profanaciones, sus ignominias... ¡Oh no! ¿Qué podía él, cristiano como era, tener de común con todo eso? No obstante, á veces en su embelesamiento se le figuraba ver en un oscuro rincón de las Termas una mesa rodeada de jugadores que con mirada codiciosa hacían rodar los dados, y entonces despertábase en él una pasión reprimida hacía mucho tiempo; mas luego se le representaba la figura del sacerdote Policarpo fijando en él su mirada como un tierno reproche, y entonces se le desvanecían tales pensamientos. Otras veces imaginaba hallarse en crapuloso festín, con la dorada copa llena de exquisito Falerno que brillaba como un rubí, turbia la mente con los vapores de la embriaguez; cuando de repente se le aparecía la severa figura de Cromacio reprendiéndole con adusto ceño por su participación en la desenfrenada orgía.

Nó; él no gozaría sino de los placeres inocentes de la ciudad imperial; pensaba sólo en sus paseos, sus músicas, sus pinturas, su belleza y su magnificencia. Olvidaba que todo esto no era otra cosa que incentivos de las pasiones y de los malos deseos, estímulos á la ambición y la codicia, que se apoderan de la voluntad y enervan las almas de una multitud irreflexiva de seres humanos. ¡Pobre joven, que creía poder atravesar por medio del fuego sin abrasarse! ¡Incauta mariposa, que imaginaba poder volar á través de la llama sin quemarse las alas!

Absorto en tales pensamientos caminaba Torcuato por un angosto desfiladero, cuando de repente, ensanchándose el camino, vió delante una ensenada en cuyas aguas flotaba un solitario é inmóvil esquife. Aquella vista recordóle una historia que había oído narrar cuando niño, verídica ó falsa, poco importaba, pero que ahora se le representaba como si en realidad estuviese pasando á su vista.

Erase un joven y arrojado pescador de la Italia meridional. Cierta noche, oscura y tormentosa, viendo que ni su padre ni sus hermanos se atrevían á aventurarse al mar en su bien carenada y resistente barca, decidióse á partir él solo en su ligero esquife, sin que bastasen súplicas ni reflexiones á disuadirle. El temerario joven resistió impávido la borrasca bogando en su frágil barquilla, hasta que vino el día y apareció el sol bañando con sus fulgores el ya tranquilo mar. Rendido por el cansancio y el calor, quedóse dormido; mas no tardaron en despertarle fuertes voces que á lo lejos resonaban. Sobresaltado, tiende la vista á su alrededor y descubre la barca de su padre, desde la cual éste y sus hermanos le gritaban, haciéndole señas de que retrocediese, pero sin hacer esfuerzo alguno para aproximársele.

Sin saber explicarse qué significaba aquella alarma, empuña los remos y comienza á bogar con todas sus fuerzas en dirección de los suyos; mas luego advierte con gran estupor que la barca de su padre, hácia la cual dirigia la proa del esquife, le presentaba siempre la popa por más viradas que hiciese para cambiar el rumbo. Indudablemente estaba describiendo círculos, pero en forma de espiral que cada vez le iba encerrando en más estrecho circuito. Asáltóle una sospecha terrible, quitóse de un golpe la túnica, y púsose á remar con verdadero frenesí; pero mientras más remaba, mayor era la fuerza que le impelia al centro del fatal círculo, donde arremolinadas veía hundirse como por un embudo las hirvientes y espumosas olas. Presa de la desesperación, soltó el infeliz los remos, púsose en pié y agitó en el aire sus brazos, mientras un ave marítima, revoloteando sobre su cabeza, dejábale oír entre sus graznidos el nombre de *¡Caribdis!* (1). En tanto el esquife tocaba el último círculo voraginoso, y el desdichado joven, tendiéndose boca abajo, cerró los ojos, tapóse los oídos con las manos, retuvo la respiración, y por último sintió las arremolinadas olas cerrarse encima de él arrastrándolo al abismo.

—Tendría curiosidad de saber—murmuró entre dientes Torcuato—si en efecto habrá perecido álguien por modo tan infausto, ó si es tan solo una simple alegoría. Y en este último caso, ¿qué puede ella significar?... ¿Puede un hombre verse impelido gradualmente de tal suerte á la ruina de su alma? Los pensamientos que ahora me asaltan recorrerán acaso otro círculo que me arrastre y...

—¡Fundí!—gritó el guía señalando á una ciudad que tenían en frente.

Al poco rato pisaban sus calles en dirección de una posada de pobre aspecto, en donde Torcuato despidió á su guía dándole una gratificación que no debió dejarle satisfecho, pues se fué refunfuando y diciendo pestes del viajero y su tacañería. Preguntó éste por la morada de Casiano, el maestro de escuela, á quien encontró é hizo entrega de una carta que para él traía, y en virtud de la cual fué recibido con la misma cordialidad que si fuese de la familia, é invitado á una frugal comida, durante la cual refirióle Casiano su propia historia, que en resumen era la siguiente:

Natural de Fundi, había establecido en Roma una escuela, segun recordará el lector; y aunque próspera y floreciente, viendo próxima una persecución, y conocido ya él como cristiano, traspasó á otro su escuela y retiróse á su ciudad natal, en donde

(1) Escollo situado, segun los antiguos historiadores, entre Italia y Sicilia.

le prometieron que después de las vacaciones le confiarían sus hijos las familias principales.

Acostumbrado á ver en todo cristiano á un hermano suyo querido, continuó explicando á Torcuato sin reserva alguna sus pasadas vicisitudes y sus futuros proyectos y esperanzas. Y Torcuato le escuchaba con atención por haberle ocurrido la pérdida idea de que las confianzas que le hacia Casiano pudieran tal vez en su día valerle dinero.

Era aún temprano cuando Torcuato se despidió de su huésped, y con el pretexto de que debía hacer varias diligencias en la ciudad, no permitió que le acompañase. Compróse para ocasión oportuna un traje nuevo y elegante, dirigióse á la mejor posada y pidió dos caballos y un postillon que le acompañase, pues para cumplir el encargo de Fabiola era necesario apresurar el viaje, cambiar los caballos en cada parada, y caminar día y noche. Así lo hizo hasta Bovilla, al pié de los collados Albanos, en donde se detuvo á descansar; y cambiando el vestido de viaje con el nuevo, continuó alegremente su camino por entre la doble fila de sepulcros que le guió hasta las puertas de aquella ciudad que albergaba en su seno más bienes y males que toda una provincia del Imperio.

XIX

La caída

Torcuato fué en derecho al palacio de Fabio, le entregó la carta, satisfizo todas sus preguntas, y sin hacerse rogar mucho aceptó la invitación de que fuera más tarde á cenar en su compañía. Acto continuo fué en busca de un buen alojamiento, como se lo permitía entonces el estado de su bolsillo.

Ya hemos dicho que Fabio no solía acompañar á su hija al campo, y solamente le hacía alguna que otra visita. Ni los verdes prados ni los murmurantes arroyuelos tenían para él eucanto alguno: sus gustos estaban concentrados en las frivolidades y licenciosas costumbres de Roma. Estando á su lado Fabiola, la

presencia de la joven era un freno que le contenía; pero no bien se trasladaba ésta al campo, representábanse en la casa tales escenas y reuníanse en ella tales personas, que por ningún estilo hubiera consentido que su hija las viese. Sentábanse á su mesa hombres de vida relajada, que después de satisfacer su gula en suntuosos banquetes empleaban el resto de la noche en continuas libaciones, en el juego y en pláticas licenciosas.

Habiendo invitado á Torcuato á cenar, salió en busca de otros comensales que le acompañasen, costándole poco encontrar una caterva de parásitos que acudían siempre á los sitios que él solía frecuentar. Regresaba á su casa desde los baños de Tito, cuando en un bosquecillo cercano á un templo percibió dos hombres en conversación muy animada. Después de contemplarles un momento adelantóse hacia ellos; mas antes de llegar á donde estaban se detuvo á cierta distancia aguardando á que terminasen su diálogo.

—¿Serán, pues, ciertas tales noticias?—insistía uno de los dos interlocutores.

—Ciertísimas: el pueblo se ha sublevado en Nicomedia, entregando al fuego la iglesia de los cristianos, situada no lejos y en frente del palacio. Así se lo ha contado esta mañana á mi padre el secretario mismo del Emperador.

—¡Habrá estupidez como la de esos cristianos! ¿A quién sino á ellos puede ocurrírsele erigir un templo en el punto principal y más visible de la metrópoli, sin calcular que tarde ó temprano levantaríase contra ellos el espíritu religioso de la nación y destruiría esa plaga social, como sucederá siempre con toda manifestación pública de una religión que no sea la del Imperio?

—Ciertamente, y bien dice mi padre que si los cristianos tuviesen una chispa de buen sentido celarían sus cabezas y harían que no se les viese, ya que usa tanta tolerancia con ellos el más humano de los príncipes. Pero ya que lo entienden de otro modo, y en vez de practicar su culto como antes en escondidas casuchas quieren levantar templos en los sitios más públicos, no seré yo quien lo sienta, ya que ellos mismos ofrecen un medio fácil para que uno pueda ganar honra y también provecho con dar caza á esa abominable raza y exterminarla si es posible.

—¡Bien dicho, Corvino! pero volvamos á nuestro propósito. Hemos convenido entre nosotros que donde podamos descubrir algún cristiano rico, pero no de los más poderosos, á lo menos por ahora, nos repartiremos el botín. Al efecto nos ayudaremos mutuamente; tú con golpes atrevidos y violentos, yo obrando con prudencia según las circunstancias. Se entiende que cada cual se quedará con todo el provecho que resulte de sus propios descubrimientos, y que el reparto mutuo será cuando hayamos obrado de comun acuerdo. ¿Te va bien así, Corvino?

—¡A maravilla!

Aquí llegaban cuando se adelantó Fabio hacia ellos y dijo con tono jovial:

—¿Qué tal vamos, amigo Fulvio? ¡Tanto tiempo sin veros! Cuento con que no os desdenaréis de venir hoy á cenar conmigo, y si vuestro compañero, Corvino creo que se llama (éste hizo una extraña cortesía), quiere acompañarnos, muy enhorabuena.

—Por mi parte—contestó Fulvio,—os quedo vivamente agradecido; pero sabed que hoy tengo ya un compromiso...

—¡Bah! ¡bah! Excusas son esas,—replicó el bonachon patriocio;—nadie ha quedado en la ciudad, sino yo, con quien podáis ir á cenar. No parece sino que haya entrado en mi casa la peste, pues no habeis vuelto á ella desde el día en que comisteis en compañía de Sebastian y os disputásteis con él. ¿O es que os tenga alejado algún hechizo mágico?

Inmutóse Fulvio, y llevando aparte á Fabio respondióle:

—A decir verdad, algo hay parecido á eso.

—Espero—replicó Fabio algún tanto sorprendido—que la esclava negra no os habrá jugado alguna treta: de buena gana la expulsaría de mi casa. Pero, veamos (añadió sin perder su buen humor); si no me equivoco, otro hechizo bastante mejor os había encantado aquella noche... Tengo muy despiertos los ojos, y ví en vuestro interior la impresión que os produjo mi primita Inés.

Quedóse Fulvio mirándole atónito, y después de breve pausa dijo:

—Aunque así fuera, también advertiríais que vuestra hija parecía dispuesta á impedir que la cosa se formalizara.

—¿Creéis vos? Ahora me explico vuestra resistencia en volver á mi casa. Fabiola es una filósofa, y nada entiende en tales cosas. ¡Ojalá dejase á un lado sus libros y pensase también en colocarse en vez de estorbárselo á otras! Esto no obstante, yo puedo daros á este propósito noticias aún mejores: Inés abriga por vos tantas simpatías como podáis vos sentir por ella.

—¿Es posible? ¿Cómo habeis podido saberlo?

—Os lo habria dicho ya si no hubiésteis evitado con tal empeño el verme. Lo sé por una confidencia que me hizo Inés aquella misma noche.

—¿A vos?

—A mí. Aquellas joyas vuestras conquistaron por completo su corazón. Así al menos me lo confesó, y... estoy seguro de que érais vos ni podía ser otro que vos á quien ella aludía.

Fulvio creyó que hacía referencia á las ricas joyas que él ostentaba en su persona, mientras Fabio aludía á las que, según la interpretación que había dado á las palabras de Inés, creyó que ésta había recibido de Fulvio.

Halagado, pues, con la idea de que Inés se había dejado prender fácilmente á pesar de su timidez y recato, ya Fulvio se creía en posesión tranquila de la fortuna y los honores que ambicionaba, sin más por su parte que saberse manejar hábilmente. Pero Fabio interrumpió su dorado sueño diciéndole:

—Con que, ya lo sabeis: estrechad el sitio, usad buena táctica, y estad seguro de la victoria, pese á Fabiola. Por otra parte, nada teneis ahora que temer de mi hija, pues se halla en el campo con su servidumbre; sus aposentos por lo mismo están cerrados, y podemos entrar por la puerta secreta en la parte más agradable de la casa.

—Acudiré á vuestra cita sin falta,—contestó Fulvio.

—Y Corvino con vos,—añadió Fabio separándose de ellos.

Nos abstendremos de describir minuciosamente el banquete: bastará decir que fueron profusamente servidos los vinos más exquisitos y que todos los comensales experimentaron en mayor ó menor grado los efectos de su intemperancia excepto Fulvio, que mantuvo siempre su sangre fría.

No tardó en animarse la conversación, viniendo esta á recaer en las noticias del Oriente. A la destrucción de la iglesia de Nicomedia habian seguido tentativas de incendio en el palacio imperial, siendo atribuidas no sin fundamento al mismo emperador Galerio; pero éste hizo pesar la responsabilidad sobre los cristianos como un medio para incitar á Diocleciano, que hasta entonces habia resistido, á convertirse en uno de sus más fieros y crueles perseguidores. Nadie, pues, dudaba que dentro de pocos meses llegaría á Roma el edicto imperial ordenando el exterminio de los cristianos y que hallaría en Maximiano un pronto ejecutor.

Los comensales de Fabio mostrábanse generalmente inclinados á que se diera á los cristianos el golpe de gracia: la generosidad con aquellos contra quienes se levanta el clamor popular exaltado supone siempre una elevación de sentimientos, un espíritu esforzado, cuando no heroico, que en modo alguno podía esperarse de seres abyectos, ruines y perversos; y de aquí que, entre aquellos convidados, aun los más benignos é indulgentes, encontraron razones para que los cristianos fueran exceptuados de todo género de consideración. A uno se le hacia insufrible el misterio en que se envolvían; á otro le indignaban los progresos atribuidos á su religión; quién les tenia como enemigos de las glorias del Imperio; quién veía en ellos un elemento exótico que á todo trance se debía exterminar: éste encontraba detestables sus doctrinas; aquél calificaba de infames sus prácticas. Durante toda esta discusión, si tal puede llamarse la conformidad en execrar el nombre cristiano en que venian á resolverse los pareceres de todos, Fulvio, después de haber observado atentamente

á cada uno de los circunstantes, detuvo sus escudriñadoras miradas en Torcuato.

Permanecía éste silencioso, pero su rostro tan pronto se ponía encarnado como palidecía. El vino le habia comunicado muchos bríos, pero reteníale algun poderoso motivo. Ora apretaba contra el pecho sus puños contraídos, ora se mordía los labios: tan pronto estrujaba el pan entre sus dedos convulsos, como apuraba maquinalmente de un sorbo una copa de vino.

—Esos cristianos—dijo uno—nos odian y nos exterminarían á todos, si pudiesen.

Torcuato hizo un ademán y abrió los labios para replicar, pero se contuvo.

—¡Vaya si nos exterminarían!—añadió otro.—¿No incendiaron á Roma en tiempo de Neron? ¿No acaban ahora de incendiar el palacio imperial en Asia?

Al oír esto incorporóse Torcuato y extendió la mano como para responder, pero la retiró al punto.

—Y lo inmensamente peor—continuó un tercero—son sus doctrinas antisociales, los espantosos excesos á que se abandonan, llegando su degradación hasta el punto de rendir culto á una cabeza de asno.

Torcuato no pudo contenerse por más tiempo; púsose de pié y tenia levantado ya el brazo, cuando Fulvio, midiendo friamente el tiempo y las palabras, añadió sarcásticamente:

—Y en todas sus reuniones inmolan un niño, devorando después sus carnes y bebiendo su sangre (1).

El brazo de Torcuato cayó sobre la mesa con tal fuerza, que hizo saltar y chocar unas con otras las copas y botellas, mientras con voz ahogada exclamaba:

—¡Mentira! ¡infame y vil mentira!

—¿Cómo has podido tú saberlo?—preguntóle Fulvio con blando acento y dulce mirada.

—¡Lo sé—respondió Torcuato con exaltación—como cristiano que soy, dispuesto á morir por mi fe!

Si la bella estatua de alabastro con cabeza de bronce que habia en un nicho detrás de la mesa se hubiera caído haciéndose pedazos contra el marmóreo pavimento, no habria producido sensación tan terrible como aquella inesperada y súbita declaración. Al asombro de los primeros momentos siguió un silencio sepulcral, pintándose en todos los semblantes los diversos sentimientos que los dominaban. Fabio estaba como atontado y corrido de haber puesto á sus convidados en tan triste compañía. Calpurnio daba bufidos, creyéndose rebajado de encontrarse ante

(1) Tal era la idea que de la sagrada Eucaristía se formaban los paganos.

uno de quien pudiera creerse que sabía más que él acerca de los cristianos. Un joven miraba á Torcuato con la boca abierta, y un viejo adusto tendía su airada vista en derredor como buscando algun objeto para descargar en él su furia. Corvino contemplaba al pobre cristiano con aquella especie de fruición, entre estúpida y salvaje, con que el campesino contempla cogido en la trampa al animal dañino. Tenía al fin entre sus manos un hombre á quien podía extender en el potro cuando se le antojase. Pero la expresión del rostro de Fulvio valía seguramente por todas. Sólo el que haya observado con ayuda del microscopio el aspecto y actitud de la araña cuando después de un largo ayuno ve á una mosca repleta de sangre ajena acercarse poco á poco á su fina red, y acecha cada movimiento de sus alas, y discurre el modo de enredarla siquiera en el primer hilo, segura entonces de que ya no puede escapársele; sólo quien esa observación haya hecho podrá formarse idea exacta de las miradas y de los sentimientos de Fulvio. Desde mucho tiempo deseaba encontrar un cristiano dispuesto á hacer traición á los suyos y habia trabajado sin descanso para hallarle. Allí tenia uno, siempre que supiera manejarle. Mas ¿con qué fundamento juzgaba á Torcuato capaz de descender tan bajo? Es que conocia bastante á los cristianos para estar convencido de que ninguno que lo fuera de corazón se habria excedido en beber ni habria hecho alarde de estar pronto á arrostrar el martirio.

Los convidados abandonaron la mesa y alejáronse del cristiano como de un apestado. Fulvio, después de hablar breves palabras por lo bajo á Fabio y á Corvino, acercóse á Torcuato, y tomándole una mano le dijo cortesmente:

—Temo haber sido indiscreto al provocaros á hacer una declaración que puede resultaros peligrosa.

—Por mi parte nada temo,—replicó Torcuato con nueva exaltación.—¡Moriré abrazado á mi bandera!

—¡Silencio, hombre, silencio!—murmuró Fulvio;—si os oyeran los esclavos, podrian venderos. Venid conmigo á otra pieza, donde podremos hablar tranquilamente y sin cuidado.

Y diciendo esto le condujo á otra sala, á donde Fabio habia mandado llevar copas y botellas del mejor vino de Falerno para aquellos convidados que, conforme á la costumbre romana, quisiesen gozar de una *comissatio* ó libación final. Únicamente Corvino los siguió á instancias de Fulvio.

Encima de una mesa adornada con magnificas incrustaciones habia unos dados. Después de haber hecho beber á Torcuato una copa de vino, Fulvio cogió maquinalmente los dados y comenzó á tirarlos como por distracción sobre la mesa mientras hablaba de cosas indiferentes.

—¡Por Baco!—exclamó de improvisó;—¡qué mal juego hoy

á los dados! Fortuna que no es de veras, si no ya me habria arruinado. ¿Queréis probar vuestra suerte conmigo, Torcuato?

El juego habia sido causa de la ruina de Torcuato, y justamente á una desagradable ocurrencia proveniente del juego debia el hallarse preso cuando le convirtió Sebastián. Tomó ahora los dados y los hizo rodar también sobre la mesa, aunque sin intención de jugar, como él pensaba, mientras Fulvio le atisbaba como el lince á su presa. Los ojos de Torcuato se animaban; sus manos comenzaron á temblar convulsamente; y así por esto como por la manera de manejar los dados, la soltura con que los tiraba, y la facilidad con que á primera vista distinguía los puntos, comprendió Fulvio en él la violencia de una primera tentación que lo arrastraba á un vicio abandonado, mas nó vencido.

—Me parece que ninguno de los dos somos muy fuertes en juego tan insipido,—dijo Fulvio aparentando indiferencia;—pero me atrevo á decir que ahí está el amigo Corvino dispuesto á jugar con vos alguna partidita, aunque sin arriesgar mucho dinero.

—Admitido—dijo Torcuato—si se trata de una friolera no más y como simple pasatiempo, pues renuncié al juego.

—Pues, ¡á ello!—dijo Corvino, á quien Fulvio habia dirigido una significativa mirada.

Comenzaron á jugar haciendo puestas insignificantes, y generalmente las ganaba Torcuato. Incitábale Fulvio á beber, y no tardó el vino en producir sus efectos, haciendo que Torcuato hablase más de lo conveniente.

—Corvino, ... Corvino, ...—dijo al fin como si hablase consigo mismo.—¿No es este el nombre que mentó Casiano?

—¿Quién?—preguntó Corvino sorprendido.

—¡Sí! ... ¡sí!—continuó hablando consigo Torcuato;—aquel valentón, aquel bestiaza... ¿Eres tú el que abofeteó á ese buen muchacho Pancracio?

Y al decir esto miraba Torcuato fijamente á Corvino, cuya cólera estuvo á punto de estallar; pero detúvole Fulvio con un ademán, y mediando muy á tiempo en la conversación dijo á Torcuato:

—Ese Casiano que acabas de nombrar ¿no es un maestro eximio? ¿Podrías decirme dónde vive ahora?

Fulvio hizo esta pregunta para apaciguar á Corvino, á quien habia de interesar la respuesta de Torcuato.

—Vive...—dijo éste,—déjame pensarlo... ¡No! ¡no! ... no quiero ser traidor. Estoy dispuesto á sufrir tormentos, á dejarme quemar vivo, á morir por mi fe; pero ¿traicionar á otro? ¡jamás!

—Cédeme tu puesto,—dijo Fulvio disimuladamente á Cor-

vino, viendo cada vez más interesado en el juego á Torcuato.

Procurando con maña estimular á éste, puso en la mesa una cantidad más crecida; y aunque Torcuato vaciló un momento en aceptar la puesta, decidióse al fin y ganó. Fulvio se mostró contrariado. Entonces Torcuato envida las dos sumas, y Fulvio parece vacilar, pero luego hace como que se resuelve: pone una cantidad equivalente sobre la mesa y vuelve á perder.

El juego continuó en silencio: tan pronto ganaban como perdían, hasta que por último empezó á declararse la ventaja por parte de Fulvio, que era de los dos el que mayor imperio conservaba sobre sí mismo.

Alzó una vez Torcuato la vista y se estremeció figurándose ver al buen Policarpo detrás de la silla de su contrario. Restregóse los ojos como quien despierta de un sueño, y vió que era Corvino. Su entendimiento estaba del todo absorto en el juego, y ya no hubo para él conciencia, ni fe cristiana, ni honra... El cielo le había abandonado, y el demonio de la codicia, del robo y del desenfreno habíase apoderado del mancebo, llevando consigo otros siete demonios peores que él, é infundiéndolos en aquella alma cristiana, mal custodiada, para arrojar de su fondo cuanto en ella residía de bueno y santo.

Por fin, sobreexcitado por las repetidas pérdidas y las frecuentes litaciones, y después de tantas veces de meter mano en el bien repleto bolsón de Fabiola, tomólo Torcuato y lo echó sobre la mesa. Fulvio, con la mayor sangre fría, lo vació, contó el dinero, y puso al lado otro montón igual de oro. Preparáronse ambos para la última jugada; rodaron en la mesa los fatales dados, y ambos clavaron la vista en sus puntos negros... Fulvio arrambló con todo el dinero, y Torcuato dejóse caer sobre la mesa, anonadado y hundiendo la cabeza entre los brazos. Fulvio entonces hizo una seña á Corvino para que saliese.

Torcuato pateaba encolerizado; luego echó un gemido; rechinaba los dientes y ahullaba á la vez, y mesábase los cabellos, cuando hirió su oído una voz que le decía:

—¿Eres cristiano?

—De cuál de los siete espíritus sería aquella voz? Seguramente del peor de ellos.

—Nada puedes esperar,—continuó aquella voz;—has deshonrado tu religión, has vendido tu fe.

—¡Nó, nó!—gritó el infeliz desesperado.

—¡Sí, sí! En tu embriaguez lo has revelado todo, ó cuando menos lo bastante para que jamás te sea posible volver á una fe que has traicionado.

—¡Déjame! ¡Apártate de aquí!—exclamó el abrumado pecador con voz dolorida.—Todavía habrá perdón para mí. Dios...

—¡Cállate! no pronuncies ese nombre. Eres un vil perjurio y

te has perdido irremisiblemente: has quedado sin recursos, y cual mísero mendigo tendrás mañana que implorar el pan que comas. Expulso y proscrito, pródigo y jugador arruinado, ¿quién ha de ampararte? ¿los cristianos? ¿Acaso eres ya cristiano? Nadie te lo tendrá en cuenta como no sea para entregarte al tormento, á una muerte cruel y horrorosa que no te valdrá para que tus hermanos te honren como á uno de sus mártires... No, Torcuato; tú no eres ya cristiano: eres un miserable hipócrita, y nada más.

—¡Quién es el que así se goza en atormentarme!—exclamó el infeliz alzando los ojos.

Fulvio estaba en frente de él en pié y con los brazos cruzados.

—Y aunque fuera cierto cuanto dices,—añadió incorporándose,—¿qué te importa? ¿qué más tienes que decirme?

—Mucho más de lo que piensas,—respondió Fulvio.—Tú mismo te has puesto enteramente en mi poder: soy dueño de tu dinero (y esto diciendo le enseñaba el bolsillo de Fabiola), dueño de tu reputación, de tu reposo, de tu vida. Bástame referir á tus hermanos en religión tu conducta de esta noche, para que ni á su vista te atrevas á presentarte: bástame azuzar contra tí á ese valentón, ese bestiaza de Corvino, como há poco le llamabas, pero que es hijo del prefecto y nadie sino yo puede contenerle después de tu injuriosa provocación, para que mañana mismo tengas que comparecer ante el tribunal de su padre y te sentencien á morir por esa religión que has deshonrado y vendido. Dime si te atreverías ahora mismo, tambaleándote y tartamudeando como un ebrio jugador, ir al Foro y confesar ante el tribunal tu fe cristiana.

Abrumado bajo el peso de su propia conciencia, Torcuato no se sintió con fuerzas para imitar al hijo pródigo en su arrepentimiento como le había imitado en la culpa. Había muerto en él la esperanza porque había recaído en su vicio capital, y apenas sentía remordimiento.

Al verle como sumido en estupor, Fulvio le sacó de él diciéndole resueltamente:

—Veamos: ¿has elegido ya? Una de dos: ó volver esta noche entre los cristianos con tu baldón y afrenta, ó comparecer mañana ante el tribunal. ¿Por cuál de estos dos extremos te decides?

Torcuato fijó en su interlocutor una mirada estólida, y respondió lentamente:

—Ni por uno, ni por otro.

—¿Qué piensas hacer, pues?—preguntóle de nuevo Fulvio clavando en él sus ojos de gavilán.

—Excepto esas dos cosas, lo que tú quieras,—respondió Torcuato.

Viéndole ya rendido, sentóse Fulvio á su lado, y con acento blando é insinuante dijole:

—Ahora, Torcuato, escúchame: haz lo que te diga, y todo quedará arreglado. Te prometo casa, comida, ropa y hasta dinero para jugar, con sólo cumplir lo que yo te ordene.

—¿Qué debo hacer?

—Levantarte mañana á la hora que acostumbras; recobrar tu aspecto de cristiano y reunirte á tus amigos como si nada hubiese pasado; y luego estar pronto á responder á mis preguntas y tenerme al corriente de todo.

—En suma, ¡convertirme en espía y traidor!

—Llámalo como quieras, pero elige entre esto ó la muerte; si, la muerte con todo el horror imaginable... Oigo á Corvino paseándose impaciente en el patio. Pronto: ¿por cuál de las dos cosas te decides?

—Por la muerte, no. ¡Oh, nó! todo menos la muerte.

Fulvio fué á reunirse con su colega y costóle no poco trabajo apaciguarlo, pues la cólera y el vino le tenían fuera de sí. Corvino, ocupado en otros negocios, había casi olvidado á Pancracio y á su maestro Casiano; pero la provocación de Torcuato había reanimado sus antiguos odios, y ardía nuevamente en deseos de venganza. Fulvio le prometió averiguar el paradero de Casiano, y por este medio consiguió que difiriese toda medida violenta.

Cediendo á sus ruegos, Corvino se retiró á su casa, y Fulvio fue otra vez al lado de Torcuato, á quien deseaba acompañar á todo trance para saber dónde residía. Torcuato, al hallarse solo, levantóse y principió á caminar de uno á otro lado para ver si podía calmar su agitación y recobrar el dominio sobre sí mismo; pero en vano. Los vapores de la embriaguez y las impresiones que había recibido le producían vértigos que trastornaban su cerebro. Parecíale que el aposento iba dando vueltas á su alrededor y que iba á faltarle el suelo: sentíase enfermo, y casi hubieran podido oírse los latidos de su corazón. La vergüenza, el remordimiento, el desprecio de sí mismo, el odio á sus perseguidores, la desolación del propio aislamiento y la horrible desesperación del réprobo se amontonaban sobre su alma como un mar de negras olas. No pudiendo por más tiempo tenerse en pie, dejóse caer de bruces sobre un lecho de seda, ocultó las abrasadas sienes entre sus heladas manos y exhaló hondos gemidos. Pero todo seguía girando en torno suyo, y un sordo mugido resonaba en sus oídos.

En tal estado le encontró Fulvio al volver, y tocándole en el hombro, le invitó á salir con él. Torcuato al verle se estremeció, exclamando convulso y horrorizado:

—¡Caribdis!... ¡Será este Caribdis!

SEGUNDA PARTE

EL COMBATE

I

Diógenes

Las escenas que llevamos descritas se habían desarrollado durante una de esas treguas de aparente tranquilidad, más bien que de paz, que mediaban á veces entre dos persecuciones. Rumores siniestros y noticias de bélicos preparativos han herido ya de vez en cuando nuestros oídos. El rugido de los leones que cerca del Anfiteatro sorprendió á Sebastian sin que le intimidara, las noticias de Oriente, las indicaciones de Fulvio y las amenazas de Corvino, todo parece advertirnos que no tardarán en renovarse los horrores de una persecución y que la sangre cristiana regará, más noble y más copiosa que nunca, el Paraíso de la nueva Ley. La Iglesia, siempre inalterable y pródiga, no ha dejado de advertir las señales del próximo combate y de prepararse para sostenerlo con los medios necesarios; y de ese momento arranca la segunda parte de nuestra narración.

Era á últimos de Octubre cuando un joven á quien ya conocemos, cautamente embozado en su toga, pues era al anochecer y el tiempo estaba fresco, caminaba por los tortuosos callejones del distrito llamado *Suburra*, cuya extensión y topografía no han sido todavía determinados con exactitud, pero que indudablemente estaba inmediato al Foro; y como por desgracia la pobreza suele ser compañera inseparable del vicio, una y otro tenían allí un asilo común.

Pancracio, que era el joven aludido, no debía conocer mucho aquella parte de la ciudad, y tuvo que dar varios rodeos antes de acertar con la calle que buscaba; y además, como las casas no estaban numeradas, era el encontrar la que quería un problema asaz difícil, aunque no insoluble. Examinó cuál era la de mejor aspecto, y habiéndole llamado especialmente la atención una que se distinguía entre las demás por su pulcritud y buena apariencia, llamó sin vacilar á su puerta. Abrióla un anciano cuyo nombre nos es ya conocido: Diógenes. Era éste un hombre alto, de anchos hombros y algo encorvado, no tanto por su edad

Viéndole ya rendido, sentóse Fulvio á su lado, y con acento blando é insinuante dijole:

—Ahora, Torcuato, escúchame: haz lo que te diga, y todo quedará arreglado. Te prometo casa, comida, ropa y hasta dinero para jugar, con sólo cumplir lo que yo te ordene.

—¿Qué debo hacer?

—Levantarte mañana á la hora que acostumbras; recobrar tu aspecto de cristiano y reunirte á tus amigos como si nada hubiese pasado; y luego estar pronto á responder á mis preguntas y tenerme al corriente de todo.

—En suma, ¡convertirme en espía y traidor!

—Llámalo como quieras, pero elige entre esto ó la muerte; si, la muerte con todo el horror imaginable... Oigo á Corvino paseándose impaciente en el patio. Pronto: ¿por cuál de las dos cosas te decides?

—Por la muerte, no. ¡Oh, nó! todo menos la muerte.

Fulvio fué á reunirse con su colega y costóle no poco trabajo apaciguarlo, pues la cólera y el vino le tenían fuera de sí. Corvino, ocupado en otros negocios, había casi olvidado á Pancracio y á su maestro Casiano; pero la provocación de Torcuato había reanimado sus antiguos odios, y ardía nuevamente en deseos de venganza. Fulvio le prometió averiguar el paradero de Casiano, y por este medio consiguió que difiriese toda medida violenta.

Cediendo á sus ruegos, Corvino se retiró á su casa, y Fulvio fue otra vez al lado de Torcuato, á quien deseaba acompañar á todo trance para saber dónde residía. Torcuato, al hallarse solo, levantóse y principió á caminar de uno á otro lado para ver si podía calmar su agitación y recobrar el dominio sobre sí mismo; pero en vano. Los vapores de la embriaguez y las impresiones que había recibido le producían vértigos que trastornaban su cerebro. Parecíale que el aposento iba dando vueltas á su alrededor y que iba á faltarle el suelo: sentíase enfermo, y casi hubieran podido oírse los latidos de su corazón. La vergüenza, el remordimiento, el desprecio de sí mismo, el odio á sus perseguidores, la desolación del propio aislamiento y la horrible desesperación del réprobo se amontonaban sobre su alma como un mar de negras olas. No pudiendo por más tiempo tenerse en pie, dejóse caer de bruces sobre un lecho de seda, ocultó las abrasadas sienes entre sus heladas manos y exhaló hondos gemidos. Pero todo seguía girando en torno suyo, y un sordo mugido resonaba en sus oídos.

En tal estado le encontró Fulvio al volver, y tocándole en el hombro, le invitó á salir con él. Torcuato al verle se estremeció, exclamando convulso y horrorizado:

—¡Caribdis!... ¡Será este Caribdis!

SEGUNDA PARTE

EL COMBATE

I

Diógenes

Las escenas que llevamos descritas se habían desarrollado durante una de esas treguas de aparente tranquilidad, más bien que de paz, que mediaban á veces entre dos persecuciones. Rumores siniestros y noticias de bélicos preparativos han herido ya de vez en cuando nuestros oídos. El rugido de los leones que cerca del Anfiteatro sorprendió á Sebastian sin que le intimidara, las noticias de Oriente, las indicaciones de Fulvio y las amenazas de Corvino, todo parece advertirnos que no tardarán en renovarse los horrores de una persecución y que la sangre cristiana regará, más noble y más copiosa que nunca, el Paraíso de la nueva Ley. La Iglesia, siempre inalterable y pródiga, no ha dejado de advertir las señales del próximo combate y de prepararse para sostenerlo con los medios necesarios; y de ese momento arranca la segunda parte de nuestra narración.

Era á últimos de Octubre cuando un joven á quien ya conocemos, cautamente embozado en su toga, pues era al anochecer y el tiempo estaba fresco, caminaba por los tortuosos callejones del distrito llamado *Suburra*, cuya extensión y topografía no han sido todavía determinados con exactitud, pero que indudablemente estaba inmediato al Foro; y como por desgracia la pobreza suele ser compañera inseparable del vicio, una y otro tenían allí un asilo común.

Pancracio, que era el joven aludido, no debía conocer mucho aquella parte de la ciudad, y tuvo que dar varios rodeos antes de acertar con la calle que buscaba; y además, como las casas no estaban numeradas, era el encontrar la que quería un problema asaz difícil, aunque no insoluble. Examinó cuál era la de mejor aspecto, y habiéndole llamado especialmente la atención una que se distinguía entre las demás por su pulcritud y buena apariencia, llamó sin vacilar á su puerta. Abrióla un anciano cuyo nombre nos es ya conocido: Diógenes. Era éste un hombre alto, de anchos hombros y algo encorvado, no tanto por su edad

como por la costumbre de llevar objetos de mucho peso. Sus cabellos, que le caían por las sienes, eran blancos como la plata, y en su arrugado semblante aparecía impresa cierta melancolía acompañada de solemne tranquilidad. En él se adivinaba á simple vista al hombre que ha pasado buena parte de su vida entre los muertos, sintiéndose feliz en su compañía. Estaban á la sazón con él sus dos hijos, Mayo y Severo, jóvenes robustos y de atléticas formas; ocupado el primero en grabar un tosco epitafio sobre una vieja lápida de mármol en cuyo reverso descubriáanse aún vestigios de una inscripción sepulcral pagana; mientras su hermano estaba delineando sobre una tabla, con ánimo de trasladarlo después á otra parte de un modo más permanente, un tosco dibujo de forma convencional, en el que podían reconocerse las figuras de Jonás tragado por la ballena y de Lázaro resucitado. En cuanto á Diógenes, cuando Pancracio llamó á la puerta, estaba ocupado en poner un mango nuevo á una azada.

Tan diversas ocupaciones en una misma familia hubieran sin duda extrañado á un hombre de nuestros días, pero no causaron la menor sorpresa al joven vis tante, pues sabía que aquella familia pertenecía al honrado y religioso gremio de los *Fossores*, ó sepultureros de los cementerios cristianos, del cual era Diógenes jefe y director.

Una serie de interesantes inscripciones descubiertas en el cementerio de Santa Inés prueban que esta profesión estaba como vinculada en algunas familias, pues se ve por ellas que abuelos, padres é hijos la ejercían sucesivamente en una misma localidad. Sólo así cabe comprender la suma pericia y la uniformidad del sistema que se observa en las Catacumbas. Ciertamente los *Fossores* ejercían en aquel mundo subterráneo una misión elevada y hasta cierta jurisdicción. Aunque la Iglesia facilitaba espacio para la sepultura de todos sus hijos, era natural que si alguno deseaba ser sepultado en sitio especial, por ejemplo cerca la tumba de un mártir, diese en cambio algun estipendio. Los *Fossores* eran los encargados de esta especie de contratos, segun se consigna con frecuencia en las lápidas de los antiguos cementerios (1).

(1) El cardenal Wiseman cita la siguiente inscripción que en su tiempo subsistía aún en el Capitolio:

EMPTV LOCVM AB ARTEMISIVM VISOMVM HOC EST
ET PRAETIUM DATVM FOSSORI HILARO IDEST
FOL NOOD PRAESENTIA SEVERI FOSS ET LAVRENTI.

«Este es un sepulcro para dos cuerpos, comprado por Artemisio; y su precio fué entregado al fossor Hilario, á saber:... (el precio está en cifras ininteligibles). En presencia de Severo el fossor y de Lorenzo.»

Pancracio, después de estar entretenido un rato contemplando los defectuosos ejercicios de Mayo en el arte del grabado, preguntóle:

—¿Eres tú el que graba siempre estas inscripciones?

—¡Oh, no! respondió el artista levantando la cabeza y sonriéndose. Yo no grabo sino para los pobres que no pueden pagar una mano más hábil.

Pancracio leyó la inscripción, que con palabra y frase incorrectas decía así:

DE BIANOBA

POLLECLA QVE ORDEV BENDET DE BIANOBA (1)

—Esta lápida—continuó diciendo Mayo—está destinada á una buena mujer que tenía una tiendecita en la *Via Nova*, y bien podeis creer que no sería rica ni mucho menos, siendo como era muy honrada. No obstante, mientras estaba esculpiendo la piedra se me ha ocurrido un curioso pensamiento.

—Sepamos cuál.

—El pensamiento de que, tal vez de aquí á mil años, los cristianos podrán leer con respeto en la pared estos garabatos míos y recordar con interés á la pobre vieja Pollecla y su tenducho, mientras los epitafios de los Emperadores que hayan perseguido á la Iglesia, ó no serán leídos, ó serán del todo ignorados.

—A la verdad,—objetó Pancracio,—no concibo que los soberbios mausoleos de los soberanos puedan desmoronarse por completo, y que tan remotos tiempos haya de alcanzar la memoria de una humilde y oscura tendera. ¿En qué te fundas para pensar así?

—No en otra cosa—respondió Mayo—sino en mi deseo de que la posteridad guarde más bien la memoria de un pobre virtuoso que la de un rico malvado. Y en este concepto ¿no pudiera suceder que mi tosco epitafio fuese leído cuando ya ni las ruinas quedasen de los arcos de triunfo? Y eso que mi escritura es horriblemente mala, ¿no es verdad?

—No te preocupe esto: la sencillez de tu obra vale tanto seguramente como la más delicada y correcta inscripción... Pero, dime: ¿qué lápida es aquella arrimada á la pared?

—¡Oh! es un hermoso epitafio que nos han traído para colocar. Como observaréis, son bien distintos el escritor y el artífice. Está destinado al cementerio de la quinta de la señora Inés en la vía Nomentana, y creo que está dedicado á la memoria de un

(1) «De la calle Nueva, Pollecla, que vende cebada en la calle Nueva.» (Hallada en el Cementerio de Calixto).

gracioso niño cuya muerte ha sumido en la mayor aflicción á sus virtuosos padres.

Pancracio acercó una luz á la lápida y leyó lo siguiente:

«AQUI REPOSA ENTRE LOS SANTOS EL INOCENTE NIÑO DIONISIO. ACUÉRDATE, EN TUS SANTAS ORACIONES, DEL ESCRITOR Y DEL ESCULTOR.»

— ¡Querido y dichoso niño! — exclamó Pancracio, — acuérdate también de mí en tus santas oraciones, juntamente con el que escribió y el que grabó tu epitafio que acabo de leer.

— ¡Amen! — añadió la piadosa familia.

Pancracio, que acababa de notar cierta alteración en la voz de Diógenes, volvióse hacia él y vióle forcejeando para cortar la extremidad de una pequeña cuña que había introducido en el mango de la azada con el fin de asegurar más el hierro; y como si se lo impidiese algún estorbo que tuviera en la vista, se restregaba de cuando en cuando los ojos con el envés de su callosa mano.

— ¿Qué teneis, mi buen amigo? — le preguntó el hijo de Lucina con amable solicitud. — ¿Por qué os conmueve tanto el epitafio de este niño?

— Porque ese epitafio me recuerda tantos sucesos pasados y me hace presagiar tantos venideros, que de sólo pensarlo me siento conmover en el fondo de mi alma.

— Y ¿qué dolorosos pensamientos son esos?

— Os diré: nada más sencillo que coger en brazos el cadáver de un niño como Dionisio, y envuelto en un lienzo y embalsamado con aromas, depositarlo en su tumba. Le llorarán sus padres, mas poco á poco se consolarán de su pérdida... Pero es muy distinto y requiere un corazón tan endurecido por el hábito como el mio (y volvió á restregarse los ojos con la mano) recoger á toda prisa los ensangrentados y lacerados miembros de tal otro inocente, envolverle con no menor precipitación en un sudario, cubrirle luego con un lienzo, no ya embalsamado, sino lleno de cal, y encerrarle al momento en su tumba... (1) ¡No es así como quisiera uno tratar el cuerpo de un mártir!

— Es mucha verdad, Diógenes; pero un capitán valiente prefiere en el campo de batalla la tumba del soldado á un sarcó-

(1) En algunos sepulcros del cementerio de Santa Inés encontráronse pedazos de cal en los que se veían exactamente impresas diversas partes de un cuerpo humano, en los cuales se descubría aún la existencia de un lienzo fino interior y de otro exterior más basto. En cuanto á los bálsamos y aromas, observa Tertuliano que «los Arabes y los Sabeos aseguraban que los cristianos los consumían todos los años para sus muertos en mayor cantidad que el mundo pagano para sus dioses.»

fago primorosamente esculpido á lo largo de la via *Appia*. Empero, escenas tales como las que habeis descrito ¿son muy frecuentes en tiempo de persecución?

— No son ciertamente extraordinarias, mi buen señor. Estoy seguro de que un adolescente tan piadoso como vos no habrá dejado de visitar, el día de su aniversario, la tumba de Restituto en el cementerio de Hermes.

— En efecto, y muchas veces casi he envidiado su temprano martirio. ¿Acaso le disteis vos sepultura?

— Si, ciertamente; y por más señas que sus padres le hicieron construir un hermoso sepulcro en el *arcosolium* (1) de su cripta. Se lo construimos mi padre y yo con seis losas de mármol reunidas aceleradamente: la inscripción la grabé yo, y me parece (añadió sonriendo) que lo hacia entonces algo mejor que Mayo.

— Lo cual no es alabaros mucho, padre mio, — interrumpió el hijo sonriendo á su vez; — y si no, aquí está la copia de la inscripción que escribisteis.

Y sacó de entre varias hojas un pergamino que mostró á Pancracio.

— Lo recuerdo perfectamente, — dijo éste pasando la vista por encima; y corrigiendo los errores ortográficos, pero nó los gramaticales, leyó así:

AELIO FABIO RESTVTO
FILIO PISSIMO PARI N
TES FECERVNT QVIVI
XIT ANNI. S XVIII MENS
VII INIRENE. (2).

— ¡Qué gloria para un joven — exclamó Pancracio — haber confesado á Cristo en tal edad!

— No hay duda que sí, — añadió el anciano; — pero vos pensaréis, de fijo, que su cuerpo es el único que reposa en aquel sepulcro, y así lo creerá cualquiera leyendo la inscripción.

— En efecto, esta era mi creencia.

— Pues bien, noble Pancracio, os diré que junto á él yace un compañero todavía más joven. Cuando íbamos á cerrar la tumba de Restituto nos trajeron el cuerpo de un niño que sólo contaría doce ó trece años... ¡Oh! nunca olvidaré aquel espectáculo! Le

(1) Así se llamaban los sepulcros semicirculares ó en arco.

(2) «A Elio Fabio Restituto, su muy piadoso hijo, erigieron (este sepulcro) sus padres. Quien vivió diez y ocho años y siete meses. En paz.»

habían suspendido sobre una hoguera, y el fuego había penetrado su cabeza, el tronco y todos sus miembros hasta los huesos, dejándole horriblemente desfigurado. ¡Pobre niño, cuánto debió sufrir!... Y sin embargo, ¡dichoso él!... Pues bien; apremiando el tiempo y pensando que el pobre soldado de diez y ocho años no negaría un poco de lugar á su compañero de doce, antes bien le recibiría como á un hermano menor, lo depositamos á los piés de Elio Fabio. Pero no teníamos una redoma llena de su propia sangre para ponerla sobre el sepulcro é indicar que yacía allí otro mártir, porque el fuego había consumido toda la que corría por sus venas (1).

— ¡Noble y generoso muchacho! — exclamó Pancracio. — Si Restituto era mayor que yo, este otro era más joven. ¿No os parece muy posible, Diógenes, que el día menos pensado tengais que hacer lo propio conmigo?

— ¡Oh, no! ¡espero que no será así! — dijo el buen anciano con voz de nuevo alterada. — Os suplico que alejéis de vuestra mente tal idea. Seguramente llegará primero mi hora... Pues ¡qué! ¿han de ser respetados los árboles viejos y segadas las tiernas plantas?

— Vamos, vamos, mi buen amigo, dejemos esta conversación, pues no quiero afligiros... Por cierto que ya me había olvidado del asunto que me ha traído aquí. Conviene que mañana al rayar el alba vengais á casa de mi madre para concertar la manera de preparar los cementerios en vista de la persecución inminente. Allí estará nuestro santo Pontífice, los presbíteros de las iglesias, los diáconos de los distritos, los notarios, cuyo número está ya completo, y no debéis faltar vos, como jefe de los sepultureros, á fin de que podáis todos obrar de común acuerdo.

— No faltaré, Pancracio.

— Y ahora — añadió el mancebo — quisiera pedir os un favor.

— ¡A mí un favor! — exclamó sorprendido Diógenes.

— Sí; lo espero, y os diré cuál. Supongo que deberéis comenzar prontamente los trabajos en nuestros sagrados cementerios; y si bien los he visitado por devoción repetidas veces, nunca los he examinado ni estudiado, y á este fin quisiera recorrerlos con vos, que tan bien los conocéis.

(1) Esta tumba fué descubierta el día 22 de Abril de 1828. Estaba intacta, y dentro de ella se encontraron huesos blancos y pulidos como el marfil, que parecían corresponder al cuerpo de un joven de diez y ocho años. Cerca de su cabeza estaba la redoma de sangre. A sus piés, y tocando en ellos con la cabeza, yacía el esqueleto de un niño de doce ó trece años, ennegrecido y chamuscado, principalmente el cráneo y la parte superior del tronco hasta la mitad del fémur, desde donde hasta los piés iban siendo los huesos gradualmente más blancos. Ambos cuerpos, ricamente envueltos, reposan juntos debajo del altar del colegio de Padres Jesuitas de Loreto.

— Nada más grato para mí, — contestó Diógenes. — Tan pronto como haya recibido instrucciones, iré al cementerio de Calixto. Venid á encontrarme en la puerta Capena (1) al medio día, y juntos iremos allí.

— Pero debo advertiros que no vendré solo, — observó Pancracio. — Dos jóvenes recién bautizados desean también conocer nuestros cementerios, y me han suplicado se los enseñe.

— Todo amigo vuestro será siempre bien recibido; pero decidme sus nombres para evitar una equivocación.

— El uno es Tiburcio, hijo de Cromacio, el anterior prefecto; el otro es un joven llamado Torcuato.

Al oír este nombre hizo Severo un ligero movimiento de sorpresa y dijo:

— ¿Estais bien seguro de ese joven, Pancracio?

— Basta que venga en compañía suya para que merezca nuestra confianza, — respondió Diógenes como reprendiendo á su hijo.

— Confieso — dijo Pancracio — que no conozco á Torcuato tan á fondo como á Tiburcio, que es realmente un bueno y noble hermano; pero le veo muy ansioso de enterarse de nuestras cosas, y paréceme que no hay motivo para dudar de su buena fe. Pero ¿qué te hace temer, Severo?

— Tal vez sea una bagatela. Es el caso que, yendo esta mañana muy temprano al cementerio, entré en los baños de Antonino (2).

— ¡Hola! — interrumpió Pancracio riendo: — ¿también tú frecuentas tan aristocráticos sitios?

— No precisamente; pero vos ignorais acaso que Cucumio el *capsarius* (3) y su esposa son cristianos.

— ¿Es posible? De manera que ya encontramos á los nuestros en todas partes.

— Cierto; y además los dos esposos se hacen construir su propio sepulcro en el cementerio de Calixto. De ahí mi visita de hoy para enseñarles la inscripción compuesta al intento por mi hermano. Pues bien, como iba diciendo, al penetrar en el edificio no fué poca mi sorpresa viendo, allá en un rincón, á ese Torcuato departiendo reservadamente con Corvino, el hijo del actual prefecto... aquel que fingiéndose lisiado se introdujo, como ya recordaréis, en casa de Inés el día en que una persona caritativa y desconocida (¡Dios la bendiga!) hizo repartir cuantiosas limosnas á los pobres. Con que, he creído que para un

(1) Hoy de San Sebastián. La antigua *Porta Capena* distaba cerca de una milla menos de donde se halla la actual.

(2) Más conocidos por baños de Caracalla.

(3) La persona encargada de guardar la ropa de los que se bañaban, cerrada en una caja, en latín *capsa*.

cristiano tal compañía no era buena, y menos en tal sitio y á tal hora.

—Es mucha verdad,—dijo Pancracio vivamente sonrojado: —pero como Torcuato es tan nuevo en la fe, probablemente sus antiguos amigos ignoran su conversión. Evitemos, pues, todo juicio temerario, y esperemos que todo será para mejor bien.

Pancracio iba á retirarse y los dos hermanos se ofrecieron á acompañarle hasta salir de aquel barrio, tan pobre como inseguro. Aceptó él con agrado tan cortés ofrecimiento, y salió de allí despnes de dar cordialmente las buenas noches al anciano sepulturero.



Los cementerios

Entre los personajes que figuran en esta historia hay uno de quien parece nos hayamos olvidado, y cuyo carácter y pensamientos dimos á conocer al principio: la piadosa Lucina. Su vida pacífica y retraída y sus recatadas virtudes no eran de las que brillan en el teatro del mundo: su casa, además de ser, ó mejor de contener, un *titulo* ó iglesia parroquial, había sido distinguida con el honor de albergar al Sumo Pontífice, que la había elegido por su morada. La proximidad de una violenta persecución, en la que serían las primeras víctimas los jefes del reino espiritual de Jesucristo, calificados de enemigos del César, hacía necesario que la Cabeza de la Iglesia trocarse su residencia ordinaria por un asilo más seguro, eligiéndose al efecto la casa de Lucina; y en ella continuó, con gran consuelo de la piadosa matrona, durante aquel pontificado y el siguiente, hasta que se mandó trasladar á ella las fieras del Anfiteatro para que las alimentase y cuidase el Papa Marcelo con sus propias manos: horrible pena que no tardó en acabar con la vida del Pontífice.

Admitida en el Orden de las Diaconisas á la edad de cuarenta años (1), Lucina encontró un vasto campo de acción en los deberes de su cargo. El cuidado y vigilancia de las mujeres en

(1) La edad comunmente requerida era la de sesenta años, pero algunas veces concedíase la admisión á los cuarenta.

la iglesia, la asistencia á las pobres y enfermas, el arreglo y conservación de las vestiduras sagradas y paños del altar, la instrucción de las niñas y mujeres recién convertidas que se preparaban para el bautismo; tales eran los deberes de las diaconisas, deberes que absorbían á Lucina gran parte de su tiempo á más del que empleaba en sus atenciones domésticas. En el cumplimiento de estas dos clases de deberes pasaba tranquilamente su vida, pareciéndole haber logrado con ellos el principal objeto de sus aspiraciones. Pancracio, su hijo, habíase ofrecido espontáneamente á Dios y vivía dispuesto á dar su sangre por la fe. Velar y orar por él lo consideraba Lucina como un placer más bien que como una obligación.

A hora muy temprana del día señalado tuvo efecto la reunión de que hablábamos en el capítulo precedente. Bastará decir que en ella se dieron todas las instrucciones oportunas para aumentar la colecta de limosnas, que debían invertirse en agrandar los cementerios y enterrar los muertos, en socorrer á los que se hallaban ocultos á causa de la persecución, en mantener á los presos y conseguir el acceso hasta ellos, y por último en rescatar los cuerpos de los Mártires. Nombróse un notario para cada distrito de la ciudad, encargado de recopilar sus Actas y registrar los sucesos más notables. Los cardenales ó presbíteros de las iglesias titulares recibieron instrucciones referentes al modo de administrar durante la persecución los sacramentos, en particular el de la santa Eucaristia, designándosele á cada uno de ellos uno ó más cementerios, en cuyas iglesias subterráneas habían de celebrar los sagrados misterios (1). El santo Pontífice eligió para sí el de Calixto, lo cual llenó de cierto inocente orgullo á Diógenes, como que era el sepulturero mayor.

Más bien que entristecerle, los presentimientos de una próxima persecución parecían regocijar al buen viejo: ningún jefe

(1) Roma estaba circuida de unos sesenta de esos cementerios, cada uno de los cuales se designaba con el nombre de uno ó más Santos cuyos cuerpos yacían en ellos, como por ejemplo los cementerios de los Santos Nereo y Aquileo, de Santa Inés, de San Pancracio, de Pretextato, de Priscila, de Hérmes, etc. A veces tomaban el nombre de los sitios que ocupaban, como *Ad Nymphas*, *Ad Ursum pileatum*, *Inter duas lauros*, *Ad Sextum Philippi*, etc. El cementerio de San Sebastián, que solían designar con el nombre de *Cameterium ad Sanctam Cæciliam*, tenía otros varios, entre ellos el de *Ad Catacumbas*; y aunque se ignora completamente la significación de este vocablo (formado, según parece, de una preposición griega y un verbo latino), podría muy bien atribuirse á la circunstancia de haber estado enterradas en él por algún tiempo las reliquias de san Pedro y san Pablo, en una cripta que aún existe cerca de aquel cementerio. Aplicado, pues, en un principio á un solo cementerio particular el nombre de *catacumbas*, fué generalizándose más tarde hasta convertirse en la frase común y familiar con que se designa todo el sistema de esas excavaciones subterráneas.

encargado del mando de una fortaleza hubiera transmitido sus órdenes con mayor actividad y energía que la empleada por él con sus subalternos encargados de guardar los diversos cementerios que había al rededor de Roma, convocándolos en su casa para comunicarles las instrucciones dictadas en la asamblea.

La sombra del cuadrante solar de la puerta Capena señalaba medio día cuando Diógenes y sus dos hijos salían por ella al encuentro de los tres jóvenes que le estaban ya esperando. Yendo de dos en dos continuaron su camino por la vía Apia; y como á dos millas de distancia escurriéronse por entre los sepulcros contiguos á la vía y llegaron por distintas veredas á una quinta situada á mano derecha. Allí encontraron todo lo necesario para descender á los cementerios subterráneos: antorchas, linternas, pedernales, y otros avíos que pudieran convenirles (1). Severo propuso que, siendo igual el número de los guías y el de los visitantes, se aparejasen como compañeros uno de aquellos con uno de los segundos; y acordado así procuró Severo que Torcuato fuera con él, siendo el motivo fácil de adivinar.

Antorcha en mano, comenzaron á recorrer lentamente una larga y estrecha galería, sin desviarse hacia ninguna de otras muchas que la cruzaban, deteniéndose á menudo y leyendo diversas inscripciones, á la vez que Diógenes iba satisfaciendo á las preguntas que le hacían los jóvenes y dándoles cortas explicaciones sobre los asuntos que consideraba podían llamar su atención (2).

(1) El descenso á las catacumbas se hace generalmente desde su boca misma por unos escalones muy pendientes practicados más abajo de la capa de arena movediza y deleznable hasta la ya endurecida como piedra, no muy dura, pero consistente, y en cuya superficie se distingue claramente la huella del azador ó del pico. Hasta aquí la profundidad forma tan sólo el primer piso del cementerio, pues se sigue bajando por escalones que conducen á un piso segundo y aun á otro tercero, construídos según el mismo plan.

(2) Divídense las catacumbas en tres partes: pasadizos ó calles, apocientos cuadrados (*cubicula*), é iglesias. Los pasadizos son galerías largas y estrechas, cortadas con bastante regularidad, de modo que el pavimento y el techo forman ángulos rectos con los costados, pero tan estrechas á veces que apenas pueden pasar de frente dos personas. Suelen prolongarse dos galerías en línea recta hasta una gran distancia; pero siempre cruzadas por otras, que á su vez lo están por otras, de modo que forman un intrincado laberinto de calles subterráneas en cuya complicada red sería tan funesto como fácil perderse.

Pero estas galerías no han sido construídas solamente, como parece indicarlo su nombre, para conducir ó abrir paso á otra parte, sino que constituyen el cementerio, son la catacumba misma. Así sus paredes como las que rodean las escaleras son verdaderas colmenas de sepulturas; todas están horadadas por hileras de excavaciones grandes y pequeñas, de capacidad proporcionada para contener el cadáver de un niño ó de un adulto, y tendidas paralelamente á la galería. A veces se encuentran una sobre otra hasta catorce hileras de sepulturas.

Al fin Diógenes torció á la derecha, y mirando Torcuato con ansiedad al rededor, preguntó:

—¿Cuántas galerías laterales hemos pasado hasta aquí?

—Muchas,—respondió Severo á secas.

—¿Cuántas creéis que sean? ¿Diez? ¿Veinte?

—Así, poco más ó menos: nunca las he contado.

Bien las había contado Torcuato, pero quería asegurarse de si había llevado bien la cuenta.

—¿Y en qué conoceis—continuó preguntando—por dónde debe torcerse?... ¡Hola! ¿y esto qué es?

Y se inclinó como para examinar un pequeño nicho en una esquina; pero Severo, que no le perdía de vista, reparó que trazaba una señal en la arena.

—No nos detengamos,—le dijo,—pues nos falta mucho que ver, y además nos exponemos á perder de vista á los otros. Ese pequeño nicho sirve para colocar una lámpara, y los hay en cada esquina (1).

Este detalle tranquilizó algo á Torcuato; pero, no del todo satisfecho, siguió contando las galerías que pasaba; y con un pretexto cualquiera deteníase á cada instante para examinar las particularidades que ofrecían cada galería y cada esquina. Por supuesto que nada de esto se escapaba á Severo, que con ojos de lince seguía todos sus movimientos.

Entraron al fin por un arco y se encontraron en una estancia cuadrada, ricamente adornada de pinturas.

—¿Cómo llamáis á este sitio?—preguntó Tiburcio á Diógenes.

—Es una de las muchas criptas ó *cubicula* que hay en nuestros cementerios: algunas son simples sepulturas de familia, pero generalmente contienen el sepulcro de algún mártir, y en ellas nos reunimos el día aniversario. ¿Veis aquel sepulcro de en frente, que aunque está casi al nivel de la pared tiene encima un arco que le resguarda? Pues en tales ocasiones se convierte en altar para la celebración de los divinos misterios. Supongó que estais ya al corriente de cómo se celebran.

—Tal vez no lo estén mis dos amigos,—interrumpió Pan-cracio,—pues no há mucho que fueron bautizados; pero yo lo sé perfectamente. Es sin duda uno de los más gloriosos privilegios de los Mártires que la oblación del sagrado Cuerpo y de la preciosa Sangre del Señor se verifique sobre sus cenizas, que así

(1) Estas lámparas eran de barro cocido y construídas á propósito para las catacumbas, en donde se han encontrado muchas. Algunas ardían al lado de los sepulcros de los Mártires, alimentadas con aceite aromatizado.

descansan bajo los mismos pies de Dios (1). Pero examinemos más de cerca las pinturas que adornan esta cripta.

—Precisamente para que las veais os he introducido en esta cripta con preferencia á otras muchas de este cementerio: es una de las más antiguas y contiene una rica serie de pinturas desde los más remotos tiempos hasta nuestros días, pues algunas han sido obra de mi hijo.

—Pues bien, Diógenes, explicadlas por orden á mis amigos,—dijo Pancracio.—Aunque la mayor parte de ellas me son conocidas, pero no todas, y tendré mucho gusto en oír vuestras explicaciones.

—No soy docto en la materia,—objetó modestamente el buen anciano;—pero cuando uno ha vivido sesenta años, ya desde niño, en las catacumbas, bien puede hablar de ellas mejor que otros, porque las ama como nadie.

Después de breve pausa añadió:

—Supongo que todos los que estais aquí presentes habréis sido ya iniciados en nuestra Religión.

—Todos,—contestó Tiburcio,—aunque no tanto como suelen serlo los catecúmenos. Torcuato y yo hemos recibido el don sagrado del Bautismo.

—Esto basta,—continuó Diógenes.—Las pinturas del techo son naturalmente las más antiguas, como que fueron ejecutadas cuando se excavó la cripta, al paso que las paredes fueron pintadas á medida que se iban abriendo las sepulturas. Como veis, hay pintada en la bóveda una vid cargada de racimos, imagen ciertamente de la verdadera Vid, de la cual somos los sarmientos. Allí teneis á Orfeo sentado y tañendo la lira, cuya dulce armonía atrae á su alrededor, no sólo á su rebaño, sino hasta las fieras del desierto.

—Pero eso es una pintura pagana,—interrumpió Torcuato en tono acre y sarcástico.—¿Qué tiene que ver Orfeo con el Cristianismo?

—Es sólo una alegoría, Torcuato,—observó suavemente Pancracio,—y una de las más bellas. Entre nosotros está per-

(1)

«Sic venerari ossa libet,
Ossibus altare et impositum:
IGLA DEI SITA SUB PEDIBUS,
Prospicit hæc, populosque suos
Carmine propitiata fovet.»

(PRUDENTIUS, III, 211)

«Así se nos ha dado venerar sus santos huesos y el altar sobre ellos levantado. Ella (santa Enlalia), descansando bajo los pies de Dios, ve estos homenajes y favorece á su pueblo, á quien se ha hecho propicia con cánticos de alabanza.»

La idea de que la Mártir descansa bajo los pies de Dios es una alusión á la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía.

mitido el uso de las imágenes gentílicas cuando son del todo inofensivas. En esta bóveda veréis adornos paganos que generalmente pertenecen á una época muy remota. Y por esto fué representado Nuestro Señor bajo el símbolo de Orfeo para preservar su sagrada imagen de las blasfemias y profanaciones de los Gentiles. Mirad ahora debajo de aquel arco, y veréis una representación más reciente del mismo asunto.

—Sí,—dijo Torcuato;—un pastor con una oveja en los hombros... El Buen Pastor: esa representación la entiendo porque recuerdo la parábola.

—Mas ¿por qué este asunto es preferido á los demás?—preguntó Tiburcio.—Lo he visto ya representado en otros cementerios.

—Fijad la vista en el *arcosolium*,—dijo Severo,—y veréis en él una representación más acabada de la escena. Pero mejor será que continuemos lo empezado y acabemos de examinar la bóveda. ¿Veis aquella figura de la derecha?

—Sí,—respondió Tiburcio;—es la de un hombre que parece sentado en una arca, y una paloma que hacia él vuela. ¿No representa el Diluvio?

—Justamente,—dijo Severo;—tal es su representación como emblema de la regeneración por el agua y el Espíritu Santo, y también de la salvación del mundo. Ese es el símbolo de nuestro principio, y allí en aquella otra figura está la imagen de nuestro fin: Jonás precipitado al mar y engullido por una ballena, y luego más allá sentado alegremente en su cabaña. Es emblema de nuestra resurrección en el Señor y del descanso eterno, que es su fruto.

—¿Cuán apropiadas á este sitio son tales representaciones!—observó Pancracio.—Y aquí, en el lado opuesto, tenemos otro tipo de doctrina tan consoladora, la resurrección de Lázaro, y un poco más allá podéis ver una tierna alegoría de las esperanzas de nuestros padres durante la persecución: los tres mancebos en el horno encendido de Babilonia.

—Bien,—interrumpió Torcuato;—creo que podemos ya pasar al *arcosolium* y terminar el examen de esta cripta. ¿Qué significan esas pinturas que le rodean?

—En el lado izquierdo la multiplicación de los panes y peces,—respondió Severo.—El pez, como sabéis, un símbolo de Cristo. ¿Por qué?—preguntó Torcuato algo impaciente.

Severo se volvió á Pancracio como invitándole á que, como más instruido, respondiese.

—Existen dos opiniones acerca el origen de este símbolo. Unos lo encuentran en la palabra misma, ΙΧΘΥΣ (*Ichthys*), cuyas letras forman las iniciales griegas de los nombres siguientes: *Jesucristo Hijo de Dios Salvador*. Otros lo encuentran en

el símbolo mismo, porque así como el pez nace y vive en el agua, así también nace el cristiano en las aguas del Bautismo y en ellas es regenerado con Cristo y por Cristo (1). De ahí que, según la interpretación que se da al símbolo, veamos en los sepulcros, ó la figura de un pez, ó bien su nombre. Prosigue ahora tú, Severo.

—La multiplicación de los panes y peces nos enseña como Cristo en la santa Eucaristía se convierte en alimento para todos. En frente está Moisés golpeando con su vara la roca y haciendo brotar el agua de la que bebió el pueblo escogido: imagen de Cristo, que es nuestra bebida como es nuestra comida (2).

—Por fin llegamos al Buen Pastor,—dijo Torcuato.

—Sí,—continuó Severo,—ahí le tenéis en el centro del *arcosolium* con su sencilla túnica y sus sandalias, y llevando en hombros una oveja, la oveja descarriada y vuelta al redil. A los lados hay otras dos figuras: el vagabundo carnero á la derecha, y la mansa oveja á la izquierda; es decir, el penitente y arrepentido en el puesto de honor. Además aparecen á uno y otro lado dos figuras y son evidentemente personas enviadas por El á predicar su doctrina: ambas, inclinadas hacia adelante, parecen dirigirse á dos ovejas que no son del rebaño. La de un lado está paciende tranquilamente sin atender á lo que se le dice, mientras la del lado opuesto levanta la cabeza en ademán de mirar y escuchar atentamente al que la habla; y sobre las dos cae una lluvia copiosa, símbolo de la divina gracia.

—Mas ¿qué razón hay—preguntó Tiburcio—para que este símbolo sea tan á menudo usado con preferencia á otros?

—Creemos—respondió Severo—que esas pinturas y otras semejantes pertenecen en su mayor parte á la época en que la herejía novaciana affigió terriblemente á la Iglesia.

—Y ¿qué herejía era esa?—preguntó Torcuato distraída y negligentemente, como si creyese que estaba perdiendo el tiempo.

—Era y es aún—respondió Paneracio—la de enseñar que hay pecados que la Iglesia no tiene facultad de absolver, no consintiendo su enormidad que los perdone Dios.

Pasóle desapercibido á Paneracio el efecto producido por sus palabras; pero Severo, que hemos dicho ya no perdía de vista á Torcuato, vió demudársele repentinamente el rostro.

—¿Decís que eso es una herejía?—preguntó confundido el traidor.

—Y de las más abominables,—respondió Paneracio,—por-

(1) TERTULIANO: *De Baptismo*, lib. II, c. 2.

(2) El tipo de esta figura es el de San Pedro, tal como se nos representa en los cementerios. En un vidrio en que está pintada esta escena el personaje que hiere la roca lleva escrita sobre la cabeza la palabra *Petrus*.

que limita la misericordia de Aquel que vino al mundo, no para llamar al arrepentimiento á los justos, sino á los pecadores. La Iglesia católica ha sostenido siempre que un pecador, sea cual fuere el número y enormidad de sus culpas, puede obtener el perdón de ellas si se arrepiente de veras mediante la oportuna penitencia. De aquí la predilección en que es tenido ese tipo del Buen Pastor, dispuesto siempre á correr al desierto en pos de la oveja descarriada.

—Pero supongamos—dijo Torcuato visiblemente emocionado—que uno, después de hacerse cristiano y de recibir la gracia bautismal, incurriese en la apostasía, recayera en el vicio, y... y... (la voz parecía faltarle) estuviese á punto de hacer traición á sus propios hermanos, ¿no le cerraría la Iglesia enteramente la puerta de la esperanza?

—No, de ningún modo,—respondió Paneracio,—precisamente son esos los delitos por cuyo perdón recriminaban los novacianos á los católicos. La Iglesia es una madre que tiene siempre abiertos los brazos para recibir á sus hijos extraviados.

Brilló una lágrima en los ojos de Torcuato, entreabriéronse sus labios é iba á confesar su delito; pero como si un dogal le anudase la garganta, enmudeció, recobró el rostro su anterior expresión; mordiése los labios, y con afectada calma dijo:

—Es ciertamente una doctrina consoladora para quienes la han menester.

Sólo Severo advirtió cuán desaprovechado había sido aquel toque de la divina gracia y que algún funesto pensamiento había extinguido en aquel corazón un rayo de esperanza.

En este instante volvieron Diógenes y Mayo, que se habían alejado un poco para examinar un sitio en donde se proponían abrir una nueva galería.

Torcuato, volviéndose al anciano sepulturero, expresóle su deseo de visitar la iglesia donde habían de reunirse los cristianos.

Diógenes, que nada sospechaba de Torcuato iba á condescender con su petición, cuando el inflexible Severo intervino diciendo:

—Me parece, padre, que es ya demasiado tarde, y bien sabéis que tenemos varios trabajos para concluir. Nuestros compañeros nos dispensarán, tanto más cuanto debiendo officiar el santo Pontífice, tendrán pronto una ocasión mejor y más propicia para ver la iglesia.

Conformáronse todos con lo propuesto por Severo, y al llegar de nuevo al punto donde habían dejado la galería principal para entrar en las laterales, les detuvo Diógenes, y adelantándose algunos pasos hacia un pasadizo que tenían en frente, les dijo:

—Cuando queráis dirigiros á la iglesia, tomad este corredor

y torced á la derecha. Ahora sólo me he propuesto enseñaros un *arcosolium* adornado con una hermosa pintura. Vedla: es la Virgen María, que tiene en sus brazos al Divino Niño mientras le están adorando los Magos del Oriente; y el personaje que está detrás de la Virgen mostrando con la diestra al Divino Infante es San José.

Mientras todos admiraban la pintura, el pobre Severo sentía hondo disgusto porque su padre, inadvertidamente, había orientado á Torcuato en lo que deseaba saber, ya enseñándole el corredor que conducía á la iglesia, ya llamándole la atención sobre un sepulcro cuya pintura había de servirle de guía segura.

Cuando Paneracio y sus dos amigos se hubieron alejado, manifestó Severo á su hermano todas sus observaciones y sospechas, y terminó expresándole el temor de que Torcuato sería para los cristianos ocasión de muchos disgustos.

Acto continuo los dos hermanos procuraron borrar todas las señales que Torcuato había trazado en los ángulos de las galerías; y no pareciéndoles suficiente tal precaución, resolvieron dar otra dirección al camino, obstruyendo la entrada actual y abriéndola en otra parte. Al efecto transportaron gran cantidad de arena de recientes excavaciones hechas en la extremidad de una galería que cruzaba la principal, y la dejaron amontonada allí hasta que los fieles tuviesen conocimiento del cambio proyectado.

III

Sublime filosofía

Terminada nuestra excursión subterránea, no le pesará al lector acompañarnos otra vez á la Campania, *Campania Felix*, como le plugo llamarla á un escritor de la antigüedad. Allí dejámos á Fabiola con la imaginación preocupada por algunas sentencias que casualmente vinieron á sus manos y á las cuales no sabía qué interpretación dar. Deseaba vivamente comprender á fondo su sentido, tanto que se propuso consultar á otras personas de reconocido talento; pero aunque en días sucesivos la visi-

taron algunas, no pudo resolverse á mostrarles aquellas misteriosas sentencias.

La primera de dichas visitas fué de una dama que llevaba una vida semejante á la de Fabiola, filosóficamente irreprochable, pero friamente virtuosa; y su conversación fué girando sobre las opiniones que á la sazón estaban más en boga. Iba ya Fabiola á enseñar á su visitante aquel pergamino que tanto la atormentaba, pero contúvose al punto, como si le hubiese parecido cometer una profanación. Otro día recibió la visita de un docto personaje, muy versado en todo ramo de ciencia y de literatura, el cual hizo gala de su facundia enalteciendo las doctrinas de las escuelas antiguas: y aunque al pronto le pareció á Fabiola oportuno consultarle acerca de su descubrimiento, tampoco llegó á decidirse, pareciéndole que en aquellas misteriosas frases del pergamino se trataba algo muy superior á la comprensión de aquel sabio. ¡Era en verdad cosa extraña que la noble y altiva romana, ávida de luz y de consuelos, tuviese al fin que recurrir como instintivamente á su cristiana esclava! Y así fué también ahora. Aprovechando la primera ocasión de hallarse las dos solas, sacó Fabiola su pergamino y se lo enseñó á Syra. Apoderóse de ésta una súbita emoción, que pasó desapercibida á su ama, pero luego, al acabar su lectura, recobró instantáneamente la serenidad que comunmente se veía en su semblante.

—Este escrito—dijo Fabiola—vino á mis manos en la quinta de Cromacio, donde pedí una hoja para hacer una anotación, y equivocadamente sin duda me dieron esta, comenzada á escribir, y cuyo contenido atormenta mi imaginación, llenándola de dudas é incertidumbres.

—Pero, ¿cómo así, mi noble señora, si el sentido de estas palabras no puede ser más sencillo?

—Cierto, pero esta misma sencillez es cabalmente la que me confunde. Mis naturales tendencias se rebelan contra los sentimientos aquí expresados. Un hombre que no se resienta de una injuria recibida, ni sepa devolver odio por odio, sólo puede inspirarme desprecio. Perdonar, olvidar una ofensa, fuera ya demasiado; pero volver bien por mal, entiendo que es un sacrificio excesivamente contrario á la naturaleza humana... Y sin embargo, Syra, debo reconocer que tu conducta conmigo tiene mucho de esto que mi entendimiento rechaza como imposible.

—¡Oh! no habléis de mí, querida señora; pensad solamente en la sencillez de tal máxima, y considerad que vos misma respetáis á los que obran con arreglo á ella. ¿Despreciáis vos acaso, ó más bien no respetáis á Aristides, que por servir á uno de sus enemigos, que así se lo pedía, escribió él mismo su nombre en la tablilla donde se inscribían los votos para condenarle al

y torced á la derecha. Ahora sólo me he propuesto enseñaros un *arcosolium* adornado con una hermosa pintura. Vedla: es la Virgen María, que tiene en sus brazos al Divino Niño mientras le están adorando los Magos del Oriente; y el personaje que está detrás de la Virgen mostrando con la diestra al Divino Infante es San José.

Mientras todos admiraban la pintura, el pobre Severo sentía hondo disgusto porque su padre, inadvertidamente, había orientado á Torcuato en lo que deseaba saber, ya enseñándole el corredor que conducía á la iglesia, ya llamándole la atención sobre un sepulcro cuya pintura había de servirle de guía segura.

Cuando Paneracio y sus dos amigos se hubieron alejado, manifestó Severo á su hermano todas sus observaciones y sospechas, y terminó expresándole el temor de que Torcuato sería para los cristianos ocasión de muchos disgustos.

Acto continuo los dos hermanos procuraron borrar todas las señales que Torcuato había trazado en los ángulos de las galerías; y no pareciéndoles suficiente tal precaución, resolvieron dar otra dirección al camino, obstruyendo la entrada actual y abriéndola en otra parte. Al efecto transportaron gran cantidad de arena de recientes excavaciones hechas en la extremidad de una galería que cruzaba la principal, y la dejaron amontonada allí hasta que los fieles tuviesen conocimiento del cambio proyectado.

III

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
Sublime filosofía

Terminada nuestra excursión subterránea, no le pesará al lector acompañarnos otra vez á la Campania, *Campania Felix*, como le plugo llamarla á un escritor de la antigüedad. Allí dejámos á Fabiola con la imaginación preocupada por algunas sentencias que casualmente vinieron á sus manos y á las cuales no sabía qué interpretación dar. Deseaba vivamente comprender á fondo su sentido, tanto que se propuso consultar á otras personas de reconocido talento; pero aunque en días sucesivos la visi-

taron algunas, no pudo resolverse á mostrarles aquellas misteriosas sentencias.

La primera de dichas visitas fué de una dama que llevaba una vida semejante á la de Fabiola, filosóficamente irreprochable, pero friamente virtuosa; y su conversación fué girando sobre las opiniones que á la sazón estaban más en boga. Iba ya Fabiola á enseñar á su visitante aquel pergamino que tanto la atormentaba, pero contúvose al punto, como si le hubiese parecido cometer una profanación. Otro día recibió la visita de un docto personaje, muy versado en todo ramo de ciencia y de literatura, el cual hizo gala de su facundia enalteciendo las doctrinas de las escuelas antiguas: y aunque al pronto le pareció á Fabiola oportuno consultarle acerca de su descubrimiento, tampoco llegó á decidirse, pareciéndole que en aquellas misteriosas frases del pergamino se trataba algo muy superior á la comprensión de aquel sabio. ¡Era en verdad cosa extraña que la noble y altiva romana, ávida de luz y de consuelos, tuviese al fin que recurrir como instintivamente á su cristiana esclava! Y así fué también ahora. Aprovechando la primera ocasión de hallarse las dos solas, sacó Fabiola su pergamino y se lo enseñó á Syra. Apoderóse de ésta una súbita emoción, que pasó desapercibida á su ama, pero luego, al acabar su lectura, recobró instantáneamente la serenidad que comunmente se veía en su semblante.

—Este escrito—dijo Fabiola—vino á mis manos en la quinta de Cromacio, donde pedí una hoja para hacer una anotación, y equivocadamente sin duda me dieron esta, comenzada á escribir, y cuyo contenido atormenta mi imaginación, llenándola de dudas é incertidumbres.

—Pero, ¿cómo así, mi noble señora, si el sentido de estas palabras no puede ser más sencillo?

—Cierto, pero esta misma sencillez es cabalmente la que me confunde. Mis naturales tendencias se rebelan contra los sentimientos aquí expresados. Un hombre que no se resienta de una injuria recibida, ni sepa devolver odio por odio, sólo puede inspirarme desprecio. Perdonar, olvidar una ofensa, fuera ya demasiado; pero volver bien por mal, entiendo que es un sacrificio excesivamente contrario á la naturaleza humana... Y sin embargo, Syra, debo reconocer que tu conducta conmigo tiene mucho de esto que mi entendimiento rechaza como imposible.

—¡Oh! no habléis de mí, querida señora; pensad solamente en la sencillez de tal máxima, y considerad que vos misma respetáis á los que obran con arreglo á ella. ¿Despreciáis vos acaso, ó más bien no respetáis á Aristides, que por servir á uno de sus enemigos, que así se lo pedía, escribió él mismo su nombre en la tablilla donde se inscribían los votos para condenarle al

destierro? Como patricia romana que sois, ¿despreciáis acaso, ó más bien no honrais la memoria de Coriolano, que tan generosa clemencia usó con la ingrata ciudad?

—Si, ciertamente; pero concédeme también, Syra, que Aristides y Coriolano eran héroes, y no hombres como los de hoy.

—Y ¿por qué no habíamos de ser todos héroes?—preguntó Syra riendo.

—¡Qué ocurrencia, hija mía! ¿Cómo podríamos vivir en este mundo si todos fuésemos héroes? No cabe duda que es agradable la lectura de las proezas de esos hombres extraordinarios; pero ¿no nos hastiarían si todos los días las viésemos ejecutadas por los hombres todos?

—¿Y por qué razón? Syra.

—¿Por qué razón, preguntas? ¿A qué madre le gustaría ver á su niño de pecho jugando con serpientes ó ahogándolas en la cuna, como Hércules cuando niño? Ningún placer me causaría tener á mi mesa un convidado que con la mayor sangre fría me contase que aquel día había dado muerte á un minotauro, ó estrangulado una hidra, como Teseo: ni quisiera tener un amigo que se ofreciese á conducir las aguas del Tiber á mis caballerizas para limpiarlas. ¡Librenme los dioses de una generación de héroes!

—Es mucha verdad,—dijo Syra en el mismo tono de buen humor con que había dicho Fabiola su frase última;—pero supongamos que tuviésemos la desgracia de vivir en un país donde abundaran tales monstruos, centauros y minotauros, hidras y dragones. ¿No sería mejor que los hombres comunes fuesen otros tantos héroes para destruirlos, sin necesidad de llamar de los extremos confines del mundo á un Hércules ó á un Teseo que nos librasen de tantos monstruos? Al fin y al cabo los hombres que con ellos luchasen no serían por eso más héroes que cualquier cazador de leones en mi país.

—Verdaderamente, Syra, pero no veo á dónde vas á parar con tu razonamiento.

—Digo, pues: la cólera, el odio, la venganza, la ambición y la avaricia son á mi ver unos monstruos tan verdaderos como las serpientes ó los dragones, y lo mismo atacan á los hombres vulgares que á los extraordinarios. ¿Por qué no hemos de procurar todos hacernos tan capaces de vencerlos como Aristides, ó Coriolano, ó Cincinato? ¿Por qué dejar sólo para los héroes lo que todos podemos hacer tan bien como ellos?

—¿Y tú crees realmente que este sea un principio comun de moral? En este caso me parece que te propones remontar demasiado el vuelo.

—No tal, mi buena ama. Os asombrasteis cuando me atreví á sostener que las virtudes interiores y escondidas á las miradas

ajenas eran tan necesarias como las que se ejercen exteriormente y á la vista de todo el mundo; y ahora temo causaros sorpresa todavía mayor.

—Prosigue, y no temas decirmelo todo.

—Pues que así lo quereis, os diré que la doctrina que yo profeso nos manda considerar y practicar, no solo como una virtud corriente, sino también como un simple deber, todo cuanto en cualquier código de leyes, sean estas todo lo perfectas y sublimes que fueren, se considera como un acto de heroísmo y una prueba de extraordinaria virtud.

—¡Sublime regla de perfección moral!—exclamó Fabiola.—Sin embargo, ¿has considerado la diferencia que existe entre uno y otro caso?... El héroe es objeto de las alabanzas del mundo, y cuando domina sus pasiones, cuando ejecuta una acción grande, sublime, la historia la consigna para transmitirla con su nombre á la posteridad. Pero ¿quién estima, ni recompensa, ni repara siquiera en el oscuro individuo que imita aquellos nobles ejemplos en el secreto de su humilde soledad?

Levantando al cielo sus ojos y su mano derecha, respondió Syra en tono solemne y con reverente actitud:

—Nuestro Padre que está en los cielos, y hace resplandecer su sol sobre buenos y malos, y hace llover sobre justos y pecadores.

Fabiola permaneció un momento silenciosa, como sorprendida por tal respuesta, y luego dijo con afable acento:

—Syra, has triunfado de mi filosofía una vez más. Tu doctrina es tan sólida como sublime. Practicar la virtud llevada hasta el heroísmo y como norma en la vida común y diaria, y eso en la oscuridad, en el olvido... ¡Oh! ¡cuánta grandeza! Mas, para empresa tal, sería menester que los hombres fuesen superiores á los dioses... Esta sola idea es digna de todo un sistema filosófico. ¿Podrías acaso transportarme á regiones todavía más elevadas?

—¡Oh! sí, mucho más altas!

—Pero ¿á dónde piensas tú llevarme al fin?

—Pues allí donde vuestro corazón os diga que ha encontrado la paz. ®

IV

Deliberaciones.

Hacia algun tiempo que Diocleciano y Galerio habian encendido en Oriente la persecución, cuando recibió Maximiano el decreto para principiarla en Occidente. No se trataba ya de reprimir, sino de exterminar por completo á los cristianos, y las primeras víctimas debian ser los jefes de la Religión. Al efecto era necesario concertar todos los medios de destrucción, emplear todos los instrumentos posibles para coadyuvar á la seguridad del éxito, y hacer por último que el golpe decisivo fuese acompañado de la horrible pompa del decreto imperial.

A este fin el Emperador, aunque impaciente por ver realizado su sanguinario designio, habiase conformado con el parecer de sus consejeros de que se aplazase la publicación del edicto hasta poderlo hacer simultáneamente en todas las provincias y gobiernos de Occidente; pues de este modo la siniestra nube preñada de odio y de venganza permanecería algun tiempo misteriosamente suspendida sobre las amenazadas víctimas, hasta que al fin, estallando de repente, descargase sobre ellas todos sus elementos, fuego, granizo, nieve, hielo y atronador estruendo.

Era el mes de Noviembre cuando Maximiano Hercúleo convocó la asamblea en que sus planes debían quedar definitivamente resueltos; y á ella fueron llamados los altos oficiales y dignatarios de su Corte. El principal de ellos, el prefecto de la ciudad, habia llevado consigo á su hijo Corvino, á quien propuso para capitanear un cuerpo de *cazadores* armados, escogidos entre los más feroces y encarnizados enemigos de los cristianos. Habian concurrido también para recibir instrucciones los prefectos de las provincias de Sicilia, Italia, España y las Galias; varios filósofos y oradores, entre los que se hallaba nuestro antiguo conocido Calpurnio, y muchos sacerdotes del paganismo, que, llamados también para que asistiesen, habian llegado de diversos puntos del Imperio para pedir que se procediera sin piedad y con el mayor rigor contra los enemigos de los dioses.

Aunque la residencia habitual de los Emperadores era el Palatino, tenían otro palacio más de su agrado y muy especialmente preferido por Maximiano Hercúleo. En tiempo de Neron habia sido acusado del delito de alta traicion el senador Plancio Laterano, y en consecuencia condenado á muerte. Cual es de suponer, confiscó el Emperador sus inmensos bienes, y entre ellos el palacio en que residía y cuya extraordinaria magnificencia y grandiosidad celebraron Juvenal y otros escritores. Estaba situado sobre el monte Celio en la parte meridional de la ciudad, y desde allí se gozaba la vista en el espléndido panorama de la campiña romana, cubierta en aquel punto de colosales acueductos, surcada por numerosas vias orilladas de mármoles sepulcros, y salpicada por todas partes de deliciosas quintas sembrando piedras preciosas engastadas en el verde oscuro esmalte de los laureles y cipreses; alcanzando á ver por la tarde las purpúreas faldas de los collados en los cuales aparecían muellemente reclinadas Alba y Túsculo, «con sus hijas» segun frase oriental «bañándose en los brillantes resplandores del sol poniente.» A la izquierda las montañas de Sabina levantaban sus escarpadas crestas: á la derecha extendiase la dorada superficie del mar completando tan magnífico paisaje.

Sería atribuir á Maximiano una cualidad que no poseía si creyéramos que por amor á lo bello habia preferido una mansión tan admirablemente situada. La esplendidez del edificio que él habia aumentado, así como la facilidad de salir de la ciudad para la caza del jabalí ó del lobo, eran los únicos motivos de su predilección por aquel palacio. Oriundo de Sirmio en la Esclavonia, y nacido por consiguiente en la más ruda barbarie; mero soldado de fortuna; sin la más leve idea de educación, sin más dotes que una fuerza brutal que le habia valido el sobrenombre de Hercúleo, fué elevado á la púrpura imperial por otro bárbaro como él, Diocles, que habia llegado á ser el emperador Diocleciano. Codicioso hasta la vileza y extravagantemente pródigo como éste, esclavo de los vicios y delitos más vergonzosos que una pluma cristiana se resiste á escribir; sin freno alguno á sus pasiones, sin idea alguna de justicia, desprovisto de todo sentimiento de humanidad, no habia cesado este monstruo de oprimir, perseguir, matar á quien quiera se le ponía al paso. Para él la persecución que se preparaba era como el banquete prometido á un gloton que en los excesos de una orgía espera interrumpir la monotonía de sus desórdenes cotidianos. Gigante de cuerpo, con las facciones bien conocidas de su raza; cabello y barba más bien amarillos que rojos, ásperos y erizados como gavillas de paja; con los ojos girando sin cesar en sus órbitas, expresando á un tiempo la sospecha, el libertinaje y la ferocidad, el último de los tiranos de Roma infundía terror á cuantos se le

acercaban, excepto á los cristianos. Así no es de extrañar que odiara su estirpe y hasta su nombre.

Reunidos, pues, en la vasta basilica ó sala de honor del palacio Laterano (*Ædes Lateranæ*) los que debían constituir el Consejo de Maximiano, y á quienes habíase impuesto bajo pena de muerte el secreto, presentóse el Emperador, yendo á sentarse en un trono de marfil ricamente adornado, en el ábside semicircular que había en un extremo del salón, y en frente de él se colocaron sus obsequiosos y casi estremecidos consejeros.

Una guardia de soldados escogidos custodiaba la entrada, y Sebastian, que era el oficial que los mandaba, se había arrimado á la puerta, como por descuido; pero en realidad prestando atento oído á cada palabra que se profería.

Bien lejos estaría el Emperador de imaginarse que aquel salón en donde á la sazón se hallaba sentado, y que poco después cedió á Constantino con el palacio adyacente como parte del dote de su hija Fausta, había de ser transferido por este último al Jefe de la religión cuyo exterminio proyectaba, y que conservando su nombre de Basilica Laterana llegaría á ser la catedral de Roma, ó sea *la madre y primada de todas las iglesias de la ciudad y del mundo* (1). Menos aún habría podido imaginar que en el mismo sitio en que estaba su trono se levantaría una Cátedra desde la cual una dinastía inmortal de Soberanos espirituales y temporales dictaría decretos obedecidos en regiones completamente desconocidas entonces de las águilas romanas.

Concedióse primero el uso de la palabra á los sacerdotes por respeto á su ministerio. Cada uno de ellos tenía un desastre para referir. Aquí se había desbordado un río causando grandes daños; allí un terremoto había destruido media ciudad; en las fronteras del Norte amenazaban los bárbaros con una irrupción; al Mediodía la peste hacía innumerables víctimas y cubría de luto y desolación á muchas poblaciones. Consultados los oráculos, habían todos declarado que de tantas calamidades tenían la culpa los cristianos, cuya existencia, demasiado tiempo tolerada, había provocado la ira de los dioses, y cuyos sortilegios atraían males sin cuento sobre el Imperio. Más aún, muchos de los oráculos habían fulminado la terrible amenaza de que enmudecerían hasta que fuese exterminada la aborrecida casta de los nazarenos; y el grande oráculo de Delfos había asegurado que «el Justo no permitía á los dioses hablar.»

Luego los filósofos y los retóricos fueron desarrollando prolijamente sus teorías en hinchados discursos que en Maxi-

(1) Inscripción que se lee en el frontispicio y en las medallas de la basilica de San Juan de Latrán.

miano sólo producían fastidio é impaciencia; pero como los emperadores de Oriente habían reunido antes que él una asamblea de igual naturaleza, creyóse obligado á soportar pacientemente aquel mal rato. Repitieronse por millonésima vez contra los cristianos, entre los aplausos de los circunstantes, las calumniosas fábulas de niños degollados y luego comidos en banquetes, de delitos vergonzosos y abominables, de altares erigidos para rendir culto á la cabeza de un asno. Los cristianos eran hombres descreídos, sin ley, sin conciencia, sin Dios. Y tales patrañas eran creídas ciegamente, si bien los mismos que las relataban sabían muy bien que eran sólo meras imposturas sin otro objeto que el de fomentar el odio y el horror á la religión cristiana.

Al fin llegó el turno al hombre que según fama había hecho profundos estudios de las doctrinas del enemigo y que conocía á fondo todas sus peligrosas tramas. Decíase también que había leído todos los libros de los cristianos y que estaba escribiendo una refutación de todos sus errores, que se disiparían como el humo. Era tan grande el peso de sus palabras, que ya podía presentarse á desmentir cualquiera afirmación suya el mismo Pontífice de los cristianos, porque todos se habrían mofado de éste y ni un solo instante hubieran pensado en preferir sus aseveraciones á las de Calpurnio.

Supo éste presentar la cuestión bajo un nuevo aspecto y desplegar tal erudición, que dejó atónitos á sus compañeros sofistas. Aseguró con la mayor frescura que había leído todas las obras originales, no sólo de los cristianos, sino también de sus predecesores los judíos.

En el reinado de Tolomeo Filadelfo, —decía,—habiendo pasado los israelitas á Egipto á causa del hambre que desolaba su país, consiguieron por la astucia de su caudillo José acaparar todo el trigo que había en el Egipto y lo mandaron á su tierra; por cuyo motivo Tolomeo los mandó prender y los condenó á comer paja y hacer ladrillos para la construcción de una gran ciudad. Demetrió Falerio, que había oído referirles muchas y curiosas historias de sus antepasados, hizo comparecer á Moisés y Aaron, que pasaban por los más sabios entre ellos; mandó afeitarles la mitad de la cara y los encerró en una torre hasta que hubiesen escrito en griego sus propios anales. Yo mismo he visto estos libros raros y curiosos, y podría citar páginas muy dignas de vuestra atención; pero me limitaré á un hecho que más directamente se relaciona con nuestras deliberaciones. Esta raza había combatido á cuantos reyes y pueblos encontró á su paso, destruyéndolos á todos. Pasar á filo de espada á los habitantes de las ciudades de que se apoderaban, tal era el principio que les habían inculcado sus ambiciosos y fanáticos sacerdotes;

principio cuyo cumplimiento llevaban á tal rigorismo, que cuando uno de sus reyes llamado Saulo, ó bien Paulo, perdonó á un desgraciado monarca prisionero, cuyo nombre era Agag, los sacerdotes mandaron descuartizar al infeliz cautivo.

Y ahora,—continuó diciendo Calpurnio,—sabedlo: los cristianos están aún dominados por esos mismos sacerdotes y dispuestos á destruir el gran Imperio romano, á quemarnos vivos todos en el Foro y aun á poner sus manos sacrílegas sobre las sagradas cabezas de nuestros divinos emperadores.

A tales palabras por tal modo pronunciadas resonó por toda la asamblea un murmullo de horror, pero restablecióse muy pronto el silencio porque el Emperador dió señales de querer hablar.

—Pormi parte,—dijo Maximiano,—tengo más poderosos motivos para aborrecer á los cristianos. ¿No han llevado su osadía hasta establecer en el centro del Imperio, en esta misma ciudad de Roma, la Cabeza suprema de su religión, autoridad antes desconocida, independiente del Gobierno imperial, mientras ejerce grande y poderosa influencia en el espíritu de los cristianos? El emperador había sido siempre reconocido como jefe supremo de la religión y del Estado, de donde le vino el dictado de Pontífice Máximo. Pero esos cristianos establecieron una potestad diferente, dividieron la autoridad civil de la religiosa, y por consecuencia sólo me guardan á medias la sumisión y la lealtad que se me debe por entero. Ante tal usurpación, abomino esa autoridad sacerdotal que usurpa mi poder sobre mis súbditos; y preferiría ver á un rival disputándome el trono antes que saber la elección de uno siquiera de esos sacerdotes en Roma.

Ese discurso, pronunciado con voz áspera y dura, y con acento bárbaro y tosco, fué recibido con frenético entusiasmo, y enseguida se dispuso la publicación simultánea del edicto en todo el Occidente y su completa é inexorable ejecución.

Dirigiéndose bruscamente á Tértulo, le dijo el Emperador:

—¡Prefecto! ¿no me dijiste que tenías que proponerme un sujeto muy apto para cuidar de estas operaciones y tratar sin piedad á esos traidores?

—Majestad, aquí le teneis: es mi hijo Corvino.

Y tomándole de la mano, Tértulo condujo al joven candidato á las gradas del trono, en donde se arrodilló.

Maximiano clavó en Corvino una mirada escrutadora, y soltando luego una careajada, dijo:

—¡Por Júpiter! ¡este es mi hombre! No sabía, prefecto, que tuvieses un hijo tan horriblemente feo. Por las trazas cumplirá su cometido á maravilla, pues veo estampadas en sus facciones todas las cualidades de un desalmado.

Y volviéndose á Corvino, que tenia el rostro encendido de ira, terror y vergüenza, díjole:

—Espero ver cómo te portas. Nada de pasos en vago, ni de golpes al aire, sino en terreno firme y sobre seguro. Pago bien al que bien me sirve, pero al mismo tiempo doy su merecido al que me sirve mal. Con que ya lo sabes; marcha, y no olvides que si tienes buenas espaldas para responder de faltas leves, pagarás las graves con tu cabeza. Las haces de los lictores están formadas de varas, pero en todas hay también una afilada segur.

Maximiano iba á retirarse cuando percibió á Fulvio, á quien había hecho llamar como espía pagado por la Corte, y que se había mantenido detrás de todos los circunstantes lo más oculto posible.

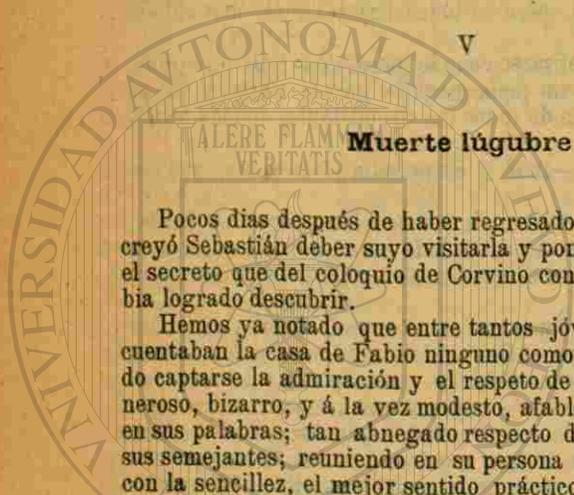
—¡Hola, oriental!—gritó el Emperador,—acércate, que debo decirte algo.

Obedeció Fulvio con afectada satisfacción, pero con verdadera repugnancia, como si hubiera sido invitado á acercarse á un tigre atado á una cadena de cuya resistencia no estuviese muy seguro.

Apenas llegado á Roma, había observado Fulvio, sin poder explicarse la causa, que el Emperador no le miraba con buenos ojos; y era, no solo porque el tirano contaba con bastantes favoritos á quienes enriquecer y espías á quienes retribuir, sin necesidad de que Diocleciano se los enviara de Asia; sino también por el convencimiento íntimo que tenía de habersele enviado Fulvio con la secreta misión de espíarle y escribir á Nicomedia todo cuanto se decía y hacía en Roma. Por esto, á la vez que se veía obligado á tolerarle y emplearle, desconfiaba de él y le miraba con disgusto; lo que, tratándose de Maximiano, era equivalente á odiarle de muerte. Así es que Corvino pudo consolarse en cierto modo al oír que el Emperador apostrofaba públicamente á su aliado con la aspereza que á él, diciendo:

—Basta ya de afectados gestos é hipócritas miradas. Lo que yo quiero son obras y no palabras ni fingidas sonrisas. Viniste aquí recomendado como un famoso descubridor de conjuras, como una especie de sabueso de excelente instinto para levantar la caza ó seguirle siquiera la pista: pero hasta hoy ninguna prueba tengo de tu habilidad, bien que me cuestas caro. Creo que esos cristianos te ofrecen ocasión para mostrar lo que vales. Ya sabes mi manera de obrar. Anda recto y abre los ojos, no sea que el día menos pensado te los haga cerrar para siempre. Los bienes de los reos convictos serán como de costumbre divididos entre los denunciadores y el erario público, á menos que por razones especiales juzgase yo más conveniente reservármelo todo. Quedas advertido, y ahora véte.

La mayor parte de los circunstantes juzgaron rectamente que aquellas *razones especiales* serian para Maximiano regla general.



Muerte lúgubre

Pocos dias después de haber regresado Fabiola de su quinta, creyó Sebastián deber suyo visitarla y poner en su conocimiento el secreto que del coloquio de Corvino con la negra esclava habia logrado descubrir.

Hemos ya notado que entre tantos jóvenes nobles que frecuentaban la casa de Fabio ninguno como Sebastián habia sabido captarse la admiración y el respeto de Fabiola. Franco, generoso, bizarro, y á la vez modesto, afable, cortés en el trato y en sus palabras; tan abnegado respecto de sí como solícito por sus semejantes; reuniendo en su persona hermanada la nobleza con la sencillez, el mejor sentido práctico con un tacto exquisito, Sebastián era á los ojos de Fabiola el tipo más acabado de varonil virtud, uno de esos hombres nada comunes cuyas nobles prendas les atraen cada dia mayor estima, nunca alterada esta, más bien acrecentada, por el trato intimo y familiar.

Por eso, enterada la joven patricia de la visita del tribuno Sebastián y de su deseo de hablarla confidencialmente, sintió latir con más fuerza su corazón, perdiéndose en mil extrañas conjeturas acerca del objeto de la solicitada entrevista. Su agitación creció de punto cuando Sebastián, después de excusarse por aquella visita en apariencia fuera de toda regla, le manifestó con amable sonrisa que no ignoraba cuán enojoso le era el gran número de pretendientes á su mano, y por lo mismo sentía en el alma tener que hablarle de un nuevo aspirante que hasta aquel dia no se habia atrevido á declararse. Si ese ambiguo exordio pudo sorprender gratamente á Fabiola, halagando al propio tiempo su orgullo, pronto se sintió éste mortificado al oír de labios de Sebastián que se trataba del estúpido y vulgar Corvino; epítetos con que Fabio, á pesar de no ser muy lince en distinguir caracteres, lo habia calificado después del último ban-

quete, no siendo más favorable el juicio que de él habia formado la misma Fabiola.

Sebastián, que temia de las drogas ó filtros de la esclava negra más bien los efectos físicos que la influencia moral, creyóse obligado á noticiar á la joven patricia el pacto criminoso de los dos cómplices, por más que el objeto de dicho pacto por parte de Afra no era otro que exprimir la bolsa de aquel bobo tan pertinaz como desconfiado. Nada dijo, por supuesto, de la parte del diálogo referente á los cristianos, limitándose á poner en guardia á Fabiola. Esta prometió á Sebastián impedir á su esclava toda excursión nocturna. Aunque no temia las misteriosas tramas de la esclava, despreciándolas altamente, ni creía que intentase cumplir lo maquinado, pues á quien Afra se proponía hacer su victima era á Corvino, no pudo Fabiola ocultar su indignación ante la idea de ser objeto de tráfico entre seres tan villanos que la suponían tan baja y codiciosa para ceder á la seducción del oro.

—La atención que habeis tenido en prevenirme—dijo á Sebastián—me revela toda la generosidad de vuestro ánimo, y admiro la delicadeza con que habeis tratado este asunto, como también la bondad y la consideración que habeis mostrado para con todos los que en él han intervenido.

—He hecho—contestó Sebastián—lo que en igual caso haría por cualquiera criatura humana, con sólo creer que podia ahorrarle un pesar ó librarla de un peligro.

—Entiendo que os referiréis á personas amigas,—observó Fabiola sonriéndose;—de otro modo se os pasaría la vida en actos de beneficencia de poco ó ningun provecho.

—¡Oh! de ser así, me consideraría el hombre más feliz, pues mi vida no podría ser mejor empleada.

—De fijo, Sebastian, que os estais chanceando. Si un hombre que siempre os hubiese aborrecido y que intentara haceros daño se viese amenazado de un peligro, sucumbiendo al cual os viéseis libre para siempre de su enemistad y de sus maquinaciones, ¿le tenderiais la mano para salvarle ó socorrerle?

—Sí, ciertamente. Cuando Dios hace resplandecer el sol y descender la benéfica lluvia, así sobre sus enemigos como sobre sus amigos, ¿osaría el débil mortal establecer otra regla de justicia?

Fabiola quedó en extremo sorprendida al oír esas palabras, que tan bien consonaban con las del misterioso pergamino y con las teorías morales de su esclava Syra.

—Si mal no recuerdo, Sebastián,—dijo,—pasasteis algún tiempo en Oriente. ¿Sería allí donde aprendisteis esos principios? Porque tengo en casa una asiática, esclava mia por su propia voluntad, joven adornada por cierto de cualidades extraordina-

rias y dotada de sentimientos morales de singular elevación, y la he oído desarrollar ideas muy semejantes á las vuestras.

—Sin embargo,—contestó Sebastian,—esos principios que tanto os sorprenden no los he aprendido en tan lejanas tierras, sino que los he mamado con la leche de mi madre: verdad es que de Oriente traen su origen.

—Consideradas en abstracto,—observó Fabiola,—son indubablemente bellísimas teorías; pero si las adoptásemos como reglas de nuestra conducta, la muerte nos sorprendería antes de haber podido practicar la mitad de ellas.

—Y ¿en qué ocasión mejor podría, no sorprendernos, sino hallarnos la muerte, que cumpliendo nuestros deberes, por más que fuese antes de haber podido llenarlos todos?

—Pues por mi parte—replicó Fabiola,—me inclino á la opinión del antiguo poeta Epicuro. Este mundo es un festín que dejaré de buen grado cuando estaré saciada, *ut conviva satur*, y no antes (1). Quiero leer todo el libro de la vida, y cuando haya concluido su última página lo cerraré tranquilamente.

Sebastián meneó la cabeza y dijo con triste sonrisa:

—La última página del libro de esta vida se encuentra muy á menudo en la mitad de él, y á veces también en el principio. De todos modos el libro no se ha concluido. Después de aquella página, última de nuestra vida, se abre el libro glorioso de una vida nueva, cuya primera página es la eternidad.

—¡Oh! bien os comprendo,—dijo Fabiola en tono festivo:—hablais como bizarro militar que sois. Vosotros los soldados debéis estar siempre dispuestos á la muerte, que os acecha de continuo á través de mil peligros; pero á nosotras las mujeres rara vez nos acomete la muerte tan de súbito, y conocedora de nuestra flaqueza, nos tiene los debidos miramientos. Vosotros anhelaís una muerte gloriosa en el campo del honor, presentando el pecho á los numerosos dardos del enemigo y pensando en la hoguera coronada de los trofeos que ilustran los funerales de los héroes; y así comprendo que para vosotros os abre más allá de la tumba sus luminosas páginas el libro de la gloria.

—No me habeis comprendido, noble señora,—replicó Sebastian con acento solemne:—no quise decir eso. No ansío una gloria que sólo puede gozarse con la imaginación. Me refiero á la muerte común, que lo mismo puede sobrevenirme á mí que á un infeliz esclavo: hablo de esa muerte que puede consumirme por una fiebre lenta y abrasadora, ó por una tisis pertinaz, ó un

(1) Epicuro hacía consistir su moral únicamente en los placeres de los sentidos, como la suma de los bienes. La salud corporal, la tranquilidad de espíritu, la sabiduría y la virtud no eran para Epicuro más que los medios de asegurarse, de prolongar y refinar aquellos placeres.

cáncer que devora lentamente mis carnes. ó si quereis por la cólera y el odio de los hombres. De cualquier modo que sea, siempre vendrá de una mano amiga.

—¿Y decís que os fuera grata una muerte bajo tan horribles aspectos?

—Tan cierto, señora, que la recibiría con el mismo placer que siente el epicúreo cuando se abren de par en par las puertas del festín y ve aparecer á la claridad de las lámparas la deslumbrante mesa cubierta de los más exquisitos manjares, y al pie de ella á los que han de servirla vestidos y coronados de rosas: con el mismo inefable gozo con que la recién desposada oye anunciar la llegada del futuro esposo, que cargado de ricos presentes entra á tomarla de la mano para conducirla á su nueva morada. Así se regocijará mi corazón cuando venga la muerte en cualquiera de sus formas á abrirme las puertas, de hierro por este lado y de oro purísimo por el otro, que conducen á la mansión de una vida nueva y eterna. Nada me importa que sea horriblemente feo el mensajero que viniere á anunciarme la próxima llegada de Aquel que es la celestial belleza.

—Y ¿quién es Aquel? ¿Acaso no se le puede ver sino por entre los descarnados huesos de la muerte?

—Nó, porque El es quien ha de recompensarnos, no sólo por lo que hayamos hecho en vida, sino también por la manera de recibir la muerte. ¡Dichosos aquellos que hayan conservado puros é inocentes sus corazones, en los que El está siempre leyendo! ¡Dichosos aquellos cuyas acciones hayan sido siempre virtuosas! Para ellos el glorioso mensajero de la muerte será el principio de su cierta é indefectible recompensa.

—¡Oh cuán parecidas son esas doctrinas á las de Syra!—decíase interiormente Fabiola.

Disponíase á preguntar á Sebastián en qué fuente las había bebido, cuando apareció en la puerta de la estancia un esclavo, que dijo respetuosamente:

—Señora, acaba de llegar un correo de Baía (1).

—Con vuestro permiso, Sebastián,—dijo Fabiola.—Que pase al instante.

El mensajero, cuyo caballo acababa de caer rendido de fatiga á la puerta de la casa, entró cubierto de polvo y alargó á Fabiola un pliego sellado.

Tomólo con mano trémula, y mientras lo abría preguntó en tono de duda:

—¿Es de mi padre?

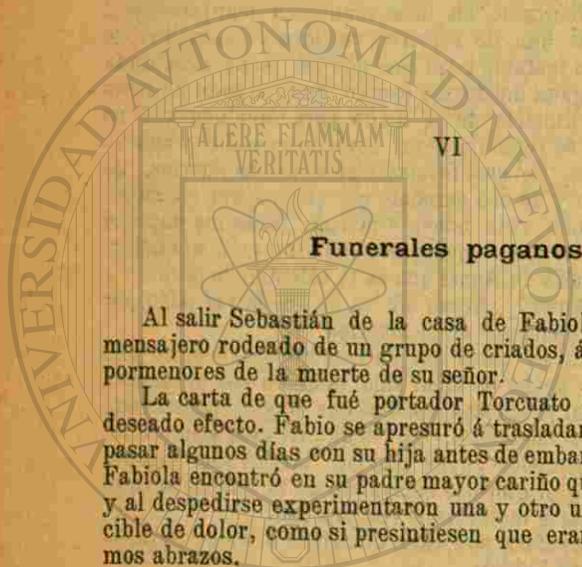
—Referente á él por lo menos,—respondió el mensajero.

(1) Lugar cerca de Nápoles, famoso por sus baños y donde se reunía el mundo elegante.

Extendió Fabiola el rollo, examinó rápidamente su contenido, exhaló un grito y sobrevinole un desmayo.

Sebastián pudo sostenerla antes de que viniese al suelo, la depositó en un lecho y la dejó al cuidado de sus esclavas, que acudieron presurosas al oír el grito de su señora.

Una ojeada había bastado á Fabiola para enterarse de su desgracia: ¡su padre había muerto!



Funerales paganos

Al salir Sebastián de la casa de Fabiola vió en el patio al mensajero rodeado de un grupo de criados, á quienes referia los pormenores de la muerte de su señor.

La carta de que fué portador Torcuato había producido el deseado efecto. Fabio se apresuró á trasladarse á su quinta para pasar algunos días con su hija antes de embarcarse para el Asia. Fabiola encontró en su padre mayor cariño que el de costumbre, y al despedirse experimentaron una y otro un sentimiento indelible de dolor, como si presintiesen que eran aquellos los últimos abrazos.

Fabio, sin embargo, pronto olvidó en Baia la penosa sensación sufrida, rodeado de una turbamulta de amigos suyos, entre los cuales pasó alegremente el tiempo, mientras la galera en que debía hacer el viaje hacia los aprestos necesarios y se proveía de los mejores vinos y más exquisitos víveres de la Campania. Una noche, al salir Fabio del baño después de una abundante y opípara cena, dióle un accidente repentino, sintióse acometido de una violenta calentura, y á las veinticuatro horas era cadáver. Tuvo aún tiempo para otorgar testamento, en el que institua como única y universal heredera á su hija. A la salida del correo que había traído la infausta noticia estaban embalsamando su cadáver para trasladarlo á Ostia en la misma galera.

Al oír Sebastián la triste relación del mensajero sintió haber hablado á Fabiola, respecto de la muerte, en los términos que acababa de hacerlo, y salió de la casa poseído de funestos pensamientos.

La desgracia que tan repentinamente acababa de sufrir ocasionó á Fabiola un dolor tan intenso que llegó á perturbar su razón; pero la fuerza de su juventud y la energía de su carácter lograron sostenerla, si bien le pareció entonces que la vida se le presentaba como un oceano sin límites, sobre cuyas negras olas no flotaba otro sér viviente que ella. Completa, inconmensurable parecía su desventura, y unas veces caía en el abatimiento, y otras, reanimada é inquieta, se movía de un lado á otro, en tanto que sus esclavas se afanaban por calmar su agitación administrándole los remedios que más adecuados les parecían. Así permaneció algunos días: parecía sumida en letárgico estupor; á veces se incorporaba en el lecho, pálida, con los ojos enjutos, desencajados é inmóviles, sin que la luz impresionase sus pupilas, y su espíritu era presa de mortales angustias. El médico que la asistía, deseando probar el último esfuerzo, preguntóle al oído con voz clara y fuerte:

— Fabiola, ¿sabéis que vuestro padre ha muerto?

Entonces se estremeció, cayó de espaldas, y un raudal de lágrimas desahogó la pena de su corazón y despejó su entendimiento. Entonces comenzó á hablar de su padre, á llamarle entre sollozos, á dirigirle palabras extrañas é incoherentes, pero llenas de cariño. Hubo un momento en que pareció olvidar la desgracia que la afligía, pero recordando súbitamente la cruda realidad prorrumpió con mayor violencia en sollozos y lágrimas; hasta que, rendidos su espíritu y su cuerpo, apoderóse de ella un sueño reparador.

Eufrosina y Syra permanecieron á su lado velándola. La primera le había prodigado para consolarla las triviales frases acostumbradas en tales casos, recordando al excelente amo, al honrado ciudadano, al cariñoso padre. La esclava cristiana, por el contrario, guardaba silencio; y si alguna vez despegaba los labios era sólo para dirigir á su ama algunas palabras de afecto y de consuelo, asistiéndola con tal esmero y tan tierna solicitud, que Fabiola, en medio de su inmensa postración y funesto dolor, la oía y la comprendía. Y ¿qué podía hacer la buena Syra, sino orar? ¿Qué otra esperanza concebir, sino que una nueva gracia descendiese sobre la desolada huérfana haciendo germinar en medio de su inconsolable pena una flor inmortal, y que un ángel de luz viniese á disipar la sombría nube que entenebrece el espíritu de su humillada señora?

Calmada la primera violencia del dolor, vino la reflexión, pero abrumadora y siniestra. ¿Qué había sido de su padre? ¿A dónde había ido? ¿Quedaba del todo destruida su existencia? ¿Había caído en el abismo de la nada? ¿Habían sido examinadas todas las acciones de su vida por Aquel cuya mirada penetra hasta lo invisible? ¿Había sido sometido al tremendo juicio de que ha-

blaban Syra y Sebastián? ¡Imposible! Y entonces ¿qué habrá sido de él? Estremeciase ante el arcano que tales reflexiones entrañaban, y esforzabase en desecharlas de su mente.

¡Oh! ¡qué no daría por un rayo de aquella luz desconocida que, sin comprenderla, adivinaba, y que alumbrando la misteriosa profundidad del sepulcro le mostrase ante sus ojos la realidad! Con la poesía había pretendido iluminar aquel tenebroso abismo y aun glorificarlo, pero no pudo pasar de la puerta, donde quedó como un genio de abatida frente y con la antorcha vuelta al revés. Con la ciencia había osado penetrar más adelante, pero tuvo que salir casi asfixiada, con las alas caídas y la lámpara apagada al soplo de aquel aire fétido, y sin haber descubierto más que corrupción y podredumbre. Con la filosofía había intentado dar vueltas en torno de tan horrible misterio y echarle alguna que otra mirada de terror; pero tuvo que retroceder súbitamente, confesando que en la propia impotencia ni había resuelto el problema ni rasgado el velo del misterio. ¡Oh! ¡qué no habría dado para encontrar algún medio, alguna persona que le ayudase á salir de tan dolorosas incertidumbres!

Mientras en el silencio de la noche se agrupaban tales pensamientos como negra nube en la mente de Fabiola, su esclava Syra estaba gozando de una visión de luz que revestida de una forma humana se alzaba radiante del tétrico fondo de una tumba como de un crisol donde había dejado las groseras partículas de la materia sin perder la esencia de su naturaleza. Surgía, es verdad, de un germen infecto y corrompido, pero espiritualizada y libre, amable y gloriosa. Y tras aquella visión otras y otras que salían de las profundidades de la tierra y de los abismos del mar, del métrico cementerio ó del sagrado altar, del espeso bosque donde cae un justo víctima de insidioso homicida, y de los antiguos campos de batalla en los que el pueblo de Israel combatía por Dios. Estas radiantes imágenes se lanzaban á los aires como fuentes cristalinas que el sol hace resplandecer con mil y mil diamantes, como brillantes meteoros que suben hacia el firmamento, hasta que agrupándose á millones vuela á poblar la creación é inauguran una vida nueva, feliz, inmortal.

Mas ¿cómo podía entender Syra todo eso? Es que un Sér más grande y más sabio que los poetas, los sabios y los filósofos había hecho antes que nadie la prueba. Aquel Sér entró con las más negras sombras de la noche y salió con la más brillante luz de la mañana. Allí fué depositado envuelto en un sudario embalsamado, y de allí se levantó vestido de su propia y fragante incorruptibilidad, resplandeciente y celestial. Desde aquel solemne día el sepulcro ha dejado de ser un objeto de terror para las almas cristianas, porque desde entonces ha seguido siendo lo que

El le hizo, esto es, el surco en que debe echarse la semilla de la inmortalidad.

Sin embargo, no era todavía oportuno hablar de esas cosas á Fabiola, que seguía acongojada y en el mayor desconsuelo, como han de estarlo los que gimen sin esperanza; y sus días transcurrían en largas y lúgubres meditaciones sobre el misterio de la muerte, hasta que afortunadamente vinieron á sacarla de tan crueles angustias otros cuidados.

Llegó á Roma el cadáver de su padre, y se le hicieron unos soberbios funerales como desde mucho tiempo no los había presenciado la ciudad. En el campo de las exequias erigieron una elevada pira de maderas aromáticas, empapadas en los más exquisitos perfumes de la Arabia. Acompañó al féretro un largo cortejo de amigos y parientes del finado, seguido de las plañideras y de los que llevaban las efigies en cera de sus antepasados. Colocaron el cadáver sobre la pira, de la que en breve surgieron gigantescas llamas que alumbraban fatidicamente la noche. Después unos puñados de ceniza y de huesos calcinados eran encerrados en una urna de alabastro y depositados en un nicho del sepulcro de la familia. Un nombre esculpido en la urna indicaba lo que había quedado del opulento Fabio.

Calpurnio pronunció la oración fúnebre. Siguiendo la costumbre de aquellos tiempos, encareció las falsas ideas de que estaba embebido su auditorio, y puso en parangón las virtudes del industrioso y hospitalario ciudadano con la supuesta moralidad de los llamados cristianos que, ayunando y orando desde la mañana á la noche, se afanaban á la vez en insinuar sus máximas funestas en todas las familias nobles, sembrando la deslealtad y la inmoralidad en todas las clases sociales.

—Fabio,—dijo el orador,—si es cierto que hay esa vida futura, en que tan discordes andan los filósofos, Fabio descansa en los mullidos y perfumados céspedes de los Campos Elíseos, embriagándose en el purísimo néctar de los dioses. ¡Ah! (continuó en tono patético el viejo impostor), ¿quién sentiría trocar una copa de vino de Falerno por un ánfora (1) de aquel licor divino? ¡Quieran los dioses apresurar el día en que también yo, humilde cliente de Fabio, pueda reunirme con él en su placido reposo y participar de sus sóbrios banquetes bajo regalada sombra!

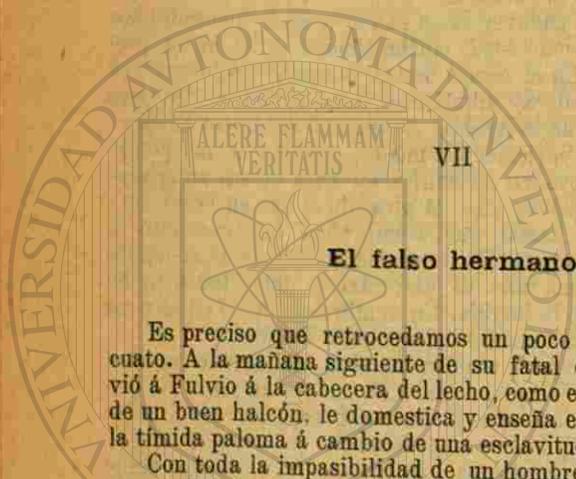
La concurrencia aplaudió con entusiasmo aquel arranque sentimental.

Recogidas por Fabiola las cenizas de su padre, dedicóse á examinar y poner en orden los complicados asuntos que había

(1) Cántaro ó tinaja de barro, en el que se conservaba el vino en las bodegas.

dejado. ¡Cuántas veces la hizo sufrir el descubrimiento de evidentes muestras de injusticias, de fraudes, de concusiones y arbitrariedades en los contratos de aquel á quien el mundo habia aplaudido como el más honrado y generoso de los contratistas públicos!

Algunas semanas después, Fabiola en traje de luto fué á visitar á sus amigas, y en primer término á su prima Inés.



El falso hermano

Es preciso que retrocedamos un poco y volvamos á Torcuato. A la mañana siguiente de su fatal caída, al despertar, vió á Fulvio á la cabecera del lecho, como el cazador que, dueño de un buen halcón, le domestica y enseña el modo de hacer caer la tímida paloma á cambio de una esclavitud bien mantenida.

Con toda la impasibilidad de un hombre experimentado comenzó Fulvio por hacerle recordar todas las circunstancias de la borrascosa noche anterior, su ruina y el único medio de salir de sus apuros, y al paso que con refinada astucia exponiale su difícil situación, iba reforzando toda la trama de la red ya tendida á su víctima, procurando estrechar cada vez más sus mallas.

¡Triste situación la de Torcuato! Si daba un solo paso hácia los cristianos, cosa que Fulvio le aseguraba era ya inútil, sería al punto preso, entregado al juez y castigado con muerte cruel: si, por el contrario, permanecía fiel á su pacto de traición, nunca le faltaría nada.

—Estás excitado y calenturiento,—acabó Fulvio por decirle;—y un paseo con el aire fresco de la mañana te hará bien.

Al infeliz le faltaban fuerzas para resistir. Salieron, pues, y apenas habían llegado al Foro cuando se encontraron con Corvino como por casualidad, y después de cambiar un saludo les dijo éste:

—Me alegro de haberos encontrado, pues quisiera que vierais el taller de mi padre.

¿El taller?—interrogó Torcuato con sorpresa.

—Sí; el depósito donde conserva sus instrumentos del arte, que han sido restaurados y puestos ordenadamente. Estamos muy cerca, y... ¡ved! precisamente ese malcarado y viejo Cátulo está abriendo la puerta.

Dirigiéronse á la casa que Corvino acababa de indicarles, y entraron en un gran patio rodeado de galerías llenas de instrumentos de tortura, de todas formas y dimensiones.

Torcuato retrocedió espantado.

—Entrad, señores, no hayais miedo,—dijo el verdugo.—Todavía no está encendido el fuego, y nadie os hará el menor daño, á menos que seais del número de esos perversos cristianos, para quienes acabamos de pulir y afilar todo esto.

—A propósito, Cátulo,—dijo Corvino;—explícale á ese joven, que es forastero, el uso de esos juguetes.

Cátulo les hizo recorrer aquel horrible museo, mostrándoles cuanto contenía y acompañando sus minuciosas explicaciones con bromas y pullas que no son para referidas aquí. Su entusiasmo llegó á tal punto, que muy poco faltó para que hiciese sufrir á Torcuato una demostración práctica y sensible de cuanto le describía, agarrándole una oreja entre dos tenazas; y otra vez amenazó su cabeza un golpe tan tremendo de pesada maza, que á poco más le hace saltar los dientes.

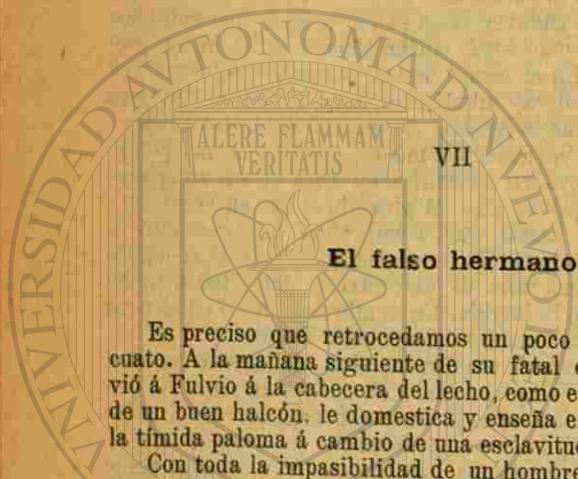
La rueda, el potro, unas enormes parrillas, un sillón de hierro con un hornillo debajo para calentarlo, grandes calderas para baños de agua y aceite hirviendo, cucharones para derretir plomo é introducirlo en la boca de las víctimas, tenazas, garfios y cardas de diferentes formas y tamaños para arrancar la carne de las costillas, escorpiones ó látigos con bolas de hierro ó plomo á la punta, collares, esposas y grillos, también de hierro, y en fin, espadas, cuchillas y hachas, todo les fué especificado por Cátulo, que se gozaba de antemano en ver cuanto antes aplicados tan horribles instrumentos á las cabezas y dura piel de los cristianos (1).

De aquella minuciosa inspección salió Torcuato estremecido y falto de aliento, y sus dos seductores le condujeron desde allí á los baños de Antonino, donde para mayor desgracia fué reconocido por el anciano Cucumio, *capsarius* ó jefe de la guardarrropía, y su esposa Victoria, que anteriormente le habían visto en la iglesia. Después de un buen almuerzo, con el que Torcuato reparó algun tanto sus pérdidas fuerzas, lleváronle sus dos compañeros á la sala de juego de las Termas. Jugó, y por desgracia perdió; mas Fulvio prestóle dinero, no sin exigirle un documento de las sumas que le daba. Con tales medios no tardó

(1) Los expresados instrumentos de tortura son mencionados en las Actas de los Mártires y en las historias eclesiásticas.

dejado. ¡Cuántas veces la hizo sufrir el descubrimiento de evidentes muestras de injusticias, de fraudes, de concusiones y arbitrariedades en los contratos de aquel á quien el mundo habia aplaudido como el más honrado y generoso de los contratistas públicos!

Algunas semanas después, Fabiola en traje de luto fué á visitar á sus amigas, y en primer término á su prima Inés.



El falso hermano

Es preciso que retrocedamos un poco y volvamos á Torcuato. A la mañana siguiente de su fatal caída, al despertar, vió á Fulvio á la cabecera del lecho, como el cazador que, dueño de un buen halcón, le domestica y enseña el modo de hacer caer la tímida paloma á cambio de una esclavitud bien mantenida.

Con toda la impasibilidad de un hombre experimentado comenzó Fulvio por hacerle recordar todas las circunstancias de la borrascosa noche anterior, su ruina y el único medio de salir de sus apuros, y al paso que con refinada astucia exponiale su difícil situación, iba reforzando toda la trama de la red ya tendida á su víctima, procurando estrechar cada vez más sus mallas.

¡Triste situación la de Torcuato! Si daba un solo paso hácia los cristianos, cosa que Fulvio le aseguraba era ya inútil, sería al punto preso, entregado al juez y castigado con muerte cruel: si, por el contrario, permanecía fiel á su pacto de traición, nunca le faltaría nada.

—Estás excitado y calenturiento,—acabó Fulvio por decirle;—y un paseo con el aire fresco de la mañana te hará bien.

Al infeliz le faltaban fuerzas para resistir. Salieron, pues, y apenas habían llegado al Foro cuando se encontraron con Corvino como por casualidad, y después de cambiar un saludo les dijo éste:

—Me alegro de haberos encontrado, pues quisiera que vierais el taller de mi padre.

¿El taller?—interrogó Torcuato con sorpresa.

—Sí; el depósito donde conserva sus instrumentos del arte, que han sido restaurados y puestos ordenadamente. Estamos muy cerca, y... ¡ved! precisamente ese malcarado y viejo Cátulo está abriendo la puerta.

Dirigiéronse á la casa que Corvino acababa de indicarles, y entraron en un gran patio rodeado de galerías llenas de instrumentos de tortura, de todas formas y dimensiones.

Torcuato retrocedió espantado.

—Entrad, señores, no hayais miedo,—dijo el verdugo.—Todavía no está encendido el fuego, y nadie os hará el menor daño, á menos que seais del número de esos perversos cristianos, para quienes acabamos de pulir y afilar todo esto.

—A propósito, Cátulo,—dijo Corvino;—explícale á ese joven, que es forastero, el uso de esos juguetes.

Cátulo les hizo recorrer aquel horrible museo, mostrándoles cuanto contenía y acompañando sus minuciosas explicaciones con bromas y pullas que no son para referidas aquí. Su entusiasmo llegó á tal punto, que muy poco faltó para que hiciese sufrir á Torcuato una demostración práctica y sensible de cuanto le describía, agarrándole una oreja entre dos tenazas; y otra vez amenazó su cabeza un golpe tan tremendo de pesada maza, que á poco más le hace saltar los dientes.

La rueda, el potro, unas enormes parrillas, un sillón de hierro con un hornillo debajo para calentarlo, grandes calderas para baños de agua y aceite hirviendo, cucharones para derretir plomo é introducirlo en la boca de las víctimas, tenazas, garfios y cardas de diferentes formas y tamaños para arrancar la carne de las costillas, escorpiones ó látigos con bolas de hierro ó plomo á la punta, collares, esposas y grillos, también de hierro, y en fin, espadas, cuchillas y hachas, todo les fué especificado por Cátulo, que se gozaba de antemano en ver cuanto antes aplicados tan horribles instrumentos á las cabezas y dura piel de los cristianos (1).

De aquella minuciosa inspección salió Torcuato estremecido y falto de aliento, y sus dos seductores le condujeron desde allí á los baños de Antonino, donde para mayor desgracia fué reconocido por el anciano Cucumio, *capsarius* ó jefe de la guardarrropía, y su esposa Victoria, que anteriormente le habían visto en la iglesia. Después de un buen almuerzo, con el que Torcuato reparó algun tanto sus pérdidas fuerzas, lleváronle sus dos compañeros á la sala de juego de las Termas. Jugó, y por desgracia perdió; mas Fulvio prestóle dinero, no sin exigirle un documento de las sumas que le daba. Con tales medios no tardó

(1) Los expresados instrumentos de tortura son mencionados en las Actas de los Mártires y en las historias eclesiásticas.

el infeliz Torcuato en verse completamente subyugado por los enemigos del nombre cristiano.

Aunque nunca le perdían de vista, dejábanle en libertad buena parte del día para no exponerse á perder sus servicios si los cristianos llegaban á sospechar algo.

Corvino resolvió, tan pronto como se publicase el edicto de persecución, descargar sobre los cristianos un golpe tremendo, y á este fin exigió á Torcuato que cumpliera su papel de espía en el cementerio mayor donde el Sumo Pontífice debía oficiarse; y Torcuato mostróse dispuesto á obedecer. Fué al cementerio de Calixto, y su visita no tuvo, pues, otro objeto que cumplir su promesa (1).

Entonces pudo el ojo atento de Severo notar en su rostro señales inequívocas de la lucha que su alma sostenía entre la gracia divina y el pecado; pero la imagen de Cátulo con sus innumerables instrumentos de suplicio, y el recuerdo de Fulvio con sus documentos de crédito, hicieron inclinar la balanza del lado de la perdición.

Corvino recibió de Torcuato una relación detallada, junto con un plano del cementerio delineado de un modo aproximativo, y determinó dar el asalto el día después de la publicación del edicto imperial.

Fulvio formó un plan distinto, que consistía en conocer de vista á los principales sacerdotes y cristianos que hubiese en Roma; persuadido de que, una vez les conociese, ningún disfraz bastaría para ocultarlos á sus penetrantes ojos, y le sería fácil apoderarse uno á uno de todos ellos. A este fin puso gran empeño en que Torcuato le llevase á la primera función solemne en que debieran congregarse muchos presbíteros y diáconos al rededor del Pontífice. No dejó Torcuato de oponer temores y dificultades; pero Fulvio procuró desvanecerlos, asegurándole que, una vez dentro, sabría conducirse de tal manera que le creyesen un verdadero cristiano.

Transcurrieron algunos días, y Torcuato hizo saber á Fulvio que pronto se le ofrecería ocasión oportunísima para ver satisfechos sus deseos, con motivo de las próximas y solemnes ordenaciones.

(1) El cementerio ó catacumba de Calixto extiéndese unas seis millas. En este cementerio escondieron los fieles, durante la persecución del siglo III, los cuerpos de los santos apóstoles Pedro y Pablo por temor de que fuesen violados sus sepulcros; y sucesivamente dieron allí sepultura á catorce Pontífices y á ciento setenta Mártires.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFREDO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

VIII

Las ordenaciones de Diciembre

Quien haya leído la historia de los primeros Papas recordará un hecho repetido en casi todos los pontificados: las ordenaciones generales que se celebraban en el mes de Diciembre, en las cuales eran creados tantos presbíteros, diáconos y obispos como exigían las necesidades de las diversas iglesias.

Las dos primeras órdenes se conferían para el servicio de las iglesias titulares de Roma: los obispos eran consagrados para que fuesen á ocupar las Sedes vacantes en otras diócesis. El Sumo Pontífice elegía preferentemente las *témporas* de Diciembre para tener sus consistorios, en los que nombraba sus cardenales, presbíteros y diáconos, y preconizaba los obispos de toda la Cristiandad.

El Papa Marcelino, bajo cuyo pontificado pasaron los sucesos que referimos, celebró dos ordenaciones en el mes de Diciembre de dos diferentes años, siendo una de estas la que ahora iba á efectuarse.

En dónde se verificaría el acto era lo que Fulvio deseaba saber y lo que indudablemente debe ser de grande interés para el anticuario cristiano. Ciertamente sería incompleto el conocimiento que tendríamos de la antigua Iglesia romana si ignorásemos el lugar predilecto donde sucesivamente por espacio de trescientos años predicaron los Pontífices, celebraron los divinos misterios y tuvieron los concilios y esas gloriosas ordenaciones, de las que salían para gobernar otras iglesias, no ya simplemente obispos, sino mártires; donde fué ordenado de diácono un san Lorenzo, y de presbíteros un san Novato y un san Timoteo; donde un Policarpo ó un Ireneo visitaron al sucesor de san Pedro, y donde, en fin, recibieron su misión apóstoles como los que convirtieron á la fe al rey británico Lucio (1).

(1) Lucio, príncipe de una parte de Inglaterra, sometida entonces á los romanos, escribió al Papa Eleuterio manifestándole sus deseos de instruirse en la Fe cristiana. Un rey de Inglaterra,—escribió Beda,—inspirado por Dios para abrazar la religión cristiana, debió mandar á Roma una embajada para pedir que se le enviasen algunos misioneros que le

Hemos dicho que la casa de los padres de Inés estaba situada en el *Vicus Patricius*, ó calle Patricia, también llamada de los Cornelios (*Vicus Corneliarum*) porque vivía en ella la esclarecida familia de dicho nombre. A ésta pertenecía el centurión Cornelio á quien convirtió san Pedro (1), y á él debió probablemente el Apóstol haber conocido al jefe de su familia Cornelio Pudens. Era éste senador, y tomó por esposa á Claudia, noble señora británica; siendo muy de notar que un poeta tan libre como Marcial compitiese con los escritores más correctos en su epitalamio en honor á tan virtuosos cónyuges.

En casa de éstos habitó san Pedro algunos años; el apóstol san Pablo habla de ellos como de sus más íntimos amigos (2), y de ella salieron los obispos á quienes el Príncipe de los Apóstoles enviaba en todas direcciones para que propagasen la semilla evangélica y muriesen por la fe católica. A la muerte de Pudens pasó la casa á sus hijos y nietos, dos varones y dos hembras, más conocidas estas últimas por haber dado su nombre á dos de las más ilustres iglesias de Roma, las de Santa Praxedes y Santa Pudenciana, y por haber alcanzado un puesto en el calendario general de la Iglesia (3).

Desde el principio del Cristianismo, en Roma como en todas las demás ciudades el Sacrificio eucarístico era ofrecido en un solo sitio y por sólo el obispo; y así también, después de construirse otras iglesias, la Comunión era llevada á ellas desde aquel altar único por los diáconos y administrada por los presbíteros.

El Papa Evaristo, cuarto sucesor de san Pedro, fué quien obedeciendo á graves y urgentes necesidades decidió multiplicar las iglesias de Roma.

Merecen singular mención dos hechos llevados á cabo por este Pontífice: ordenó que todos los altares fuesen de piedra y que se consagrasen todos; y luego dividió á Roma en parroquias, á cuyas iglesias dió el nombre de *títulos*.

De lo dicho se desprenden dos hechos. El primero es que por aquel tiempo no había en Roma sino una iglesia y un altar; iglesia que siempre y por todos es la conocida aun hoy con el nombre de Santa Pudenciana. El otro hecho es que el altar único que entonces existía no era de piedra, sino de madera, el mismo

instruyesen en la fe y en los divinos misterios. El nombre romano de Lucio que llevaba indica que era uno de aquellos reyes que establecían los romanos en los países conquistados con objeto de mantener en la sujeción los más lejanos.

(1) Act. Apost. x.

(2) «Salutant te Eubulus, et Pudens, et Linus, et Claudius, et fratres omnes.» (II Tim. iv, 21).

(3) Albano Butler denomina la iglesia de Santa Pudenciana «la más antigua del mundo»; y es la que señala el lugar del *Vicus Patricius* y la casa de Pudens.

que usaba san Pedro, y que san Silvestre mandó después trasladar á la basílica Lateranense (1).

El pontificado de san Pio I, que duró desde el año 142 al 157, constituye un periodo de los más interesantes en la historia de esta iglesia. En primer lugar este Papa, sin alterar el carácter de la misma, le añadió un oratorio que constituyó en *título* con el nombre de *titulus Pastoris*, por haberle dado coacción de él á su hermano Pastor; denominación que por largo tiempo fué la del cardenalato anexo á dicha iglesia, demostración evidente de que la iglesia misma era algo más que un *título*. En segundo lugar, durante aquel pontificado fué á Roma por segunda vez y sufrió martirio el digno y sabio apologista san Justino, de cuyos escritos comparados con sus actas se desprenden algunas conclusiones llenas de interés respecto al culto cristiano en aquellos tiempos de atroz persecución.

—¿En qué sitio se reúnen los cristianos?—le preguntó el juez.

—¿Pensais—respondió san Justino—que tenemos nuestras reuniones en un solo lugar? Os equivocais.

Mas cuando el juez le preguntó dónde vivía y en qué sitio se reunía con sus discípulos, respondió:

—Hasta ahora he vivido cerca de la casa de un tal Martín en los baños llamados Timotinos; es la segunda vez que vengo á Roma, y no conozco otro lugar que el mencionado.

Los baños de Timoteo, llamados Timotinos, formaban parte de la casa de la familia Pudens, y son donde dijimos se habían citado una mañana muy temprano Fulvio y Corvino. Novato y Timoteo eran hermanos de las santas vírgenes Praxedes y Pudenciana, y por eso aquellos baños fueron llamados sucesivamente Novacianos y Timotinos, por haber pasado del dominio de un hermano al del otro.

Viviendo, pues, san Justino en aquella casa, y no conociendo otra en Roma, claro está que en ella asistía á los divinos oficios; á lo cual por otra parte le obligarían los deberes de la hospitalidad. Ahora bien; describiendo en su Apología la liturgia cristiana, tal como la había presenciado, habla del sacerdote celebrante en términos que no pueden menos que referirse al Obispo y Supremo Pastor de la ciudad; pues no solamente le

(1) En este altar sólo puede celebrar el Papa, ó un Cardenal autorizado por Bula especial.

La basílica de San Juan de Latran era especialmente indicada con el nombre de Basílica del Salvador ó de Basílica Constantiniana. La inscripción que tiene en su fachada dice: «Por Bula pontificia y por decreto imperial me fue dado el privilegio de ser la cabeza y la madre de todas las iglesias del mundo. Dogmate papali et decreto imperiali mihi datum est esse caput et mater omnium ecclesiarum orbis terrarum.»

da un título aplicado en la antigüedad á los obispos (1), sino que además le designa como la persona que cuidaba de los huérfanos y de las viudas; que socorría á los enfermos, á los pobres, á los encarcelados y á los forasteros que reclamaban hospitalidad; en una palabra, que tenia á su cargo el proveer á toda necesidad. Y esa persona no podía ser otra que el Obispo, ó sea el Sumo Pontífice mismo.

Debemos también observar que san Pío erigió en esta iglesia una pila bautismal fija, única prerogativa de las catedrales; pila que después fué transferida á la basílica Lateranense con el altar papal. Asimismo el Papa san Esteban bautizó en el título del Santo Pastor (año 257) al tribuno Nemesio, á su familia y á otros muchos; y allí fué donde el diácono san Lorenzo distribuyó á los pobres los preciosos vasos sagrados de la Iglesia.

Algún otro nombre le fué dado, pero el sitio es siempre el mismo, y no cabe dudar que la iglesia de Santa Pudenciana fué en los tres primeros siglos del Cristianismo la humilde catedral de Roma.

Allí fué, por consiguiente, á donde Torcuato, á despecho de sí mismo, llevó á Fulvio, que pronto demostró su habilidad en imitar exactamente lo mismo que veía hacer á los fieles.

La reunión no era muy numerosa, pues constaba casi únicamente de los individuos del clero y de los que aspiraban á ordenarse, congregados en una sala de la casa convertida en iglesia ú oratorio. Entre los últimos encontrábase Marco y Marceliano, los dos hermanos gemelos que se habían convertido con Torcuato: los dos fueron ordenados de diáconos, y su padre Tranquilino de presbítero.

Fulvio examinó atentamente las facciones de todos, procurando retenerlas bien en la memoria; pero en uno sobre todo se fijó: en el Pontífice, que celebraba la augusta ceremonia.

Hacia seis años que Marcelino gobernaba la Iglesia. De edad muy avanzada, sus facciones benignas y tranquilas apenas revelaban aquella fortaleza sobrehumana que requiere el martirio, y de que sin embargo dió tan señaladas pruebas en su muerte por Cristo. Como en aquellos tiempos se ocultaba cuidadosamente toda señal exterior por donde los lobos del paganismo pudiesen reconocer al Supremo Pastor de la Iglesia cristiana, vestían ordinariamente los Papas el traje que usaban los ciudadanos respetables; pero cuando oficiaban delante del altar se revestían de una túnica blanquísima, ceñían su cabeza con una corona ó *infula*, de donde tomó su origen la mitra; y su mano empuñaba el báculo, emblema del cargo y autoridad de Pastor Supremo.

(1) *Præpositus*. Así también san Pablo en su carta á los Hebreos (xiii, 17) les dice: *Obedite præpositis vestris*.

Marcelino estaba vuelto de rostro á la asamblea (1), delante del altar sagrado de San Pedro, colocado entre él y el pueblo; y el espiá asiático le miraba con fijeza, examinábale escrupulosamente de piés á cabeza, medía con los ojos su estatura, inspeccionaba el color de su rostro y de sus cabellos, reparaba sus ademanes, su porte, el sonido de su voz, hasta que por fin pudo decirse á sí mismo:

—¡Por Hércules! Bien puede disfrazarse como se le antoje, que yo he de reconocerle sin que se escape de mis manos. Es una presa cuyo valor conozco bien.

IX

Las vírgenes

Si bien la Iglesia permitía que las doncellas se consagrasen á Dios á los doce años, que era la edad núbil según la ley romana, reservaba para edad más madura la consagración solemne, que celebraba el Obispo el domingo de Pascua de Resurrección, poniendo con sus propias manos sobre las doncellas el velo de la virginidad. El primer acto de la consagración consistía únicamente, según la mayor probabilidad, en recibir de manos de los padres un vestido negro y sin adorno alguno: pero si amenazaba algún peligro la Iglesia permitía anticipar la segunda ceremonia de la consagración, fortaleciendo en su santo propósito con su bendición solemne á las esposas de Cristo.

Amenazando ahora estallar de un momento á otro una persecución sañuda y cruel, que no había de perdonar ni á las más tiernas ovejas de Cristo, no es de extrañar que las que en su corazón se habían consagrado al divino Cordero como castas esposas que debían seguirle siempre y en todas partes, desearan antes de morir celebrar con gozo sus divinos desposorios, sollicitas por entrelazar la blanca azucena de la virginidad con la palma del martirio, si tal gracia les fuese concedida.

Desde su primera infancia había elegido Inés tan santo y

(1) En las grandes y antiguas basílicas de Roma el celebrante oficiaba de cara á los fieles.

sublime estado. La sobrehumana discreción y sabiduría que revelaban de continuo todas sus palabras y acciones, tan graciosamente hermanadas con la sencillez y el candor de sus años infantiles, la habían hecho digna de las mayores dispensas que lo extraordinario de las circunstancias permitía á la Iglesia conceder á aquellas que como Inés suspiraban por el momento de sus celestes desposorios.

No hay que decir con cuánta solicitud se aprovechó de la ocasión que le ofrecía el peligro de la inminente persecución. Con ruegos fervientes y eficaces impetró que se acortase en su favor el plazo que con arreglo á la ley retardaba por espacio de diez años el cumplimiento de sus deseos. Y al mismo tiempo que Inés presentóse otra postulante con el mismo fin.

Desde aquella entrevista que tuvieron Inés y Syra, según hemos ya referido, nació entre ambas una santa amistad que por parte de Inés fué creciendo y robusteciéndose con los elogios que de su esclava favorita le hacía de continuo Fabiola. Por estas conversaciones, y mucho más por las modestas revelaciones de Syra, estaba persuadida Inés de que podía dejarse exclusivamente al cuidado de aquella la obra á que se había consagrado, la conversión de Fabiola; obra que progresaba visiblemente, merced á la divina gracia y á la prudencia con que era conducida.

En las frecuentes visitas que hacía á su prima contentábase Inés con aprobar y admirar lo que Fabiola le refería de las conversaciones con Syra; poniendo empero gran cuidado en no soltar la menor expresión que pudiese despertar sospechas de que procedían de común acuerdo.

Syra en su cualidad de esclava, é Inés como parienta, vestían luto por la muerte de Fabio; y esta circunstancia hizo que el cambio de vestido no despertase en Fabiola el menor recelo en punto al secreto que mantenían y al paso que debían dar. Así pidieron con seguridad que se las admitiese juntas á pronunciar los votos solemnes de virginidad perpétua. Otorgóseles desde luego lo que pedían; mas por razones bien fáciles de comprender tuvieron tan oculta la concesión, que sólo la víspera ó ante-víspera de su desposorio espiritual fué cuando Syra comunicó la noticia como un gran secreto á su querida amiga la ciegucecita.

—De modo—dijo ésta fingiendo resentimiento—que todo lo bueno has de guardarlo para tí. ¿Te parece esto caritativo?

—¡Por Dios, querida niña!—respondió Syra acariciándola;—no vayas á ofenderte... Era preciso guardar la más absoluta reserva.

—Según eso ¡pobre de mí! no podré asistir á la ceremonia.

—¡Oh! eso sí, Cecilia: irás... y lo verás todo,—añadió Syra riendo.

—Que yo lo vea ó deje de verlo, poco importa. Pero dime, ¿qué vestido vas á ponerte? Cuéntamelo todo.

Syra hizo á su amiguita una exacta descripción del traje y del velo, de su forma y color.

—¡Oh!—exclamó Cecilia gozosa.—¡Cuánto me interesa todo esto! ¿Y qué deberás hacer tú? Quiero saberlo todo.

Syra procuró complacer la insólita curiosidad de la ciegucecita, enterándola punto por punto de la ceremonia.

—Otra pregunta quiero hacerte, y te prometo que será la última,—dijo la ciegucecita cuando Syra hubo terminado:—me has dicho que yo podré asistir; pero ¿cómo lo haré si no sé el día y el lugar?

—En el *título* del Pastor, de aquí á tres días. Pero ¿cómo te has vuelto tan curiosa y preguntona? Casi me haces temer que éntre en tí la vanidad y te vayas aficionando al mundo.

—No tengas cuidado,—replicó Cecilia.—Además que, si otros tienen secretos para mí, bien puedo yo tenerlos también para los otros.

Syra no pudo contener la risa ante el afectado enojo de su amiguita, pues bien conocía la humildad y sencillez que la pobre niña encerraba en su corazón. Abrazáronse afectuosamente, y luego se separaron.

Cecilia fué en derechura á casa de Lucina, que como todas las casas cristianas estaba siempre abierta para ella; y no bien se halló en presencia de la noble matrona, echóse á sus piés y abrazó sus rodillas, prorrumpiendo en desconsolado llanto. Lucina con su habitual dulzura la consoló y colmó de caricias, consiguiendo por lo visto calmar su aflicción, ya que después de corta y animada conversación volvía á salir la ciegucecita radiante de alegría, como si hubiesen tratado de la ejecución de algun designio que la enajenaba de contento.

Dirigióse Cecilia á casa de Inés, en donde residía el buen sacerdote Dionisio, encargado del hospital allí fundado. Hallóle en su aposento, y arrodillándose á sus piés le habló con tal fervor que le hizo derramar lágrimas de ternura y le arrancó palabras llenas de consuelo. En aquel tiempo no se había compuesto aún el *Te Deum*; pero los cristianos tenían un himno de acción de gracias muy parecido, y este himno debió exhalarle del corazón de la pobre niña ciega al regresar á su humilde morada.

Llegó por fin el suspirado día. Celebrados los misterios más solemnes antes de que apuntara el alba, habíanse dispersado los fieles, quedando sólo en la iglesia los que debían tomar parte en la piadosa ceremonia y algunos que habían sido invitados como testigos, entre los cuales figuraban Lucina y su hijo Pancraccio, los padres de Inés y el tribuno Sebastián. Buscaba Syra con la

vista á su ciegucecita, pero inútilmente; y pensando que se habría retirado con los demás fieles, sentíase pesadosa de la reserva que con ella había guardado en su última entrevista.

En la iglesia penetraba apenas la dudosa luz de un crepúsculo de invierno, si bien al exterior los arreboles del Oriente anunciaban un espléndido día de Diciembre. Ardían sobre el altar grandes y perfumados cirios, y al rededor preciosas lámparas de plata y oro que bañaban de suave resplandor el santuario. En frente del altar se había colocado una silla no menos venerable que el altar mismo, la cátedra de san Pedro, que se conserva en el Vaticano; y en ella estaba sentado el Sumo Pontífice con el báculo en la mano, y rodeado de sus sagrados ministros.

Del oscuro fondo de la iglesia principió á salir, cual si fueran de ángeles, voces melodiosas que con lentas y graves cadencias cantaban á coro un himno que expresaba los suaves y dulces sentimientos del que poco tiempo después fué compuesto: *Jesu corona virginum* (1).

Luego apareció entre la luz de las lámparas la procesión de las vírgenes ya consagradas, á cuyo frente iban los presbíteros y diáconos, y en medio de ellas veíanse dos cuyas blancas vestiduras formaban gracioso contraste con los hábitos negros de las demás. Eran las dos nuevas postulantes, que al abrirse la procesión en dos filas á derecha é izquierda, fueron conducidas cada una por dos profesas al pie del altar, donde se arrodillaron á los pies del Pontífice, yendo á colocarse á los lados de una y otra las madrinas que debían asistirles durante la ceremonia.

A cada una se le preguntó solemnemente qué deseaba, y cada una á su vez respondió que su deseo era recibir el velo y cumplir los deberes que le imponía bajo el cuidado de los que habían sido elegidos para su dirección espiritual. Aunque antes de aquella época muchas de las vírgenes consagradas al Señor vivían en comunidad, otras muchas continuaban en sus propias casas porque la persecución hacía muy difícil la vida claustral. No obstante, había en cada iglesia un lugar aparte y cerrado por un cancel, en donde las vírgenes consagradas se reunían para su instrucción particular y sus prácticas devotas.

El Pontífice dirigió á las jóvenes postulantes palabras llenas de unción y cariño, manifestándoles cuán sublime vocación era la que las llamaba á vivir en la tierra la vida de los ángeles, caminar por la misma senda de castidad que eligió el Verbo encarnado para su santísima Madre á las moradas celestiales, donde irían á aumentar la escogida hueste que sigue al Cordero

(1) «Jesús corona de las vírgenes.» Atribúyese este himno á san Ambrosio.

inmaculado á donde quiera que se dirige. Extendióse á demostrar, según el apóstol san Pablo, la excelencia de la virginidad sobre cualquiera otro estado, y con sentidas frases describió la felicidad de quien no tiene en la tierra más que un solo amor, que en vez de marchitarse florece hasta su plenitud en la inmortalidad celeste. Porque la bienaventuranza eterna no es otra cosa que la flor perfecta que el amor divino hace germinar en la tierra.

Después de esa breve plática y del examen de las dos aspirantes procedió el Pontífice á bendecir las diferentes prendas de su hábito religioso, con que las respectivas madrinas iban revistiendo á las dos nuevas religiosas. Luego se acercaban éstas al altar y reclinaban sobre él su frente en señal de que se ofrecían en holocausto. Como en el Occidente no se había adoptado aún la costumbre usada en el Oriente de cortar la cabellera, dejáseles caer esta sobre los hombros, y les ciñeron la cabeza con una corona de frescas flores, cogidas, á pesar de ser invierno, en el bien resguardado jardín de Fabiola.

Todo parecía haber terminado, é Inés arrodillada al pie del altar permanecía inmóvil, con los ojos levantados y fijos, suspendido su espíritu en profundo arrobamiento; mientras Syra, arrodillada á su lado, inclinada la cabeza, parecía abismada en sentimientos de profunda humildad y como admirada de que la hubiesen considerado digna de tan señalado favor. Y tan absortas estaban las dos en sus oraciones de acción de gracias, que no advirtieron la ligera conmoción que produjo entre los congregados un incidente al parecer inesperado.

Pronto, sin embargo, despertó su atención la voz del Pontífice, que repetía la pregunta: «¿Qué pides tú, hija mía?» Y antes de que tuvieran tiempo para volver la vista sintióse cada una asida su mano por otra, y oyeron una voz bien conocida y muy querida de entrambas que respondía:

—Padre Santo, deseo recibir el velo de las consagradas á Jesucristo, mi único amor en la tierra, bajo la custodia de estas dos piadosas vírgenes, que son ya sus bienaventuradas esposas.

¿Cómo expresar el júbilo y la ternura que experimentaron Inés y Syra? La nueva postulante era Cecilia, la pobre ciega, que apenas supo la felicidad de que iba á gozar Syra, fué precipitadamente, como hemos visto, á arrojarle á los pies de la bondadosa Lucina, que la consoló haciéndole concebir la esperanza de obtener igual gracia. Premetióle además proporcionarle lo necesario para la ceremonia, y Cecilia aceptó el ofrecimiento á condición de que su traje había de ser tosco cual correspondía á una pobre mendiga.

El presbítero Dionisio se había encargado de presentar al Pontífice su instancia, siendo esta favorablemente acogida; pero

como Cecilia desease tener por madrinas á sus dos amigas, acordóse que su consagración se verificaría inmediatamente después de la de Inés y de Syra; proyecto del que nada sabían porque la ciegucecita había procurado mantenerlo en secreto.

Rezadas las oraciones de la bendición, vistiósele el hábito y el velo; y al preguntarle si había traído la corona de flores, sacó tímidamente de debajo la ropa una rama de espinos torcida en forma de aro, y la presentó al Pontífice diciendo:

—Yo no tengo flores que ofrecer á mi Desposado, ni han sido flores las que El ha llevado por mí. Yo no soy más que una pobre niña, y mi Señor no se ofenderá si gusto coronarme como El consintió en ser coronado. Y además las flores son símbolo de las virtudes que adornan á las que las llevan, y mi corazón estéril y desolado no produce otras flores que estas.

La buena ciegucecita no pudo ver con qué prontitud y espontaneidad se quitaron sus dos compañeras las coronas de la cabeza para colocarlas en la suya; mas una señal del Pontífice las contuvo, y en medio de la tierna y piadosa emoción de todos los presentes, la venturosa Cecilia fué conducida al altar radiante de gozo con su corona de espinas, emblema de la profunda y constante enseñanza de la santa Iglesia: que la inocencia coronada por los sufrimientos y la mortificación es la reina de todas las virtudes.

X

La quinta Nomentana

La via Nomentana va desde Roma hacia el Este, separada de la via Salaria por un profundo barranco, más allá del cual se extiende un terreno desigual, pero en graciosas ondulaciones. En medio de él se eleva un pintoresco templo de forma circular, y en sitio inmediato la admirable basílica dedicada á Santa Inés, por haber sido allí donde estuvo la quinta que perteneció á la joven romana, distante milla y media de Roma.

En aquel lugar habían convenido reunirse las vírgenes después de su consagración para pasar en el sosiego y el retiro aquel memorable día, uno de los pocos buenos que podían quizás prometerse en la tierra.

Todo allí parecía respirar felicidad y contento. Era uno de esos alegres y brillantes días con que suele brindar el invierno en Roma por modo peculiar. Los escarpados Apeninos aparecían cubiertos de ligera capa de nieve; la tierra seca empezaba á endurecerse; la atmósfera era transparente, espléndido el sol, y el cielo sin nubes. Sólo algunas cenicientas espirales de humo que salían de las casas de campo y las cepas despojadas de sus hojas podían indicar que se estaba en el mes de Diciembre.

Allí, en la quinta Nomentana, todo sér viviente parecía reconocer y amar á la gentil y cariñosa dueña de aquella posesión: las tórtolas bajaban á posarse en sus hombros ó en sus manos, y los corderos triscaban así que la veían acercarse, y corrían hácia ella balando para tomar de su mano las olorosas y frescas yerbas que solía ofrecerles. Ninguno empero acataba tanto su dulce dominio como Moloso, el enorme perro que guardaba la entrada. Aunque atado con una cadena cerca de la puerta, era tal su ferocidad, que nadie se atrevía á arrimarsele; y sin embargo, no bien aparecía Inés, se arrastraba por el suelo y meneaba la cola aullando y gimiendo hasta que le desataban, y entonces ya podía acercársele sin temor aunque fuese un niño. No se apartaba del lado de su ama, iba detrás de ella como un cordero, y si se sentaba echábase á sus piés, mirándola satisfecho con sentir en su abultada cabeza las caricias de tan delicada mano.

Conversando estaban las tres amigas, ya felicitándose por la dicha que les había cabido aquella mañana, y por la mañana todavía más dichosa que esperaban, sin noche que la siguiese y de la cual aquella era una prenda que esperaban gozar; ya también chaceándose con Cecilia por la inocente sorpresa que á sus dos compañeras había dado, mientras la pobre ciegucecita refase á placer, asegurándoles que otra sorpresa mayor les tenía reservada... la de tomarles la delantera en el goce de aquella suspirada é inmortal mañana, firmemente confiada de que sería ella la primera, no la última, en empuñar la palma gloriosa del martirio.

En esto llegó á la quinta Fabiola para hacer á Inés su primera visita después de la pérdida que acababa de experimentar, y para darle las gracias por la participación que había tomado en su dolorosa pena y por las demostraciones de afectuosa simpatía que le había prodigado. Al cruzar el jardín en dirección del sitio donde se hallaba tan dichoso grupo, detúvose Fabiola de repente, porque al divisar á las dos amigas á quienes era dado mirar la brillantez del cielo, que inclinadas contemplaban á aquella que parecía poseer dentro de su alma todo el esplendor del firmamento, recordó y se figuró ver realizada ante sus ojos la visión que había tenido en sueños. No queriendo sorprenderlas

sin anunciarse, y deseando hablar á solas á Inés, retrocedió antes de que pudiera ser vista y se dirigió paseando á lo más apartado del jardín.

—¿Por qué,—decíase interiormente,—por qué no he de estar tan alegre ni ser tan feliz como ellas? ¿Por qué parece interponerse entre ellas y yo un profundo abismo?

Sin embargo, un día tan sereno no debía terminar sin nubes: de lo contrario hubiera sido demasiado dichoso en este mísero mundo. A la vez que Fabiola, otra persona había salido de Roma para visitar á Inés en su quinta. Fulvio, que no había olvidado un momento las seguridades que le diera Fabio de lo mucho que habían fascinado la ligera cabeza de Inés sus seductoras maneras y deslumbrantes joyas, dejó transcurrir los primeros días de luto, contenido además por cierto respeto á la casa donde por la primera vez había sido tan secamente recibido, y de la cual fué despedido tan sin ceremonia; y sabiendo que Inés había marchado sin sus padres á su quinta, juzgó excelente ocasión aquella para exponerle su demanda. Salió, pues, de Roma á caballo por la puerta Nomentana, y al poco rato se apeaba en la puerta de la quinta. Manifestó al portero que deseaba ver á la señora para un asunto grave y urgente, y después de haber importunado un tanto consiguió que le permitiese entrar y le indicase una calle de árboles á cuyo extremo le dijo encontraría á la joven patricia.

El sol descendía á su ocaso, é Inés, sentada en un sitio iluminado por los purpúreos rayos del astro del día, estaba entretenida en tejer una guirnalda con flores que sus dos amigas le traían del invernadero. Un sordo aullido del fiel Moloso acostado á sus piés, cosa muy rara en él cuando estaba al lado de su ama, hizo que ésta suspendiese su labor y levantase la vista, al mismo tiempo que con una ligera indicación de su mano reprimía la instintiva desconfianza del perro al oír pasos extraños.

Acercóse Fulvio con aire respetuoso, aunque con mayor familiaridad que de costumbre, como quien está seguro de su pretensión.

—Vengo, noble Inés,—comenzó diciendo,—á renovaros la expresión de mi sincero respeto; y en verdad que no podía haber escogido día mejor, pues difícilmente puede lucir en verano un sol más brillante y hermoso.

—Muy hermoso en efecto y brillante ha sido para mí este día,—contestó Inés recordando el gran acontecimiento de la mañana:—sol tan espléndido nunca había aún alumbrado mi vida, y para mí sólo un día podrá ser más dichoso que el de hoy.

Fulvio, creyendo que estas palabras aludían á su presencia en aquel sitio, contestó con íntima complacencia:

—Os referís indudablemente al día de vuestros esponsales con quien tuviere la dicha de cautivar vuestro corazón.

—Está ya cautivado,—replicó Inés,—y hoy precisamente es el día venturoso de mis esponsales con el Amado de mi alma.

—Y ese velo y esa corona de flores que ciñe vuestra frente ¿os lo habeis puesto en espera de tan feliz momento?

—Sí, es la señal que mi Amado ha puesto en mi rostro para que no admita otro amante que á El (1).

—Y ¿quién es el afortunado mortal?... Yo tenía mis esperanzas, á que no he renunciado todavía, de ocupar un lugar en vuestro pensamiento... y acaso en vuestro corazón.

Inés no parecía fijar su consideración en las palabras de Fulvio, pues ni en su semblante ni en sus maneras se notaba señal de timidez ó siquiera de turbación. Su rostro conservaba la habitual expresión de ingenuidad y candor. Levantóse con gentil dignidad, y dijo:

—Miel y leche tomé de sus labios, y su sangre tiñó mis mejillas (2).

Fulvio creyó tan incoherentes esas palabras, que le asaltó el temor de que la joven tuviese trastornado el sentido; pero la mirada de Inés, que brillaba inspirada y al parecer fija en algun objeto que sólo ella veía, le hizo experimentar cierto terror involuntario y supersticioso. Pasados algunos instantes, salió de su éxtasis Inés, y Fulvio, repuesto algun tanto de su sorpresa, resolvió exponerle claramente y sin rodeos el objeto de su visita.

—Señora,—dijo,—estais jugando con el corazón de un hombre que sinceramente os admira y os ama. Sé por el mejor conducto, de boca de un amigo comun que ya no existe, que os dignásteis hablar favorablemente de mi persona y le indicásteis que no os desagradarían mis aspiraciones á vuestra mano. Acaso mi declaración os parezca demasiado atrevida y no muy conforme á las conveniencias debidas en semejantes circunstancias; pero no dudeis que es hija de mi sinceridad y del ardiente afecto que os profeso.

—¡Apártate de mí, pábulo de corrupción!—dijo Inés con tranquila majestad,—porque ya pertenezco á otro Amante: á El solo guardo mi fe, á El solo me entrego con entera confianza. Sólo á El amándole me conservo casta, acariciándole me conservo pura, y abrazándole me conservo virgen (3).

(1) «Posuit signum in faciem meam, ut nullum præter eum amatorem admittam.» (*Oficio de santa Inés.*)

(2) «Mel et lac ex ejus ore suscepi, et sanguis ejus ornavit genas meas.» (*Ibid.*)

(3) «Discede a me, pabulum mortis, quia jam ab alio amatore præventa sum. Ipsi soli servo fidem, ipsi me tota devotione committo. Quem cum amavero casta sum, cum tetigero munda sum, cum accepero virgo sum.» (*Ibid.*)

Fulvio, que había caído de rodillas al concluir su declaración, motivando así aquella severa repulsa, levantóse lleno de despecho y furor al verse tan completamente chasqueado.

—¡Con que, — exclamó, — no basta rechazar mi demanda por vos misma alentada, sino que habeis también de insultarme y decir en mi propia cara que acaba de ganarme otro por la mano! Será mi afortunado rival Sebastián...

—Y ¿quién sois vos — exclamó detrás de él una voz indignada — para atreveros á pronunciar con desprecio el nombre de quien jamás manchó su honor, y cuya virtud compite con su valor?

Volvió la cara Fulvio al oír estas palabras y se halló frente á frente con Fabiola, que después de haber dado algunas vueltas por el jardín, creyendo que encontrarla sola á su prima, se había acercado y oído las últimas palabras del advenedizo.

Lleno éste de confusión, permaneció en silencio.

—¿Quién sois, pues, — continuó diciendo Fabiola con noble indignación, — que no satisfecho con haberos introducido subrepticamente en casa de mi prima para insultarla, osais ahora penetrar en el íntimo retiro de su quinta?

—Y ¿quién sois vos, — replicó Fulvio sin empacho, — que os permitis echarla de ama en casa ajena?

—¿Quién soy yo? La que por haber consentido que Inés os conociera por primera vez en mi mesa, y sabedora hoy de vuestros pérfidos designios contra una niña inocente, se cree obligada por honor y por deber á protegerla contra vos y contra vuestros temerarios propósitos.

Y dicho esto cogió de la mano á Inés, que al retirarse con su prima acarició en la cabeza al viejo Moloso para evitar que manifestase con algo más que con gruñidos su instinto de aversión contra el intruso.

Este, rechinando los dientes, y en voz bastante alta para ser oído, murmuró:

—¡Romana insolente! Yo haré que recuerdes con amargura este día y esta hora. ¡Tú sabrás por experiencia propia cómo sabe vengarse un asiático!

XI

El edicto

Llegado por fin el día en que debía publicarse en Roma el terrible edicto de persecución contra el Cristianismo, Corvino comprendió toda la importancia de la comisión que se le había confiado de fijar en el Foro la sentencia fulminada para exterminar de la tierra hasta el nombre de cristiano.

De Nicomedia había llegado la noticia de que un valiente soldado cristiano, llamado Jorge, había arrancado y hecho pedazos el edicto imperial; y Corvino adoptó desde luego toda clase de precauciones para evitar que se reprodujera en Roma un hecho semejante, porque sabía muy bien las consecuencias que le acarrearía. El edicto había sido escrito en grandes caracteres sobre pergamino, y este clavado en una tabla firmemente sostenida por un pilar, no lejos del *Puteal Libonis*, ó silla del magistrado en el Foro. Además, esta operación no se verificó hasta ya muy entrada la noche y cuando el Foro estuvo completamente desierto, para que á primera hora de la mañana siguiente los ciudadanos se encontrasen con el edicto, y su lectura produjese en los ánimos por modo súbito más viva impresión de terror.

Para evitar la realización de un atentado como el de Nicomedia, con astuta precaución muy parecida á la que emplearon los judíos para impedir la resurrección del Salvador, Corvino pidió y obtuvo, para custodiar aquella noche el Foro, una compañía de la cohorte de Panonia, compuesta de soldados pertenecientes á las más feroces razas del Norte, dacios, panonios, sármatas y germanos, cuyo aspecto salvaje, rudas facciones, largos cabellos y espesos bigotes rojos hacíanles muy repugnantes y horribles á los ojos de los romanos. Aquellos hombres, que apenas sabían articular alguna palabra en latín, estaban prontos á cometer cualquier atrocidad que se les ordenara, por monstruosa que fuese: en la época de la decadencia del Imperio constituían la guardia más fiel de que se rodeaban los tiranos reinantes,

Fulvio, que había caído de rodillas al concluir su declaración, motivando así aquella severa repulsa, levantóse lleno de despecho y furor al verse tan completamente chasqueado.

—¡Con que, — exclamó, — no basta rechazar mi demanda por vos misma alentada, sino que habeis también de insultarme y decir en mi propia cara que acaba de ganarme otro por la mano! Será mi afortunado rival Sebastián...

—Y ¿quién sois vos — exclamó detrás de él una voz indignada — para atreveros á pronunciar con desprecio el nombre de quien jamás manchó su honor, y cuya virtud compite con su valor?

Volvió la cara Fulvio al oír estas palabras y se halló frente á frente con Fabiola, que después de haber dado algunas vueltas por el jardín, creyendo que encontrarla sola á su prima, se había acercado y oído las últimas palabras del advenedizo.

Lleno éste de confusión, permaneció en silencio.

—¿Quién sois, pues, — continuó diciendo Fabiola con noble indignación, — que no satisfecho con haberos introducido subrepticamente en casa de mi prima para insultarla, osais ahora penetrar en el íntimo retiro de su quinta?

—Y ¿quién sois vos, — replicó Fulvio sin empacho, — que os permitis echarla de ama en casa ajena?

—¿Quién soy yo? La que por haber consentido que Inés os conociera por primera vez en mi mesa, y sabedora hoy de vuestros pérfidos designios contra una niña inocente, se cree obligada por honor y por deber á protegerla contra vos y contra vuestros temerarios propósitos.

Y dicho esto cogió de la mano á Inés, que al retirarse con su prima acarició en la cabeza al viejo Moloso para evitar que manifestase con algo más que con gruñidos su instinto de aversión contra el intruso.

Este, rechinando los dientes, y en voz bastante alta para ser oído, murmuró:

—¡Romana insolente! Yo haré que recuerdes con amargura este día y esta hora. ¡Tú sabrás por experiencia propia cómo sabe vengarse un asiático!

XI

El edicto

Llegado por fin el día en que debía publicarse en Roma el terrible edicto de persecución contra el Cristianismo, Corvino comprendió toda la importancia de la comisión que se le había confiado de fijar en el Foro la sentencia fulminada para exterminar de la tierra hasta el nombre de cristiano.

De Nicomedia había llegado la noticia de que un valiente soldado cristiano, llamado Jorge, había arrancado y hecho pedazos el edicto imperial; y Corvino adoptó desde luego toda clase de precauciones para evitar que se reprodujera en Roma un hecho semejante, porque sabía muy bien las consecuencias que le acarrearía. El edicto había sido escrito en grandes caracteres sobre pergamino, y este clavado en una tabla firmemente sostenida por un pilar, no lejos del *Puteal Libonis*, ó silla del magistrado en el Foro. Además, esta operación no se verificó hasta ya muy entrada la noche y cuando el Foro estuvo completamente desierto, para que á primera hora de la mañana siguiente los ciudadanos se encontrasen con el edicto, y su lectura produjese en los ánimos por modo súbito más viva impresión de terror.

Para evitar la realización de un atentado como el de Nicomedia, con astuta precaución muy parecida á la que emplearon los judíos para impedir la resurrección del Salvador, Corvino pidió y obtuvo, para custodiar aquella noche el Foro, una compañía de la cohorte de Panonia, compuesta de soldados pertenecientes á las más feroces razas del Norte, dacios, panonios, sármatas y germanos, cuyo aspecto salvaje, rudas facciones, largos cabellos y espesos bigotes rojos hacíanles muy repugnantes y horribles á los ojos de los romanos. Aquellos hombres, que apenas sabían articular alguna palabra en latín, estaban prontos á cometer cualquier atrocidad que se les ordenara, por monstruosa que fuese: en la época de la decadencia del Imperio constituían la guardia más fiel de que se rodeaban los tiranos reinantes,

compatriotas suyos por lo general, y eran mandados por oficiales de su respectivo país.

Cierto número de estos salvajes fueron distribuidos de modo que guardasen todas las avenidas del Foro con orden terminante de atravesar de parte á parte sin excepción á cualquiera que intentara atravesar la plaza sin repetir la consigna dada todas las noches por el jefe superior, y comunicada por los tribunos y centuriones á todos los soldados; pero el astuto Corvino, para evitar que algún cristiano pudiese usarla si por casualidad acertaba á descubrirla aquella noche, eligió una que estaba seguro no había uno solo de ellos que quisiera pronunciarla; y fué: *Numen Imperatorum*: «la divinidad de los Emperadores.»

Antes de retirarse á descansar aquella noche recorrió todos los puestos y dió las órdenes más severas á los centinelas, especialmente al que había colocado cerca del edicto, hombre de fuerza brutal, de hercúlea estatura, de mirada y maneras feroces; repitiéndole cien veces que no perdonase á nadie que intentara aproximarse al edicto, y recordándole también con empeño la consigna. Dejóle por último, medio trastornado como estaba ya por los vapores de la *sabaia* ó cerveza (1); pronto á traspasar con su jabalina ó matar á hachazos al primero que se le acercase.

Estaba la noche cruda y borrascosa, y envuelto el soldado dacio en su tabardo se paseaba de arriba abajo, acariciando con frecuencia un frasco que contenía un licor espirituoso extraído de las cerezas silvestres de los bosques de Turingia; y en los intervalos que mediaban de un trago á otro pensaba confusamente, no en las selvas ni en el río donde estarían sus hijos jugando, sino en cuándo llegaría la hora de degollar al Emperador y saquear á Roma.

Mientras esto pasaba en el Foro, el anciano Diógenes y sus dos hijos se hallaban en su modesta habitación de la Suburra, no lejos de allí, preparando su frugal cena. Interrumpióles en esta tarea un golpecito dado en la puerta, al que siguió el ruido del pestillo, que levantaron dos jóvenes á quienes Diógenes reconoció al momento y saludó afectuosamente.

—Entrad, mis nobles señores,—les dijo:—es mucha bondad la vuestra al honrar mi humilde casa. Apenas me atrevo á ofrecer mi pobre cena; pero, si os dignais aceptarla, recibiremos gran favor y tendremos una agape cristiana.

—Os lo agradecemos de todo corazón,—contestó el de más edad, Cuadrado, el nervudo centurión de la cohorte de Sebastián.

(1) *Est autem sabaia ex hordeo vel frumento in liquorem conversis pauperum Illirico potus*: «La *sabaia* es la bebida de los pobres en Iliria, compuesta de cebada ó trigo convertida en licor.» (*Ammian. Marcellinus*, lib. XXVI, 8, pag. 422).

—Pancracio y yo hemos venido precisamente á cenar con vosotros, pero no ahora; lo haremos más tarde, pues tenemos un negocio entre manos en esta parte de la ciudad, y no podemos retardarlo. Mientras tanto uno de vuestros hijos podrá ir á comprar algo con que nos regalemos un poco esta noche, sin que falte una copa de vino generoso.

Y diciendo esto sacó la bolsa y entrególa á uno de los hijos de Diógenes, encargándole trajese alguna provisión extraordinaria.

Sentáronse, y para entablar conversación dijo Pancracio dirigiéndose al anciano sepulturero:

—He oído decir á Sebastián, mi buen Diógenes, que vos presenciasteis la muerte del glorioso diácono san Lorenzo por la fe de Cristo. ¿Quisiérais referirme alguna particularidad de tan glorioso martirio?

—Con mucho gusto, pues aun cuando han pasado ya cincuenta años desde entonces, era yo de alguna más edad que vos ahora, y lo recuerdo perfectamente. Era Lorenzo un joven gallardo, buenísimo, afable y benévolo con todos, y especialmente con los pobres. Así es que le querían todos entrañablemente. Yo, que le seguía á todas partes, estaba á su lado el día que, encontrándose con el venerable Pontífice Sixto, á quien conducían al martirio, se le reunió quejándosele tiernamente, según podría hacerlo un hijo cariñoso á su amado padre, de que no le permitiese ser compañero suyo en el sacrificio de su persona, como lo había sido asistiéndole en el sacrificio incruento del cuerpo y sangre de Nuestro Señor.

—¿Qué tiempos tan gloriosos aquellos! ¿No es verdad, Diógenes?—interrumpió Pancracio.—¿Cómo hemos degenerado, y qué diferente es la generación actual! ¿No te parece, Cuadrado?

El rudo soldado se sonrió al oír la generosa inculpación de Pancracio y suplicó á Diógenes que prosiguiera.

—También le ví cuando distribuyó á los pobres los vasos sagrados de gran precio y los ricos utensilios de la Iglesia. De entonces acá no ha vuelto á tener tanta magnificencia. Allí había lámparas y candelabros de oro, incensarios, cálices, patenas, y además una inmensa cantidad de plata: todo fué fundido y repartido entre los ciegos, lisiados y menesterosos.

—Pero contadme—dijo Pancracio—cómo sufrió su último y espantoso tormento: debió ser un espectáculo horrendo.

—Todo lo presencié, y aún me estremezco al recordarlo. Después de extenderle en el potro y de atormentarle de distintos modos sin que pudieran arrancarle ni un gemido, mandó el juez preparar y calentar las parrillas hasta ponerse candentes. Tendido sobre ellas, las carnes aún tiernas del mártir comenzaron á cubrirse de ampollas y á lacerarse por la acción del fuego,

cubriéndose de surcos sanguinolentos hasta los huesos. De su cuerpo levantábase un denso vapor, semejante al de un caldero hirviendo: oíase chisporrotear el fuego y crecer la llama alimentada con la grasa derretida de las carnes: podíase observar la contracción gradual de los nervios y de la piel, el temblor que imprimía en sus músculos la agonía, y las convulsiones espasmódicas que poco á poco encogían sus miembros... ¡Ah! sí, tal aspecto era horrible, ni podré olvidar jamás una escena de tan indescriptible crueldad. Pero todo aquel horror se desvanecía al mirar el rostro del Mártir. Tenía la cabeza erguida y como si estuviese contemplando alguna visión celestial, semejante á la de su compañero el diácono Estéban: su rostro estaba, sí, enrojecido por el calor excesivo del fuego, y un copioso sudor manaba de su frente; pero el resplandor de aquel fuego, iluminando los dorados rizos de sus cabellos, formaba al rededor de su cabeza una especie de aureola, como si estuviese ya en posesión de la celeste gloria. Sus facciones, siempre llenas de serenidad y de calma, habíanse transfigurado por modo tan radiante, y su mirada fija en el cielo tenía tal expresión de beatitud, que de buena gana, creedme, hubiérais querido trocar vuestro lugar por el suyo.

— ¡Y bien lo quisiera yo! — exclamó con fuerza Pancracio: — ¡tal gracia me conceda pronto Dios! No abrigo la pretension de creer que pudiese yo resistir igual suplicio, pues no soy más que un niño débil y lleno de imperfecciones, mientras Lorenzo era un noble y heroico Levita. Pero en aquellas horas de prueba generosa ¿no concede Dios las fuerzas necesarias? Tú, Cuadrado amigo, como robusto y valeroso soldado que eres, acostumbrado á las fatigas y al dolor de las heridas, de fijo soportarias con firmeza cualquier suplicio; mas yo sólo tengo una buena voluntad que ofrecer en sacrificio. Dime, pues: ¿crees tú que esto es bastante?

— ¡Y tanto, hijo mío! — exclamó el Centurion mirando con ternura al adolescente, que acercándose á Cuadrado había apoyado las manos en sus hombros. — Dios, que te ha dado valor, te dará también fortaleza... Pero no olvidemos la tarea que nos hemos impuesto esta noche. Embózate bien y échate la toga sobre la cabeza, pues la noche está fría y lluviosa. Diógenes, echad más leña al fuego y tened dispuesta la cena para cuando volvamos, que será cuanto antes. Podeis dejar entornada la puerta.

— ¡Id con Dios, hijos míos, y El os ayude en vuestra empresa, que sea cual fuere la creo digna y loable.

Cuadrado se envolvió en su clámide ó capa militar, y acompañado de Pancracio, internáronse los dos amigos por las oscuras callejuelas de la Suburra, en dirección del Foro.

Pocos momentos después abriase de nuevo la puerta de la casa de Diógenes, y una voz conocida de él daba el cristiano saludo de *Deo gratias*.

Era Sebastian, que habiendo tenido indicios de lo que intentaban su centurión y Pancracio, venía lleno de inquietud á saber si Diógenes les había visto. Este le respondió que habían salido poco antes y que esperaba su próxima vuelta; y en efecto, apenas había transcurrido un cuarto de hora, oyóse el rumor de pasos acelerados que se acercaban: la puerta fué abierta de un empujón, y cerrada inmediatamente y además atrancada. Eran Cuadrado y Pancracio que volvían.

— Aquí le tenéis, dijo este último riéndose estrepitosamente y mostrando un lio de arrugados pergaminos.

— ¿Y qué es eso? — preguntaron á un tiempo todos con viva curiosidad.

— Pues ¿qué ha de ser? — dijo Pancracio con alegría infantil. — Mirad: *Domini nostri Diocletianus et Maximianus, Invicti, Seniores, Augusti, Patres Imperatorum et Caesarum* (1), y lo demás que sigue... ¡Al fuego con ellos!

Dicho y hecho, y los hijos de Diógenes diéronse prisa á echar leña al fuego para aplastar los pergaminos y ahogar los estallidos que daban al quemarse. Allí se retorcián chisporroteando, convertíanse en humo, é iban desapareciendo las palabras y las frases, ya una adulación al Emperador, ya una blasfemia contra la religión cristiana, hasta quedar reducidos á un puñado de cenizas.

¿Ni qué otro destino había de haberles, pocos años después, á los que habían publicado aquel insolente documento, cuando quemados sus cadáveres sobre una hoguera de leña perfumada se recogiese de ellos un puñado de ceniza apenas suficiente para llenar una pequeña urna dorada? ¿Qué había de ser el paganismo á que por medio de aquel edicto se proponían dar vida, sino letra muerta, un montón de pavesas? ¿Qué aquel mismo Imperio que los *invictos* Césares tiranizaban con tanta crueldad é injusticia? En ruinas y en polvo quedarán convertidos los monumentos de su granleza, y proclamarán á la faz del mundo que no hay más que un solo verdadero Señor, más poderoso que los Césares, el Señor de los señores, contra el cual ni la astucia ni la fuerza de los hombres prevalecerán jamás.

Estos pensamientos ocuparían la mente de Sebastián mientras distraído contemplaba como iban desapareciendo los últimos restos del pomposo y cruel edicto, arrancado de su sitio, no por mero capricho ó necio alarde de los dos jóvenes, sino porque

(1) «Nuestros señores Diocleciano y Maximiano, invictos, sabios, augustos, padres de los Emperadores y de los Césares.»

contenía blasfemias contra Dios y su santa religión. Sabían muy bien que si llegaban á ser descubiertos espirarían en tormentos horribles; pero los cristianos de aquellos tiempos, cuando se preparaban para recibir el martirio, no se detenían ante humanas consideraciones. Morir por Cristo era el único fin á que aspiraban: que la muerte fuese pronta y fácil, ó lenta y dolorosa, poco les importaba; y á fuer de valerosos soldados que entran en batalla, no se detenían á reflexionar en qué parte podía herirles el enemigo, ni si serían heridos por flechas ó por espadas; no se preguntaban si el hierro enemigo acabaría de un golpe con su existencia, ó si tendrían que estar largas horas tendidos en tierra mutilados y desangrándose, para morir con lenta y dolorosa agonía entre montones de cadáveres.

Sebastián no se sintió con fuerza de ánimo suficiente para reprender á los intrépidos autores de aquella hazaña: antes bien sentíase inclinado á reírse pensando en el chasco y el asombro que á la mañana siguiente produciría en los enemigos del nombre cristiano la desaparición del edicto. Acabó, pues, por tomar á broma la ocurrencia, tranquilizando así á Pancracio, que visiblemente inquieto no separaba la vista de su semblante, mientras que Cuadrado se manifestaba algún tanto desconcertado. La risa de Sebastián se comunicó á los demás, y restablecido el buen humor sentáronse todos alegremente á la mesa.

El objeto de Cuadrado al mandar que prepararan la cena había sido para tener una excusa en caso de que les sorprendiesen renidos á tal hora, y además para inspirar ánimo á la familia de Diógenes y á su joven compañero si el atrevido golpe que acababan de dar les producía alguna aprensión. Pero tal recelo carecía de fundamento, y la conversación giró desde luego sobre los recuerdos de la juventud de Diógenes y los antiguos tiempos de virtud y fervor, como insistía Pancracio en llamarlos.

Concluida la cena, Sebastián acompañó á su joven amigo hasta la puerta de su casa, y después de un largo rodeo para no tener que pasar por el Foro retiróse á su morada.

Quien hubiese podido observar aquella noche á Pancracio, retirado en su aposento, le habría visto reírse de vez en cuando, como quien recuerda una extraña y chistosa aventura.

El descubrimiento

A los primeros albores del día siguiente se levantó Corvino, y encaminóse en derechura al Foro. Encontró á los centinelas avanzados en sus puestos, y adelantóse no sin cierta ansiedad hácia el objeto que tanto le preocupaba. ¿Quién podría describir la sorpresa que tuvo, su estupor, su cólera, cuando vió que había desaparecido el edicto, y en la desnuda tabla sólo unos pedazos de pergamino al rededor de los clavos, y al lado de ella, inmóvil como una estatua y con aire de estulta tranquilidad, al soldado dacio?

Corvino estuvo tentado de arrojarse á su cuello como un tigre, pero le disuadió la mirada de hiena que vió centellear en los ojos del bárbaro. No pudo menos, sin embargo, de prorumpir en acerbos improperios, y con voz medio ahogada por la ira dijo:

—¿Cómo es que ha desaparecido el edicto?... ¡Respóndeme pronto, grandísimo bellaco!

—Poco á poco, señor Kornweiner (1),—respondió el imperturbable hijo del Norte:—el edicto ahí está como lo dejásteis.

—¿En dónde, imbécil? ¡Ven y mira!

El dacio se acercó, miró de hito en hito por vez primera á la tabla, y después de algunos momentos dijo:

—Pues ¡qué! ¿No es esa la tabla que colgásteis anoche?

—¡La misma, bruto! ¿Y el escrito clavado en ella qué se ha hecho? ¡Esto era lo que debías guardar!

—¡Bah! capitán, ¿yo qué sé de escritos, si nunca he ido á la escuela? Y además, como ha estado lloviendo toda la noche, quizás lo habrá borrado el agua.

—¡Eso es!... Y como hacia viento, el pergamino habrá volado.

—Seguramente, señor Kornwainer; decís muy bien.

(1) El nombre que el bárbaro da á Corvino es un equívoco que se traduce *granos de vino*: Korn (granos), wein (vino).

—¡Basta de bromas! ¿Quién ha estado aquí durante la noche?

—Eran dos.

—¿Dos qué?

—Dos brujos ó duendes, ó cosa peor.

—No me vengas con necedades, ó de lo contrario...

Los ojos del dacio centellearon otra vez, y Corvino, suavizando el tono, añadió:

—Veamos: dime quiénes eran esos dos de quienes me has hablado y qué han hecho.

—El uno era un mozalbete alto y delgado que se arrimó al pilar, y acaso haya arrancado eso que echais de menos mientras yo me las había con el otro.

—¿Quién era ese otro? ¿Cuáles sus señas?

El soldado abrió la boca y los ojos, miró unos momentos á Corvino sin pestañear, y dijo al fin con grotesca solemnidad:

—A fe mía, que si no era el dios Thor en persona, faltábale bien poco. Nunca en mi vida he visto fuerza como la suya.

—¿Qué hizo, pues?

—Primero se me acercó amigablemente y comenzó á hablarme del frío que hacía y de otras cosas indiferentes; pero acordándome entonces de la orden que me habíais dado, de partir por mitad al primero que se me acercase...

—¡Eso! —interrumpió Corvino.— ¿Por qué no lo hiciste?

—Por la sencilla razón de que no me lo permitió. Gritéle que se fuera si no quería que le atravesara, y retrocediendo enristré la lanza. Pero yo no sé cómo fué que me la arrancó de un manotazo, partióla en dos pedazos contra su rodilla como si fuese una caña, y tiró el hierro á cien pasos de distancia, allí donde lo estais viendo.

—¿Y por qué no le acometiste con la espada? Pero ¡calle! ¿dónde la tienes, que veo tu vaina vacía?

El dacio hizo una extraña mueca, y señalando con el dedo al tejado de la próxima basilica, dijo:

—Allá arriba... ¿No veis relucir algo sobre las tejas?

Corvino miró en aquella dirección, y vió en efecto brillar á los rayos del sol naciente algo parecido á una hoja de espada; pero al dacio dando crédito á sus propios ojos, gritó con ira:

—Y no ha podido lanzarla tan alto, estúpido miserable?

El dacio retorció sus bigotes y gesticuló de tan expresiva manera, que obligó á Corvino á repetir la pregunta en más suave forma.

—¿Qué sé yo? —respondió el soldado.— Aquel dios, ó aquel demonio, ó lo que sea, sin el menor esfuerzo y como por arte de magia me arrebató la espada y largóla al tejado con la misma facilidad que puede tirar yo un palo á veinte pasos.

—¿Y después?

—Después el mozalbete salió de detrás del pilar, y juntos desaparecieron en la oscuridad.

—¡Extraño lance! —exclamó Corvino.— Y sin embargo, todo parece indicar que el hecho es cierto. Semejante fechoría no puede ser obra de un cualquiera. Mas, dime: ¿por qué no diste la voz de alarma? ¿por qué no has llamado en tu auxilio á los demás guardias?

—En primer lugar, señor Kornweiner, porque en mi país acostumbramos batirnos con hombres, nó con duendes ó fantasmas. Y luego, ¿para qué si he visto que estaba en su sitio la tabla cuya custodia me confiasteis?

—¡Estúpido! ¡animal! —murmuró Corvino entre dientes, y luego continuó en voz alta:— Esto puede costarte muy caro; bien sabes tú que es un delito que se paga con la cabeza.

—¡Delito!

—Sí; el delito de permitir un centinela que se le acerque alguien y le hable sin pedirle la consigna.

—¡Poco á poco, señor capitán! ¿Quién os ha dicho que no la he pedido?

—¿Y te la dió? Entonces no podía ser un cristiano.

—Sí, señor; me la dió, diciendo bien claro al acercárseme: *Nomen Imperatorum* (1).

—¿Cómo has dicho?

—*Nomen Imperatorum*, —repitió el dacio.

—¡Imbécil! ¡*Numen Imperatorum* (2) era la consigna! —gritó Corvino echando espumarajos de rabia.

—*Nomen* ó *Numen*, ¿qué más tiene? No hay más diferencia que una letra, y no estoy obligado á saber las sutilezas de vuestra lengua.

Corvino estaba más irritado consigo mismo que con el dacio, pues aunque tarde, conoció que habría conseguido mejor su objeto poniendo de centinela á un soldado pretoriano inteligente y astuto, en lugar de un extranjero imbécil y salvaje.

—Bueno —le dijo al fin,— tú darás cuenta al Emperador de tu conducta, y sabes ya cómo perdona él semejantes transgresiones.

—En cuanto á eso, señor Kornweiner, —replicó el soldado entre malicioso y sardónico,— haciendo palidecer á Corvino,— creo que los dos estamos unidos al mismo yugo: así, pues, procura no perderme á mí si queréis salvaros. Vuestra, más que mía, es la responsabilidad ante el Emperador, y...

—Sí, amigo, tienes razón. Yo diré que un numeroso grupo

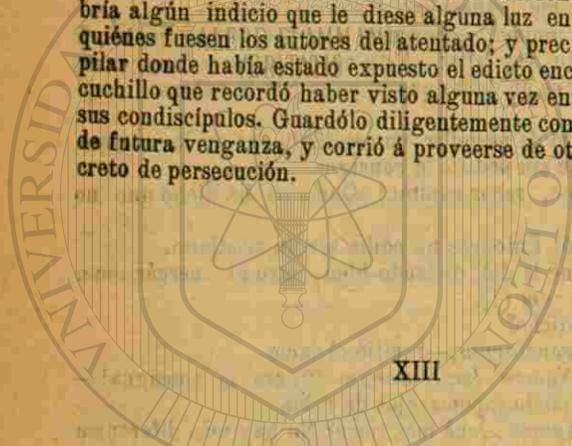
(1) «Nombre de los Emperadores».

(2) «Divinidad de los Emperadores».

de gente armada te agredió y te dió muerte. Por consiguiente, permanece tú escondido algunos días en el cuartel, en donde haré que no te falte cerveza abundante, hasta que ya nadie se acuerde del lance.

Era este el mejor partido para el soldado, y corrió á ocultarse; pero á los pocos días apareció á orillas del Tiber el cadáver de un corpulento dacio con evidentes señales de haber sido asesinado. Creyóse que habría sido echado al río en una riña de borrachos, y no se trató de hacer la menor indagación. Y así era, en efecto; pero á quien hubiese querido saber pormenores, nadie como Corvino habría podido dárselos más exactos.

Antes de alejarse del Foro, el hijo del prefecto registró minuciosamente el malhadado sitio de la ocurrencia por si descubría algún indicio que le diese alguna luz en averiguación de quienes fuesen los autores del atentado; y precisamente junto al pilar donde había estado expuesto el edicto encontró un pequeño cuchillo que recordó haber visto alguna vez en manos de uno de sus discípulos. Guardólo diligentemente como un instrumento de futura venganza, y corrió á proveerse de otra copia del decreto de persecución.



Comentarios y explicaciones

Desde las primeras horas de aquella mañana comenzaron las gentes á afluir al Foro, dominadas por la curiosidad de leer el terrible edicto con que se venía por tanto tiempo amenazando á los cristianos; pero al encontrarse con una tabla desnuda comenzó á levantarse entre la multitud un tumultuoso vocerío. Admiraban unos el valor de los cristianos, á quienes generalmente se tenía por cobardes: otros se indignaban de tanta audacia: quién ridiculizaba á los funcionarios encargados de la proclamación del edicto: quién se dolía de que debiese diferirse el espectáculo tan esperado de aquel día.

Pronto no se habló de otra cosa en todos los sitios públicos y en todas las reuniones: en las graudes Termas de Antonino especialmente conversaba sobre lo mismo un grupo de los más asf-

duos concurrentes, y entre ellos el juriconsulto Scauro, Próculo, Fulvio y el filósofo Calpurnio, que estaba muy atareado en examinar unos empolvados y antiguos volúmenes.

—¡Es muy singular la desaparición del edicto!—decía uno.

—Mejor diriais que es un sacrilego ultraje á la majestad de los divinos Emperadores,—observó Fulvio.

—Pero ¿cómo ha sido eso?—preguntó un tercero.

—¿No habéis oído—dijo Próculo—que han hallado muerto con veintisiete puñaladas al centinela dacio que custodiaba el Puteal, casi todas mortales de necesidad?

—No tal,—replicó Scauro.—El centinela no ha recibido el menor daño, sino que todo ha sido obra de magia pura. Se acercaron dos mujeres al soldado, y éste, arremetiendo á una de ellas, atravesóla de parte á parte sin herirla, yendo á caer la lanza al otro lado de la mujer, donde se quedó clavada en el suelo. Entonces se arrojó sobre la otra con la espada, pero al descargar esta en su cuerpo rebotó como en una figura de mármol. La bruja entonces echó sobre el soldado un puñado de no sé qué polvos que le hicieron volar por el aire, y esta mañana apareció dormido tranquilamente y sin la menor lesión sobre el tejado de la basilica Emiliana. Un amigo mío, que salió esta mañana muy temprano, vió puesta todavía la escalera por donde bajó el soldado.

—¡Es asombroso!—exclamaron varios.—Esos cristianos son la gente más extraordinaria del mundo.

—Pues yo—dijo Próculo—no creo de todo esto una palabra. La magia no tiene tanto poder; y aunque así fuese, no sé por qué razón esos miserables habían de tener el privilegio de poseerla mejor que otros que valen infinitamente más que ellos. Veamos, Calpurnio, cierra ese librote y respóndeme á lo que voy á preguntarte, pues me acuerdo que, estando un día de sobre mesa, te oí decir respecto de esos cristianos más que en todos los días de mi vida. ¡Qué memoria tan portentosa la tuya para retener todas las particularidades de la genealogía y de la historia de ese pueblo bárbaro! Dínos si es ó no posible lo que acaba de referir Scauro.

Calpurnio contestó con su acostumbrada petulancia:

—En verdad, no hay razón para calificarlo de imposible, pues el poder de la magia no tiene límites. Para preparar unos polvos capaces de hacer volar á un hombre, basta tener á la mano ciertas hierbas en las que el aire predomine sobre los tres elementos restantes; como, por ejemplo, segun Pitágoras, las legumbres llamadas lentejas recogéndoas cuando el sol está en Libra (signo que tiene la propiedad de mantener suspendidos en la atmósfera los cuerpos pesados) y en el momento de su conjunción con Mercurio, que, como ya sabéis, es un poder

alado. Comunicando á dichas yerbas la conveniente energía, mediante ciertas palabras misteriosas pronunciadas por un mago experto, y reduciéndolas á menudo polvo en un mortero hecho de un aerolito, no cabe duda que se pueden obtener unos polvos que, administrados oportunamente, tengan la fuerza necesaria para hacer volar á una persona. Es bien sabido que las brujas de Tesalia se trasladan cuando se les antoja de un lugar á otro atravesando las nubes, y claro está que no podrían hacerlo si no contaran con un sortilegio de esa especie. Pero, viniendo ahora á los cristianos, recordarás, excelente Próculo, que en la oración á que me has hecho el honor de aludir, y que pronuncié en la mesa del ya divinizado Fabio, dije, si mal no me acuerdo, que esa secta es originaria de Caldea, país famoso de antiguo por sus ciencias ocultas. Pero la historia nos ofrece á mayor abundamiento un ejemplo muy notable de ello. Aquí entre nosotros, en la misma ciudad de Roma, es bien sabido que en tiempo de Nerón un tal Simón, llamado indistintamente Simón Pedro ó Simón Mago, remontóse por los aires á grande altura y por pura fuerza de encantamiento á la vista de todo el pueblo; si bien, por habérsle desprendido del cinto el hechizo que le sostenía, vino á dar en tierra y se rompió las piernas, por cuyo motivo se le condenó á morir crucificado cabeza abajo.

— Pero, ¿es que todos los cristianos han de ser magos? — preguntó Scauro.

— Forzosamente, — respondió Calpurnio; — la magia forma una parte de su superstición. A sus sacerdotes principalmente les atribuyen un imperio extraordinario sobre la naturaleza. Con sólo bañar en el agua los cuerpos de los iniciados, dicen que sus almas adquieren dones maravillosos, como también una superioridad completa, aunque sean esclavos, sobre sus amos y hasta sobre los divinos Emperadores.

— ¡Qué horror! — exclamaron todos á una.

— Y lo peor es — añadió Calpurnio — que no hay delito ni atrocidad que no crean lícito para favorecer su superstición. De ahí, como acabamos de ver, su extrema osadía, su incalificable crimen de arrancar un edicto supremo de las divinidades imperiales; de ahí sus conjuras contra el Estado, y capaces serían (no lo permitan los dioses) de atentar contra las sagradas vidas de los Emperadores, ya que les basta para toda maldad ir á uno de sus sacerdotes, confesarle su crimen y pedirle perdón, y obtener éste se consideran del todo inocentes.

— ¡Qué atrocidad! ¡Eso es horrible! — clamaron todos.

— Semejante secta es de todo punto incompatible con la seguridad del Estado, — añadió Scauro. — El hombre que atribuye á su semejante el poder de perdonarle sus delitos no tendrá reparo en cometerlos todos.

— Por esto sin duda — observó Fulvio — se ha publicado contra los cristianos el severo edicto que los hiere. Después de lo que ha dicho Calpurnio, ninguna medida será bastante rigurosa contra gentes tan peligrosas.

Durante esta conversación se les había agregado Sebastián; y Fulvio, que le había estado espiando atentamente, se dirigió á él de pronto, diciéndole:

— También vos, Sebastián, seréis de nuestro parecer; ¿no es verdad?

— Opino — respondió tranquilamente el tribuno — que si los cristianos fuesen de cierto tales como los ha descrito Calpurnio, unos infames hechiceros, bien merecerían ser exterminados sin dejar uno. Pero, aun así, dírales yo probabilidades de salvarse.

— ¿Cómo? — preguntó Fulvio con ironía.

— No permitiendo que pudiesen contribuir á su exterminio sino aquellos que demostrasen previamente estar exentos de todo delito. No consentiría, por ejemplo, que levantase la mano contra los cristianos quien no acreditase antes que nunca había sido adúltero, ni embustero, ni borracho, ni mal esposo, mal padre ó mal hijo, ni disoluto, ni opresor, ni ladrón, ni cualquiera de tantas otras cosas de que nadie acusa á los infelices cristianos.

Esta enumeración de vicios, y más que todo la desdeñosa y á la vez serena mirada de Sebastián, produjo una fuerte inmutación en Fulvio, y sobre todo la palabra *ladrón* le hizo estremecer. ¿Le habría visto Sebastián recoger y guardarse el pañuelo de Syra en casa de Fabiola? Como un relámpago le asaltó este recelo, y sin detenerse á reflexionar más, la aversión que experimentó hácia el tribuno la primera vez que le conoció, y que al verle la segunda en casa de Inés se había transformado en odio, convirtiéndose desde aquel punto en sed de venganza que en un corazón como el suyo sólo con sangre se podía apagar.

Salió Sebastián de allí con el alma acogojada por lo que había oído contra su fe, y para desahogar su pena exclamó conforme iba andando:

— ¡Hasta cuándo, Señor, hasta cuándo! ¿Qué esperanzas podremos abrigar de que se conviertan muchos á la fe, ya que no todo este vasto Imperio, mientras haya tantos hombres probos é instruidos que crean á ojos cerrados cuantas calumnias se nos prodigan, acumulando de siglo en siglo todas las fábulas, todos los embustes inventados contra nosotros, sin cuidarse de examinar nuestras creencias porque, llenos de prevención contra ellas, dan por sentado que son falsas y dignas de desprecio?

Aun cuando Sebastián hablaba consigo mismo, lo hacía en voz bastante alta para que oyese sus palabras una jovencita

que, sin él advertirlo, seguiale de cerca y que, interrumpiéndole, dijo con voz suave:

— Buen joven que así hablas, quien quiera que seas y cuyo acento no me es desconocido, acuérdate que el Hijo de Dios dió vista al ciego aplicando á sus ojos un poco de arcilla, con la que en manos de cualquier mortal habría cegado un ojo sano. Seamos polvo bajo sus piés, si deseamos ser instrumentos de que El se valga para comunicar luz á las almas. Resignémonos con paciencia á que nos huellen algún tiempo más, que tal vez de nuestras cenizas brotará la chispa del fuego sagrado que calentará los corazones encallecidos.

— ¡Gracias, Cecilia! — exclamó Sebastián, — ¡gracias por tu justa y afectuosa reprensión! Pero dime; ¿á dónde vas tan risueña y confiada en este primer día de nuestro peligro?

— ¿No sabéis que he sido nombrada guía del cementerio de Calixto? Voy á tomar posesión de mi cargo, y... ¡pedidle á nuestro Dios que sea yo la primera flor de la nueva primavera!

XIV

El lobo en el aprisco

Después de su atrevida empresa, pocas horas quedaban de la noche á Pancracio y al centurión Cuadrado para entregarse al descanso, pues como cristianos tenían que levantarse antes del alba para ir á reunirse con los demás fieles en una de las iglesias titulares á fin de que terminado el religioso acto pudieran dispersarse antes que fuese día claro. Aquella debía ser ahora su última reunión en las iglesias de la ciudad, pues cerradas desde aquel día según costumbre en las épocas de abierta persecución el culto divino había de celebrarse en las iglesias subterráneas de los cementerios. Y como no era fácil que todos los fieles, ni aún los domingos, pudieran asistir con seguridad en las varias catacumbas, que distaban algunas millas de la ciudad, se les concedía como un gran privilegio que pudiesen guardar en sus casas la sagrada Eucaristía y comulgar privadamente por la mañana antes de tomar otro alimento, como refiere Tertuliano.

Considerábanse los fieles, no como corderos destinados al matadero, ó como criminales que esperan la hora del suplicio, sino como soldados que se aprestan al combate; y en la Mesa Eucarística encontraban sus armas, su alimento, su fuerza y su valor. Hasta los tibios y medrosos se reanimaban y fortalecían con el Pan de vida eterna.

Toda aquella noche la invirtieron los sacerdotes en preparar á sus feligreses para una Comunión solemne que para muchos debía ser la última en la tierra.

Y no será por demás recordar que la Misa que en aquellos tiempos se celebraba era en su esencia y en muchas de sus particularidades la misma que hoy vemos celebrar todos los días en nuestros altares. No solo era considerada, al igual que en nuestros días, como el sacrificio del Cuerpo y de la Sangre de Nuestro Señor; no sólo se efectuaban sin diferencia alguna la Oblación, la Consagración y la Comunión, sino que casi todas las oraciones son idénticas: de modo que el católico que asiste al santo Sacrificio, y más aún el sacerdote que lo celebra en aquella misma lengua que usó la Iglesia de las Catacumbas, pueden creerse en viva é íntima comunión con los Mártires que celebraban y asistían á los divinos Misterios.

En ocasiones como la que estamos describiendo, cuando se llegaba al *Pax Domini*, al momento de darse los fieles el ósculo de paz, era una escena tiernísima oír los sollozos y suspiros en que muchos prorumpían al darse aquel verdadero abrazo de caridad fraterna, como si presintiesen que era el último á Dios. ¡Cuántos hijos se colgaban del cuello de sus padres, pensando si tal vez en aquel día los separaría la muerte y no volverían á verse hasta que reunidos en el cielo agitasen sus palmas victoriosas! ¡Cuántas madres, al estrechar á sus hijas contra su seno, sentían avivada hasta lo indecible su ternura ante el pensamiento de una pronta separación!

Después venía la Comunión, más solemne que nunca, más devota, más llena de recogimiento. *Este es el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo*, decía el sacerdote á cada uno de los fieles al presentarle la Hostia sacrosanta. *Amen*, respondía cada uno con expresión llena de fe y de amor, al propio tiempo que extendiendo en sus manos un *orarium*, ó sea un paño de blanco y fino lienzo, recibía en él una porción del Pan de vida, que pudiese bastarle hasta la próxima fiesta; y después de doblar cuidadosa y devotamente este *orarium*, lo envolvía en otro más precioso paño, ó lo metía en una cajita de oro, y guardaba tan precioso tesoro oculto en el pecho.

Entonces fué cuando la pobre Syra sintió por vez primera la pérdida de su rico pañuelo bordado, que mucho antes lo habría dado de limosna á no reservarlo para ocasiones como aquella.

que, sin él advertirlo, seguiale de cerca y que, interrumpiéndole, dijo con voz suave:

— Buen joven que así hablas, quien quiera que seas y cuyo acento no me es desconocido, acuérdate que el Hijo de Dios dió vista al ciego aplicando á sus ojos un poco de arcilla, con la que en manos de cualquier mortal habría cegado un ojo sano. Seamos polvo bajo sus piés, si deseamos ser instrumentos de que El se valga para comunicar luz á las almas. Resignémonos con paciencia á que nos huellen algún tiempo más, que tal vez de nuestras cenizas brotará la chispa del fuego sagrado que calentará los corazones encallecidos.

— ¡Gracias, Cecilia! — exclamó Sebastián, — ¡gracias por tu justa y afectuosa reprensión! Pero dime; ¿á dónde vas tan risueña y confiada en este primer día de nuestro peligro?

— ¿No sabéis que he sido nombrada guía del cementerio de Calixto? Voy á tomar posesión de mi cargo, y... ¡pedidle á nuestro Dios que sea yo la primera flor de la nueva primavera!

XIV

El lobo en el aprisco

Después de su atrevida empresa, pocas horas quedaban de la noche á Pancracio y al centurión Cuadrado para entregarse al descanso, pues como cristianos tenían que levantarse antes del alba para ir á reunirse con los demás fieles en una de las iglesias titulares á fin de que terminado el religioso acto pudiesen dispersarse antes que fuese día claro. Aquella debía ser ahora su última reunión en las iglesias de la ciudad, pues cerradas desde aquel día según costumbre en las épocas de abierta persecución el culto divino había de celebrarse en las iglesias subterráneas de los cementerios. Y como no era fácil que todos los fieles, ni aún los domingos, pudiesen asistir con seguridad en las varias catacumbas, que distaban algunas millas de la ciudad, se les concedía como un gran privilegio que pudiesen guardar en sus casas la sagrada Eucaristía y comulgar privadamente por la mañana antes de tomar otro alimento, como refiere Tertuliano.

Considerábanse los fieles, no como corderos destinados al matadero, ó como criminales que esperan la hora del suplicio, sino como soldados que se aprestan al combate; y en la Mesa Eucarística encontraban sus armas, su alimento, su fuerza y su valor. Hasta los tibios y medrosos se reanimaban y fortalecían con el Pan de vida eterna.

Toda aquella noche la invirtieron los sacerdotes en preparar á sus feligreses para una Comunión solemne que para muchos debía ser la última en la tierra.

Y no será por demás recordar que la Misa que en aquellos tiempos se celebraba era en su esencia y en muchas de sus particularidades la misma que hoy vemos celebrar todos los días en nuestros altares. No solo era considerada, al igual que en nuestros días, como el sacrificio del Cuerpo y de la Sangre de Nuestro Señor; no sólo se efectuaban sin diferencia alguna la Oblación, la Consagración y la Comunión, sino que casi todas las oraciones son idénticas: de modo que el católico que asiste al santo Sacrificio, y más aún el sacerdote que lo celebra en aquella misma lengua que usó la Iglesia de las Catacumbas, pueden creerse en viva é íntima comunión con los Mártires que celebraban y asistían á los divinos Misterios.

En ocasiones como la que estamos describiendo, cuando se llegaba al *Pax Domini*, al momento de darse los fieles el ósculo de paz, era una escena tiernísima oír los sollozos y suspiros en que muchos prorumpían al darse aquel verdadero abrazo de caridad fraterna, como si presintiesen que era el último á Dios. ¡Cuántos hijos se colgaban del cuello de sus padres, pensando si tal vez en aquel día los separaría la muerte y no volverían á verse hasta que reunidos en el cielo agitasen sus palmas victoriosas! ¡Cuántas madres, al estrechar á sus hijas contra su seno, sentían avivada hasta lo indecible su ternura ante el pensamiento de una pronta separación!

Después venía la Comunión, más solemne que nunca, más devota, más llena de recogimiento. *Este es el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo*, decía el sacerdote á cada uno de los fieles al presentarle la Hostia sacrosanta. *Amen*, respondía cada uno con expresión llena de fe y de amor, al propio tiempo que extendiendo en sus manos un *orarium*, ó sea un paño de blanco y fino lienzo, recibía en él una porción del Pan de vida, que pudiese bastarle hasta la próxima fiesta; y después de doblar cuidadosa y devotamente este *orarium*, lo envolvía en otro más precioso paño, ó lo metía en una cajita de oro, y guardaba tan precioso tesoro oculto en el pecho.

Entonces fué cuando la pobre Syra sintió por vez primera la pérdida de su rico pañuelo bordado, que mucho antes lo habría dado de limosna á no reservarlo para ocasiones como aquella.

Antes de que se esparciera por Roma la noticia de lo ocurrido con el edicto se habían disuelto ya las varias congregaciones de las iglesias. Las frecuentes entrevistas de Torcuato con Fulvio y Corvino en los baños de Caracalla habían llamado muy particularmente, como ya hemos dicho, la atención del cristiano *capsarius* Cucumio y de su esposa Victoria, que espiándolos incesantemente habían oído su plan de invadir el cementerio de Calixto el día siguiente á la publicación del edicto imperial. Considerándose, pues, seguros los cristianos aquel primer día con la desaparición del edicto, aprovecharon esta circunstancia para inaugurar con solemnes cultos las iglesias de las Catacumbas, que por haber estado desiertas algunos años acababan de ser reparadas por los *fossores*, pintadas de nuevo en algunas partes y provistas de todo lo necesario para la celebración de los divinos Oficios.

Corvino, en tanto, repuesto de su primer asombro, procuróse lo más pronto posible otra copia del edicto para fijarla en el Foro. Comenzó luego á reflexionar sobre las funestas consecuencias que lo sucedido le atraería probablemente de la cólera del Emperador; ya que, como le había dicho el centinela dacio, sobre él recaía la responsabilidad inmediata de aquella violación.

Creyó, por lo tanto, que para conjurar la tempestad que le amenazaba el mejor partido era descargar un buen golpe antes de afrontar el ceño del tirano, y á este fin resolvió dar en aquel mismo día el ataque que contra el cementerio de Calixto había maquinado para el siguiente.

Encaminóse, pues, sin perder tiempo á las Termas, en donde Fulvio, que sospechoso de la fidelidad de Torcuato espiábale continuamente, le había advertido la llegada de Corvino para concertar juntos su plan. En efecto, reunido aquel digno triunvirato, acordóse que Corvino al frente de un pelotón de soldados escogidos y sirviendo de guía el apóstata, que asintió mal de su grado, penetrarían en el cementerio para sorprender y apoderarse del clero y de los principales cristianos; mientras Fulvio permanecería en el exterior con otro pelotón de soldados para interceptar el paso á los fugitivos y arrestar á los más importantes, sobre todo al Pontífice, á quien podía fácilmente reconocer por haberle visto en la ordenación. Este era el papel que se había reservado el astuto asiático, quien decía para sus adentros: —Hagan los muy bobos las veces del huron en la madriguera; que yo desde fuera daré caza á las piezas que vayan saliendo.

Mientras tanto Victoria, en acecho siempre de los tres cómplices, hizo la ocupada, aparentando no escuchar ni entender nada, barriendo y limpiando la estancia á donde se habían retirado para confabularse; y dándose ya por satisfecha con lo que acababa de oír, corrió á referirlo á su marido Cucumio, el cual á

fuerza de discurrir dió con un medio adecuado para poner en guardia á sus hermanos cristianos.

Sebastián, después de asistir al Oficio divino, tuvo que retirarse á palacio, á donde le llamaban sus deberes; pero, siguiendo la costumbre casi general, se dirigió á los baños con la doble idea de vigorizar sus miembros con aquel saludable refrigerio y de alejar de sí las sospechas que pudiera despertar su ausencia aquella mañana. Mientras se estaba bañando escribió Cucumio en una tira de pergamino cuanto había oído su esposa acerca de la inmediata invasión del cementerio y del arresto del Sumo Pontífice, y prendió el pergamino con un alfiler en lo interior de la túnica de Sebastián, de la cual estaba encargado como guardarropa que era, inventando este medio por no atreverse á hablar públicamente al tribuno.

Al salir del baño pasó Sebastián á la sala en donde se discutía el suceso del día, y en donde Fulvio estaba esperando que viniese Corvino á noticiarle que ya lo tenía todo dispuesto. Alejándose disgustado por las imposturas y necedades que acababa de oír, y apenas había dado algunos pasos sintió que algo le punzaba en el pecho; examinó su ropa y pronto dieron sus dedos con el pergamino. Lo poco que en él se leía fué bastante para que Sebastián se persuadiese de la necesidad de dirigir inmediatamente sus pasos hacia la via Appia en vez de continuar en dirección del Palatino, y comunicar el importante aviso á los cristianos reunidos en el cementerio.

Sin embargo, habiendo hallado en la pobre ciega un mensajero más ágil y aún más seguro que él mismo, porque no llamaría tanto como él la atención, la detuvo, sacó el escrito, le añadió algunas palabras con la pluma y tinta que llevaba siempre consigo, y se lo entregó encargándole que lo llevase á su destino todo lo más de prisa que pudiera. Pero no bien había dejado los baños cuando Fulvio recibió la noticia de que Corvino y su tropa, atravesando apresuradamente los campos para evitar toda sospecha, se dirigían al lugar designado. Montó Fulvio inmediatamente á caballo y tomó el camino real á la sazón que el tribuno cristiano estaba dando en un apartado sendero sus instrucciones á la ciegucecita.

Recordará el lector que al visitar con Diógenes y sus compañeros las catacumbas nos detuvimos á poca distancia de la iglesia subterránea por no haber querido Severo que Torcuato tomase conocimiento del camino. En aquella iglesia era donde á la sazón se hallaban reunidos los cristianos con el Supremo Pastor, y estaba construida según el plan común á todas las excavaciones de su género.

Imagínese el lector dos estancias ó *cubicula*, situadas una á cada lado de un corredor ó galería, de modo que sus anchas en-

tradas estaban una enfrente de otra. En el fondo de una de ellas había un *arcosolum*, ó sea altar levantado sobre un sepulcro. Lo probable es que en esta *cubicula* ó primera división se reuniesen los hombres bajo la dirección de los *ostiarrii* (1), y en la otra las mujeres á cargo de las diaconisas. La separación de los dos sexos era en la Iglesia primitiva un punto de disciplina rigurosamente observado.

Cuando Corvino y sus satélites llegaron á la entrada del cementerio, condujoles Torcuato por el camino que conocía; el cual, partiendo de un edificio ruinoso, descendía medio oculto por montones de haces de leña al interior de la catacumba. Fulvio con diez ó doce soldados se quedó guardando la entrada, mientras Corvino y Torcuato, seguidos de varios soldados, se prepararon á descender á la catacumba.

—No me gusta del todo esa expedición subterránea,—dijo un legionario de barba cana.—Soy soldado y no cazador de ratones. Que me pongan frente al enemigo á la luz del día, y pelearé con él cuerpo á cuerpo; pero ser ahogado por el humo y andar entre tinieblas en un albañal ó cosa parecida, maldita la gracia que tiene.

Asintieron á tales observaciones los demás soldados, y uno de ellos añadió:

—¡Y quién sabe los centenares de cristianos que estarán agazapados ahí dentro, mientras á nosotros se nos puede contar muy fácilmente!

—Y además,—añadió un tercero,—que á nosotros no nos pagan para esta clase de servicios.

—Lo que es á mí,—dijo otro,—no son los cristianos los que me dan miedo, sino sus brujerías.

Fué menester toda la elocuencia de Fulvio para que al fin se decidiesen á meterse en aquel laberinto de insidias y peligros. Aseguróles que nada debían temer, pues al verles huirían, los cristianos cobardemente como liebres, y que en sus escondrijos encontrarían más plata y oro del que quisieran. Alentados por la codicia, fueron bajando encorvados hasta el fin de la escalera y penetraron á tientas por el subterráneo. La opaca luz de algunas lámparas que se distinguían á lo lejos rompía la oscuridad de aquellos largos corredores lo suficiente para guiar los pasos del que entraba.

—¡Atención!—dijo un soldado.—¿No oís una voz?

En efecto, llegábales de lejos el sonido argentino de una voz fresca y juvenil, pero tan clara que, si bien disminuida por la distancia, distinguíanse todas sus notas y palabras al entonar los siguientes versículos:

(1) Una de las Ordenes menores de la Iglesia.

Dominus illuminatio mea, et salus mea; quem timebo?

Dominus protector vitæ meæ; á quo trepidabo? (1)

Y enseguida resonó un coro de voces, semejantes al ruido que forman las aguas de una cascada, que cantaba:

Dum appropriant super me nocentes, ut edant carnes meas;

Qui tribulant me, inimici mei, ipsi infirmati sunt, et ceciderunt (2).

Apoderóse de los agresores un sentimiento de rabia mezclada de vergüenza al oír estas palabras de tranquila confianza y desprecio á los peligros. La voz primera volvió á cantar sola, pero con más sordo acento:

Si consistant adversum me castra non timebit cor meum (3).

—Conozco esa voz,—dijo Corvino.—¡Oh! entre mil la reconocería: es la de mi odiado enemigo, el causante de los disgustos de la pasada noche y de las fatigas de esta mañana, si es la voz de Pancracio, el que ha arrancado el edicto imperial... ¡Adelante, compañeros, y cuente con muy buena recompensa quien me lo entregue vivo ó muerto!

—Bien,—dijo un soldado,—pero antes hay que encender las teas.

—¡Silencio!—dijo otro mientras las encendían.—¿No oís un ruido extraño y hondo, como si cavasen la tierra y diesen martillazos?

—Mirad,—añadió otro;—las luces que se divisaban han desaparecido, y la música ha cesado: indudablemente nos han oído.

—Nada temais,—dijo Torcuato aparentando un valor que no tenía.—Ese ruido lo producen Diógenes y sus hijos, que están cavando las sepulturas para los cristianos que nosotros cogemos.

Torcuato había prevenido en vano á los soldados que no llevasen teas, sino linternas como la que usaba Diógenes, ó al menos velillas como las que él traía para su uso; mas los soldados juraron que no bajarían sino con tantas luces que no pudieran apagarlas una fuerte corriente de aire. Pero no tardaron en experimentar su error.

A medida que se fueron internando cautelosamente por la baja y angosta galería, las resinosas antorchas crujían y chisporroteaban despidiendo grandes llamas que les tostaban el

(1) «El Señor es mi iluminación y mi salud; ¿á quién temeré?»

«El Señor es protector de mi vida; ¿de quién temblaré?» (*Salmo XLVI*).

(2) «Mientras que se llegan á mí los dañadores, para comer mis carnes: «Los enemigos míos que me atribulan, ellos mismos fueron debilitados, y cayeron.» (*Id.*)

(3) «Si se asentaren campamentos contra mí, no temerá mi corazón.» (*Id.*)

rostro, mientras un humo denso y negro les envolvía en una espesa atmósfera, cegándoles los ojos y asfixiándoles. Caminaban, no obstante, en pos de su guía, el apóstata Torcuato, que iba contando cuidadosamente las enrucijadas de uno y otro lado y que con gran sorpresa fué notando que estaban borradas todas las señales puestas anteriormente por él. No por eso desconfió de encontrar la iglesia; pero ¡cuál fué su asombro y confusión cuando, después de haber contado poco más de la mitad de las esquinas, se encontró el camino completamente cerrado!

Ojos más perspicaces de lo que se figuraba habían penetrado sus pérfidos designios y acababan de frustrarlos. El receloso y vigilante Severo, que se hallaba cerca de la entrada baja del cementerio cuando llegaron Corvino y sus soldados, corrió al momento al sitio donde tenía amontonada la arena para en caso necesario cerrar la galería, y en donde su hermano y otros intrépidos trabajadores estaban ya apostados á prevención. Inmediatamente empezaron unos á acumular con palas la arena á través del bajo y estrecho corredor, mientras con los picos arrancaban otros de la parte del techo que tenían á la espalda grandes trozos de piedra con que acabaron de tapiar el camino y hacer más insuperable la barrera. Detrás de ella quedáronse todos en observación, pudiendo apenas contener la risa ante el chasco que acababan de sufrir sus perseguidores y al oír sus voces á la otra parte. El ruido que habían oído antes los soldados, la desaparición de las lejanas luces y el silencio que sucedió á los cánticos, no reconocían otra causa que aquella improvisada muralla que les incomunicaba con la mayor parte del cementerio.

Torcuato sintió descargar sobre sí un tremendo chaparrón de imprecaciones y amenazas, y no se hartaban Corvino y los soldados de llamarle bestia y traidor.

—¡Por favor!—les dijo al fin en medio de su perplejidad;— calmaos y no os impacientéis. Quizás habré errado la cuenta. Conozco perfectamente el corredor por donde hemos de torcer, pues á pocos pasos de su entrada hay un sepulcro notable. Esperad un poco: voy á examinar uno ó dos de los corredores que hemos dejado atrás, lo cual ha de permitirme encontrar de nuevo el hilo del laberinto.

Y dicho esto, retrocedió algunos pasos, dobló por la primera galería de la izquierda y desapareció completamente.

Los soldados, que le habían acompañado hasta la entrada misma de la galería, se quedaron sin poderse dar cuenta de la repentina desaparición de su guía y de la luz que llevaba en la mano. ¿Sería por arte de encantamiento?

—¡No daremos un paso adelante!—exclamaron.—O Torcuato nos ha hecho traición, ó se lo han llevado las brujas.

Rendidos de cansancio, abrasados de calor en aquella atmósfera caliginosa, trastornados por el mal olor que las teas despedían, tiznados, cegados y asfixiados casi por el humo, emprendieron la retirada; y como sabían que el camino continuaba recto hasta la entrada del cementerio, iban arrojando á las galerías laterales las encendidas teas para quitarse el estorbo de encima. Al volver atrás la vista parecióles que una iluminación triunfal alumbraba la avenida de aquellos sombríos corredores. De las bocas de los diversos subterráneos salían reflejos de vivo resplandor, y el humo condensado y suspendido en la parte superior flotaba en nubes de ámbar á lo largo de la galería. Los sepulcros tapiados, al reflejar en sus amarillas teas ó en sus blancos mármoles aquel resplandor insólito, relucían como láminas de plata ú oro engastadas en el adomado carmesí de las paredes; y todo aquello, en fin, parecía un homenaje tributado á los Mártires por las furias del paganismo el primer día de la persecución: las teas encendidas para destruir á los fieles sólo servían para hacer resplandecer aquellos monumentos, que eran un testimonio de esa virtud de abnegación y holocausto por la fe que ha salvado constantemente al Cristianismo.

Antes, empero, que aquellos burlados canes llegasen cabizbajos á la salida del cementerio, se detuvieron sorprendidos á la vista de una extraña aparición. Imagináronse al principio divisar una lejana vislumbre de la luz del día, mas pronto advirtieron que era el resplandor de una lámpara sostenida en alto con mano firme por una figura vestida de negro, en pie é inmóvil, que recibía parte de la luz sobre sí misma; semejante á una de esas estatuas de bronce que tienen la cabeza y las extremidades de mármol blanco, y tanto se parecen á personas vivas que uno se asombra al verlas por primera vez.

—¿Qué será esto?—se preguntaban los soldados.

—Una hechicera,—contestó uno.

—El *genius loci* (genio del lugar),—dijo otro.

—Un duende,—observó un tercero.

Acercáronse á la figura paso á paso, sin que ella apareciese advertir su presencia: en sus ojos no había luz ni vida, y manteníase impávida é inmóvil. Dos soldados al fin llegaron bastante cerca para asirla de los brazos.

—¿Quién eres tú?—preguntóle Corvino furioso.

—Una cristiana,—respondió Cecilia con la afable mauséumbre que la caracterizaba.

—¡Traedla!—ordenó Corvino á los soldados;—habrá al menos quien nos pague el chasco que hemos llevado.

XV

La primera flor segaa

Cecilia, prevenida ya de lo que había de suceder, llegó al cementerio de Calixto por diferente entrada que los soldados, si bien no distante; y desde los primeros pasos que dió al descender comenzó á percibir el penetrante y desagradable olor de las teas.

—Este olor no es el de nuestro incienso,— dijo para sí:— el enemigo está ahí dentro.

Y presurosa fué al punto donde estaban reunidos los fieles, entrególes el aviso de Sebastián, y comunicóles además lo que ella acababa de notar.

El noble tribuno les aconsejó que se dispersasen al momento y se refugiasen en las galerías interiores más profundas, y suplicó al Sumo Pontífice que no se moviese de allí hasta que él mismo fuese á buscarle, porque el objeto principal de los perseguidores era apoderarse de su persona.

Pancracio instó á la ciega mensajera para que se pudiese á salvo como los demás; pero ella se negó diciendo que su obligación era estar de guardia en la entrada para servir de guía á los fieles.

—¿Y si los enemigos se apoderan de tí?

—No importa,—respondió Cecilia sonriéndose;—tal vez apoderándose de mí se salvarán otras vidas más preciosas que la mía. Dadme una lámpara.

—¿Para qué la necesitas tú?—observó Pancracio.

—Para nada, ciertamente; pero con ella alumbraré á otros.

—Y ¿no pudiera suceder que esos otros fueran nuestros enemigos?

—¡Y aunque así fuese! Si mi celestial Esposo quiere venirme á buscar en la noche de este cementerio, me encontrará con la lámpara encendida y llena de aceite.

Esto dicho, Cecilia partió sin más demora á ocupar su puesto. Como no oyese más ruido que el leve rumor de pisadas lentas y cautelosas, creyó que serían las de algunos cristianos y alzó la lámpara sobre su cabeza para guiarlos. Entonces fué cuando la prendieron los soldados.

Apenas Fulvio los vió salir con aquella jovencita por toda presa, montó en cólera. Aquella tentativa resultaba, no ya una derrota, sino una verdadera ridiculez. ¡Penetrar en las entrañas de la tierra para sacar de ellas un misero ratón! Fueron tantas y tales las injurias y befas que descargó sobre Corvino, que éste le oía pateando y echando espumarajos de rabia; y cuando Fulvio no tuvo más que decirle, preguntó cambiando súbitamente de tono:

—¿Dónde está Torcuato?

Fué menester que los soldados volbiesen á sus comentarios acerca de la desaparición repentina del traidor, oyendo de su boca Fulvio cosas tan estupendas como las que se habían contado de la aventura del centinela dacio. El lance, sin embargo, le causó profundo disgusto, persuadido de que había sido engañado por Torcuato, el cual habría fingido perderse en los impenetrables escondrijos del cementerio. Como de haber sucedido así, era probable que lo supiese la cautiva, se decidió á interrogarla, y le dijo con adusto ceño y tono de amenaza:

—Mirame, muchacha, y dime la verdad de todo.

—Os diré la verdad, pero sin miraros, porque soy ciega,— contestó Cecilia con su sonrisa y amabilidad habituales.

—¡Ciegal!—exclamaron todos á la vez rodeándola para verla.

Pero la impreción que en el rostro de Fulvio se pintó fué tan ligera como la ondulación que produce la brisa al deslizarse sobre las doradas mieses. Tenía un indicio; veía en sus manos una clave con que descifrar el enigma, y eso bastaba.

—Seria el colmo de lo ridiculo—dijo—que veinte soldados atravesasen la ciudad escoltando á una pobre ciega. Volveos al cuartel, que ya veré de recompensaros generosamente. Tú, Corvino, monta en mi caballo y vé á referirselo todo á tu padre: yo te seguiré con la prisionera en un carruaje.

—Cuidado, Fulvio, con hacerme una de las tuyas,—dijo Corvino humillado y colérico.—Es preciso que la llesves, porque el día no puede concluir sin un sacrificio.

—No temas,—contestó Fulvio con marcado desdén.

Quedóse éste reflexionando si le convendría, ya que había perdido un espía, proporcionarse otro; pero la plácida mansedumbre de la pobre ciega era menos fácil de corromper que el jactancioso celo del jugador Torcuato, y aquellos ojos faltos de luz le herían más que las miradas inquietas del beodo. Sin embargo, en la certeza de que la prisionera no había podido oír su diálogo con Corvino, luego que estuvo solo con ella le dijo con tono afectuoso:

—¡Pobre niña! ¿Hace mucho tiempo que eres ciega?

—Lo soy de nacimiento.

—¡Triste ha de ser tu historia! ¿De dónde eres?

—Mi historia es muy sencilla. Tenía cuatro años cuando mis padres, que eran pobres, me trajeron á Roma para cumplir un voto que hablan hecho para obtener por intercesión de los santos mártires Crisanto y Daría mi curación de una grave enfermedad. Confiáronme al cuidado de una pobre mujer lisiada que estaba á la puerta del *titulo* de Fasciola mientras ellos practicaban sus devociones. Esto fué en aquel memorable día en que muchos cristianos quedaron sepultados vivos debajo de la tierra y de las piedras que les arrojaron encima, y en cuyo número se contaban también mi padre y mi madre.

—Y ¿cómo has vivido hasta hoy?

—Desde aquel momento, Dios ha sido mi padre, y la Iglesia católica mi madre. El alimenta á las avecillas; Ella cuida de las ovejas débiles de su redil, y por esto nunca me ha faltado nada.

—Pero tú, aunque ciega, andas libremente y sin temor por las calles.

—¿Cómo lo sabéis?

—Recuerdo perfectamente que una mañana te vi guiando á un cojo por el *Vicus Patricius*.

Cecilia se ruborizó y guardó silencio. —Habríala visto su interlocutor echar en la bolsa del anciano mendigo la parte que de la limosna repartida le había tocado á ella?

—De manera —continuó Fulvio con aparente indiferencia— que tú misma confiesas que eres cristiana.

—¡Oh! ¡sí! ¿cómo podría negarlo?

—Dí, pues, que la reunión que en aquella casa había era de cristianos.

—Ciertamente; ¿qué otra cosa podía ser?

No necesitaba Fulvio saber más: sus sospechas eran bien fundadas. Inés, de quien Torcuato no había podido ó querido decir nada, era cristiana. En el rostro de Fulvio transparentóse la feroz alegría que del corazón le rebosaba. Podía llevar á término sus infames proyectos sobre la joven patricia: ó Inés cedería, ó él tomaría venganza.

—¿Sabes á dónde te llevo? —dijo clavando en la pobre ciega una salvaje mirada.

—Supongo que ante un juez de la tierra, que me enviará á mi Esposo que está en el cielo.

—¡Y lo dices con esa calma! —exclamó Fulvio pasmado de no ver en el rostro de su víctima otra señal de emoción que una plácida sonrisa.

—¿Con calma? —replicó Cecilia: —decid más bien con alegría.

Averiguado ya cuanto deseaba, Fulvio entregó su prisionera á Corvino á la puerta de la basílica Emiliana, dejándola abandonada á su suerte.

Aquel día era frío y lluvioso como el precedente, circunstancia que junto con el incidente de la pasada noche contribuía á moderar el entusiasmo de los enemigos del nombre cristiano. El prefecto á causa de la intemperie había teid que trasladar su tribunal á una sala interior donde no cabía gran número de espectadores; y como además hubiesen transcrrido algunas horas sin hacerse una prisión y sin novedad alguna, la mayor parte de los curiosos, perdida la paciencia, se habian retirado. Mas poco antes de que llegase la prisionera ciegucecita, entró en el tribunal una multitud de espectadores situándose cerca una de las puertas laterales, desde donde podían verlo todo.

Como Tértulo estaba ya prevenido por su hijo Corvino, sintió alguna compasión al aspecto de aquella débil niña é infeliz ciegucecita; y persuadido de que facilmente podría vencer su obstinación, amenazó con un severo castigo á los espectadores que no guardasen perfecto silencio, para que creyéndose ella á solas con él le hiciesen más efecto sus persuasiones.

—¿Cómo te llamas, hija mía? —interrogó el prefecto con suave y benévolo acento cuando tuvo en su presencia á la joven cristiana.

—Cecilia.

—Llevas un nombre ilustre. ¿Eres de noble familia?

—No; yo no soy noble, á no ser porque mis padres, aunque pobres, tuvieron la dicha de ennoblecerse muriendo por Cristo. Como soy ciega, los que se hicieron cargo de mí me llamaban *Caca* (1), y después por cariño convirtieron ese apodo en Cecilia (2).

—Bien; pero supongo que ahora renunciarás á todas las locuras de los cristianos, que te han dejado vivir pobre y ciega, y acatarás los decretos de los divinos emperadores, ofreciendo sacrificios á los dioses; pues de hacerlo así tendrás dinero, preciosos vestidos y exquisita mesa, y los más afamados médicos probarán de volverte la vista.

—Ved, señor, si tenéis otras razones más poderosas para persuadirme, pues las cosas que tratáis de quitarme son precisamente las que doy gracias á Dios y á su divino Hijo de poseer.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que todos los días doy gracias á Dios de ser pobre de bienes de fortuna, pobre mi vestir y pobre mi sustento, porque así me asemejo más á Jesucristo, mi único Esposo.

—¡Insensata! —exclamó el juez empezando á impacientarse: —¿ya te han llenado la cabeza de tan absurdas necedades? ¡Qué! ¿Intentarás hacerme creer también que das gracias á tu Dios porque te ha privado de la vista?

(1) Ciega.

(2) Ciegucecita.

—Si; por eso precisamente le doy gracias en todo momento y con todo mi corazón.

—¿Es posible? ¿Consideras un beneficio divino el no haber visto nunca un rostro humano, ni el sol, ni la tierra? ¡Qué extraña obcecación te domina!

—No creáis tal, señor; no llaméis tinieblas á mi ceguera, porque en medio de esas tinieblas veo un punto que fulgura vívida luz, el cual contrasta maravillosamente con todo cuanto le rodea. Ese punto es para mí lo que para vos el sol. El objeto que á mis ojos aparece bello con inefable belleza me atrae y me sonríe: es Aquel á quien amo, y le amo con amor indivisible; y no quisiera que los esplendores de esa visión fuesen eclipsados por un solo rayo de otro sol; no quisiera por todo el oro del mundo ver confundida su admirable belleza con otra cualquiera, ni que mis miradas se desviasen un momento de El por visión alguna terrestre. ¡Le amo demasiado para desear mirar á otro que á El!

—¡Basta ya de necedades y estupideces! Obedecerás al punto las órdenes del Emperador, si no quieres obligarme á que pruebe el efecto que en tí produce un poco de dolor.

—¿Dolor?—repitió Cecilia canderosamente.

—Sí; dolor. ¿No lo has experimentado nunca? ¿Nadie te ha hecho padecer alguna vez?

—¡Oh, no! los cristianos nunca se hacen daño unos á otros.

Había allí un potro dispuesto, y el juez ordenó á Cátulo con una señal que extendiese sobre él á Cecilia. Cogióla el verdugo por los brazos, y empujándola hacia atrás sin que ella opusiese la menor resistencia, tendióla fácilmente sobre el duro leño. Rodeó en seguida á sus piés y sus muñecas los cordeles ya dispuestos con nudos corredizos, atólos fuertemente, y luego le estiró los brazos sobre la cabeza. La pobre ciega creía que quien ejecutaba todo esto era el mismo que le hablaba.

El silencio de los circunstantes era profundo y solemne, y casi ni á respirar se atrevían. Los labios de Cecilia se agitaban calladamente, movidos por una fervorosa plegaria.

—Por última vez,—dijo el prefecto con tono severo,—te mando que sacrifiques á los dioses si no quieres sufrir mayores tormentos.

—Ni los tormentos, ni la muerte,—repuso con entereza la víctima atada al altar,—me separarán del amor á Jesucristo. Sólo á Dios vivo ofreceré sacrificio, y la ofrenda seré yo misma.

A otra señal del prefecto el verdugo dió una vuelta rápida á las dos ruedas del potro, y los miembros de la doncella quedaron tan estirados, ya que no descoyuntados, que forzosamente habían de causarle agudísimos dolores en todo el cuerpo; tanto más intensos cuanto que Cecilia, no habiendo podido ver prepa-

rar el tormento, ignoraba la causa que lo producía. Una repentina palidez y una contracción en sus facciones fueron los únicos indicios de su intenso padecer.

—¡Ah! ¡ah!—exclamó el juez.—¡Parece que duele! Haz que esto baste: obedece, y serás puesta en libertad.

Cecilia, como si nada oyese, absorta en su oración, dijo:

—Te doy gracias, Señor mío Jesucristo, por el singular favor que me has concedido, que mi primer sufrimiento sea por Tí. Te amé en la paz, en el consuelo, en la alegría, y ahora en el dolor te amo más que nunca. Es mucho más dulce estar como Tú extendida en tu cruz, que sentarse aunque sea en duro banquillo á la mesa del pobre.

—¿Estás burlándote de mí?—gritó el juez colérico.—¿Así abusas de mi conmiseración? Ensayaremos algo más fuerte. ¡Cátulo! aplicale al costado una antorcha encendida (1).

Estas palabras produjeron un estremecimiento de horror en los circunstantes, dominados por un sentimiento de compasión hacia la pobre ciega; y resonó un general murmullo de mal reprimida indignación. Entonces pudo darse cuenta Cecilia de que se hallaba rodeada de muchos curiosos, y el rubor y la modestia tiñeron de carmín su rostro virginal, antes blanco como el mármol. El irritado juez impuso silencio, y todos pudieron oír de labios de Cecilia esta fervorosa plegaria:

—¡Oh mi querido Señor y Esposo! ¡Tú sabes que siempre te he sido sumisa y fiel! Sean mi manjar las penas y los tormentos, pero evítame la vergüenza y la confusión de las miradas de los hombres. Déjame volar á Tí, y haz que al comparecer en tu presencia no tenga que ocultar avergonzada el rostro con mis manos!

Oyóse de nuevo un general murmullo de compasión.

—¡Cátulo!—gritó fuera sí el juez;—¿qué haces ahí como un estúpido mirando la antorcha como si no supieras qué hacer con ella?

Acercóse el ejecutor á la inocente víctima y alargó el brazo para dejar al desnudo la parte del cuerpo que iba á quemar; pero retrocedió al punto, y volviéndose al juez dió con apagado acento:

—¡Es tarde! ¡ha muerto!

—¡Cómo!—exclamó Tértulo,—¡muerta á la primera vuelta de la rueda!... ¡Imposible!

Cátulo hizo girar el potro al revés, y el cuerpo permaneció inmóvil. Era cierto: Cecilia había pasado del potro al trono de gloria; de la presencia de un juez impío y cruel á los brazos de

(1) El potro se empleaba de dos modos: ó como inmediato instrumento de tortura, ó para sujetar el cuerpo durante la aplicación de otros tormentos, entre los cuales el del fuego era el más común.

su celestial Esposo. ¿Habrá exhalado su alma pura como un fragante perfume envuelto en el incienso de la plegaria? ó ¿se habría hecho pedazos su corazón, incapaz de resistir esta primera emoción de su virginal sonrojo?

En medio del profundo silencio y del terror que imponía tan lúgubre escena, una voz clara y juvenil gritó:

— ¡Tirano impío! ¿No ves que una pobre ciega cristiana tiene más poder sobre la vida y la muerte que tú y tus desalmados señores?

— ¡Cómo! ¿Por segunda vez en veinte y cuatro horas te atreves á cruzarte en mi camino?... ¡Lo que es ahora no te me escaparás!

Acompañando Corvino sus palabras con una terrible imprecación, dejó el asiento que ocupaba al lado de su padre y corrió al rededor de la valla que separaba el tribunal para abalanzarse al grupo de donde la voz había salido. Mas en su ciega precipitación tropezó con un oficial de formas atléticas que sin duda por casualidad se adelantaba en dirección opuesta por el mismo sitio; siendo el topetazo tan violento que Corvino perdió el equilibrio y vino al suelo; pero ayudóle el mismo oficial á levantarse, diciéndole con afectada cortesía:

— ¿Te has hecho daño, Corvino?

— ¡No, no! ¡Suéltame, Cuadrado, suéltame!

— Pero ¿á dónde vas tan precipitadamente? ¿Puedo servirte en algo?

Y esto diciendo, teniale sujeto.

— ¡Suéltame, digo, no sea que se me escape!

— ¿Quién?

— ¡Pancracio, el mismo que acaba de insultar á mi padre!

— ¡Pancracio! — dijo Cuadrado mirando al rededor para asegurarse de que el mancebo había desaparecido. — Pues ¡no lo veo!

Entonces soltó á Corvino, pero ya era tarde. Pancracio se había puesto á salvo, yendo á refugiarse en casa de Diógenes.

En tanto el prefecto, despechado y furioso, había ordenado á Cátulo que hiciese arrojar al Tiber el cadáver de la virgen cristiana. Pero pocos momentos después otro oficial embozado en su capa se acercó al verdugo y le hizo una seña que éste debió comprender al punto, pues alargó la mano para recibir un bolsillo bien repleto que le ofreció el oficial.

Era éste Sebastián.

— Fuera de la puerta Capena, — dijo, — en la quinta de Lucina, una hora después de la puesta del sol.

— Allí se os entregará intacto, — contestó el verdugo.

Al retirarse la multitud de espectadores, preguntaba uno de éstos á otro:

— ¿De qué os parece que ha muerto esa pobre muchacha?

— Se me figura que de terror.

— De vergüenza cristiana, — replicó un desconocido que pasaba junto á ellos, continuando su camino.

XVI

Justicia retributiva

Cuando el prefecto se trasladó á Palacio para dar cuenta al Emperador de los sucesos más notables del día y disculpar en lo posible las malogradas tentativas de su hijo, halló á Maximiano de un humor endemoniado. Si aquella mañana se le hubiese presentado Corvino, mucho hubiera peligrado su cabeza, sobre todo después del éxito infeliz de la invasión del cementerio de Calixto, que había acabado de exaltar la ira imperial, ya excitada por la ocurrencia del edicto.

Tártulo se presentó en el salón de audiencias, y Sebastián había procurado estar de guardia para ser testigo de aquella entrevista.

— ¿Dónde está el estúpido de tu hijo? — fué el primer saludo de Maximiano al prefecto.

— Ahí fuera esperando humildemente las órdenes de vuestra divinidad, y ansioso de aplacar vuestra cólera por el mal éxito con que la Fortuna ha coronado los esfuerzos de su celo.

— ¡La Fortuna! — exclamó el tirano; — ¡la Fortuna! Decid más bien su propia estupidez y cobardía. ¡Buen principio por mi vida!... Pero no se quedará sin su merecido. ¡Hacedle entrar!

Compareció el infeliz sollozando y temblando, y se arrojó á los pies del Emperador, que de un soberano puntapié le hizo rodar como un perro hasta el medio de la sala. Afortunadamente para Corvino, aquel arranque de Augusta barbarie, unido á sus contorsiones, excitó la risa de la imperial divinidad y contribuyó á calmar su enojo.

— Levántate, villano, — le dijo, — y dame cuenta de lo que ha pasado. ¿Cómo desapareció el edicto?

Corvino espetó una sarta de absurdos que regocijó al Emperador, á quien el hecho en sí no dejaba de hacerle gracia por lo atrevido.

su celestial Esposo. ¿Habrá exhalado su alma pura como un fragante perfume envuelto en el incienso de la plegaria? ó ¿se habría hecho pedazos su corazón, incapaz de resistir esta primera emoción de su virginal sonrojo?

En medio del profundo silencio y del terror que imponía tan lúgubre escena, una voz clara y juvenil gritó:

— ¡Tirano impío! ¿No ves que una pobre ciega cristiana tiene más poder sobre la vida y la muerte que tú y tus desalmados señores?

— ¡Cómo! ¿Por segunda vez en veinte y cuatro horas te atreves á cruzarte en mi camino?... ¡Lo que es ahora no te me escaparás!

Acompañando Corvino sus palabras con una terrible imprecación, dejó el asiento que ocupaba al lado de su padre y corrió al rededor de la valla que separaba el tribunal para abalanzarse al grupo de donde la voz había salido. Mas en su ciega precipitación tropezó con un oficial de formas atléticas que sin duda por casualidad se adelantaba en dirección opuesta por el mismo sitio; siendo el topetazo tan violento que Corvino perdió el equilibrio y vino al suelo; pero ayudóle el mismo oficial á levantarse, diciéndole con afectada cortesía:

— ¿Te has hecho daño, Corvino?

— ¡No, no! ¡Suéltame, Cuadrado, suéltame!

— Pero ¿á dónde vas tan precipitadamente? ¿Puedo servirte en algo?

Y esto diciendo, teniale sujeto.

— ¡Suéltame, digo, no sea que se me escape!

— ¿Quién?

— ¡Pancracio, el mismo que acaba de insultar á mi padre!

— ¡Pancracio! — dijo Cuadrado mirando al rededor para asegurarse de que el mancebo había desaparecido. — Pues ¡no lo veo!

Entonces soltó á Corvino, pero ya era tarde. Pancracio se había puesto á salvo, yendo á refugiarse en casa de Diógenes.

En tanto el prefecto, despechado y furioso, había ordenado á Cátulo que hiciese arrojar al Tiber el cadáver de la virgen cristiana. Pero pocos momentos después otro oficial embozado en su capa se acercó al verdugo y le hizo una seña que éste debió comprender al punto, pues alargó la mano para recibir un bolsillo bien repleto que le ofreció el oficial.

Era éste Sebastián.

— Fuera de la puerta Capena, — dijo, — en la quinta de Lucina, una hora después de la puesta del sol.

— Allí se os entregará intacto, — contestó el verdugo.

Al retirarse la multitud de espectadores, preguntaba uno de éstos á otro:

— ¿De qué os parece que ha muerto esa pobre muchacha?

— Se me figura que de terror.

— De vergüenza cristiana, — replicó un desconocido que pasaba junto á ellos, continuando su camino.

XVI

Justicia retributiva

Cuando el prefecto se trasladó á Palacio para dar cuenta al Emperador de los sucesos más notables del día y disculpar en lo posible las malogradas tentativas de su hijo, halló á Maximiano de un humor endemoniado. Si aquella mañana se le hubiese presentado Corvino, mucho hubiera peligrado su cabeza, sobre todo después del éxito infeliz de la invasión del cementerio de Calixto, que había acabado de exaltar la ira imperial, ya excitada por la ocurrencia del edicto.

Tártulo se presentó en el salón de audiencias, y Sebastián había procurado estar de guardia para ser testigo de aquella entrevista.

— ¿Dónde está el estúpido de tu hijo? — fué el primer saludo de Maximiano al prefecto.

— Ahí fuera esperando humildemente las órdenes de vuestra divinidad, y ansioso de aplacar vuestra cólera por el mal éxito con que la Fortuna ha coronado los esfuerzos de su celo.

— ¡La Fortuna! — exclamó el tirano; — ¡la Fortuna! Decid más bien su propia estupidez y cobardía. ¡Buen principio por mi vida!... Pero no se quedará sin su merecido. ¡Hacedle entrar!

Compareció el infeliz sollozando y temblando, y se arrojó á los pies del Emperador, que de un soberano puntapié le hizo rodar como un perro hasta el medio de la sala. Afortunadamente para Corvino, aquel arranque de Augusta barbarie, unido á sus contorsiones, excitó la risa de la imperial divinidad y contribuyó á calmar su enojo.

— Levántate, villano, — le dijo, — y dame cuenta de lo que ha pasado. ¿Cómo desapareció el edicto?

Corvino espetó una sarta de absurdos que regocijó al Emperador, á quien el hecho en sí no dejaba de hacerle gracia por lo atrevido.

—Está bien,—dijo al fin Maximiano;—quiero ser clemente contigo. ¡Lictores! desatad vuestras hachas.

Obedecieron los lictores, sacaron las hachas y reconocieron sus filos. Aterrado Corvino, se arrojó de nuevo á los pies del Emperador exclamando con angustioso acento:

—¡No me quiteis, señor, la vida, que tengo importantes revelaciones que haceros!

—¿Quién habla de quitarte la vida, majadero? ¿Para qué quiero yo tu inútil vida? Lictores, soltad las hachas; bastan para éste las varas.

Cuatro lictores rodearon al miserable, atáronle las manos, despojáronle de la túnica y descargaron acompasadamente sobre sus desnudas espaldas una de palos que le arrancó fuertes alaridos, obligándole á encorvarse y hacer mil contorsiones con gran regocijo de su imperial señor.

—Vamos á ver, dijo Maximiano cuando estuvo satisfecho: —¿cuáles son las importantes revelaciones de que me hablabas?

—Sé quién fué el osado que en la pasada noche cometió el atentado contra vuestro imperial edicto.

—¿Quién es?

—Un joven llamado Pancracio, cuyo cuchillo encontré junto al sitio en donde se había fijado el edicto.

—¿Y por qué no le has prendido y llevado al tribunal?

—Dos veces hoy mismo he oído su voz y ha estado á punto de caer en mis manos; pero una y otra vez se me ha escapado.

—Pues que no se te escape la tercera, porque tu cabeza me responde de la suya. Pero ¿cómo le conoces, y cómo sabes que es suyo el cuchillo que encontraste?

—Fué discípulo mio en la escuela de Casiano, quien se ha descubierto últimamente que también es cristiano.

—¿Cómo! ¿Un cristiano se atreve á instruir á mis súbditos para hacer de ellos enemigos del Imperio, traidores á su soberano y menospreciadores de los dioses? Y obra suya habrá sido indudablemente el inducir á esa víbora de Pancracio á arrancar nuestro edicto imperial. ¿No sabes tú el paradero de Casiano?

—Sí, señor; me lo ha dicho Torcuato, que ha abjurado la superstición cristiana.

—¿Quién es Torcuato?

—Un joven que ha vivido algún tiempo en la quinta de Cromacio con otros cristianos.

—¡Bravísimo! Eso se llama ir de mal en peor... ¿Es decir que se ha hecho también cristiano el antiguo prefecto?

—Sí, señor; y vive en la Campania con otros muchos de su secta.

—¡Oh perfidia! ¡oh traición! ¿De quién podrá uno fiarse?... ¡Tértulo! manda inmediatamente gente armada para prenderlos á todos, incluso Torcuato.

—Este no es ya cristiano,—observó el prefecto.

—¿Qué importa?—replicó con aspereza el Emperador.—Arréstame á cuantos puedas y trátalos como merecen... ¿Me entiendes? Ahora retiraos.

Corvino se fué á su casa, y á pesar de los remedios que le aplicaron pasó toda la noche calenturiento. Los azotes, la vergüenza y la cólera le tenfan frenético, y al siguiente día pidió á su padre que le confiase el mando de la expedición á Campania, seguro de reconquistar el honor perdido, satisfacer sus anhelos de venganza y sustraerse á las burlas y sarcasmos de que seguramente iba á ser objeto en todas las clases sociales de Roma.

Fulvio, hecha entrega de su prisionera en la puerta del tribunal, fué inmediatamente á su casa para contar, como de costumbre, sus aventuras al viejo Eurotas, quien le escuchó con imperturbable seriedad, y al concluir le dijo:

—Poco provecho vamos á sacar de todo eso, Fulvio.

—Por de pronto es verdad; pero al menos se nos abre una lisonjera perspectiva.

—¿En qué te fundas?

—En que tengo en mi poder á la rica Inés. Me he cerciorado al fin de que es cristiana, y ó la conquisto, ó la llevo al tribunal, es decir á la muerte. En ambos casos, míos serán sus bienes.

—Pues te aconsejo que optes por lo segundo,—dijo el viejo asentándole una mirada siniestra, pero sin alterarse lo más mínimo su semblante.—Es el camino más corto y más seguro.

—Sí, pero en este asunto está empeñado mi honor, y no puedo envilecerme tanto como vos quisiérais.

—Es verdad que te ha despreciado, que te echó de su casa, y deberías vengarte; mas reflexiona que no tienes tiempo que perder en niñerías. Los fondos están casi consumidos y los recursos completamente gotados: es indispensable dar un golpe decisivo que nos proporcione dinero.

—Con todo, Eurotas. ¿por qué no habeis de preferir vos también que pudiendo adquiriera yo riquezas por medios honrosos antes que por medios indignos y vergonzosos?

Eurotas soltó una carcajada, extrañando que semejante idea cupiese en la mente de Fulvio, y sobre todo que le creyese capaz á él de prohijarla.

—¡Dínerol! —exclamó,—¡dínerol! y no importa de qué modo con tal que sea el más breve y seguro! Ya sabes nuestro pacto: ó vuelve la familia á su pasado lustre y opulencia, ó irremisiblemente se extingue en tí. De ningún modo se arrastrará por más tiempo en la degradación, es decir en la pobreza.

—¡Demasiado lo sé! —exclamó Fulvio retorciéndose las manos y estremeciéndose todo su cuerpo:—¿á qué recordarme continuamente tan duras condiciones? Dadme tiempo, y todo irá bien.

—¡Sea! te doy de plazo hasta que se haya desvanecido la última esperanza: pero como las cosas no presentan ciertamente un aspecto halagüeño, creo llegado el momento de descubrirete qu'én soy.

—¿Cómo! ¿No sois vos el fiel servidor á cuyo cuidado me confió mi padre?

—¡No, Fulvio! Yo era el hermano mayor de tu padre, y muerto él soy el jefe de la familia. Oyeme ahora. Un solo pensamiento, un solo y único fin ha inspirado siempre mi vida: el de levantar nuestra casa haciendo que recobre el esplendor y la grandeza de que la privaron la negligencia y la prodigalidad de mi padre. Creyendo que el tuyo, y hermano mío, tendría en tal empresa más ingenio y aptitud que yo, renuncié á favor suyo mis derechos con ciertas condiciones. entre ellas la de que yo sería tu tutor y el único encargado de educar tu corazón; y bien sabes que mi principal cuidado ha sido inculcarte que nunca reparases en los medios con tal de conseguir mi constante aspiración.

Fulvio, que escuchaba las palabras de su tío con atención y asombro, se encendió de vergüenza al ver que tan sin rebozo le ponía al descubierto la perversidad de su corazón. El viejo clavó en él una mirada siniestra y añadió:

—¿Te acuerdas del negro y complicado crimen que cometimos para ponerte en posesión de los diseminados restos del patrimonio de la familia?

Fulvio se cubrió el rostro con las manos y experimentó un vivo estremecimiento.

—¡No me recordeis eso!—exclamó en tono de súplica;— ¡por todos los dioses, no me lo recordeis!

—Bien, — dijo Eúrotas con la misma impasibilidad:—seré breve. Persuádate, sobrino, que quien no retrocede ante un delito, delito que le abre un brillante porvenir, tampoco debe estremecerse al recuerdo de un pasado predispuesto al crimen; porque claro está que lo que hoy es futuro será mañana pasado. Cumplamos, pues, fielmente nuestro pacto, que también cabe entre los malos la fidelidad. La naturaleza te ha dotado á tí de egoismo, de arrogancia y de astucia, y á mí me ha hecho andaz é inaccesible á todo remordimiento para dirigir y aplicar esas tus dotes. Inseparable es nuestro destino: ó enriquecernos juntos, ó juntos morir.

Fulvio maldijo en su corazón el día en que fué á Roma y se ligó á tan inflexible dueño con un vínculo más fuerte de lo que hasta entonces había creído. ¿Cómo romperlo, si se hallaba dominado como por un maleficio y sentíase tan débil é impotente como un tímido cabrito en las garras de un león? Con el corazón oprimido, y presa de un mal humor como nunca lo había sentido,

se retiró á su estancia y tendióse en el lecho. Terribles y congojosas pesadillas venían á perturbar su sueño todas las noches, pronosticándole un desastroso fin.

Pero, ¿y Torcuato? ¿Qué ha sido del infeliz apóstata, que tan súbitamente desapareció de la vista de Corvino y sus satélites en el cementerio de Calixto?

Al meterse, confuso y desorientado, por la galería lateral en busca del sepulcro que debía orientarle, dió con una escalera arruinada, abierta en la piedra calcárea y que conducía á un piso inferior de las catacumbas. El descenso era casi perpendicular, pues el tiempo había gastado y redondeado los escalones poniéndolos en extremo resbaladizos. Torcuato, que andaba de prisa y miraba en las paredes en busca del sepulcro, cayó de cabeza por la abertura y fué rodando hasta el fondo, quedando en él sin sentido hasta mucho después de haberse alejado sus compañeros. Vuelto en sí, continuaba aún tan aturdido, que no sabía dónde estaba. Levantóse al fin, y andando á tientas y recorriendo el sentido recordó que estaba en las catacumbas, aunque sin comprender cómo se hallaba solo y en la obscuridad. Ocurriósele entonces que llevaba provisión de velillas y avíos para encenderlas: echó mano de ellos, y reanimóse al verse de nuevo en la claridad. Pero como se había alejado de la escalera, cuya existencia desconocía completamente, según iba andando, extraviábase cada vez más en aquel intrincado laberinto subterráneo.

Confiaba, sin embargo, en descubrir alguna salida antes de que se le agotaran la luz y las fuerzas; mas poco á poco fué alarmándose; consumíanse las velillas una tras otra; sus fuerzas decrecían por momentos, pues desde muy temprano estaba en ayunas; y para colmo de desventura, después de pasar horas enteras dando vueltas en todas direcciones, acabó por encontrarse en el mismo sitio.

Al principio había mirado con indiferencia al rededor suyo, leyendo maquinalmente las inscripciones de los sepulcros. Luego, á medida que le abandonaban las fuerzas y la esperanza de ser socorrido, aquellos monumentos de la muerte comenzaron á hablar á su alma en un lenguaje que no podía desoir ni dejar de comprender. *Depuesto en paz*, decía uno; *Aquí reposa en Cristo*, decía otro; y los mil y mil que yacían sin epitafio alguno en aquellas interminables galerías ostentaban elocuentemente en su tranquilo silencio el sello de la solicitud maternal de la Iglesia de Dios. Sus cuerpos embalsamados aguardaban el día en que el sonido de la trompeta angélica viniese á llamarlos para resucitar á una feliz y eterna resurrección... También él dentro breves horas estaría muerto como ellos: ya la última candela que le quedaba iba consumiéndose, y rendido de cansancio se había dejado caer sobre un montón de escombros... Pero, ¿se-

rían también depuestos en paz sus mortales despojos por manos piadosas? No: él iba á morir allí sobre la fría tierra, solo, sin que nadie le compadeciese, sin que nadie le llorase, y de todos ignorado. Allí su cuerpo se pudriría y se disolvería; y si andando el tiempo llegaban á encontrarse sus huesos, la tradición los designaría como restos execrables de un apóstata extraviado en el cementerio, y los arrojarían probablemente de aquel lugar bendito, como lo estaba ya el de la comunión de los cristianos.

Conocía que se acercaban rápidamente sus últimos instantes. Los vértigos le turbaban la cabeza y ofuscaban la vista; los latidos de su corazón empezaban á apagarse. La velilla era ya tan diminuta que para no quemarse los dedos tuvo que colocarla sobre una piedra: allí habría podido continuar ardiendo tres minutos más si una gota de agua, que se filtró por el techo y cayó sobre ella, no la hubiese apagado. Tan codicioso estaba de aquellos tres minutos más de luz; tan avaro se mostraba de aquel pequeño cabo de vela, como si fuera el último anillo que le tenía ligado á las terrenales alegrías; tan vehemente era su deseo de echar una mirada más á los objetos exteriores, antes de cerrar para siempre los ojos á la luz, que sacó su pedernal y eslabón y estuvo trabajando buen rato para prender un pedazo de yesca humedecida por el sudor de su cuerpo. Y después que tuvo encendido aquel resto de vela, lejos de aprovecharse de su luz para buscar la salida del subterráneo, clavó en ella la vista mirándola con estúpida atención arder y consumirse, como si aquella luz fuese el talisman que sostuviera su vida, y esta hubiese de espirar con ella. Por fin la mecha despidió su última chispa, brilló un instante como una luciérnaga, y en seguida todo quedó envuelto en completa lóbreguez.

¡Miseró Torcuato! Allí estaba envuelto en las sombras de noche eterna y enteramente aislado de todo sér viviente: su boca no volvería á probar alimento, ningún sonido vendría á herir sus oídos, ni á sus ojos el menor rayo de luz. Los muertos eran su sola compañía: su tumba era más espaciosa que las demás, pero igualmente tenebrosa, solitaria y cerrada para siempre... ¿No era esto haber muerto ya? ¿Qué otra cosa es, pues, la muerte?

Mas nó; no era la muerte aún: otra cosa debía precederla, y sin tardar. El gusano del remordimiento comenzaba á roerle la conciencia, y ese gusano, creciendo con rapidéz, tomó las proporciones de una víbora, cuyas horribles espirales se enroscaban al reledor de su corazón. Intentó distraer la imaginación con ideas halagüeñas y trajo á su memoria la vida apacible de la quinta de Cromacio, la afabilidad de éste y la bondad de Policarpo, sus afectuosas palabras, su último abrazo... Pero ¡ay! un rayo amenazador destruyó de improviso tan hermosa visión: él los había delatado, vendido... Y ¿á quién? ¡A un Fulvio, á un

Corvino!... Una vez tocada esta cuerda fatal, vibró como el trémulo nervio de una muela dolorida que transmite directamente el dolor al cerebro.

La embriaguez, el funesto juego, la baja hipocresía, la apostasía cobarde, la vil traición, los sacrilegios todos de aquellos últimos días y la homicida tentativa de aquella mañana, todos esos recuerdos despertáronse tumultuosamente y todos á un tiempo le asaltaron como una horrenda legión de demonios que se le ponían delante en la oscuridad, danzando frenéticamente cogidos de las manos, chillando, ahullando, soltando carcajadas, haciendo mil raras contorsiones y rechinando los dientes; al mismo tiempo que de las paredes veía salir lenguas de fuego que trocándose en antorchas en manos de los demonios, agitábanlas éstos á su alrededor con gestos amenazadores y horribles visajes... Cubrióse Torcuato el rostro con ambas manos, y cayó tendido en tierra.

—¿Si estaré ya muerto?—preguntóse á sí mismo.—¿Puede haber en los abismos del infierno cosas más horribles que éstas?

Demasiado débil para que pudiera encenderse en ira, se dejó caer en la impotencia de la desesperación. Sus fuerzas iban abandonándole por momentos, cuando le pareció oír el vago sonido de un canto lejano. No hizo caso al pronto creyendo que sería una alucinación; pero aquella lejana y dulce armonía vino cual onda benéfica á repercutir en sus oídos. Incorporóse, y prestó atención: poco á poco aquellos ecos armónicos iban cobrando mayor intensidad, y semejaban un coro de voces angélicas.

—¡Quién había de pensar— exclamó Torcuato en su interior—que el cielo estuviese tan cerca del infierno! Mas ¡ay! ¿será producida esa armonía por las voces de los coros angélicos que acompañan al terrible Juez que viene para juzgarme?

Entonces vió aparecer á lo lejos una vaga claridad; los sonidos se hicieron más perceptibles, y pudo entender la siguientes palabras:

«In pace, in idipsum, dormiam et requiescam (1).»

—Esas palabras—pensó Torcuato—no son para mí. Son propias para el entierro de un mártir, nó para el de un réprobo. ®

La claridad fué aumentando, hasta que, semejante al resplandor de fúlgida aurora, penetró en la galería difundiendo por todas partes torrentes de luz y reflejando, como en un espejo, una visión demasiado clara para que fuese real y verdadera.

Abrian el cortejo algunas virgenes cubiertas con velos y llevando lámparas encendidas: seguían otras cuatro conduciendo

(1) «En paz, juntamente, dormiré y reposaré.» (Salmo vi, 9).

un cadáver envuelto en un sudario blanco y con una corona de espinas en la cabeza: detrás iba el joven acólito Tarcisio agitando un incensario que despedía nubes de humo perfumado, y finalmente precedido de una larga hilera de sacerdotes venía el venerable Pontífice, teniendo á sus lados á Reparado y otro diácono. Cerraban la procesión Diógenes y sus dos hijos, impresa en el rostro profunda tristeza y acompañados de muchos fieles, entre los cuales distinguíase fácilmente á Sebastián. Como todos llevaban lámparas ó velas encendidas, las figuras parecían moverse en medio de una atmósfera de inmóvil y suave resplandor.

Al pasar por delante de Torcuato cantaban el siguiente versículo:

«*Quoniam Tu, Domine, singulariter in spe constituisti me* (1)»

—¡Esto!—exclamó Torcuato cayendo de rodillas;—¡esto sí que es para mí!

Por un impulso de la gracia volvieron á resonar en sus oídos aquellas fervientes palabras como un eco piadoso; palabras aplicables á su situación y que no podía menos de repetir. Desfallecido y con paso vacilante, arrastróse como pudo hasta el ángulo de la galería por donde acababa de pasar la procesión, y la siguió de lejos recatándose para no ser visto.

El piadoso cortejo entró en una estancia, inundándola de tanta claridad, que Torcuato pudo distinguir una pintura del Buen Pastor que parecía mirarle con ojos de misericordia; pero no atreviéndose á poner los pies en el sagrado recinto, quedóse á la puerta golpeándose el pecho, invocando la misericordia de Dios é implorando su perdón.

El cadáver fué depuesto en el suelo y todos los concurrentes modularon varios salmos é himnos con el tono de un gozo tranquilo, sugerido por la esperanza de futura felicidad. Por último fué colocado en la sepultura que le estaba preparada debajo de un arco; y durante este piadoso acto acercóse Torcuato á uno de los circunstantes y le preguntó con voz remisa:

—¿Para quién son estas exequias?

—Es la deposición de la bienaventurada Cecilia, una virgen ciega que cayó esta mañana en poder de los soldados en este mismo cementerio, y cuya alma ha querido Dios llamar á sí.

—¡Ah!—exclamó Torcuato con un hondo gemido,—¡yo he sido su asesino!

Y adelantándose fué á caer postrado con la frente en el suelo á los pies del santo Pontífice, en cuya actitud permaneció algunos momentos sin que la pena y el remordimiento le per-

(1) «Porque Tú, Señor, singularmente me has afirmado en la esperanza.» (Salmo iv, 9).

mitiesen hablar, hasta que al fin pudo pronunciar estas palabras:

—¡Padre! ¡Ah Padre! he pecado contra Dios y contra vos, y no soy digno de que me llaméis hijo vuestro!

El Pontífice, cuya persona respiraba dulzura y santidad, le mandó levantarse, y apretándolo afectuosamente contra su pecho le dijo:

—¡Bien venido, hijo mio, quien quiera que seas, que vuelves á la casa de tu padre!... Pero, estás débil y desfallecido, á lo que veo, y necesitas descansar y reparar tus fuerzas.

Prestósele inmediatamente algun refrigerio; mas Torcuato se negó á descansar hasta que á presencia de todos hubo confesado todas sus faltas, incluso los crímenes de aquel día. Regocijaronse los fieles por la vuelta del hijo pródigo, por el hallazgo de la oveja perdida.

Inés, que no había apartado sus ojos del sudario de su querida Cecilia mientras duró la confesión de Torcuato, elevó una mirada enternecida al cielo, donde le parecía contemplar á la virgen y mártir al pié del trono de su Divino Esposo con la sonrisa en los labios, sus ojos bañados de la inefable y eterna luz, y sus manos echando flores sobre la cabeza del pecador arrepenido, primer fruto de su intercesión en los cielos.

Diógenes y sus hijos, todo corazón por sus hermanos cristianos, encargáronse de Torcuato y le procuraron una humilde habitación en la vivienda de una familia cristiana vecina suya, para tenerle á cubierto, así de su propia tentación como de la venganza de sus antiguos cómplices, convertidos ahora en enemigos. Luego fué agregado á la clase de penitentes, de la cual no habría de salir hasta que al cabo de algunos años de expiación, abreviados por la intercesión de confesores ó sea de futuros mártires, estuviese convenientemente preparado para que se le restituyese al goce de los privilegios que por sus pecados había perdido.

XVII

Doble venganza

La visita de Sebastián al cementerio de Calixto había tenido el doble objeto de asistir al entierro del primer mártir de la nueva persecución, y deliberar con el Pontífice Marcelino sobre los medios más á propósito para la seguridad del Jefe del Cristianismo; pues su vida, tan preciosa para la Iglesia, no debía

quedar expuesta á un sacrificio intempestivo, y no se le ocultaba á Sebastián el insaciable afán con que le andaban buscando los enemigos del nombre cristiano. Y bien le había confirmado estos temores Torcuato al revelarles los designios de Fulvio y el motivo de su asistencia á la ordenación de Diciembre.

La ordinaria residencia del Pontífice ya no ofrecía seguridad alguna, y Sebastián, el intrépido soldado justamente apellidado el *Protector de los cristianos*, había concebido y hecho adoptar la atrevida idea de salvarle de la persecución alojándole donde nadie pudiese sospechar que estaba; donde nadie era capaz de ir á buscarle: en el mismo palacio imperial.

Disfrazado convenientemente, el santo Pontífice salió del cementerio, y escoltado por Sebastián y Cuadrado fué sin obstáculo alguno instalado en las habitaciones de Irene, noble matrona cristiana que vivía en una parte retirada del Palatino y cuyo esposo era uno de los primeros empleados de la Corte de Maximiano.

Cuando apenas despuntaba el día siguiente, Sebastián fué en busca de Pancracio.

—Querido mío,—dijo el tribuno,—es preciso que salgas de Roma cuanto antes y vayas á Campania. Tengo ya preparados caballos para ti y para Cuadrado, y no hay que perder tiempo.

Quedó Pancracio sorprendido, no sabiendo á qué atribuir tan súbita resolución, y con el semblante entristecido y arrasado en lágrimas los ojos, replicó:

—¿Por qué me alejas de Roma, Sebastián? ¿Habré cometido alguna falta, ó acaso desconfías de mi valor y de mi constancia?

—¡Nada de eso, te lo aseguro! Pero recuerda que me prometiste dejarte guiar en todo por mí, y puedes estar cierto que nunca me ha sido tu obediencia tan necesaria como en estos momentos.

—Bien, pero ¿no podrías decirme por qué, mi querido Sebastián? ¡Dimelo! te lo ruego.

—Es un secreto que ahora no puedo revelarte.

—¿Otro secreto más!

—No: los dos son uno mismo, y ya lo sabrás á su tiempo. Por ahora te diré únicamente lo que deseo de tí, y eso creo que bastará para dejarte satisfecho. Corvino ha recibido ya la orden de prender á Cromacio y á todos los cristianos que con él viven y que por ser demasiado jóvenes han de inspirarnos cierto temor, como lo ha demostrado la caída infelicitísima del pobre Torcuato. No sólo esto, sino que Corvino tiene orden también de arrestar y hacer sufrir una muerte cruel á tu antiguo maestro Casiano en Fundi. Urge, pues, que te adelantes y que los adviertas á todos del peligro.

Serenóse el rostro de Pancracio al ver que Sebastián le conservaba toda su confianza, y así díjole sonriendo:

—Aunque un deseo tuyo es sobrado motivo para mí, con todo iría gustoso hasta el fin del mundo para salvar al buen Casiano ó á cualquier otro hermano nuestro.

Hechos muy pronto sus preparativos, despidióse afectuosamente de su madre, y antes que los habitantes de Roma hubiesen despertado de su sueño trotaban á paso largo él y Cuadrado montados en dos vigorosos potros para ir á tomar la senda menos frecuentada, pero más segura, de la vía Latina.

Corvino, en tanto, había diferido un día su deseada expedición, ya para que sus espaldas pudiesen reponerse un poco siquiera del daño que en ellas habían causado las varas de los lictores, ya también para tomar mejor las precauciones necesarias. No hay que decir cuán callado se tenía el secreto de la empresa, que consideraba no solamente honrosa, sino lucrativa y agradable. Pero aquel retardo le fué fatal. Montando un carruaje tirado por ágiles caballos, y seguido de un destacamento de numidas, si bien tomó el camino más corto y cómodo, que era el de la vía Apia, nuestros cristianos le ganaron dos días de delantera.

Llegado á la quinta de las Estatuas, encontró Pancracio la pequeña comunidad alarmada ya por la noticia de la publicación del edicto: recibieronle todos, sin embargo, de la manera más cordial y afectuosa, y la carta de Sebastián informándoles del peligro que corrían fué leída con profundo respeto. Después de implorar la luz y la bendición de lo alto, pusieronse á deliberar y resolvieron que Nicostrato, Zoe y otros seguirían á Tranquilino, que con sus hijos Marcos y Marceliano habíanse ya trasladado á Roma para ordenarse; y Cromacio, que no estaba destinado para la gloriosa corona del martirio, se refugiaría en la quinta de Fabiola, que accediendo al ruego de su anciano amigo hablala puesto á su disposición, aunque sin saber con qué objeto. La quinta de las Estatuas fué abandonada al cuidado de algunos fieles criados, dignos de toda confianza.

Después de breves horas de descanso los dos mensajeros montaron de nuevo á caballo, dirigiéndose á Fundi por el mismo camino que había recorrido últimamente Torcuato. En dicha ciudad se alojaron en una humilde posada situada en un extremo, junto á la vía Romana. Poco le costó á Pancracio encontrar á su maestro, por quien fué recibido con demostraciones del más vivo y tierno afecto: expúsole el motivo de su visita, y le rogó que se pusiera inmediatamente en salvo alejándose de Fundi ó euando menos ocultándose.

—No, Pancracio,—contestó Casiano:—ya soy viejo y estoy cansado de mi estéril profesión; además de que aquí no hay

otros cristianos que mi criado y yo. Verdad es que las principales familias de la población han enviado sus hijos á mi escuela, creyendo ver observada en ella tanta moral cuanto pueda permitir el paganismo; pero no es menos cierto que entre todos mis discípulos no cuento un solo amigo, precisamente por la buena disciplina que estoy obligado á mantener. Todos ellos carecen de la natural cultura de los paganos de Roma, y estoy persuadido de que algunos serían capaces de atentar contra mi vida si pudiesen hacerlo impunemente.

—Os compadezco en el alma, Casiano: muy triste ha de ser vuestra existencia en medio de discípulos de tan duro corazón y de tan ciego entendimiento.

—Poco ó nada he podido lograr, mi querido Pancracio. Precisado á dejar en sus manos esos libros corruptores, llenos de fábulas inmorales que constituyen toda la literatura griega y romana, ningún fruto han producido mis instrucciones: ¡quién sabe, pues, si podría producir alguno mi muerte!

Pancracio se esforzó en persuadirle que se ocultase, pero en vano; y tanto pudo en su generoso ánimo la firmeza de su antiguo maestro, que se le habría unido en su resolución de ofrecer la vida por Cristo si no hubiese prometido á Sebastián evitar todo peligro durante el viaje. Sin embargo, no quiso alejarse de Fundi hasta ver el desenlace de los acontecimientos.

Corvino llegó con su gente á la quinta de Cromacio al amanecer, y derribando brutalmente las puertas invadieron la casa. ¡Cuál fué la rabia que se apoderó de Corvino cuando después de registrarla minuciosamente por todos lados no pudo encontrar un solo cristiano, ni siquiera un libro, un símbolo cualquiera de cristianismo! Confuso, desconcertado y colérico, buscó en los alrededores de la casa, y encontró por fin en un apartado rincón de los jardines á un esclavo que estaba trabajando.

—¿Dónde está tu amo?—le preguntó.

—Amo no decir esclavo dónde ir,—respondió el jardinero en un latín bárbaro.

—¿Te estás burlando de mí, bellaco? Pronto, di: ¿qué camino tomaron, él y sus compañeros?

—Por aquel portalón salir

—Y ¿luego?

—Tú mirar el camino. ¿Tú ver puerta? Bien; tú no ver más. Mi trabajar aquí; mi ver puerta; mi no ver más.

—Díme al menos cuándo marcharon.

—Después que dos llegar de Roma.

—¿Quiénes eran? ¡Siempre dos!

—Uno estar joven, hermoso, y cantar muy bien: otro estar grande, grueso y fuerte, ¡muy fuerte! ¿Tú ver allá pequeño árbol arrancado? El arrancar de raíz tan fácil como yo levantar azadón.

—¡Por Júpiter! ¡Son ellos!—exclamó Corvino furioso.— Otra vez ese aborrecido Pancracio ha desbaratado mis planes y ha destruido mis esperanzas... ¡Oh! él me las pagará, y bien caro!

Apenas hubo descansado un rato, prosiguió su camino, resuelto á desahogar su ira contra su antiguo maestro, si es que aquel á quien consideraba como su genio malo no le hubiese ya prevenido. Llegado á Fundi, supo con satánica alegría que encontraría allí cuando menos á una de sus víctimas. Presentóse inmediatamente al gobernador de la ciudad y mostróle la orden imperial que llevaba de prender y castigar á Casiano como uno de los cristianos más peligrosos; pero aquel funcionario público, de más humanitarios sentimientos, declinó en Corvino aquella misión como superior á la suya ordinaria, no sin concederle amplia libertad de acción y ofreciéndole á la vez un verdugo y cuanto hubiese menester; lo cual no aceptó Corvino porque llevaba en su guardia de numidas una caterva de verdugos dotados de la mayor crueldad.

Casiano estaba dando lección á sus discípulos cuando Corvino entró en la escuela, siendo su primera providencia cerrar las puertas y dejarlas custodiadas. El anciano maestro, con sonrisa propia del justo, fué al encuentro de su antiguo discípulo y le tendió los brazos; pero Corvino le rechazó con ademán descompuerto y acusóle ásperamente de conspirar contra el Estado y de pertenecer á la malvada secta de los cristianos. Una exclamación, más bien un rugido de alegría, resonó en la escuela. Echando Corvino á su alrededor una mirada escrutadora, pudo facilmente darse cuenta de que la mayor parte de los circunstantes eran á semejanza de él cachorros de osos con corazones de hiena.

—¡Muchachos! ¡amigos míos!—les gritó.—Decidme: ¿amais acaso á vuestro maestro? También lo fué mio, y nunca pude amarle, antes bien tengo mil y mil razones para odiarle. ¿Os parece si todos juntos le ajustásemos las cuentas?

Un feroz clamor salió de todos los bancos.

—Os traigo una buena noticia,—continuó Corvino.—Aquí tenéis una orden del divino emperador Maximiano que os da amplias facultades para que hagais del maestro Casiano todo lo que se os antoje.

Los alumnos, al oír esto, arrojaron á Casiano una andanada de libros, tablillas y otros proyectiles de escuela, que el anciano preceptor recibía inmóvil, de pié y con los brazos cruzados delante de su perseguidor. En seguida saltaron por encima de los bancos y se precipitaron sobre Casiano encolerizados, insultantes y amenazadores.

—¡Un momento!—gritó Corvino.—Es preciso ir despacio y con orden.

¿Cuál era su intento? Quiso recordar los días en que iba á la escuela, pero nó como los que se abandonan al recuerdo de aquella primera y feliz época de la vida viendo sólo en ella imágenes de felicidad, de alegría sin nubes y desinteresado afecto; sino para discurrir el género de venganza que entonces le habría causado más placer, y sugerirlo á los dignos compañeros que le rodeaban. Nada le pareció tan delicioso como devolver á su maestro una por una todas las correcciones que de él recibiera y escribir en su cuerpo con letras de sangre cuantas reprensiones le dirigiera en otro tiempo. Su idea fué unánimemente aplaudida y puesta en ejecución con la más refinada crueldad.

Despojado de sus vestidos y atado fuertemente, aquellos feroces tigrezuelos hicieron en el cuerpo de su anciano preceptor una horrible carnicería. Unos, como refiere el poeta cristiano Prudencio, grabaron en su cuerpo con los estilos (1) los temas que les dictara; otros emplearon cuantas torturas les sugería su precoz brutalidad para martirizar el lacerado cuerpo del anciano; hasta que aniquiladas sus fuerzas con tan agudos y prolongados dolores y la pérdida de sangre, cayó en el suelo sin poderse levantar. Aquellos demonios celebraron su triunfo con gritos de salvaje alegría, volviendo á ensañarse en él con nuevos ultrajes, hasta que causados se dispersaron para ir á contar en sus respectivas casas las proezas realizadas.

Corvino, después de saciarse con el sangriento espectáculo de su venganza, para la cual había encontrado instrumentos tan dóciles y dispuestos, retiróse dejando tendido en el suelo á su antiguo maestro para que espirase sin socorro alguno. Acudió el fiel criado de Casiano á levantarle y conducirlo al lecho, é hizo avisar á Pancracio, según de antemano convinieran. Poco después el joven se hallaba al lado del moribundo, en tanto que su compañero Cuadrado se ocupaba en los preparativos de la marcha.

Pancracio quedó horrorizado al oír los tormentos de su anciano amigo y preceptor, pero á la vez no pudo menos de admirar la heroica paciencia y resignación con que los había sufrido; pues de sus labios no se había escapado un solo lamento, moviéndolos únicamente para orar.

Casiano reconoció á su discípulo predilecto, sonrióse al verle y le estrechó la mano, pero no pudo hablar. Pasó toda aquella noche entre los más atroces espasmos, y al amanecer espiró plácidamente. Diéronle cristiana sepultura en la misma casa donde habitaba, que era suya; y Pancracio abandonó aquel lugar con

(1) Instrumentos punzantes que servían para escribir sobre tablillas cubiertas de cera.

el corazón oprimido y lleno de indignación contra la bárbara crueldad del desalmado que había podido concebir y presenciar tan horrible tragedia sin sombra de compasión y de remordimiento.

Se equivocaba, sin embargo, pues no bien Corvino hubo satisfecho su sed de venganza, cuando comenzó á sentir el peso de la infamia é ignominia que entrañaba su abominable acción. Temía que llegase á noticia de su padre, que tenía en gran concepto á Casiano. Preocupábale también lo que podrían decir y hacer los padres de los muchachos, á quienes acababa de desmoralizar excitándoles al último extremo de la barbarie y de la licencia. Aquel impío sintió miedo de que en él descargasen su cólera el uno ó los otros. Mandó ensillar los caballos, y como se le dijese que necesitaban algunas horas más de descanso, creció su disgusto y se sentó á beber para ahogar los remordimientos que le atormentaban y hacer tiempo. Por fin púsose en camino para Roma por más que anocheciese, pareciéndole el menor retardo un atroz tormento.

El camino, en pésimo estado á causa de las abundantes lluvias de los días anteriores, costaba la orilla del gran canal en que desaguan las lagunas Pontinas y estaba flanqueado por doble hilera de álamos.

Como en cada posada repetía Corvino sus libaciones, llevaba la cabeza trastornada por el vino, la cólera y los remordimientos. Irritado por la lentitud con que andaban sus caballos á causa del mal estado del camino, no cesaba de castigarlos con furiosos latigazos. Dejose oír de repente el galope de otros caballos que venían detrás; redobló Corvino sus latigazos, y los caballos que arrastraban su vehículo, enfurecidos y sin sentir el freno, echaron á correr á todo escape, dejando á larga distancia á la escolta de numidas. En su espantada carrera se salieron del camino atravesando por entre dos árboles y entraron desbocados en la estrecha senda de la orilla del canal, sacudiendo y haciendo bambolear el carruaje.

Quando los dos jinetes que galopaban detrás oyeron el ruido de las herraduras y de las ruedas y los gritos de los numidas, clavaron las espuelas á sus briosos potros y partieron á escape animosa y decididamente. Habíanse adelantado ya bastante á los demás cuando oyeron un estallido y el choque de un cuerpo al caer al agua. El carruaje había volcado despidiendo á su conductor medio ébrio, que fué á parar de cabeza en el canal.

Pancracio y su compañero echaron pie á tierra y se acercaron á la orilla. A la débil claridad de la luna, que apenas acababa de aparecer, y por el sonido de la voz, reconoció nuestro joven patricio á Corvino, que bregaba con inútiles esfuerzos por salir de la cenagosa corriente. Como las márgenes eran altas y

resbaladizas, cada vez que intentaba trepar por ellas se le escurrían los pies y volvía á tomar un nuevo baño.

—Casi merecería que le dejáramos ahí enterrado en el fango,—murmuró el centurión.

—¡Cuadrado!—exclamó Pancracio,—¿cómo puedes tú decir eso!

E inclinando el cuerpo hacia la orilla, gritó:

—¡Por aquí! ¡dame la mano!

En aquel momento Corvino, agarrado á un seco arbusto que se había roto con el peso, iba otra vez á caer en el agua acaso para no reaparecer, pues había casi perdido las fuerzas y el sentido.

Pancracio asió del brazo á su enemigo, prestóle su poderosa ayuda Cuadrado, y entre ambos le sacaron y tendieron en el camino; frotáronle las sienes y las manos para reanimarle, y comenzaba ya á recobrar los sentidos cuando llegaron algunos numidas, á cuyo cuidado le dejaron, entregándoles la bolsa que se le cayera del cinturón al sacarle del agua. Pancracio guardóse su pequeño cuchillo, que había visto caer al propio tiempo que la bolsa; aquel instrumento que Corvino encontró al pié de la columna en la que se había fijado el edicto contra los cristianos, y que llevaba siempre consigo como una prueba que debía declarar contra Pancracio de un modo fehaciente.

Vuelto ya en sí Corvino, los numidas le hicieron creer que ellos acababan de salvarle la vida, fingiendo á la vez gran sentimiento por no haber podido al mismo tiempo salvar la bolsa y el cuchillo, que sin duda estarían sepultados en el cenagoso fondo de la laguna.

Mientras se estaba recomponiendo el carruaje lleváronle á una casita inmediata, y fueron después á beber á costa del malparado hijo del prefecto.

Así quedaron satisfechas en un mismo día dos venganzas: la del pagano y la del cristiano.

XVIII

Las obras públicas

Si antes de la publicación del reciente edicto estaba decretado que las Termas de Diocleciano fuesen construidas por los cristianos condenados á trabajos forzados, no es de maravillar

que desde aquel momento creciese con la nueva persecución el número de las víctimas y de sus padecimientos. Esperábase la próxima llegada de Diocleciano para la inauguración de su edificio predilecto, y para abreviar la terminación de aquella obra colosal duplicóse el número de los braceros forzados. Todos los días llegaban nuevas cuerdas de supuestos culpables, procedentes de los puertos de Luni, de la Cerdeña, y hasta de la Crimea y del Quersoneso, donde les empleaban en la explotación de minas y canteras.

Debían los cristianos transportar los materiales, aserrar y tallar piedras y mármoles, hacer la argamasa, levantar las paredes y desempeñar otros trabajos no menos serviles, á que no estaban acostumbrados. La recompensa que recibían era igual á la de las mulas y bueyes, sus compañeros de fatiga. Tenían que dormir en covachas peores que establos; los alimentos apenas bastaban á sostener sus fuerzas, y el vestido escasamente les preservaba de la intemperie. Los grillos que sujetaban sus pies y las pesadas cadenas que les hacían arrastrar acrecentaban considerablemente sus padecimientos; pero nada igualaba á la crueldad con que los capataces, tanto más seguros en sus destinos cuanto más inhumanos fuesen, los vigilaban con vara ó látigo en mano, dispuestos siempre á añadir el dolor á la fatiga, ya para desahogar sus crueles instintos sobre aquellas víctimas indefensas, ya también para complacer á sus señores, más crueles aún que ellos.

No obstante, los cristianos de Roma cuidaban con especial solicitud de aquellos santos confesores, que les inspiraban profunda veneración. Jóvenes de esforzado corazón, y especialmente los diáconos, lograban visitarles y asistirles, ya sobornando á los guardias, ya valiéndose de mil industrias: distribuíanles alimentos más nutritivos, ropas de más abrigo, y aun dinero, gracias al cual pudiesen obtener un trato menos inhumano de sus bárbaros custodios. Era un espectáculo conmovedor verles, en cuantas ocasiones se les ofrecían, sobre todo al despedirse de aquellos Mártires, besar con respeto sus cadenas y magulladuras, y encomendarse á sus oraciones.

Aquella multitud, condenada á tan duro castigo por su fidelidad al divino Maestro, era además útil á sus perseguidores bajo otro aspecto. Como los viveros en que el glotón Lúculo cebaba sus lampreas para ostentarlas en sus festines; como las jaulas y los corrales en que se guardaban las aves más raras y los bien cuidados animales destinados á los sacrificios ó fiestas imperiales; como las cavernas en donde se alimentaban las fieras para presentarlas en los juegos del Anfiteatro; así también las obras públicas eran como unos depósitos de hombres que de cuando en cuando debían servir para una sangrienta hecatombe

resbaladizas, cada vez que intentaba trepar por ellas se le escurrían los pies y volvía á tomar un nuevo baño.

—Casi merecería que le dejáramos ahí enterrado en el fango,—murmuró el centurión.

—¡Cuadrado!—exclamó Pancracio,—¿cómo puedes tú decir eso!

E inclinando el cuerpo hacia la orilla, gritó:

—¡Por aquí! ¡dame la mano!

En aquel momento Corvino, agarrado á un seco arbusto que se había roto con el peso, iba otra vez á caer en el agua acaso para no reaparecer, pues había casi perdido las fuerzas y el sentido.

Pancracio asió del brazo á su enemigo, prestóle su poderosa ayuda Cuadrado, y entre ambos le sacaron y tendieron en el camino; frotáronle las sienes y las manos para reanimarle, y comenzaba ya á recobrar los sentidos cuando llegaron algunos numidas, á cuyo cuidado le dejaron, entregándoles la bolsa que se le cayera del cinturón al sacarle del agua. Pancracio guardóse su pequeño cuchillo, que había visto caer al propio tiempo que la bolsa; aquel instrumento que Corvino encontró al pié de la columna en la que se había fijado el edicto contra los cristianos, y que llevaba siempre consigo como una prueba que debía declarar contra Pancracio de un modo fehaciente.

Vuelto ya en sí Corvino, los numidas le hicieron creer que ellos acababan de salvarle la vida, fingiendo á la vez gran sentimiento por no haber podido al mismo tiempo salvar la bolsa y el cuchillo, que sin duda estarían sepultados en el cenagoso fondo de la laguna.

Mientras se estaba recomponiendo el carruaje lleváronle á una casita inmediata, y fueron después á beber á costa del malparado hijo del prefecto.

Así quedaron satisfechas en un mismo día dos venganzas: la del pagano y la del cristiano.

XVIII

Las obras públicas

Si antes de la publicación del reciente edicto estaba decretado que las Termas de Diocleciano fuesen construidas por los cristianos condenados á trabajos forzados, no es de maravillar

que desde aquel momento creciese con la nueva persecución el número de las víctimas y de sus padecimientos. Esperábase la próxima llegada de Diocleciano para la inauguración de su edificio predilecto, y para abreviar la terminación de aquella obra colosal duplicóse el número de los braceros forzados. Todos los días llegaban nuevas cuerdas de supuestos culpables, procedentes de los puertos de Luni, de la Cerdeña, y hasta de la Crimea y del Quersoneso, donde les empleaban en la explotación de minas y canteras.

Debían los cristianos transportar los materiales, aserrar y tallar piedras y mármoles, hacer la argamasa, levantar las paredes y desempeñar otros trabajos no menos serviles, á que no estaban acostumbrados. La recompensa que recibían era igual á la de las mulas y bueyes, sus compañeros de fatiga. Tenían que dormir en covachas peores que establos; los alimentos apenas bastaban á sostener sus fuerzas, y el vestido escasamente les preservaba de la intemperie. Los grillos que sujetaban sus pies y las pesadas cadenas que les hacían arrastrar acrecentaban considerablemente sus padecimientos; pero nada igualaba á la crueldad con que los capataces, tanto más seguros en sus destinos cuanto más inhumanos fuesen, los vigilaban con vara ó látigo en mano, dispuestos siempre á añadir el dolor á la fatiga, ya para desahogar sus crueles instintos sobre aquellas víctimas indefensas, ya también para complacer á sus señores, más crueles aún que ellos.

No obstante, los cristianos de Roma cuidaban con especial solicitud de aquellos santos confesores, que les inspiraban profunda veneración. Jóvenes de esforzado corazón, y especialmente los diáconos, lograban visitarles y asistirles, ya sobornando á los guardias, ya valiéndose de mil industrias: distribuíanles alimentos más nutritivos, ropas de más abrigo, y aun dinero, gracias al cual pudiesen obtener un trato menos inhumano de sus bárbaros custodios. Era un espectáculo conmovedor verles, en cuantas ocasiones se les ofrecían, sobre todo al despedirse de aquellos Mártires, besar con respeto sus cadenas y magulladuras, y encomendarse á sus oraciones.

Aquella multitud, condenada á tan duro castigo por su fidelidad al divino Maestro, era además útil á sus perseguidores bajo otro aspecto. Como los viveros en que el glotón Lúculo cebaba sus lampreas para ostentarlas en sus festines; como las jaulas y los corrales en que se guardaban las aves más raras y los bien cuidados animales destinados á los sacrificios ó fiestas imperiales; como las cavernas en donde se alimentaban las fieras para presentarlas en los juegos del Anfiteatro; así también las obras públicas eran como unos depósitos de hombres que de cuando en cuando debían servir para una sangrienta hecatombe

destinada á satisfacer la bárbara afición del populacho á los más crueles y oprobiosos espectáculos en cualquier ocasión ó festividad.

Acercábase una de estas ocasiones, gracias á la persecución que acababa de estallar. Pero esta se desarrollaba lánguidamente, ya que ninguna persona notable había sido aún arrestada. Los fracasos de aquellos primeros días no se reparaban, el pueblo apetecía algo más ruidoso y clamaba con satánico frenesí por que se le dieran espectáculos. El próximo cumpleaños del Emperador parecía justificar su demanda: las fieras con sus espantosos rugidos parecían reclamar su prometida presa; y tantas y tantas veces sonó á sus oídos el grito de *¡Christianos ad leones!* que bien podían creerse con derecho á saciar en ellos su voracidad.

Una de las últimas tardes de Diciembre fué Corvino á las Termas de Diocleciano acompañado de Cátulo, experto conocedor de los cristianos *buenos* para los espectáculos del Anfiteatro, á la manera que un traficante en ganado conoce de lejos á la primera ojeada las mejores cabezas.

Corvino mandó llamar á Rabirio, superintendente de los penados.

—De orden del Emperador—le dijo—vengo á escoger unos cuantos de entre esa canalla de cristianos para proporcionarles la honra de luchar en el Anfiteatro en las próximas fiestas.

—A fe mia,—contestó Rabirio,—que no me es posible desprenderme de uno solo. Tengo el compromiso de terminar las obras en un plazo dado, y no estoy sobrado de brazos.

—¿Qué me importa á mí? ¡Brazos! tendrás todos los que quieras. Otros reemplazarán á los que te quitemos. Acompañanos á recorrer las obras para que podamos escoger los hombres que más sirvan para nuestro caso.

Cedió Rabirio á tal exigencia, aunque refunfuñando, y los guió á un vasto departamento cuya bóveda acababa de terminarse, y en el cual se entraba por un vestíbulo circular que recibía la luz por una claraboya á semejanza del Panteón. De allí se pasaba á uno de los brazos más cortos de otra vasta sala en forma de cruz, con la cual comunicaba gran número de habitaciones más reducidas, pero no menos bellas. En cada ángulo de la sala de donde arrancaban los brazos de la cruz debía levantarse un enorme pilar de granito de una sola pieza; dos estaban ya colocados en sus respectivos sitios, y otro en el suelo rodeado de maromas atadas á varios cabrestantes, para colocarlo á la mañana siguiente.

Cátulo señaló á Corvino dos robustos mozos que, desnudos hasta la cintura como todos los esclavos, mostraban formas verdaderamente atléticas.

—Rabirio,—dijo el oficioso abastecedor de víctimas humanas para las fieras;—necesito que me entregues aquellos dos, muy á propósito para nuestro objeto y cristianos seguramente, pues trabajan de buena voluntad.

—¡Imposible!—contestó Rabirio;—ahora no puedo desahacerme de ellos. Me hacen el trabajo de seis hombres y valen cuando menos por dos caballos. Dejad que concluyan esa pesada maniobra, y entonces los pondré á vuestra disposición.

—Pues dime sus nombres para anotármelos, y cuida de mantenerlos bien.

—Se llaman Largo y Esmaragdo. Aunque trabajan como plebeyos, pertenecen ambos á distinguidas familias, y os aseguro que os seguirán sin la menor resistencia y hasta con la mejor buena voluntad.

—¡Oh! su deseo quedará plenamente satisfecho,—dijo Corvino con feroz alegría.

Siguieron su odiosa inspección, escogiendo á su paso nuevas víctimas, no obstante la resistencia que oponía Rabirio á entregárselas; y al fin se acercaron á uno de los aposentos que daban á la derecha, en el que vieron un grupo de forzados (si de este modo podemos llamarlos) que descansaban después de concluir su tarea. Un anciano de venerable aspecto, de larga y plateada barba, ocupaba el centro de aquel grupo: su apacible mirada, su palabra dulce y cariñosa, y reposados ademanes, revelaban á pesar de su extremada flaqueza la energía y tranquilidad de su alma. Era el confesor Saturnino, de edad ochenta años, lo cual no impedía que arrastrase dos pesadas cadenas. A sus lados estaban dos mozos, llamados Ciriaco y Sisinio, de los cuales refiere la tradición que al propio tiempo que desempeñaban sus rudas tareas procuraban acompañar al anciano para sostenerle las cadenas; y que su mayor placer era, una vez concluida su tarea, ayudar á sus hermanos más débiles trabajando por ellos para que descansasen. Mas no les había llegado aún su hora, pues antes de alcanzar la palma del martirio debían ordenarse de diáconos en el próximo pontificado.

Tendidos en el suelo veíanse otros presos á los pies del anciano, quien sentado sobre una pieza de mármol les hablaba con tal dulzura y gravedad que cautivaba su atención hasta hacerles olvidar sus sufrimientos. ¿Qué les diría? ¿Trataría de premiar la extraordinaria caridad de Ciriaco pronosticándole que en conmemoración de ella se consagraria con el tiempo al servicio de Dios una parte de aquel inmenso edificio para el cual estaban todos trabajando, y se convertiría en iglesia bajo su advocación? ¿O bien les referiría como visión aún más gloriosa que este pequeño oratorio sería reemplazado por un suntuoso templo dedicado á la Reina de los Angeles y que comprendería toda

aquella área y su vestibulo? Y ¿qué idea más augusta y consoladora podía inspirar á aquellos gloriosos cristianos, tan cargados de trabajos, que la de que no estaban construyendo solamente unos baños para la voluptuosidad de un pueblo pagano ó como muestra de la ruinosa prodigalidad de un emperador perverso, sino uno de los templos más grandiosos y magníficos, donde sería adorado el verdadero Dios y honrada aquella Virgen Madre que llevó en sus benditas entrañas al Verbo encarnado (1)?

Al observar desde cierta distancia aquel grupo detúvose Corvino y preguntó al superintendente los nombres de los que lo componían. Rabirio se los enumeró rápidamente, añadiendo:

—Podeis, si os place, llevaros á ese viejo, que á decir verdad no gana el pan que come.

—¡Gracias!—exclamó Corvino;—¡bonita figura haría en el Anfiteatro! No le gustan al pueblo esos hombres decrepitos que mueren al primer asalto de un oso ó al primer zarpazo de un tigre. Lo que anhela es ver correr sangre joven, hombres vigorosos y robustos que luchen á pesar de las heridas y de la pérdida de sangre... Pero allí distingo uno á quien no has nombrado: aquel que está vuelto de espaldas y que no lleva la divisa de los penados.

—Ignoro su nombre,—contestó Rabirio;—sólo sé que es un guapo mozo que pasa muchas horas entre los penados, los anima y consuela, y aun á veces les ayuda á trabajar. Se lo consentimos, por supuesto, porque nos paga bien, sin que nos toque averiguar más.

—¡Ah! ¡quién sabe!—exclamó Corvino con sonrisa infernal y adelantándose bruscamente.—A mí sí me interesa averiguar algo.

Su voz hirió los oídos del desconocido, quien volvió el rostro.

Con mirada feroz como la del tigre que furioso se arroja sobre su presa, Corvino echósele encima y agarrándole por el brazo aulló:

—¡Pancracio, sí! ¡no te me escapas ahora!... ¡Al instante, vengan grillos y cadenas!

(1) La iglesia á que se alude es la de Santa María de los Angeles, edificada por Miguel Angel en la vasta sala de las Termas de Diocleciano. La majestuosa grandeza de este edificio y sus gigantescas columnas de granito revelan lo que debía ser este monumento de la humana voluptuosidad, levantado por orden de un tirano envejecido, y enaltecido por los cristianos condenados al martirio, que en algunas partes grabaron la cruz del Salvador. (GOURNERIE: Rom. Christ.)

XIX

El interrogatorio

Desde las Termas, Pancracio y otros veinte cristianos formando cuerda fueron paseados por las calles más públicas de Roma. Como apenas podían andar y las cadenas á que estaban sujetos les hacían vacilar y tropezar á cada paso, sus conductores, no sólo les apaleaban sin piedad, sino que veían con indiferencia que los transeuntes les abofeteasen y aporreasen, ó bien les arrojasen piedras é inmundicias, prodigándoles á la vez las más soeces injurias.

Llegaron por fin á la cárcel Mamertina, en donde fueron introducidos á empellones y hacinados con otras víctimas de ambos sexos que aguardaban la hora de ser llevadas al sacrificio.

Las cárceles de la antigua Roma no eran ciertamente un lugar á donde el más miserable desvalido pudiese desear que le llevaran en la esperanza de encontrar allí mejor manutención y más cómodo albergue que el suyo; y para persuadirse de ello basta visitar las dos ó tres que aún existen. Una breve descripción de la que hemos mencionado bastará para que el lector forme una idea de los tormentos por que pasaban los confesores de Cristo antes de sufrir el martirio.

La cárcel Mamertina está compuesta de dos estancias cuadradas subterráneas, una debajo de otra, con una sola abertura redonda en cada bóveda, por donde tenían que penetrar la luz, el aire, los alimentos y hasta los presos. Cuando el piso superior estaba lleno de éstos, harto podemos imaginar qué cantidad de aire y de luz podía penetrar hasta el inferior. No había allí otro medio de ventilación, de comunicación ó de acceso. En las paredes, construidas de enormes bloques de granito, hállanse aún vestigios de fuertes anillos de hierro á los que eran amarrados los presos, aunque á muchos de éstos se les tendía en el suelo con los pies metidos en un cepo. Por un refinamiento de crueldad los bárbaros opresores, para aumentar las ya insoportables incomodidades del húmedo suelo, esparcían por él pedazos de hierro ó de vasijas rotas, y este era el único lecho en que podían descansar los cristianos sus doloridos miembros.

La justicia romana exigía, no obstante, que se observaran algunas formas exteriores de legalidad, y de ahí que los cristianos fueran conducidos desde la cárcel al tribunal, donde se les sometía á interrogatorios de los cuales nos quedan preciosas

muestras en las Actas proconsulares de los Mártires, tales como eran extendidas por los secretarios ó actuarios del tribunal.

A veces discutía el juez con el acusado, pero siempre quedaba inferior; si bien los que sufrían el interrogatorio se limitaban por lo general á reiterar á cada pregunta su profesion de cristiana.

En la mayoría de casos, sin embargo, se limitaba el juez á preguntar:

—¿Eres cristiano?

Y al oír su respuesta afirmativa, pronunciaba sentencia capital.

Pancracio y sus compañeros fueron conducidos ante el juez, y como sólo faltaba tres días para los públicos espectáculos en los que debían ser expuestos á las fieras, tratábase de condenarlos sin dilación.

—¿Quién eres?—preguntó el prefecto á uno de ellos.

—Un cristiano por la gracia de Dios.

—¿Y tú?—preguntó á Rústico.

—Un esclavo del César; pero desde el momento que profesé el cristianismo recibí la libertad del mismo Jesucristo, y por su gracia y misericordia participo de iguales esperanzas que esos otros á quienes tenéis delante.

Volviéndose el juez á un sacerdote llamado Luciano, tan venerable por sus años como por sus virtudes, le mandó adorar á los dioses y obedecer los decretos imperiales.

El anciano contestó:

—Nadie puede reprender ni castigar al que cumple con los preceptos de Jesucristo nuestro Salvador.

—¿A qué ciencias, á qué estudios te dedicas?

—He procurado instruirme en todos los ramos del saber humano; busqué la verdad hasta que la encontré, y la encontré en las doctrinas del Cristianismo, y por esto á ellas me adherí, por más que desagraden á los que siguen los extravíos de las falsas opiniones.

—¡Desdichado! ¿Qué atractivo puedes encontrar en tales doctrinas?

—El mayor de los atractivos, porque la doctrina cristiana es la única verdadera.

—Veamos qué doctrina es esa.

—Crear en un solo Dios, autor y criador de todas las cosas visibles é invisibles, y en Jesucristo, su único Hijo, anunciado por los Profetas, el cual vendrá un día á juzgar á todos los hombres: en Jesucristo, que predica la salud y concede la salvación á todos los que siguen su santa doctrina. Yo, débil y miserable criatura, no me considero capaz de hablarlos dignamente de su infinita Divinidad: esto sólo es dado á los Profetas.

—Tú eres, por lo visto, uno de esos que embaucan á otros enseñándoles el error, y tu castigo debe ser, por tanto, más severo. ¡Hola! Llevaos á Luciano, tendadlo en el potro, y tiradle de los piés hasta el quinto anillo (1).

Dirigiéndose luego á dos mujeres que también fueron conducidas al tribunal, preguntólas:

—Y vosotras dos ¿cómo os llamais? ¿Cuál es vuestro estado?

—Yo soy cristiana, me llamo Segunda y no tengo otro esposo que Cristo,—contestó la primera.

—Y yo—añadió la otra—soy viuda, de nombre Rufina, y profeso la misma fe salvadora.

Después de dirigir idénticas preguntas á los demás presos y obtener de todos respuestas parecidas, á excepción de un desgraciado que, con gran dolor de sus compañeros, vaciló y convino en sacrificar á los dioses, encaróse el prefecto con Pancracio, diciendo:

—En cuanto á ti, andaz mancebo que osaste arrancar el edicto de los divinos emperadores, también serás perdonado si ofreces holocausto á las deidades del Imperio.

Pancracio, después de hacer la señal de la Cruz, contestó con tranquila firmeza:

—Soy siervo de Cristo: le confiesan mis labios, reina en mi corazón y le adoro incesantemente. Acatando á un solo Dios, mi adolescencia posee la sabiduría de la edad madura. Vuestros dioses y sus adoradores están condenados á destrucción eterna.

—¡Herid en la boca á ese muñeco por su blasfemia y azotadle con varas!—gritó el prefecto encolerizado.

—¡Gracias!—dijo Pancracio;—así podré sufrir, en parte siquiera, la misma pena que sufrió mi Dios y Señor.

A continuación el prefecto pronunció la sentencia en la forma acostumbrada:

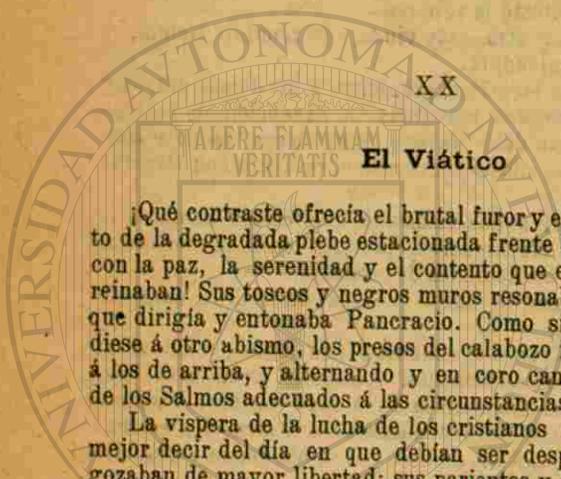
«Mandamos que Luciano, Pancracio, Rústico y compañeros, y las mujeres Segunda y Rufina, que declarándose cristianos se niegan á obedecer á los sagrados emperadores y á sacrificar á los dioses de Roma, sean expuestos á las fieras en el anfiteatro de Flavio.»

La multitud de espectadores prorrumpió en exclamaciones de júbilo y de odio, y siguió á los confesores de Cristo hasta la cárcel, al principio con salvaje gritería, pero luego quedó su furia desarmada al contemplar el digno porte y la serena tranquilidad de sus semblantes.

Y aún decíase que una atmósfera balsámica de suavidad enteramente nueva rodeaba sus personas: era el buen olor de

(1) Era esta la mayor tensión posible á que podía sujetarse á un paciente en aquel instrumento de tortura.

Cristo, el suave perfume de sus excelsas y heroicas virtudes que ascendía á los cielos; y no faltó entre los paganos quien asegurase que aquellos cristianos, que tan villana y cruelmente eran perseguidos y tratados, habrían sin duda perfumado sus personas.



El Viático

¡Qué contraste ofrecía el brutal furor y el discordante tumulto de la degradada plebe estacionada frente la cárcel Mamertina con la paz, la serenidad y el contento que en el interior de ella reinaban! Sus toscos y negros muros resonaban con los cánticos que dirigía y entonaba Pancracio. Como si un abismo respondiese á otro abismo, los presos del calabozo inferior contestaban á los de arriba, y alternando y en coro cantaban los versículos de los Salmos adecuados á las circunstancias.

La vispera de la lucha de los cristianos con las fieras, ó por mejor decir del día en que debían ser despedazados por ellas, gozaban de mayor libertad: sus parientes y amigos podían visitarles, y aprovechándose de este permiso los fieles acudían á la cárcel para encomendarse á las oraciones de los confesores de Cristo. Por la noche los sacaban de su encierro y les servían la *cena libre*, especie de banquete público en el que abundaban los manjares y vinos exquisitos. Multitud de paganos se agrupaban al rededor de la mesa, atraídos por la curiosidad de observar de cerca á los que al siguiente día debían sucumbir en la arena, víctimas de las fieras. Para los sentenciados cristianos aquella cena era un verdadero *agape* ó fiesta de amor, porque comían con perfecta tranquilidad y hablaban jovialmente, como si debieran conducirles al Capitolio en triunfo. Pancracio, sin embargo, no pudiendo sufrir la inhumana curiosidad y las crueles observaciones de los circunstantes, reprendióles con valentía.

—¡Qué! ¿No os basta—les dijo—con el espectáculo de mañana para que vengais á contemplar de antemano á los que en el Anfiteatro serán objeto de vuestro odio? Ahora sois nuestros amigos, y mañana os trocaréis en enemigos. Examinad, pues, detenidamente nuestras facciones para que nos reconozcais en el tremendo día del Juicio.

Ante tan inesperada y severa reprensión, muchos se retiraron avergonzados, mientras que otros sintieron germinar en sus corazones sentimientos muy opuestos que más adelante habian de obrar su conversión.

En tanto que los perseguidores preparaban á sus víctimas un banquete que fortaleciese sus cuerpos, la Iglesia como solícita Madre preparaba también otro mucho más exquisito para consolar las almas de sus hijos. Los diáconos no habían dejado un solo instante de asistirlos, con especialidad Reparado, que de buena gana se uniera á ellos para sufrir el martirio si no le privaran por entonces de esta gloria los deberes de su ministerio. Después de proveer como mejor pudo á sus necesidades temporales, fué á ponerse de acuerdo con el santo presbítero Dionisio, que continuaba morando en casa de Inés, para que no faltase á los campeones de Cristo, antes de la hora del combate, el Pan de vida eterna que debía confortarles.

Aunque según la práctica establecida eran los diáconos quienes llevaban las Formas consagradas desde la iglesia principal á las subalternas, en donde las distribuían los titulares, se confiaba á los ministros inferiores el cargo de llevarlas á los mártires y moribundos. En aquel día, más que en ningún otro, era peligrosísimo el cumplimiento de tal deber, pues no solo estaban sobreexcitadas las pasiones de los gentiles con la próxima carnicería de tantas víctimas cristianas, sino que por las revelaciones de Torcuato sabíase que Fulvio tenía nota exacta y minuciosa de todos los ministros del santuario y de ella había transmitido copia á sus numerosos espías. De ahí que apenas pudieran aventurarse á salir en tal día sino á favor de un completo disfraz.

Preparado ya el Pan sacrosanto, el sacerdote que oficiaba tendió una mirada por los congregados para calcular quién con más seguridad podría encargarse de aquel supremo y peligroso deber; y antes que otro alguno hubiese podido adelantarse, ya estaba de rodillas á sus pies el jovencito acólito Tarcisio, que mudo é inmóvil, pero con las manos extendidas en actitud de recibir el sagrado depósito y animado su rostro por una expresión atractiva de angelical inocencia, parecía implorar la gracia de que se le diese la preferencia.

—Eres aún demasiado niño, hijo mío,—le dijo el buen sacerdote, conmovido por el hermoso cuadro que ante sí tenía.

—Padre mío,—contestó Tarcisio,—mis pocos años serán mi mejor salvaguardia. ¡No me negueis tan insigne honor!

Al decir esto brillaban las lágrimas en los ojos del niño y una modesta emoción tiñó de púrpura sus mejillas. Alargando más y más los brazos hacia el sacerdote, mostraba tan fervoroso anhelo que no era posible resistirle más tiempo. El celebrante

tomó, pues, el divino Sacramento, lo envolvió cuidadosamente en un blanco lienzo, y este en otro, y lo puso en las manos de Tarcisio, diciéndole:

—No olvides, hijo mío, que es un tesoro celestial el que confiamos á tu débil custodia. Evita en tu camino los lugares públicos, y ten presente que las cosas santas no deben ser pasto de los perros, ni las margaritas ser echadas á los cerdos. Dime; ¿guardarás con fidelidad estos dones sagrados de Dios?

—¡Moriré antes que entregarlos! —respondió el piadoso acólito ocultando en su pecho debajo de la túnica el celestial depósito.

Después de hacer una respetuosa reverencia al sacerdote, dirigióse Tarcisio á cumplir su misión. Con una gravedad de continente superior á sus años atravesaba con paso firme y acelerado las calles de la ciudad, poniendo su atención en evitar así las muy concurridas como las demasiado solitarias.

Al acercarse con los brazos cruzados sobre el pecho á la puerta de un magnífico palacio, vióle venir su dueña, señora rica y sin hijos; y tanto se prendó de su belleza y dulce expresión, que saliéndole al paso le dijo:

—Detente un momento, querido niño: ¿quieres decirme cómo te llamas y dónde viven tus padres?

—Me llamo Tarcisio, —respondió alzando los ojos y sonriendo dulcemente;— no tengo padres ni otra morada en este mundo que un lugar cuyo nombre acaso no oiríais con agrado.

—Entra en mi casa y descansarás un poco. Deseo hablar contigo. . . ¡Ah! ¡qué dicha la mía si tuviese un hijo como tú!

—Ahora no puedo, señora. Debo cumplir una obligación sagrada sin detenerme un instante.

—Siendo así, prométeme que vendrás mañana. Esta es mi casa, y aquí te esperaré.

—Si vivo, procuraré complaceros —contestó el jovencito con tal inspiración en la mirada, que aquella dama creyó ver en él á un mensajero descendido de las esferas celestes.

Signóle con la vista, y después de algunas vacilaciones se determinó á seguirle. Al poco rato oyó la dama desahoradas voces de un tumulto que la obligaron á detenerse, hasta que apaciguadas del todo prosiguió de nuevo su camino.

Mientras tanto Tarcisio, con el pensamiento ocupado en algo más alto que la herencia de la opulenta matrona, seguía andando con acelerado paso en dirección de la cárcel Mamertina, de la cual separábase sólo una gran plaza en la que una caterva de muchachos salidos de una escuela vecina se disponían á jugar, moviendo gran algazara.

—Falta uno para estar completos, —dijo el que parecía capi-
tanearlos. —¿En dónde le encontraremos?

—¡Bravo! —gritó otro;—ahí viene Tarcisio, á quien no he visto hace un siglo: buen compañero y muy hábil en toda clase de juegos... Vén acá, Tarcisio (y le asió de un brazo): ¿á dónde vas tan de prisa? Has de jugar un ratito con nosotros.

—Ahora no puedo, Petilio; de veras que no puedo. Voy á una diligencia muy importante.

—Ya irás luego.

—Pero...

—¡No hay pero que valga! —gritó deteniéndole el otro, que era un mocito robusto y fanfarrón.—Necesitamos de ti; vén, y no seas terco ni me des un desaire, pues no he de consentirlo.

—Dejadme seguir mi camino, —dijo el pobre Tarcisio con acento suplicante;—os lo ruego.

—No lo esperes... Pero ¡calle! ¿Qué llevas escondido en el pecho con tanto misterio?... ¡Mirad, mirad cómo aprieta los brazos! Hemos de ver qué es ello. ¿Tal vez una carta? ¡Oh! no va á perderse porque tarde media hora en llegar á su destino. Dámela y te la guardaré en sitio seguro mientras jugamos.

Y así diciendo llevó la mano al pecho de Tarcisio con ademán de registrarlo.

—¡Jamás! ¡jamás! —exclamó éste levantando sus miradas al cielo.

—Pues yo he de ver qué secretos son esos, —insistió brusca-
mente el otro.

Y principió á forcejear para separarle los brazos.

En esto comenzaron á verse rodeados de curiosos que deseaban enterarse del motivo de aquella contienda; pero sólo vieron á un muchacho que cruzado de brazos parecía estar detado de una fuerza sobrenatural, según resistía los esfuerzos de otro mayor y más robusto que se obstinaba en hacerle descubrir lo que llevaba en el pecho. Pescazones, puntapiés, violencias de todo género, nada podían contra la heroica firmeza y constancia de aquella pobre víctima, que lo sufría todo sin exhalar una sola queja, concentrando todos sus esfuerzos en defender y proteger el sagrado depósito que con tanta cautela se le había confiado.

—¿Qué será? ¿qué no será? —preguntábase los circunstantes á tiempo que acertó á pasar por allí Fulvio, quien acercándose al corro para enterarse de aquel tumulto, reconoció enseguida á Tarcisio por haberle visto en la ordenación de Diciembre; y como al reparar en su elegante porte le dirigiesen las mismas preguntas, respondió en tono despreciativo y volviendo la espalda:

—¿Qué ha de ser? Un asno cristiano que lleva los misterios (1).

(1) *Asinus portans mysteria.*

No fué menester que dijera más.

Fulvio desdeñaba una presa para él tan insignificante; pero, cruel y maligno como era, estaba convencido del efecto que producirían sus palabras. Sabía perfectamente que, excitada la idolátrica curiosidad de los romanos sedientos de sangre cristiana, no cesarían hasta conocer aquellos misterios y satisfacer su ansia de ultrajarlos. Así fué que al momento se alzó un grito unánime y amenazador exigiendo á Tarcisio que mostrase lo que llevaba escondido.

—¡Jamás, jamás!—repetía el niño;—¡primero moriré!

Un hombrón le descargó entonces en la cabeza un terrible puñetazo que le dejó aturdimado y le hizo manar sangre por la boca y la nariz. A dicho golpe signieron otros que le derribaron en tierra sin sentido, pero con los brazos siempre cruzados sobre el pecho. Arrojóse á él la desapiadada turba, é iban ya á conseguir su intento cuando de repente comienzan á verse lanzados con impetu irresistible unos á la derecha, otros á la izquierda, otros derribados por un terrible manotazo, y otros, en fin, dando volteretas por el aire, mientras los restantes, apelando á sus piernas, dispersábanse al ver un soldado de talla atlética, autor de aquel zafarrancho. Despejada la plaza, arrodillóse junto á la víctima, y con el rostro bañado en lágrimas incorporó al moribundo niño con el mismo cuidado y ternura que una madre, preguntándole con cariñoso acento:

—¿Sufres mucho, Tarcisio?

—No pases cuidado por mí, Cuadrado,—respondió el niño abriendo los ojos y sonriendo como un ángel.—Llevo los divinos Misterios... cuida tú de ellos.

Levantóle en sus brazos el soldado con doble respeto, como que llevaba en ellos, no sólo á la tierna víctima de un heroico sacrificio, al generoso niño que acababa de conquistar la palma del martirio, sino también al mismo Rey y Señor de los Mártires, á la divina Víctima inmolada por la redención del linaje humano. El niño descansaba confiadamente la cabeza en los hombros del centurión, pero sus brazos manteníanse apretados contra el pecho. Cuadrado parecía no sentir el peso de tan preciosa carga, y con ella siguió caminando con seguro paso, hasta que al volver una esquina encontróse con una dama que, mirándole de hito en hito y como espantada, se le acercó, y al reconocer al niño exclamó horrorizada:

—¡Es posible! ¿Es ese Tarcisio, el niño tan bello y gracioso con quien hablé hace poco en frente de mi casa? ¿Quién le ha desfigurado así?

—Señora,—respondió Cuadrado,—le han asesinado porque era cristiano.

Conmovida la matrona, quedóse contemplando el rostro de

Tarcisio: éste abrió los ojos y los clavó en ella, sonrióse, y espiró.

De aquella mirada debió salir un rayo vivísimo de fe divina, pues la noble matrona no tardó en abrazar la religión de Cristo.

Cuando el venerable Dionisio separó los brazos de Tarcisio, al descubrir intacto é inviolado en aquel pecho el depósito glorioso, el Santo de los Santos, no pudo reprimir las lágrimas ni ahogar sus sollozos. Ahora que dormía el sueño de los Mártires le pareció que el hermoso y agraciado niño se asemejaba todavía más á un ángel que cuando una hora antes respiraba lleno de vida. El mismo Cuadrado lo llevó al cementerio de Calixto, en donde fué sepultado en medio de la admiración de otras muchas personas más antiguas en la fe, que no se cansaban de contemplarle (1).

Los cristianos presos no habían terminado aún su banquete cuando llegó á sus oídos la noticia del martirio de Tarcisio, y á poco le vino que la serenidad de sus almas se turbase por el temor de verse privados, en el momento supremo, de aquel Manjar celeste en el cual cifraban su principal fortaleza y su mejor consuelo.

Cuando, vueltos otra vez á su encierro, presentóse en él Sebastián para verles, comprendió al punto que eran ya conocedores del suceso, que á él le había referido su centurión Cuadrado. Aseguróles que no quedarían privados del santo Viático, con lo cual sintieron reanimados y consolados, y más cuando vieron salir al diácono Reparado después de hablarle el tribuno algunas palabras al oído.

Sebastián, que por su elevada posición era conocido de todos

(1) Más adelante el Papa san Dámaso compuso expresamente para la sepultura de Tarcisio el siguiente epitafio, que nadie podrá leer sin convencerse de que entonces como ahora era de fe la presencia real del Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo en la Eucaristía.

*Tarcisium sanctum Christi Sacramenta gerentem,
Cum male sana manus peteret vulgare profanis;
Ipsé animam potius voluit dimittere cæcis
Prodere quam canibus rabidis cælestia membra.*

(•Mientras una plebe estulta quería obligar á Tarcisio á mostrar á los profanos el Sacramento de Cristo que consigo llevaba, prefirió él perder la vida bajo sus golpes antes que entregar á rabiosos canes los miembros celestiales.)

Las palabras *cælestia membra* (de Cristo) aplicadas á la santísima Eucaristía comprueban la fe en la presencia del Salvador bajo las especies sacramentales; y son el resultado de un pensamiento habitual en la antigüedad, de más valor que las frases estudiadas ó convencionales.

El Martirologio romano menciona á Tarcisio el 15 de Agosto como á un mártir, cuyo aniversario se celebraba en el cementerio de Calixto, desde donde fueron trasladadas sus reliquias á la iglesia de San Silvestre del Campo, como lo comprueba una antigua inscripción

los guardias, entraba y salía fácilmente de la cárcel, á donde iba todos los días para alentar á los futuros mártires y dulcificar sus padecimientos. Esta vez llevaba, además, el objeto muy especial de despedirse de su amadísimo Pancracio, que deseaba con vehemencia aquella entrevista. Retiráronse los dos á un lado, y el noble mancebo fué el primero en tomar la palabra.

—¿Te acuerdas, Sebastián,—le dijo,—de aquella noche en que desde tu ventana oímos los rugidos de las fieras y divisamos los arcos del Anfiteatro, como abiertos para dejar paso al triunfo de los cristianos?

—Sí, querido amigo; tengo muy presente esa noche, en que parecía que el corazón te presagiaba la escena que mañana te espera.

—Es verdad: entonces presentí que sería uno de los primeros en saciar la voracidad de aquellos instrumentos de la humana barbarie. Pero ahora... ¡oh! ahora que se acerca el tan suspirado momento, apenas me considero digno de tan inmensa honra. Sí, Sebastián, ¿qué puedo yo haber hecho, no ya para merecer, pero ni aun para ser contado entre los primeros elegidos á gozar de tan singular gracia?

—Ya sabes, Pancracio, que no es el primero en llegar el que quiere ó se afana, sino que el Dios de las misericordias escoge á su beneplácito los elegidos á disfrutar de los eternos esplendores. Pero dime: ¿qué sientes en presencia del glorioso destino que te aguarda mañana?

—A decir verdad, me parece tan magnífico, tan superior á cuanto pudiera desear, que á veces me parece un sueño lo que me sucede; tan bella y seductora se presenta á mis ojos la realidad. Tú mismo ¿no consideras como una increíble maravilla que yo, encerrado ahora en esta fría, oscura y fétida prisión, pueda mañana, antes que el sol trasponga los montes, encontrarme en el Paraíso gozando las eternas armonías de los Angeles, unido con dulces y estrechos abrazos á los Santos vestidos con blancas túnicas, respirando los perfumes del celestial incienso y bebiendo en las límpidas y refrigerantes aguas de la vida eterna? Créense tales prodigios cuando se lea y se oyan referir por otros; pero que tanta felicidad, y dentro pocas horas, deba tocarme á mí... ¡ah! Sebastián, apenas me atrevo á creerlo.

—Y ¿no sientes más, amigo mío?

—¡Oh! sí; otra cosa que la lengua humana no podría expresar. Que yo, pobre niño, salido apenas de la escuela y que nada ha hecho por Cristo, pueda no obstante decirme: «Mañana veré á mi Jesús cara á cara, y le adoraré, y recibiré de El una palma y una corona, y lo que es más, un tiernísimo abrazo...» se me figura esta esperanza tan bella, tan gloriosa, que me

asombra que pronto vaya á trocarse en realidad. Y sin embargo, Sebastian,—añadió fervorosamente estrechando las manos de su amigo,—todo esto no es sueño, es realidad, es la verdad!

—¿Lo has dicho todo, Pancracio?

—No, Sebastian; hay más aún. Voy á cerrar los ojos al aspecto de los hombres para abrirlos á la perfecta contemplación de Dios: se cerrarán mis ojos en frente de miles y miles de espectadores cuyos rostros expresan solamente desprecio, odio y furor, para volverlos á abrir luego ante aquel Sol de inteligencia, cuyo esplendor nos deslumbraría y nos abrasaría si al ser bañados, penetrados por sus rayos, *no nos hiciésemos semejantes á El*. Mis ojos se sumergirán luego en el horno ardiente del corazón de Dios, en aquel oceano de misericordia y de amor, sin temor de ser consumido... ¡Ah! Sebastián, ¿no te parece demasiada presunción en mí decir que mañana... ¡No! digo mal... ¿Oyes, Sebastian? La guardia del Capitolio anuncia la media noche... ¡No es ya mañana! ¡Es hoy, hoy mismo cuando mi alma gozará de tanta felicidad!

—¡Dichoso tú, Pancracio,—exclamó el tribuno,—que así gozas de antemano las inefables dulzuras que te esperan!

—Pero, querido Sebastián,—continuó diciendo el mancebo como si no hubiese advertido la interrupción de su noble amigo,—lo que más me hace admirar la bondad y misericordia que Dios muestra conmigo es el género de muerte que me concede, porque ¿cuánto más fácil y dulce no ha de ser á mi edad abandonar la tierra cuando la muerte pone fin á todas las miserias humanas, evitándonos el aspecto de fieras horribles y hombres pecadores, poco menos horribles que ellas, y apagando en nuestros oídos los aullidos infernales de los unos y los bramidos de las otras!... ¡Cuánto más doloroso no me sería la muerte si debiese espirar á los ojos de una madre tierna como la mía, y si mis oídos antes de cerrarse debiesen oír los resignados ayes de su corazón! La veré, sin embargo, y oíré su voz amada antes del combate, según tenemos convenido; pero estoy cierto de que no tratará de enervar mi fortaleza.

Una lágrima asomó en los ojos del afectuoso mancebo, pero enjugóla con presteza y añadió sereno y animoso:

—Ahora recuerdo, Sebastián, que no me has cumplido tu doble promesa de revelarme los secretos que me ocultabas. Aprovecha esta ocasión, porque es la única, y dímelo todo sin ocultarme nada.

—¿Recuerdas qué secretos eran?

—¡Y bien que los recuerdo, como que me han dado mucho que pensar! En primer lugar, una noche en tu aposento me declaraste que había un motivo poderoso para refrenar mi ardiente deseo de morir por Cristo; y posteriormente rehusaste manifestarme la

razón que te asistía para mandarme salir precipitadamente para la Campania, añadiendo que los dos secretos no eran más que uno, cosa que en verdad no comprendo.

—Y sin embargo es así. Prometí, Pancracio, velar por tu verdadera felicidad: era un deber de amistad y caridad que me había impuesto. Veía el ansia con que aspirabas al martirio; conocía el ardiente temperamento de tu corazón inexperto, y temía no te comprometieses por alguna acción atrevida, capaz de empañar la pureza de tus deseos, siquiera fuese tan ligeramente como el aliento empaña el más fino acero: temía, en una palabra, que marchitases una sola hoja de tu palma. Por esto resolví oponerme al cumplimiento de tu vehemente aspiración hasta verte fuera de peligro. Y ahora dime, Pancracio: ¿obré bien, ó nó?

—¡Oh! ¡qué bondad tan noble la tuya, mi querido Sebastián! Pero ¿qué relación había entre esto y mi viaje?

—De permanecer en Roma, te habrían arrestado por el atrevido acto de arrancar el edicto, ó por las invectivas que dirigiste al juez durante el suplicio de Cecilia. Es indudable que te habrían condenado, y hubieras padecido por Cristo; pero la causa de tu sentencia aparecía muy distinta, porque calificarían tu acto de delito civil, delito de lesa majestad. Además, los mismos paganos te elogiaban señalándote como á un mancebo valiente y osado; tal vez una fugitiva nube de vanagloria nublara entonces la pureza de tu alma; y aun cuando así no fuera, te privarían de esa ignominia, que constituye el mejor blason y la gloria especial de los que mueren sólo por ser cristianos.

—Tienes razón, Sebastián,—dijo Pancracio ruborizándose.

—Así es que cuando llegó á mi noticia tu arresto en el momento de ejercer un generoso acto de caridad con los confesores de Cristo; cuando ví que te conducían por las calles de Roma sujeto á una cadena de penados como un criminal vulgar; al verte escarnecido y atropellado como á los demás hermanos nuestros, y confundido con ellos en una comun sentencia por el único motivo de ser cristiano, entonces me consideré libre de mi empeño, y ni un dedo habría levantado para salvarte.

—En verdad, Sebastián, el amor que me profesas se asemeja al de Dios. ¡Cuán prudente fuiste, cuán generoso, cuán desprendido!—exclamó Pancracio sollozando y agarrándose al cuello de su amigo.—Un favor más quisiera merecerte: prométeme que estarás cerca de mí hasta el postrer momento y que entregarás á mi querida madre mi último legado.

—Así lo haré aunque deba costarme la vida. Por otra parte, queridísimo Pancracio, corta será nuestra separación.

En esto avisó el Diácono que todo estaba dispuesto para celebrar el augusto Sacrificio en la misma prisión. Los dos amigos

quedaron sorprendidos ante el nuevo y venerando espectáculo que se les ofrecía. El santo presbítero Luciano yacía en el suelo, con las piernas dolorosamente tendidas y metidas en la *catasta* ó cepo, en una posición que no le permitía incorporarse. Sobre su pecho había desplegado el diácono Reparado los tres lienzos que para cubrir el altar se requerían, y encima de ellos estaba el pan sin levadura y el caliz con vino y agua, que el Diácono aseguraba con la mano. Otro sostenía la cabeza al venerable sacerdote, quien recitó las preces y practicó las sagradas ceremonias de la Oblación y la Consagración. En seguida fueron acercándose devotamente los fieles, y con lágrimas de tierna gratitud recibieron de sus manos la Sagrada Comunión.

¡Bello al par que maravilloso ejemplo de la facultad de la Iglesia de Dios para adaptarse á las circunstancias! Si bien son inmutables las leyes por que se rige, hasta cuando consiente en que se modifique su estricta observancia encuentra con su ingeniosa y maternal solicitud medios para demostrar los principios en que aquellas se fundan, y aun las mismas excepciones no son sino una más sublime aplicación de ellos. Allí yacía un ministro de Dios y dispensador de sus misterios, á quien por una vez érale concedido el hermoso privilegio de asemejarse más que otro á Aquel á quien representaba, haciendo al mismo tiempo de sacerdote y de altar. La Iglesia prescribía que el santo Sacrificio se ofreciese únicamente sobre las reliquias de los Mártires, y hé aquí un Mártir que lo ofrecía sobre su mismo cuerpo. Viviendo aún, *yacía bajo los pies de Dios*; y aunque todavía le latiese el corazón bajo los divinos misterios, había consumado ya el sacrificio de su vida: en él vivía sólo Jesucristo, el único que llenaba de su divinidad, interior y exteriormente, el santuario de aquel pecho. ¿Cabía preparar una mesa más bella para el Viático de los Mártires?

Amaneció el día frío, pero espléndido, y el sol dorando con sus rayos los chapiteles de los templos y de otros edificios públicos, parecía quererles dar cierto aire de fiesta. No tardó el

razón que te asistía para mandarme salir precipitadamente para la Campania, añadiendo que los dos secretos no eran más que uno, cosa que en verdad no comprendo.

—Y sin embargo es así. Prometí, Pancracio, velar por tu verdadera felicidad: era un deber de amistad y caridad que me había impuesto. Veía el ansia con que aspirabas al martirio; conocía el ardiente temperamento de tu corazón inexperto, y temía no te comprometieses por alguna acción atrevida, capaz de empañar la pureza de tus deseos, siquiera fuese tan ligeramente como el aliento empaña el más fino acero: temía, en una palabra, que marchitases una sola hoja de tu palma. Por esto resolví oponerme al cumplimiento de tu vehemente aspiración hasta verte fuera de peligro. Y ahora dime, Pancracio: ¿obré bien, ó nó?

—¡Oh! ¡qué bondad tan noble la tuya, mi querido Sebastián! Pero ¿qué relación había entre esto y mi viaje?

—De permanecer en Roma, te habrían arrestado por el atrevido acto de arrancar el edicto, ó por las invectivas que dirigiste al juez durante el suplicio de Cecilia. Es indudable que te habrían condenado, y hubieras padecido por Cristo; pero la causa de tu sentencia aparecería muy distinta, porque calificarían tu acto de delito civil, delito de lesa majestad. Además, los mismos paganos te elogiaron señalándote como á un mancebo valiente y osado; tal vez una fugitiva nube de vanagloria nublara entonces la pureza de tu alma; y aun cuando así no fuera, te privarían de esa ignominia, que constituye el mejor blason y la gloria especial de los que mueren sólo por ser cristianos.

—Tienes razón, Sebastián,—dijo Pancracio ruborizándose.

—Así es que cuando llegó á mi noticia tu arresto en el momento de ejercer un generoso acto de caridad con los confesores de Cristo; cuando ví que te conducían por las calles de Roma sujeto á una cadena de penados como un criminal vulgar; al verte escarnecido y atropellado como á los demás hermanos nuestros, y confundido con ellos en una comun sentencia por el único motivo de ser cristiano, entonces me consideré libre de mi empeño, y ni un dedo habría levantado para salvarte.

—En verdad, Sebastián, el amor que me profesas se asemeja al de Dios. ¡Cuán prudente fuiste, cuán generoso, cuán desprendido!—exclamó Pancracio sollozando y agarrándose al cuello de su amigo.—Un favor más quisiera merecerte: prométeme que estarás cerca de mí hasta el postrer momento y que entregarás á mi querida madre mi último legado.

—Así lo haré aunque deba costarme la vida. Por otra parte, queridísimo Pancracio, corta será nuestra separación.

En esto avisó el Diácono que todo estaba dispuesto para celebrar el augusto Sacrificio en la misma prisión. Los dos amigos

quedaron sorprendidos ante el nuevo y venerando espectáculo que se les ofrecía. El santo presbítero Luciano yacía en el suelo, con las piernas dolorosamente tendidas y metidas en la *catasta* ó cepo, en una posición que no le permitía incorporarse. Sobre su pecho había desplegado el diácono Reparado los tres lienzos que para cubrir el altar se requerían, y encima de ellos estaba el pan sin levadura y el caliz con vino y agua, que el Diácono aseguraba con la mano. Otro sostenía la cabeza al venerable sacerdote, quien recitó las preces y practicó las sagradas ceremonias de la Oblación y la Consagración. En seguida fueron acercándose devotamente los fieles, y con lágrimas de tierna gratitud recibieron de sus manos la Sagrada Comunión.

¡Bello al par que maravilloso ejemplo de la facultad de la Iglesia de Dios para adaptarse á las circunstancias! Si bien son inmutables las leyes por que se rige, hasta cuando consiente en que se modifique su estricta observancia encuentra con su ingeniosa y maternal solicitud medios para demostrar los principios en que aquellas se fundan, y aun las mismas excepciones no son sino una más sublime aplicación de ellos. Allí yacía un ministro de Dios y dispensador de sus misterios, á quien por una vez érale concedido el hermoso privilegio de asemejarse más que otro á Aquel á quien representaba, haciendo al mismo tiempo de sacerdote y de altar. La Iglesia prescribía que el santo Sacrificio se ofreciese únicamente sobre las reliquias de los Mártires, y hé aquí un Mártir que lo ofrecía sobre su mismo cuerpo. Viviendo aún, *yacía bajo los pies de Dios*; y aunque todavía le latiese el corazón bajo los divinos misterios, habla consumado ya el sacrificio de su vida: en él vivía sólo Jesucristo, el único que llenaba de su divinidad, interior y exteriormente, el santuario de aquel pecho. ¿Cabía preparar una mesa más bella para el Viático de los Mártires?

Amaneció el día frío, pero espléndido, y el sol dorando con sus rayos los chapiteles de los templos y de otros edificios públicos, parecía quererles dar cierto aire de fiesta. No tardó el

pueblo en derramarse por las calles de Roma con sus mejores atavíos, afluendo de todas partes hacia el anfiteatro de Flavio, llamado hoy vulgarmente el Coliseo. Cada cual dirigía sus pasos al arco de ingreso que le indicaba el número de su billete, y el monstruo gigantesco absorbía poco á poco por sus cien bocas aquel torrente de seres humanos que en breve animan el inmenso recinto, llenando sucesivamente sus galerías y agitándose cual movedizo mar. Luego que esté saciada de sangre y arda en furor, aquella masa viviente volverá á desbordarse, vomitada por el monstruo en mugientes oleadas por las mismas puertas que le sirvieron de entrada y que llevarán entonces con mayor propiedad su nombre de *Vomitoria*, porque nunca salió de las sentinas humanas una corriente más cenagosa y corrompida que aquel populacho de Roma cuando, ébrio de la sangre de los Mártires, abandonaba el espléndido Anfiteatro.

A la hora fijada entró en aquel inmenso recinto el Emperador, rodeado de toda su Corte y con la fastuosa pompa que correspondía á una fiesta imperial. Levantábase su trono en la parte oriental del edificio, en medio de un ancho espacio llamado *Pulvinar*; y apenas lo hubo ocupado dió la señal de empezar, no menos ávido que sus vasallos de gozar de tan feroces espectáculos.

Sucedieronse varios *juegos*, y muchos gladiadores muertos ó heridos habían regado ya la arena con su sangre, cuando el pueblo, sediento de más atroces combates, comenzó á clamar, mejor dicho, á rugir con espantosa gritería: «¡Los cristianos á las fieras! ¡los cristianos á las fieras!»

Pero es ya hora de que volvamos á nuestros cautivos.

Muy de mañana habían sido trasladados de la cárcel al *Spoliarium*, que era un aposento retirado del Anfiteatro, en donde á los condenados se les quitaban las cadenas y los grillos. Intentóse vestirlos los trajes pomposos de los sacerdotes y sacerdotisas gentiles, mas se resistieron alegando que, pues habían venido espontáneamente á la lucha, era injusto obligarles á entrar en ella con un disfraz que aborrecían. Durante la primera parte del día permanecieron allí juntos animándose unos á otros y cantando alabanzas al Señor en medio del tumulto y de la gritería que de vez en cuando sentían retumbar sobre sus cabezas.

Mientras se preparaban al martirio entró Corvino, y fijando en Pancracio una insolente mirada, le dijo con aire de triunfo:

—Gracias sean dadas á los dioses, al fin lució el día por mi tan deseado. Larga y terrible ha sido la lucha entre los dos... pero el triunfo es mío.

—No entiendes, Corvino, lo que dices. ¿Cuándo y dónde luché yo contigo?

—Siempre y en todas partes. Eras mi pesadilla en mi sueño;

tu imagen vagaba ante mí cual fantasma que se desvanecía cuando iba á cogerla. Has sido mi verdugo, mi genio malo. Te odié, juré entregarte á los dioses infernales, te maldecí, te execré, y al fin ha llegado el día de mi venganza.

—Páreceme—dijo Pancracio sonriendo—que cuanto acabas de decir en nada se asemeja á una lucha, pues no puede llamarse tal aquella en que sólo entra un lidiador, y por mi parte nada de eso he sentido ni deseado contra tí.

—Con que ¿no? ¿Cómo quieres que te crea cuando siempre te has metido entre mis pies como una víbora dispuesta á mordirme y derribarme?

—¿En dónde? vuelvo á preguntarte.

—Repito que en todas partes; en la escuela, en casa de Inés, en el Foro, en el cementerio, en el mismo tribunal de mi padre, en la quinta de Cromacio... en todas partes.

—Y en otro lugar que no has citado. Cuando tu carruaje corría desbocado por la vía Apia, ¿no oíste el galope de dos caballos que procuraban alcanzarte?

—¡Ah infame! con que ¿tú fuiste quien espoleando con furia tu caballo espantaste á los míos con peligro de mi vida?

—No tal, Corvino: óyeme con calma, pues es la última vez que nos hablamos. Yo viajaba á paso lento hacia Roma en compañía de un amigo, después de dar sepultura á nuestro maestro Casiano.

Corvino hizo un movimiento de sorpresa, porque ignoraba aún este detalle. Pancracio continuó:

—De pronto llegó á nuestros oídos el ruido de un carruaje desbocado que nos precedía, y entonces aguijamos nuestros caballos, con gran fortuna tuya.

—¿Por qué?

—Porque llegué á tiempo para salvarte la vida, ya que, extenuado como estabas, yerto casi de frío á causa de tus repetidas zambullidas en el agua del canal, y desprendido del arbusto á que se habían asido tus entumecidas manos, ibas á caer de nuevo y á hundirte para siempre en la corriente Pontina. Te ví, te conocí al sacarte á la orilla... Tenía en mi poder al asesino del hombre á quien tanto estimaba. Parecía que la justicia divina descargaba sobre tí: sólo faltaba mi voluntad para aniquilarte... Aquel era mi día de venganza, y la tomé cumplida.

—¿Cómo?

—Sacándote del agua, extendiéndote en la orilla, calentándote para que tu corazón recobrase sus latidos, y entregándote al cuidado de tus numidas después de haberte arrancado de los brazos de la muerte.

—¡Mientes!—gritó Corvino,—pues ellos fueron quienes me sacaron del agua.

—Y fueron también tus numidas los que te entregaron, después de salvarte, mi cuchillo y tu bolsa de piel de leopardo, que encontré en el suelo?

—No: me dijeron que la bolsa se habría quedado en el agua. Era efectivamente de piel de leopardo, regalo de una hechicera africana. Pero ¿qué decías de tu cuchillo?

—Que aquí lo tienes. Miralo; aún está enmohecido por el agua. La bolsa, como tuya, la entregué á tus esclavos, pero guardé mi cuchillo. Vuelve á mirarlo. ¿Me crees ahora? ¿He sido siempre una víbora para tí?

Falto de generosidad para confesarse vencido en la lucha, Corvino experimentó tan sólo el dolor de verse humillado y deshonrado ante su antiguo condiscípulo que le había salvado la vida y á quien ahora en pago le hacía pasto de las fieras. Confundido, anonadado, sintiendo en el rostro las llamaradas de la vergüenza, y temiendo dar á conocer su derrota, retiróse maquinalmente, cabizbajo y silencioso, maldiciendo del Emperador, de los juegos del Anfiteatro, de las fieras que rugían, del tumulto que movía la plebe impaciente, de sus caballos y su carruaje, de sus numidas y esclavos, de su padre y hasta de sí mismo; de todo, y de todos, en fin, menos de una sola persona, Pancracio, á quien no le era ya posible execrar.

Llegaba casi á la puerta del *Spoliarium*, cuando Pancracio le llamó. Corvino volvió atrás y fijó en él una mirada de respeto, si no de afecto. Pancracio, asiéndole suavemente de un brazo, le dijo:

—Corvino, créeme: te perdono de todo corazón. Pero no olvides que hay un Sér supremo que no perdona sino al que se arrepiente. Procura, pues, alcanzar su misericordia y reconciliarte con El; pues de lo contrario te pronostico que perecerás de la misma muerte que yo.

Escabullóse Corvino y no se presentó más en público aquel día, privándose del espectáculo que de tanto tiempo había acariciado. Concluida la fiesta encontróle su padre completamente ebrio. Corvino pretendía acallar sus remordimientos anegándolos en vino.

Al salir él del *Spoliarium*, entraba el *lanista* ó jefe de los gladiadores, para anunciar á los presos que había llegado para ellos la hora del combate. Abrazáronse unos á otros y se dieron la última despedida en la tierra. De allí penetraron en la arena del Anfiteatro por el lado que estaba en frente del trono imperial, pasando por entre dos filas de *venatores*, á cuyo cuidado estaban las fieras, y que provistos de gruesos látigos los descargaban sobre cada uno de los presos á medida que iban pasando. Conducidos al centro fueron distribuidos individualmente ó en grupos, al capricho de los directores del espectáculo, ó á volun-

tad del Emperador ó del pueblo. A veces era colocada la víctima sobre una elevada plataforma para que fuese más visible, ó bien era atada á un poste para hacerle imposible toda defensa. Una de las diversiones favoritas consistía en meter á una mujer en una red para que los cuernos de un toro la revolcase por el suelo ó la arrojase al aire. La primera arremetida de una fiera bastaba á menudo para acabar con el mártir, al paso que otras veces se soltaban contra él tres ó cuatro fieras sin que le causasen herida alguna mortal; y en este caso volvían al confesor de Cristo á la cárcel para que se le aplicasen nuevos tormentos, ó al *Spoliarium*, en donde los gladiadores menos expertos se divertían en rematarle.

Limitémonos, empero, á seguir á nuestro joven héroe, Pancracio, en su glorioso combate. Al cruzar el corredor que conducía al Anfiteatro vió á un lado á Sebastián con una dama envuelta y rebozada en su manto. Reconocióla al punto, detúvose ante ella, se arrodilló, le tomó la mano y le dijo besándosela afectuosamente:

—En esta hora de triunfo que me prometisteis, dadme, madre mía, vuestra bendición.

—Hijo mío,—contestó Lucina,—mira al cielo en donde te aguarda Cristo con sus Santos. Pelea el buen combate por la bienaventuranza de tu alma; muéstrate firme y leal en el amor de tu Salvador, y digno hijo también de aquel cuya preciosa reliquia cuelga de tu cuello.

—Dentro poco, madre mía, esta reliquia tendrá á vuestros ojos doble estimación.

En esto descargó el *lanista* un latigazo al joven mártir, gritando:

—¡Basta de charla, y adelante!

Retiróse Lucina, mientras Sebastián estrechando la mano á Pancracio le decía:

—¡Valor, y que Dios te bendiga! Voy á colocarme detrás del Emperador: eúviame allá tu postrera mirada... y tu bendición.

Una carcajada sarcástica, como si saliera del infierno, sonó detrás de Sebastián. Volvió éste el rostro, pero sólo pudo descubrir los pliegues de un manto detrás de un pilar. Era Fulvio, que había sorprendido las últimas palabras del tribuno, encontrando en ellas el último anillo de una larga cadena de pruebas que eslabonaba hacia tanto tiempo para adquirir el pleno convencimiento de que Sebastián era cristiano.

No tardó Pancracio en hallarse en medio de la arena. Háblanle dejado para el fin, esperando que la vista de los sufrimientos de sus compañeros quebrantaría su constancia; pero el efecto fué enteramente contrario. Permaneció en el sitio que le indi-

caron los verdugos que le rodeaban y cuyos cobrizos y musculosos miembros contrastaban vivamente con su delicada y alabastrina figura. Dejaronle allí solo y á merced de las fieras que contra él iban á soltar; y para describir la escena que siguió, nada mejor que copiar la narración hecha por Eusebio como testigo ocular del martirio de otro mancebo de poca más edad que Pancracio.

•Hubiérais visto—dice—un delicado joven que todavía no contaba veinte años, que á pié firme y con los brazos extendidos en forma de cruz estaba en actitud de orar con la mente fija en Dios y el corazón firme é impávido, sin desviarse un punto del sitio donde le colocaron, mientras los osos y los leopardos, respirando furor y muerte, arremetían contra él para despedazarle. Y no obstante, al acercársele, las garras y las fauces entreabiertas de las fieras parecían cerrarse y encogerse por no sé qué influencia misteriosa y divina, y retrocedían intimidadas sin causarle el menor daño (1).»

Tales fueron la actitud de nuestro heroico mancebo y el prodigio con que Dios le privilegió. Enfureciáse la plebe al ver que las fieras, una tras otra, daban continuamente vueltas á su alrededor, rugiendo y azotándose los lados con la cola, sin que se atrevieran á acercarse al Mártir, que permanecía inmóvil en su sitio, como dentro de un círculo encantado. Soltaron un toro que apenas le hubo divisado embistióle con ímpetu y bajando el testuz; pero detúvose repentinamente como si chocaran sus asta contra un fuerte muro, escarbó el suelo con sus pezuñas esparciendo una lluvia de arena, y atronó el Anfiteatro con sus mugidos.

—¡Provócale, cobarde!—vociferó el Emperador fuera de sí. Pancracio levantó la vista como si despertase de un éxtasis, y agitando sus brazos dirigióse al furioso bruto; pero éste dió á huir como si le acometiera un leon, enfiló la entrada de la *fovea*, y hallando á su paso al guardian lo lanzó á grande altura de una tremenda cornada. El asombro era general, y el joven Mártir había vuelto á su primera actitud y oraba imperturbable, cuando de entre la multitud de espectadores se levantó una voz gritando:

—¡Lleva un talisman al rededor del cuello!.. ¡Es un hechicero! La multitud repitió con desaforadas voces:

—¡Lleva un talisman, un talisman!..

Entonces el Emperador, despnes de imponer silencio, gritó á Pancracio:

—Quítate ese talisman que llevas al cuello, y arrójale muy lejos, si no quieres que te lo arranquen de otro modo.

(1) EUSEBIO: *Hist. Eccles.*, lib. VIII, cap. 7.

—Señor,—contestó Pancracio con voz llena de armonía que resonó por todo el silencioso Anfiteatro:—no es un talisman lo que llevo al cuello, sino un recuerdo de mi padre, que en este mismo sitio confesó gloriosamente la misma fe que yo confieso ahora con humildad. Soy cristiano, y por el amor de Jesucristo, Dios y Hombre, doy con placer mi vida. No me arrebatéis este último legado de mi padre, que prometí dejar á otra persona más precioso que cuando de ella lo recibí. Probad de nuevo: una pantera fué la que dió á mi padre su corona: tal vez otra pantera se la dará también al hijo.

En medio de sepulcral silencio, la multitud parecía enternecida, avasallada. La gentil apostura de Pancracio, su rostro iluminado é inspirado por la fe, la dulzura de su voz, la intrepidez de su lenguaje, su heroico y generoso sacrificio, habian producido su efecto en aquella cobarde plebe despertando sus simpatías. Así debió comprenderlo el joven Mártir, que ante aquella conmiseración sobresaltóse como no lo habia hecho ante el general furor, porque confiaba gozar aquel mismo día de la visión de Dios en el cielo, y temió que su esperanza quedara defraudada. Brillaron las lágrimas en sus ojos, y extendiendo otra vez sus brazos en cruz dió en alta voz con acento que vibró de nuevo en todos los corazones:

—¡Hoy, sí, hoy, bendito Salvador mio, es el día señalado para llegar hasta Tí! No lo demores más tiempo. Ya has patentizado suficientemente tu poder á los que no creen en Tí. Muestra ahora tu misericordia con este humilde confesor tuyo.

—¡La pantera!—gritó una voz.

—¡La pantera!—repitieron otras ciento.

—¡La pantera! ¡la pantera!—clamaron cien mil voces con el estruendo de una tempestad (1).

Salió entonces como por ensalmo de debajo de la tierra una jaula y abrióse al punto uno de sus lados plegándose hacia el suelo y dando libre paso á una pantera (2). De un ligero salto lanzóse fuera, y aunque exasperada por la oscuridad, el encierro y el hambre, parecía tan contenta que se puso á dar saltos y vueltas. á revolcarse por la arena y pasearse por el Circo. Divisó al fin la presa, y desde entonces toda la astucia y crueldad de la fiera comenzó á manifestarse en sus cautelosos y péfidos movimientos y en el encrespamiento de su sedoso pelo. Todas las voces habian enmudecido, y fijas todas las miradas en la pantera observaban la recelosa precaución con que paso á paso iba aproximándose á la víctima.

(1) El Anfiteatro podía contener 150,000 espectadores.

(2) Estas sorpresas no eran raras, y en el Coliseo se han descubierto las construcciones subterráneas que servían para este uso.

Panracio, en tanto, permanecía inmóvil en su sitio, de cara al Emperador, y tan absorto su ánimo en sublimes pensamientos, que ni siquiera reparaba en los movimientos de la fiera. Arrastró ésta al rededor de él hasta colocarse en frente, como si desdeñase atacarle de lado ó por la espalda. Agachando la cabeza y adelantando una pata y luego la otra, acabó por situarse á la distancia conveniente para saltar, deteniéndose allí unos momentos. Sonó de repente un prolongado y siniestro aullido, y viósele cruzar el aire y caer sobre el pecho del Mártir, contrayéndose como una enorme sanguijuela, y clavando en él las zarpas hincarle en el cuello sus afilados dientes.

Panracio se mantuvo en pié breves instantes, llevóse á los labios la mano derecha, y mirando sonriente á Sebastián envióle con una expresiva demostración el último saludo, y cayó. La pantera le había roto las arterias del cuello, y el sueño de los Mártires cerró instantáneamente los párpados de Panracio. Su sangre generosa humedeció y reavivó la de su padre, contenida en el relicario que Lucina le colgara al cuello. Dios había aceptado el sacrificio de la madre.

XXII
El soldado cristiano

El cuerpo del joven Mártir fué depositado en paz en la vía Aurelia, en el cementerio que poco después tomó su nombre. Devuelta la paz á la Iglesia, erigióse sobre su tumba una suntuosa basilica que todavía subsiste como un monumento de su gloria (1)

La persecución acrecentaba su furia y multiplicaba cada día el número de sus víctimas. Algunas de las personas cuyos nombres figuran en estas páginas, y en especial los cristianos aco-

(1) Fué de nuevo embellecida y purgada de las sacrílegas profanaciones con que los revolucionarios de 1848 la habían contaminado, turbando de su reposo de diez y seis siglos los huesos del Mártir y condenándole por odio á Cristo, con furor peor que el de los paganos, á un segundo martirio de las más nefandas contumelias.

gidos en la quinta de Cromacio, atestiguaron con su sangre la firmeza de su fe. La primera víctima inmolada fué Zoe, la muda que había recobrado la palabra por intercesión de Sebastián, y que sorprendida por una turba de paganos mientras oraba junto al sepulcro de san Pedro, fué arrastrada ante el juez y colgada cabeza abajo sobre un brasero ardiendo hasta que espiró. También fueron arrestados su esposo y tres compañeros suyos convertidos con él, y después de someterles á varios tormentos les decapitaron. Tranquilino, el padre de Marcos y Marceliano, émulo del triunfo de Zoe, fué á rezar en pleno día junto á la tumba de san Pablo, donde le prendieron y fué inmediatamente apedreado hasta que rindió el último suspiro. Sus dos hijos gemelos sufrieron también una muerte no menos cruel. El animoso Tiburcio, hijo de Cromacio, fué degollado.

En medio de tal matanza permanecía Sebastián sereno é intrépido, no como el arquitecto que vea derribar su obra por el huracán, ó como el pastor que contempla sus ovejas presas de audaces salteadores, sino como el general en campo de batalla, que atento sólo á alcanzar la victoria, considera como á héroes á los que para vencer combaten á costa de su vida, y se siente dispuesto á entregar igualmente la suya con idéntico fin. Cada fiel, cada amigo sacrificado era un vínculo menos que le ataba á la tierra, y un eslabón más de la cadena que le unía al cielo; un cuidado menos acá abajo, y un aliciente más allá arriba. A veces iba á sentarse ó á pasearse por los sitios donde había conversado con su amigo Panracio, deleitándose en ellos con el recuerdo del aire jovial, las graciosas agudezas é ingénuas virtudes del amable y apuesto mancebo. Mas no por eso se imaginaba entonces más separado de él que cuando le envió á Campania. Habíale, por decirlo así, acompañado hasta la puerta del cielo: preveía próxima su hora, y sentía madurarle en el pecho la suspirada gracia del martirio. Así, lleno de tranquila certidumbre y atento á prepararse, vendió sus haciendas para evitar que fuesen confiscadas y distribuyó entre los pobres todo cuanto poseía.

Fulvio habíase apropiado no pequeña parte de los despojos de muchos cristianos, pero no veía saciada ni con mucho su sed de oro y de sangre. No tuvo ya necesidad de pedir nuevos subsidios al emperador, de cuya presencia huía; pero tampoco acumuló nada: no se enriqueció. Todas las noches era el blanco de los humillantes interrogatorios, de las agrías reconvenciones y despreciativas burlas de Eurotas sobre el mal éxito de sus operaciones del día. Al fin una noche aseguró á su desapiadado amo (porque el cruel viejo no era ya para él otra cosa) que iba á dar un gran golpe, pues pensaba denunciar nada menos que al oficial favorito del Emperador, á cuyo servicio necesariamente debía haber amasado cuantiosas riquezas.

No se hizo esperar mucho la ocasión propicia. El día 9 de Enero Maximiano dió en su palacio una audiencia pública, y á ella acudieron por de contado los que aspiraban á las mercedes ó los que temían el enojo del feroz Augusto. Fulvio acudió también, y como de costumbre fué recibido con frialdad. No obstante, después de soportar impasible el trato brutal del Emperador, se adelantó al pie del trono, y doblando una rodilla dijo:

— Señor, vuestra divinidad ha tenido razón otras veces al echarme en cara que mi zelo y mis servicios no correspondían dignamente á vuestra benevolencia y liberalidad. Mas hoy vengo á manifestaros que acabo de descubrir la más infame traición y la más negra de las ingratitudes que jamás podáis temer. Al lado mismo de vuestra divina persona teneis á vuestro enemigo y traidor.

— ¿Qué estás diciendo ahí, mentecato? — preguntó impaciente el Emperador. — Expícatelo de una vez, ó mando que te saquen las palabras con un garfio.

Levantóse Fulvio, y extendiendo el brazo y señalando con la mano al tribuno de la guardia dijo con voz pérfidamente melosa:

— Señor, Sebastián es cristiano.

Dió un salto el Emperador en su asiento, y gritó furioso:

— ¡Mientes, infame! Y, ó pruebas al punto tu acusación, ó vas á morir entre horribles tormentos como nunca los haya sufrido ningún perro cristiano.

— Aquí traigo pruebas suficientes, — contestó Fulvio sacando un pergamino y alargándolo, de rodillas, al Emperador.

Iba éste á rechazarlo y á estallar en nueva cólera, cuando Sebastián se adelantó al centro de la sala con frente serena y noble continente, y vuelto al Emperador le dijo con voz firme y tranquila:

— Señor, es inútil molestarse en buscar pruebas. Sí; soy cristiano, y de ello me glorio.

Maximiano, soldado valiente y experto, aunque tosco y sin educación alguna, apenas sabía expresarse en un latín decente cuando estaba sereno; mas cuando se dejaba llevar de la ira ó de otra pasión vehemente, su lenguaje era el más soez y vulgar. Y encontrándose ahora en este último caso, desatóse contra Sebastián en atroces denuestos é injurias, sin que hubiera enormidad que no le imputase, ni oprobio de que no le creyese digno. Pero los delitos que más le reprochaba en aquella tempestad de improperios, eran la ingratitud y la felonía, maldiciendo de sí propio por haber alimentado en su seno una víbora, un escorpión, un demonio, y maravillándose de que aún estuviera vivo.

El tribuno cristiano afrontó aquella violenta descarga de injurias con la misma intrepidez que las arremetidas del enemigo en los campos de batalla, y al fin dijo:

— Escuchadme, señor, siquiera sea por última vez. He dicho que soy cristiano, y esto precisamente constituye para vos la mejor prenda de seguridad.

— ¿Cómo puede ser eso, monstruo de ingratitud?

— Vais á saberlo, noble emperador. ¿Deseais una guardia de hombres disueltos á dar por vos la última gota de sangre? Mandad sacar de las cárceles á los cristianos y soldades las cadenas; enviad á los tribunales á arrancar del potro y de las parrillas á los descoyuntados confesores; despachad órdenes al Anfiteatro para sacar de entre las garras de los tigres los ensangrentados cuerpos de los que aún respiren; armadlos, colocadlos al rededor de vuestra persona, y hallaréis en esa calumniada y perseguida cohorte más fidelidad, más adhesión y arrojo que en todas vuestras legiones de dacios y panonios. Habéis hecho derramar la mitad de su sangre: ellos darán gustosos en vuestro servicio la otra mitad.

— ¡Absurdo delirio! — contestó Maximiano con sardónica risa.

— Mejor quisiera rodearme de lobos que de cristianos. Tu traición me demuestra con harta evidencia lo que de vosotros puedo esperar.

— Y ¿qué obstáculo habría podido impedirme, á ser traidor, obrar como tal? ¿No tuve siempre libre acceso á vuestra imperial persona á todas horas, de día como de noche? ¿Os hice traición? No, emperador; nadie os guardó más fidelidad. Pero tengo otro Señor más alto á quien servir; otro que nos juzgará á entrambos, y cuyas leyes debo obedecer primero que las vuestras.

— Y ¿por qué has ocultado hasta ahora tu religión como un cobarde? Sin duda para evitar el duro suplicio que mereciste.

— No, señor; yo no he sido ni cobarde ni traidor. Nadie lo sabe mejor que vos. Mientras pude ser útil á mis hermanos, me resigné á vivir en medio de su exterminio, que me llenaba de angustia y de aflicción; pero he perdido al fin toda esperanza, y agradezco de todo corazón á Fulvio que con su denuncia me haya sacado de la indecisión en que me hallaba respecto á si debía buscar la muerte ó resignarme á vivir.

— Pues yo te ahorraré este trabajo. Morirás, pero de muerte lenta, penosa, tan atroz como la mereces. Mas esto (añadió en voz baja como si hablara consigo mismo) no debe traslucirse fuera de aquí; es preciso evitar toda publicidad para que la traición no se propague. ¡Hola! Cuadrado, arresta á tu tribuno. ¿Oyes, imbécil? ¿Por qué no te mueves?

— Porque yo también soy cristiano.

Ante tan inesperada respuesta llegó á su colmo la ira y el despecho del Emperador, que desatándose en rabiosas imprecaciones acabó por mandar la inmediata ejecución de Cuadrado.

En cuanto á Sebastián, debía procederse con él de otra suerte.

—¡Llamadme á Hyphax!—dijo rugiendo el tirano.

Pocos minutos después compareció un numida, alto y medio desnudo, ostentando el distintivo de capitán de los arqueros africanos, que era un arco de desmedida longitud, un carcaj de vivos colores y lleno de flechas, y una espada ancha y corta. Llegado en presencia del Emperador, mantúvose rígido é inmóvil, semejante á una estatua de bronce con ojos lucientes, de vivo esmalte.

—Hyphax,—dijo Maximiano,—tengo que hacerte un encargo para mañana, y es preciso que lo ejecutes bien.

—Mandad, señor,—contestó el jefe negro con feroz sonrisa que dejó ver una doble hilera de blanquísimos dientes.

—¿Ves al tribuno Sebastián?

El negro inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Pues bien; acabo de descubrir que es cristiano.

Si allá en su país natal Hyphax hubiese puesto incautamente el pié sobre un áspid ó un nido de escorpiones, no hubiera experimentado tanto horror como ahora al hallarse tan cerca de un cristiano, uno de esos monstruos que adoraban las más nefandas abominaciones que se entregaban á los peores libertinajes y cometían las más horrendas atrocidades.

El Emperador prosiguió en los términos siguientes, mientras Hyphax acompañaba cada una de sus frases con un movimiento de cabeza afirmativo y con una contorsión satánica que á él se le antojaría una sonrisa:

—Conducirás á tu cuartel á Sebastián, y por la mañana temprano, nó esta noche, porque á tales horas sé que todos estais borrachos, sino mañana temprano, que tendréis el pulso firme, le ataréis á un árbol en el bosquecillo de Adónis y le asaetearéis poco á poco hasta que muera. Poco á poco, ¿lo entiendes? Nada de esos certeros disparos que van directamente al corazón y al cerebro; sino flechazos y más flechazos hasta que espire transido de dolor y sin una gota de sangre... ¿Lo entendiste bien? Pues llévatelo de aquí, y mucho sigilo, porque si no!...

XXIII

Negociaciones

A despecho de las órdenes de Maximiano, pronto se difundió no sólo en palacio, sino fuera de él, la noticia de que Sebastián era cristiano y como tal debía morir asaeteado á la mañana siguiente. Pero en nadie produjo esta doble noticia tan profunda impresión como en Fabiola.

—¡Sebastián cristiano!—decía para sí:—¿el más noble, el más virtuoso, el más discreto de los patricios romanos, pertenecer á esa abominable secta? ¡Imposible! Y sin embargo el hecho parece cierto. ¿Me engañaría, pues? ¿Obraría como un vil impostor que afectaba virtud, no siendo más que un libertino? ¡Imposible también! No, no puedo creerlo; tengo de su lealtad argumentos demasiado claros. ¿Cómo, por tanto, puede ser cristiano? A la menor indicación de su parte ¿no hubiera él obtenido mi mano y mi fortuna? ¡Oh! ¡no! Tanta delicadeza, tanta generosidad de corazón, bondad, talento y valor, nó pueden ser simple oropel, sino oro, oro finísimo y de subidos quilates... Mas ¿cómo explicarme el fenómeno de que un cristiano pueda ser el tipo de lo bueno, lo virtuoso y amable?

En vano revolvía en su imaginación este inexplicable enigma, pues como consideraba la cuestión á través de un prisma engañador, ó sea bajo el aspecto pagano, no podía ocurrírsele ni remotamente la sencilla explicación de que Sebastián poseía tan bellas prendas precisamente porque era cristiano.

Al fin principió á reflexionar si tal vez tendría razón el anciano Cromacio, y si el cristianismo no sería lo que ella imaginara sin pararse, como debiera, á examinarlo minuciosamente.

—Estoy segurísima—proseguía diciéndose—que Sebastián jamás cometió ninguno de esos horribles crímenes que á los cristianos se imputan. Y, sin embargo, ¿cómo es que todo el mundo acusa á esa secta de cometerlos? ¿No podrá ser que esa religión posea tal vez una forma vulgar y grosera y otra más refinada y pura, como sucede con nuestras dos especies de epicurismo, uno soez y material que se arrastra por el cieno del sensualismo, y el otro noble, investigador y reflexivo? Siendo

En cuanto á Sebastián, debía procederse con él de otra suerte.

—¡Llamadme á Hyphax!—dijo rugiendo el tirano.

Pocos minutos después compareció un numida, alto y medio desnudo, ostentando el distintivo de capitán de los arqueros africanos, que era un arco de desmedida longitud, un carcaj de vivos colores y lleno de flechas, y una espada ancha y corta. Llegado en presencia del Emperador, mantúvose rígido é inmóvil, semejante á una estatua de bronce con ojos lucientes, de vivo esmalte.

—Hyphax,—dijo Maximiano,—tengo que hacerte un encargo para mañana, y es preciso que lo ejecutes bien.

—Mandad, señor,—contestó el jefe negro con feroz sonrisa que dejó ver una doble hilera de blanquísimos dientes.

—¿Ves al tribuno Sebastián?

El negro inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Pues bien; acabo de descubrir que es cristiano.

Si allá en su país natal Hyphax hubiese puesto incautamente el pié sobre un áspid ó un nido de escorpiones, no hubiera experimentado tanto horror como ahora al hallarse tan cerca de un cristiano, uno de esos monstruos que adoraban las más nefandas abominaciones que se entregaban á los peores libertinajes y cometían las más horrendas atrocidades.

El Emperador prosiguió en los términos siguientes, mientras Hyphax acompañaba cada una de sus frases con un movimiento de cabeza afirmativo y con una contorsión satánica que á él se le antojaría una sonrisa:

—Conducirás á tu cuartel á Sebastián, y por la mañana temprano, nó esta noche, porque á tales horas sé que todos estais borrachos, sino mañana temprano, que tendréis el pulso firme, le ataréis á un árbol en el bosquecillo de Adónis y le asaetearéis poco á poco hasta que muera. Poco á poco, ¿lo entiendes? Nada de esos certeros disparos que van directamente al corazón y al cerebro; sino flechazos y más flechazos hasta que espire transido de dolor y sin una gota de sangre... ¿Lo entendiste bien? Pues llévatelo de aquí, y mucho sigilo, porque si no!...

XXIII

Negociaciones

A despecho de las órdenes de Maximiano, pronto se difundió no sólo en palacio, sino fuera de él, la noticia de que Sebastián era cristiano y como tal debía morir asaeteado á la mañana siguiente. Pero en nadie produjo esta doble noticia tan profunda impresión como en Fabiola.

—¡Sebastián cristiano!—decía para sí,—¿el más noble, el más virtuoso, el más discreto de los patricios romanos, pertenecer á esa abominable secta? ¡Imposible! Y sin embargo el hecho parece cierto. ¿Me engañaría, pues? ¿Obraría como un vil impostor que afectaba virtud, no siendo más que un libertino? ¡Imposible también! No, no puedo creerlo; tengo de su lealtad argumentos demasiado claros. ¿Cómo, por tanto, puede ser cristiano? A la menor indicación de su parte ¿no hubiera él obtenido mi mano y mi fortuna? ¡Oh! ¡no! Tanta delicadeza, tanta generosidad de corazón, bondad, talento y valor, nó pueden ser simple oropel, sino oro, oro finísimo y de subidos quilates... Mas ¿cómo explicarme el fenómeno de que un cristiano pueda ser el tipo de lo bueno, lo virtuoso y amable?

En vano revolvía en su imaginación este inexplicable enigma, pues como consideraba la cuestión á través de un prisma engañador, ó sea bajo el aspecto pagano, no podía ocurrírsele ni remotamente la sencilla explicación de que Sebastián poseía tan bellas prendas precisamente porque era cristiano.

Al fin principió á reflexionar si tal vez tendría razón el anciano Cromacio, y si el cristianismo no sería lo que ella imaginara sin pararse, como debiera, á examinarlo minuciosamente.

—Estoy segurísima—proseguía diciéndose—que Sebastián jamás cometió ninguno de esos horribles crímenes que á los cristianos se imputan. Y, sin embargo, ¿cómo es que todo el mundo acusa á esa secta de cometerlos? ¿No podrá ser que esa religión posea tal vez una forma vulgar y grosera y otra más refinada y pura, como sucede con nuestras dos especies de epicurismo, uno soez y material que se arrastra por el cieno del sensualismo, y el otro noble, investigador y reflexivo? Siendo

así, Sebastián pertenecerá á la más elevada clase del cristianismo, y abominará y despreciará las supersticiones y los vicios del vulgo de los cristianos.

Esta hipótesis no dejaba de ser halagüeña y sostenible; mas al claro entendimiento de Fabiola se le resistía creer que un soldado tan esclarecido, dotado de tan noble carácter y de tan perspicaz entendimiento, hubiese podido asociarse á tan odiada secta. Y con todo, ¡Sebastián estaba dispuesto á morir por su fe!

De Zoe y de los demás nada sabía, porque acababa de volver de la Campania con objeto de arreglar los negocios de su padre.

—¡Qué lástima—exclamaba—no haber hablado más detenidamente sobre el particular con Sebastián! ¿Por qué no procuré penetrar más en los secretos de aquel noble entendimiento? Ahora es demasiado tarde, pues mañana ¡ya no existirá!

Esta última idea le traspasaba el alma como una aguda saeta. Perdiendo á Sebastián, parecía perder la mitad de la vida que le quedaba en su solitaria orfandad: no sabía conformarse con la funesta idea de su muerte, como si á él la uniese algun secreto y misterioso lazo.

Anegado el espíritu de Fabiola en tan tristes pensamientos, que hacían más sombríos las tinieblas de la noche á medida que iban extendiéndose, interrumpióla de pronto la entrada de una esclava con una lámpara encendida. Era la negra Afra, que venía á preparar la mesa para la cena de su ama.

Mientras disponía lo necesario, preguntó la esclava:

—¿Sabéis, señora, la noticia?

—¿Cuál?

—Que mañana temprano matarán á flechazos á Sebastián. ¡Lástima! ¡tan gallardo mozo!

—¡Oh cállate, á menos que puedas darme algunos pormenores que yo ignore!

—Sí puedo, mi noble ama, y pormenores que os sorprendrán. ¿Creeréis que era, según se ha descubierto, uno de esos malvados cristianos?

—¡Silencio, Afra, y no hables de lo que no entiendes!

—Como querals, señora. Supongo, sin embargo, que su suerte os es indiferente. En cuanto á mí, nada me importa. No será este el primer oficial á quien mis paisanos hagan morir asaeteado. Así han muerto muchos, pero también se han salvado algunos, debido sin duda á la casualidad.

Afra dijo estas palabras con tan marcada intención, que no se escapó á la perspicaz inteligencia de Fabiola. Alzó esta los ojos y lanzó una esrutadora mirada al atezado rostro de la esclava. Pero Afra siguió impassible y ocupada en su tarea como si nada hubiese dicho, hasta que al fin le preguntó Fabiola:

—¿Qué te proponías darme á entender, Afra?

—¡Oh! nada, nada. ¿Qué puede saber una pobre esclava, y sobre todo qué es lo que puede remediar?

—Afra, algo pretendiste indicarme con tus palabras, y deseo saberlo.

Dió la esclava una vuelta al rededor de la mesa y se acercó al lecho en que descansaba Fabiola. Después miró en torno suyo y la preguntó en voz baja al oído:

—¿Os interesa salvar la vida á Sebastián?

Fabiola saltó de su asiento y respondió:

—¡Seguramente!

Afra se llevó un dedo á los labios para encarecer el silencio, y dijo:

—Costará muy caro.

—¿Cuánto?

—Cien mil sextercios (1) y mi libertad.

—Acepto las condiciones. ¿Qué seguridades me ofreces?

—Nada me daréis si veinticuatro horas después de la ejecución no os presento vivo á Sebastián.

—Convenido. ¿Y tú qué seguridades exiges?

—Me basta vuestra palabra, señora.

—Anda, pues, y no pierdas un momento.

—No corre tanta prisa,—replicó tranquilamente la negra.

Poco después encaminóse á palacio con paso ligero, y entró en el cuartel de los mauritanos.

—¿Tú aquí á estas horas, Jubala?—dijo al verla el capitán Hyphax. —Esta noche no estamos de fiesta.

—Ya lo sé, Hyphax; pero tengo que comunicarte un asunto importante.

—¿De qué se trata?

—De mí, de tí y de tu prisionero.

—Mirale allí,—dijo el bárbaro señalando al patio á que daba la ventana de su habitación.—¿Quién diría, al ver su tranquilo sueño, que mañana debe morir asaeteado? No dormiría de mejor gusto si estuviera en visperas de casarse.

—Como lo haremos nosotros dos al día siguiente.

—¡Poco á poco! Es preciso antes allanar ciertas dificultades.

—¿Cuáles?

—La primera, tu libertad. Yo no puedo casarme con una esclava.

—Tal dificultad no existe ya.

—La segunda, que traigas dote, pero un dote decente, ¿estamos? porque, á decir verdad, nunca he necesitado más dinero que ahora.

(1) Unas 18,000 pesetas.

—¡Lo tendrás! ¿Cuánto necesitas?

—Lo menos 40,000 sextercios.

—Pues te daré 80,000.

—¡Magnífico! ¿De dónde has sacado tanto dinero? ¿A quién has robado ó envenenado, mi adorada sacerdotisa? ¿Sabes que es demasiado esperar hasta pasado mañana para casarnos? Vale más mañana; esta misma noche si quieres.

—¡Alto ahí! ese dinero lo he adquirido legítimamente, pero á él van unidas ciertas condiciones. Además, ya te he dicho que venía á hablarte del preso.

—Y ¿qué tiene que ver con él nuestra boda?

—Muchísimo.

—No comprendo.

—Es preciso que no muera; que esté vivo todavía veinticuatro horas después de la ejecución.

Quedóse la mirando Hyphax con una expresión mezclada de estupor y de cólera, y hubiérale estampado en el rostro un bofetón tremendo como primera caricia conyugal á no haberle contenido su aspecto tranquilo y sereno, junto con la extraña fascinación de sus ojos, á la manera que una serpiente pudiera hacer con un buitre en su país natal.

—¿Estás loca?—dijo el africano.—¡Pedirme la vida de Sebastián! Esto es como si se te arojara pedir mi cabeza. ¡Si hubieses visto la cara del Emperador cuando me dió la orden!

—¡Bah! es cuestión de que el preso pase por muerto.

—¿Y si revive?

—Ya cuidarán de ocultarle los cristianos.

—¿Has dicho que debía vivir veinticuatro horas? Esto no es tan fácil. ¡Si te hubieses comprometido sólo por doce!

—Sí, pero como sé que eres buen calculador, no me paré en eso. Que muera á las veinticinco horas; poco me importa.

—¡Es imposible, Jubala, imposible! Se trata de un personaje demasiado importante.

—Pues no hablemos más de ello, y vaya enhoramala el contrato. El dinero sólo se me entregaba con esa condición. ¡Qué lástima! ¡perder así 80,000 sextercios!

Y esto diciendo Jubala se volvió en ademán de retirarse.

—Espera, mujer, espera un momento,—dijo Hyphax á impulsos de la codicia.—¡Ochenta mil sextercios! Pero ¡si la mitad cuando menos de esta suma tengo que emplearla en sobornar á mis arqueros!

—Para ese objeto tengo en reserva otros veinte mil sextercios.

—¡Oh! ¿de veras, princesa mía, dulce hechicera mía, demonio seductor de mi alma? Mas tal cantidad sería demasiada para esos bribones. Les daremos sólo la mitad y destinaremos

la otra mitad á los gastos de nuestra boda... ¿Estás contenta?

—Contentísima, con tal que la cosa se haga.

—¡Trato cerrado! Sebastián vivirá veinticuatro horas, y después celebraremos una boda de príncipes.

Mientras tanto Sebastián, muy ajeno de las negociaciones entabladas para salvarle, dormía profundamente, como san Pedro entre sus guardias, tendido sobre las losas de piedra como descanso á las extraordinarias fatigas de la precedente jornada. Después de algunas horas de sueño despertó con las fuerzas reparadas, y observando el silencio que reinaba en torno suyo, se levantó calladamente, extendió los brazos y se puso á orar.

La oración de un Mártir no es una preparación para morir, porque su muerte no necesita preparación. El soldado que proclamándose repentinamente cristiano inclina su cabeza y mezcla su propia sangre con la del confesor á quien debía herir, ó el amigo conocido que por saludar al Mártir que se encamina al suplicio es preso y voluntariamente se asocia al sacrificio del que es objeto de su amor (1), están ya tan bien preparados para la muerte como el que pasó meses enteros en la cárcel entregado á la oración. No es un grito de perdon por sus pasadas culpas, porque el Mártir está penetrado de ese perfecto amor que aleja todo recelo, y está interiormente seguro de aquella gracia soberana que es incompatible con el pecado. Tampoco oraba Sebastián para pedir á Dios valor y fortaleza, porque no conocía el miedo ó la cobardía, y nunca se le ocurrió dudar que después de haber arrostrado con intrepidez la muerte en el campo de batalla por su príncipe en la tierra, podría también correr alegremente á su encuentro en cualquier parte por su Señor celestial. Así, pues, la oración de Sebastián era sólo un himno de gloria al Rey de los reyes, un alegre cántico de amor á Dios, una incesante adoración unida á la que el Supremo Hacedor tributan los ardientes Serafines.

Si alzando los ojos al transparente firmamento veía brillar en él las estrellas cual centinelas vigilantes, invitábalas á alternar con él, como consigna, las alabanzas al Señor. En el vecino bosque de Adonis susurraba el viento por entre los deshojados árboles, y esta era la única armonía que desde la tierra se elevaba al cielo en aquellas nocturnas horas de invierno.

Ya el gallo había repetido su canto matutino: á este pensamiento saltó de júbilo en su pecho el corazón de Sebastián, y esperó con ansia el momento de ofrecerse como blanco á las veloces flechas disparadas certeramente contra sus carnes, silbando como serpientes y ávidas de su sangre. Era un generoso

(1) I llamado desde entonces san Adauto, es decir Adjunto, porque los cristianos no sabían su nombre. Celebrase su fiesta el día 30 de Agosto.

holocausto de sí mismo á la muerte por el honor del santo nombre de Dios, para aplacar su justa cólera y para que concediera á su afligida Iglesia paz y prosperidad.

Luego sus pensamientos remontábanse á mayor altura, desde la Iglesia militante á la triunfante, y contemplaba aquella esfera sublime, como águila que desde altísima cumbre clava sus ojos en el sol. Arrolladas las nubes desaparecieron; rasgóse el azul y bordado velo de la mañana como en otro tiempo el del Tabernáculo de Jerusalén, y Sebastián pudo sondear con su mirada las profundidades de las divinas revelaciones, y penetrando más allá de las jerarquías de los Santos y de las legiones angélicas, contemplaba la más recóndita é intensa visión de gloria que ya se había manifestado al primero de los Mártires, el diácono Estéban. Suspendió entonces su himno: las armonías que de allí descendían hasta él eran demasiado suaves y perfectas para permitir las disonantes voces humanas; llegaban hasta él sin esperar retorno, pues le inundaban el corazón con una beatífica anticipación del paraíso. ¿Y qué podía él dar en cambio? Era como una fuente viva, pura, fresquísima, que vertiendo raudales, no de agua, sino de fulgurante luz de los pies del Cordero, caía en el fondo de su corazón, que no podía hacer más que aspirar y recibir la celeste dádiva. Y en medio de las esplendorosas ondulaciones de esa luminosa corriente podía discernir, ya uno, ya otro de los felices amigos que le precedieran en el camino del cielo, cual si estuviesen refrigerándose en aquellas aguas de vida inmortal.

Su rostro brillaba cual reverbero de aquellos divinos esplendores en que se veía anegada su alma: y cuando puesto en pié, con los brazos extendidos en cruz, fijas sus miradas en el cielo y vuelta la faz al Oriente, le hirieron los primeros rayos de la nueva aurora, estaba tan transfigurado, tan divino, que al abrir Hyphax la puerta y al verle sintióse como sobrecogido de un religioso terror y aún estuvo á punto de ir á postrarse á sus pies y adorarle como á un dios.

Sebastián volvió, al fin, de su arrobamiento: é Hyphax, en cuyos oídos sonaba sin cesar el tintin de los sextercios, sólo pensó en poner en ejecución los medios para ganarles. De su compañía, compuesta de cien hombres, escogió cinco tiradores tan diestros que eran capaces de hacer blanco en una flecha disparada y partirla por medio con otra flecha más veloz: los reunió en su habitación, especificóles lo que debían hacer y la recompensa que recibirían, recomendóles en gran manera que guardasen el secreto, y dispuso lo concerniente á la ejecución. En cuanto al cadáver, los cristianos habían ofrecido ya por él secretamente á Hyphax otra suma considerable, y dos esclavos debían aguardar afuera para llevárselo.

Condujeron á Sebastián al vecino parque del palacio, que estaba separado de la habitación que antes ocupara por el cuartel de estos arqueros africanos: lo cubrían varias calles de árboles, y estaba consagrado á Adónis. Caminaba alegre en medio de sus cinco verdugos y seguido de todos los demás arqueros, á los cuales sólo se les permitió asistir en calidad de meros espectadores, como si se tratase de un ejercicio de extraordinaria destreza. Ya en el sitio designado, despojósele de sus vestidos y atósele á un árbol: los cinco flecheros escogidos se colocaron en frente de él, y toda la demás tropa se agrupó al rededor.

¡Desolador teatro para la muerte de un héroe como Sebastián! No tenía cerca ni un amigo, ni una simpatía, ni un solo cristiano, testigo de su constancia, que llevase á los fieles su postrer adiós y les refiriese las particularidades de su muerte. Pisar la noble arena del Anfiteatro atestado de espectadores, verse rodeado de cien mil testigos de la fortaleza cristiana, encontrar miradas que animan y oír las bendiciones pronunciadas en voz baja por personas queridas, era hasta cierto punto consolador, sublime; era la débil ayuda de las emociones humanas, añadida á la eficacia sobrenatural de la gracia. Hasta la vociferación de una plebe que se desataba en insultos contribuía á redoblar el valor natural. Pero esta muda y silenciosa escena, ejecutada al amanecer, dentro del parque de un palacio; ser atado á un árbol con la mayor indiferencia, como un muñeco relleno de paja, para servir de blanco á unos pocos flecheros; hallarse solo en medio de una horda de negros salvajes de hórrido aspecto que hablaban una lengua bárbara é ininteligible, sin otro estrépito que el volador silbido de las flechas alternado con las groseras burlas de aquella turba vil; todo esto se asemejaba más á un acto de crueldad perpetrado por una gavilla de bandidos á la sombra de un bosque que á la confesión pública y gloriosa del nombre de Cristo: tenía más apariencias de asesinato que de martirio.

Sebastián, sin embargo, en nada de esto pensaba, sabiendo que tenía por testigo á los Angeles del cielo y que la mirada de Aquel por quien iba á morir derramaba sobre él mucho más resplandor que el flameante disco del sol, que asomaba ya por el horizonte bañándole de luz.

Extendió el primer africano la cuerda de su arco hasta tocar con ella la oreja, crujó la flecha y fué á clavarse retumbando en las carnes de Sebastián. Siguiéron los otros cuatro, disparando por turno é hiriendo á la víctima, pero con tal habilidad y acierto que las flechas iban á clavarse cerca de los órganos vitales del cuerpo sin tocarlos, según ordenara el Emperador. A cada flechazo aplaudían los circunstantes con algazara, con risotadas de salvaje alegría y repugnantes chistes, sin demos-

trar el menor sentimiento de piedad ó de respeto al ilustre Mártir. Para ellos era tal espectáculo un juego, un alegre pasatiempo; bien al revés para Sebastián, que sufría la punzada cruel de los saetazos, el escozor de las heridas, la opresión de los nudosos cordeles, la forzada postura en que le colocaran, el agotamiento de la vida por la pérdida de la sangre. Sobrepujaban empero á la congoja de los dolores su fuerza de ánimo, su firmeza de corazón, su constancia en la fe, su inalterable paciencia, su anhelo de padecer por el nombre de Cristo, el fervor de su oración, su inmediata esperanza de entrar en posesión de la celeste gloria, en la que tenía fija su extática mirada.

Pero ¡ah! si era cruel su suplicio, más lo fué el ver dilatarse la hora de su completo triunfo. Las áureas puertas del cielo no se abrían aún: el Mártir de intención estaba ciertamente reservado á mayor grado de gloria en la tierra, pues en vez de pasar súbitamente de la muerte á la vida eterna, vino á caer sin sentido en el regazo de los Angeles. Sus verdugos, viendo que habían cumplido cuanto se les previniera, desataron las cuerdas que le sujetaban, y Sebastián cayó exánime y al parecer sin vida sobre el lecho de su propia sangre.

XXIV

El redivivo

Era ya muy entrada la noche cuando la esclava negra, después de arreglar á su satisfacción las negociaciones de su matrimonio, volvía á casa de su señora. Hacía mucho frío; así es que la africana iba bien tapada y caminaba presurosa y sin ganas de que alguien la detuviera. Pero, aunque fría, la noche era bella y clara, y los rayos de la luna plateaban las aguas de la *Meta sudans*. Afra se detuvo delante de ella, y después de un momento de silencio soltó una carcajada, como si aquella hermosa fuente le recordase algún ridículo suceso. Volviese para continuar su camino cuando sintió que la cogían bruscamente por el brazo.

—A no oírte reír,—dijo con áspero acento el que la sujetaba,—no te habría conocido; pero no es posible equivocarse entre

mil tu risa de hiena. Oye cómo responden á ella rugiendo las fieras tus hermanas desde el Anfiteatro. ¿Me dirás de qué te reías?

—¡De vos!

—¿Cómo de mí?

—Sí, Corvino. Pensaba en la última vez que nos encontramos en este mismo sitio, y en lo neciamente que en tal entrevista os condujisteis.

—Muy bien, Afra: siempre es de agradecer que te acuerdes de mí, precisamente cuando no eras tú en quien pensaba yo ahora, sino en tus paisanas que rugen en esas cuevas.

—¡Bah! cesad en vuestras impertinencias y llamad á las personas por su nombre. Sabed que ya no soy Afra la esclava, ó á lo menos dejaré de serlo dentro de pocas horas. Me llamo Jubala y voy á ser la esposa de Hyphax, el capitán de los arqueros mauritanos.

—Respetabilísima persona que tiene el único defecto de hablar una jergonza que sólo él entiende. Pero estas pocas horas que dices te quedan de esclava bastarán para el negocio de que te quiero hablar. ¿Decías que la última vez que nos vimos me mostré necio y ridículo? Esto no es exacto: tú fuiste quien me ridiculizó y me engañó como á un necio. ¿Qué se hicieron tus bellas promesas que yo te pagué en dinero contante y sonante? Mis monedas eran de buena ley, pero tus promesas han sido como el polvo que el viento arrebata.

—¡Bravísimo! mas dice un proverbio de mi tierra: «vale más el polvo que cubre el vestido de un pobre, que el oro de que está llena la bolsa de un rico». Pero, vengamos á nuestro asunto. ¿De veras creísteis en el poder de mis hechizos y de mis filtros?

—¿Que si lo creía? Sí, por cierto. ¿Acaso dirás que eran patrañas é imposturas?

—Todos no, pues ya veis que nos hemos desembarazado de Fabio y tenemos á la hija en posesión absoluta de sus bienes. Era este un paso preliminar indispensable.

—¿Cómo! Según eso, ¿fué obra de tus hechizos el fallecimiento del padre?—preguntó Corvino estupefacto y apartándose de la africana recelosamente.

Esta, que no esperaba que produjesen tanto efecto sus palabras, se propuso sacar de ellas el mejor partido.

—Claro que sí,—contestó.—¿Qué cosa más fácil que deshacerlos de quien nos estorbe?

—Buenas noches, Afra,—dijo Corvino disponiéndose á dejar á la negra.

—Aguardad un momento, Corvino,—dijo ella sonriendo y con tono propicio.—Recuerdo que aquella noche os dí dos consejos que bien valían todo vuestro dinero: uno habéis dejado de seguirlo, y habéis obrado contrariamente al otro.

— ¡Cómo!

— Os aconsejé, no que corrierais á caza de los cristianos, sino que con astucia los hicieseis caer en vuestras redes. Así ha procedido Fulvio, y le ha valido algo. Vos haciendo lo contrario ¿qué habéis ganado?

— Nada más que rabia, humillación y palos.

— Pues ya veis que mi primer consejo era bueno: vengamos ahora al segundo.

— ¿Cuál era?

— Que después de enriqueceros con los despojos de los cristianos fueseis á ofrecer á Fabiola vuestra mano y vuestras riquezas. Es verdad que hasta ahora rechazó desdeñosamente á cuantos aspiraban á ser sus esposos; mas he observado que ninguno de ellos era rico, sino todos gente viciosa y disipadora que la solicitaba para remediar su ruina. Y... creedme, Corvino, el que anhele obtener el premio debe partir del principio de que dos y dos hacen cuatro. ¿Entendeis?

— Demasiado. Pero ¿á dónde iré á pescar esos dos que me faltan para hacer cuatro?

— Escuchadme, Corvino, y procurad comprenderme bien, porque esta será tal vez nuestra última entrevista. Yo quisiera veros rico y feliz porque os tengo simpatía; sí, me sois simpático porque os creo capaz de odiar de todas veras, sin escrúpulo, sin tregua ni piedad.

Atrájole Afra hacia sí, y siguió diciéndole en voz baja:

— He sabido por Eurotas, á quien sonesaco todos sus secretos cuando se me antoja, que Fulvio ha puesto los ojos en algunas preseas cristianas de gran valor, y en particular anda tras de una que... Venid acá, á la sombra, y os explicaré lo que debéis hacer para tomarle la delantera y apoderaros del precioso tesoro. Dejad para Fulvio la estéril satisfacción del asesinato que medita: vos procurad interponeros entre él y los despojos de la víctima.

Bajando más la voz, pero expresándose con viveza, ardiente la mirada y el rostro animadísimo, siguió la negra dando á Corvino instrucciones que él juzgaría muy acertadas para el logro de sus deseos, pues apenas concluyó Afra de hablar, exclamó arrebatado de gozo:

— ¡Bravo! ¡magnífico! ¡tienes un pico...!

— ¡Silencio!— dijo Afra tirándole del brazo y señalando el edificio que tenían en frente.

¡Qué cambio tan grande se había verificado allí en tan pocos días! La última vez que estos dos miserables se habían encontrado en aquel sitio para tramar la ruina de otros, ocupaban la ventana que tenían cerca dos jóvenes virtuosos que, como dos genios bienhechores, prestaban oído atento para enterarse de

sus perversos designios y frustrarlos. Ambos jóvenes han desaparecido ya: el uno reposa en el sepulcro; el otro duerme tranquilamente en la vispera de su suplicio. La ventana en la que conversaban algunas noches antes estaba ahora ocupada por otras dos personas muy distintas.

— Aquel que se asoma allí es Fulvio,— dijo Corvino.

— Y el otro es Eurotas, su genio maléfico,— añadió Afra.

Uno y otra se retiraron á la parte más oscura para observar y escuchar atentamente.

Fulvio se retiró de la ventana y volvió luego á aparecer trayendo en la mano una espada, cuya empuñadura examinó con ahínco á la claridad de la luna. En seguida la arrojó lejos de sí y exclamó tras de un furioso voto:

— ¡No es más que bronce!

Eurotas vino tras él trayendo un cinturón de oficial que parecía muy rico, y después de examinarlo escrupulosamente, exclamó con rabia:

— ¡Todo piedras falsas! ¡Te has lucido, Fulvio! ¡has hecho un magnífico negocio!

— Bueno será— replicó Fulvio— que á mi mala estrella tenga que añadir vuestras insultantes reconvencciones. Este miserable botín es el precio de la vida de un oficial predilecto del Emperador.

— Que seguramente ni aún te lo agradecerá.

Y Eurotas tenía razón.

Volvamos ahora á nuestro Sebastián.

A la mañana siguiente, muy temprano, los esclavos recibieron de los arqueros el cuerpo del Mártir, y mientras caminaban indiferentes con la preciosa carga, quedaron sorprendidos al oír á una negra que acercándoseles dijo misteriosamente en voz baja:

— Aún está vivo.

Los esclavos, siguiendo las indicaciones de una persona que acompañaba la conducción del cuerpo de Sebastián, en vez de llevarlo al cementerio, subieronlo á las habitaciones de Irene, lo cual pudieron efectuar fácilmente por lo temprano que era y por haberse trasladado el Emperador la noche antes á su favorita residencia del Laterano. Fué llamado al instante el presbítero Dionisio, que era también médico; el cual, después de examinar una por una las heridas, declaró que eran todas curables por no haber interesado las flechas ninguno de los órganos vitales; pero que á causa de la enorme pérdida de sangre transcurrirían forzosamente muchos días antes que Sebastián pudiera tenerse en pié.

Durante las primeras veinte y cuatro horas, Afra no cesó de informarse del estado del tribuno; y así que espiró el término pactado, condujo á Fabiola al departamento de Irene para que se cerciorase por sí misma de que aún respiraba Sebastián. Cum-

pliendo su palabra, Fabiola manumitió á su esclava y entrególe los cien mil sextercios, y poco después el Palatino y el Foro resonaron con la escandalosa zambra de cantos, danzas y orgías que acompañaron las nupcias de Afra con Hiphax.

Mostraba Fabiola tan tierno interés por la salud de Sebastián, que Irene supuso que era también cristiana. Al principio limitábase á informarse á la puerta, haciendo pasar á manos de la huésped de Sebastián una respetable suma para atender á los gastos de su curación; pero á los dos días, cuando el tribuno comenzó á mejorar, la instaron cortésmente á que entrase, y por la primera vez en su vida se halló á sabiendas en el seno de una familia cristiana.

Irene fué la esposa de Cástulo, uno de los neófitos convertidos con Cromacio. Hacia poco tiempo que su marido había muerto por la fe; mas Irene continuaba desapercibida é ignorada en el mismo departamento señalado á su familia en el palacio imperial. Vivían con ella dos hijas, cuya diferencia de conducta no pudo menos de notar Fabiola así que principió á tener con ellas alguna intimidad. Una de las dos hermanas parecía mirar á Sebastián como un intruso, y nunca ó rara vez se acercaba á verle; trataba á su madre con despego y altanería; era, en fin, mundana, egoísta, ligera y entrometida. La otra, de menos edad, distinguíase al contrario por su mansedumbre, docilidad, amabilidad y atenciones con los demás; cariñosa y sumisa con su madre; buena y cuidadosa con el pobre enfermo. En cuanto á Irene, era el tipo de la matrona cristiana de la clase media. Fabiola no descubrió en ella elevado entendimiento, ni grande instrucción, ni refinada cultura; pero en cambio la veía siempre serena, activa, sensible, recatada, sincera, dotada de un corazón tierno y generoso, amable y paciente en sumo grado. Nunca la pagana Fabiola había conocido una familia que á esta se asemejase, tan sencilla, tan buena, tan bien ordenada; cuya paz y armonía nada podía turbar si no era el carácter de la hermana mayor.

A los pocos días supieron que la dama que diariamente las visitaba no profesaba el cristianismo; mas no por eso alteraron en manera alguna el modo afable de recibirla. Fabiola por su parte hizo otro descubrimiento que no dejó de mortificarla: la mayor de las hermanas era todavía pagana. Pero los pensamientos de Fabiola se concentraban principalmente en Sebastián, cuya convalecencia progresaba con gran lentitud. Formaba planes con Irene para trasladarle á su quinta de Campania, donde contaba que se le ofrecerían sobradas ocasiones de conferenciar con él sobre materias de religión.

Un obstáculo insuperable vino á desbaratar tal proyecto.

No intentaremos hacer penetrar al lector en los sentimientos

de Sebastián al hallarse restituido á la vida. Suspirar tanto tiempo por el martirio, haberlo sostenido hasta caer casi muerto y perder de vista este mundo, haber casi tocado con el dedo la puerta del cielo, y encontrarse ahora de nuevo en este destierro como peregrino expuesto siempre á perderse, todo esto era seguramente para él una prueba mucho más dolorosa que el martirio mismo. Era su estado comparable al de uno que en medio de una noche tormentosa intentara atravesar un embravecido río ó un brazo de mar proceloso, y después de luchar largas horas y de verse expuesto de continuo á ser arrastrado por la corriente ó tragado por las olas, se encontrase á la mañana siguiente en la misma orilla de donde había partido: era parecerse á san Pablo, devuelto al mundo para luchar con Satanás después de haber oído en el tercer cielo misteriosas palabras que únicamente la Suprema Inteligencia puede proferir. No obstante, ni la más leve queja se escapó de los labios de Sebastián. Adoró sumiso la voluntad del Señor, esperando que su soberano designio no sería otro que proporcionarle el mérito de un doble martirio. Y tan vehemente era su anhelo por alcanzar esta segunda corona, que rechazó con firmeza cuantas proposiciones le hicieron, especialmente Fabiola, para que huyera ó se ocultase.

—Tengo ganado—decía lleno de generoso entusiasmo—uno al menos de los privilegios de los Mártires: el de hablar intrépidamente á sus perseguidores. Y resuelto á emplearlo el primer día que pueda regirme por mis piés, espero de vuestra caridad que me pongáis pronto en medida de que llegue para mí tan suspirado día.

XXV

La segunda corona

El famoso complot revelado á Corvino por la esclava negra era el mismo á que aludía la conversación entre Fulvio y su tutor. Convencido por las inocentes revelaciones de la ciegucecita de que Inés era cristiana, Fulvio creyó tener ya dos cuerdas para su arco; pues, ó la obligaría por medio de intimidaciones á casarse con él, ó en caso contrario la delataría, obteniendo así gran parte de las riquezas que le fuesen confiscadas: es decir

que contaba con dos medios para apoderarse de su fortuna. Excitábale Eurotas á optar por la segunda alternativa, mientras su pasión movíale en favor de la primera. Desesperanzado de conseguir otra entrevista con la joven patricia, le escribió una respetuosa, pero apremiante carta, pintándole su desinteresado amor é instándole á que le correspondiese, y en la cual sólo al fin dejó deslizar vagamente la insinuación de que se vería compelido á tomar otras medidas en el caso de ser desoída su humilde súplica. A esta carta contestó Inés con otra muy atenta, pero que desvanecía con dignidad y firmeza el más leve destello de esperanza, pues encerraba la más formal y terminante negativa, manifestándole además sin rebozo que, desposada ya con el Cordero immaculado, no podía admitir protestas amorosas de un hombre mortal. Con esta repulsa el corazón de Fulvio quedó cerrado á todo sentimiento de piedad, aunque sin renunciar por esto á proceder con toda prudencia.

Entre tanto, convencida Fabiola de lo resuelto que estaba Sebastián á no huir ni ocultarse, concibió la atrevida y romántica idea de salvarle á pesar suyo, arrancando su perdón al Emperador. La joven patricia no conocía aún los abismos de perversidad que en el corazón humano existen á veces, como tampoco sabía de cuán dura condición era aquel monstruo de Maximiano, impenetrable á todo sentimiento de piedad y gentileza; y haciase la ilusión de que si bien al pronto se enfurecería, á poco que reflexionase no condenaría á muerte por dos veces á un hombre. Pidióle, pues, por escrito una audiencia, y conocedora de la avaricia imperial acompañaba la solicitud con una sortija que engastaba piedras preciosas de rara belleza é inmenso valor, como ligero testimonio, le decía, de la leal adhesión que le profesaron siempre tanto ella como su difunto padre. El presente fué aceptado; pero no obtuvo otra contestación sino que el día 20 de aquel mes acudiese al Palatino con su memorial y entre la turba de los otros suplicantes aguardase en la escalera principal la salida del Emperador, á la hora en que éste iría al templo para ofrecer sacrificio á los dioses. Aunque de tal respuesta poco podía prometerse, Fabiola resolvió arrostrarlo todo para salvar á Sebastián.

Llegó al fin el día designado, y vestida de negro por su doble condición de huérfana y de suplicante, fué á tomar sitio en una larga fila de personas más desventuradas que ella: madres, hijos, hermanas que venían á presentar con mano trémula súplicas en favor de seres queridos que gemían en las prisiones ó en las minas. A la vista de tantos desventurados, sobrado numerosos para que todos obtuviesen gracia, Fabiola sintió desfallecer la escasa esperanza que todavía le quedaba, y extinguióse el último resto de ella cuando vió bajar al Emperador,

deteniéndose en cada escalón para arrebatarse un memorial de manos temblorosas, pasar por él desdeñosamente la vista, rasgarlo ó arrojarlo al suelo, y sólo por caso raro alargar alguno á su secretario, personaje poco menos brutal que él.

Iba á llegar su turno á Fabiola, pues el Emperador estaba á dos gradas de ella; y aunque viese lucir en uno de sus dedos los brillantes de la sortija que le envió, latíale violentamente el corazón, no por temor al tirano, sino por la suerte de Sebastián. ¡Cuánto no hubiera orado entonces si supiera cómo y á quién! Maximiano alargaba la mano para tomar un memorial, cuando de repente volvió la cara al oír una voz que, en tono resuelto y sin tratamiento alguno, le llamaba por su nombre. Fabiola levantó también los ojos, sobresaltada al inesperado eco de aquella voz que le era bien conocida.

En frente, en lo alto del muro de mármol, distinguió una ventana, practicada para dar luz á un corredor secreto que conducía á las habitaciones de Irene. Gniada por la voz, alzó los ojos en aquella dirección y divisó en el antepecho de la ventana la figura de Sebastián, que demacrado y descolorido, aunque sereno y grave, estaba allí de pié dejando entrever su pecho y brazos lacerados por entre la túnica que le envolvía. Al oír el bien conocido toque de las trompetas que anunciaba la proximidad del Emperador, dejó el lecho y arrastróse hasta allí para saludarle.

—¡Maximiano!—exclamó con voz apagada, pero firme y perceptible.

—¿Quién eres tú, que así te atreves á llamar á tu emperador?—preguntó el tirano, volviéndose en ademán colérico.

—Un hombre que viene casi del reino de la muerte para advertirte que se acerca rápidamente el día de la ira y de la venganza. Has regado el suelo de Roma con la sangre de los Santos, y arrojado sus sagrados cuerpos á los ríos y á los mullares. Has profanado los templos y los altares del verdadero Dios y arrebatado la herencia de sus pobres. Por estos y otros crímenes tuyos, por tu disolución, tus injusticias y tiranías, tu avaricia y soberbia, Dios te ha juzgado y en breve descargará su cólera sobre tu cabeza. Morirás con la muerte de los libertinos; el Señor dará á la Iglesia un emperador según su propio corazón, y tu memoria será execrada en el mundo entero hasta la consumación de los siglos. Arrepiéntete, ¡oh impío, mientras es tiempo, é implora el perdón de Dios en nombre del Crucificado, á quien hasta ahora perseguiste!

Reinó un profundo silencio durante aquel discurso. El Emperador parecía sobrecogido de un espanto que paralizaba todos sus miembros; pues había reconocido á Sebastián y se figuraba estar en presencia de un muerto. Mas, volviendo pronto en

sí, y dominado nuevamente por la ira, gritó á sus guardias:

—¡Hola! Traedme al instante á ese... (evitaba pronunciar su nombre). ¡Hyphax! ¿Dónde está Hyphax? ¡Si acabo de verle!

El moro, en cuanto hubo reconocido á Sebastián, alejóse á toda prisa á su cuartel.

El Emperador, volviéndose á Corvino, que estaba junto á su padre, gritóle:

—Oye tú, bestia, ó como te llames: vuela al cuartel de los numidas y dile á Hyphax que venga al instante.

Obedeció Corvino temblando de miedo.

Ya Hyphax había enterado á los suyos de lo ocurrido, y con ellos se puso en actitud defensiva. Una sola puerta permitía la entrada en la extremidad del patio, y al presentarse el hijo del prefecto no se atrevió á pasar del umbral. Dos alas de cincuenta hombres cada una estaban formadas á uno y otro lado, con Hyphax y Jubala en el fondo. Silenciosos é inmóviles, desnudos sus negros brazos y pechos, tenían los arcos tendidos y las flechas apuntadas á la entrada; semejando una doble hilera de estatuas de basalto que condujese á un templo egipcio.

—Hyphax,—dijo Corvino con voz trémula,—el Emperador me envía á buscarte.

—Pues dí á Su Majestad respetuosamente de mi parte,—replicó el africano,—que todos mis arqueros han jurado no permitir entrar ni salir á nadie por el umbral de esa puerta hasta que el Emperador nos envíe una prenda segura de su perdón, cualquiera que sea la falta que hayamos cometido.

Apresuróse Corvino á transmitir esa noticia al Emperador, que la recibió con una carcajada. No le convenía enemistarse con aquellos hombres, porque en cualquier batalla ó insurrección eran las mejores lanzas para deshacerse de sus caudillos.

—¡Astutos bellacos!—exclamó.

Y entregando luego á Corvino la espléndida sortija de Fabiola, le dijo:

—Toma, y lleva eso á la mujer de Hyphax.

Corrió otra vez Corvino al cuartel de los numidas, y despachó su benévola embajada arrojando al patio la sortija. Al momento se bajaron todos los arcos y se aflojaron las cuerdas. Jubala se abalanzó llena de gozo á la sortija y la recogió; pero su marido, derribándola al suelo de un tremendo puñetazo en medio del aplauso general, le arrebató la joya de las manos. La pobre negra se levantó como pudo, comprendiendo que no había hecho otra cosa que cambiar su primera esclavitud con otra peor.

Al presentarse Hyphax al Emperador se excusó diciéndole:

—Si nos hubiéseis permitido atravesarle el corazón con una flecha, todo estaría concluido; pero nos lo prohibísteis, y por lo tanto la responsabilidad no puede ser nuestra.

—De todos modos,—dijo Maximiano,—esta vez quiero presenciara la operación para asegurarme de que está bien ejecutada. Que vengan dos de los tuyos con sus mazas.

Al punto se adelantaron hacia el Emperador dos verdugos de su comitiva. Sebastián, sereno é intrépido, permanecía en su puesto, apoyado en la pared para sostenerse en pié.

—¡Ea!—gritó el Emperador,—no mancheis con sangre estas gradas, sino arracadle la vida de un porrazo á la cabeza.

Volviéndose en seguida á Fabiola le alargó la mano y le dijo:

—¿Cuál es ahora tu petición, hermosa patricia?

Horrorizada la dama y próxima á desmayarse ante aquella atroz escena, replicó:

—Señor, temo que sea ya demasiado tarde.

—¡Cómo demasiado tarde!—exclamó el Emperador pasando la vista por el pergamino que le entregaba Fabiola.

Un relámpago cruzó entonces por los ojos de Maximiano, que exclamó furioso:

—Con que ¡sabías que Sebastian estaba vivo! ¿Eres también cristiana?

—No... señor,—respondió ella, quedándole casi atascada su negativa en la garganta.

¿Qué otra cosa podía responder, ni cómo preferir la muerte á ese no, con el cual, sin embargo, decia la verdad? ¡Ah Fabiola, tu día no puede tardar en llegar!

—Tú misma acabas de decirlo,—continuó el Emperador devolviéndole el memorial.—es ya demasiado tarde. Mira allá... Ese porrazo será para tu recomendado el golpe de gracia (1).

—Señor,—dijo respetuosamente Fabiola,—me siento desfallecer. Permitidme que me retire.

—Como gustes. Mas recibe primero las gracias por la preciosa sortija que me enviaste y que acabo de regalar á la mujer de Hyphax, tu antigua esclava. En aquella mano de ébano brillará más que en la mía. Anda en paz.

Y envióle un beso acompañado de una repugnante sonrisa, como si no estuviese allí el cadáver de un Mártir atestiguando su barbarie. No se equivocó el infame tirano: un golpe de maza envió á Sebastian, libre ya de toda persecución, á donde tanto ansiaba volar, adornado con doble palma y doble corona.

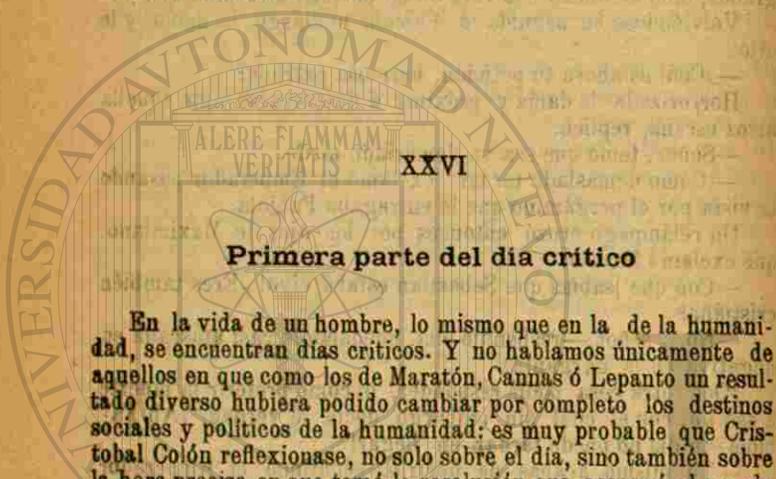
Viendo ya consumada su obra, prohibió el Emperador que fuese arrojado al Tiber el cuerpo de Sebastián.

—Atadle á los pies un peso enorme,—dijo,—y echadlo á la

(1) El *ictus graciosus* era el golpe que ponía término á los padecimientos del ajusticiado.

cloaca Máxima para que allí se pudra y sea pasto de los animales inmundos.

Cumplióse esta orden: pero las *Actas de los Mártires* nos refieren que aquella misma noche se apareció el Santo á la piadosa matrona Lucina y le reveló dónde encontraría sus restos sagrados; los cuales, encontrados efectivamente, fueron enterrados con honor en el lugar donde ahora se ostenta la basílica de su advocación.



Primera parte del día crítico

En la vida de un hombre, lo mismo que en la de la humanidad, se encuentran días críticos. Y no hablamos únicamente de aquellos en que como los de Maratón, Cannas ó Lepanto un resultado diverso hubiera podido cambiar por completo los destinos sociales y políticos de la humanidad; es muy probable que Cristóbal Colón reflexionase, no solo sobre el día, sino también sobre la hora precisa en que tomó la resolución que aseguró al mundo los beneficios de su descubrimiento y á sí propió la gloria de ser uno de los primeros entre los hombres más ilustres. Además, cada uno de nosotros, por pequeño é insignificante que sea, ha tenido su día crítico, el que decidió de su suerte por el resto de su vida; su día providencial, que trocó su posición y relaciones con sus semejantes: día de gracia en que el espíritu triunfó de la materia. De cualquier manera que sea, toda alma ha tenido su día, como Jerusalén (1).

También Fabiola debía tener el suyo. ¿Por ventura no concurría todo á obrar en ella una crisis saludable? Emperador y esclava, padre y comensales, buenos y malos, cristianos é idólatras, ricos y pobres, la vida y la muerte, el placer y la amargura, la erudición y la sencillez, el silencio y la conversación, eran para ella otros tantos activos agentes que luchaban en sentido diverso con su ánimo, pero impeliendo su alma noble y magnánima, aunque impetuosa y altanera, por la única senda que conduce á

(1) «¡Oh! si conocieses tú, siquiera en este tu día, lo que importa á tu bien...» (Luc. XIX, 42).

salvo; á la manera que el viento y el timón luchan entre sí tan solo para encaminar la nave por acertado rumbo. ¿Cuál será la influencia, cuál el impulso que determine el resultado final de estas encontradas fuerzas? Problema es ese que el hombre no puede prever y que pertenece exclusivamente al dominio de la Inteligencia suprema, siendo la filosofía impotente para resolverlo.

Los sucesos que acabamos de referir acaecieron el 20 de Enero: vea el lector en el calendario los que sobrevinieron al día siguiente, y convendrá con nosotros en que debe ser tal día muy importante en esta narración.

Al salir de la audiencia imperial Fabiola pasó á las habitaciones de Irene, en donde sólo encontró desolación y lágrimas. El dolor que se manifestaba en torno de ella encontraba ciertamente un eco en su corazón; empero observó que aquella aflicción era de naturaleza muy diversa de la suya. A través de las lágrimas de la familia de Irene veíase surgir una esperanza, y su pena dejaba transparentar una especie de gozo parecido á un triunfo: las nubes que ofuscaban sus pensamientos eran de vez en cuando heridas por la radiante luz del sol. Mas el dolor que sentía Fabiola era inconsolable y enervante, parecido á una noche lúgubre y desoladora como de quien hubiese sufrido una pérdida irreparable matando en su corazón toda esperanza. Ya algún tenue y lejano rayo de esta luz había alumbrado su mente: en su alma se iban desvaneciendo poco á poco las tinieblas del error para dejar libre el campo á aquella verdadera luz por la que suspiraban ahora más que nunca sus vagos deseos. El maestro por quien solamente deseaba ser instruida ¡no existía ya!

La multitud había desocupado ya el palacio, y Fabiola se despidió afectuosamente de la viuda y sus dos hijas; pero, sin poder adivinar los motivos de aquella predilección y de aquella contrariedad, parecíale imposible sentir por la joven idólatra el mismo acento que sentía por su hermana cristiana.

Sola, sentada en su aposento, Fabiola tomó uno tras otro sus libros favoritos que trataban de la muerte, de la fortuna, de la amistad, de la virtud; pero todos le perecieron á cual más insulsos, superficiales y falsos. Su melancolía fué creciendo progresivamente hasta el anochecer, en que vino á sacarla de ella una carta que le entregó su esclava Graia. Abrióla, y apenas hubo leído las primeras líneas, se levantó frenética con tal expresión de sobresalto y con tales demostraciones de dolor, que la esclava, asustada y perpleja, se retiró á un ángulo extremo de la habitación. Lanzando un grito agudísimo Fabiola se llevó las manos á la cabeza, mesóse los cabellos, se apretó las sienes entre las manos como si le saltaran á impulso del dolor: estuvo unos momentos mirando hácia arriba con ojos desencajados, hasta

que exhalando un profundo gemido cayó sobre el sofá. Durante algunos minutos permaneció muda é inmóvil, con la carta entre sus crispadas manos, los brazos caídos, y al parecer exánime.

—¿Quién ha traído esta carta?—preguntó repentinamente, vuelta en sí.

—Un soldado, señora,—respondió la esclava.

—Dile que éntre.

Mientras la esclava iba á buscar al mensajero procuró Fabiola serenarse y se arregló el cabello. No bien apareció el soldado, díjole:

—¿De dónde vienes?

—De la cárcel Tuliana, en donde estoy de guardia.

—¿Quién te ha entregado la carta?

—La misma señora Inés.

—¿Por qué la han conducido allí?

—Porque un sujeto, llamado Fulvio, la acusó de ser cristiana.

—¿Nada más?

—Nada más que por eso: estoy seguro.

—Siendo así, todo quedará prontamente remediado, porque yo puedo atestiguar la falsedad de la acusación. Dile que voy al momento, y toma por tu servicio,—añadió dando al soldado algunas monedas.

Fabiola quedó sola. Cuando era preciso obrar, la joven matrona recobraba toda su firmeza y energía; sin perjuicio de que después se despertase en ella con más vigor la sensibilidad propia de su sexo. Envuelta en su manto, se dirigió sola á la cárcel y fué introducida sin impedimento alguno á la celda separada en la que Inés había sido reclusa, menos por consideración á su nobleza que por las cuantiosas dádivas de sus padres.

—¿Qué significa esto, Inés?—le preguntó Fabiola con la mayor solicitud después de abrazarla con toda efusión.

—Que he sido arrestada hace pocas horas y conducida aquí,—respondió sonriendo la tierna doncella.

—Y ese Fulvio ¿es tan necio y malvado que presenta contra tí una acusación que quedará desvanecida en cinco minutos? Yo misma voy á presentarme al prefecto para destruir la absurda calumnia con que te ofenden.

—¿Qué calumnia, prima mía?

—La de que eres cristiana.

—Lo soy, por la gracia de Dios,—contestó Inés haciendo la señal de la cruz.

Esta inesperada confesión habría en otro tiempo herido como un rayo á Fabiola; pero la muerte de Sebastián le había quitado ya toda dureza. Después de haberse manifestado cristiano aquel que á sus ojos era acabado tipo de todas las virtudes varoniles,

ya no le sorprendió que profesara también la misma fe Inés, á quien amaba y admiraba como el más puro modelo de toda perfección femenina. Fabiola casi adoraba á su prima por su sencillez y grandeza de alma, que la elevaba sobre las demás mujeres; por su candorosa inocencia y bondad sin límites para con todos: así fué que la revelación que acababa de oírle disipaba sus dudas y dificultades, y aun sintió crecer en su ánimo nuevos sentimientos de veneración y de amor á la común fe que atenaban esos dos seres incomparables, mostrándole que no eran como dos flores nacidas al acaso, cual ella los había considerado, sino que procedían de una misma raíz.

Fabiola inclinó la frente en señal de acatamiento á su joven prima, y le preguntó:

—¿Cuánto tiempo há que eres cristiana?

—Desde que nací, mi querida Fabiola: he mamado la fe, como solemos decir, con la leche materna.

—¿Y por qué no me lo revelaste nunca?

—Por la violenta aversión que siempre has mostrado con los cristianos, odiándolos como reos de las más ridículas supersticiones y de las abominaciones más nefandas, y despreciándolos como gente estúpida y grosera, privada de sentido común, no menos que de toda filosofía. Nunca has querido escuchar una palabra en defensa nuestra, y el único odio que sentías en tu corazón, tan noble y generoso en todo lo demás, era solamente para el nombre cristiano.

—Dices verdad, carísima Inés; pero si yo hubiese sabido que tú y Sebastián érais cristianos, no hubiera podido odiar jamás este nombre. ¡Oh no! ¿qué cosa hubiera yo podido dejar de amar en vosotros?

—Así piensas ahora, Fabiola: pero bien sabes tú cuán irresistible es la fuerza de una prevención cuando es general, y cuánto puede una calumnia repetida diariamente y á todas horas. ¡Cuántas almas generosas, cuántas inteligencias ilustradas, cuántos corazones sensibles no arrastró esa preocupación, induciéndolos á creer de nosotros los cristianos todo un mundo de mentiras y de horrores!

—Bien, Inés: no quiero discutir contigo en tu situación presente. Pero dime: ¿no exigirás de Fulvio que pruebe su acusación?

—¡Oh! no, querida Fabiola: he confesado ya que soy cristiana, y cuento con repetirlo mañana en público.

—¿Cómo! ¿mañana, dices?...—preguntó Fabiola, sorprendida y asustada al anuncio de tan próximo desenlace.

—Sí, mañana. Para prevenir toda manifestación ruidosa que pudiera ocurrir en la vista, si bien creo será poca la gente á quien excite interés, van á tomarme las declaraciones muy tem-

prano y á juzgarme lo más sumariamente posible. ¡Oh! ¿no es una buena noticia, querida mía? —preguntó Inés con ardor, estrechando entre sus manos las de su prima.

Y seguidamente, alzando al cielo su mirada extática, exclamó con embeleso:

— ¡Hé aquí que lo que tanto anhelaba lo veo ya! ¡Sí! ya poseo lo que tanto esperé; ya me veo unida en los cielos al mismo á quien amé en la tierra con toda mi alma (1). ¡Oh! ¡qué hermosísimo es mi Amado, Fabiola!... Es infinitamente más bello que los Angeles que le rodean. ¡Cuán dulce es su sonrisa! ¡Cuán suave su mirada, y plácida y adorable la expresión de su rostro! Y esa dulcísima Señora, de gracias llena, que nunca se aparta de su lado, nuestra Reina, nuestra Soberana, que solo á El adora, ¡con cuánto cariño me está llamando para que forme parte de su cortejo!... ¡Voy! ¡voy!... Han desaparecido ya, Fabiola; pero volverán por mí mañana temprano... muy temprano, ¿oyes?... y será para no separarnos jamás.

Sintió Fabiola invadir su alma é inundar su corazón sentimientos y afectos que nunca había sentido, y una dulzura tan exquisita y pura que ninguna emoción humana podía ni remotamente comparársele. Antes de haber oído las palabras *gracia divina*, experimentaba ya sus suavísimos influjos. Inés, que observó el cambio favorable que se operaba en el ánimo de su prima, dió interiormente gracias á Dios, y luego rogó á Fabiola que volviese antes de amanecer para darle el último adiós.

Mientras tanto en casa del prefecto tenían una conferencia ese digno magistrado y su digüísimo hijo. Oigámoslos.

— Cierto, —decía el padre;— si la hechicera acertó en una cosa, debe igualmente acertar en la otra. Sé por experiencia cuánto puede el oro para vencer toda resistencia.

— Y convendréis también —continuó Corvino— en que por la cuenta que acabamos de ajustar no hay entre los pretendientes á la mano de Fabiola uno solo que no ame su fortuna más que á su persona.

— En efecto, incluso tú mismo, mi querido Corvino.

— No lo niego: yo también como todos, si se atiende sólo á lo que ahora valgo; pero nó ciertamente si puedo llegar á ofrecerle con mi persona los inmensos bienes de Inés.

— Con tal que lo verifiques de modo que no ofenda su delicadeza, si su índole es altiva y generosa como la pintan: es decir, entregándole aquella inmensa fortuna sin condición, y ofreciéndote enseguida como aspirante á su mano. Esto la pondrá en el

(1) «Ecce quod concupivi jam video, quod speravi jam teneo; ipsi sum juncta in caelis quem in terris posita tota devotione dilexi.» (Oficio de santa Inés).

caso, ó de aceptarte por esposo, ó de restituirte tus bienes.

— ¡Magnífico, padre mio! Hasta ahora no se me había ocurrido la segunda alternativa; pero ¿creéis que este es el único medio de salirse uno con la suya?

— No absolutamente. Fulvio reclamará su parte, y no fuera extraño que el Emperador intentase apropiárselo todo, pues aborrece á Fulvio. Pero si yo le propongo un plan más regular y más razonable, cual es ceder todos los bienes de Inés á su pariente más cercano que adore á los dioses, serán de Fabiola, ¿no es verdad?

— Sin duda.

— Estoy cierto que el Emperador se conformará con mi dictamen; pues en cuanto á cederme los bienes graciosamente, no sólo es improbable, sino que tal proposición le enfurecería partiendo de un juez.

— Pero ¿cómo llevaréis á término este asunto?

— Esta noche prepararé un rescripto imperial, de modo que sólo falte poner la firma. Inmediatamente después de la ejecución de Inés me presentaré en palacio; exageraré la impopularidad de aquel acto de rigor con la joven patricia culpando á Fulvio, é insinuaré que cediendo los bienes de la ajusticiada á su más próximo pariente acrecentará grandemente el Emperador su propia influencia y su propia gloria. Maximiano es tan vanidoso como cruel y avariento: procuremos halagarle un vicio para sofocar los otros.

— Sí, eso será lo mejor y más acertado. Voy á descansar tranquilo y contento. Mañana será el día crítico de mi vida. Mi felicidad ó desdicha depende de que Fabiola me acepte ó rechace.

— Hubiérame alegrado, —añadió Tértulo levantándose,— de conocer á esa incomparable dama y sondear la profundidad de su filosofía antes de arriesgarme definitivamente en este negocio.

— ¡Oh! en cuanto á eso, desechad todo temor: Fabiola es digna de ser vuestra nuera. Sí, sí: el día de mañana decidirá mi futura suerte.

Y padre é hijo separáronse con la agradable perspectiva del porvenir que parecía sonreírles.

Ahora bien: si hasta Corvino tenía su día crítico, ¿por qué no lo tendría también Fabiola?

Mientras se verificaba esta conferencia de familia, Fulvio y su amable tío tenían otra no menos edificante. Eurotas regresó tarde á su posada, y hallando á su sobrino solo, sentado y cabizbajo, se le acercó diciendo:

— Y bien, Fulvio, ¿tienes ya enjaulada tu presa?

— Sí, tío; y tan á seguro como permiten los fuertes barrotes y gruesos muros de una cárcel. Pero su espíritu se mantiene libre, independiente como siempre.

—¡Bah! ¿esto te preocupa? Contra espíritus libres, aceros bien templados. Mas, dime: ¿está resuelta su ejecución y asegurada la herencia?

—Si no surgen obstáculos, su suerte está ya fijada para mañana: lo demás dependerá del capricho del Emperador. En tanto, he de confesar que me causa pena y hasta remordimiento sacrificar una vida en flor sin estar seguro del éxito.

—¿Ahora sales con escrúpulos y ternezas?—clamó el viejo en tono frío y severo.—Ya recordarás qué día es mañana...

—Sí; el doce antes de las calendas de Febrero (1).

—Que para ti fué siempre un día crítico. Ni habrás olvidado que en esa misma fecha, para apropiarte la fortuna de *otra*, cometiste...

—¡Basta! ¡Callad!—interrumpió Fulvio con amargura y palideciendo;—¿por qué ese empeño en recordarme sucesos que quisiera borrar de la memoria?

—Porque pretendes olvidarte de tí mismo y no puedo consentirlo. Estoy resuelto á desterrar de tí todo sentimiento de conciencia y de virtud. Es una insensatez afectar compasión por la vida de quien estorba tu enriquecimiento después de lo que hiciste para deshacerte de la *otra*.

Mordióse Fulvio los labios de despecho y se cubrió con las manos el rostro encendido por la vergüenza y la cólera. Eurotas le alentó diciéndole:

—Mañana, pues, será para tí otro día crítico, tal vez el último. Calculemos todas las probabilidades. Te presentarás al Emperador y le reclamarás la parte que te corresponde de los bienes confiscados. Suponiendo que te la otorga, ¿qué piensas hacer?

—Venderla tan pronto como pueda, pagar mis deudas y retirarme á donde nadie me conozca.

—¿Y si el Emperador rechaza tu petición?

—¡Imposible!—exclamó Fulvio, á quien tal idea hacía estremecer.—Me pertenece de derecho y la tengo bien ganada. ¡No puede ser! no me la negará!

—Calma, hijo, calma. Discutamos con serenidad, y acuérdate de aquel proverbio: «Del estribo á la silla se da la caída.» Supongamos por un momento que se conculca tu derecho.

—En este supuesto soy hombre perdido. No veo medio para rehacer aquí mi fortuna, y tendré que abandonar este suelo.

—Muy bien. Y ¿cuánto debes en los pórticos de Jano? (2)

—Nada menos que 200,000 sextercios entre capital é inte-

(1) El 21 de Enero

(2) En el Foro ó en sus cercanías había varios pórticos dedicados á Jano, donde residían los usureros que prestaban dinero.

reses que ese judío Efraim me exige á razón del 50 por 100.

—¿Qué garantía le diste?

—La esperanza casi segura de entrar en posesión de parte de los bienes de Inés.

—Y si te llevas chasco, ¿piensas escapar de ese judío?

—Nó, si llega á enterarse. Por esto debemos desde este momento prepararnos á todo evento y observar el mayor sigilo.

—Bien; déjalo á mi cuidado. Ya ves en cuántos acontecimientos será para tí fecundo el día de mañana, ó más bien dicho de hoy, porque ya el alba asoma. Es para tí un asunto de vida ó de muerte; es el día más importante de tu existencia.

XXVII

Segunda parte del día crítico

No bien comienza á despuntar el día, y hablamos ya de su segunda parte. ¿Cómo lo explicaremos? De la manera que hemos conducido al benévolo lector á sus primeras vísperas divididas entre Sebastián, el mártir de ayer, é Inés, la mártir de hoy. ¿No las entonaron ambos fraternalmente, el uno en el cielo, á donde ascendió por la mañana, y la otra en el calabozo donde la encerraron por la tarde? ¡Oh gloriosa Iglesia de Jesucristo! Grande en la armónica combinación de tu unidad, te extiendes desde las alturas celestes hasta debajo del suelo, donde gime un alma justa en la prisión.

Fulvio salió de su casa á respirar el aire frío y penetrante de la noche para ver si podía templar el ardor de su sangre y calmar la agitación de su espíritu. Fué caminando sin dirección fija; pero sin advertirlo encontróse muy cerca de la cárcel Tulliana. No experimentando su corazón afecto alguno, ¿qué misteriosa atracción lo guiaba hácia aquel sitio? Es que se hallaba dominado por una sensación inexplicable, mezcla extraña de los elementos más amargos que pudiera emplear en sus filtros un envenenador. El remordimiento le agitaba; el orgullo herido se revoltaba en él; apremiábalo la impaciente avaricia; la vergüenza y el temor le asediaban, y para colmar la medida dominábale la idea horrenda de que se acercaba el momento en que iba á consumarse el crimen por él urdido. «Verdad es, se

decía á sí mismo, que he sido despreciado, escarnecido, burlado por una simple niña, y esto cuando más necesitaba de su fortuna para librarme de la miseria y de la muerte: no obstante, preferiría obtener la mano de Inés por cualquier medio antes que ver caer su cabeza. El asesinato de la noble doncella le parecía tan atroz é infame, que resolvió intentar la última prueba para convencerla.

Dirigiéndose á la puerta de la cárcel, pronunció la palabra de orden, entró y se hizo acompañar al calabozo de su víctima.

Inés, al verle, no se turbó, ni pensó en arrinconarse como el ave en cuya jaula se introduce el gavilán, sino que sosegada, serena é intrépida se mantuvo de pie ante su verdugo.

—Respetadme, Fulvio, á lo menos en este lugar,—le dijo con dulzura.—Pocas horas me quedan ya de vida; dejádmelas pasar en paz.

—Señora, precisamente vengo á proponeros los medios de convertir esas horas en años, y á ofrecereros la felicidad en vez de la paz que me pedís.

—Sí, os comprendo perfectamente; pero pasó para mí el tiempo de esas tristes vanidades. Hablar así á una mujer á quien acabais de entregar á la muerte es cuando menos un sarcasmo cruel.

—Os engañais, gentil señora; en vuestras propias manos está vuestro destino, y sólo vuestra obstinación será la causa de vuestra muerte. He venido á renovaros por última vez mis ofrecimientos y á entregaros con mi mano libertad y vida, y esta es para vos la tabla de salvación.

—No os dije ya que soy cristiana, y que sacrificaría mil vidas que tuviera antes que renegar de mi fe?

—Es que tampoco os exijo eso. Las puertas de la cárcel se abrirán á una indicación mía. Huid conmigo, y á pesar de los decretos imperiales seréis cristiana y viviréis.

—¿No os dije también que soy ya esposa de mi Señor y Salvador Jesucristo, y que á Él solo quiero guardar intacta mi fe?

—¡Necedad! ¡locura! Obstinaos en ella hasta mañana y os acontecerá algo que tal vez os repugne más que la muerte y que disipará para siempre vuestra ilusión.

—Nada temo estando Jesucristo de mi parte; porque sabed que un Ángel vela continuamente por mí, y no consentirá que sea profanada la sierva del Señor. Cesad, pues, en vuestras indignas importunidades y no me priveis del último privilegio de un condenado: la soledad.

Fulvio, cuya impaciencia crecía por grados, no pudo ya reprimir su cólera. ¡Rechazado, burlado, vencido por una niña, sin que la cuchilla suspendida sobre su cabeza pudiese quebrantar su valor y su constancia!... Fuera de sí, mezclándose y con-

fundiéndose los deletéreos elementos que le dominaban en un solo y negro sentimiento, el odio, con ojos centelleantes y ademán furioso exclamó:

—¡Desdichada! Por última vez te lo repito. Puedo todavía librarte de la última perdición. Elige, pues: ¡vivir conmigo ó morir!

—¡Morir mil veces prefiriera yo misma antes que vivir con un monstruo como tú!—respondió una voz de mujer desde la puerta del calabozo.

—Pues ¡morirá!—replicó Fulvio apretando los puños y lanzando una mirada iracunda á la nueva interlocutora:—¡morirá, y tú también si vuelvo á encontrarme con tu maléfica sombra!

Alejóse Fulvio, y Fabiola quedó sola por última vez con su prima. Había presenciado sin ser vista aquel combate, que á ser cristiana lo hubiera comparado al de un ángel de luz con un espíritu de las tinieblas. Preparándose para la próxima celebración de sus desposorios con Jesucristo, en que con su propia sangre debía sellar el contrato de eterno amor, habíase puesto Inés sobre el traje de luto una blanca veste nupcial; y en medio de aquel oscuro calabozo, debilmente alumbrado por una sola lámpara, se ostentaba resplandeciente de gracia y belleza como una forma etérea del paraíso, al paso que su tentador enemigo, envuelto en su negro manto y obligado á encorvarse para salir, se asemejaba á un demonio humillado que se precipitaba en los abismos del infierno.

Fabiola, contemplando admirada el rostro de su querida Inés, pensó que nunca lo había visto tan bello y tan sereno. En él no se notaba el menor indicio de enojo, de temor ó de agitación, ninguna palidez ó sonrojo, ninguna de las alternativas de fuego ó de postración macilenta que nacen de una excitación febril. Brillaban sus ojos con más suavidad é inteligencia que nunca; su sonrisa era plácida y alegre; su porte tan noble, y tan extraordinaria la majestad de su aspecto y maneras, que Fabiola hubiérala tomado por uno de aquellos seres que descendidos del Olimpo, según la mitología poética, se daban á conocer á los hombres por cierta aureola de divinidad y la atmósfera de ambrosía que les rodeaba. Y no eran ciertamente señales de inspiración, porque no existía en ella pasión alguna: era una expresión de tal naturaleza la del rostro y ademanes de Inés, que á los ojos de Fabiola aparecía como el tipo más perfecto de nobleza, de virtud y de inteligencia; y la impresión que produjo en su ánimo fué tal, que el amor que á Inés profesaba se transformó en un sentimiento de más sublime naturaleza, rayano de la reverencia y de la veneración.

Tomó Inés entre sus manos las de Fabiola, cruzólas sobre su tranquilo pecho, y mirándola con indecible dulzura le dijo:

—Fabiola, antes de morir deseo pedirte un favor: jamás me rehusaste ninguno, y cierta estoy de que no me negarás el último.

—No me hables de tal suerte, Inés querida. No tienes ya que suplicarme, sino mandarme.

—Pues bien, prométeme que te dedicarás inmediatamente á estudiar á fondo las doctrinas del Cristianismo. Estoy cierta de que las abrazarás, y entonces no serás para mí lo que ahora.

—Y ¿qué soy para tí, Inés?

—Una ciega, queridísima Fabiola; una pobre ciega á pesar de que posees una noble inteligencia, carácter generoso, un corazón lleno de sensibilidad, entendimiento cultivado, exquisito sentido moral y conducta irreprochable. ¿Qué más se puede apetecer en una mujer? Y sin embargo, sobre todas esas admirables prendas ven mis ojos una negra nube que las cubre con la sombra de la muerte. Rásgala esa nube, y todo será en tí claro y refulgente.

—¡Sí, lo conozco, querida Inés! A tu lado me parece soy como una mancha negra comparada con el sol. Pero ¿cómo podré obtener la luz que te ilumina, aun haciéndome cristiana?

—Es preciso, Fabiola, que salves el abismo que nos separa (estremeciósese Fabiola recordando su sueño). Aguas refrigerantes bañarán tu cuerpo, y el óleo de alegría embalsamará tus carnes: tu alma quedará tan blanca como la nieve, y tu corazón se volverá tierno como el de un niño. Saldrás regenerada de ese baño y renacerás á una vida inmortal.

—Y entonces ¿perderé tal vez esas dotes que acabas de apreciar en mí?—preguntó Fabiola con tristeza.

Inés respondió:

—A la manera que una planta leñosa y robusta, pero inútil, al ingertar en ella el jardinero un pequeño vástago de otra planta bella y fecunda, al enriquecerse luego con las flores y los frutos de ésta, nada pierde de su nativa belleza y robustez, así también la nueva vida que recibirás del Cristianismo ennoblecerá, elevará, santificará (tú no puedes todavía entender el significado de esta palabra) las preciosas dotes de naturaleza y de educación que ya posees. ¡Oh Fabiola! ¡qué criatura tan admirable hará de tí el Cristianismo!

—Ya que me trasladas á una región tan nueva para mí, querida Inés. ¿por qué te vas, abandonándome en sus umbrales?

—¡Escucha!—exclamó Inés en un éxtasis de gozo.—¡Ya llegan, ya se acercan! ¿No oyes los pasos de los soldados? Son los parainfos que vienen á llamarme. Pero allá en las alturas, sobre las doradas nubes del sol naciente, veo un coro de vírgenes vestidas de blanco que me llaman... Sí, aquí estoy; mi lámpara está bien preparada y voy á reunirme con mi Esposo ¡. ¡Adios. Fabiola, no llores por mí! ¡Oh si pudiese hacerte sentir como yo

siento la incomparable dicha de morir por Jesucristo! Y ahora, por despido, recibe de mí un saludo que nunca me oíste: ¡Dios te bendiga!

Y al decir esto, hizo en la frente de Fabiola la señal de la cruz. En seguida abrazáronse por vez última en la tierra; abrazo ardiente y convulsivo el de Fabiola, tierno y tranquilo el de Inés. Al separarse marchó la primera á su casa preocupada con un nuevo y generoso designio, é Inés se entregó en manos de sus guardias avergonzados de sí mismos.

Correremos un velo sobre la primera parte del martirio que sufrió la casta doncella, aunque algunos Santos Padres y la Iglesia en sus oficios lo refieren calificándolo de doble corona (1). Bastará decir que su angel tutelar la libertó de toda profanación (2), y que la pureza de su virginal presencia transformó un antro de infamia en precioso santuario (3).

Era todavía muy de mañana cuando Inés fué de nuevo conducida al tribunal del Prefecto en el Foro. Presentóse inmutable, inmaculada, sin sonrojarse su risueño semblante, sin que la angustia del dolor agitase su inocente corazón. El cabello suelto, como símbolo de virginidad, caía en ondas de oro sobre su blanca vestidura.

La mañana era tan deliciosa y apacible como habrá parecido á los que, estando en Roma en el aniversario de este día, hayan pasado por la puerta Nomentana, hoy *Porta Pia*, dirigiéndose á la iglesia que lleva el nombre de nuestra Virgen mártir, para asistir á la bendición, sobre su propio altar, de los dos corderos con cuya lana se tejen los pálios que el Papa envía á los arzobispos católicos. Blanquean ya los almendros en el campo, no por la escarcha, sino por las flores; la tierra está mullida al rededor de las cepas, y la primavera parece encerrada dentro de los botones de las plantas, prontos á abrirse y dilatarse al contacto de la brisa meridional, mientras la diáfana atmósfera deja ver un cielo de azul y reina esa agradable temperatura que producen los rayos de un sol ya vigoroso, pero que aún no abrasa y sólo templá el aire todavía frío de las mañanas.

El juez estaba sentado al aire libre en el tribunal del Foro y numerosa concurrencia rodeaba el espacio en donde, á excepción de los cristianos, todos se horrorizaban de entrar. Entre los espectadores dos personas llamaban la atención, situadas frente á las extremidades del semicírculo que formaba la muche-

(1) Duplex corona est præstita martyri. (*Prudentius*).

(2) Ingressa Agnes turpitudinis locum, Angelum Domini præparatum invenit. (*Breviario*).

(3) En aquel mismo lugar se ve ahora la iglesia de Santa Inés, en la plaza Navona, una de las más bellas de Roma.

dumbre. Una de ellas era un hombre embozado en su toga hasta los ojos; la otra era una dama alta, esbelta, de aspecto tan aristocrático que nadie se imaginaria poder encontrarla en semejante sitio. Cubríala de la cabeza á los piés un holgado manto de la India de púrpura y oro, cuya riqueza heria tanto más los ojos de los circunstantes, cuanto menos parecia convenir á aquel lugar de suplicios y de sangre. Junto á ella se divisaba una esclava de categoria superior, envuelta también como su señora. Inmóvil y apoyada con el codo contra una columna de mármol, la dama parecia enteramente absorta en la contemplación de un solo objeto.

Inés fué introducida por los guardias en medio del espacio libre y presentóse intrépida y tranquila en frente del tribunal: sus pensamientos estaban en otra parte; así es que no reparó en los dos personajes que hasta el momento de su entrada habian sido objeto de la atención general.

—¿Por qué viene suelta y sin cadenas?—preguntó el juez enfadado.

—No las necesita, señor.—respondió Cátulo;—es tan joven y anda con tan buena voluntad!

—Sí, pero tan obstinada como la más vieja. Ponle al momento esposas.

Buscólas el verdugo entre un monton de ellas, consideradas por los cristianos como joyas, y escogiendo las más pequeñas las colocó en las delicadas muñecas de la virgen. Sonrióse Inés dulcemente, inclinó sus manos, y los hierros cayeron sonando á sus piés.

—Pues no las hay más pequeñas, señor,—dijo el verdugo medio enternecido.—A una niña como ésta sentarianle mejor otros brazaletes.

—¡Silencio, esclavo!—repuso exasperado el prefecto.

Y volviéndose á Inés le dijo en tono más blando:

—Niña, me inspiran lástima tu tierna edad, tu noble estirpe y la culpable educación que has recibido, y por cuanto yo puedo quisiera salvarte. Medita o bien, que aún es tiempo. Abjura las falsas y perniciosas máximas del Cristianismo, y obedeciendo los edictos imperiales acércate á sacrificar á los dioses.

—Es inútil que continúes tentándome,—contestó Inés.—Mi resolución es irrevocable. Desprecio tus falsas divinidades, y sólo quiero amar y servir al único Dios vivo. ¡Eterno Dispensador de todas las cosas, ábreme de par en par las puertas del cielo cerradas hasta tu venida á los humanos! ¡Jesús adorable! llama á Ti á esta alma, fiel seguidora tuya, que se sacrificó primero á Ti consagrándote su virginidad, y ahora se sacrifica á tu Padre muriendo en el martirio.

—Veo que estamos perdiendo el tiempo,—dijo impaciente el

juez, que advirtió en la multitud señales de compasión.—¡Secretario! extiende la sentencia: Condenamos á Inés á ser decapitada por desacato á los edictos imperiales.

—¿En qué vía y á qué miliario?—preguntó el escribano (1).

—Aquí mismo, y en el acto.

Inés levantó un instante las manos y los ojos al cielo, dobló sumisa las rodillas, y echando ella misma sobre su rostro el fino y lustroso cabello suelto que le colgaba á la espalda, presentó el cuello al filo de la cuchilla. Signióse á tales preparativos una corta pausa porque el verdugo, trémulo de emoción, no acertaba á blandir el arma homicida. Arrodillada la joven Mártir en medio del hemiciclo, enteramente vestida de blanco, con la cabeza inclinada, los brazos modestamente cruzados sobre el pecho, los rizos de ámbar sobre el rostro y casi tocando al suelo, podía compararse á una bella y rara planta cuyo blanco y delicado tallo se doblase gentilmente al peso de la multitud y lozanía de sus dorados frutos.

Reprendió el juez con acritud al verdugo por su vacilación y le ordenó imperiosamente que cumpliera su cometido. Cátulo se enjugó los ojos con el envés de su rugosa mano: luego blandió la espada, que brilló en el aire, y un momento después tallo y flor yacían en tierra, sin que, al parecer, estuviesen separados. La actitud de la víctima era tal que pudiera confundirse con la de una persona que ora prosternada, si lavado su blanco vestido en la sangre del Cordero no se hubiese teñido de encendida púrpura.

El desconocido que envuelto en su toga habia llamado antes la atención miró el golpe sin pestañear y acompañó la inmola-ción de la víctima con perversa sonrisa de triunfo. La dama que se hallaba en el lado opuesto habia vuelto el rostro, hasta que el murmullo que se levantó de la multitud después de breve silencio la advirtió de que todo habia concluido. Adelantóse entonces con resuelto ademán hácia el fatal recinto, y depojándose de su rico manto lo extendió como un velo sobre el mutilado cuerpo de la Mártir. Ruidosos y prolongados aplausos saludaron este hermoso acto de sensibilidad femenina, mientras la dama, que habia quedado en traje de luto, adelantóse ante el prefecto; y con voz clara y firme, pero anegado en lágrimas su semblante, dijo:

—Señor, concededme una gracia: no permitais que las toscas manos de vuestros servidores profanen los sagrados restos

(1) Era costumbre decapitar á los reos en cualquiera de las vías fuera de las puertas de Roma, en el segundo, tercero ó cuarto de los miliarios que señalaban las distancias; pero según Prudencio y otros autores santa Inés sufrió la muerte en el mismo lugar donde fué pronunciada la sentencia.

de la que amé sobre cuanto existe en el mundo. Dejádmela conducir al sepulcro de sus mayores, pues era tan ilustre como buena.

—Señora,—respondió Tértulo con aspereza.—quien quiera que seais, no puedo acceder á vuestro ruego. ¡Cátulo! cuida de que el cuerpo sea arrojado al río ó quemado como de costumbre.

—Os lo ruego, señor,—insistió la dama con voz conmovida,—por todos los derechos que pueda tener sobre vuestro corazón la virtud de una mujer; por las lágrimas que la ternura de una madre haya podido derramar sobre vos; por las palabras de consuelo con que una cariñosa hermana haya podido mitigar vuestras dolencias ó amarguras... ¡no desecheis mi humilde súplica! Y si cuando volvais á vuestra casa os salen al encuentro vuestras hijas para besaros las manos, bien que humeantes todavía con la sangre de una víctima á quien os vanagloriaríais de que se asemejasen, ¡oh! que podais decirles á lo menos que no habeis negado este ligero tributo al pudor de una doncella!

Estas palabras produjeron entre la multitud una demostración tan unánime de simpatía, que para reprimirla preguntó Tértulo bruscamente á la dama:

—¿Seríais también vos cristiana?

—No, señor; no lo soy,—respondió ella vacilando un momento;—mas he de confesar que si algo pudiera inclinarme al Cristianismo sería lo que acabo de presenciarse.

—¿Qué queréis decir?

—Que es ciertamente indigno que para conservar la religión del Imperio no se repara en exterminar á criaturas tan perfectas como la que acabais de degollar (y las lágrimas apagaban la voz de Fabiola), mientras viven y prosperan monstruos que son el oprobio de la especie humana. ¡Ah, señor, no sabeis de qué tesoro habeis privado á la tierra! Aunque tan niña, era la más pura, dulce y perfecta que he conocido; la flor de nuestro sexo. Y sabed que viviría aún á no haber desdeñado la mano de un vil advenedizo, que la persiguió con infames ofertas en el retiro de su quinta, en el santuario de su hogar, hasta en el encierro de su calabozo. Por eso ha sido sacrificada; porque no accedió á enriquecer con sus bienes ni á ennoblecer con su mano á ese espía asiático!

Y así diciendo, señaló con el dedo y con expresión de soberano desdén á Fulvio, que adelantándose de un salto exclamó furioso:

—¡Miente, señor! ¡es una calumnia infame! Inés confesó públicamente que era cristiana.

—Dispensadme un instante más vuestra indulgencia,—replicó con noble dignidad la dama,—y permitidme confundir á ese miserable. Miradle bien al rostro, y en él leeréis la prueba

de cuán cierta es mi acusación. ¡Fulvio! ¿negaréis que esta mañana antes del alba os introdujisteis en el encierro de Inés y le habeis propuesto formalmente (yo lo he visto y oído) que si aceptaba vuestra mano, no sólo le salvaríais la vida, sino que á despecho de los edictos imperiales podría seguir siendo cristiana?

Rígido, pálido como un cadáver, como un hombre á quien hubiesen atravesado el corazón ó á quien hubiese herido un rayo, Fulvio parecía un reo que esperaba la sentencia, no ya de muerte, sino de eterna infamia.

—Fulvio,—le dijo el prefecto,—tu palidez y turbación confirman la verdad de acusación tan grave. Fundándome sólo en ella podría hacer caer al punto tu cabeza, mas prefiero darte un buen consejo. Anséntate para siempre; huye; después de tan atroz villanía ocúltate de la indignación de los hombres honrados y de la venganza de los dioses. No vuelvas á presentarte en el Foro ni en sitio alguno de Roma; y si esa dama lo quiere, dispuesto estoy á consignar inmediatamente por escrito su declaración contra tí. Señora,—añadió con respetuosa cortesía,—¿podré tener el honor de saber vuestro nombre?

—Fabiola.

Agradablemente sorprendido, mostró Tértulo el más afable continente á la que en breve esperaba que sería su nuera, y con toda cortesía le dijo:

—Señora, he oído muchas veces hablar de vos, de vuestro sin igual talento y de vuestras relevantes prendas. Sois además parienta inmediata de esa víctima de un infame traidor, y por consiguiente os asiste el derecho de reclamar su cuerpo, que dejo á vuestra disposición.

Estas palabras fueron al principio interrumpidas por los silbidos y vocería que acompañaron la salida de Fulvio, el cual se alejó lívido de vergüenza y trémulo de miedo y rabia.

Fabiola dió las gracias al prefecto, y haciendo una señal á Syra que la acompañaba, hizo ésta comparecer cuatro esclavos conduciendo una litera. No consintió Fabiola que otro que Syra la ayudase á levantar del suelo los sagrados restos de la Mártir. Entre las dos los colocaron en la litera y los cubrieron con el precioso manto.

—Conducid ese tesoro á mi casa,—dijo á los esclavos, y siguió detrás haciendo el duelo con Syra.

Acercóseles en esto una niña llorando, y preguntó tímidamente si le permitían unirse á ellas para acompañar también el cadáver.

—¿Quién eres?—le preguntó Fabiola.

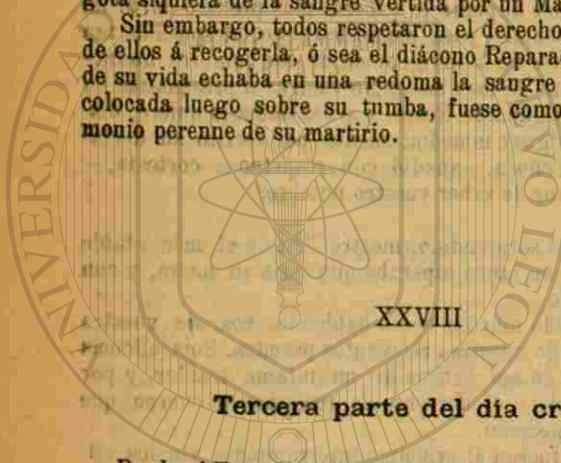
—Soy la pobre Emerenciana, hermana de leche de Inés.

Fabiola abrazó á la niña, y tomándole la mano la llevó consigo.

Tan pronto como el cadáver fué recogido, se abalanzaron al lugar de la ejecución multitud de cristianos, hombres, mujeres y niños, con esponjas y lienzos para empaparlos en la sangre, sin que pudiesen impedirlo los guardias descargando sobre ellos sus látigos, palos, y hasta sus armas, no faltando algunos que mezclaron su sangre con la de la Mártir.

En la antigüedad, cuando un monarca en el día de su coronación ó al entrar por primera vez en su capital arrojaba al pueblo puñados de oro y plata, no despertaba mayor codicia y rivalidad que la de los primitivos cristianos por adquirir lo que ellos apreciaban más que el oro y las piedras preciosas, una gota siquiera de la sangre vertida por un Mártir.

Sin embargo, todos respetaron el derecho primordial de uno de ellos á recogerla, ó sea el diácono Reparado, que con riesgo de su vida echaba en una redoma la sangre de Inés para que, colocada luego sobre su tumba, fuese como sello fiel y testimonio perenne de su martirio.



Tercera parte del día crítico

Desde el Foro dirigióse Tértulo inmediatamente al palacio imperial, en donde encontró á Corvino con el rescripto preparado y escrito en elegantes caracteres y adornado con hermosas iniciales.

Libre de hacer antesala, como prefecto de Roma, Tértulo fué al punto recibido por el Emperador, á quien comunicó oficialmente la muerte de Inés, exagerando el descontento que habia producido en el pueblo y atribuyéndolo al poco tacto de Fulvio, aunque sin mencionar sus pérdidas sollicitaciones á la doncella: rebajó el valor de los bienes de Inés, y terminó diciendo que sería un hermoso acto de clemencia, muy oportuno para calmar el descontento de la multitud, transferirlos á su prima Fabiola, de quien hizo grandes elogios como mujer de extraordinario talento y profunda erudición, devotísima de los dioses y exactísima en sacrificar diariamente á la deidad tutelar de los Emperadores.

—Sí; la conozco,—dijo Maximiano riendo, como si recor-

dase algún lance chistoso.—La pobrecita me envió el otro día una magnífica sortija, y ayer vino á pedirme la vida de ese miserable Sebastián, justamente cuando acababan de matarlo de un porrazo.

Y soltando una carcajada añadió:

—Dices bien: una pequeña herencia la consolará de la pérdida de aquel bellaco. Extiende el rescripto, y lo firmaré.

Tértulo le presentó el que llevaba preparado ya, «lleno de confianza, dijo, en la generosidad imperial;» y el augusto bárbaro puso en él como firma un garabato de que se avergonzara un niño de escuela. El prefecto consignó seguidamente el rescripto á su propio hijo.

No tardó en acudir á palacio Fulvio, que después de la escena del Foro fué á su casa para acicalarse y vestir su traje de Corte.

Decíale el corazón que iba en busca de una segura negativa; presentimiento inspirado por la fría discusión que sostuviera con Eurotas la noche anterior, y robustecido por los reveses y contrariedades que sus designios venían sufriendo. Una mujer que parecía nacida sólo para atormentarle, oponíasele en todos los caminos desbaratando sus planes.

—Pero esta vez—se decía—no me servirá de estorbo, gracias á los dioses. Si pudo cubrirme para siempre de ignominia, no podrá privarme de mi legítima recompensa. Si sus acusaciones me expulsan de la república, al menos no me reducirán á la triste condición de mendigo.

Sin otra esperanza é impulsado por la desesperación, fué resueltamente á disputar su parte de los bienes confiscados de Inés al competidor único que podía inspirarle recelos, al mismo Emperador, cuya rapacidad érale bien notoria. Estaba decidido á arriesgar hasta la vida en aquella entrevista, pues si no conseguía su objeto era segura su ruina.

Después de largo rato de espera, entró al fin en la sala de audiencia, y con la más blanda y afectada sonrisa fué á postrarse á los pies de Maximiano.

—¿Qué buscas aquí?—fué el primer saludo de éste.

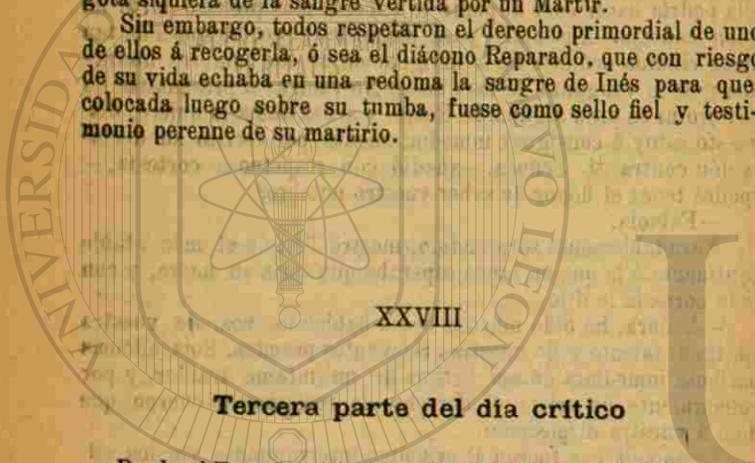
—Señor, vengo á implorar humildemente de vuestra imperial justicia las órdenes oportunas para que se ponga á mi disposición la parte que me corresponde de los bienes de la jóven patricia Inés. Yo descubrí que era cristiana; por acusación mía fué juzgada, y acaba de sufrir la justa pena impuesta á cuantos se atreven á desacatar los edictos imperiales.

—Todo eso estaría muy bien—replicó Maximiano—si no viese ya noticia de la estupidez y torpeza con que en esta ocasión, como en tantas otras, manejaste el asunto, excitando contra mí las quejas y el descontento de la muchedumbre. Así, lo

Tan pronto como el cadáver fué recogido, se abalanzaron al lugar de la ejecución multitud de cristianos, hombres, mujeres y niños, con esponjas y lienzos para empaparlos en la sangre, sin que pudiesen impedirlo los guardias descargando sobre ellos sus látigos, palos, y hasta sus armas, no faltando algunos que mezclaron su sangre con la de la Mártir.

En la antigüedad, cuando un monarca en el día de su coronación ó al entrar por primera vez en su capital arrojaba al pueblo puñados de oro y plata, no despertaba mayor codicia y rivalidad que la de los primitivos cristianos por adquirir lo que ellos apreciaban más que el oro y las piedras preciosas, una gota siquiera de la sangre vertida por un Mártir.

Sin embargo, todos respetaron el derecho primordial de uno de ellos á recogerla, ó sea el diácono Reparado, que con riesgo de su vida echaba en una redoma la sangre de Inés para que, colocada luego sobre su tumba, fuese como sello fiel y testimonio perenne de su martirio.



Tercera parte del día crítico

Desde el Foro dirigióse Tértulo inmediatamente al palacio imperial, en donde encontró á Corvino con el rescripto preparado y escrito en elegantes caracteres y adornado con hermosas iniciales.

Libre de hacer antesala, como prefecto de Roma, Tértulo fué al punto recibido por el Emperador, á quien comunicó oficialmente la muerte de Inés, exagerando el descontento que habia producido en el pueblo y atribuyéndolo al poco tacto de Fulvio, aunque sin mencionar sus pérdidas solicitaciones á la doncella: rebajó el valor de los bienes de Inés, y terminó diciendo que sería un hermoso acto de clemencia, muy oportuno para calmar el descontento de la multitud, transferirlos á su prima Fabiola, de quien hizo grandes elogios como mujer de extraordinario talento y profunda erudición, devotísima de los dioses y exactísima en sacrificar diariamente á la deidad tutelar de los Emperadores.

—Sí; la conozco,—dijo Maximiano riendo, como si recor-

dase algún lance chistoso.—La pobrecita me envió el otro día una magnífica sortija, y ayer vino á pedirme la vida de ese miserable Sebastián, justamente cuando acababan de matarlo de un porrazo.

Y soltando una carcajada añadió:

—Dices bien: una pequeña herencia la consolará de la pérdida de aquel bellaco. Extiende el rescripto, y lo firmaré.

Tértulo le presentó el que llevaba preparado ya, «lleno de confianza, dijo, en la generosidad imperial;» y el augusto bárbaro puso en él como firma un garabato de que se avergonzara un niño de escuela. El prefecto consignó seguidamente el rescripto á su propio hijo.

No tardó en acudir á palacio Fulvio, que después de la escena del Foro fué á su casa para acicalarse y vestir su traje de Corte.

Decíale el corazón que iba en busca de una segura negativa; presentimiento inspirado por la fría discusión que sostuviera con Eurotas la noche anterior, y robustecido por los reveses y contrariedades que sus designios venían sufriendo. Una mujer que parecía nacida sólo para atormentarle, oponíasele en todos los caminos desbaratando sus planes.

—Pero esta vez—se decía—no me servirá de estorbo, gracias á los dioses. Si pudo cubrirme para siempre de ignominia, no podrá privarme de mi legítima recompensa. Si sus acusaciones me expulsan de la república, al menos no me reducirán á la triste condición de mendigo.

Sin otra esperanza é impulsado por la desesperación, fué resueltamente á disputar su parte de los bienes confiscados de Inés al competidor único que podía inspirarle recelos, al mismo Emperador, cuya rapacidad érale bien notoria. Estaba decidido á arriesgar hasta la vida en aquella entrevista, pues si no conseguía su objeto era segura su ruina.

Después de largo rato de espera, entró al fin en la sala de audiencia, y con la más blanda y afectada sonrisa fué á postrarse á los pies de Maximiano.

—¿Qué buscas aquí?—fué el primer saludo de éste.

—Señor, vengo á implorar humildemente de vuestra imperial justicia las órdenes oportunas para que se ponga á mi disposición la parte que me corresponde de los bienes de la jóven patricia Inés. Yo descubrí que era cristiana; por acusación mía fué juzgada, y acaba de sufrir la justa pena impuesta á cuantos se atreven á desacatar los edictos imperiales.

—Todo eso estaría muy bien—replicó Maximiano—si no viese ya noticia de la estupidez y torpeza con que en esta ocasión, como en tantas otras, manejaste el asunto, excitando contra mí las quejas y el descontento de la muchedumbre. Así, lo

mejor para tí será que salgas para siempre de mi presencia, de este palacio y de la ciudad. ¿Entiendes?... Y cuenta que no acostumbro á repetir mis órdenes.

—Estoy siempre dispuesto á cumplir la menor intimación de vuestra suprema voluntad; pero permitidme deciros que me veo sin recursos. Dignaos, pues, ordenar que se me entregue lo que de derecho es mio, y partiré inmediatamente.

—¡Basta ya y déjame en paz! Esos bienes que con tanta pertinacia sollicitas acabó de transferirlos por un rescripto irrevocable á una noble y excelente persona, á la patricia Fabiola.

Sin atreverse á proferir una palabra más, besó Fulvio la mano del Emperador y se retiró pausadamente, confuso y deseperado. Sólo al atravesar la puerta se le oyó exclamar por lo bajo:

—¡Al fin conseguí también reducirme á la miseria!

Llegado á casa, leyó Eurotas en sus ojos la repulsa que acababa de recibir, y admirado de la tranquilidad que manifestaba, le dijo secamente:

—¡Comprendó! Todo se acabó.

—¡Sí, todo! ¿Cómo tenéis los preparativos de viaje?

—Ya poco falta. Vendí joyas, muebles y esclavos, con alguna pérdida; mas su producto y una corta cantidad que aún reservaba nos bastarán para trasladarnos al Asia. Sólo conservo á Stabio, el más leal de nuestros criados: él llevará nuestro equipo en su caballo, y nosotros le seguiremos en otros dos que se están ensillando. Una sola cosa falta para partir.

—¿Cuál?

—El veneno. Mandé prepararlo anoche, pero no estará hasta medio día.

—¿Y para qué ese veneno?—preguntó Fulvio un tanto alarmado.

—¿No lo adivinas?—contestó Eurotas impasible.—Consiento en hacer una segunda y última tentativa en otro país, pero no olvides nuestro convenio: la familia de mi padre no debe extinguirse en la mendicidad, sino con honor.

Fulvio se mordió los labios y dijo:

—¡Sea! Ya estoy cansado de la vida. Abandonemos esta casa lo más pronto posible, pues temo una visita de Efraim. En cuanto anochezca, aguardadme con los caballos á tres millas de la puerta Latina. Iré allí á reunirme con vosotros así que termine un negocio importante que tengo entre manos.

—¿Un negocio dices?—preguntó Eurotas con mal reprimida curiosidad.

—No puedo comunicarlo, ni aun á vos. Pero si no estoy á vuestro lado á las dos horas de haberse puesto el sol, no os preocupéis por mi suerte, y alejaos sin mí.

Eurotas clavó en su sobrino una penetrante y escudriñadora

mirada, sospechando si trataría de sustraerse á su dominio. Pero el semblante de Fulvio aparecía impasible y tranquilo como nunca, y el viejo no preguntó más.

En tanto, había trocado Fulvio su vestido de Corte por otro de viaje: ciñóse la espada y ocultó debajo del manto una de aquellas dagas corvas, de bien templado acero y fatal estructura, conocidas tan solo en el Oriente.

Eurotas por su parte dirigióse al cuartel de los mauritanos y preguntó por Jubala, que á los pocos momentos compareció con dos frasquitos de diferente tamaño; y cuando apenas había comenzado la negra á explicar á Eurotas el uso de aquellos brebajes, vieron acercarse á Hyphax medio borracho y furioso, dando apenas á Eurotas el tiempo preciso para ocultar los frascos en el cinto y deslizar una moneda en la mano de la africana. Esta había contado á su marido las proposiciones que le hiciera Eurotas antes de casarse, con lo cual excitó en el ardiente corazón del moro celos que en él equivalían á un odio salvaje. Así fué como habiendo visto á su mujer con Eurotas arrojóla de un empellón fuera de aquella estancia, y de seguro hubiese arremetido contra Eurotas, si éste, conseguido ya su objeto, no se hubiera largado prudentemente.

Y ahora es ya tiempo de que volvamos á Fabiola. El lector esperará tal vez encontrarla ya cristiana, siquiera de ánimo y de afecto; pero no es así. Ni es de extrañar, reflexionando que no tenía aún noción alguna del Cristianismo. Cierto que en Sebastião é Inés admiraba sinceramente una virtud generosa, desinteresada, sobrehumana, que la joven patricia no vacilaba en atribuir á la fe cristiana. Veía claramente que esta fe inspiraba unas reglas de conducta, comunicaba una elevación al ánimo, un valor á la conciencia y una energía y fortaleza á la voluntad para todo lo bueno, que jamás inspiró ningun otro sistema religioso. Pero si (como perspicazmente presumía y detenidamente se proponía examinar) dimanaban del mismo origen las sublimes revelaciones de Syra relativas á una esfera de virtud hasta ahora desconocida de ella, y á un Ser supremo que todo lo ve y todo lo gobierna, ¿qué podía deducir de ellas sino un gran sistema moral é intelectual, en parte práctico y en parte especulativo, como todas las teorías filosóficas? Pero el Cristianismo es muy distinto, sólo que Fabiola aún no había oído explicar sus verdaderos y esenciales fundamentos, ni tenía idea alguna de los insondables, pero accesibles profundidades de sus misterios, ni de la imponente y dilatada estructura del edificio de la fe, que se eleva hasta los cielos, y que sin embargo pueden comprenderlo los entendimientos más sencillos, como los ojos del niño pueden reflejar la imágen entera de una grandiosa montaña que ningun gigante podría escalar. Nunca había oído hablar de Dios Uno y

Trino, ni de su co-eterno Hijo igual al Padre y hecho hombre. Nada sabía de la maravillosa historia de la redención del linaje humano por la pasión y muerte de ese Dios: nada de Nazaret, ni de Belén, ni del Calvario. ¿Cómo podía llamarse cristiana, y mucho menos serlo, la que todo esto ignoraba? Y ¡cuánto no le faltaba conocer tocante á los medios de salvación que atesora la Iglesia militante, la gracia, los sacramentos, el amor divino, la caridad con el prójimo! ¡Cuántas regiones más allá del reducido terreno que pisaba, en las que apenas había puesto el pié!

No: cuando Fabiola llegó á su casa, rendida por las emociones del día y la noche anteriores, y traspasada de dolor por las tristes escenas de la mañana, se recogió en su aposento, no ya filósofa, pero tampoco cristiana. Mandó á todos los criados que se alejaran de su aposento para que ningún ruido la molestase, y prohibióles que le introdujesen toda visita extraña. Durante algunas horas permaneció en la soledad y el silencio, pero estaba demasiado excitada para poder conciliar el sueño. Lloraba por Inés como llora una madre por la hija que le arrebatan de improviso. Pero la densa nube que envolvía el fin de su prima presentábase á Fabiola con cierta transparencia luminosa que no rodeaba el stand de su padre. Parecíale un insulto á la razón, un ultraje á la humanidad, pensar que Inés hubiese muerto del todo que se hubiese hundido en el abismo de la nada con su blanco vestido, risueño semblante, entendimiento noble y privilegiado, corazón alegre y candoroso. ¿Cómo creer que la conciencia, la justicia, la pureza y la verdad no eran sino falsos halagos para arrastrarla á un precipicio en donde, por toda recompensa, sería completamente aniquilada? ¡Ah, no! Sin duda Inés era feliz: ¿dónde? ¿cómo? no importa. De otra suerte sería la justicia una palabra vacía de sentido.

—¡Es singular—se decía luego—que cuantas personas he conocido dotadas de cualidades superiores, hombres como Sebastián, mujeres como Inés, resulten pertenecer á esa despreciada raza de cristianos! Una sola me queda que interrogar, y lo haré mañana.

Y cuando volvía su pensamiento al mundo pagano, á Fulvio, á Tértulo, al Emperador, á Calpurnio á Fabio... (estremeciéndose al pronunciar involuntariamente el nombre de su padre), no podía menos de notar con disgusto el contraste que resultaba entre la bajeza del uno y la elevación de sentimientos del otro, entre el vicio y la virtud, entre la estulticia y la sabiduría, entre la sensualidad y la pureza. De esta manera vaciábase poco á poco su entendimiento en un molde que se rompería ó tomaría una forma de perfectibilidad práctica. Hallábase su alma como la tierra abrasada por el sol, que se convierte en perpétuo desierto si le niega el cielo la refrigerante lluvia.

Ciertamente merecía Inés la gloria de alcanzar con su muerte la conversión de su prima: pero ¿no existía también otra alma, aunque más humilde, con derecho á reclamar la preferencia; otra que había sacrificado la libertad y ofrecido desinteresadamente la vida por obtener tal galardón?

Seguía Fabiola sumida en la soledad y el dolor cuando vino á distraerla de sus reflexiones la entrada de un extraño que le anunciaron como un emisario del Emperador. El portero se había negado á darle paso; mas como el enviado dijese traer una misión importante de Maximiano, tuvo que consultar al mayordomo, y éste declaró que no podía negarse la entrada á persona revestida de tal carácter.

Sobrecogióse al pronto Fabiola, pero luego se tranquilizó ante la ridícula figura del que se había hecho anunciar con tanta solemnidad. Era Corvino, que con gracia rufianesca y con palabras estudiadas y mal retenidas en su memoria, un mosaico de flores retóricas, dijo que venía á ofrecer á la ilustre patricia un rescripto imperial, y con éste los bienes de Inés, su apasionado afecto y su propia mano. Fabiola no comprendió bien qué le decía ni qué relación podía haber entre una y otra dádiva; y sin más, le suplicó que diera en su nombre las más rendidas gracias al Emperador.

—Decidle—añadió—que hoy me siento mala y esto me impide ir en persona á tributarle mis homenajes.

Confuso y desconcertado, insistió Corvino diciendo:

—Sí, pero no ignorais que esos bienes iban á ser confiscados, y que mi padre ha empleado todos sus esfuerzos en que os fuesen adjudicados.

—¡Oh! podía ahorrarse tanta pena,—contestó Fabiola,—pues hace ya tiempo fui instituida heredera de esos bienes, y pasaron á ser míos desde que... (un sollozo que Fabiola se esforzó en reprimir le había anudado un momento la voz en la garganta)... desde que dejaron de pertenecer á otra. Así es que no podían ser objeto de confiscación.

Corvino se quedó cortado sin saber qué responder. Al fin pudo balbucir algunas palabras de cumplimento, seguidas de otras que él imaginó contenían una humilde súplica para que Fabiola se dignase contarle en el número de los aspirantes á su bella mano. Pero la joven patricia, entendiéndolo ó fingiendo entender que le pedía una recompensa por haberle procurado un documento de tal importancia, contestóle que no dejaría de atenderle en ocasión más oportuna, pues en aquellos momentos estaba sumamente fatigada é indispuesta, y veíase obligada á suplicarle que la dejase sola. Corvino se retiró contento y satisfecho, interpretando las palabras que acababa de oír como una contestación favorable al logro de sus deseos.

Después de echar una mirada distraída sobre el rescripto, Fabiola volvió á los caros recuerdos de aquellos seres queridos que llenaban su mente, y así continuó triste y meditabunda hasta muy avanzada la tarde. Sus pensamientos vagaban de una á otra de las escenas recientes de que había sido expectadora y parte, hasta que recordó el careo sostenido con Fulvio en el tribunal del Foro. Tan al vivo se le representó aquella escena, que excitada penosamente su imaginación, se desahogó exclamando en voz alta:

—¡Ah! felizmente ya no volveré á ver el rostro de ese malvado!

Apenas habían proferido sus labios tales palabras, cuando incorporándose miró sorprendida hacia la puerta. ¿Era una alucinación de su exaltada fantasía, ó una realidad lo que veían sus ojos? La duda quedó desvanecida al oír estas palabras:

—¿Podréis decirme, señora, á quién dedicais tan lisonjero recuerdo?

—A vos, Fulvio, —dijo Fabiola levantándose con dignidad; —á vos, que habiendo violado la casa, la quinta y el encierro de una joven patricia, os atreveis á invadir el aposento de otra en su soledad, y, lo que es peor, cuando se halla sumida en dolor por la pérdida del amado objeto que le habeis arrebatado. ¡Salid al punto, si no quereis que os haga arrojar ignominiosamente!

—Calmaos, señora, y sentaos por favor, —contestó el intruso; —esta será mi última visita. Mas antes de separarnos debemos ajustar una cuenta importante. Es inútil que llameis, inútil que pidais socorro, porque nadie acudirá. Las órdenes que disteis á vuestros criados para que se alejasen han sido fielmente obedecidas, y ni uno siquiera podrá oiros.

En efecto, Fulvio encontró el camino abierto por Corvino. El portero, aunque le conocía por haberle visto entrar otras veces en la casa, le manifestó las órdenes terminantes que tenía de no dejar pasar á nadie, á menos que viniese de parte del Emperador. Fulvio le aseguró que se hallaba en este caso, y el portero le franqueó la entrada, no sin admirarse de que se presentasen allí en un día tantos mensajeros imperiales. Suplicóle Fulvio que en caso de alejarse de su puesto no cerrara la puerta, porque estaba de prisa y no quería turbar el sosiego de la casa en momentos de tanta aflicción, añadiendo que no necesitaba acompañante que le guiase á las habitaciones interiores, porque sabía perfectamente por donde dirigirse al aposento de Fabiola.

Sentóse Fulvio en frente de ésta y continuó diciendo:

—No debeis ofenderos, señora, porque me presente de improviso, ni porque haya sorprendido vuestro amable soliloquio

acerca de mi persona: de vos lo aprendí en la cárcel Tuliana. Pero principiaré mi cuenta desde más atrás. La primera vez que me invitó á su mesa vuestro digno padre encontré aquí á una persona, cuyo nombre no necesito repetir, que cautivó mi afecto y cuyo corazón correspondió al mío como por instinto.

—¡Insolente! —exclamó Fabiola. —¿Cómo os atreveis á tocar aquí ese punto? ¡Falso, falsísimo que jamás existiera semejante afecto, ni en vos, ni en ella!

—Tocante á la noble Inés, —continuó Fulvio, —tengo en favor mío la mejor autoridad, la autoridad de vuestro malogrado padre, que no pocas veces me animó á perseverar en mi pretensión, asegurándome que vuestra prima le había confiado que me amaba.

Turbóse un momento Fabiola ante la certeza de esta declaración, recordando las indicaciones que la hiciera su padre, inducido á error por la equivocada interpretación que había dado á las palabras de Inés.

—Sí, —dijo Fabiola; —sé muy bien que mi querido padre estuvo alucinado sobre este punto; pero no yo, á quien nada ocultaba esa pobre niña...

—Excepto su religión, —interrumpió Fulvio con ironía.

—¡Callaos! Esa palabra es en boca vuestra una blasfemia. Cónstame que para Inés érais un objeto de desprecio y de horror.

—Sí; después que en tal me convertísteis vos. Ya desde nuestra primera entrevista os mostrásteis acérrima enemiga mía, juntamente con ese pérfido oficial que ya recibió su merecido y á quien destinabais la mano á que yo aspiraba. ¡Oh! señora, calmad vuestra ira porque quiero que me escuchéis hasta el fin. Vos me rebajásteis á los ojos de Inés, pervertísteis sus sentimientos para enajenarme su cariño, y vuestra es la culpa si mi amor se trocó en odio.

—¡Vuestro amor! —exclamó Fabiola con viva indignación. —Aun suponiendo que vuestras palabras no constituyesen el más vil embuste, ¿qué amor podíais vos sentir por ella? ¿Cómo podíais apreciar su ingenua sencillez, su virginal candor, su elevado entendimiento y su encantadora inocencia, á no ser como el lobo aprecia la mansedumbre del cordero, ó como el buitre la sencillez de la paloma? ¡No, no! sus riquezas, su ilustre prosapia, su alto rango, eso y no más ambicionásteis en ella; eso me reveló el impuro fuego de vuestros ojos la primera vez que en ella los fijasteis como si fueran de un basilisco.

—No acertais. A ser aceptada mi demanda, si se hubiese realizado el enlace que yo deseaba, hubiérame conducido cual ella merecía, y siempre á su lado rendido y amante viviría satisfecho, mostrándome tan digno de poseerla como ..

— ¡Sí sí! tan digno como puede mostrarse quien se declara igualmente dispuesto á casarse que á asesinar antes de tres horas á la mujer á quien dice amar. Entre las dos proposiciones eligió Inés la segunda, y murió... ¡Aléjate pronto de aquí, monstruo, que inficionas el aire que te rodea!

— Me iré cuando haya terminado, pero no tendréis para qué regocijaros. Ahora escuchadme. Deliberadamente y sin provocación mia, habéis ahogado y destruído en mí toda esperanza de vida honrada, me habéis arrancado mi última tabla de salvación, desterrado de la sociedad y privado de la consideración que en ella gozaba; me habéis arrebatado la felicidad doméstica y hasta los medios para adquirir la subsistencia. Y no habéis parado aquí: os habéis convertido en espía, en lo mismo que me echásteis en rostro esta mañana: después de escuchar á ocultar mi conversación os valisteis de este medio para perderme, y desnudándos de todo pudor os presentásteis descaradamente en el Foro para completar en público la obra que empezásteis privadamente, para atraer sobre mí las iras del tribunal y por consiguiente las del Emperador, y para soliviantar contra mí los ánimos de la plebe; en términos que, á no haberme conducido aquí un sentimiento superior al miedo, no tendría ahora más recurso que deslizarme furtivamente á través de las sombras, como lobo acosado, en busca de la más próxima puerta de la ciudad.

— Y el día que os marchéis— dijo Fabiola — crecerá la proporción de las virtudes en esta Roma corrompida. Salid, á lo menos, de mi casa, ó de lo contrario no sé qué haré para librarme de vuestra odiosa presencia.

Fabiola hizo ademán de salir; pero Fulvio, cuyo rostro encendíase por grados al paso que sus labios se ponían lívidos, asíola bruscamente del brazo y la empujó hácia su asiento, clamando con voz ahogada por la ira:

— ¡No! ¡no saldréis de aquí ni yo me iré mientras me quede algo que deciros! Y guardaos de llamar en vuestro socorro, porque vuestro primer grito será el postrero... Vos sois causa de que se me proscriba, no sólo de vuestra sociedad, sino de Roma entera: habéis hecho de mí un bandido, un vago en tierra enemiga; y no satisfecha con esto queréis también robarme mi fortuna, tan legal como penosamente adquirida. Paz, reputación, medios de subsistencia, todo me lo habéis robado.

— ¡Miserable! ¡insolente! — gritó Fabiola indignada sin arredrarse por el peligro que corría. — ¡Insultarme de tal suerte en mi casa! ¡acusarme de ladronal

— Sí tal; y os repito que sois vos quien debe ahora rendirme cuentas. Yo me tenia ganado, con un crimen si queréis, cosa que nada os importa, una buena parte de los bienes confiscados

á vuestra prima; y los gané duramente, á costa de mil penas y torturas, de insomnios, de combates con enemigos que triunfan al fin, y principalmente con uno doméstico, el más terrible é inexorable de todos: á costa, en suma, de tantos días y noches de improbo trabajo en reunir pruebas, y en medio de la desolación de que era presa mi espíritu altanero, aunque degradado. ¿Por qué, pues, no he de tener derecho á gozar del fruto de mis fatigas? Llamad á esas riquezas, si se os autoja, la paga del asesino: cuanto más infame sea su origen, tanto mayor será vuestra vileza en arrebatármelas. Sois como el rico que arrancase de las fauces del perro el pedazo de carne, después que el animal se estropeó las uñas y desgarró el pellejo para cogerla.

— ¡Basta ya! no quiero buscar nuevos epítetos con que calificáros merecidamente: vuestro entendimiento está ofuscado por algun vano sueño.

Fabiola dijo estas palabras con seriedad, pero no sin cierta inquietud, pues conocía hallarse en presencia de uno de esos locos furiosos cuyas pasiones avivadas por una exaltación arrebatada y sin freno, va creciendo hasta llegar á ese extremo que constituye el frenesí ó estado moral en que el mismo asesino ve sólo ya en su crimen un acto de virtuosa venganza. Luego, con estudiada calma y mirándole de frente, añadió:

— Fulvio, salid os ruego. Si necesitais dinero, se os proporcionará; pero alejáos, alejáos antes que la cólera os haga perder enteramente la razón.

— Mas ¿de qué *vano sueño* hablabais? — preguntó Fulvio.

— ¿Cuál otro puede ser sino la suposición de que yo haya podido en un día como este pensar en las riquezas de Inés, ó aprovecharme de su horrenda muerte?

— Pues así es: de boca del mismo Emperador he sabido que de todas os ha hecho plena donación. ¿Pretenderéis hacerme creer que tan liberalísimo soberano es capaz de desprenderse de la más infima cosa sin mediar instancia ó soborno?

— No puedo explicar cómo ha sido; sólo sé que preferiría morir de hambre antes que mendigar un óbolo de los bienes de mi prima.

— ¿Si intentaréis convencerme de que alguna persona desinteresada ha presentado la solicitud sin consultar siquiera vuestro deseo? No, señora; ese es un cuento inverosímil... Mas ¿qué veo? — exclamó de pronto lanzándose hácia el rescripto imperial, que continuaba en la mesa donde Corvino lo había dejado.

No fué mayor la conmoción que se apoderó de Eneas al ver en el cuerpo de Turno el cinturón de Palas, que la que sintió Fulvio en aquel instante. Su furor, que parecía calmarse con los razonamientos en que se esforzaba para convencer á Fabiola de culpabilidad, estalló con doblada violencia á la vista del fatal

documento. Después de darle una ojeada, ciego de ira y rechinando los dientes, dijo:

—¡Ah! ved aquí patente la prueba de una infamia, de una codicia y de una crueldad muy superiores á las que vos me habéis echado en cara. ¡Leed, leed este decreto; mirad qué caracteres tan elegantes, qué iniciales tan ricas, qué orlas tan bellas! ¿Osaréis afirmar que tan primoroso trabajo ha sido preparado en el breve intervalo transcurrido entre la muerte de vuestra prima y el momento en que oí de boca del Emperador que estaba ya firmado? ¿Os atreveréis á decir que no conocéis al amigo generoso que para vos obtuvo tal merced? ¡Ah! mientras Inés aguardaba en su prisión la hora de su suplicio, mientras vos llorábais y gemíais por su triste suerte, mientras me acusábais de crueldad y alevosía, á mí que era extranjero y no me unía con ella vínculo alguno; vos, la noble patricia, la virtuosa filósofa, la cariñosa y predilecta parienta; vos, la inexorable censora de mis actos, urdíais á sangre fría la trama para aprovecharos de mi delito apoderándoos de los bienes de la víctima, y confiabais á un experto calígrafo que dorase con su pincel vuestra negra codicia y velase con su *minium* (1) la traición que hacíais á vuestra propia sangre!

—¡Basta ya, insensato!—clamó Fabiola, tratando en vano de dominar las fulminantes miradas de Fulvio.

Pero éste continuó con acento aún más fiero:

—Y después de haberme tan vilmente despojado me ofrecéis dinero; después de haberme cruelmente herido, me mostráis lástima. Me habéis reducido á la mendicidad, y luego me ofrecéis una limosna; limosna sacada de mis ganancias, de esas ganancias cuyo disfrute no niega el mismo Averno á sus víctimas en esta tierra.

Fabiola se había levantado otra vez; pero Fulvio, asiéndola de un brazo con la fuerza de un loco furioso, la obligó á sentarse, y sin soltarla continuó:

—Ahora escucha las últimas palabras que voy á decirte, y acaso las postreras que oigas en la tierra. Devuélveme esos bienes que injustamente has usurpado, pues no es razón que yo cometa el crimen y tú te laves el lucro. Cédemelos en el acto con tu firma como una donación libre y espontánea, y partiré. De lo contrario, pronuncias tu propia sentencia.

Y acompañó esta amenaza con una mirada fiera y sombría.

Fabiola sintió renacer en su pecho nuevos bríos y todo el orgullo y altivez de su sangre romana; y más animosa é intrépida cuanto mayor era el peligro que la amenazaba, recogió su manto con toda la dignidad de una matrona, y dijo:

(1) Vermellón.

—Escucha también, Fulvio, mis últimas palabras. ¿Cederte yo esos bienes?... Antes los entregaría al primer leproso que encontrase en la vía pública... ¿A tí? ¡Jamás! No tocarás objeto alguno que haya pertenecido á Inés ¡tus manos lo profanarían! Toma de mis arcas todo el oro que ambiciones; pero no te cederé la menor prenda de Inés por todos los tesoros del mundo. Entre sus legados hay uno para mí de más valor que toda su herencia: me colocas entre dos alternativas, como anoche lo hiciste con ella: ó ceder á tu demanda, ó la muerte. Pues bien: Inés me enseñó á elegir... Por última vez lo repito: ¡márchate de aquí!

—¡Irme y dejarte en posesión de lo que me pertenece! ¡Dejarte gozar del triunfo que has alcanzado sobre mí con tus amños! ¡Tú honrada, yo infame: tú rica, yo misero: tú feliz, yo desgraciado! ¡No! ¡eso no será! Si no puedo dejar de ser lo que tú me has hecho, impediré á lo menos que seas tú lo que no mereces. Para eso vine: este es el día de mi Némesis (1). ¡Muere!

Así diciendo, iba empujando á Fabiola hacia el sofá con la mano izquierda, mientras con la diestra buscaba trémulo entre los pliegues de la túnica que le cubrían el pecho. Al pronunciar la última palabra arrojó violentamente á Fabiola sobre su asiento y agarróla por los cabellos. Ya fuese por terror y desfallecimiento, ya por un sentimiento de noble orgullo en no aparecer indignamente amedrentada ante tan despreciable enemigo, Fabiola ni opuso resistencia ni exhaló un quejido. Cerró empero los ojos al ver relumbrar sobre su cabeza un como relámpago: un instante después sintióse oprimida y sofocada como si hubiese caído sobre ella un gran peso, mientras por su seno deslizábase un líquido caliente. Y al propio tiempo hería sus oídos una voz suave y sentida que exclamaba:

—¡Detente, Óroncio! Soy tu hermana Miriam.

—¡Mientes!—contestó Fulvio con voz sofocada por la ira:— ¡déjame mi presa!

A estas palabras siguieron otras breves proferidas con voz débil y en lengua desconocida de Fabiola. La mano que la asía por el cabello la soltó: enseguida oyó el rebote de la daga arrojada al suelo, y á Fulvio que exclamaba desesperado precipitándose fuera de la sala:

—¡Miriam! ¡Oh Cristo! ¡Esta es tu Némesis!

Fabiola cobró nuevo aliento, pero notó que aumentaba el peso que la oprimía. Libróse de él con algún esfuerzo, y vió caer tendido á su lado otro cuerpo, muerto al parecer y cubierto de sangre.

Era su fiel Syra, que se había interpuesto entre su ama y la daga de su hermano.

(1) Venganza.

... como oyese hablar con extraña violencia á una persona cuyo acento le era bien conocido, dió cautelosamente la vuelta colo- cándose detrás de la cortina que cubría la puerta de la habitación en que pasaba la escena, y mantúvose oculta en el mismo sitio donde Inés un día la había consolado. A los pocos momentos empezó la última lucha; y mientras Fulvio hacia retroceder á Fabiola empujándola hácia el sofá, Syra iba tras él con paso quedo, hasta que viéndole alzar el brazo para descargar el golpe, dió una rápida vuelta y cubrió con su cuerpo el de la víctima. Entonces la daga de Fulvio, desviada en su dirección por tropezarle Syra en el brazo, causó en el cuello de ésta una herida que habría sido más profunda á no dar el arma con el hueso de la clavícula.

XXIX

Sacerdote y médico

Los graves pensamientos que á Fabiola inspirara el terrible trance en que acababa de verse tuvieron por de pronto que ceder á las exigencias del momento. Su primer cuidado fué restañar la sangre que brotaba en abundancia de la herida de Syra, aplicándole cuantos paños halló á mano.

En esto acudió en tropel á la habitación toda la servidumbre de la casa, alarmada por los gritos que daba el portero, que algún tanto inquieto ya por la prolongadísima visita de Fulvio, acababa de verle salir precipitadamente como un loco de las habitaciones de Fabiola, manchado el traje de sangre y emprendiendo rápida fuga.

Fabiola detuvo con un gesto á sus servidores á la puerta de su aposento y mandó que sólo entrasen Eufrosina y la esclava griega, la cual así que estuvo libre de la pernicioso influencia de Afra habíase aficionado á la que aún nos vemos precisados á designar con el nombre de Syra, y escuchaba sus consejos con gran docilidad. Al mismo tiempo Fabiola mandó á un esclavo que fuese á llamar á Dionisio, que ya dijimos vivía en casa de Inés, y era el médico que asistía á Syra en toda enfermedad.

Dedicada al cuidado de su esclava, advirtió Fabiola con indelible gozo que la sangre había cesado de fluir casi por completo, á la vez que Syra, abriendo por un momento los ojos, le dirigía una lánguida mirada seguida de una sonrisa angelical, que la jóven patricia no habría cambiado por un imperio.

No tardó en llegar el buen médico, y después de examinar atentamente la herida declaró que por el momento no ofrecía gravedad. A juzgar por la dirección de la misma, el asesino había dirigido el golpe al corazón de Fabiola, salvándola de una muerte cierta su amante esclava al interponerse entre el puñal y su señora. No obstante la prohibición de ésta, Syra no se había movido en todo el día de una de las habitaciones contiguas, anhelando una ocasión para secundar los impulsos de la gracia y afirmar el resultado de las saludables impresiones que las escenas de la mañana debieron producir en el ánimo de Fabiola; y

como oyese hablar con extraña violencia á una persona cuyo acento le era bien conocido, dió cautelosamente la vuelta colo- cándose detrás de la cortina que cubría la puerta de la habitación en que pasaba la escena, y mantúvose oculta en el mismo sitio donde Inés un día la había consolado. A los pocos momentos empezó la última lucha; y mientras Fulvio hacia retroceder á Fabiola empujándola hácia el sofá, Syra iba tras él con paso quedo, hasta que viéndole alzar el brazo para descargar el golpe, dió una rápida vuelta y cubrió con su cuerpo el de la víctima. Entonces la daga de Fulvio, desviada en su dirección por tropezarle Syra en el brazo, causó en el cuello de ésta una herida que habría sido más profunda á no dar el arma con el hueso de la clavícula.

Excusado es decir cuánto debió costar á Syra este sacrificio. Ni la aversión al sufrimiento ni el temor de la muerte hubieran podido arredrarla un instante: lo que más le costó fué el horror de imprimir en la frente de su hermano la señal de Caín con el baldón de un doble fratricidio. Pero había ofrecido dar la vida por su señora y deseaba cumplir su palabra. Comprendiendo lo inútil que era luchar á brazo partido con el asesino, ó bien esperar de la servidumbre un socorro oportuno, tomó el único recurso que le quedaba, de consumir el sacrificio sustituyéndose. Mas como deseaba impedir en lo posible que su hermano perpetrase el crimen, no pudo prescindir de revelar delante de Fabiola el verdadero nombre del asesino y el grado de parentesco que le unía con él.

En su ciego furor, Fulvio no dió crédito á las palabras de Syra; pero al oirla decir en su lengua nativa: «Acuérdate del pañuelo que levantaste aquí del suelo,» le vino á la memoria un suceso de familia tan horrendo, que en aquel instante hubiera querido hundirse mil millas debajo tierra para ocultar en ella su remordimiento y su vergüenza.

Es por cierto bien extraño que jamás permitiera Fulvio á Eurotas apoderarse de aquella reliquia de familia, que guardaba cuidadosamente desde el día que la recobró; y cuando empaquetó toda su ropa la dobló con esmero metiéndosela en el pecho. Al tiempo de sacar ahora la daga se le salió también el pañuelo, y por eso fueron encontrados en el suelo ambos objetos.

Practicada la primera cura de la herida y administrados á Syra los tónicos convenientes para que se reanimara, Dionisio ordenó que guardara el mayor sosiego y silencio, y que siguieran puntualmente hasta media noche el tratamiento prescrito, añadiendo:

—Volveré cuando amanezca, y entonces necesitaré hablar á solas con la enferma.

Y después de murmurar al oído de ésta algunas palabras que

hicieron brillar en su rostro una sonrisa de ángel, Dionisio se retiró.

Fabiola había hecho trasladar á Syra á su propio lecho; y ordenando á Eufrosina y á Graia que se quedasen en la antecámara para cualquiera necesidad, reservó el privilegio, que tal lo consideraba, de velar y asistir á la paciente, á aquella misma esclava que pocos meses antes apenas le inspiró la más leve gratitud por el celo y cariño con que le había cuidado durante su enfermedad.

Aunque fatigada y calenturienta, Fabiola no quiso apartarse un momento de la cabecera de la enferma; y sólo después de la media noche, cuando se le hubieron administrado los remedios prescritos, cayó rendida sobre unos cojines colocados junto al lecho.

¿Cuáles serían los pensamientos que á la débil luz que iluminaba la estancia se apoderaron de la mente de la jóven patricia? ¿qué afectos agitaron su corazón? Tenía patente á su vista la realidad y sinceridad de cuanto le dijera su esclava. En la última conversación que tuvo con ella habíale oído principios que, si bien excitaron toda su atención é interés, le parecieron únicamente bellas teorías imposibles de ponerse en práctica. Al describirle Miriam aquella esfera sublime de virtud en que para nada se cuenta con el aplauso ni la recompensa de los hombres, sino sólo con la aprobación de Dios, cuyo ojo penetra hasta lo invisible, si bien Fabiola comprendía y admiraba tan sublime doctrina, rebelábase contra la idea de aceptarla como norma indiciente de todas las acciones de la vida. Y, sin embargo, si el puñal á cuya afilada punta presentó Miriam el pecho le hubiese costado la vida, como fácilmente pudo suceder, ¿cuál hubiera sido su recompensa? ¿Qué otro motivo podía impulsarla, sino el de esa misma teoría de la responsabilidad ante un Poder invisible?

¿Cuán quimérico no le había parecido también el principio sostenido por Miriam de que la virtud llevada al heroísmo era la norma ordinaria á que debían ceñirse todos los actos! Y, con todo, allí estaba una esclava que sin premeditación, sin idea alguna de gloria, antes bien con manifiesto deseo de ocultarlo, había hecho el sacrificio de sí misma con un acto á todas luces heroico. ¿De qué podía proceder eso sino del habitual heroísmo de la virtud, dispuesto continuamente á hacer lo que inmortalizaría para siempre el nombre de un soldado? No era, pues, una visionaria, una utopista, sino que traducía en hechos las máximas que defendía. ¿Podía ser esta una nueva filosofía? ¡Oh! nó; debía ser una religión, la religión de Inés y de Sebastián, á cuya altura no vacilaba en poner á su esclava. ¡Cuánto ansiaba conversar con ella otra vez!

Al amanecer el nuevo día volvió el médico, según su promesa, y encontró á la enferma bastante mejorada. Cuando le hubieron dejado á solas con ella, extendió sobre la mesa un lienzo fino, colocó encima dos cirios encendidos, y sacando del pecho un pañuelo bordado desenvolvió una cajita de oro, cuyo sagrado contenido era bien conocido de Syra.

Acercándose entonces á ella Dionisio le dijo:

—Querida hija mía, aquí te traigo, conforme te prometí, no solo el remedio mejor para toda dolencia así del alma como del cuerpo, sino al mismo Médico divino; al que con sola su palabra restaura todo (1); al que con sólo el tacto abre á la luz los ojos del ciego y vuelve el oído á los sordos; al que con sólo un acto de su voluntad limpia al leproso, y con la orla de su túnica cura todos los padecimientos. ¿Quieres recibirle?

—Con toda mi alma,—respondió Syra juntando las manos: —Anhele poseer á Aquel á quien únicamente amo, al único en quien creo y á quien pertenecen mi corazón y mi alma.

—¿No guardas odio ni resentimiento alguno contra el que te hirió? ¿No sientes orgullo ni vanagloria por lo que has hecho? ¿Recuerdas alguna otra falta que deba ser confesada y requiera absolución antes de recibir el divino Manjar de vida, el don sacrosanto?

—Reconozco, Padre mio, que estoy llena de imperfecciones y soy pecadora; mas en este momento no me remuerde la conciencia de haber ofendido voluntariamente á la Majestad divina. No necesito perdonar á la persona á quien os referís, porque la amo extremadamente y daría por su salvación mi propia vida. Por otra parte, ¿de qué puede vanagloriarse una pobre esclava que no ha hecho sino cumplir los preceptos divinos?

—Invita, pues, al Señor á que baje á tu morada, para que te cure y te colme de su gracia.

Y aproximándose el sacerdote á la mesa tomó una partícula de la sagrada Eucaristia, en forma de pan sin levadura, y humedeciéndola en agua, por estar seca, la puso en los labios de Syra. Cerrólos ésta después, y permaneció largo rato sumida en contemplación.

Así desempeñó el venerable Dionisio el doble cargo de médico y de sacerdote (2).

(1) Qui verbo suo instaurat universa. (*Breviario*).

(2) A mediados del siglo XIX fué descubierto en Roma, en la entrada de la cripta de San Cornelio, cementerio de Calixto, el sepulcro de Dionisio, en cuya inscripción se hace constar su doble calidad de médico y sacerdote.

XXX
El sacrificio aceptado

Durante todo aquel día Miriam pareció estar embebida en graves, pero consoladores pensamientos. Fabiola, que no sabía separarse de su lado, la estaba observando con una mezcla de placer y de respeto. Figurábasele que el alma de su esclava, apartada completamente del mundo exterior, se ponía en comunicación con seres de un mundo muy diverso. Ora veía dibujarse en su semblante una sonrisa cual fugitivo rayo de luz, ó asomar á sus párpados y deslizarse por sus mejillas una lágrima; ora la veía alzar los ojos, y después de tenerlos largo rato clavados en el cielo con expresión de perfecto y tranquilo gozo, volverlos tierna y afectuosamente á su señora, asiéndole una mano y estrechándola entre las suyas. Así permaneció Fabiola horas enteras en silencio, según lo recomendará nuevamente el médico, considerando como una honra y una dicha estar en contacto con tan raro modelo de virtud.

Por fin, ya bastante adelantado el día, y después de servir á la enferma algun alimento, Fabiola se aventuró á decirle:

—Miriam, pareceme que estás muy aliviada. Tu médico debe haberte dado algun remedio maravilloso.

—¡Oh! sí, muy maravilloso, mi querida ama.

Entristeciése Fabiola al oirse dar este nombre, é inclinándose hácia Miriam, le dijo con afectuosa ternura:

—Te ruego que no vuelvas á llamarme así. Si aquí hubiera ama, tú deberías serlo mía. Además, realizado lo que hace tiempo me proponía, he mandado se te extienda la carta de emancipación, no en calidad de *liberta*, sino de *ingenua*, porque ahora me consta ya que lo eres (1).

Miriam fijó en Fabiola una mirada de gratitud, y ambas continuaron gozando en silencio de su reciproca felicidad.

(1). Los esclavos emancipados tomaban el nombre de *libertos* del amo á quien pertenecían; pero si habían nacido de padres libres, al recobrar la libertad volvían á su primitiva categoría y se llamaban *ingénuos* (bien nacidos).

Al anochecer volvió Dionisio y encontró tan notablemente mejorada á la enferma, que ordenó se le diesen alimentos más nutritivos, y le permitió conversase algun rato, siempre que fuese sosegadamente.

Cuando volvieron á quedar solas, dijo Fabiola con acento conmovido:

—Llegó el momento, por mi tan deseado, de cumplir contigo un deber, dándote las gracias (siento no conocer otra palabra más expresiva), no tanto por la vida que me salvaste, cuanto por tu magnánimo sacrificio de la tuya, ó más bien por el sin igual ejemplo de heroica virtud que te lo inspiró.

—No hice más que cumplir con mi deber, — contestó Miriam. —Mi vida os pertenecía de derecho y podiais disponer de ella, aunque fuese con motivo menos importante que el de salvar la vuestra.

—Así lo pensarás tú, amamantada en esa doctrina cuya sublimidad me ha vencido y que mira los actos más heroicos como el cumplimiento del más sencillo deber.

—¿Y qué otra cosa es lo que...?

—No, no,—interrumpió Fabiola con entusiasmo;—no te esfuerces en rebajarte á mis propios ojos, enseñándome á tener en poco lo que no puedo menos de ensalzar como un acto de sin igual virtud. Desde que fui testigo de él, lo he meditado día y noche, ansiando vivamente la ocasión de hablarte de ello. Ahora mismo me detiene el temor de agravar con la vehemencia de mis sentimientos el estado de debilidad en que te encuentras. Tu acción para conmigo ha sido noble, magnánima, superior á toda alabanza, aunque bien sé que no la necesitas ni la deseas, y no acierto á discurrir cómo ni por dónde podría excederse la sublimidad de tu acción, ni elevarse á más alto grado la virtud humana.

Miriam, que se había incorporado en su lecho, tomó entre sus manos las de Fabiola, y con acento blando y sosegado, pero en tono grave, dijo:

—Amable y bondadosa señora, hacedme la merced de escucharme atentamente. No con objeto de rebajar lo que sólo por vuestra bondad tenéis en mucho, ya que esto os apena, sino para persuadiros de cuán lejos estoy todavía de la cima del heroísmo; permitidme que os refiera un caso análogo, pero en el cual están invertidos los papeles. Supongamos un esclavo (¡oh! ya veo que esta palabra os aflige en mis labios, pero perdonadme si la pronuncio una vez más); supongamos, digo, un esclavo embrutecido, ingrato, rebelde contra el más benigno y generoso de los amos; supongamos que á este esclavo amenaza, no el puñal del asesino, sino la espada de la justicia: ¿qué nombre daríais á la acción y cómo caracterizaríais la virtud de ese amo, si por

XXX
El sacrificio aceptado

Durante todo aquel día Miriam pareció estar embebida en graves, pero consoladores pensamientos. Fabiola, que no sabía separarse de su lado, la estaba observando con una mezcla de placer y de respeto. Figurábasele que el alma de su esclava, apartada completamente del mundo exterior, se ponía en comunicación con seres de un mundo muy diverso. Ora veía dibujarse en su semblante una sonrisa cual fugitivo rayo de luz, ó asomar á sus párpados y deslizarse por sus mejillas una lágrima; ora la veía alzar los ojos, y después de tenerlos largo rato clavados en el cielo con expresión de perfecto y tranquilo gozo, volverlos tierna y afectuosamente á su señora, asiéndole una mano y estrechándola entre las suyas. Así permaneció Fabiola horas enteras en silencio, según lo recomendará nuevamente el médico, considerando como una honra y una dicha estar en contacto con tan raro modelo de virtud.

Por fin, ya bastante adelantado el día, y después de servir á la enferma algun alimento, Fabiola se aventuró á decirle:

—Miriam, pareceme que estás muy aliviada. Tu médico debe haberte dado algun remedio maravilloso.

—¡Oh! sí, muy maravilloso, mi querida ama.

Entristeciése Fabiola al oirse dar este nombre, é inclinándose hácia Miriam, le dijo con afectuosa ternura:

—Te ruego que no vuelvas á llamarme así. Si aquí hubiera ama, tú deberías serlo mía. Además, realizado lo que hace tiempo me proponía, he mandado se te extienda la carta de emancipación, no en calidad de *liberta*, sino de *ingenua*, porque ahora me consta ya que lo eres (1).

Miriam fijó en Fabiola una mirada de gratitud, y ambas continuaron gozando en silencio de su reciproca felicidad.

(1). Los esclavos emancipados tomaban el nombre de *libertos* del amo á quien pertenecían; pero si habían nacido de padres libres, al recobrar la libertad volvían á su primitiva categoría y se llamaban *ingénuos* (bien nacidos).

Al anochecer volvió Dionisio y encontró tan notablemente mejorada á la enferma, que ordenó se le diesen alimentos más nutritivos, y le permitió conversase algun rato, siempre que fuese sosegadamente.

Cuando volvieron á quedar solas, dijo Fabiola con acento conmovido:

—Llegó el momento, por mi tan deseado, de cumplir contigo un deber, dándote las gracias (siento no conocer otra palabra más expresiva), no tanto por la vida que me salvaste, cuanto por tu magnánimo sacrificio de la tuya, ó más bien por el sin igual ejemplo de heroica virtud que te lo inspiró.

—No hice más que cumplir con mi deber, — contestó Miriam. —Mi vida os pertenecía de derecho y podiais disponer de ella, aunque fuese con motivo menos importante que el de salvar la vuestra.

—Así lo pensarás tú, amamantada en esa doctrina cuya sublimidad me ha vencido y que mira los actos más heroicos como el cumplimiento del más sencillo deber.

—¿Y qué otra cosa es lo que...?

—No, no,—interrumpió Fabiola con entusiasmo;—no te esfuerces en rebajarte á mis propios ojos, enseñándome á tener en poco lo que no puedo menos de ensalzar como un acto de sin igual virtud. Desde que fui testigo de él, lo he meditado día y noche, ansiando vivamente la ocasión de hablarte de ello. Ahora mismo me detiene el temor de agravar con la vehemencia de mis sentimientos el estado de debilidad en que te encuentras. Tu acción para conmigo ha sido noble, magnánima, superior á toda alabanza, aunque bien sé que no la necesitas ni la deseas, y no acierto á discurrir cómo ni por dónde podría excederse la sublimidad de tu acción, ni elevarse á más alto grado la virtud humana.

Miriam, que se había incorporado en su lecho, tomó entre sus manos las de Fabiola, y con acento blando y sosegado, pero en tono grave, dijo:

—Amable y bondadosa señora, hacedme la merced de escucharme atentamente. No con objeto de rebajar lo que sólo por vuestra bondad tenéis en mucho, ya que esto os apena, sino para persuadiros de cuán lejos estoy todavía de la cima del heroísmo; permitidme que os refiera un caso análogo, pero en el cual están invertidos los papeles. Supongamos un esclavo (¡oh! ya veo que esta palabra os aflige en mis labios, pero perdonadme si la pronuncio una vez más); supongamos, digo, un esclavo embrutecido, ingrato, rebelde contra el más benigno y generoso de los amos; supongamos que á este esclavo amenaza, no el puñal del asesino, sino la espada de la justicia: ¿qué nombre daríais á la acción y cómo caracterizaríais la virtud de ese amo, si por

puro amor y sólo por redimir al esclavo se apresurase á recibir el golpe del hacha, después de sufrir los ignominiosos azotes destinados al culpable, y si no contento aún con esto dejase en su testamento al esclavo por heredero de sus títulos y riquezas, ordenando además que se le considerara como hermano suyo?

—¡Oh Miriam! El cuadro que acabas de presentarme es demasiado sublime para ser verosímil entre los hombres; y con él no consigues eclipsar el mérito de tu acción, porque yo hablaba de virtud humana, y la que tú acabas de describir solamente podría ser obra de un Dios.

Estrechó Miriam contra su pecho la mano de Fabiola, y fijando en su rostro una mirada llena de celeste inspiración, contestó tierna y solemnemente:

—Pues bien: JESUCRISTO, QUE HIZO TODO ESTO POR EL HOMBRE, ERA VERDADERAMENTE DIOS.

Cubrióse Fabiola el rostro con las manos y estuvo un rato abismada en profundo silencio, durante el cual oraba Miriam fervorosamente por ella desde el fondo de su corazón.

Al fin, alzando la cabeza, exclamó Fabiola:

—¡Gracias, Miriam! Has cumplido la promesa que me hiciste de guiarme. Por algún tiempo me inquietó la duda de si serías cristiana; pero ahora veo que no podías menos de serlo. Mas dime: las formidables aunque dulces palabras que acabas de proferir, y que han quedado indeleblemente grabadas en lo más íntimo de mi corazón como penetra en lo profundo del mar una moneda de oro que se arroja á la tranquila superficie de sus aguas; esas palabras ¿constituyen una sola parte del sistema cristiano, ó son su principio, su base fundamental?

—Una simple alegoría —contestó Miriam— ha sido suficiente para que vuestro elevado entendimiento alcance y se apodere de la clave de nuestras creencias. La penetración de vuestro entendimiento ha condensado en un solo núcleo las doctrinas más altas y vitales del Cristianismo, extrayendo de ellas lo que constituye su esencia. El hombre, hechura y siervo de Dios, se rebeló contra su Señor; la inevitable justicia le persiguió y le condenó: ese mismo Dios tomó la naturaleza y forma de siervo y se hizo semejante al hombre: bajo esta forma sufrió ser ultrajado, abofeteado, escarnecido, condenado á muerte afrentosa y clavado en una cruz, en donde espiró y por lo que le llaman el Crucificado: rescató por este medio al hombre y le hizo partícipe de sus propias riquezas y de su reino. Todo esto encierran las palabras que proferí; pero vos habéis sacado de ellas la legítima consecuencia: que únicamente Dios podía ejecutar acción tan sobrehumana y ofrecer tan sublime expiación.

Fabiola volvió á quedar sumida en silenciosa meditación, y al fin preguntó tímidamente:

—Y ¿era esto á lo que aludías en Campania al decirme que solo Dios era una víctima digna de Dios?

—Precisamente; pero aludía además á la continuación de este sacrificio, que por una maravillosa disposición de su amor infinito se perpetúa hasta nosotros. Mas no es todavía ocasión para que os hable de esto.

—Cada vez comprendo mejor —dijo Fabiola— cuán estrecha relación y enlace guarda cuanto me has dicho hasta ahora: un principio brota de otro como las diferentes partes de una planta. Figurábase que tu doctrina no producía más que las vagas flores de una bella teoría, pero con tu ejemplo claramente me demuestras que pueden convertirse en sólidos y sazonados frutos. En tu doctrina paréceme distinguir el tronco del cual parten todas las ramas, desde la raíz hasta esos mismos frutos. Porque ¿quién podrá negarse á hacer por otro lo que, por mucho que sea, será inmensamente inferior á lo que por él hizo el mismo Dios? Pero, Miriam, ese árbol debe tener necesariamente una raíz invisible, profunda, de la cual brote todo; tan oculta, que no esté al alcance de nuestra meditación; tan completa, que el entendimiento no la pueda analizar; y sin embargo tan sencilla á la vez, que pueda comprenderla una fe humilde y confiada. Si no temiese hablar en mi actual estado de ignorancia, diría que esa raíz debe ser bastante dilatada para extenderse por toda la naturaleza; bastante rica para llenar la creación con cuanto es bueno y perfecto, y bastante robusta para sostener el tronco de vuestro frondoso árbol, hasta que llegue á perderse su copa más allá de las estrellas y se extiendan sus ramas á las extremidades de la tierra. Así entiendo tu idea acerca de ese Dios á quien me hiciste temer cuando de él me hablaste como filósofa, representándome como un juez escrutador que todo lo ve; pero á quien estoy segura me harás amar ahora que, ya como cristiana, me le presentas como la raíz y fuente de amor y misericordia infinita. Verdaderamente que sin un profundo misterio, que yo desconozco todavía, sobre la naturaleza de ese Dios, no puedo formarme idea cabal de la doctrina de la redención del hombre.

—Fabiola, —contestó Miriam, — otros maestros más doctos que yo colmarán en lo posible los justos anhelos de vuestro privilegiado entendimiento. Empero ¿queréis ahora prestar sencilla fe á lo poco que pueda decirnos?

—Miriam, —respondió Fabiola con vivo énfasis:— LA QUE ESTÁ PRONTA Á DAR SU VIDA POR OTRA, NO TRATARÁ SEGURAMENTE DE ENGAÑARLA.

—Ahora mismo —dijo la enferma sonriendo— acabais de descubrir otro gran principio, cual es el de la Fe. Me limitaré, pues, á referiros lo que nos enseña Jesucristo, que murió verdaderamente por nosotros. Dad solamente crédito á mi palabra

como á la de un testigo fiel, y aceptad la suya como palabra de un Dios que no puede errar.

Inclinó Fabiola la cabeza y se puso á escuchar con reverente recogimiento á la que antes respetara como profesora de una sabiduría aprendida en alguna escuela desconocida, pero á quien acataba ahora como á un ángel que le abría las compuertas del eterno Océano, cuyas aguas son la insondable sabiduría que inunda la tierra.

Miriam expuso en los sencillos términos de la enseñanza católica el sublime misterio de la Trinidad; y después de referir la prevaricación del primer hombre explicó el misterio de la Encarnación, narrando con las mismas palabras de san Juan la historia del Verbo eterno hasta que se encarnó y habitó entre los hombres. Con frecuencia la interrumpía su neófito con exclamaciones de admiración y asentimiento, sin una sola que expresara duda ó dificultad. La filosofía cedía su puesto á la religión, el sofisma á la docilidad, la incredulidad á la fe.

Mas de pronto reparó Miriam que la tristeza anublaba el semblante de Fabiola, y solícita le preguntó la causa.

—Apenas me atrevo á decírtela,—respondió.—Cuanto me has referido es tan bello, tan divino, que me parece necesario no pasar más adelante. ¡El Verbo! ¡qué nombre tan noble! ¡El Verbo, es decir, la expresión del amor de Dios, la manifestación de su Sabiduría, la evidencia de su poder, el soplo de su vida vivificante, fué hecho carne! Y ¿quién se la suministrará? ¿La recogerá de los inmundos desechos de una humanidad corrompida, ó creará expresamente para sí una humanidad nueva? ¿Irá á tomar lugar en una doble genealogía, recibiendo dentro de sí mismo una doble corriente de corrupción? Y ¿hallará en la tierra hombre tan elevado y poderoso, de especie tan superior que pueda llamarse su padre?

—No,—respondió Miriam,—pero hallará una Mujer bastante santa y humilde para ser digna de llamarse su Madre. Cerca de ocho siglos antes de que el Hijo de Dios viniese al mundo, un Profeta predijo y dejó escrito en un libro consagrado á los judíos, enemigos capitales de Jesucristo, que una Virgen concebiría y pariría á un Hijo; cuyo nombre sería Emmanuel (1); palabra que en lengua hebrea significa «Dios con nosotros», es decir con los hombres. Esta profecía se cumplió en la concepción y el nacimiento del Hijo de Dios en la tierra.

—Y ¿quién fué Ella?—preguntó Fabiola con profundo respeto.

—Una cuyo nombre es bendecido por cuantos adoran el de

(1) Isaf. vii, 14.

su divino Hijo. Debeis conocerla con el nombre de María, *Miriam* en su lengua nativa, el mismo nombre con que yo me honro. Su virtud y su santidad la dispusieron para la sublime dignidad que le estaba reservada. No tenía mancha que lavar, porque era sin mancha; no necesitaba ser purificada, porque fué siempre pura; ni libertada de pecado, porque nació inmaculada. Esa corriente de que hablábais encontró en Ella el dique de un eterno decreto por el cual se impidió que la santidad de Dios se mezclase con el pecado, que únicamente podía Jesucristo redimir permaneciendo ajeno al pecado mismo. Limpia como la sangre de Adán cuando el soplo divino la hizo circular por sus venas; pura como la carne de Eva mientras estaba aún en las manos del Todopoderoso que la arrancaba del costado del primer hombre dormido; tales fueron la sangre y la carne que formó el espíritu de Dios para la gloriosa humanidad que Jesús recibió de María. Y ahora, Fabiola, después de tan extraordinario privilegio concedido á nuestro sexo en María, ¿os sorprenderá acaso que mujeres como la dulce Inés escojan por modelo á esta Virgen sin par, viendo en la que Dios eligió para Madre el espejo de todas las virtudes, y que en vez de dejarse uncir al yugo de este mundo, aun cuando sea con los más tiernos vínculos, quieran remontarse al cielo en alas de un amor indiviso, como el amor de María?

Tras una breve pausa, en que tomó aliento, continuó Miriam el resumen de la historia del nacimiento del Salvador, de su laboriosa juventud, de su vida pública tan activa como llena de sufrimientos, y por último de su dolorosa cuanto ignominiosa Pasión. Interrumpióla no pocas veces los suspiros y sollozos de su discípula, que la oía con atención y dispuesta á instruirse. Llegada la hora de descansar le preguntó Fabiola humildemente:

—¿Estarás demasiado para contestar á otra pregunta mía?

—¡Oh! no,—respondió afanosa Miriam.

—Dime, ¿qué esperanza le queda á la que no puede alegar ignorancia, porque presumía saberlo todo; á la que nunca desdenó instruirse y fué siempre apasionada por la ciencia, pero que hoy debe confesar que despreció la verdadera sabiduría y escarneció al Dispensador de ella; en suma, á la que se burlaba de los tormentos de Aquel á quien llamaba por escarnio el *Crucificado*, y hasta ridiculizaba su muerte sin reflexionar que sus tormentos atestiguaban su amor á los hombres y que con su muerte los redimía? ¿A esta desventurada puede quedarle alguna esperanza de...

Y un copioso llanto ahogó la voz de Fabiola. Miriam aguardó en silencio á que la desatada lluvia se convirtiera en el suave rocío que ablanda el corazón del que llora, y dijo después con tono tierno y persuasivo:

—En los días del Señor vivía una mujer que se llamaba también como su inmaculada Madre. Esa mujer había sido una pública y escandalosa pecadora, mas al fin se horrorizó de sus pecados y de la degradación en que había caído. Conoció al Salvador, no se sabe cómo, y abandonándose presto en su interior á una férvida contemplación, acabó por amarle intensamente por su benigna familiaridad con los pecadores, por su dulzura y misericordia con los culpables. Amó al Señor y amóle cada vez más vivamente; y olvidándose de sí misma, no pensó ya sino en cómo podría manifestarle su amor que redundase en honor de El todo lo posible, y para ella en la mayor confusión. Dirigióse, pues, á la casa de un hombre rico que acababa de dar hospitalidad al Divino Jesús y que en su orgullo y altanería trató con menosprecio á la pública pecadora. Quiso ésta suplir á ciertas atenciones que se habían omitido con Aquel á quien amaba, y según previó de antemano fué vilipendiada como intrusa por la manifestación de su inconsolable dolor.

—Y ¿qué hizo, Miriam, esa mujer?

—Se arrodilló á los piés del Señor mientras estaba sentado á la mesa, los regó con sus lágrimas, los enjugó con sus largos y hermosos cabellos, y después de besarlos fervorosamente derramó sobre ellos un bálsamo de gran precio.

—Y ¿cuál fué el resultado?

—Que habiéndola llenado de improperios el amo de la casa, Jesús la defendió y dijo que sus pecados le eran perdonados porque había amado mucho; despidiéndola luego llena del más dulce consuelo.

—Y ¿qué fue de ella?

—Cuando Jesús estaba crucificado en el Calvario, sólo dos mujeres obtuvieron el privilegio de permanecer junto á él: una fué María Inmaculada, la otra María la penitente; para patentizar así que el amor sin mancilla y el amor arrepentido pueden caminar de la mano ante Aquel que dijo haber venido al mundo para llamar á penitencia, no á los justos, sino á los pecadores.

Suspendiendo aquí su plática no volvieron á pronunciar una palabra más aquella noche Fabiola y Miriam. Fatigada ésta por los esfuerzos que había hecho, cayó en plácido sueño. Fabiola continuó sentada á su lado, con el corazón y la mente rebosando de aquella doctrina de amor. Meditando incesantemente sobre cuanto acababa de oír, cada vez se penetraba más del perfecto acuerdo que existía entre todas las partes de tan admirable sistema. Porque si Miriam, imitando el amor del Redentor, estuvo pronta á morir por ella, no lo estuvo ménos á perdonarla cuando inconsideradamente la injuriara. Ahora ya entendía cómo todo cristiano debe imitar á su Maestro: la que allí dormía tan tran-

quila era fiel imagen suya, y bien podía representar á los ojos de Fabiola al Divino Salvador.

Quando, después de algunas horas de tranquilo reposo, despertó Miriam, vió á su ama (pues no estaba aún extendida su carta de libertad) yacente á sus piés, sobre los cuales había llorado, hasta que en aquella humilde postura la venció el sueño. Miriam comprendió toda la significación y el mérito de aquel acto de humillación espontánea, y dió gracias á Dios en el fondo de su corazón por haberse dignado aceptar su sacrificio.

XXXI

Historia de Miriam

A la mañana siguiente Dionisio halló á la enferma y á su noble enfermera poseídas de tan vivo contento y satisfacción, que se congratuló con ambas de que hubiesen pasado una buena y sosegada noche. Rieronse las dos, manifestando que en efecto había sido aquella noche la más feliz de su vida. Mirábalas Dionisio sorprendido, hasta que Miriam, asiendo á Fabiola de la mano, se la presentó, diciendo:

—Venerable siervo de Dios, confío á vuestro paternal cuidado esta catecúmena, que anhela instruirse á fondo en los misterios de nuestra santa Fe y ser regenerada por las aguas de la vida eterna.

—¡Cómo!—exclamó Fabiola admirada,—¿sois más que un médico?

—Soy además, hija mía, sacerdote, aunque indigno, de la Iglesia de Dios.

Fabiola postróse á sus piés sin vacilar y le besó la mano. Dionisio le puso la diestra sobre la cabeza, y dijo:

—Animo, hija mía, que no eres la primera de tu familia á quien Dios acoge en el gremio de su santa Iglesia. Hace ya muchos años fui llamado aquí á pretexto de visitar á una enferma; pero en realidad para administrar el bautismo, pocas horas antes que espirase, á la esposa de Fabio.

—¡A mi madre!—exclamó Fabiola.

—Sí; á tu madre, fallecida poco después de haberte dado á luz.

— ¿Murió, pues, cristiana?

— Sí; y no me cabe la menor duda de que su espíritu ha acompañado al Ángel de tu guarda, guiando tus pasos hasta la bendita hora presente, y orando incesantemente por tí ante el trono del Altísimo.

Enajenáronse de gozo los corazones de las dos amigas, y después de concertar con Dionisio las disposiciones necesarias para la instrucción de Fabiola y su preparación al bautismo, acercóse ésta á Miriam, y tomándole la mano le dijo:

— Miriam, ¿me permitirás que de hoy en adelante te llame hermana?

Por toda respuesta recibió Fabiola un apretón de manos y gozosas lágrimas de la enferma.

Siguiendo el ejemplo de su ama, la anciana nodriza Eufrasia y la esclava griega se pusieron también bajo la dirección del venerable Dionisio para prepararse á recibir el sacramento del Bautismo la víspera de Pascua de Resurrección, uniéndose á ellas Emerenciana, la hermana de leche de Inés, que Fabiola recogiera en su casa.

En el transcurso de su convalecencia contó Miriam á Fabiola varias particularidades de su vida, y como arrojan no poca luz sobre pasajes que llevamos referidos, vamos á transmitirlos al lector en forma de historia.

Algunos años antes de la época en que principia nuestra narración vivía en Antioquia un hombre que, si no de antiguo linaje, era muy rico y estaba relacionado con las familias más ilustres de aquella ciudad. Para conservar su posición habíase visto obligado á hacer grandes gastos, y por falta de bien ordenada economía se halló al fin abrumado de deudas. Estaba casado con una dama de virtud ejemplar, que fué cristiana primero en secreto, y luego ostensiblemente á pesar de la oposición de su marido.

Fruto de ese matrimonio fueron dos hijos, varón y hembra, de cuya educación se encargó la madre. El hijo, llamado Oroncio, nombre del río que baña la ciudad, contaba ya quince años cuando su padre descubrió las creencias religiosas de su esposa. Ya el niño había sido iniciado por su propia madre en los principios de la doctrina cristiana y asistía también á las ceremonias del culto, poseyendo así el conocimiento de ellas, de que más tarde hizo tan funesto uso. Sin embargo, no sentía la menor inclinación á abrazar las doctrinas ni á sujetarse á las prácticas cristianas, y menos aún á prepararse para recibir el bautismo. Voluntarioso por naturaleza al par que astuto, se resistía á poner freno á sus pasiones, y quería gozar á sus anchas de los honores mundanos y de todas las diversiones y placeres de la más desenfrenada licencia. Además de la lengua griega, que era la

comunmente usada en Antioquia, hablaba con facilidad y elegancia la latina. Con tales dotes no es de admirar que Oroncio se regocijase en extremo cuando su padre le separó de la vigilancia maternal y quiso que permaneciera adicto á la religión del Estado.

Respecto á la hija, tres años menor que Oroncio y cuyo verdadero nombre era Syra por descender su madre de una acaudalada familia de Edesa, nada le importó al padre que continuase en el ejercicio de su nuevo culto. Miriam, de cuya educación intelectual había cuidado con esmero su madre, creció sencilla y retirada, y notardó en ser un modelo de virtud. Consignáremos de paso que en aquella época la ciudad de Antioquia gozaba de gran fama por la sabiduría de sus filósofos, de los cuales no pocos eran también ilustres cristianos.

Algunos años después, cuando entrado Oroncio en su mayor edad iba desarrollándose ya su perversa índole, pasó á mejor vida su virtuosa madre. Como no se ocultaba á ésta la ruina que amenazaba á su marido, resuelta á que su hija no dependiese de la malversación del padre ni del fatal egoísmo y ambición del hermano, antes de morir aseguró su propia fortuna de la codicia de entrambos, instituyéndola en toda forma su heredera universal. Resistióse con firmeza á las influencias y á los artificios empleados para que desistiese de su determinación, ni se dejó vencer por las vivas instancias que se le hicieron para que cediese sus bienes y los involucrase con el caudal de su familia: entre otros consejos que dió á su hija en el lecho de muerte, le exigió la promesa solemne de que no consentiría nunca, cuando llegase á la mayor edad, que se alterasen en lo más mínimo sus disposiciones.

Crecieron de día en día los apuros del padre, pues sus negocios iban de mal en peor, y apremiado por los acreedores había obtenido una sentencia de expropiación, cuando se presentó y agregó á la familia un personaje misterioso, llamado Eurotas. Nadie sino el jefe de la casa parecía conocerle, y aun éste le consideraba unas veces como salvador y bienhechor de la familia, y otras como su genio maléfico y causa principal de su ruina.

Como el lector conoce ya las confesiones de Eurotas, bastará añadir que á pesar de ser el hermano mayor, conociendo que su genio brusco, displicente y sombrío le incapacitaba para estar al frente de la familia y administrar tranquila y discretamente la hacienda, y dominado de la ambición de elevarla á más alta posición y aumentar su fortuna, tomó cierta suma de dinero, desapareció por algunos años, dedicóse á un arriesgado tráfico en el interior del Asia, penetró en la China y en la India, y por último regresó con un crecido capital en piedras precio-

sas, con el cual facilitó á su sobrino la breve carrera de ostentación que en Roma le vino á conducir á su ruina.

En lugar de una familia rica, en la cual se hubieran podido acumular riquezas superfluas, Eurotas encontró únicamente á su regreso una casa que necesitaba reedificarse sobre sus ruinas: pero prevaleció el orgullo de familia, y después de amargas reconvencciones y violentos altercados con su hermano, bien que ignorados de los demás, pagó con su capital todas las deudas, y se convirtió virtualmente en dueño de los restos de la fortuna de su hermano y en tirano de la familia entera.

Después de algunos años más de trabajosa existencia murió el padre. En sus últimos momentos llamó junto á su lecho á Oroncio y le dijo que nada poseía para cedérselo en herencia, pues de todo estaba posesionado Eurotas, á quien, sin embargo, le dejaba recomendado. Sin manifestarle el estrecho parentesco que con éste le unía, el moribundo manifestó á su hijo que no le quedaba en la tierra sino Eurotas como protector y guía.

Devorado por el orgullo, la ambición y el libertinaje, Oroncio se halló súbitamente en manos de un hombre sin corazón, desnaturalizado, y con no menos ambición que la suya, el cual por primera condición le impuso la sumisión más absoluta á su voluntad, en la inteligencia además de que ningún esfuerzo había de omitir encaminado al exclusivo fin de restaurar la fortuna y el brillo de la familia, sin preocuparse un punto en si eran buenos ó malos, honrosos ó viles, los medios empleados.

Después de la ruina de la casa, era poco menos que imposible continuar viviendo en Antioquía. Oroncio estaba en la persuasión de que con un mediano capital podía con mejor éxito tentar fortuna en otra parte que no fuese su nativo suelo: mas luego se encontró con que la venta de todo cuanto quedaba de su padre apenas alcanzaba á cubrir sus deudas. Todavía, sin embargo, quedaba intacta la herencia de su hermana, y tío y sobrino convinieron en la necesidad de arrebátársela.

Al efecto ensayaron todo género de artificio, pero ella les opuso una firme resistencia, ya porque no quería faltar al mandato de su moribunda madre, ya porque proyectaba fundar una comunidad de vírgenes consagradas como ella al Señor y pasar el resto de sus días en la oración y en obras buenas. Como por entonces acababa de entrar en la edad legal y podía disponer libremente de su hacienda, ofrecióles hacer en obsequio de ellos cuanto pudiese y proveer á sus necesidades; pero como tal proposición no llenaba sus deseos, y en vista de que eran inútiles todas sus astucias, ideó Eurotas los medios más violentos para deshacerse á toda costa de una persona que les obstruía el paso.

Oroncio se estremeció al cruel pensamiento de un delito,

mas Eurotas fué gradualmente familiarizándole con su horrible idea, hasta que no deteniendo ya á Fulvio sino la repugnancia de cometer por su propia mano un fratricidio, figuróse que haría casi un esfuerzo de virtud imitando á los hermanos de José, que encontraron la manera de desembarazarse de él sin verter su sangre.

Nada más á propósito para la realización de su pensamiento que una estratagema, una violencia oculta, de que no pudiesen conocer los tribunales ni ser denunciada por nadie: y tales fueron precisamente los medios de que se valió.

Entre los privilegios de que gozaban los cristianos primitivos llevamos ya mencionado el de conservar en su casa la sagrada Eucaristía para comulgar en secreto, y hemos también descrito cómo la envolvían en el *orarium* ó lienzo, y este á su vez en una más rica tela, encerrando tan precioso don en un *arca* cerrada bajo llave. Esto lo sabía Oroncio, como también que aquel don era estimado por los cristianos infinitamente más que el oro y la plata; que los Padres de la Iglesia consideraban como un espantoso delito el dejar caer por negligencia una partícula del Pan consagrado, y que el nombre de *perla* que daban al más pequeño fragmento (1) patentizaba que era tan precioso á los ojos de los buenos creyentes, que todo en el mundo lo sacrificarían por salvar de una profanación sacrilega la Santa Eucaristía.

El rico pañuelo recamado de perlas con que más de una vez hemos llamado la atención del lector, era la envoltura exterior con que la madre de Miriam preservaba ese tesoro; y la hija lo conservaba como preciosa herencia y como reliquia sagrada, pues continuaba aplicándolo al mismo uso.

Una mañana, arrodillada Miriam delante de su doméstico tabernáculo, procedió á abrirlo después de una fervorosa oración. ¡Cuál fué su sorpresa y su consternación al notar que el arca estaba descerrajada y sustraído su tesoro! Echóse á llorar amargamente como María Magdalena en el sepulcro porque le habían llevado su Señor y no sabía dónde lo habían depositado (2); y como ella también se inclinó y miró otra vez con más atención dentro del arca, descubriendo entonces un papel que á causa de su primera sorpresa y turbación no había advertido antes. En él pudo leer que el objeto que buscaba lo tenía su hermano, de quien podría rescatarlo. Corrió al punto en busca suya, y lo encontró en íntimo coloquio con Eurotas, á cuya

(1) Así en la liturgia oriental. Fortunato llama á la sagrada Eucaristía *Corporis Agni margarita ingens*: «la gran perla del Cuerpo del Cordero» (Lib. III).

(2) Joan. xxi, 13.

presencia se estremecía siempre: arrodillada á los pies de Oroncio, suplicóle con lágrimas que le devolviese lo que ella estimaba en más que el mayor tesoro. Estaba Oroncio á punto de ceder, cuando Eurotas, clavando en él miradas de fuego, le intimidó, y volviéndose á Miriam dijo:

—Te cogemos la palabra, y queremos aquilatar la firmeza de tu fe. ¿Deseas en realidad rescatar lo que buscas?

—Sacrificaré cuanto poseo por evitar la profanación del Santo de los Santos.

—Firma, pues, este papel, dijo Eurotas con diabólica sonrisa.

Tomó Miriam la pluma, y después de pasar una rápida ojeada por el documento puso en él su firma. Era una cesión completa de todos sus bienes á Eurotas, sin que en ella se refiriese para nada á Oroncio, que si bien se enfureció de que el hombre á quien él mismo sugiriera aquella traza contra su hermana se aprovechase de ella dejándole burlado, tuvo que morder la cadena con que le tenía más que nunca oprimido. De allí á poco, Eurotas exigió de Miriam una renuncia más explícita de sus derechos, que fué revestida de las formalidades prescritas por la legislación romana.

Al principio los dos cómplices trataron con blandura y halagos á su víctima, pero luego le insinuaron la necesidad en que estaba de dejar la casa de Antioquía, á causa de que Oroncio y su amigo tenían resuelto pasar á Nicomedia, residencia de los emperadores. Pidió Miriam que la enviasen á Jerusalem, donde esperaba ser admitida en alguna Comunidad de religiosas; y al efecto fué embarcada á bordo de un buque cuyo capitán no gozaba de la mejor reputación. Como acostumbraban los cristianos de aquellos tiempos al emprender un largo viaje, Miriam llevó consigo la Hostia Santa cuidadosamente envuelta en aquel pañuelo, la única prenda de valor que guardó en su poder al ausentarse de la casa paterna.

Cuando el buque se halló en alta mar, en vez de hacer rumbo á Joppe ú otro cualquier punto de la costa, continuó navegando mar adentro, ignorábase hacia qué lejano país. Los pocos pasajeros que iban en la nave comenzaron á alarmarse y promover una acalorada disputa, á la que puso término una repentina y violenta borrasca. Impelida la embarcación durante algunos días á merced de los vientos, fué á estrellarse en los arrecifes de una pequeña isla cercana á la de Chipre. Arrojada sana y salva á la playa, atribuyó Miriam su salvación al inapreciable tesoro que llevaba consigo. Creyó ser la única persona salvada del naufragio, porque no vió en la costa otros naufragos: no faltó, sin embargo, quien se salvara también, y que al regresar á Antioquía esparciera la nueva de la muerte de Miriam y de los demás pasajeros y tripulantes.

Algunos isleños que vivían de despojos de los naufragos, recogieron á Miriam en la playa, y viéndola sin amigos y sin recursos la vendieron á un mercader de esclavos, quien la llevó á Tarsó en el continente, y allí la volvieron á vender á una persona de alto rango que la trató con suma bondad.

Poco tiempo después, habiendo encargado Fabio á uno de sus agentes en Asia que le proporcionase, sin reparar en el precio, una esclava instruida, virtuosa y de maneras distinguidas para cuidar á su hija, vino Miriam á Roma bajo el nombre de Syra para traer la salvación á la casa de Fabiola.

XXXII

Muerte gloriosa

Algunos días después de los sucesos referidos en el penúltimo capítulo anunciaron á Fabiola que deseaba hablarle un anciano al parecer muy acongojado. Bajó Fabiola y le preguntó su nombre y el objeto que le traía.

—Me llamo Efraim,—respondió el viejo,—acredito una suma considerable, asegurada sobre los bienes de la difunta Inés; y como según mis informes acaban de pasar á vuestras manos, vengo á reclamaros su pago, porque si no lo realizo estoy arruinado.

—No comprendo cómo pueda ser eso,—dijo Fabiola con suma extrañeza.—No creo posible que mi prima haya contraído nunca deudas.

—No fué ella precisamente,—repuso algo turbado el usurero,—sino un sujeto llamado Fulvio, á quien por derecho de confiscación debían pasar esos bienes, y sobre ellos le adelanté una crecida suma.

El primer impulso de Fabiola fué despedir á aquel importuno sin otra réplica; pero acordándose de Miriam, hermana del deudor, dijo al usurero:

—Satisfaré las deudas contraídas por Fulvio, pero sólo con el interés legal y prescindiendo de vuestros contratos usurarios.

—Sin embargo, señora, considerad los riesgos á que me expuse, y tened por cierto que mis condiciones han sido bastante moderadas.

presencia se estremecía siempre: arrodillada á los pies de Oroncio, suplicóle con lágrimas que le devolviese lo que ella estimaba en más que el mayor tesoro. Estaba Oroncio á punto de ceder, cuando Eurotas, clavando en él miradas de fuego, le intimidó, y volviéndose á Miriam dijo:

—Te cogemos la palabra, y queremos aquilatar la firmeza de tu fe. ¿Deseas en realidad rescatar lo que buscas?

—Sacrificaré cuanto poseo por evitar la profanación del Santo de los Santos.

—Firma, pues, este papel, dijo Eurotas con diabólica sonrisa.

Tomó Miriam la pluma, y después de pasar una rápida ojeada por el documento puso en él su firma. Era una cesión completa de todos sus bienes á Eurotas, sin que en ella se refiriese para nada á Oroncio, que si bien se enfureció de que el hombre á quien él mismo sugiriera aquella traza contra su hermana se aprovechase de ella dejándole burlado, tuvo que morder la cadena con que le tenía más que nunca oprimido. De allí á poco, Eurotas exigió de Miriam una renuncia más explícita de sus derechos, que fué revestida de las formalidades prescritas por la legislación romana.

Al principio los dos cómplices trataron con blandura y halagos á su víctima, pero luego le insinuaron la necesidad en que estaba de dejar la casa de Antioquía, á causa de que Oroncio y su amigo tenían resuelto pasar á Nicomedia, residencia de los emperadores. Pidió Miriam que la enviasen á Jerusalem, donde esperaba ser admitida en alguna Comunidad de religiosas; y al efecto fué embarcada á bordo de un buque cuyo capitán no gozaba de la mejor reputación. Como acostumbraban los cristianos de aquellos tiempos al emprender un largo viaje, Miriam llevó consigo la Hostia Santa cuidadosamente envuelta en aquel pañuelo, la única prenda de valor que guardó en su poder al ausentarse de la casa paterna.

Cuando el buque se halló en alta mar, en vez de hacer rumbo á Joppe ú otro cualquier punto de la costa, continuó navegando mar adentro, ignorábase hacia qué lejano país. Los pocos pasajeros que iban en la nave comenzaron á alarmarse y promover una acalorada disputa, á la que puso término una repentina y violenta borrasca. Impelida la embarcación durante algunos días á merced de los vientos, fué á estrellarse en los arrecifes de una pequeña isla cercana á la de Chipre. Arrojada sana y salva á la playa, atribuyó Miriam su salvación al inapreciable tesoro que llevaba consigo. Creyó ser la única persona salvada del naufragio, porque no vió en la costa otros naufragos: no faltó, sin embargo, quien se salvara también, y que al regresar á Antioquía esparciera la nueva de la muerte de Miriam y de los demás pasajeros y tripulantes.

Algunos isleños que vivían de despojos de los naufragos, recogieron á Miriam en la playa, y viéndola sin amigos y sin recursos la vendieron á un mercader de esclavos, quien la llevó á Tarsó en el continente, y allí la volvieron á vender á una persona de alto rango que la trató con suma bondad.

Poco tiempo después, habiendo encargado Fabio á uno de sus agentes en Asia que le proporcionase, sin reparar en el precio, una esclava instruida, virtuosa y de maneras distinguidas para cuidar á su hija, vino Miriam á Roma bajo el nombre de Syra para traer la salvación á la casa de Fabiola.

XXXII

Muerte gloriosa

Algunos días después de los sucesos referidos en el penúltimo capítulo anunciaron á Fabiola que deseaba hablarle un anciano al parecer muy acongojado. Bajó Fabiola y le preguntó su nombre y el objeto que le traía.

—Me llamo Efraim,—respondió el viejo,—acredito una suma considerable, asegurada sobre los bienes de la difunta Inés; y como según mis informes acaban de pasar á vuestras manos, vengo á reclamaros su pago, porque si no lo realizo estoy arruinado.

—No comprendo cómo pueda ser eso,—dijo Fabiola con suma extrañeza.—No creo posible que mi prima haya contraído nunca deudas.

—No fué ella precisamente,—repuso algo turbado el usurero,—sino un sujeto llamado Fulvio, á quien por derecho de confiscación debían pasar esos bienes, y sobre ellos le adelanté una crecida suma.

El primer impulso de Fabiola fué despedir á aquel importuno sin otra réplica; pero acordándose de Miriam, hermana del deudor, dijo al usurero:

—Satisfaré las deudas contraídas por Fulvio, pero sólo con el interés legal y prescindiendo de vuestros contratos usurarios.

—Sin embargo, señora, considerad los riesgos á que me expuse, y tened por cierto que mis condiciones han sido bastante moderadas.

—Bien; entendedos con mi mayordomo, y pensad que ahora no correis riesgo alguno.

Fabiola dió al efecto instrucciones al encargado de administrar sus bienes para que pagara la deuda bajo la condición dicha, la cual redujo á una mitad las pretensiones del usurero. Arreglado este asunto, encargó al administrador una tarea más complicada, la de examinar las cuentas de su difunto padre, para subsanar por medio de una restitución pronta todos los daños y perjuicios ocasionados por injusticia ó vejación. Ni se detuvo aquí Fabiola; pues habiendo averiguado que Corvino había obtenido realmente con la influencia de su padre el rescripto imperial por el que se sustrajeron de la confiscación los bienes de su prima, si bien se negó siempre á recibirle, ordenó que se le remunerase con una suma suficiente para que pudiese vivir con desahogo el resto de sus días.

Desembarazada ya de los negocios temporales, Fabiola distribuyó su tiempo entre el cuidado de su enferma y su propia instrucción religiosa que debía preceder á la recepción del bautismo. Para acelerar la curación de Miriam la condujo á la quinta Nomentana, sitio que tan agradable era para entrambas. Como había llegado ya la primavera, podían aproximar á la ventana el lecho de Miriam, y aún á las horas más templadas del día trasladarle al jardín, y allí en medio de Fabiola y Emerenciana, y teniendo acostado á sus pies al pobre Moloso, que había perdido su fiereza, conversaban de los amigos que ya no existían y especialmente de aquella cuya memoria se asociaba á todo cuanto les rodeaba. Discurrían también sobre materias de religión, y entonces continuaba Miriam desarrollando humildemente y sin pretensiones, pero con el fervoroso entusiasmo que tanto había cautivado á Fabiola desde el principio, las instrucciones principiadas por el santo presbítero Dionisio.

Así, por ejemplo, cuando éste les había hablado de la virtud y eficacia de la señal de la cruz que se hacía en la ceremonia del Bautismo, ya sobre la frente de los catecúmenos, ya sobre el agua regeneradora, ó sobre el aceite y el crisma con que eran ungidos, ó sobre la Hostia con que se los alimentaba, explicaba Miriam á las catecúmenas los usos más frecuentes y prácticos de aquella señal, y las exhortaba á imitar en esto á todos los buenos cristianos, persignándose al comenzar cualquier obra, «al entrar y salir de casa, al vestirse, al lavarse, al sentarse á la mesa, al encender la luz, al acostarse y levantarse, y al empezar toda conversación (1).»

(1) Así lo refiere Tertuliano, que vivió unos doscientos años después de Jesucristo, y es el más antiguo de todos los autores eclesiásticos latinos. (*De Corona Milit.*, c. 3).

Entre tanto, todos menos Fabiola observaban con dolor que la enferma, si bien curada ya de la herida, en vez de recobrar sus fuerzas, iba languideciendo de día en día. En las mejillas de Miriam aparecían las chapetas propias de la tisis; estaba débil y demacrada, y de cuando en cuando la acometía una tos ligera y seca. Padecía de insomnio y pedía le colocasen la cama de modo que apenas amaneciera pudiese tender la vista sobre el lugar que le parecía vencer en belleza al más ameno verjel.

Había desde antiguo en la quinta una entrada que conducía al cementerio, el cual llevaba ya el nombre de Inés por haber sido la santa Mártir enterrada en él. Su cadáver descansaba en un *cubiculum* debajo de un sepulcro abovedado. Sobre la cripta, en el centro del espacio en donde estaba construida, había una abertura circular cercada de un parapeto bajo oculto con espesos arbustos, la cual servía para facilitar luz y ventilación á la bóveda inferior. Hacia aquel sitio se complacía Miriam más principalmente en dirigir sus miradas, porque en el estado de su salud era el único medio que le quedaba de acercarse al sepulcro de aquella á quien tanto amaba y veneraba.

Una hermosa mañana, pocas semanas antes de la Pascua, teniendo Miriam fijas sus miradas en dirección del sepulcro de Inés, divisó algunos jóvenes que iban á pescar en el Anio, río inmediato, y para abreviar el camino penetraron en el jardín. Al pasar por junto la abertura del sagrado monumento, uno de ellos, que se asomó á mirar al fondo, llamó á sus compañeros diciéndoles:

—Venid y veréis una de esas guaridas subterráneas de los cristianos.

—Sí, una de sus madrigueras.

—Bajemos á examinarla,—dijo uno

—Y ¿cómo volveremos á subir?—preguntó otro.

Miriam no podía oír aquel diálogo, pero sí vió muy distintamente lo que en seguida hicieron. Uno, que había estado mirando dentro de la cripta, incitó á los demás á que le imitasen, pero recomendándoles por señas que guardasen silencio. Al momento cogieron pedruscos del margen de una fuente vecina y los lanzaron contra algún objeto que había abajo. Alejáronse al fin riendo á carcajadas, y Miriam supuso que habrían visto alguna culebra ú otro animal dañino, y se habrían divertido en matarlo á pedradas.

Cuando se levantaron los de la casa refirióles Miriam el hecho para que fueran á recoger las piedras, y la misma Fabiola fué allá con algunos domésticos, pues atendía con el mayor celo á la conservación del sepulcro de Inés. ¡Cuál no fué su horror y su consternación al encontrar allí bañada en sangre y muerta á la pobre Emerenciana, que había bajado á orar al sepulcro de

su hermana de leche! Luego se supo que la tarde anterior, pasando cerca del río en ocasión que los paganos celebraban unas bacanales, no sólo rechazó sus solicitudes, sino que les echó en cara su disolución y su crueldad contra los cristianos. Enfurecidos aquellos malvados, la persiguieron á pedradas: pudo, sin embargo, sustraerse á su ira, pero sintiéndose herida y casi exánime penetró sin ser vista en el sepulcro de Inés, en donde se quedó por no poder moverse. Allí fué descubierta por los brutales paganos, que anticipándose al ministerio de la Iglesia le confirieron el bautismo de sangre. La humilde niña campesina, enterrada cerca de Inés, mereció la gloriosa distinción de ser conmemorada anualmente entre los Santos.

Fabiola y sus compañeras siguieron el curso habitual preparatorio de doctrina, que fué sin embargo abreviado á causa de la persecución que sufría la Iglesia. Como vivían cerca la entrada de un cementerio y no lejos de varias iglesias, pudieron fácilmente pasar por los tres grados prescritos á los catecúmenos: primero, el de *audientes* ó admitidos á oír la lectura de las lecciones; después el de *genusflectentes*, que asistían de rodillas á una parte de las oraciones litúrgicas; y por último el de *electi* ó *competentes*, preparados ya para recibir el Bautismo.

Cuando entraban en esta última categoría debían asistir con frecuencia á la iglesia, con especialidad los miércoles después de la primera, cuarta y última dominica de Cuaresma, en cuyos días el Misal romano prescribe hoy todavía varias colectas y lecciones que recuerdan aquella antigua costumbre.

El bautismo de Fabiola y de su servidumbre excitó en sus corazones una santa alegría. Todas las iglesias de la ciudad estaban cerradas, inclusa la del Santo Pastor con su baptisterio papal; por lo que al amanecer del venturoso día señalado encaminóse nuestra pequeña comitiva, rodeando las murallas de la ciudad, á la puerta opuesta de la misma, y tomando la vía *Portuensis* ó camino del puerto en la embocadura del Tiber, penetró por unas viñas inmediatas á los jardines del César y descendió al cementerio de Ponciano, famoso por las tumbas de los mártires persas Abdón y Senén.

Emplearon toda la mañana orando y preparándose, y al caer de la tarde principióse la solemne ceremonia, que debía durar toda la noche.

El bautismo no ofreció en realidad sino una ceremonia fúnebre. En una cisterna de unos cuatro ó cinco piés de profundidad recogíase las aguas de un manantial subterráneo, límpidas, pero frías y pálidas, si así se nos permite expresarnos, por estar el depósito construído en la roca volcánica. Un largo tramo de peldaños conducía á aquel tosco baptisterio, y un ligero borde saliente á los lados servía de apoyo al ministro y al catecúmeno,

al cual se le sumergía por tres veces en las aguas regeneradoras.

Al Bautismo seguía inmediatamente la Confirmación, y entonces el neófito, después de recibir la instrucción debida, era admitido por primera vez á la Mesa del Señor y alimentado con el Pan de los Angeles.

Al regreso de Fabiola á su quinta un silencioso y prolongado abrazo señaló su primer encuentro con Miriam. Eran ambas tan felices y estaban tan satisfechas y recompensadas de lo que cada cual hiciera por la otra durante meses enteros, que en vano buscarían palabras con que expresar sus propios sentimientos. La idea fija de Fabiola, el pensamiento dominante que le llenaba de complacencia, era el haberse elevado al nivel de su antigua esclava, no en virtud ó grandeza de alma, ni en celestial sabiduría, ni en mérito á los ojos de Dios, porque en todo esto se reconocía infinitamente inferior; sino como hija de Dios, heredera de su eterno reino, miembro vivo del Cuerpo de Cristo, partícipe de su misericordia y del premio de su redención; en suma, como una de sus nuevas criaturas: y rebosando alegría y satisfacción, comunicó á Miriam sus impresiones.

Nunca la enorgulleció tanto un magnífico traje como la blanca túnica que recibiera al salir del baptisterio y que debía llevar por espacio de ocho días.

Pero nuestro misericordioso Padre sabe el modo de mezclar nuestros goces y penas, y nos envía las últimas cuando nos tiene mejor preparados para sobrellevarlas. En el cordial abrazo á que aludimos notó Fabiola por primera vez la fatigosa respiración y opresión de pecho de su hermana querida. Desechó por el momento toda idea de inquietud, pero envió á llamar á Dionisio rogándole que viniese al día siguiente.

Aquella misma noche celebraron la fiesta de Pascua, en la que Fabiola presidió la mesa al lado de Miriam y en medio de sus esclavas convertidas y de las domésticas de Inés, que había retenido en su servicio. No recordaba haber gozado en su vida de una cena más alegre y deliciosa.

A la mañana siguiente Miriam llamó á Fabiola á su lado, y con extraordinarias demostraciones de afecto le dijo:

—Querida hermana mía, ¿qué harás cuando yo te deje?

Oprimida de dolor, la pobre Fabiola respondió:

—¿Has pensado dejarme? Yo me lisonjeaba de vivir siempre juntas como dos hermanas. Mas si quieres ausentarte de Roma ¿no permitirás que te acompañe para cuidarte y servirte?

Sonrióse Miriam, pero las lágrimas asomaron á sus ojos; y cogiendo de la mano á su hermana le señaló con el dedo al cielo.

Comprendió Fabiola, y dijo:

—¡Oh! no, no, amadísima hermana: ruégale al Señor, que

nada te negará, que yo no te pierda. ¿Qué sería de mí sin tí? Ya que aprendí cuanto puede en nuestro favor la intercesión de los que reinan con Cristo, rogaré á Inés y á Sebastián que pidan á Dios aparte de mí tan inmensa desventura. Miriam, procura restablecerte; estoy segura de que tu dolencia no es grave. La estación templada y el aire puro y sano de la Campania restaurarán pronto tus fuerzas, y sentadas juntas cabe la fuente hablarémos de cosas más sublimes que la filosofía.

Miriam, moviendo la cabeza, replicó, no triste, sino placentera:

—No hay ya remedio, querida mía. Dios me ha conservado hasta el día por mí tan deseado: pero El me llama ahora, y respondo gozosa á su llamamiento. Mis días están contados.

—¡No tan pronto, no tan pronto!—exclamó Fabiola sollozando.

—No será mientras lleves tu vestido blanco,—dijo Miriam.—Sé que desearás vestir luto por mí, y por nada te privaría una hora de tu mística blancura.

Cuando llegó Dionisio notó grande alteración en la enferma, á quien hacía algún tiempo no había visitado. Sucedió lo que tenía previsto: la insidiosa punta de la daga se había enroscado al hueso y dañado la pléura, sobreviniendo rápidamente la tisis. Dionisio confirmó, pues, el triste presentimiento de Miriam.

Llena su alma de congoja, Fabiola fué á desahogarse con lágrimas y súplicas cabe el sepulcro de Inés, para impetrar de Dios resignación y valor en tan amargo sacrificio. Después, resignada y tranquila, volvió al lado de la enferma.

—Hermana,—le dijo con voz entera y firme,—cúmplase la voluntad del Señor. Estoy dispuesta á entregarle todo, hasta á tí. Ahora dime tu deseo, lo que debo hacer cuando te hayas separado de mí lado en este mundo.

Levantó Miriam la vista al cielo y respondió:

—Deposita mi cuerpo á los piés de Inés, y tú vive para guardarnos y para pedirle por mí hasta que venga del Oriente un peregrino que será portador de felices nuevas.

El domingo siguiente, *Dominica in Albis*, el presbítero Dionisio celebró, por privilegio especial, los santos Misterios en el aposento de Miriam; le administró por viático la sagrada Comunión, y después del santo Sacrificio la Extremunción, último Sacramento que la Iglesia confiere á sus hijos.

Fabiola, que con todos los suyos asistió á tan solemnes ritos acompañándolos con lágrimas y oraciones, bajó luego á la vecina cripta para asistir á los Divinos Oficios, después de los cuales, despojándose de su blanca vestidura, volvió en traje de luto al lado de Miriam.

—Llegó la hora,—dijo ésta tomando la mano á Fabiola.—

Hermana mía, perdóname si en algo falté á mis deberes contigo y si dejé alguna vez de darte buen ejemplo.

A tales palabras no pudo Fabiola contenerse y prorrumpió en copioso llanto.

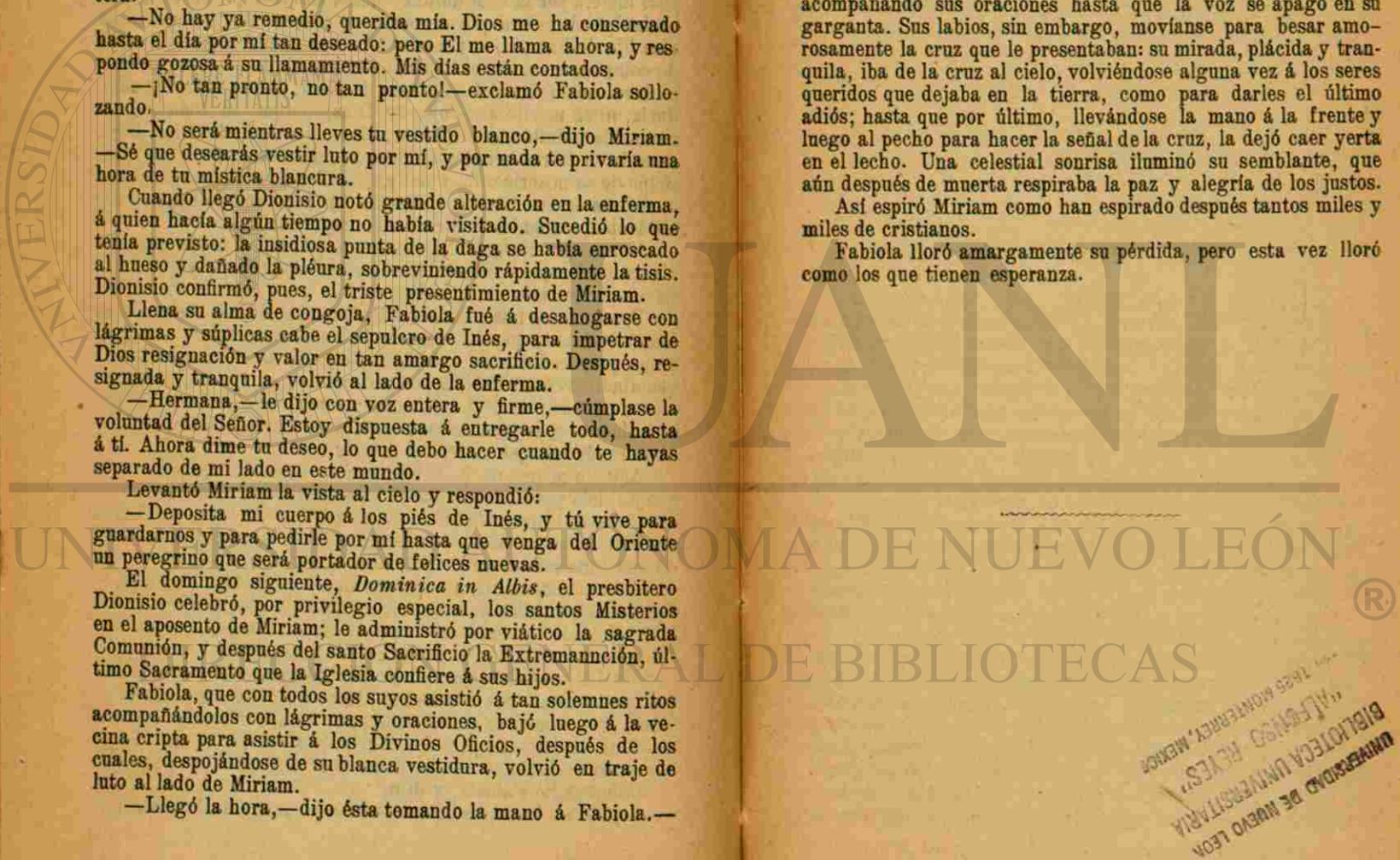
Miriam trató de consolarla, diciendo:

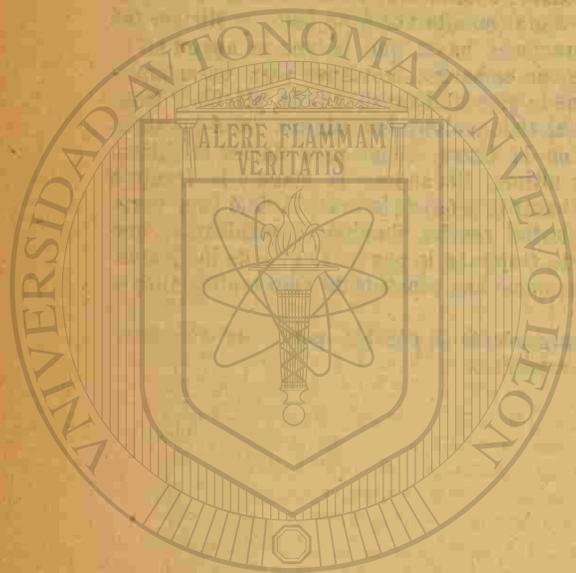
—Pon en mis labios, hermana mía, el signo de nuestra salvación cuando ya no pueda hablar; y vos, buen Dionisio, cuando haya dejado de existir, acordaos de mí en el altar de Dios.

Dionisio empezó á orar en alta voz á su lado, y Miriam fué acompañando sus oraciones hasta que la voz se apagó en su garganta. Sus labios, sin embargo, movíanse para besar amorosamente la cruz que le presentaban: su mirada, plácida y tranquila, iba de la cruz al cielo, volviéndose alguna vez á los seres queridos que dejaba en la tierra, como para darles el último adiós; hasta que por último, llevándose la mano á la frente y luego al pecho para hacer la señal de la cruz, la dejó caer yerta en el lecho. Una celestial sonrisa iluminó su semblante, que aún después de muerta respiraba la paz y alegría de los justos.

Así espiró Miriam como han espirado después tantos miles y miles de cristianos.

Fabiola lloró amargamente su pérdida, pero esta vez lloró como los que tienen esperanza.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

TERCERA PARTE

VICTORIA

I

El peregrino de Oriente

En el punto á que hemos llegado no parece sino que andamos vagando en la soledad de un desierto. Uno tras otro han ido desapareciendo cuantos nos acompañaban y sostenían con sus palabras, pensamientos y acciones, y todos los horizontes nos ofrecen lúgubre perspectiva. Mas ¿por qué maravillarnos de ello? El período que hemos descrito no era de existencia tranquila y pacífica, sino de zozobra, combates y sangre. ¿Qué mucho, pues, que los más animosos y valientes fuesen los primeros en sucumbir? Hemos evocado la memoria de la persecución más cruel que sufrió la Iglesia; de una época en que sus feroces enemigos llegaron á proponer que se levantase una columna con una inscripción que perpetuara el recuerdo de haber sido exterminado de la faz de la tierra el nombre cristiano. ¿Deberá, pues, sorprendernos que los más santos y puros hayan obtenido las primeras palmas de un glorioso triunfo?

Y sin embargo la Iglesia de Cristo debía aún sufrir tenaz y fiera persecución. Durante veinte años consecutivos una larga serie de tiranos y opresores continuaron sin tregua la más tremenda guerra contra ella en todas las partes del mundo, aun después que Constantino trató de reprimirla en todos los puntos á donde se extendía su poder. Diocleciano, Galerio, Maximino y Licinio en Oriente, Maximiano y Majencio en Occidente, no concedieron en todos sus dominios un momento de reposo á los cristianos. Semejante á una de aquellas furiosas tormentas que

se extienden sobre todo un hemisferio, recorriendo diversas comarcas con asoladora violencia, la persecución de que hablamos descargó su furia, primero sobre un país, luego sobre otro, pasando de Italia al Africa, del Asia septentrional á la Palestina y al Egipto, retrocediendo á la Armenia, sin dejar una sola región en paz, antes bien dilatándose sobre toda la extensión del Imperio cual negra nube preñada de rayos y de tempestades.

Pero la Iglesia crecía y prosperaba, desafiando á este siglo de corrupción. Uno en pos de otro los Pontífices iban pasando desde su solio al patíbulo; reuníanse los Concilios en las Catacumbas; los Obispos, aun con riesgo de su vida, iban de todas partes á Roma para consultar al sucesor de san Pedro: cruzábanse afectuosas cartas llenas de caridad, de exhortaciones y consuelos entre las iglesias más distantes y el Jefe supremo de la Cristiandad; sucedíanse los Obispos en sus respectivas Sedes, y ordenaban nuevos presbíteros y ministros que reemplazasen á los sacrificados y sirviesen de blanco á los golpes del enemigo en los muros de la mística ciudad; y continuaba sin la menor interrupción y sin temor de ruina el establecimiento del reino impecadero de Cristo.

Y en el mayor de estos conflictos fué cuando se echaron los cimientos de ese grandioso sistema destinado á producir efectos maravillosos en la sucesión de los siglos. La persecución ahuyentó de las ciudades á muchos que iban á refugiarse en las solitudes del Egipto, donde la vida monástica prosperó hasta el punto de que el desierto floreció como el lirio y resonó con cánticos de alegría y de alabanza (1).

Por manera que mientras Diocleciano era despojado ignominiosamente de la púrpura y moría pobre, viejo y abandonado; mientras Galerio era devorado vivo por úlceras y gusanos, declarando en un edicto la impotencia de sus esfuerzos; mientras Maximiano Hercúleo se ahorcaba, y Majencio perecía ahogado en el Tíber, y Maximino, herido por la Justicia divina, espiraba en medio de tormentos más terribles que los que había hecho sufrir á los cristianos, pues hasta sus ojos saltaron de las órbitas; mientras Licinio era condenado á muerte por Constantino; la Esposa de Cristo, que todos habían trabajado por destruir, aparecía más joven y floreciente que nunca, y dispuesta á entrar en su gloriosa carrera de engrandecimiento y dominio universal.

El año 313, después de derrotar á Majencio, otorgó Constantino á la Iglesia entera libertad. Aun cuando no la describan los antiguos cronistas, podemos fácilmente figurarnos la alegría y gratitud que tal cambio causaría en los pobres cristianos: no son mayores la gratitud y el gozo, si bien mezclados con lágrimas,

(1) Isai. xxxv, 1, 2.

que sienten los habitantes de una ciudad diezmada por la peste, así que se anuncia oficialmente que cesó de afligirlos el terrible azote. Después de diez años de estar separados y escondidos, pudiendo apenas reunirse las familias en los cementerios más inmediatos á sus casas, muchos ignoraban quiénes de sus amigos ó deudos habían sucumbido víctimas, y quiénes habían sobrevivido. Timidos al principio y animándose paulatinamente se aventuraron á mostrarse en público: pronto los edificios donde antiguamente se congregaban, no vistos aún por los nacidos en aquellos diez años, fueron reparados, adornados, purificados y abiertos al culto público.

También decretó Constantino que fuesen restituidos á los cristianos los bienes, públicos ó privados, que se les había confiscado, pero disponiendo discretamente que los actuales poseedores fuesen indemnizados por el Tesoro imperial. La Iglesia pudo en breve tiempo desplegar toda la pompa de sus ritos y ceremonias; todas las basílicas ya existentes fueron restituidas á su primitivo uso, y edificáronse otras en los sitios más frecuentados de Roma.

Dejando reservada á personas más aptas la tarea de presentar en todo su esplendor las bellezas del Cristianismo después de rotas sus cadenas, nos limitaremos á mostrar desde una altura la tierra de promisión que se extiende á nuestra vista como un paraíso de delicias; pues no somos el Josué que deba introducir en ella á todo un pueblo. Lo que vamos á referir en esta tercera parte de nuestro humilde libro se reduce á lo estrictamente necesario para su complemento.

Supondremos, pues, que nos hallamos en el año 318, quince después de las últimas escenas de muerte á que hemos asistido. El tiempo y las leyes sancionadas han afianzado la seguridad de la religión cristiana y han puesto á la Iglesia en estado de completar su organización. Muchos de los que al renacer la paz bajaban avergonzados la cabeza por haber comprado la vida con algun acto de debilidad han expiado ya su culpa por medio de la penitencia; y de vez en cuando es saludado con respeto por los transeuntes algun anciano al ver uno de sus ojos abrasados por el fuego, ó mutiladas sus manos, ó arrastrando los pies por tener cortados los tendones de sus rodillas; tormentos á que eran sometidos los cristianos en la última persecución (1).

Si remontándose á dicha época place al benévolo lector salir con nosotros por la puerta Nomentana y acompañarnos al valle

(1) Tales maneras de torturar á los cristianos, segun refiere Eusebio, fueron adoptadas por algunos gobernadores de las provincias de Oriente, causados ya de las ejecuciones en masa.

que le es ya conocido, verá los destrozos causados en la quinta de Fabiola. En vez de frondosos árboles y floridos cármenes surgen ahora largos pies derechos que sostienen andamios, y esparcidos por el suelo acá y acullá piedras, mármoles y columnas. Constancia, hija de Constantino, antes de su conversión había orado junto al sepulcro de Inés para obtener la curación de una úlcera maligna que la devoraba; y habiendo quedado enteramente sana después de una consoladora visión que tuvo, solicitó la gracia del Bautismo y quiso pagar su deuda de gratitud haciendo edificar sobre el sepulcro de la Santa una sumptuosa basilica. Entre tanto se permitía á los fieles la libre entrada en la cripta, y era grande el concurso de peregrinos que á ella acudían de todas partes.

Una tarde que Fabiola regresaba de la ciudad después de visitar á los enfermos de un hospital establecido en su propia casa, se le acercó Torcuato, que era el *fossor* ó sepulturero que cuidaba del cementerio, y le dijo con aire misterioso y agitado:

—Señora, abrigo la firme creencia de que ha llegado el peregrino de Oriente que há tan largo tiempo aguardais.

Fabiola, que conservaba siempre en la memoria las últimas palabras de Miriam, preguntó con ansiedad:

—¿Dónde está?

—Ha vuelto á marcharse.

Fabiola inclinó la frente con tristeza.

—Pero ¿cómo sabes que era él?—volvió á preguntar.

—Esta mañana—respondió Torcuato—me llamó la atención entre la multitud un hombre al parecer de menos de cincuenta años, pero envejecido prematuramente por los pesares y la penitencia. Sus cabellos, lo mismo que su larga barba, comienzan ya á blanquear; vestía un traje oriental y llevaba el manto que generalmente usan los monjes de aquella región. Al acercarse al sepulcro de Inés se arrojó sobre el pavimento con tan abundantes lágrimas, sollozos y suspiros, que movió á compasión á cuantos le rodeaban. Muchos se le acercaron y dijeron en voz baja: «Hermano, grande es tu aflicción, pero no llores, que la Santa es misericordiosa.» Otros le decían: «Cobra buen ánimo, hermano, que todos rogaremos por tí.» Pero él permanecía inconsolable. Entonces dije para mí: «En presencia de una Santa tan dulce y bondadosa sólo un hombre en el mundo puede abandonarse á tan extrema desolación.»

—Prosigue,—dijo Fabiola:—¿qué hizo después?

—Al fin se levantó, y sacando del pecho una brillante y hermosa sortija la depositó sobre el sepulcro de Inés. Esa sortija me parece haberla visto hace muchos años.

—¿Y qué más?

—Luego volvióse: al verme y reconocirme por el traje, se me acercó, y con la vista en tierra me preguntó tímidamente: «¿Sabrias decirme, hermano, dónde está enterrada aquí una doncella de Siria llamada Miriam?» Le mostré con el dedo la sepultura, y después de unos momentos de penoso silencio, añadió con voz trémula: «¿Sabes, hermano, de qué murió?»—De consunción», le respondí. «¡Gracias, Dios mío!» exclamó entonces como si quedara aliviado de un gran peso, y cayó postrado en el suelo. En esa postura permaneció gimiendo y llorando más de una hora, y luego, acercándose al sepulcro, besó afectuosamente la losa que lo cubre, y se retiró.

—¡Es él! Torcuato, ¡es él!—exclamó Fabiola con ardor.—Y ¿por qué no le detuviste?

—¡Ah! señora, no me atreví. Apenas he reconocido su rostro, ya no tuve valor para mirarle de frente... Pero estoy seguro que volverá, pues marchó en dirección á la ciudad.

—Es preciso que le encontremos,—dijo Fabiola.—¡Ah! Miriam, mi querida Miriam! Con que ¿tuviste tan consolador sentimiento en la hora de tu muerte?

El peregrino en Roma

A la mañana siguiente nuestro peregrino, atravesando el Foro, vió un grupo de personas al rededor de un hombre de quien hacían befa. No habría hecho caso de tal escena en medio de la vía pública, á no haber oído un nombre que en otro tiempo le había sido familiar. Acercóse al grupo, y distinguió en medio á un hombre más joven que él; pero con la particularidad de que si el peregrino aparentaba tener más edad por su palidez y demacración, el otro parecía mucho más viejo por su calvicie, su hinchazón, su cara abotagada y cubierta de pústulas. La suociedad de su persona, sus miradas fluctuantes y malignas, su aspecto estúpido y su voz, daban bien á conocer al hombre entregado á la embriaguez.

—Sí, sí, Corvino; ¡buena te espera!—le decía un mozalbate;—¡pronto las pagarás todas! ¿Ignoras la próxima llegada de Constantino? ¿Dudas que á los cristianos les llegó su vez?

—¡Quita!—contestó el beodo;—¡si no tienen ellos alma para nada! Eran terribles cuando Constantino, muerto Majencio, publicó su primer edicto sobre la libertad del Cristianismo; pero al año siguiente nos sacó del susto declarando libres por igual todos los cultos.

—Todo lo que quieras,—dijo otro resuelto á atormentarle.— Pero ¿piensas que no tendrá echado el ojo á todo el que tomó parte activa en la última persecución? Ya verás como les aplica la *Lex Talionis* (1): golpe por golpe, quemadura por quemadura, fiera por fiera.

—¿Quién dice eso?—preguntó Corvino palideciendo.

—Toma! ¡será lo más natural!—dijo uno.

—Y muy justo,—añadió otro.

—¡Bah!—replicó Corvino.—Siempre dejarán en paz al que se vuelva cristiano, y por mi parte declaro que me volvería cualquier cosa antes que estar.....

—Donde estuvo Pancracio,—observó maliciosamente un tercero.

—¡Cállate!—aulló Corvino.—¡Como vuelvas á pronunciar ese nombre!...

Y amenazó á su interlocutor con el puño lanzándole una mirada furiosa.

—Sí, sí, porque te anuncié de qué modo morirías,—dijo otro mozalbete echando á correr.

—¡Eso, eso! ¡una pantera para Corvino! ¡una pantera! ¡una pantera!

Y diciendo así huyeron todos los circunstantes de aquella fiera en forma humana, que en su furor comenzó á correr tras ellos echándoles piedras é imprecaciones.

El peregrino, que presenció de cerca tal escena, prosiguió su camino. Momentos después Corvino tomó á paso lento la misma calle, que conducía á la basílica Lateranense. De repente se oyó un fuerte rugido acompañado de un penetrante grito. Era Corvino, que al pasar por el Coliseo cerca de las cavernas donde estaban encerradas las fieras que debían luchar entre sí en celebridad de la llegada del Emperador, impelido por funesto instinto ó insensata curiosidad, habiase acercado á la jaula de una magnífica pantera, y arrimándose á los barrotes había provocado al animal con ademanes, diciendo:

—¡Anda! que para ser tú la que me despedace estás ahí bien asegurada!

—En aquel momento la fiera irritada saltó sobre él, y por

(1) La Ley del Talion era en Roma la misma prescrita por Moisés: «Ojo por ojo, diente por diente.»

entre los hierros le clavó las garras, infiriéndole en el cuello una horrible herida.

El miserable fué recogido y llevado á su casa. Siguióle el peregrino y entró en su morada, sucia, incómoda, miserable, sin más sirvientes que un esclavo viejo, al parecer decrepito y tan embrutecido como su amo. El peregrino envióle en busca de un cirujano; y como tardase en llegar, restañó lo mejor que pudo la sangre del herido.

Este se puso á mirarle con ojos desencajados como los de un loco.

—¿No me conoces?—le preguntó con calma el peregrino.

—¿Si te conozco? No... Sí... Deja que te mire... ¡Ah! ya, ¡la zorra! ¡mi zorra! ¿Te acuerdas de cuando cazábamos juntos á esos aborrecidos cristianos? ¿En dónde has estado metido todo este tiempo? ¿A cuántos has cogido?

Y prorrumpió en una estrepitosa carcajada.

—Cálmate, Corvino, cálmate; de lo contrario se acabó toda esperanza para ti. Además, te ruego no me hables de eso, porque yo también soy cristiano.

—¡Cristiano tú!—exclamó Corvino fuera de sí.—¡Tú que derramaste más que otro alguno la sangre de los más esclarecidos! ¿Te perdonaron? ¿Puedes dormir tranquilo? ¿No te persiguen todas las noches las furias implacables? ¿No te asaltan horribles fantasmas? ¿No te chupan la sangre del corazón vibras ponzoñosas? Si así es, dime cómo te has desembarazado de ellas, para que yo haga otro tanto... Pero ¡oh rabia! ¿Por qué no te atormentan como á mí?

—¡Ah Corvino! He padecido tanto como tú; mas hallé el remedio y te lo revelaré así que te haya reconocido el facultativo... Aquí está.

El cirujano examinó las heridas y las vendó; pero dió muy pocas esperanzas de vida, porque Corvino tenía inflamada ya la sangre de resultas de sus excesos.

Al marcharse el cirujano volvió el peregrino á sentarse al lado de Corvino: le habló de la misericordia de Dios, pronto siempre á perdonar al más perverso de los pecadores, de lo cual era él mismo una prueba fehaciente. El infeliz Corvino parecía sumido en una especie de letargo, ó bien, si oía, nada podía comprender. Su bondadoso catequista, después de exponerle los principios fundamentales del Cristianismo, más bien con la esperanza que con la seguridad de persuadirle, añadió:

—Corvino, si deseas saber de qué modo obtiene el perdón de sus crímenes el que cree todas esas verdades, te diré que es por medio del Bautismo, de la regeneración en las aguas bautismales y en la gracia del Espíritu Santo.

—¿Qué gracia?—preguntó Corvino con un gesto desdenoso.

—La gracia que se alcanza en la piscina del agua regeneradora.

—¿Agua?... ¿agua?... No la quiero... ¡Llévatela!

Y un fuerte espasmo agitó su pecho y su garganta.

Alarmado el peregrino, procuró calmarle diciendo:

—No, no creas que calenturiento como estás vayamos á sacarte de aquí para sumergirte en el agua (Corvino despidió una especie de rugido): para el bautismo clínico (1) bastan unas gotas; las que contiene esta vasija.

Y como se la mostrase, comenzó Corvino á temblar y retorcerse en su lecho, arrojó espuma por la boca y cayó en una violenta convulsión, exhalando gritos que más parecían aullidos de fiera que acentos humanos.

Entonces comprendió el peregrino que la mordedura de la pantera había producido en el infeliz la hidrofobia con todos sus horribles síntomas. Sus esfuerzos unidos á los del esclavo apenas bastaban para sujetar al herido. Acometíanle espantosos paroxismos, durante los cuales prorrumpía en horrendas blasfemias é imprecaciones contra Dios y los hombres, y luego que se calmaba repetía entre gruñidos:

—¡Agua á mí! Quieren darme agua. ¡No la quiero! Fuego, fuego es lo que tengo y me consume: fuego por dentro, fuego por fuera. ¡Ya suben las llamas, ya me rodean, ya avanzan, ya se acercan!

Y manoteaba como para rechazar las llamas que en su delirio se le representaban al rededor del lecho, ó soplaban como queriendo extinguir á fuerza de soplos las que creía tener al rededor de la cabeza; y volviéndose á los testigos de tan terrible escena les gritaba:

—¿Por qué no apagais esas llamas? ¿No veis que van á devorarme?

Así pasó aquel lúgubre día, seguido de una noche peor, durante la cual creció la fiebre, y con ella el delirio y los accesos de rabia, hasta quedar su cuerpo en completa postración. Pudo al fin incorporarse en la cama, y mirando de hito en hito con ojos vidriosos á un objeto que se figuraba tener delante, exclamó con voz ahogada por la más concentrada cólera:

—¡Atrás! ¡Atrás, Paneraciol! ¡Vete! Ya me has perseguido bastante con tu mirada implacable... Sujetad la pantera... ¡pronto!... ¡Sujetadla, que va á saltarme á la garganta!... Ya viene... se abalanza... ¡Oh!...

Y con las manos crispadas como si se arrancase de su gar-

(1) El bautismo clínico, ó sea de las personas que no podían moverse de la cama, se administraba vertiéndoles agua sobre la cabeza ó simplemente rociándolas con ella. (Bingham, lib. XI, c. 2).

ganta á la fiera, rasgó los vendajes de la herida; brotó de ella un chorro de sangre, y cayó de espaldas en el lecho, quedando yerto y repugnante cadáver.

El peregrino, su antiguo compañero, vió despavorido cómo mueren los impenitentes y endurecidos perseguidores de la religión cristiana.

III

Conclusión

A la mañana siguiente dedicóse el peregrino á evacuar el asunto que le habla conducido á Roma y del cual le distrajeran los sucesos referidos. Primeramente anduvo preguntando en las inmediaciones del templo de Jano por el paradero de cierto sujeto, y cuando al fin le hubo encontrado, encamináronse juntos á una pequeña oficina situada debajo del Capitolio en la subida llamada *Clivus Asyli*. Sacaron allí algunos libros polvorientos y recorrieron una por una sus páginas, hasta que dieron con la fecha de los cónsules Diocleciano Augusto por la octava vez, y Maximiano Hercúleo Augusto por la séptima (A. D. 303). Allí encontraron varios apuntes que se referían á ciertos documentos. Tomaron un rollo de pergamino que llevaba la fecha y el rótulo conforme al registro; lo examinaron con diligencia, y el resultado pareció satisfacer á entrambas partes.

—Es la primera vez en mi vida—dijo el dueño de aquella especie de caverna—que veo á una persona presentarse para solventar sus deudas, sin estar obligada á ello, después de quince años de ausencia. Supongo que seréis cristiano.

—Lo soy, por la gracia de Dios.

—Me lo figuraba. Podéis mandarme, señor. Tendré á dicha el serviros en toda ocasión y, por supuesto, mediante condiciones razonables como tenía por costumbre mi padre Efraim, que está en el seno de Abraham.

—Bien. Según veo, mi deuda está ya pagada. Quedad en paz.

Con paso ligero y semblante más sereno, dirigióse el peregrino á la quinta de la vía Nomentana. Después de orar otra vez

en la cripta junto á la sepultura de santa Inés, levantóse más reanimado, y dirigiéndose al sepulturero le dijo con familiaridad de antiguo amigo:

—Torcuato, ¿podré hablar con la señora Fabiola?

—Sí, por cierto: os está esperando. Seguidme.

Ninguno de los dos aludió, en tanto que andaban juntos, á sucesos de tiempos anteriores. Parecían haber convenido instintivamente en borrar su pasado de la memoria de los hombres, como deseaban que se borrara de la de Dios.

Fabiola, que aguardando la vuelta del peregrino había permanecido en la quinta aquel día y el anterior, estaba á la sazón sentada en el jardín junto á una fuente. Torcuato se la mostró con el dedo á su compañero, y se retiró.

Levantóse Fabiola en cuanto vió acercarse la visita por tanto tiempo esperada, y experimentó una viva emoción al encontrarse en su presencia.

—Señora,—dijo él con tono de profunda humildad y grave sencillez,—no me atrevería jamás á presentarme ante vos si á ello no me impelieran un deber de justicia y muchos de gratitud.

Fabiola contestó:

—Oroncio, ¿no es este vuestro nombre? (El interpelado hizo un signo afirmativo). Pues bien, Oroncio: no tenéis para conmigo otra obligación que la que nos impuso el gran Apóstol, de amarnos unos á otros.

—Hijos de vuestra bondad son tales sentimientos. Pero yo sé cuán rigurosamente obligado os estoy, cuánta gratitud os debo por el tiernísimo afecto que demostrasteis á la que ahora es para mí más que hermana, desempeñando liberalmente en favor suyo el ministerio de amor fraterno tan desatendido por mí.

—Para eso me la enviasteis,—interrumpió Fabiola,—para que fuera el ángel tutelar de mi vida. Acordaos, Oroncio, que José fué vendido por sus hermanos sólo para que fuera el salvador de su raza.

—Señora, sois en verdad demasiado indulgente con un perverso como yo. Mas no debo solamente daros las gracias por vuestro afecto y bondad con la que al fin os recompensó debidamente. Hasta hoy no he sabido vuestra generosidad é indulgencia con quien no tenía á ellas título alguno.

—No acierto á comprenderos,—objetó Fabiola.

—Permitidme, pues, que me explique. Hace ya muchos años pertenezco á una Comunidad de Palestina, cuyos individuos viven en el desierto dividiendo las horas del día y aun de la noche entre el canto de las divinas alabanzas, la contemplación y los trabajos manuales. Severas mortificaciones por nuestras pasadas culpas, ayunos, lágrimas y oraciones, constituyen nuestra regla. ¿Habéis oído hablar de esas Comunidades?

—La fama de Pablo y de Antonio no es menos grande en Occidente que en Oriente,—respondió Fabiola.

—Pues bien, con el más aprovechado discípulo de Antonio he vivido largo tiempo, sostenido por su ejemplo y animado por sus consejos y consolaciones. Pero aun en medio de la paz y de las dulzuras del arrepentimiento, aun después de largos años de penitencia, sentía siempre una espina atravesada en el corazón, y era el remordimiento de una cuantiosa deuda que al huir de Roma dejé sin satisfacer; deuda acrecentada de un modo exorbitante por acumularse á ella réditos sucesivos. Yo había contraído esa deuda con pleno conocimiento y voluntad, y no podía sin faltar á la justicia eludir la obligación de satisfacerla. Pero, pobre cenobita que vivía escasamente con el producto de las esteras tejidas con hojas de palma y de las pocas yerbas que crecen en la arena del desierto, ¿cómo podría descartarme de esta obligación? Sólo un medio me quedaba: entregarme como esclavo á mi acreedor, trabajar para él, sufrir con paciencia sus reprobaciones y castigos, ó dejar que me vendiese á otro por cuanto pudiera yo valer, pues todavía estoy fuerte y robusto. En uno y otro caso tendría el ejemplo de mi Salvador para guiarme y alentarme, y de todos modos entregando mi propia persona cedía cuanto poseo. Esta mañana he buscado en el Foro al hijo de mi acreedor; ha examinado sus libros, y con gran sorpresa mía hemos encontrado completamente saldadas desde mucho tiempo mis cuentas por vos. Soy, pues, noble Fabiola, vuestro esclavo.

Y diciendo esto se arrodilló humildemente á sus plantas.

—Levantáos, levantáos,—dijo Fabiola volviendo á un lado los ojos para ocultar sus lágrimas.—No sois, no, mi esclavo, sino mi querido hermano en el Señor.

Obligándole luego á sentarse á su lado, añadió con tono familiar:

—Oroncio, deseo de vos un favor. ¿Podrías referirme qué impulso os condujo al género de vida que tan generosamente habéis abrazado?

—Lo haré, señora, brevemente. Recordaréis aquella triste noche que huí de Roma. Acompañábame un hombre...

La voz se le anudó en la garganta.

—Sé á quién aludís,—interrumpió Fabiola:—á Eurotas.

—Al mismo, á esa maldición de mi familia y origen de mis padecimientos y de los de mi inolvidable hermana. Vímonos precisados á fletar muy caro en Brindis un buque y nos hicimos á la vela para Chipre, en donde nos dedicamos al comercio y á mil especulaciones, pero siempre con mala fortuna, como si pesara sobre nosotros un terrible anatema. Casi agotados nuestros recursos, nos trasladamos á Palestina, deteniéndonos algún tiempo en Gaza, donde nos vimos reducidos á la indigencia.

Alejábase todo el mundo de nosotros sin que supiésemos la causa, pero bien me decía sin tregua mi conciencia que llevaba en la frente la señal de Cain.

Oroncio interrumpió su narración, vertió copiosas lágrimas, y después de breve pausa continuó diciendo:

—Sólo nos quedaban algunas joyas, de mucho precio, sí, pero de las que siempre rehusó desprenderse Eurotas, ignoro por qué. Recrudecía la persecución contra los cristianos, y Eurotas no cesaba de instigarme á volver á mi antiguo y odioso oficio de delator. Por la primera vez en mi vida me negué á obedecerle. Un día me invitó á dar un paseo fuera de la ciudad: accedí y fuimos caminando hasta llegar á un sitio delicioso, pero desierto: era una angosta cañada, cubierta de verdor y sombreada por erguidas palmeras á través de las cuales deslizábase un cristalino arroyo que bajaba de un manantial abierto en una roca á la parte superior del vallecillo. Abriábase en aquella roca algunas cuevas y cavernas, al parecer inhabitadas, sin oírse otro ruido que el plácido murmullo del agua. Nos habíamos sentado á descansar, cuando Eurotas comenzó á hablarme en términos aterradores. Dijome que había llegado el momento de cumplir la terrible resolución de no sobrevivir á la ruina de nuestra familia. Los dos debíamos morir allí mismo: las fieras devorarían nuestros cuerpos, y nadie sabría el fin de los últimos representantes de nuestro linaje. Dicho esto, mostróme dos frasquitos de diferente tamaño, y alargándome el mayor bebió el contenido del pequeño. Resistíme á tomarlo y echéle en cara que me entregase la dosis mayor; pero me replicó que él era viejo y yo joven, y las dos pócimas eran en cantidad proporcionada á nuestras fuerzas respectivas. Persistí en mi negativa, pues no quería morir; pero como poseído de un furor diabólico se abalanzó repentinamente sobre mí, que continuaba sentado, me tendió de espaldas y vertió á la fuerza en mi garganta el contenido del frasco sin dejar una gota y aullando á la vez: «¡Hemos de morir los dos juntos!...» En un instante perdí los sentidos, y al recobrarlos me hallé en una gruta y comencé á pedir de beber con voz desfallecida. Un anciano de rostro venerable acercó á mis labios un cuenco de madera lleno de agua. «¿Dónde está Eurotas?» pregunté. «¿Os referís á vuestro compañero?» me contestó el anciano. «Ha muerto.» añadió. Yo no podía comprender por qué fatalidad sucedió esto, pero bendije de todo corazón al Señor por haberme preservado. Aquel buen anciano era Hilarion, natural de Gaza, que después de vivir largos años en Egipto con el santo anacoreta Antonio había regresado á su país para establecer en él la vida eremítica, y contaba ya muchos discípulos que moraban dispersos en las grutas abiertas en las rocas de los contornos, alimentándose parcamente

á la sombra de las palmeras y reblandeciendo su duro pan en el agua del manantial. La caridad de aquellos cenobitas, su serena piedad y el ejemplo de su santa vida fueron cautivándome á medida que recobraba la salud: presentóseme bajo una forma sublime la religión que tanto persiguiera; el recuerdo de mi madre y los ejemplos de mi hermana reavivaron de tal modo en mi corazón las pavesas adormecidas, pero no apagadas, de aquella religión divina que aprendí en mi niñez, que resolví abrazar la fe cristiana; y cediendo á las inspiraciones de la gracia confesé mis pecados á los pies de un sacerdote y recibí el santo Bautismo la víspera de Pascua.

—Somos, pues, doblemente hermanos,—observó Fabiola;—somos hijos gemelos de la Iglesia, porque yo también renací á la vida eterna aquel mismo día. Mas ¿qué pensais hacer ahora?

—Regresar esta misma noche á mi amada soledad, pues he llenado ya el doble objeto de mi viaje, que era extinguir mi deuda y depositar una pequeña ofrenda sobre el sepulcro de Inés.

Y sonriendo tristemente añadió:

—Sin duda recordaréis que vuestro buen padre me hizo concebir equivocadamente la ilusión de que Inés codiciaba mis joyas. ¡Qué necio fui! Pero después de mi conversión resolví ofrecerle en homenaje la más preciosa joya que Eurotas conservaba, y así también lo he cumplido.

—Y ¿tenéis recursos para el viaje?—preguntó Fabiola tímidamente.

—Los tengo abundantísimos en la caridad de los fieles y en las cartas de recomendación con que me favoreció el obispo de Gaza y merced á las cuales encontré donde quiera sustento y albergue. Pero aceptaré de vos un pedazo de pan y un poco de agua por amor de Dios.

Levantáronse, y al dirigirse á la casa vieron precipitarse por entre la cerca á una mujer que corría hacia ellos como una loca y cayó á sus pies gritando:

—¡Salvadme! ¡salvadme, señora! ¡Me persigue para matarme!

Fabiola reconoció en aquella desventurada mujer á su antigua esclava Jubala, pero ¡cuán cambiada estaba! Lívida, con los ojos fuera de las órbitas, encanecido el cabello, desgredada, ofrecía el aspecto de la mayor miseria.

Pidióle Fabiola que se explicara, y la africana contestó:

—Mi marido no cesa nunca de maltratarme con crueldad, pero hoy está más brutal que nunca. ¡Libradme de él, señora!

—Tranquilízate, pues aquí no corres peligro alguno. Paréceme, Jubala, que distas mucho de ser feliz. ¡Cuánto tiempo sin verte!

—¿Para qué venir á enojaros con mis cuitas y miserias? ¡Ah! ¿por qué os dejé y abandoné vuestra casa, en donde tan feliz hubiera podido vivir, aprendiendo á vuestro lado y al de Graia y de Eufrosina á ser buena y también cristiana?

—¿Cómo! ¿Piensas realmente en esto, Jubala?

—¡Oh, sí! Mucho tiempo há que lo estoy pensando en medio de mis amarguras y remordimientos. ¡Cuántos cristianos he visto más felices que yo, aun los que un tiempo fueron tan malvados como yo! Y porque esta mañana he insinuado esto á mi marido, me ha golpeado brutalmente y quería matarme. Pero á Dios gracias un amigo me ha iniciado ya en la santa doctrina, y quiero hacerme cristiana.

—¿Desde cuándo te trata así tu marido?—preguntó Oroncío que, por su tío, había tenido ya noticia de aquel matrimonio.

—Casi desde que nos casamos. En los primeros días le hablé de las proposiciones que antes me hiciera un oscuro extranjero llamado Eurotas, hombre perverso y disoluto, de quien provienen todos mis sinsabores y con quien están enlazados los recuerdos que más me apenan.

—¿Cómo así?—preguntó Oroncío con viva curiosidad.

—Algun tiempo antes de abandonar á Roma me encargó que le preparase dos narcóticos: uno mortífero para un enemigo que él debía hacer prisionero, y otro que sólo suspendiese por pocas horas el uso de los sentidos por si le conviniere á él mismo. Cuando vino á recoger los dos frascos iba yo á indicarle que, contra las apariencias, el menor contenía un veneno muy enérgico y concentrado en corta dosis, y el frasco mayor encerraba un débil narcótico diluido en agua. Pero en aquel momento llegó mi marido, y en un arranque de celos me arrojó de allí á empujones. No pude, pues, advertir á Eurotas, y temo que de eso naciese una fatal equivocación, causa de una muerte involuntaria.

Fabiola y Oroncío se miraron en silencio, maravillados de los justos decretos de la Providencia divina. De repente sobresaltóles un grito espantoso de Jubala: en el pecho de la infeliz acababa de clavarse una flecha. Fabiola se lanzó á su antigua esclava para sostenerla; volvió la vista Oroncío, y divisó por encima de la cerca un rostro negro que se sonreía con horrible expresión. Un instante después atravesó á caballo un numida con el arco tendido á estilo de los Partos para defenderse de cualquiera que intentase perseguirle.

La flecha había pasado entre Oroncío y Fabiola.

—Jubala,—le pregunta ésta,—¿deseas morir cristiana?

—¡Oh, sí! de todo corazón.

—¿Crees en Dios trino y uno?

—Creo firmemente en todo lo que la Iglesia nos enseña.

—¿Crees en Jesucristo, que nació y murió por nuestros pecados?

—Sí, y en todo lo que vos creéis.

Aquí Jubala perdió la voz.

—¡Daos prisa, Oroncío!—gritó Fabiola señalando la fuente.

Oroncío metió las dos manos en el pilón, y llenando de agua el hueco de ellas fué corriendo á verterla sobre la cateza de la moribunda, pronunciando la fórmula bautismal. Jubala espiró á tiempo que el agua regeneradora se mezclaba con la sangre de la expiación.

Después de tan trágica pero consoladora escena, Fabiola y Oroncío entraron en la casa y dieron á Torcuato las oportunas instrucciones para el sepelio de la convertida y doblemente bautizada.

Oroncío admiró el modesto y sencillo ajuar de la habitación de Fabiola, que tanto contrastaba con el espléndido lujo de otro tiempo. Pero lo que atrajo principalmente su atención fué un magnífico relicario engastado en piedras preciosas que había en un aposento interior y que apenas dejaba entrever una cortina ricamente bordada. Acercóse y leyó esta inscripción:

SANGRE DE LA BIENAVENTURADA MIRIAM
VERTIDA POR MANOS CRUELES.

Oroncío primeramente palideció, luego se puso encendido como grana, y vaciló como si le diera un vértigo.

Notólo Fabiola, y se le acercó poniéndole una mano sobre el brazo y diciéndole con la mayor afabilidad:

—Oroncío, este relicario contiene objetos que deben sonrojarnos y confundirnos por igual, pero nó hacernos perder la esperanza.

Así diciendo descorrió la cortina, y Oroncío vió en una bandeja de cristal el pañuelo bordado que tan íntima conexión tenía con su historia y la de su hermana. Encima de él había dos instrumentos cortantes con las puntas emmohecidas por la sangre: en uno de ellos reconoció su propia daga, y el otro parecióle uno de esos estiletes con que las damas romanas castigaban á sus esclavas.

—Ambos—dijo Fabiola—herimos y derramamos la sangre de aquella á quien ahora honramos como hermana en el cielo. En cuanto á mí, debo deciros que la gracia divina empezó á penetrar en mi alma desde el día en que, cometiendo aquel acto de crueldad, le di ocasión de dar tan relevante prueba de virtud. ¿Y vos, Oroncío?

—También yo desde el momento en que maltratándola bárbaramente la ví desplegar tan sublime heroísmo cristiano, em-

pecé á sentir sobre mí la mano de Dios, que me condujo al arrepentimiento y al perdón de mis culpas.

—Así sucede siempre,—dijo Fabiola.—El ejemplo de nuestro Redentor ha hecho los Mártires, y el ejemplo de los Mártires nos conduce á Dios. La sangre de los Mártires ablanda nuestros corazones, y la del Cordero sin mancha los santifica. Ellos imploran por nosotros misericordia, y Cristo la concede. ¡Quiera Dios que nunca olvide la Iglesia en sus días de paz y de triunfo lo mucho que debe á la Era de sus Mártires! En cuanto á nosotros dos, que de ello hemos sido espectadores, les debemos nuestra regeneración y nuestra salud espiritual. ¡Así se cumpla también con todos los que en edad más remota leyeren la historia de sus gestas sublimes, y puedan obtener de la misma fuente la misericordia y la gracia!

Dicho esto, arrodilláronse y oraron juntos en silencioso recogimiento al pié del relicario.

En seguida separáronse para no volverse á ver en la tierra.

Después de algunos años de una vida ejemplar y penitente, Oroncio durmió el sueño de los justos. Un verde montículo al que dan sombra las palmeras del valle inmediato á Gaza muestra el lugar de su reposo.

Y así también al cabo de muchos años llenos de méritos y de virtudes, voló Fabiola á compartir con Inés y con Miriam los gozos inefables de la eterna paz.

FIN

INDICE

Censura.	Pág.
Al lector.	v
	vii

PARTE PRIMERA.—PAZ

I.	La casa cristiana.	1
II.	El hijo del mártir.	4
III.	La consagración.	8
IV.	La familia pagana.	12
V.	La visita.	18
VI.	El convite.	21
VII.	Pobres y ricos.	26
VIII.	Fin del primer día.	33
IX.	Una noche en el Palatino.	37
X.	Reuniones.	46
XI.	Un paréntesis.	54
XII.	El lobo y la zorra.	59
XIII.	La casa de Inés.	62
XIV.	Los extremos se tocan.	65
XV.	Caridad.	71
XVI.	El mes de Octubre.	73
XVII.	La comunidad cristiana.	84
XVIII.	La tentación.	93
XIX.	La caída.	97

PARTE SEGUNDA.—EL COMBATE

I.	Diógenes.	107
II.	Los cementerios.	114
III.	Sublime filosofía.	122
IV.	Deliberaciones.	126
V.	Muerte húngre.	132

pecé á sentir sobre mí la mano de Dios, que me condujo al arrepentimiento y al perdón de mis culpas.

—Así sucede siempre,—dijo Fabiola.—El ejemplo de nuestro Redentor ha hecho los Mártires, y el ejemplo de los Mártires nos conduce á Dios. La sangre de los Mártires ablanda nuestros corazones, y la del Cordero sin mancha los santifica. Ellos imploran por nosotros misericordia, y Cristo la concede. ¡Quiera Dios que nunca olvide la Iglesia en sus días de paz y de triunfo lo mucho que debe á la Era de sus Mártires! En cuanto á nosotros dos, que de ello hemos sido espectadores, les debemos nuestra regeneración y nuestra salud espiritual. ¡Así se cumpla también con todos los que en edad más remota leyeren la historia de sus gestas sublimes, y puedan obtener de la misma fuente la misericordia y la gracia!

Dicho esto, arrodilláronse y oraron juntos en silencioso recogimiento al pié del relicario.

En seguida separáronse para no volverse á ver en la tierra.

Después de algunos años de una vida ejemplar y penitente, Oroncio durmió el sueño de los justos. Un verde montículo al que dan sombra las palmeras del valle inmediato á Gaza muestra el lugar de su reposo.

Y así también al cabo de muchos años llenos de méritos y de virtudes, voló Fabiola á compartir con Inés y con Miriam los gozos inefables de la eterna paz.

FIN

INDICE

	Pág.
Censura.	v
Al lector.	vii

PARTE PRIMERA.—PAZ

I.	La casa cristiana.	1
II.	El hijo del mártir.	4
III.	La consagración.	8
IV.	La familia pagana.	12
V.	La visita.	18
VI.	El convite.	21
VII.	Pobres y ricos.	26
VIII.	Fin del primer día.	33
IX.	Una noche en el Palatino.	37
X.	Reuniones.	46
XI.	Un paréntesis.	54
XII.	El lobo y la zorra.	59
XIII.	La casa de Inés.	62
XIV.	Los extremos se tocan.	65
XV.	Caridad.	71
XVI.	El mes de Octubre.	73
XVII.	La comunidad cristiana.	84
XVIII.	La tentación.	93
XIX.	La caída.	97

PARTE SEGUNDA.—EL COMBATE

I.	Diógenes.	107
II.	Los cementerios.	114
III.	Sublime filosofía.	122
IV.	Deliberaciones.	126
V.	Muerte húngre.	132

	Pág.
VI. Funerales paganos.	136
VII. El falso hermano.	140
VIII. La ordenación de Diciembre.	143
IX. Las vírgenes.	147
X. La quinta Nomentana.	152
XI. El edicto.	157
XII. El descubrimiento.	163
XIII. Comentarios y explicaciones.	166
XIV. El lobo en el aprisco.	170
XV. La primera flor segada.	178
XVI. Justicia retributiva.	185
XVII. Doble venganza.	193
XVIII. Las obras públicas.	200
XIX. El interrogatorio.	205
XX. El Viático.	208
XXI. El combate.	217
XXII. El soldado cristiano.	224
XXIII. Negociaciones.	229
XXIV. Vuelto á la vida.	236
XXV. La segunda corona.	241
XXVI. Primera parte del día crítico.	246
XXVII. Segunda parte del día crítico.	253
XXVIII. Tercera parte del día crítico.	262
XXIX. Sacerdote y médico.	274
XXX. El sacrificio aceptado.	278
XXXI. Historia de Miriam.	285
XXXII. Muerte gloriosa.	291

PARTE TERCERA.—VICTORIA

I. El peregrino de Oriente.	299
II. El peregrino en Roma.	303
III. Conclusión.	307

Libros de fondo que se venden

EN LA

librería de LA HORMIGA DE ORO

Obras de amenidad y recreo

- Aventuras de un navegante, por E. P. Un tomo de 240 páginas con numerosos grabados, 1 peseta en rústica y 1'75 en tela y rótulos dorados.
- Ben-Hur. Novela histórica de los tiempos de Jesucristo, por Lewis Wallace. Versión castellana de Luis Carlos Viada y Lluch; con licencia eclesiástica. Un tomo de 424 páginas, 2'50 pesetas en rústica y 3'50 en tela y rótulos dorados.
- Bumas y celajes. Leyendas y remembranzas del tiempo viejo, escogidas de varios autores y traducidas por F. de T.; con licencia eclesiástica. Un tomo de 224 páginas, 1 peseta en rústica y 1'50 en tela y rótulos dorados.
- Catalina Geary, ó los irlandeses en Londres. Novela traducida por D. Joaquín Aranda; con censura eclesiástica. Un tomo de 416 páginas, 1'25 pesetas en rústica y 1'75 en tela y rótulos dorados.
- Cuentos y Fantasías, por Christian Andersen. Un tomo de 300 páginas con numerosos grabados, 2 pesetas en tela y rótulos dorados.
- Del trono al cadalso. Narración histórica de los últimos días de Luis XVI y de María Antonieta. Un tomo de 368 páginas con numerosos grabados, 1'50 pesetas en rústica y 2'50 en tela y rótulos dorados.
- El Avaro, por el fecundo y popular escritor Enrique Conscience. Un tomo con multitud de grabados, 0'75 céntimos en rústica y 1'50 pesetas en tela y rótulos dorados.
- El Castillo de Orsdael. Novela de Enrique Conscience. Un tomo de 150 páginas, 1'25 pesetas en rústica y 1'75 en tela y rótulos dorados.

- El Marqués de Saint-Evremont. Novela histórica por Carlos Dickens. Es una de las mejores producciones del celebrado escritor inglés. Un tomo, 2 pesetas en rústica y 3 en tela y rótulos dorados.
- El Pan de la emigración. Novela de Sienkiewicz, traducida al castellano por J. R. y E. Un tomo, 1 peseta en rústica y 1'50 en tela y cortes dorados.
- El Quinto. Novela, por Enrique Conscience. Un tomo con multitud de grabados, 75 céntimos en rústica y 1'50 pesetas en tela y rótulos dorados.
- El Rey de las montañas. Novela de costumbres griegas, por E. A. Un tomo de 300 páginas, 1'25 ptas. en rústica y 2 en tela.
- Florina, princesa de Borgoña. Novela histórica, por William Mac-Cabe, versión española de J. Aranda. Un tomo de 215 páginas, 1 peseta en rústica y 1'75 en tela y rótulos dorados.
- Historia de un heredero. Novela moral, por X. Marmier. Un tomo de 304 páginas, con numerosos grabados, 1'50 pesetas en rústica y 2'25 en tela y cortes dorados.
- La tumba de hierro. Una de las mejores novelas de E. Conscience. Un tomo con numerosos grabados, 1 peseta en rústica y 1'75 en tela y rótulos dorados.
- Leyendas y tradiciones, por F. de P. Capella. Con licencia eclesiástica. Dos tomos, 3 ptas. en rústica y 4 en tela y rótulos.
- Los Espíritus de las tinieblas, por el P. Juan J. Franco. Novela histórica altamente instructiva y encaminada á combatir y desenmascarar el Espiritismo. Un voluminoso tomo en fólio de 637 páginas con multitud de grabados, 10 pesetas en rústica y 14 con elegante encuadernación y planchas doradas.
- Los Hijos de la montaña. Escenas del Líbano en 1860 descritas por A. Tolmey. Traducción de D. Joaquín Aranda. Un tomo, 1 peseta en rústica y 1'50 en tela y rótulos dorados.
- Los Mártires, ó el triunfo de la religión cristiana, por el vizconde de Chateaubriand, con censura eclesiástica. Un tomo de más de 300 páginas, 1 peseta en rústica y 1'50 en tela y rótulos dorados.
- Miel sobre hojuelas. Colección escogida de parábolas, anécdotas y diálogos humorísticos. Un tomo con numerosas viñetas, 1 peseta en rústica y 1'75 en tela y rótulos dorados.
- Música, por Sebastián Trullol y Plana. Lindo ramillete de composiciones en verso y prosa. Un tomo, una peseta en rústica y 1'50 en tela y rótulos dorados.
- Novelas populares, por Francisco de Paula Capella, con licencia eclesiástica. Dos tomos, 3 ptas. en rústica; 4 en tela y rótulos.
- Simón Pedro y Simón Mago. Novela histórica, por el P. Juan J. Franco. Un tomo, 1 peseta en rústica y 1'75 en tela y rótulos dorados.

Libros de Piedad

- Al pie del Sagrario. Devocionario con censura eclesiástica: se han hecho numerosas ediciones; su precio 1 peseta en tela, 1'25 en piel y cortes dorados, 5 en chagrin y cortes dorados, 8 en piel de Australia liso, 9 idem con adornos y 10 idem con el nombre propio que se indique. Estos cuatro últimos con estuche.
- Devocionario parroquial, por un Cura-párroco de la Diócesis de Barcelona, con licencia eclesiástica. Un tomo en tela, 1'50 pesetas.
- El Amigo del enfermo. Un tomito de 188 páginas, con licencia eclesiástica; 30 céntimos en rústica y 0'60 en tela.
- El devoto del Sagrado Corazón de Jesús. Ejercicios para honrar al Sacratísimo Corazón de Jesús en el Mes de Junio, en su fiesta titular, en la santa Misa y Comunión, etc., con licencia eclesiástica. Un tomo, 1'25 pesetas tela.
- El primer Obispo de Madrid. Vida del Excmo. é Ilmo. Sr. Doctor D. Narciso Martínez Izquierdo, por Soledad Arroyo. Un tomo, 2 pesetas en rústica y 3 en tela.
- Maria. Alabanzas y afectos, por Luis Carlos Viada y Lluch. Composiciones poéticas para recitar los niños ó niñas ante la Imagen de la Santísima Virgen en sus festividades, con aprobación eclesiástica. Un tomito, 1 peseta en rústica.
- Ramillete de flores Marianas, por L. M.^a de Ll., con licencia eclesiástica. Mes de María breve para personas ocupadas, 25 céntimos en rústica y 60 en tela y rótulos dorados.
- Treinta y tres días dedicados al Sagrado Corazón de Jesús. Ejercicios brevísimos para santificarse las personas ocupadas, por L. M.^a de Ll., con licencia eclesiástica. Un tomito, 25 céntimos en rústica y 60 en tela y rótulos dorados.

Libros varios

- El Espiritismo. Manual científico popular, por el P. Juan J. Franco. Un tomo de 440 páginas, 2'50 pesetas en rústica y 3 en tela y rótulos.
- El Hipnotismo puesto en moda, por el P. Juan J. Franco, S. J. Un tomo, 1 peseta en rústica y 1'50 en tela y rótulos, con licencia eclesiástica.
- El Hipnotismo y los médicos católicos, por el P. Juan J. Franco, S. J. Un opúsculo 30 céntimos: con licencia eclesiástica.



U A N

DAD AUTONOMA DE NUEVO LEBANON
CION GENERAL DE BIBLIOTECA

LIBRARY